

T.C. BOYLE



Drop city

Lectulandia

California, 1970. Un grupo de hippies pertenecientes a la comuna Drop City, definida por uno de ellos como «un campamento de verano sin monitores, donde la fiesta nunca termina», pasan el tiempo escuchando discos de Jimi Hendrix o Jefferson Airplane, criando cabras, sembrando calabacines en el jardín, practicando el amor libre o consumiendo sustancias alucinógenas.

Detrás de este rincón de meditación, paz y armonía, el lector descubre, poco después de sumergirse en los primeros capítulos, que Drop City esconde los conflictos y fealdades propios del género humano; una joven quinceañera es violada en la comuna, un niño ingiere LSD mezclado en su zumo de naranja, disputas y escenas de celos se repiten entre parejas aparentemente abiertas pero decididamente rencorosas...

T.C. Boyle ha escrito, como es frecuente en su obra, una novela emocionalmente compleja cuya trama se desarrolla con amenidad y soltura. Cuando los miembros de Drop City consiguen atravesar la frontera de Canadá alegando que son los Grateful Dead de gira promocional, el lector queda convencido de que Boyle es uno de los maestros del humor, así como un genio a la hora de diseccionar la realidad americana. *Drop City* nos ofrece un elegante y divertido fundido en negro de la era hippy.

«T.C. Boyle ha escrito una novela sobre la locura de la contracultura en los años setenta, así como una extraordinaria y divertida parábola sobre el sueño americano». *The New York Times*.

«T.C. Boyle maneja la exuberancia y el exceso propios de los años de la contracultura americana con verdadera genialidad. Emocionalmente compleja y muy entretenida, *Drop City* pasará a formar parte de los clásicos sobre esta materia». *Los Angeles Times Book Review*.

«Una de las novelas más sutiles y graciosas sobre los años hippies, al mismo tiempo que profunda. T.C. Boyle ha conseguido que la ficción americana avance un poco más». *The New York Times Book Review*.

Lectulandia

T. C. Boyle

Drop city

ePub r1.0

Castroponce 07.05.2017

Título original: *Drop City*
T. C. Boyle, 2003
Traducción: Isabel Núñez
Diseño de cubierta: Editorial

Editor digital: Castroponce
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para las hermanas
Kathy, Linda, Janice y Christine

AGRADECIMIENTOS

El autor quiere expresar su gratitud a Chuck Fadel, Jorma Kaukonen, Russell Timothy Miller, Alan Arkawy y Jim Perry, por su ayuda y sus consejos.

Pensad en nuestra vida en la naturaleza... Ver la materia todos los días, estar en contacto con ella... Rocas, árboles, ¡viento en las mejillas! ¡La Tierra sólida! ¡El mundo real! ¡El sentido común! ¡El contacto! ¡El contacto! ¿Quiénes somos? ¿Dónde estamos?

HENRY DAVID THOREAU,
«Ktaadn»

*Os hablaré de las penas del corazón y la pérdida de dios,
vagar, vagar en la noche sin esperanza.
Aquí, en ese perímetro sin estrellas,
aquí se nos ha colocado
inmaculado.*

JIM MORRISON,
«The WASP (Texas Radio and the Big Beat)»

PRIMERA PARTE

DROP CITY SUR

*¡Venga, tíos!
Sonreíd a vuestros hermanos,
todos, todos juntos,
intentad amarnos todos aquí y ahora.*

CHET POWERS,
«Get Together»

1

La mañana era un pez en la red, brillando y retorciéndose en la frontera negra y profunda de su conciencia, pero ella nunca había atrapado un pez en una red ni con un anzuelo, así que no podía explicar el cómo ni el porqué. La mañana era un pez en la red. Eso se repetía a sí misma una y otra vez, convirtiéndolo en una cantinela —un mantra—, mientras decapitaba hierbas con la cuchilla de su azada, ordeñaba las cabras de ojos hundidos y se sentaba ante un dudoso sucedáneo de las anglosajonas gachas en la gran y aireada sala, donde sesenta luminosos comulgantes lamían sus cucharas y hacían trabajar sus mandíbulas.

Fuera, el sol de California lucía como una afirmación en el polvo, proclamando aproximadamente que eran las diez o las diez y media a los árboles y los edificios anexos. Había voces a su alrededor, risas, bromas y discusiones matinales, pero Star flotaba silenciosa, esbozando una sonrisa de un millón de kilovatios. Con su cuenco lleno de frutos secos, cereales y uvas y su porción de pastosa harina de avena nadando en leche de cabra, cruzó el umbral hacia el patio para sentarse en un tocón y sentir cómo el calor invadía los espacios entre los dedos de sus pies. Comer no era un acto privado —nada era privado en Drop City—, pero allí no había vigilantes de dormitorio, ni directores, padres o jefes, y por una vez se sentía haciendo lo que quería. Disfrutando, ¿no? ¿Acaso no se trataba de eso? El sol de California en la cara, sin juegos, sin la sociedad de plástico que detestaba, solo libertad y mentes afines, todos hermanas y hermanos.

Star —Paulette Regina Starr era su nombre, ahora reducido a cuatro letras esenciales— llevaba algo así como tres semanas en Drop City. Algo así. En realidad, no sabía exactamente cuánto llevaba durmiendo en un colchón determinado, en una habitación determinada, con un despreocupado y cálido montón de gente indeterminada, ni tampoco le importaba. No contaba los días, las semanas ni los meses, ni siquiera los años. Ni los eones. Big Bang. ¿Quién creó el universo? Dios creó el universo. La mañana es un pez en la red. ¿No era un martes cuando llegaron? El martes era la noche de la música y hoy era viernes. Lo sabía por el zumbido de las cazuelas en la cocina a su alrededor —los hippies del fin de semana estaban en camino, y también aquellos mirones palurdos—, pero el tiempo no era una de sus manías, tal como había demostrado ante todo el mundo regalando su reloj Tissot con la correa de oro a un niño indio en Taos, cuando el niño ni siquiera la estaba mirando ni esperando una limosna, solo estaba allí de pie en la parada del autobús, agarrado a la mano de su madre.

—Toma —le había dicho ella—. Toma —quitándoselo de la muñeca—, ¿lo quieres?

Ella nunca había ido al Oeste, nunca había visto nada igual, y allí estaba él, con el flequillo negro tapándole los ojos negros, un niño indio un tanto tenebroso, y ella tenía que darle algo. Las colinas estaban erizadas de cactus. El humo del autobús le

entró por la nariz, anegándole los ojos.

Había viajado al Oeste con un chico de su pueblo, Ronnie Sommers, que se hacía llamar Pan, y habían tenido unas cuantas aventuras por el camino. Star y Pan, como Lewis y Clark, solo que más divertido y con menos peligros. Ronnie cogía en autostop a cualquier melencuado, y esa era siempre una buena fórmula, que les abría un universo de posibilidades, sitios donde colarse, obtener comida gratis o drogas. En Arizona pasaron una noche en un tipi, con un tipo muy moreno y enjuto, con el pelo peinado hacia atrás y sujeto por una banda de piel de serpiente, que cocinaba arroz integral con coliflor sobre un fuego al aire libre y comía brotes de peyote que él mismo recogía por aquellas colinas de un blanco deslumbrante.

—Cazadores y recolectores —decía—, eso es lo que somos.

Y cada vez que lo decía, los tres se partían de risa, y entonces Ronnie liaba un porro y ella se sentía tan bien que se enrolló con los dos.

Star seguía canturreando para sí, mientras las hojas se achicharraban en los árboles ante sus ojos y la cucharada de harina de avena la contemplaba desde la amarillenta leche de cabra como algo que hubiera surgido de su propio cuerpo, estallado, vomitado, desnudo, vivo y brillantado con sus propios fluidos. Entonces, una sombra se cernió sobre ella: era Ronnie, flotando en el marco de su campo visual como una imagen fantasmagórica.

—Eh —dijo, acuclillándose frente a ella, con sus sandalias guarachas y sus vaqueros cortados—. Te he echado de menos, ¿dónde te habías metido?

Luego le levantó el pie del polvo, su pie derecho, donde tenía la cicatriz en forma de anzuelo impresa en la piel como recuerdo de su niñez, y le dio un beso allí, y la marca húmeda de sus labios brilló débilmente en aquel resplandor monótono.

Ella se miró el pie, miró la mano de Ronnie y su largos, mordisqueados dedos, los anillos de plata y turquesas que devoraban la luz.

—Ringo-Pan —le dijo.

Él se rió. El pelo le había crecido sobre la nuca y se derramaba como cordoncillo sobre la bobina de su cabeza, y su barba empezaba a tomar forma. Pero la cara... tenía la cara pequeña y distante, retrocediendo y alejándose como un globo en el cielo.

—Estaba ordeñando a las cabras —dijo ella.

Dos niños pequeños, rubios, desnudos y sucios, aparecieron por un margen, se dejaron caer y empezaron a luchar en el suelo de tierra. Alguien tocaba una pandereta y en aquel momento empezó a sonar una flauta, estridente, y parándose y desvaneciéndose como el canto de un pájaro.

—Buen chocolate, ¿eh? —dijo él.

Volvió la sonrisa de ella, gozosa, bañada en sol. Todo estaba vivo en todas partes. Sentía la tierra girar como una pelota gigante bajo sus pies.

—Sí —contestó—. Desde luego.

Y luego llegó la noche. Ella había seguido gradualmente el curso de una larga y lenta tarde que se estiraba y enrollaba como un perro en una alfombra, y había trabajado en la cocina con algunos otros, cortando hierbas, cebollas y tomates para la sopa de lentejas y cantando en voz alta con Jefferson Airplane, Country Joe and the Fish. Alguien hizo circular una pipa y ella le dio una calada o dos, y tenía una jarra siempre llena de sangría Spañada a su lado mientras cocinaba y fregaba los platos y durante la comida, que fue como la Última Cena, con un chico llamado Sky Dog (o quizá Sky Dog Junior) tocando la guitarra acústica y cantando estrofas que iba improvisando. Los niños rubios de la mañana estaban allí, todavía desnudos, con la sopa de lentejas resbalando por sus torsos como pinturas de guerra, y había un bebé en un capazo de mimbre indio atado al dorso de una mujer alta y descarnada, con unos ojos como dos cráteres hundidos en su rostro. Había gente por todas partes, gente que ella nunca había visto antes —los hippies de fin de semana llegados de la ciudad—, además de sus hermanos y hermanas. El humo se elevaba de las varillas de incienso, de la hierba y el hachís que se ensartaban meticulosamente de mano en mano como si todos estuvieran tejiendo colectivamente un edredón en el aire. Un par de perros larguiruchos y amarillentos husmeaban a los pies de la gente y hocicaban los cuencos que había diseminados por el suelo.

Star estaba subida a un trono de viejos almohadones de sofá en la esquina, junto con Ronnie y una chica nueva cuyo nombre no recordaba. Ella solo sentía cansancio, y aunque todo —la escena en conjunto— era fantástico, como un campamento de verano sin monitores, una fiesta que nunca terminaba, Star empezaba a pensar que ya era suficiente, y que tal vez podía escabullirse y encontrar un lugar donde colarse y dejar que el sueño la arrastrara como una marea oscura hacia la nada. Ronnie tenía la pierna cruzada sobre la suya y ella apenas notaba el pelo de la chica nueva en su hombro, como una salpicadura de sal o azúcar. Cerró los ojos y se abandonó. La música empezó a apagarse, agua aspirada por un sumidero, agua que manaba sobre ella, un arroyo, un río, una piscina que desembocaba en otra... Pero, entonces, uno de los niños soltó un repentino gemido y ella volvió al mundo en aquel momento. El niño, el pequeño del abdomen desnudo y sus partes colgando y un diente mellado que le daba un aire de un diminuto demonio a medio formar, arrancó algo de la mano de su madre, Reba, así se llamaba, ¿o quizá era Rena?

Soltó otro chillido, agudo y mecánico, pero aquello fue el principio y el final, porque Reba le puso un porro en los labios y luego volvió a hundirse en los almohadones como si no hubiera pasado nada. Y así era. Nadie pareció advertirlo o preocuparse. Un segundo guitarrista se había unido a Sky Dog y los dos se abrían camino a través de los firmes y espaciosos cambios de un lento de blues. Una mujer con el torso desnudo que nadie había visto antes se levantó y empezó a arquear las caderas y agitar sus enormes pechos siguiendo el ritmo; al cabo de poco, una pareja de los miembros más o menos permanentes de la comuna se levantó del suelo para unirse a ella, balanceándose y ondulando los brazos como místicos hindúes.

—Una turista —dijo Ronnie, y su lengua seca pronunció las sílabas con esfuerzo—. Hippy de fin de semana.

Llevaba una camiseta de Kmart que Star le había teñido a manchas estrelladas en su primer día allí, supernovas naranjas que estallaban de galaxias rosa intenso y púrpura, y cuando se volvió hacia la chica nueva que estaba detrás de él, la luz hizo que su barba pareciera traslúcida.

—Tú no eres turista —dijo—. ¿Verdad, Merry?

Merry se apoyó en el brazo de él.

—Yo no pienso volver —dijo—. Te lo prometo.

—Muy bien —dijo Ronnie—. Muy bien. Ni lo pienses siquiera. —Dejó caer su brazo libre de los hombros de Star y le pellizcó—: Oye —dijo, atrapado en el mecanismo de lentos remolinos de aquel momento—, ¿quieres que bajemos al río y pongamos una manta bajo las estrellas y nos lo montemos los tres? ¿Te apetece?

Tenía los ojos puestos en la mujer que bailaba, un montículo arriba y otro abajo. ¿Sería buen rollo, no?

Y la verdad era que a Star no le apetecía. No, a pesar de lo que se había dicho a sí misma, ni aunque se hubiera sentido como la otra noche en el tipi, la tienda india. Había sido Ronnie. Ronnie le había propuesto que se desnudara delante del otro, o mejor dicho, la había presionado, avergonzándola, para que lo hiciera.

—No querrás ser una zorra burguesa reprimida como tu madre, ¿verdad? —le había dicho, y su voz sonaba fiera y ronca en el oído de Star—. O como la mía, hostia. Venga, tía, enróllate, está superbién, es solo el cuerpo humano, es natural, quiero decir, ¿qué pasa?

El otro tío, el del tipi —ella nunca supo su nombre—, solo la miraba como si fuese una película que no hubiera visto antes. Estaba sentado con la postura del loto, la auténtica encarnación del eslogan paz y amor, pero se le notaba muy tenso por dentro. Tenía algo intenso. Incluso raro, con mal rollo. Ella lo captaba, sentía que irradiaba una especie de malas vibraciones, pero luego se dijo que solo eran paranoias suyas por el peyote. Así que se echó hacia atrás, cruzó las piernas por los tobillos y contempló el fuego. Nadie dijo nada, fue el momento de silencio más largo. Y cuando ella levantó la vista por fin, los ojos del tío del tipi estaban tan pálidos que no tenía iris, o casi, y Ronnie lió un porro y la ayudó a quitarse su camisa vaquera con todos los signos del zodiaco bordados por ella en las mangas y los hombros, y él se quedó en calzoncillos y el chico de la tienda india —o el tío, el tío del tipi, la corregía siempre Ronnie, a los hombres no se les llama «chicos», sino «tíos»— llevaba una especie de taparrabos y ella estaba desnuda hasta la cintura. La luz de la lumbre ascendía por las paredes y el humo iba al encuentro del agujero de la cúspide del tipi.

—Igual que los sioux, acampados a orillas del Little Bighorn, ¿no, tío? —dijo Ronnie, pasándole el canuto.

Y entonces el tiempo pareció ondularse ligeramente, mientras todo chispeaba de rojo, azul verdoso y dorado, y Ronnie montó sobre ella y el tipo del tipi les miraba,

pero a ella no le importaba, o tal vez sí, pero no era tan grave. Lo hicieron sobre una alfombra india extendida en la tierra con aquel tipo felino mirándoles, pero era su Ronnie y ella encajaba en su cuerpo, conocía sus hombros y su lengua y su forma de moverse. Ronnie. Pan. De casa. Solo que entonces Ronnie se apartó y se quedó un momento allí diciendo:

—Ostras, tío, qué pasada —jadeando, con sudor en la frente y una gota diminuta e infinitesimal fijada como una joya a la punta de su nariz. Hizo un gesto hacia el tío indio y le dijo—: Adelante, hermano, es súper buen rollo...

Fuera, en la puerta principal del rancho Drop City, había un cartel de madera contrachapada clavado toscamente a los travesaños: NI HOMBRES, NI MUJERES, SOLO NIÑOS. Esa era la clave, estaba pensando ella, solo niños, presentación con gráficos, demostración. El brazo de Ronnie era como un peso muerto, un peso de dos toneladas, un árbol caído que la aplastaba desde la nuca. La exuberante mujer del torso desnudo bailaba. «Hay que moverse —cantaba Sky Dog Junior—, moverse siempre hacia delante».

—Entonces, ¿qué dices? —quiso saber Ronnie.

Tenía la cara muy cerca, a centímetros de la suya, con el pálido vello de su barba, y la melena colgando. Los ojos parecían fracturados, como platinos de cerámica pulidos y luego astillados en fragmentos. Ella no dijo nada, así que él se volvió hacia Merry, y Star observó la cara de la chica nueva.

Merry tenía su propia versión de la sonrisa de un millón de kilovatios, amplia y bonita, y era toda piernas con su minifalda amarillo pálido, que tenía el aspecto de no haberse lavado en un mes. Primero miró a Ronnie y luego fijamente a los ojos de Star, antes de dejar vagar la mirada por la habitación, como si estuviera demasiado colocada para mirar, pero le importaba, claro que sí, Star lo veía por la forma tímida de agachar la cabeza y estirarse el dobladillo de la falda y por la línea oscura e indeleble por donde se lo había estirado miles de veces.

—No lo sé —dijo, con una voz que era casi solo aire, y se encogió de hombros—. Supongo.

Ahora estaban bailando los dos niños rubios, el niño de ojos inexpresivos de cuatro o cinco y su hermanita, mirándose los pies, sin ningún sentido del ritmo, en absoluto, y el pequeño tubo relleno que era el pene del chico oscilaba como un metrónomo con su propio tempo.

—Súper —dijo Ronnie. Y se volvió hacia ella, hacia Star, y le preguntó—: ¿Qué te parece a ti, Star?

—No creo. Esta noche, no. Me siento, no sé... rara.

—¿Rara? ¿Qué coño quieres decir?

A Ronnie se le estaba arrugando el ceño y tenía las comisuras de la boca hacia abajo, formando un pequeño hoyo de nada. Ella conocía aquella expresión. Aunque Ronnie no había movido un solo músculo, aunque para el resto del mundo seguía siendo el hijo de las flores más enrollado y tranquilo y menos tenso del universo, por

dentro se estaba hinchando de rencor y bilis. Le gustaba imponer su forma de hacer las cosas. Siempre lo conseguía, tanto si era cuestión de a quién se iba a tirar y cuándo, o de qué autopista iban a coger, o dónde pasarían la noche o qué tipo de comida tomarían. Daba igual si estaban atravesando Buttwash, Texas, si el efecto de las anfetaminas se estaba pasando y Star se moría por unos huevos fritos. Ronnie solo quería tacos, hasta el extremo de la obsesión e incluso quizá alucinación, él quería salsa y chiles y Tecate, y aquello fue lo que comieron al fin.

—Venga, Paulette, no seas coñazo. Ya sabes lo que dice la sociedad Keristan, ahí mismo, por escrito, en el *Speeler*. ¿Eh? ¿No lo sabes?

Sí que lo sabía. Porque él se lo citaba cada vez que se ponía caliente. Fueran quienes fueran, los de la sociedad Keristan, keristianos o keristenses o como quisieran llamarse, predicaban el amor libre sin prejuicios; es decir, había que hacerlo con cualquiera que lo propusiera, sin importar su etnia o credo o el color de la piel, aunque fueran viejos y gordos o retrasados o olieran como la suela del zapato de no sé quién. Decir que no a alguien que quisiera follarse se consideraba un acto de hostilidad, tanto si te apetecía como si no. Son las siete de la mañana, tienes resaca y el pelo como si te lo hubieran injertado en la cabeza y un tipo quiere follarse. Pues te lo follas. Y si no lo haces, es que no estás en la movida, porque estás infectado con todos los traumas burgueses como los capullos de tus padres y el resto del mundo heterosexual convencional. Eso es lo que decía la sociedad Keristan, pero ella estaba pensando, o empezaba a pensar, de un modo bastante rudimentario, que el amor libre era solo una invención de algún tipo con granos y un pelo espantoso y tal vez bizco, que no conseguiría montárselo de ninguna otra manera o con ningún otro régimen, y ella no pensaba acceder, no aquella noche, no con Ronnie y aquella como se llamara.

—No, Ronnie —le contestó, quitándose su brazo del hombro y dejándolo caer como el peso muerto que era—. Nooo... —Ahora ella estaba de pie, mirándole, observando su rostro diminuto y a la chica nueva y la otra le devolvía la mirada con una sonrisa que se desvaneció como un apagón—. Me importa una mierda la sociedad Keristan. Me voy a la cama y no me llames así.

Él se sintió ofendido, víctima, desolado, aferrado a la chica. Merry, así se llamaba, «Merry», como si ella fuera una tabla en alta mar y su barco acabara de hundirse.

—¿Que no te llame cómo?

Pechos agitándose, el pequeño pene oscilando, gente martilleando panderetas con las palmas y el humo de la hierba y el incienso acumulándose en el suelo como niebla.

—No me llames Paulette —le contestó ella y se alejó, con los pies descalzos, abriéndose camino entre las caderas, piernas espatarradas y miembros desnudos de sus hermanos y hermanas.

Ya era otra mañana y llegó a las copas de los árboles con un resplandor puramente natural. Star ya llevaba tres días sin colocarse, porque Ronnie estaba ocupado con Merry y la mujer de las tetas grandes, que, según se supo después, tenía veintisiete años y trabajaba como secretaria para una compañía de transportes. Se llamaba Lydia y como había encontrado un par de colchones donde era bienvenida, decidió quedarse y pasar de su trabajo y del mundo de plástico, y de aquellos sujetadores apretados que se le clavaban en la carne, de los pasadores del pelo, el maquillaje y todo lo demás. Star solo sentía indiferencia. Ella no estaba enamorada de Ronnie ni nada por el estilo, pensó. Era solo que venían del mismo lugar y que habían hecho mucha carretera juntos, a través de aquel inmenso horno de Iowa, la amarilla Nebraska, Nuevo México y su cubeta de polvo pardusco, de la Arizona rojo ladrillo y marrón desmigajado, cantando canciones de los Stones, «Under My Thumb», «Goin' Home». Y aquello ya era algo. Por supuesto que sí. Pero, mientras maniobraba con el cubo bajo la primera de las cabras, se dio cuenta de que se sentía bien, limpia y pura y muy bien, sin traumas ni malos rollos, por primera vez en su vida, o por lo menos, que ella recordara.

El momento era eléctrico y lo adivinaba a través de las plantas de sus pies desnudos, por cada poro: aquella era la vida que había imaginado cuando se fue de casa, una vida de paz y tranquilidad, de amor y meditación y fe en lo ordinario, sin pretensiones ni juegos, sin ninguna ansia de aquella sociedad de plástico ni del todopoderoso dólar. Había tenido el primer presentimiento de lo que podría ser cuando aún estaba en su entorno de siempre, con Ronnie. Unos tipos que él conocía habían alquilado unas cuantas casitas de piedra en el bosque, a menos de un kilómetro y medio de la autopista principal. Ronnie y ella iban la mayoría de las noches, incluso cuando ella tenía que trabajar al día siguiente, porque aún vivía con sus padres y aquel era un sitio donde estirar las piernas, olvidar toda convención, ser simplemente uno mismo. La gente de las casitas de al lado se reunía en la última de la fila —que ocupaban dos hermanas de Florida, JoJo y Suzie—, porque era la más grande y tenía una chimenea de piedra que el chico de Suzie alimentaba de leña constantemente.

JoJo era mayor, veinticuatro o veinticinco años, y había vivido un tiempo en una comuna de Vermont —en un lugar llamado Further—, y en las mejores noches, cuando la gente no estaba tan colocada que simplemente se arrellanaba en silencio en los almohadones del suelo y dejaba que el latido del estéreo lo invadiera todo, JoJo solía contar sus recuerdos de allí. Había entrado justo después de acabar la secundaria, sola, con seis dólares en el bolsillo y un ejemplar de *The Dharma Bums* bajo el brazo, enganchada a un tío, y se quedó tres años. Sus ojos se volvían hacia su interior mientras hablaba, y la ceniza del cigarrillo se le ponía blanca. Se sentaba en la mesa de la cocina y le contaba a Star lo que significaba vivir con un grupo de gente

que te iluminaba noche y día, tus auténticos hermanos místicos, elegidos entre todo el mundo para ti. También le hablaba de los placeres simples de hornear pan, recolectar huevos o hervir la fina y levemente dulce savia de los arces del Canadá hasta obtener un sirope como oro líquido, muy distinto de lo que se vende en las tiendas.

Ronnie se quedaba en la habitación principal —en esa época le daba a la heroína—, asintiendo y rascándose y hablando con voz de ultratumba de coches, equipos de música o bandas, y JoJo tenía siempre una cazuela de algo al fuego por si a alguien le entraba el hambre, lo cual solía ocurrir prácticamente todas las noches. Aquello no era una comuna —no era más que un puñado de gente joven, gente enrollada, que había decidido vivir puerta con puerta—, pero para Star era absolutamente definitivo. Uno podía aparecer en cualquiera de aquellas casitas a cualquier hora del día o de la noche y siempre había alguien con quien hablar, compartir un disco nuevo, un poema, drogas o comida. Star se sentaba en la vieja alfombra, junto al fuego, al lado de Ronnie, y escuchaban música toda la noche mientras iban pasando una pipa o un canuto, y cuando solo quería cotillear o enseñar un nuevo par de botas o algo de bisutería, allí estaban Suzie y JoJo y media docena de chicas con las que relacionarse, y eran como hermanas, como compañeras de dormitorio, pero mejor.

Aquello fue un anticipo, solo un leve anticipo. Porque no mucho después la policía empezó a controlar la zona y llegó a ser un rollo incluso cruzar en coche aquella oscura calle con altos matorrales para llegar hasta allí, con las luces flasheando y siempre: «Salid del coche. ¿Adónde vais a estas horas de la noche?» y «¿No nos conocemos?». Y todo giraba demasiado en torno a las drogas, al cabo de un tiempo todo el mundo te clasificaba, y no había una cooperación real; todos seguían manteniendo sus trabajos en aquella sociedad de plástico. A Suzie la engancharon y luego detuvieron a su chico, Mike, y pareció que todo se desvanecía simplemente. Pero ahora Star estaba allí, en California, con la luz del sol prodigándose sobre sus hombros y las cabras balando para ella. Se sentía realmente parte de algo por primera vez, algo importante. Y además, hasta hacía dos semanas, nunca había visto una cabra, o en todo caso, la habría visto en un zoo infantil o un huerto de calabazas cuando tenía diez años, con las mandíbulas apretadas sobre sus aparatos ortopédicos porque no se atrevía a sonreír con todo aquel feo metal centelleando como una bombilla en su boca. Y ahora, allí estaba, ordeñando a las dos cabras como una experta, como una lechera de una novela de Thomas Hardy, Star de Urberville, y con toda la comunidad dependiendo de ella.

Muy bien. La leche amarillenta siseaba en el cubo. Pero entonces la segunda cabra (era Amanda o Dewlap, ella no las distinguía, a pesar de todos aquellos pellizcos y tirones de las ubres que había hecho... ¿cuántas mañanas seguidas?) metió la pata en el cubo y la leche, que pensaban utilizar para hacer yogur, aparte de para los cereales y el café, fue a parar al terroso suelo.

—Ostras —dijo una voz tras ella—, una ofrenda a los dioses. Estoy impresionado.

Ella estaba acucillada a la sombra del roble en el que ataban a las cabras por las noches para evitar que arruinaran y borrarán todo el verde y todas las floraciones de la faz de la tierra. Esbozó su sonrisa y volvió la cabeza. Estaba contenta (exaltada, dispuesta a gritar y dar testimonio, de la leche derramada y de cualquier otra cosa) porque aquello era lo que siempre había querido, vivir en la naturaleza con sus hermanos y hermanas, y a tomar por el culo Ronnie, la verdad, a tomar por culo. De acuerdo. Muy bien. Pero estaba sonriendo a la nada: allí no había nadie.

Pero tampoco era tan grave, ¿o sí lo era? Una cosa eran los flashbacks del pasado, pero ¿alucinaciones auditivas?

—Aquí, arriba —dijo la voz, y Star levantó los ojos hacia las amplias avenidas grises del árbol y vio las plantas de unos pies ennegrecidos por la tierra, unos pies como del interior de una tumba, y la claridad blanca y despojada de los muslos y caderas de un hombre, y por fin su pecho desnudo, su pelo y su cara. Él le estaba sonriendo. Apartando una rama tan grande como las tuberías que suministraban agua a los niños de las bicicletas y a las mamás que habitaban las cocinas de las urbanizaciones suburbanas donde ella había crecido, en medio del rugido de las máquinas podadoras de césped y del humo de las parrillas. Barbacoas. Arbustos de lilas. Preescolar hasta el fin de la primaria.

¿Qué podía decir? Levantó automáticamente el rígido plano de su mano para protegerse los ojos contra el resplandor, pero no había tal, solo las profundas sombras del árbol y la suave aureola brillante del sol.

Tras él, a su izquierda y justo encima —¿cómo no la había visto antes?— había una cabaña en el árbol, idéntica a la que el padre de Star le había construido en el cerezo silvestre de su jardín cuando ella cumplió ocho años, porque era lo que había pedido por su cumpleaños y no quería ninguna otra cosa. Su voz le llegó flotando:

—Las cabras son muy traviesas... ¿O es que de verdad intentas aplacar la ira de los dioses?

¿Aplacar la ira? Pero ¿quién era aquel tío?

—Iba a hacer yogur, para todo el mundo, pero esta cabra, Dewlap, o quizá sea Amanda, no parece dispuesta a cooperar.

—Necesitas un cabrero.

—Muy bien. ¿Y por casualidad tú no serás un cabrero, no?

Él era un hombre desnudo sentado en un árbol. Se echó a reír.

—Me has descubierto. Pero, en realidad, solo es una ocupación menor para mí. Mi verdadera vocación, para lo que yo vine a este planeta, es construir cabañas en los árboles. Por cierto, ¿te gusta esta?

Se llamaba Marco, y Norm Sender, el tipo (o el tío) que había heredado aquellas diecinueve soleadas hectáreas sobre el río Russian y había fundado Drop City dos años antes, le había cogido haciendo autoestop en la carretera junto a Bolinas. Marco había construido la cabaña del árbol con tablones y maderas sueltas en una sola tarde —ayer por la tarde, de hecho, mientras ella se echaba una siesta, meditaba, arrancaba

malas hierbas y fregaba cazuelas comunitarias—, y cuando le tendió un brazo desnudo, ella le cogió la mano y él la subió a la rama junto a él como si ella no pesara más que el aire circundante. Ella estaba en su regazo, prácticamente en su regazo, y estaba desnudo, pero no empalmado, porque la situación no era esa: aquello era una hermandad, se trataba de subirse a un árbol a cierta hora de la mañana y dejar que el mundo girase sin ellos.

—Este es el monte Olimpo —dijo él—, y nosotros somos los dioses y dadores de luz, y ¿ves esa mancha en el suelo, en la insignificante tierra donde la chica de las cabras ha hecho el sacrificio?

Sí que la veía y era gracioso, lo más gracioso del mundo, leche de cabra derramada en el barro y el sobrio cubo de metal a su lado y las cabras balando y dejando caer sus bolitas negras y algún madrugador —era Reba, la ordinaria, agotada, siempre maternal Reba— que salía de la cocina de la casa principal con un cazo de agua de fregar para aprovecharla juiciosamente en las margaritas del huerto. Star se echó a reír y se rió hasta que le dolió el pecho y los dos lugares donde le faltaba el oxígeno empezaron a extenderse como garras hacia la parte posterior de su cabeza, y entonces él la condujo a la cabaña, que tendría metro ochenta de ancho y dos y medio de largo, con una alfombra, una guitarra, un saco de dormir plegado y un techo de tablones de oloroso y dulce cedro. ¿Y qué fue lo primero que hizo él entonces? Lió un porro, lamió los extremos y se lo tendió.

2

La carretera estaba aterciopelada de helechos, flores silvestres, reluciente hierba húmeda que sobresalía aguda para atrapar el vientre de la niebla, y él estaba allí con sus vaqueros cortados y su pulgar levantado. Llevaba una descolorida cazadora vaquera, una camiseta que no había lavado en una semana y un par de botas camperas rojas y negras labradas a mano que había comprado en Mexicali, probablemente por una quinta parte de lo que habría pagado en San Francisco, pero no le habían dado muy buen resultado. Los tacones se le habían gastado irregularmente, por una parte, y para acabar de empeorar las cosas, las puntas se habían quedado tantos días mojadas que habían perdido el color. En la parte de arriba, bajo las perneras del pantalón, las botas seguían siendo nuevas, pero la parte visible se parecía a esas tiras de cuero sin curtir que venden en una cesta en las tiendas de mascotas. Su guitarra era otra historia. Nunca había tenido funda, que él recordara, así que la llevaba envuelta en una bolsa de plástico negra como toda protección. Ahora, mientras él estaba allí de pie, con el pulgar extendido, la apoyaba sobre su pierna, como un hongo siniestro que hubiera brotado de la tierra cuando nadie lo miraba.

No estaba lloviendo exactamente, pero la bruma se prendía de los árboles y él se había sujetado el pelo hacia atrás con una cinta roja para mantener las puntas mojadas lejos de la cara. Llevaba un cuchillo de quince centímetros atado al cinturón, pero era solo para propósitos no violentos, como quitarle la corteza a una rama de manzanita de dama o limpiar las truchas antes de envolverlas en papel de aluminio y asarlas sobre un lecho de carbón ardiente. En la bota llevaba agua en vez de vino (había aprendido severamente la lección, en el desierto de Sonora) y la mochila del ejército que llevaba en la espalda contenía su saco de dormir, un suelo de tienda impermeable, unos pocos utensilios básicos y un humedecido ejemplar de *De ratones y hombres*, de Steinbeck. Precisamente aquella mañana estaba releendo las primeras páginas — George y Lennie sentados junto a un fuego hecho con madera arrojada por la corriente, en un mundo que lo prometía todo y no daba nada—, mientras se hacía café y calentaba una lata de estofado sobre su propia fogata, y el alba surgía entre los árboles en un lento filtro gris. Marco estaba pensando en eso, en cómo Lennie seguía creyendo en su lema «Vivir de la riqueza de la tierra», a pesar del triste peso muerto de la evidencia contraria, cuando el primero de un desfile de coches se materializó entre la niebla y pasó siseando junto a él como si no existiera.

No le importó. No tenía prisa. No huía, sino que más bien iba a la deriva, tan anónimo como la mañana, y sí, había tenido problemas con la ley por un delito menor contra la propiedad, había abandonado los estudios, dejado un trabajo y luego otro y otro más, y sí, había recibido la fría, dura e incontrovertible nota de reclutamiento en el buzón frente a la casa de sus padres, en Connecticut, pero de eso hacía ya dos años. En el ínterin —y pensó en su libro favorito de todos los de Steinbeck, *Tortilla Flat*—, había intentado hacer que las cosas funcionaran de un modo distinto, viviendo

sencillamente, dirigiéndose a donde le llevara su ánimo. Todo el mundo hablaba de volver a la tierra, como si fuera una virtud en sí misma. Él conocía bien la tierra, dormía en ella, recorría sus colinas a pie, y a través del resplandor de los llanos alcalinos, la sentía como una serie monumental de pulmones aspirando y exhalando cuando se despertaba bajo los árboles en la quietud de la mañana. Aquello ya era algo, y de momento, era lo mejor que podía hacer. En cuanto a los coches, la noche anterior tampoco había logrado conectar, y había encontrado un sitio —aquel meandro de la carretera encerrado entre eucaliptos de blanca corteza, que olían a humedad y a menta y a todas las formas de vida posibles— y se había instalado junto a un arroyo para despertarse con el sonido del agua en vez del tráfico.

Cuando pasaron los coches, todo estaba sobrenaturalmente silencioso, no había ningún sonido, excepto el del reclamo para cazar pájaros y el susurro de los árboles goteantes. Esperó un momento, escuchando el posible tráfico, luego se puso la guitarra al hombro y echó a andar por la carretera en dirección a Olema y Point Reyes. Se concentró en el ritmo de sus pasos, sintiéndolo en las pantorrillas y los muslos como una especie de fuerza. Era un hombre que andaba por el margen de la carretera y podía seguir andando siempre, atravesar el continente y volver y decirle a cada coche que pasaba con la expresión de su rostro que le importaba un pito si se paraban a cogerle o no. Debían de haber pasado veinticinco o treinta vehículos y el sol había ascendido sobre los campos y había disipado la niebla, cuando finalmente, una camioneta Volkswagen familiar le paró. La camioneta era prácticamente nueva, blanca por arriba y de color naranja oscuro abajo, pero cuando Marco se apresuró a subir desde el arcén y vio el signo de la paz toscamente grabado a cuchillo en el panel lateral con una mancha de pintura blanca, supo que estaba en casa.

Al volante había un tipo mayor —de treinta, tal vez treinta y muchos—, con una barba errática que colgaba sobre su mono de trabajo y se enroscaba hasta su pelo. Llevaba unas gafas con montura de tronado plástico negro, y su sonrisa tenía al menos dos dientes de oro.

—Sube, hermano —le dijo—. ¿Hacia dónde vas?

Golpe de la puerta al cerrarse, una vibrante explosión metálica del motor, insectos kamikaze y polvo, y la mochila y la guitarra echados en el asiento trasero como piezas de contrabando. Cada trayecto era un ritual, cada ritual un trayecto.

—Al norte —contestó Marco—. Gracias, tío —añadió automáticamente—. Qué buen rollo.

Se pusieron en marcha y la radio cobró vida con un eléctrico ataque de rock and roll.

El mundo visible voló durante sesenta segundos plenos antes de que el hombre se volviera hacia él y gritara, por encima de la radio:

—¿Al norte? Es un destino bastante vago. ¿Qué tienes en la cabeza? ¿Tal vez Sitka? ¿Nome? ¿Qué me dices del taller Santa's Workshop? Santa te serviría.

Marco le sonrió.

—En realidad, me dirigía a Sonoma, al rancho Drop City, ¿sabes?

—¿Drop City? ¿Te refieres a aquel sitio hippy? ¿No es allí donde todos van desnudos y se limitan a follar y a colocarse todo el día? ¿Es allí donde vas? —El hombre le miró directamente a los ojos, sin expresión, y luego volvió a centrarse en la carretera.

Marco se quedó pensando. Aquel tío podía ser cualquier cosa. Podía ser un narco o un fascista o un agente de Bolsa o el propio general Hershey. Pero la barba... la barba le traicionaba.

—Sí —contestó—. Ese es exactamente mi rollo.

No podía ser mucho después de mediodía cuando atravesaron las puertas con bisagras de muelle que servían para el ganado y se tambaleaban sobre las marcadas roderas del camino de tierra que llevaba a la casa principal. Aquel era el trayecto final, el trayecto que llevaba directamente al porche y a la puerta principal, y Marco se había quedado allí, consciente de todo, mientras Norm Sender rugía:

—Buena respuesta, hermano.

Y se lanzaba a un discurso de media hora sobre su tema favorito, su único tema, Drop City.

Estaba colocado de algo —anfetaminas, por su expresión y por cómo hablaba—, pero eso no se computaba en las ecuaciones de Marco, porque todo el mundo con quien se había relacionado en los últimos dos años estaba colocado o en la bajada de un colocón, y él había estado en ello más veces de lo que le gustaba reconocer. Al principio, a los diecinueve o veinte, era una cuestión de derecho al fanfarroneo —«¿Ah, sí, le diste a la DMT y fumaste paregórico en el concierto? Mola, tío, pero yo me lo monto de jaco, tío, y punto, quiero decir, es perfecto para mí. Y el ácido. Ácido, por supuesto. Y nada de expandir la mente ni de toda esa mierda de mentira mística, solo colocarme y punto, ¿sabes, tío?»—, pero ahora era solo más de lo mismo. ¿Cuántas conversaciones de esas había tenido? Según su impresión, unos diez millones, un montón de aire aspirado y exhalado. Sin embargo, cuando Norm Sender encendió un canuto y se lo pasó, él lo cogió y se lo puso entre los labios. Era lo que había que hacer. Ese era el ritual.

Se quedaron allí sentados, mirando a través del parabrisas y fumando. Cuando el canuto se consumió, Norm encendió un cigarrillo y se lo pasó a Marco y Marco le dio una calada y se lo devolvió. El camino era como cualquier otro camino, seda ardiente con un brillo de fuego, los árboles como bomberos descendentes. Marco se arrellanó en su asiento mientras la camioneta se balanceaba y viraba, aunque el humo se elevaba por las ventanas y Norm seguía apretando la montura de sus gafas como si se la hubieran engrasado. Llevaba un cinturón de cuerda trenzada que no podía contener la protuberancia de su tripa, le salían punzantes pelos negros de las orejas y la nariz y tenía los brazos más blancos de lo que correspondía a un granjero. Él hablaba y

Marco escuchaba. Su voz era un gañido ronco y agudo a la vez, que caía a plomo en la sopa de ruido de la radio y se escoraba alejándose del claqueteante aullido del motor.

—Entonces, como mis padres... —dijo aquello a modo de prelude, aunque Marco no había dicho una palabra de los padres de nadie; no habían hablado de nada, solo de hierba guay, de primera y cosas así, y en la radio siseaban las interferencias mientras Norm manipulaba el dial con sus maltrechos y romos dedos—. Como mi madre, que me amantó, y el viejo maldito carca y sucio vaquero de mi padre... la diñaron... Fue después de comprar la granja. Choque directo con un camión lleno de sartenes de lujo, saliendo de Petaluma por la ruta Ciento dieciséis, y esto sonará gracioso, la ironía y esas cosas, pero no lo es, porque el viejo gilipollas estaba ciego de alcohol y mi madre merecía mejor suerte. Pero en fin, su hijo y heredero se quedó con el rancho en las colinas... Y ese soy yo, para servirte... Y la verdad es que me producía cierto malestar, ya sabes, por todo el trip de propiedad de la tierra, porque nadie puede poseer la tierra y pensé, como Timothy Leary, «Mutemos, tío». Y de ahí paso al concepto de «primitivismo voluntario», y, si me permites, te lo delecto, tío, ATPT, Acceso a la Tierra Para Todos, ¿lo captas? Tú quieres venir a Drop City, quieres excitarte, dejarte caer y simplemente vivir aquí en la tierra haciendo tus propias cosas, ordeñando a las cabras o currando en la cocina o el huerto, reparando cosas o ensartando pinchos morunos de venado o simplemente mirando al cielo encantado, no me importa quién seas, eres bienvenido, hola a todo el mundo...

Dos horas. Duró dos horas. Marco estaba en la fase en que toda esperanza daba paso a algo más sombrío, más oscuro, más viejo, pero cuando vio la hierba alta y moteada de color mostaza y los robles absorbiendo la tierra, cuando vio los perros, cabras y pollos que pululaban, los hombres melencólicos tan abstraídos y sintonizados con lo que estaban haciendo que apenas levantaban la vista, y las mujeres —¡las mujeres!—, sintió que algo nacía de nuevo en su interior. Se inclinó hacia delante y lo observó todo tal cual era: cabañas, tiendas, huertos y árboles cítricos, una cúpula geodésica... ¿o era una tienda redonda, una tienda mongol? Luego, la furgoneta describió una curva y la casa apareció ante sus ojos de detrás de una cortina de árboles. Allí estaba. Y de nuevo desapareció. Cuando al fin reapareció, Marco vio una casa de madera de dos plantas con una serie de edificaciones anexas, no muy distintas de las que se ven en Kansas o Missouri o cualquier otro sitio donde los granjeros cultivan la tierra, excepto que alguien había pintado un ribete de naranja fosforescente y el resto de un damero verde y rosa, de modo que la casa ya no era una casa sino una especie de tablero de la revolución psicodélica. La camioneta dio un bandazo, se levantó una nube de polvo y se enturbió el aire. Norm sonreía y exhibía el signo de la paz todo el tiempo, con un par de perros de pelaje ocre amarillento trotando a su lado, y luego avanzaron por un solar lleno de roderas de detrás de la casa y Norm gritó:

—¡A casa por vacaciones, claro que sí!

¿Vacaciones? ¿Qué vacaciones? Y Marco se estaba preguntando a qué fiesta o vacaciones podía referirse a mediados de mayo, bueno, no estaba muy seguro de qué fecha era, pero no podía ser más del quince o el dieciséis, cuando Norm se volvió a él con una mueca:

—Es solo una forma de hablar, tío, y quiero ser el primero en desearte feliz Navidad. Pero la verdad es que cada día es una fiesta en Drop City, porque el mundo convencional está prohibido, absoluta y categóricamente, no puede pasar por estas puertas, señor Jones, ¿lo captas?

Qué podía hacer él salvo sonreír y asentir y echarle una mano mientras su benefactor empezaba a descargar suministros de la parte trasera de la camioneta, botes de ketchup, mantequilla de cacahuete, miel, bolsas de harina, semillas de sésamo, arroz integral, almendras crudas y copos de avena, herramientas, un generador reciclado, toda una pila de pan... («Trueque, tío, trueque, brócoli a cambio de pan, pepinos por pan, berenjenas y... ¿conoces la rutabaga?») y dos grandes bolsas de papel de embalar que debían de contener unos treinta discos de vinilo. ¿Y adónde iba todo aquello? A la casa principal, cuatro escalones más arriba, por el porche trasero hollado de pisadas y a la cocina, con los brazos cargados, a una mesa casera, rudimentaria pero auténtica, macetas con hierbas en la ventana, estantes del techo al suelo y latas de conserva, tamaño institucional, de toda la comida imaginable, apiladas como si se preparasen para un asedio. Y mujeres, tres mujeres: Merry, Maya y Verbie.

Las tres levantaron la vista cuando Marco cruzó el umbral detrás de Norm y puso sus paquetes en la mesa, sonriendo, sí, pero él ya había visto sonrisas como aquellas antes —en Morning Star, Olompali, la Granja Mágica, Montaña Gorda—, solo eran los ínfimos vestigios que quedaban de la hermandad y la simpatía ante los recién llegados. Querían ser expresión de bienvenida, aquellas sonrisas pálidas, fraternidad de labios secos de quienes se preocupan de que las gachas de avena no se peguen al fondo de la cazuela, pero ¿a cuántos habrían dado ya la bienvenida? Él era nuevo. Un tío nuevo. Otra boca que alimentar, y ¿colaboraría, se quedaría a arrancar las malas hierbas del huerto, reparar el tejado y construir la canalización desde los váteres tapados a la fosa séptica a medio excavar, sería digno de la inversión de tiempo y energía o solo intentaría hacérselo con las mujeres, fumar hierba y beber vino barato todo el día y se presentaría a la hora de comer, plato en mano? Aquellas sonrisas tenían un matiz acerado que le hicieron sentir tímido e indigno.

Debió de subir los escalones seis o siete veces, con los brazos cargados de comida, antes que nadie le dirigiera la palabra. Fue Merry, alta, de ojos oscuros, con un ramito de gipsófila prendido detrás de la oreja, la que levantó los ojos y murmuró:

—¿Mucho tiempo en la carretera?

Norm no estaba allí para contestar por él, se había marchado voceando a la habitación de al lado, arrancando la funda de plástico de uno de los discos nuevos y dejando un vacío tras él. Maya y Verbie estaban en una esquina, junto a la pila de

fregar, inclinadas sobre las peladuras de cebollas verdes, pimientos, calabacines y zanahorias que estaban cortando para la sopa y hablando en voz baja y monocorde, y Merry se había deslizado a través de la habitación, descalza, para sacar alimentos de las bolsas y encontrarles sitio en las estanterías. Allí estaba, a sesenta centímetros de él, y olía a ajo y a cilantro, con los ojos vagamente interrogativos. Marco se encogió de hombros. La respuesta correcta, más o menos, era dos años. Pero no dijo eso. Solo dijo:

—No sé, una temporada.

Y ahí se acabó la conversación. Merry le dio la espalda, con el pelo balanceándose y flotando en sus propias corrientes, los nudillos blancos de sus manos mientras levantaba latas para dejarlas en los estantes, el sol preñado de promesas en las ventanas, las hierbas en sus macetas desenroscándose como dedos y un gato (un felino) que Marco no había visto hasta aquel momento, levantando la cabeza desde su puesto sobre la nevera para fijar en él una mirada acerada de ojos amarillentos. El silencio se alargó un latido más, hasta que lo quebró el siseo superamplificado de una gastada aguja cayendo sobre un vinilo immaculado y una loca explosión de percusión y guitarra llenó la casa. Dos latidos más. Marco agachó la cabeza y se dirigió a la puerta de nuevo.

Fuera, más allá del solar de tierra donde Norm había aparcado la camioneta, había un jardín más o menos convencional, con un par de limoneros, un parterre de flores y una piscina que centelleaba y despedía luz mientras un solo nadador —a aquella distancia, Marco no podía distinguir si era hombre o mujer— nadaba haciendo largos con la tenacidad descabellada de un animal enjaulado. Cabeza oscura, pelo enmarañado. Adelante y atrás, adelante y atrás. Sintió una repentina urgencia de desnudarse y zambullirse, liberarse de todas las grasas y manchas de la carretera y del hedor del saco de dormir, pero no conocía a nadie allí y aún se sentía algo inseguro. Lo que tenía que hacer, antes de ser atrapado en los ritmos del lugar, era decidir dónde iba a dormir, al menos aquella noche, y tal vez las noches siguientes. Norm le había señalado una pila de tablones de madera que había detrás de uno de los edificios anexos cuando se acercaban por la carretera.

—Construye —había gritado por encima del sonido de la radio—, adelante, construye, construye como te convenga, yo no voy a hacer de policía, ni de alcalde, haz lo que quieras.

Y Marco pensó que podía echar una ojeada, ver qué podía hacer. Él no era exactamente un maestro carpintero, pero lo hacía bastante bien, y aparte de un par de días trabajando en una obra con un equipo de San José, llevaba semanas sin hacer ningún trabajo real. ¿Por qué no?, pensó. Incluso aunque decidiera no quedarse, era una manera de pasar el tiempo.

Dejó su mochila y la guitarra bajo uno de los grandes y serpenteantes robles del jardín delantero y volvió al camino a inspeccionar la madera. No era gran cosa. Un montón de tablones erosionados y blanqueados por el sol, un par de láminas de

contrachapado alabeado, algunos trozos sueltos, la mayoría semicalcinados, y no hacía falta ser Sherlock Holmes para ver que Drop City había perdido al menos una de sus construcciones en un incendio. Marco estaba separando el material recuperable del que no servía cuando un tipo de veintipocos años surgió de entre las altas hierbas, contoneándose con sus lubricadas caderas, andando como si bailara, con una cabeza demasiado grande y unos pies demasiado pequeños.

—¿Qué pasa? —dijo, saltando hacia él, y Marco vio que balanceaba una caña de pescar en una mano y una ristra de percas diminutas en la otra.

Tenía los ojos vidriosos y fragilizados, como si acabara de salir de un larguísimo concierto. ¿Qué más? Muy bronceado, collar de cuentas ceñido al cuello, vaqueros cortados, sandalias guarachas, y la barba más rala del mundo.

Marco asintió, y le devolvió el saludo tribal:

—¿Qué pasa, tío?

El tipo se quedó observándole un minuto, con una leve expresión de divertimento en la cara.

—Soy Pan —dijo—, o Ronnie, en realidad, pero todo el mundo me llama Pan... ¿Y tú eres...?

—Marco.

—Buen rollo. ¿Vas a construir?

—Eso creo.

Ronnie frunció el ceño, rotando el pulgar en la tierra.

—¿Con esta mierda?

—«De orígenes humildes...» —citó Marco con una sonrisa—. Tío, Thoreau pagó algo como veintiocho dólares por su casa de Walden Pond, pero le sirvió para resistir el frío invierno de Nueva Inglaterra...

—Sí —contestó Ronnie—, pero los precios se han desorbitado desde entonces, ¿no?

—Ya. Pero esta madera es gratis. ¿No es eso deflación?

Pero Ronnie no pareció captar la broma. Se quedó allí un buen rato, observando cómo Marco se inclinaba a apilar las maderas desparejadas, con los pescados poniéndose tiesos en la cuerda. Hacía calor. Una bandada de cuervos lanzó una risotada en algún lugar del bosque.

—¿Y qué vas a construir? —preguntó Ronnie al fin.

Entonces se le ocurrió; había hecho falta aquella pregunta para provocar la respuesta, porque hasta aquel momento no había tomado forma en su mente. De pronto vio el roble, su sombra extensa y penetrante, las raíces como garras, bellotas, las hojas que cubrían el suelo, y debajo, su guitarra y su mochila apoyadas de cualquier modo contra el tronco. Dejó caer un tablón a sus pies.

—Una cabaña en el árbol —dijo.

3

Pan se había tomado el día libre. No pensaba hacer otra cosa que acariciarse sus enmarañadas greñas, fumar sus pipas y tomárselo con calma. Nada de sexo —todavía estaba en carne viva de tanto follar—, y nada de peleas, ni con Merry ni con Lydia ni con Star. Aquel día no. La mañana ya había sido una especie de pesadilla. A las nueve, había tenido que salir del colchón, a cuatro patas, en la habitación de delante, con un sabor de mierda recalentada en la garganta, y todos se habían apretujado en su viejo y oxidado Studebaker cosecha del 59 (el mismo con el que Star y él habían atravesado el país) para ir a Santa Rosa, a la oficina de bienestar social del municipio, a obtener bonos de alimentación. Debía de hacer más de treinta y cinco grados, las calles ardían, el universo de chaqueta y corbata estaba ya a punto de cerrar, en plan «Gracias a Dios que es viernes», y algunas madres de brazos robustos se dirigían al supermercado con sus camionetas de diez metros de largo, y nadie llevaba un mal canuto para aliviar el sufrimiento.

Era ya media tarde cuando Ronnie se tumbó al borde de la piscina, con el pelo pegado al cráneo tras toda una serie de zambullidas en el agua vagamente verdosa —¿y por qué nadie echaba un poco de cloro en el agua?, ¿no era eso lo que había que hacer?—, el sol cumplía sus promesas, los pájaros armaban su particular barullo en los árboles y las notas de una armónica flotaban sobre el césped con los efluvios premonitorios de la comida que se cocía en las imponentes marmitas de la cocina. La noche anterior (¿o hacía ya dos noches?) habían cenado lasaña vegetal con tofu y zanahorias como sustituto de la carne, y había sido una de las mejores noches. En general, la cena consistía en una especie de puré de arroz sazonado con caldo de verduras, hierbas, cebollas tiernas y productos del huerto. No es que se quejara. O tal vez sí. Sus bonos de comida iban a parar a la olla común junto con los de los demás, y aquello podía soportarlo, pero Norm... Norm estaba chiflado, insistía en alimentar a todos los que aparecieran por allí, incluyendo a vagabundos y borrachos y a los negros del Fillmore, que casualmente parecían haber tomado el barracón de atrás la semana pasada, y no daban signos de querer irse.

Habían desembarcado un fin de semana, siete de ellos, apretujados en un viejo Lincoln Continental con alerones de nave espacial que podría haberles llevado a Marte y haberlos traído de vuelta, muy enrollados y pacíficos, solo venían a controlar cómo era el sitio. Ronnie estaba en el porche, con Reba, Verbie, Sky Dog y otros dos más, mirando la luz que jugueteaba entre los árboles y esforzándose al máximo para sacarles monedas a los turistas, que siempre parecían tan tímidos y agradecidos de poder contribuir a aquel estilo de vida, porque realmente creían en todo lo que se estaba haciendo allí, de verdad, pero tenían a su madre enferma y estaban retrasados en el pago de los plazos de la casa y el ortodoncista amenazaba con ponerles aparatos a sus hijos, y ¿no podían sentarse un momento en el porche? Sería muy buen rollo... Algunos traían cámaras y Sky Dog les cobraba un cuarto de dólar por una foto con un

hippy auténtico con toda la parafernalia, y los más valientes se quedaban a cenar y hacían cola con una escudilla de aluminio en la mano e incluso se tomaban un bocado o dos de lo que les pasaban, una vez se encendía la hoguera y las guitarras salían de sus fundas. Incluso cantaban las canciones de Buffalo Springfield, Judy Collins o Dylan, si alguien se acordaba de la letra. Como en un campamento de verano. Luego se subían a sus Fords, Chevys, Volkswagens Escarabajo y Volvos y volvían a sus casas.

Lo de los negros era otra historia. No habían salido del coche, sino que fue como si se desenroscaran de él, con aquella energía de negros superenrollada, amenazante y lúbrica —y Ronnie no era racista, en absoluto, era solo que tenía un poco más de experiencia que el resto de sus hermanos y hermanas de Drop City, y después de todo, tal vez ellos fueran un tanto ilusos y débiles—, salieron del coche y atravesaron el solar de tierra en formación, como un equipo de fútbol. Lester era el nombre del líder. Bajo, con aire suave y una cara como de pasta de modelar, llevaba una corbata de seda roja y botas de tacón alto.

—Paz, hermano —dijo, extendiendo el dedo índice y el corazón y mirando a Ronnie directamente a los ojos.

Ronnie no dijo nada, pero Sky Dog y el resto hicieron el signo de la paz y emitieron los gruñidos habituales de bienvenida. Un latido de corazón después, Lester estaba sentado en las escaleras del porche, dando una calada a la pipa que circulaba, con las patas de elefante negras arremangadas para mostrar sus calcetines rojos y los bordes elásticos de sus botas de Beatle, mientras los demás vagaban por el suelo de tierra, con aspecto necesitado.

—Así que esta es la famosa Drop City —dijo Lester, exhalando. Tenía la voz tan suave que había que esforzarse para oírla, y era una especie de truco, no tanto afectación como una táctica para atraer la atención.

Verbie, que no se estaba nunca mucho rato callada, replicó:

—Sí, esta es.

—Nosotros... mis... amigos y yo... hemos oído toda clase de historias sobre este sitio, como la Diggers' Soup Kitchen, donde reparten comida a todo dios. Ya sabéis, en el Fillmore se habla... —Lester dirigió una rápida mirada por el porche, luego le tendió la pipa a uno de sus amigos, que se la pasó al resto, y volvió al porche. Fue exactamente como si dos tribus se encontrasen en las altas llanuras: «Paz, hermano, y que circule la pipa»—. ¿Y es tan enrollado como dicen? ¿Todos los hermanos son bienvenidos?

Los hippies del porche se apresuraron a asegurarle que así era, y todo el mundo pensaba en Hendrix, Buddy Miles y Free Huey excepto Lester, que simplemente estiró las piernas y se acomodó.

Pero ahora... Ahora Ronnie estaba tumbado junto a la piscina, descansando de todo y de todos por un día, más sosegado que nunca y con un pequeño toque de mescalina para suavizar las aristas de lo real. Los chicos de Reba —Che y Sunshine

— armaban bastante jaleo con uno de aquellos triciclos de plástico, haciéndolo subir y bajar por la franja de cemento del otro extremo de la piscina, y el caballo de la comunidad —lo llamaban Charley, Charley Horse, vaya nombrecito— pateaba y resoplaba de mala manera, porque un colgado cuyo nombre Ronnie no recordaba estaba intentando hacerle saltar un escuchimizado y seco arbusto de adelfas que bordeaba el césped. Pero para Ronnie todo aquello estaba bien, no tenía importancia. Lo encajaba todo porque se sentía magnánimo. Él era Pan. Estaba volado. El sol brillaba en el cielo y la tierra era un lugar agradable, superenrollado, un lugar concebido por alguna potencia superior —una potencia voladora— para el despertar sensorial y espiritual de cada uno de sus hermanos y hermanas.

Es decir, hasta el anochecer. La noche llegó, efervescente y tenaz, desde las sombras que se amontonaban a los pies de los árboles y en los matorrales coagulados que perseguían las laderas de las colinas rodeándolas por todas partes. Él se sentía un poco... bueno, un tanto nervioso. Durante cierto interludio, había dejado que las cosas le resbalaran, un segundo toque de mesa, una botella de vino tinto y un par de caladas a un canuto que alguien le había pasado después de cenar. Y él ni siquiera había ayudado a hacer la cena, ¿o sí? La cena. Grandes cazuelas de puré, mujeres con las tetas colgando, salud y sencillez de la buena vida campestre. La piscina relucía como aceite, como sangre, en la semipenumbra. Él no tenía hambre.

Sintió una repentina urgencia de ver a Star, simplemente sentarse con ella en algún sitio tranquilo y hablar del entorno donde habían crecido, de las pequeñas rutinas y reminiscencias que les habían permitido seguir adelante durante todo el viaje a través de la lisa alfombra del Medioeste, hasta las Rocosas y más allá. El señor Boscovich, en clase de biología, en el bachillerato, y su costumbre de llamar «material» a todo, como «Estas células están construidas de material celular», el olor de los libros de la biblioteca, una mezcla de jabón y hojas de árbol quemadas, la tarde en que Robert Stellner, el chico más bueno del colegio, metió la cabeza en una bolsa de pegamento de maquetas de avión y se grabó el misterioso mensaje «Yahvé» en el pecho con un cortaplumas, de pie frente al espejo del vestuario de chicos, todo aquello, pero Star se pasaba todo el tiempo subida al árbol con aquel tipo nuevo y eso dolía, claro que dolía, a pesar de toda aquella mierda del amor libre y de la sociedad Keristan. Se levantó del suelo, pero le pareció demasiado y volvió a sentarse. El suelo estaba aún caliente y aquello le hizo pensar en la serpiente de cascabel que alguien había visto allí unas noches antes.

—Vienen por el calor —había dicho Norm—, puedes pasar de ella o puedes matarla, matarla y comértela, pero tendrás un karma negativo de serpiente toda tu vida y quizá también en la siguiente vida. ¿De verdad es eso lo que quieres?

De la casa principal llegaban sonidos de risas, conversación, música, todo mezclado en un murmullo, como una especie de corriente subterránea, como si allí

estuviera la auténtica vida, la única vida, y aquello de allí fuera, aquella naturaleza y aquella oscuridad crepitante, quedara reservada a los perdedores, a los perdedores y las serpientes. Lydia estaba allí dentro, y Merry, Verbie y todos los demás. Tal vez debía levantarse y entrar, aunque solo fuera por el calor humano y la compañía. Tal vez una partida de cartas, o el Monopoly. Pero entonces, la imagen de Alfredo clavó su presa en el centro de su cerebro y Ronnie pensó que no.

Alfredo era uno de los miembros fundadores de la comuna, miembro del círculo más estrecho de Norm Sender. Uno de esos tipos ascéticos de cara de pocos amigos, veintiocho o veintinueve años, el colega de Reba. Siempre estaba con el mismo rollo, que si el parto natural, que Reba había cocinado su placenta y todo el mundo la había probado, y que Che y Sunshine habían nacido fuera, bajo la luna y las estrellas, pero él era un gilipollas reprimido y tenso, y dos días atrás, Ronnie se las había tenido con él por un exagerado criticismo sobre el voluntarismo para fregar platos, acarrear basuras o cavar una nueva fosa séptica, porque con toda aquella gente se estaban atascando los dos únicos váteres que funcionaban en la comuna y habría ríos de mierda, y a él no le importaba, ¿verdad? Demonios, claro que le importaba. No había hecho todo aquel viaje hasta California para cavar alcantarillas. Hostia puta.

Eso era lo que estaba pensando, allí sentado en el pavimento caliente que tanto les gustaba a las serpientes y con la noche bullendo a su alrededor, un tanto tembloroso pero también cabreado, soberanamente cabreado, cuando Lester y otro de los chicos negros —Franklin, se llamaba Franklin— surgieron de la nada con una jarra de vino.

—Eh, hermano —jadeó Lester sentándose a su lado—, ¿qué haces, vas a nadar?

—No sé. Sí, supongo. Me he bañado antes... un poco más temprano, ¿sabes? —Era como si las palabras se le pegaran en la boca, como una costra adherida al fondo de una sartén—. Hace un poco de fresco, ahora, supongo. Pero ¿qué pasa contigo?

Franklin estaba allí de pie y la jarra de vino —un tinto Cribari— le colgaba de los dedos como una gran bomba de cristal. Lester hizo una mueca:

—La mierda de siempre —contestó Lester—. Oye, tío, tenemos una fiestecita en la casa de atrás, hermano, y si quieres venirte, eres bienvenido, nos molaría, de verdad, al menos a mí, ¿tú qué dices, Franklin?

Franklin dijo que a él también le enrollaría.

—Por cierto —dijo Lester, y ya se estaban levantando—, ¿no te quedarán un par de toques de mescalina de esos que dicen que tenías, no?

Pues sí que le quedaban. Y dos minutos después, Ronnie estaba en la casa de atrás, con seis o siete tipos escuchando a Marvin Gaye con un tronado estéreo portátil de bajos vibrantes, zump, zump, blat, zump, zump, blat. Estaba Sky Dog, acunando su guitarra. Alguien había encendido un par de velas aromáticas, porque en la casa de atrás no había electricidad, y había una chica nueva —una chavala—, no tendría más de catorce o quince años. Una fugada. ¿Cómo se llamaba? Sally ¿De dónde venía? Santa Clara. ¿Y cómo era su padre? Un hijo de puta. Probablemente llegaban veinte a la semana como ella y ninguna se quedaba más de una noche o dos, como si todo

aquello —Norm Sender, Alfredo, Reba y la propia Drop City— no fuera más que una fiestecita infantil de esas en que las amigas se quedan a dormir.

Ronnie se presentó como Pan, la pellizcó afectuosa y fraternalmente y luego se sentó en el suelo contra la pared del fondo y se ocupó de que la jarra de vino circulase. Todo era paz. Voces de seda murmurando, Marvin Gaye, Sly and The Family Stone, Hendrix, zump, zump, blat. Pan estaba en medio de una elaborada narración sobre un concierto gratuito en Central Park y las drogas buenas y malas que había tomado aquella noche, y que alguien había vomitado en el parabrisas del coche de su madre, que ella le había prestado con reservas y condiciones, cuando Sally, la chica de catorce años y piernas huesudas, fugitiva con sus vaqueros llenos de parches y su top estrecho, dio un grito. En realidad, chilló:

—¡Suéltame, monstruo!

Emitió una vibración aguda y adolescente que resonó como un eco, y Ronnie olvidó su historia un instante para mirar a Lester, que la tenía inmovilizada y le atacaba las tetas con las dos manos y la loncha rosada de su lengua, y Sky Dog —Sky Dog, el propio Mister Calma, Paz y Amor— se desnudaba el culo moreno y se esforzaba por arrancarle a ella los vaqueros y bajarlos por los palos vacilantes de sus piernas.

Ronnie estaba en plena historia, su voz seguía monótonamente los interludios convencionales y vibraba, nasal, con los veinte latiguillos del día, y estaba tan pasado y aplanado que apenas podía levantar la cabeza del suelo, pero aquello —aquel grito, aquella escena que se estaba desarrollando en el rincón— le mandó una onda expansiva que le sacudió entero.

—¡Suéltame, suéltame! —seguía chillando la chica, y ya tenía las piernas desnudas y las nalgas de Sky Dog se aferraban y embestían de una forma que dolía con solo mirarla. Una forma fatal, terriblemente fatal, y Ronnie trató de levantarse del suelo, intentó decir «Eh, tío, qué coño estás haciendo», porque aquello no estaba bien, en absoluto, pero cuando logró ponerse en pie se dio cuenta de que todos los que había en la habitación le estaban mirando con unos ojos que no tenían ni un destello fraternal y ni siquiera vagamente humano.

Por la mañana, que llegó volando por el cielo como un misil ruso dirigido directamente contra su cerebro, Pan abrió los ojos sobre la rígida y alta hierba y las vainas doradas cayendo sobre él como si ya estuviera muerto y descompuesto. Parecía estar echado en decúbito supino entre las matas, más allá de la casa de atrás, y aquello era una sorpresa ligeramente desagradable, hablando de serpientes, de cascabel o las que fueran. Tenía el pelo tieso de tierra y trocitos de ramas y paja, y cuando se frotó la parte posterior del cráneo notó cierta protuberancia, como si algún fluido esencial —es decir, sangre— hubiera surgido de él y se hubiera coagulado formando un bulto puntiagudo. Se encontraba mal. Mal en todos los sentidos. Pero

sobre todo, tenía sed y se vio levantándose de las hierbas abrasadas por el sol y tambaleándose hasta la manguera del césped de atrás y luego hasta la piscina, donde la sangre seca —y parecía tener otro corte áspero y granuloso en la mejilla— se disolvería y bulliría a su alrededor en una nube de material celular marrón opaco hasta disolverse.

Debía de ser mediodía o tal vez más tarde, porque la gente empezaba a reunirse alrededor del césped y la piscina con platos metálicos de puré en la mano, con los ojos brillantes, el pelo ondulado y todos los colores de sus túnicas indias y camisetas y la piel tostada resplandeciendo como si todos fueran bombillas y se limitaran a brillar e iluminar. Un par de ellos hizo comentarios —«Una noche dura, ¿eh?»— y se rieron tomándole el pelo fraternalmente cuando él se inclinó hacia la manguera y dejó que el líquido manara dentro y fuera de su boca en un largo arco deslumbrante. No entendía qué le pasaba o qué era lo peor: la resaca, la bajada de las drogas o la pérdida de sangre. Y había habido una pelea, ¿no? Intentó concentrarse, intentó recomponer la imagen de aquella chica en el suelo de la casa de atrás, pero lo único que le vino a la mente fue una frase que había utilizado mil veces, dos palabras bisílabas truncadas que no correspondían a nada ni a nadie en aquel caso: «amor libre».

Los niños de Reba estaban allí, hacía buen día, la gente comía fuera, y tampoco había asientos suficientes en el comedor, y los niños se estaban persiguiendo alrededor de la piscina como si nunca hubieran parado de hacerlo, con los carrillos llenos de puré y coliflor, el cuerpo desnudo y moreno y punteado de arañazos, contusiones, urticaria y tierra. Ronnie inclinó la nariz y se acercó al agua como un zombi. Y allí estaba, rodeado del envoltorio verde, donde cesaban los sonidos y sus miembros se movían bajo el mando de un sistema autónomo, bombear y soltar, bombear y soltar, bombear y soltar, hasta que se golpeó la cabeza contra el otro extremo de la piscina y con gran esfuerzo salió chorreante del agua.

Había alguien más ahora, lanzándose como un bólido y gritando, y los dos perros del pelaje ocre amarillento ladraban a sus pies. Lydia... ¿era Lydia? El agua verdosa le lamió las rodillas y Ronnie estaba pensando vagamente que tenía que sacudirse el agua del pelo y conseguir un plato de puré aunque solo fuera por llenar el vacío interior, cuando su mirada se cruzó con la de Alfredo, al otro lado del césped. Alfredo lo miró con sus ojos mezquinamente pequeños, la boca como un chicle pegado bajo el pupitre de un colegio, y Ronnie le devolvió la mirada. No pensaba aceptar el mal rollo de nadie. Tenía tanto derecho a estar allí como cualquiera —ATPT, ¿no?—, y no pensaba disculparse ante Alfredo o ante Norm Sender ni nadie más. Entonces notó una mano en el brazo y vio que era Lydia, con sus tetas balanceándose, el pelo pegado a la cabeza.

—¿Dónde te habías metido? —le preguntó—. Anoche te buscamos por todas partes. —El agua chapaleteó, unas libélulas revoloteaban. Y luego—: ¿Te has enterado de lo que pasó?

No, no se había enterado.

Ella parpadeó para quitarse el agua de las pestañas, le puso una mano en la pierna y él sintió que se empalmaba contra los pliegues húmedos de sus vaqueros cortados.

—Violaron a una chica.

—¿Violaron? ¿Qué quieres decir?

—Creo que era una fugada... catorce, solo tenía catorce años... y Norm flipó cantidad con la noticia, corriendo por la cocina farfullando sobre el tipo que iba a venir, que estaba al llegar, y había que esconder el chocolate y limpiarlo todo, y hacer esto y lo otro, y Alfredo iba con él. Quieren que Lester se largue. Y Sky Dog y todo el resto del grupo.

Ronnie meditó aquello, con el agua chapaleteando en sus piernas, los pechos de Lydia balanceándose cerca de sus tobillos, la mano de ella reptando sobre su muslo. Normalmente, su respuesta habría sido algo como «Vaya putada» o «Qué fuerte», pero el momento era tremendo y aleteante y aún no tenía la cabeza clara, ni por asomo, así que simplemente bajó los ojos hacia los espectros blancos de las piernas de Lydia, que pateaban rítmicamente bajo la superficie.

—Lo que he oído es que iban supercolocados, la tiraron al suelo y no fueron solo Lester y Sky Dog. Fueron todos.

Hizo una pausa, pateando, pateando, el lento y fluido ritmo de sus piernas. Che le tiró algo, un frisbee desvencijado, a su hermana y ella soltó un chillido. Entonces los perros empezaron a ladrar y Reba, en el extremo más alejado de la piscina, se echó a reír a carcajadas: ja, ja, ja, ja. Lydia tenía la mano helada. Le agarró con más fuerza.

—Alguien dijo que te había visto allí —dijo jadeando y luego se calló.

Él estaba allí, claro que estaba. Y le había dado un par de embestidas, ¿no? Claro que sí. Seguro que sí. No le importaba hasta qué punto estaba ciego o hasta qué punto había sido un instinto primitivo deliberado, la cuestión es que no podía quedarse mirando una cosa así... Y la idea de aquello, de aquel momento rastrero y agrio en la casa de atrás con todas aquellas caras vacías y anodinas y el golpeteo zump, zump, blat, del estéreo y la chica agitando sus piernas de palo, le hizo sentirse tan oscuro por dentro que deseó no haberse ido nunca de casa. ¿Qué podía decir? ¿Cómo podía explicarlo?

—Sí —dijo—. Sí, estaba allí.

Lydia pareció considerar aquello un momento, con los ojos destellando como pequeños planetas en el universo sin cartografiar de su rostro. Era una chica grande, ancha de hombros y caderas, grande en todo, el pelo negro, los labios exuberantes, motas de máscara de ojos atrapadas en sus pestañas como restos que la marea arrastra a una playa. Sus piernas pateaban bajo la superficie. Su mano se tensó en el muslo de Ronnie. Parpadeó para quitarse el agua de los ojos y le dedicó una media sonrisa.

—¿Quieres violarme a mí también? —preguntó.

Alfredo era quien había convocado la reunión, a las ocho de la tarde, con los platos de la cena casi acabados de fregar o aclarándose y todo el mundo con sensación perezosa y satisfecha, seis bandejas de brownies enfriándose en la mesa de la cocina y la promesa de una película después (Charlie Chaplin, una que Star no había visto, algo sobre Alaska, ¿era posible?). Unos pocos se habían vestido para la ocasión, particularmente Verbie, porque una reunión tenía algo que ver con una fiesta, todo el mundo congregado y acudiendo desde sus cabañas y tiendas y los dormitorios de atrás y todas aquellas hectáreas de bosques adyacentes, y por qué no, pensaba Star, ¿por qué no? Una fiesta. Si lo pensabas, incluso pelar patatas para el estofado vegetal o arrancar las hierbas del huerto era una especie de fiesta. No era trabajo, al menos no en un sentido convencional, rodeada de tus hermanos y hermanas y sin nadie que te vigilara ni controlara el tiempo.

Hacia las siete y media, Verbie ya desfilaba con una capa verde lima sobre una blusa rosa arrugada y la cara maquillada del color de las tejas rotas que Norm había tirado inexplicablemente a la parte oeste de la casa una mañana, antes de que nadie se levantara. Jiminy estaba allí con ella, con un sombrero de copa y esmoquin, sin nada más debajo que unos calzoncillos del pato Donald. Un chico nuevo estaba tocando los bongos, rat-a-tat-a-tat, los perros e incluso las cabras se hallaban en estado de alerta máxima y Maya pasó como una exhalación por la puerta con un vestido de novia de Goodwill aún no del todo devorado por las polillas. ¿Y Ronnie? Ronnie iba de Ronnie, la sencillez personificada. Star había optado por un ligero maquillaje, un signo de la paz en cada mejilla y un tercer ojo, lleno de falsas pestañas, en medio de la frente.

Debían de ser las ocho y media o así cuando entró Reba, encendió unas cuantas velas y puso dos teteras de manzanilla y una bandeja de jarritas de cerámica en la mesa grande. Era la señal, al menos eso le pareció a Star, y se sentó en el suelo junto a Marco, Ronnie, Merry y Lydia, pero aún pasó otra media hora hasta que apareció Norm Sender. Entonces Alfredo se llevó a los labios un viejo megáfono de circo y empezó su arenga:

—Muy bien, todo el mundo, muy bien... ¿Podéis prestarme atención un momento? Vamos a intentar que esta reunión sea lo menos desagradable posible, os lo prometo...

Star se sentía bien, muy bien, casi feliz, cuando se hundió entre los almohadones y Marco le rodeó los hombros con su brazo y uno de los perros de pelaje ocre se abrió camino por la habitación para ir a instalarse a su lado y posarle su gran cabeza amarillenta sobre las piernas. Todo parecía converger en aquel instante, todos los filamentos de su existencia, el estirón de un polo al otro, Ronnie, Marco, el tío de la tienda india, sus padres y el trabajo y el coche y la habitación que había dejado atrás, porque aquella era su nueva familia, aquel era el lugar al que pertenecía. Estiró las

piernas, levantó los ojos hacia la red de telarañas que se extendía por el techo como nubes en miniatura y las tómulas que se prendían en ellas. Hasta que no había llegado a Drop City, nunca se había sentido arraigada a ningún sitio.

¿Quién había sido en el instituto? La señorita Nadie. Habría podido bordar aquel nombre en sus sudaderas, habérselo tatuado en la frente. Y en letras más pequeñas: «SOY UNA MIERDA, SOY ANÓNIMA, PASADME POR ENCIMA, SIN PROBLEMAS». No la habían elegido la Más Graciosa del curso, ni la Mejor Bailarina, ni la Gran Esperanza Blanca, tampoco había formado parte de la orquesta ni del Club Español, y cuando celebraran la reunión del décimo aniversario, nadie la reconocería ni tendría un solo recuerdo que compartir con ella. Aunque los chicos se fijaban en ella. En el instituto la miraban, por lo menos. La miraban cuando alcanzó su esplendor físico, la miraban en los pasillos y en la cafetería y en los opresivos pasillos de la tienda de discos, con los ojos vidriosos de lujuria y una especie de ferocidad animal de la que ni siquiera eran conscientes. Salió con algunos de ellos, pero nunca tuvo un novio de verdad, y aunque era guapa —y ella sabía que lo era—, no podía entender por qué, excepto que no sintonizaba, como si hubiera nacido en la era equivocada y el lugar equivocado, sobre todo el lugar, donde nada ocurría y nadie llegaba nunca a ninguna parte. Eso era, decidió, eso debía de ser, y la idea la reconfortó durante todas sus decepciones y a lo largo de los días, meses y años del calendario que pasaron, todos igual de rígidos e inexorables. Soportó las insípidas clases de Educación Física y de Psicología 101, se enfrentó a las seis causas principales de la Primera Guerra Mundial, a los algoritmos y la anatomía interna de la lombriz, pensando siempre que tenía que haber algo más.

Se había graduado, se había puesto una máscara y había empezado a dar clases de tercer grado en una escuela primaria a la que había asistido diez años antes. Seguía viviendo en la misma habitación de su adolescencia, en casa de sus padres, como un caso de desarrollo detenido. Y era igual a su madre, decía todo el mundo, porque su madre enseñaba a niños de parvulario y llevaba trajes pantalón de talla pequeña y blusas malva con cuello Peter Pan, como ella. Pero ella no quería ser como su madre. Cuando llegaba a casa, por la noche, se quitaba sus propios pantalones, la chaqueta y las medias y los tiraba hechos un ovillo al suelo de su cuarto y se echaba en el suelo, con un altavoz en cada oído, mirando las volutas y las motas de las tres capas de pintura del techo, donde Janis Joplin se agitaba y elevaba sobre los estruendosos cambios de «Ball and Chain». La madre de Star charlaba sin parar durante la cena, las cortinas de encaje de Connemara colgaban rígidas de las ventanas, su padre parecía vigilar su plato como si alguien fuera a arrebatárselo. Star apenas lograba levantar el tenedor hasta sus labios, guisantes, pastel de carne, bacalao a la crema, coles de Bruselas. «Y Tommy Nardone, ¿se porta bien en clase? —preguntaba su madre—. Porque yo tuve a su hermano Randy y créeme...». Star asentía para mostrar su acuerdo y volvía a su habitación, donde escrutaba la expresión sardónica de los Stones en la portada de *Out of Our Heads*. Y luego, una lluviosa tarde de octubre,

sombría y deprimente a morir, fue a comprar maquillaje a Caldor y se topó con Ronnie en la sección de discos. Sí, él había dejado de estudiar, curraba vendiendo discos hasta que lograra reunir suficiente pasta para largarse a California, porque era allí donde estaba el rollo, donde pasaban las cosas, y en ninguna otra parte. Sí, colega. Minifaldas. The Head Shop. El Haight. Lucy in the Sky with Diamonds.

—Ha habido algunos problemas —estaba diciendo Alfredo—, y estoy seguro de que todo el mundo controla de qué van, pero a todos nosotros, es decir, Norm, Reba y yo, como todos los que estábamos trabajando en el huerto comunitario esta mañana, esto empieza a traernos de cabeza...

—¿Qué cabeza? —preguntó Ronnie, apoyándose en los codos—. Porque aquí veo más de una.

—La cabeza se me va... —canturreó Merry.

Ronnie se volvió hacia la multitud.

—¡Cabezas de todo el mundo, uníos!

Hubo un golpeteo de pies en el suelo, algunos aplausos y un relincho o dos de risas un tanto forzadas. Alfredo permaneció impertérrito, apoyado en la mesa, con los ojos fulgurantes recorriendo todas las caras de la habitación. Cuando el ruido se apagó, él volvió a la carga:

—Sí, pero todos sabéis que dos váteres son inadecuados para una comuna de este tamaño, por no mencionar el hecho de que nos invaden visitantes cada fin de semana, y ahora que se acerca el verano, las perspectivas son peores...

—Poned un cartel —dijo Jiminy.

Era muy flaco, tendría diecinueve años, con una barba que parecía lavada en el mar, y apenas llevaba una semana allí. A Star le gustaba su estilo. Ella estaba sentada en su tronco preferido, pelando judías verdes y hablando de bandas de música con Merry, cuando él llegó subiendo el pedregoso camino con su unicycle y un Scottie negro levitando en los baches tras él. «¡He llegado! ¡Y Scottie también!», había exclamado. Alguien había atropellado al perro dos días después y Jiminy se había sentado allí entre la maleza, llorando como un niño.

—Propiedad privada, prohibido el paso. ¡Vosotros también! —gritó ahora—. Es lo que hicieron en el Drop City original, en Colorado. Y también en Thunder Mountain.

—Sí, claro, y ¿quién decidirá quién se queda y quién no? No vamos a contratar a unos polizontes, ¿verdad? —dijo Verbie, arremolinando sus tonos verde y rosa como un zumo de frutas en una licuadora— Norm, ¿qué dices tú? ¿Vas a hacer tú de poli?

Norm Sender estaba sentado en la mesa con las piernas cruzadas, con un cencerro colgando de una correa de cuero en torno a su cuello. Ni siquiera levantó la vista.

—En absoluto.

—El problema —continuó Alfredo, y la voz se le tensó, como si intentara contener algo y se ahogara con ello—, el problema es la mierda en el bosque. Y todos los que estamos en esta habitación somos culpables...

—Incluyendo a los perros —exclamó alguien.

—Sí, incluyendo a los perros. Pero esto es insalubre, tíos, y es que la gente no se molesta ya ni en enterrarla, y estamos hablando de nuestra gente, los habitantes de Drop City, porque los hippies de fin de semana tiran sus basuras y sus excrementos por donde pueden... en cualquier sitio. Y esto me lleva al incidente de anoche. Todos sabéis a lo que me refiero...

Siguió un murmullo de asentimiento. Verbie dijo dos palabras:

—Sky Dog.

Y alguien terció:

—Fueron los negros.

—¿De verdad? —Alfredo dejó que sus ojos recorrieran las caras de todos los presentes—. Bueno, no lo tengo tan claro. Quizá sea mejor preguntarle a Pan, que estaba allí. ¿Tú estabas, verdad, Pan? ¿Por qué no nos lo cuentas? Venga, Ronnie, ilumínanos a todos, cuéntenos el rollo de paz y amor, ¿eh?

Ronnie estaba repantingado blandamente en los almohadones, con los pies torcidos al extremo de las piernas extendidas, pero ahora se incorporó tan bruscamente que asustó a Star, y también al perro. De pronto estaba allí de pie, temblando con sus vaqueros recortados y su camiseta teñida a manchas, y ella hubiera querido colocarse con algo, lo que fuera, porque aquel era el Ronnie víctima, Ronnie mártir, Ronnie el santo crucificado.

—Ya te lo he dicho, tío, y te lo repito ahora. Yo no tuve nada que ver con...

—Ya, muy bien. Fue Sky Dog, ¿no? —siseó Alfredo—. Y los negros.

Ronnie lo miró con los ojos inyectados en sangre, el pobre Ronnie enrollado y calmado, y mostró las palmas en un gesto de sincero agotamiento.

—Oye, soy yo, Pan, todos me conocéis, ¿no? ¿De verdad creéis que haría una cosa así, aun estando hipercolocado? Catorce tacos, ella solo tenía catorce tacos, significa ir a la cárcel, te lo montes como te lo montes. Yo no soy así, no soy esa clase de persona. Todos me conocéis, ¿verdad? ¿Verdad?

Entonces se levantó alguien de delante, uno de los miembros fundadores. Star no podía ver quién era, así que levantó la cabeza de los almohadones y sintió cómo Marco ajustaba su posición junto a ella. Era aquel tipo, aquel tío que todos llamaban Mendocino Bill, ciento veinte kilos de pelo embutido en un mono que parecía un trapo de limpieza.

—Mirad, tíos, esa no es la cuestión, yo estoy con Pan, es mi hermano y le creo. Porque, ¿qué es esto, un tribunal popular o qué? No, el problema son nuestros hermanos negros, que viven allí atrás. Se dedican a intimidar a la gente, solo quieren beber vino barato, fumar canutos gratis y montarse un fiestorro continuo a nuestra costa. Porque ellos no se saltan una sola comida, ¿verdad?

—Racista —dijo Verbie. La gente empezó a silbar.

—No va de eso en absoluto, ese comentario no es justo. —La voz de Mendocino Bill subió una octava—. Yo estuve en Selma y Birmingham, tíos, y me pregunto

dónde estabais vosotros entonces, porque no recuerdo haber visto una sola de vuestras caras allí, y os digo que me da igual quién sea, pero tendremos que montarnos nuestra propia poli, tíos, o vendrá el sheriff del condado de Sonoma y lo hará por nosotros, y no creo que sea eso lo que quiera nadie.

En aquel momento todo el mundo empezó a hablar al mismo tiempo, volaron las acusaciones, algunos hicieron chistes malos, alguien repitió una nota agria con una armónica, y Ronnie abandonó su lugar bajo los focos para refugiarse de nuevo entre los almohadones, como un lagarto desapareciendo por una grieta. Lydia le cogió la mano y Merry le dedicó una sonrisa de un millón de kilovatios, pero él se dirigió a ella, a Star, para pedir clemencia. Sacudió la cabeza, y aquello iba dirigido también a Marco, porque Marco estaba allí mismo, con los ojos muy abiertos y las orejas alerta.

—Os lo juro —dijo Ronnie—. Os juro que no hice nada malo.

—¡Venga! —gritó Jiminy— ¡Echadles!

—¿A quién?

—¡A los negros! ¡Largadlos de aquí!

Todos los ojos se volvieron hacia Norm Sender, que seguía allí como un buda en el centro de la mesa, y por una fracción de segundo, todo el mundo exhaló el aire. Pero Norm pasaba mucho de asumir la responsabilidad. Bajó la cabeza y se encogió hasta ocupar la mitad de espacio.

—Acceso a la Tierra Para Todos —dijo.

—Alguien tendrá que hacer algo. Ahí fuera es como *El señor de los anillos*, tío.

—Ah, sí, claro... ¿Y cómo es aquí dentro?

—Oye, que te den por el culo.

—No, que te den a ti.

Aquello ya era demasiado, Star seguía allí, apoyada en los codos, deseando que todo el mundo se callara, preguntándose adónde había ido a parar toda la armonía y la alegría y por qué todo el mundo tenía que jorobar y pelearse todo el tiempo, y miró a Ronnie, lo miró a los ojos y vio un corazón negro, duro y frío que celebraba su triunfo, encerrado e impermeable a todas las drogas y a la fraternidad de hermanos y hermanas. Iba a decirle algo, iba a cogerle aparte cuando sintió que el calor abandonaba su otro lado, como si se evaporara y ante sus ojos pasaron los vaqueros deshilachados de Marco y el cuero descolorido de sus botas se plantó en el suelo.

—Eh —dijo—, eh, vosotros. —Se llevó dos dedos a los labios y produjo uno de esos silbidos agudos como una uña en la pizarra que se oyen en los partidos de fútbol y los conciertos de rock.

La habitación se quedó en silencio. Todo el mundo le estaba mirando.

—Escuchad —dijo—, ¿por qué no va alguien a hablar con ellos?

—¿Hablar con ellos? —preguntó Alfredo, incrédulo—. Si quisieran hablar estarían aquí ahora, ¿no? Pero no, están allí, borrachos como de costumbre, pensando en tirarse alguna otra niña de catorce años. —Miró por la estancia—. ¿Quién va a ir a hablar con ellos? ¿Tú? ¿Te ofreces voluntario?

—Sí —dijo Marco, asintiendo lentamente—. Supongo que sí.

Aquel primer día en que él la había levantado hasta el árbol con ligereza, como si la atravesara la brisa, Star se había sentido la heroína de algún cuento de hadas, como Rapunzel. O no, Rapunzel no. Tal vez como Leda, envuelta en toda su gloria emplumada, «Leda y el cisne». Aquel poema de Yeats había sido su favorito en clase de literatura y lo había leído tantas veces que al final era como si formara parte de ella: todo aquel torbellino, aquella fatalidad surgidas de un solo momento de desatención, y aquello ya era mucho, pero lo que le hacía arder las mejillas y le producía un cosquilleo en las puntas de los dedos era la extravagancia del propio acto. Imaginárselo. Soñarlo. El fustigar de las alas, el olor, la violencia. Todos los demás poemas de la antología hablaban de flores o de la muerte o de urnas griegas, pero aquel hablaba de follar con un cisne. Recordaba su sorpresa, preguntándose cómo podía ser —¿acaso las aves tenían pene?—, y no solo la parte mecánica, sino la propia escena. ¿La había transportado el cisne al cielo o solo era una sensación de ella? ¿Qué tamaño tenía el cisne? Y aunque llevara la semilla de otro —Zeus, dijo el profesor—, ¿cómo funcionaba aquello? ¿Acaso Helena de Troya era medio mujer, medio pájaro?

Marco le había pasado un porro y ella lo había cogido sin pensar. Había necesitado tres días para aclararse la cabeza, sin permitir que por sus venas circulara nada más fuerte que el té de hibiscus, mientras Maya pelaba cebollas y le contaba, en su tono vacilante, cómo dejar atrás las drogas y acceder a un colocón natural, al carácter único de los gurús, a la felicidad suprema, en una cocina recalentada. Pero con tres días había sido suficiente. Ahora necesitaba otro empujoncito para seguir, un medio más rápido de alterar la conciencia que repetir mil veces el «O Mani Padme Om», porque su conciencia se había obstruido como una tubería con todos los residuos de Ronnie y los posos de su casa. Además, tenía que reconocer que se sentía torpe en presencia de aquel tío nuevo, que iba siempre desnudo y con el pelo rojo balanceándose como una cortina y tapándole los ojos, porque desde que se había instalado allí arriba, todo había cambiado. Él no sabía qué decir, ni ella tampoco. El porro era una ofrenda. Era el gran igualador, la santa comunión, naufragar y mirar perdidos por el espacio. ¿Y quién necesitaba hablar? Habían fumado hasta que la colilla casi se desintegró, apretándola con los dedos, entre los labios, y ninguno de los dos había dicho una sola palabra.

El aire se endulzaba con el olor del hachís. Los pájaros cantaban en la barandilla de madera y les miraban como si ellos solo fueran una prolongación de los árboles, un fruto inesperado, una nuez sin cáscara, o tal vez una protuberancia enfermiza surgida de la corteza. Ella se echó hacia atrás, disolviéndose en sí misma mientras los sonidos de la comunidad despertándose (murmullos, chapoteos de piscina, música en la radio) derivaban flotando hacia ellos como si vinieran de muy lejos.

—Día de colada —exclamó Marco, con una risita tensa destinada a hacerles sentir más relajados, y lo habría conseguido si no se hubiera atragantado.

Junto a él había un montón de vaqueros, camisetas, andrajosa ropa interior y calcetines desparejados diseminados por las ramas como si hubieran caído del cielo. Ella imaginó un repentino cataclismo, un tornado que hubiera arrancado la ropa de los cuerpos de la gente sin tocarles la piel. O bombas, volando por los aires de camino a Vietnam, dejando caer ropa interior en lugar de muerte.

—Sí —fue lo único que contestó, pero le pareció que la palabra se alargaba hasta ocho sílabas.

—Al fin ha pasado una semana. Ya empezaba a oler como un bicho muerto en la carretera.

—A mí me lo vas a contar —dijo ella, y de pronto tenía todos los sentidos despiertos, receptivos—, porque cuando Ronnie y yo vinimos conduciendo por todo el país era exactamente lo mismo... ¿Conoces a Ronnie, verdad? Quiero decir, Pan. En cada pueblo donde intentábamos juntar unas monedas para la lavandería automática, o bien nos perdíamos o bien nadie había oído hablar de lavadoras ni de secadoras ni de esos paquetes monodosis de lejía, ya sabes. Solo ponen «Lejía». Ninguna marca ni nada, solo «Lejía». ¿No te molesta eso?

—Mmm... —contestó él, mirando a algún punto por encima del hombro de Star y asintiendo, como si se acordara perfectamente de haber estado allí con ellos en cada curva de cada pueblo perdido, deprimente y sin alma, del Oklatexahoma—. Supongo. Pero ¿no crees que eso es lo que canta de la sociedad de consumo? Las marcas... Por ejemplo: mi jabón es mejor que el tuyo. Recorre Estados Unidos en un Chevrolet. ¡Compra, compra, compra! ¡O mata, mata, mata! ¡Come, come, come! Todo eso es la esencia de la guerra: productos, marcas, que la economía siga funcionando, ¿y a quién le importa si todos los días atacan a mujeres y niños con napalm?

Ella se incorporó y le puso una mano en el brazo.

—Eh... —dijo—, solo hablaba por hablar, tío.

—Está bien —contestó él, y la miró a los ojos, sin problemas—. Yo también.

—Muy bien —dijo ella—, y hablando, hablando, me pregunto qué te parece lo de estar desnudo con una chica a la que no conoces de nada, y encima colocado hacia las ocho y pico de la mañana. ¿Significa algo o es que no tienes nada que ponerte?

Ella pensaba que él se echaría a reír, pero Marco apartó la mirada. Se encogió de hombros con un gesto elocuente, los músculos en tensión y un tendón moviéndose en el cuello.

—No sé —dijo, y volvió a mirarla a los ojos—. ¿Te pone nerviosa? Quiero decir, el cuerpo humano...

Todas las hojas contuvieron el aliento antes de levantarse, como si alguien hubiera deslizado una nueva diapositiva en el proyector del mundo.

—Quizá —repuso ella—. A veces.

Se quedaron un momento en silencio. De lejos llegaban los balidos de las cabras,

un grito lejano, el rumor de un coche por el camino de tierra. Luego Marco dijo:

—¿Por qué no te quitas la ropa tú, y así verás lo que es?

—Ya sé lo que es. Me he desnudado en la ducha a las seis de esta mañana. ¿Por qué no te vistes tú?

—Porque mi ropa está mojada.

Ella se echó a reír; él le había ganado la partida. Su ropa estaba realmente mojada, pegada a las ramas como papel maché y goteando arrítmicamente sobre el grupo de cabras de abajo.

—Oye —dijo él—, Star —pronunció su nombre por primera vez desde que ella se lo había dicho—, ¿quieres quedarte un rato conmigo, en plan buen rollo y...?

—¿Y follar?

Él volvió a encogerse de hombros y se frotó una mancha imaginaria en el muslo.

—Claro, si te apetece.

Ella reflexionó un instante, pensó en Ronnie, en su nueva chica, Merry, en la mujer de las tetas grandes, en todas las posibilidades que se abrían ante ella en Drop City y en los bosques de secuoyas que había alrededor, todos los lugares adonde quería ir, lejos de los asfixiantes límites del mundo normal. Luego miró a Marco, su sonrisa, su forma de ser, la manera que tenía de presentar las cosas y por fin respondió:

—No, creo que no.

Él bajó la cabeza y su voz bajó hasta convertirse en algo que hubiera caído de un cesto y hubiera rodado por el suelo.

—Solo era una pregunta...

—Lo que intento decirte... —contestó ella, apoyándose en un codo y cogiéndole el brazo un poco más arriba de la muñeca—. Estoy enrollada con alguien ahora, ¿entiendes? Eso es todo.

Le observó estirar las piernas, dos bolas de músculo centelleando en las pantorrillas, y aun levantado, procuró no mirar hacia ella.

—No sé —dijo, y parecía disculparse—, nunca se sabe si no lo preguntas, ¿verdad?

Ella se rió, aunque no era la clase de risa que pretendía, porque se mezclaban en ella Ronnie y el tipo de la tienda india.

—No —respondió—. Nunca se sabe.

La noche era más oscura de lo que debería estar permitido, sin el menor atisbo de luna, sin estrellas, con el cielo cubierto por la bruma que se elevaba subrepticamente del río. Star no veía a Marco ni a Ronnie, aunque estaban a menos de un metro de ella, abriéndose camino a tientas para esquivar los triciclos, las herramientas y las tejas desechadas, pero olía la tierra bajo sus pies y el pestazo a pescado y agua estancada de alguna charca a su derecha, y oía a las cabras agitar suavemente sus

cadenas al cambiar de postura bajo los robles. Un grillo solitario parecía abrir y cerrar una puerta diminuta entre las hierbas. No había nada más.

Verbie había decidido acompañarles, en calidad de árbitro, y Jiminy, el firme Jiminy, iba tres metros más atrás, maldiciendo suavemente en la oscuridad.

—Mierda. Joder. No veo ni hostia. Eh, Verbie, ¿dónde estás? ¿Verbie? ¡Star!

Hubo un siseo justo frente a ella y Ronnie se volvió hacia atrás, con el pálido círculo de su rostro resplandeciendo en la noche como una farola rota.

—Silencio, por favor.

—¿Por qué? —La voz de Verbie estalló en la oscuridad—. ¿Por qué silencio? ¿Te crees que es una redada o algo así? ¿Qué somos, comandos armados? Vamos a hablar con nuestros hermanos y este es nuestro territorio, libre para todos, el poder para el pueblo, ¿por qué tenemos que callarnos y andar sigilosamente, eh? Anda, dime...

Lydia y Merry se habían quedado en la casa principal, sentadas junto al fuego que Norm había hecho con maderas desechadas para contrarrestar el frío de la noche, acurrucadas, aparte, como sin querer mezclarse con el resto para ver a Charlie Chaplin comiéndose su propio zapato («Es demasiado, tíos, lo hierve en una olla y se sirve los cordones como si fueran espaguetis»). La gente se servía té y pastitas de chocolate, juntándose en grupos reducidos, echados sobre mantas, palmeando los vientres de los perros como si fueran bongos. Nadie se movió cuando el cortejo formado detrás de Marco (y Ronnie, que no tenía más remedio que ir si quería conservar alguna credibilidad), porque suponía demasiado esfuerzo, más valía practicar el *laissez-faire* y dejar que el problema se resolviera solo. A Star tampoco le apetecía asistir a ninguna pelea —odiaba los enfrentamientos, los odiaba—, pero aquello era algo que tenía que hacer, no solo por la familia o porque Marco se había levantado y había asumido la responsabilidad, sino por la chica, por ella. Porque había que acabar con aquello.

Star ni siquiera la había visto. Había estado cocinando, fregando, trabajando en el huerto, soñando. Había gente que iba y venía. La mitad de las veces no reconocía sus caras en torno a la mesa del comedor, sobre todo los fines de semana. No importaba. Y aunque no la hubiera visto, la conocía como si la hubiera parido, era la hermana pequeña de alguien, con la piel del color de la leche, la sonrisa de ortodoncia, los vaqueros con parches y una camiseta con un personaje de cómic de Robert Crumb, ahora mugrienta de la carretera, de las miradas lascivas y proposiciones y las manazas húmedas de todos los tipos que la habían llevado en autostop sin que ella tuviera que pararse siquiera a mirar el tráfico, porque la llevaban por su pelo, sus formas y su aura. Su amigo era un gilipollas. Su madre era un clon. Había sufrido abusos verbales, tal vez incluso físicos. Ella no encajaba, no se integraba en aquel mundo. Quería algo más que declaraciones esquemáticas como «Mi casa es su casa», y por eso había ido a ver a los hippies, porque había oído hablar tanto de ellos que los había convertido en una leyenda de redención y esperanza. Y solo para descubrir que también ellos la veían como una muñeca, un objeto, un regalo empaquetado para

satisfacer sus instintos.

Star estiró los brazos frente a ella —semáforo rojo, semáforo verde—, avanzaba dando un solo paso cada vez. No podía haber más de doscientos metros entre las dos casas, pero parecían kilómetros, con los pies arrastrándose por la tierra hollada y las hojas marrones pisoteadas de los robles, arrugadas como pequeñas garras, y todos enmudecidos por primera vez desde que la puerta se había cerrado tras ellos.

—Tío, qué oscuro está esto —murmuró Jiminy al cabo de un momento, solo por romper el silencio.

Pero entonces les llegó el ritmo de la música frente a ellos y avanzaron hacia allí hasta que dos ventanas tenuemente iluminadas surgieron flotando de entre las sombras. Ronnie tropezó con algo y le dio una patada con un gesto precipitado y furtivo. El resplandor de las velas se apoderaba de las sombras de las ventanas, las soltaba, las atrapaba, las soltaba.

Allí estaba, la casa de atrás, del tamaño de dos caravanas puestas una junto a la otra, con un tejado de tejas descoloridas del sol y un porche escorado como un barco en un mar tempestuoso. Allí se habían alojado trabajadores emigrantes en la época en que el padre de Norm se ocupaba del lugar, o eso decía Alfredo: los recolectores iban y venían por la cuesta con la cosecha, manzanas de Washington, cerezas de Oregón, uvas de California. Star quería creerlo así. El sitio había sido un barracón improvisado entonces como lo era ahora, el edificio más desastroso de toda la propiedad. Las ventanas estaban casi opacas de mugre, no había agua corriente, ni electricidad, y alguien había pintado «Los colgados de Drop City» en la puerta, con un florido torbellino de letras góticas. Ella había entrado quizá media docena de veces, en una fiesta u otra, pero solo antes de que Lester se instalara allí, por supuesto.

Marco no llamó. Empujó la puerta y simplemente entraron, más como turistas que como ejército invasor, y ella intentó esbozar su sonrisa, pero no le salió. Tardó un momento en adaptar los ojos a la penumbra, en un frufú de movimientos, con las saluciones artificiosas de la tribu, «Qué pasa, tío», las velas oscilando, el suave ritmo autónomo de Otis Redding, sentado en el muelle de la bahía. ¿Quién había? Lester, Franklin, tres tipos, dos negros y uno blanco al que Star no había visto nunca, ni siquiera en las comidas, donde no fallaba nadie, y —aquello fue una sorpresa— Sky Dog. Fue una sorpresa porque no se había presentado a comer a mediodía, ni a cenar y todo el mundo había deducido que se había vuelto al Haight o a Oregón. ¿No era de Oregón? ¿Y cómo se llamaba en realidad? Ella lo miró. Estaba sentado en el suelo con las piernas cruzadas, inclinado sobre su guitarra y tocando con el disco como si no le importase nada más en el mundo, como si no hubiera pasado nada, como si violar a una niña fugitiva de catorce años no fuera más decisivo que lavarse los dientes o cagar, y Star sintió que la invadía una emoción incontenible.

—Eh, tío —estaba diciendo Verbie—, ¿cómo va eso? ¿Bien? ¿Sí? Porque mira, hemos decidido venir y ver qué pasaba por aquí, ¿sabes? —Verbie no pasaba del

metro cincuenta, con el pelo rojo detrás de las orejas, el pequeño óvalo de su rostro, y un agujero negro en el lugar de su incisivo izquierdo. El maquillaje se le adhería como lentejuelas a la raíz del pelo y ella ondeaba su capa y arrastraba los pies como si quisiera bailar claqué por la habitación—. Quiero decir, buen rollo, ¿no?

Nadie se apresuró a contestarle ni a tranquilizarla asegurándole que así era, y el ambiente no parecía de buen rollo en absoluto. Era como si hubieran interrumpido algo. Star entró en la habitación detrás de Ronnie.

No había más muebles que una tabla de madera apoyada sobre dos bloques de cemento y todos estaban sentados en el suelo, o más exactamente, sobre los cojines de vinilo descascarillado recuperados de la oxidada hamaca de la piscina y un saco de dormir color caqui con el aspecto de haber sido arrastrado por un camión durante doscientos kilómetros. Alguien había hecho una tentativa de barrer la habitación y quedaba, en un ángulo del fondo, un montón de bolsas de papel de embalar, cajas de donuts, periódicos rotos y cristales rotos apilados. La única luz venía de un par de velas que goteaban a cada extremo del tablón —calderas de cera, sombras inciertas, una pipa de hachís en equilibrio sobre una caja de cerillas de cocina—, y cuando la jarra de vino pasaba de mano en mano, reflejaba un mínimo destello, como si hubiera un sol poniente atrapado en el vientre de cristal.

—Entonces, ¿qué pasa? —preguntó Lester, levantando la vista desde el suelo con una tensa y delgada sonrisa—. ¿Es Halloween?

Junto a él, Franklin asintió y soltó una rápida carcajada como un ladrido truncado.

—Caramelos o una hostia, ¿es eso, tíos? —preguntó Lester—. ¿Es ese el rollo?

—Sí —dijo Franklin, y se llevó la jarra a los labios, pero tuvo que dejarla porque la broma era demasiado para él—. Pero no tenemos caramelos.

Ronnie encontró un rincón en el suelo y se sentó como si se sintiera en su casa: al parecer, se sentía bien allí, pero los otros seguían de pie, cambiando el peso de un pie a otro.

—Ha habido una reunión —dijo Ronnie, y entonces Verbie, que nunca sabía cuándo callarse, empezó un relato detallado de lo que había dicho cada uno, eternizándose sobre la mierda del bosque, los hippies de fin de semana, las fosas sépticas que había que cavar, e intentaba llegar al punto clave suavizando el impacto, cuando Marco habló por primera vez.

Estaba apoyado en la pared, con los brazos cruzados sobre el pecho. Llevaba una camiseta blanca limpia y un par de tirantes a rayas encima.

—Queremos que os vayáis —dijo—. Todos vosotros. —Miró a Sky Dog—. Y eso te incluye a ti, amigo.

Sky Dog ni siquiera levantó la cabeza, pero Lester hizo una mueca.

—Oh, escuchadle —dijo—. ¿De qué signo eres, chaval? ¿Aries? ¿El carnero, no, tío? La cabra que embiste y embiste con el coco, ¿verdad? ¿O es el otro, Ares, Marte, el dios de la guerra? ¿Es ese, el dios de la guerra?

Franklin emitió una especie de relincho, pero los otros siguieron callados. El

disco giraba. La jarra seguía pasando de una mano a otra.

—Pero, oye, ¿quieres que hablemos de guerra? Y no me refiero a esa mierda del SDS y de quemar la bandera en el jardín de casa de tus padres mientras nosotros, los negros, vamos a Vietnam a quemar a los amarillos por vosotros. Habla con mi colega, Dewey —señaló al tipo sentado a su izquierda—, porque Dewey estuvo enterrado en Khe Sanh durante ocho putos meses y él te puede mandar a Detroit y hacerte volver de una sola patada en tu culo blanco.

—Esa no es la cuestión —empezó a decir Verbie.

—Nadie quiere ponerse violento —dijo Jiminy, y destacaba junto a Verbie como un representante de otra especie, todo huesos y nervios, con las cañas blancas de sus piernas destellando bajo el estampado de colas y sonrisas del pato Donald multiplicadas en una réplica interminable desde el nudo de sus calzoncillos adolescentes—, es solo que nosotros, por el bien de la comunidad...

Aquello había tomado un cariz fatal, muy duro, y Star no podía contenerse más.

—Vosotros violasteis a aquella chica —dijo, y fue como si hubiera arrancado la aguja del estéreo o hubiera apagado las velas con un par de pistolas humeantes.

La habitación quedó en silencio. Ella miró a Lester, y Lester, con las manos colgando sobre sus estrechas y huesudas rodillas, le devolvió la mirada. Aquello no era paz y amor, aquello no era ninguna fraternidad hippy. Aquello era muy feo, y de haberlo sabido o de haber querido algo feo, ella se habría quedado en su casa de Peterskill, Nueva York.

—Venga, Star —dijo Ronnie al fin, pero Lester le cortó.

—Yo no violé a nadie —dijo—. Porque si algo pasó aquí anoche fue todo consentido, ¿sabes lo que quiero decir? Mierda, tú estabas aquí, Pan, tú sabes lo que pasó.

—A la mierda —dijo Marco—. Os largáis todos.

—Sí. —Jiminy secundó la moción—. Mirad, lo siento mucho, pero todos...

—Todos ¿qué? —Lester soltó una risa despectiva—. ¿Habéis consultado el *I Ching*? ¿Habéis votado: echemos a los putos negros? —Su voz era como el rumor bajo de un camión subiendo una colina, lenta y deliberada—. Mierda, solo intentáis decirme lo que ya sé. Paz y amor, hermano, haz lo que quieras, tío, siempre que tu precioso culo sea blanco.

El pico se levantaba y caía, se levantaba y caía. Marco trabajaba bajo la canícula (hacía casi cuarenta grados) con el torso desnudo, vaqueros y botas, sudando, sintiendo el esfuerzo muscular en los brazos y los hombros. Jiminy había trabajado a su lado toda la mañana, arrancando la piel del suelo, donde se instalarían los nuevos conductos para la fosa séptica, pero cuando el sol llegó a la vertical en el cielo, había dejado su pala tan delicadamente como si fuera una escultura de cerámica y había atravesado el patio en dirección a la piscina. Había sido una buena compañía, charlando de libros y discos y de todos los lugares que quería visitar —Benarés, Río, Nairobi, una ciudad de Wisconsin donde fabricaban la mayor rueda de queso del mundo (y si se había estropeado cuando él llegara, bueno, seguro que hacían otra)—, pero a Marco no le importaba trabajar solo. Todas las comunas en las que se había integrado (o lo había intentado) habían acabado disolviéndose por la presión de las pequeñas cosas esenciales como cocinar, limpiar o hacer reparaciones. Y aunque era agradable pensar que todo el mundo arrimaría el hombro en una crisis, no siempre funcionaba así.

Y aquello era una crisis, tanto si la gente quería darse cuenta como si no. Los váteres de la casa principal se desbordaban y había un reguero de excrementos humanos detrás de cada roca, árbol y matorral que llegara a la rodilla en aquella propiedad, y aquello era muy primitivo, claro que sí. Involuntariamente primitivo. Nadie se había molestado en enterrarlo, ni mucho menos en construir una letrina. No pensaban, no querían entrar en detalles. Simplemente abandonaban. Estaban allí. Aquello era suficiente, y cuanto menos se dijera, mejor. Pero no pasaría mucho tiempo, y Marco lo sabía por experiencia, antes de que el inspector de sanidad tuviera argumentos definitivos y no se basarían precisamente en el despertar de una elevada conciencia.

Marco estaba metido en la zanja hasta la cintura, apartando la tierra, cuando Alfredo atravesó el patio en su dirección, llevando una jarra de limonada en una mano y un pico en la otra. Marco lo vio llegar, pero siguió cavando, porque por el momento cavar era su aflicción, su tic, el proceso que hacía fluir su sangre y que le adormecía el cerebro. La cosa más simple del mundo: el pico se levanta y cae, la pala entra y la tierra sale.

—Eh —dijo Alfredo, y le enseñó su afilada dentadura con una sonrisa que dibujaba un corte horizontal en la superestructura alambrada y negra de su barba—. He pensado que te iría bien beber algo y que te echara una mano.

Sí, era verdad. Y agradeció los tres cubitos de hielo que oscilaban en la limonada recién hecha y superazucarada, pero probablemente había veinte personas en Drop City con las que hubiera preferido pasar la tarde. No es que tuviera nada contra Alfredo, excepto que no tenía sentido del humor: era como si alguien le hubiera agujereado el cerebro con un alambre caliente, reduciendo a un amasijo humeante

todas las células de apreciación de la existencia. Cuando se le ocurría algo gracioso, siempre lo estropeaba repitiendo la broma una y otra vez y emitiendo una especie de relincho catarral a modo de risa que parecía como si se estuviera ahogando en su propia flema. Era mayor —veintinueve o quizá treinta—, y aquello era un problema en sí mismo, porque utilizaba la ventaja de su edad como una cachiporra en cuanto se producía una diferencia de opiniones. Sus frases preferidas eran: «Probablemente tú aún estabas en el colegio por esa época» y «No voy a decirte lo que tienes que hacer, pero...».

Alfredo se metió en la zanja, se quitó la camisa, revelando un pálido juego de costillas, y empezó a cavar. Aquello estuvo bien. Trabajaron en silencio durante los primeros minutos, con aquella tierra penetrable a sus pies, que en la nariz parecía oler a huesos fosilizados, neutros y sin sangre, con el sol sobre sus cabezas, limpiando con sudor el polvo de sus zapatos. En un momento dado, hubo un grito repentino que venía de la piscina, un chapoteo, dos, y luego, Alfredo, en un intento de trabar conversación, ociosamente, le preguntó por su nombre.

—¿Marco es un nombre italiano? —preguntó.

—Sí, supongo que originalmente sí.

Marco se enderezó y se secó la frente con el antebrazo. Tendría que haberse puesto un trapo alrededor de la frente, pero ya era demasiado tarde. Ya se refrescaría en la piscina, aunque más tarde, mucho más tarde.

—Mi padre me lo puso por Marco Polo.

—¿De verdad? Increíble. —La pala crujió al entrar en la tierra—. ¿Y cómo se llama tu hermano, Cristóbal?

Marco aceptó la broma con una sonrisa torcida. Llevaba oyéndola desde la escuela elemental.

—No tengo hermano.

—Mi padre es italiano —dijo Alfredo, y gruñó mientras echaba una palada de tierra por encima del hombro—. Mi madre es mexicana. Por eso soporto bien el calor de un día como hoy. No me molesta nada.

Muy bien. Pero Marco estaba pensando en su padre, un hombre del que solo había conocido la voz a través de conferencias telefónicas durante los últimos dos años, y así seguirían las cosas. «¿Dónde estás ahora? —gritaba su padre al receptor—. ¿Twentynine Palms? Yo estuve allí durante la guerra... entrenamiento en el desierto. Contra Rommel. El paraíso en la tierra, por lo menos en invierno... Tu madre quiere saber cuándo volverás a casa. ¿Verdad, Rosemary? ¡Rosemary!».

No le guardaba rencor. La furia adolescente que llevaba a sus compañeros de clase a embalar sus V-8 por cualquier pendiente de la urbanización o a contestar violentamente en la mesa de la cocina no era el estilo de Marco. En realidad, echaba de menos a su padre, y a su madre. Solo eran momentos, al levantar su mochila y hacer autostop, o al despertarse en una cama desconocida de algún lugar sin nombre, exactamente igual a cualquier otro, o cuando era presa de un dolor sordo, como una

muela que empieza a cariarse. Pero la mayor parte del tiempo, sus padres estaban tan compactados en sus pensamientos como si fueran desconocidos. Él había escapado a la justicia. Habían lanzado una orden de arresto contra él, la primera piedra puesta por un pueril e ínfimo acto delictivo se había ampliado con una fuga interestatal, que duraba desde hacía meses, desde hacía más de dos años... Y había acabado convirtiéndose en un auténtico muro jurídico, inmenso y amenazador, cimentado además por su condición de insumiso militar. ¿Casa? Aquella era su casa ahora.

«Lo siento, papá, pero la respuesta es nunca».

La historia de Europa, aquello era lo que cimentaba la personalidad del padre de Marco, que la había enseñado, con todo lujo de detalles, siempre siguiendo un libro de texto cada vez más irrelevante, a un interminable desfile de rostros impertérritos durante treinta años, treinta años como mínimo. «¿Este nuevo curso de décimo?», exclamaba durante la comida, todavía con su chaqueta de pana marrón, con parches en los codos que brillaban como si los acabaran de engrasar, el único padre en toda la urbanización de doscientas cincuenta y pico casas que llevaba bigote. «Parecen más visigodos que griegos. No como en tus tiempos, Marco. ¡Qué diferencia en cinco años! ¡Vosotros erais eruditos!», rugía (como si se lo creyera) y luego se echaba a reír y no paraba.

—Nosotros somos sobre todo irlandeses. Mi último apellido es Connell. Todo el mundo cree que me llamo Mark O'Connell, pero supongo que mi padre era un bromista. Y creo que me veía viajando a tierras lejanas.

—¿De verdad? ¿Alguna vez has salido del país?

Marco dejó la azada para tratar de sacar un pedrusco enterrado con el filo del pico. Levantó los ojos y luego los apartó.

—La verdad es que no.

Y entonces Alfredo empezó a hablar de viajes y los nombres de lugares se coagulaban y arremolinaban en su lengua como la pelusa en una secadora. A él no le interesaban las ruedas de queso de Wisconsin... Su horizonte eran París, Londres, Berlín, Roma, Venecia, Florencia... Había estudiado historia del arte, ¿lo sabía Marco? Sí, y había recorrido Europa, lápiz en mano, del Louvre al Rijksmuseum pasando por el Museo del Prado. Era la única manera de hacerlo, pasar un mes en cada ciudad, viviendo en cualquier pensión u hostel, conociendo a gente en los cafés, consiguiendo hachís en la calle y yendo directo a la panadería a la hora en que cerraban los bares a por su *pane* y su *baguette*. Debió de hablar sin pararse a respirar durante un cuarto de hora.

En algún punto intermedio de su crónica entre Amsterdam y la Place Concorde, entraron los cuervos, un estruendoso graznido que venía de los árboles y trazaba círculos en el cielo mientras los enormes y brillantes pájaros caían en picado sobre un búho que habían avistado en su nido.

—Los búhos los atacan de noche, cuando son más vulnerables, ¿lo sabías? —dijo Marco, contento de poder cambiar de tema—. Esa es la cuestión. Supervivencia.

Imagínate nosotros, si hubiera otra especie de monos que nos desafiara, y no me refiero a gorilas o chimpancés, sino otro humanoide.

Alfredo no parecía tener nada que decir al respecto, él creía en la armonía universal, la hermandad, el vegetarianismo, paz y amor y conocimiento. No quería saber nada de la guerra entre cuervos y búhos, y menos aún simios, ni oír cómo los cuervos atacaban los nidos de pájaros menores —gorriones, pinzones, canarios—, mataban y devoraban a los polluelos. Aquello no tenía nada que ver con el mundo en que él vivía.

—Qué fuerte —dijo—. Muy fuerte.

Se inclinaron para concentrarse en su trabajo, con un silencio que solo rompía el persistente hendir de las azadas, el tumulto de los pájaros volando por los márgenes del cielo, hasta que empezó a filtrarse el murmullo pedestre de Drop City: las cabras balando para que las ordeñaran o alimentaran, la nota solitaria y aguda de un perro sorprendido por su propia hambre, el ruido constante de la puerta de mosquitera de detrás de la casa, y debajo de todo eso, como la banda sonora de una película, el sordo zumbido del rock and roll escapándose por las ventanas de la cocina.

—Oye, te agradezco mucho que hagas esto —le dijo Alfredo, haciendo una pausa para enderezarse y arquear la espalda, con los finos granos de tierra pegándosele a la piel en un denso pelaje de sudor—. Sobre todo, que hayas tomado la iniciativa. Sé que llevas aquí solo dos semanas o algo así, pero esto es un buen rollo, de verdad, es lo que necesitamos cada vez más aquí.

—Claro —dijo Marco—. No hay problema.

Y la azada no se detuvo. Le sentaba bien concentrarse en hacer algo, construir algo, poner toda su energía en aquello hasta que todo lo demás desapareciera de su cabeza. Dejarse llevar estaba bien. Hasta un punto. Echarse en la cabaña del árbol con un libro también estaba bien. Y el costo. Y las mujeres. Y la música. Pero en aquel momento, en aquella zanja, bajo aquel sol, lo importante era la llamada de lo físico, y nada más.

—¿Sabes?, yo estuve en Thunder Mountain antes de aquí. Reba y yo, antes de tener a los niños. O no, Che ya tenía un año o año y medio, no sé. Lo que pasó fue que todo el mundo quería bailar y drogarse, y eso está muy bien, no me malinterpretes, pero llegó un momento en que nadie quería ocuparse del huerto ni hacer la comida. Quiero decir las chicas, las titis. Porque ellas son la clave para que todo funcione. Si las chicas no tienen energía y pasan de lavar los platos, barrer, hacer la comida, entonces tienes problemas de verdad. No hay nada peor que encontrarte pilas de platos sucios y las cazuelas y sartenes sin lavar, llenas de restos pegados y todo el mundo merodeando en plan «¿Qué hay para comer, tío?», ahí se rompe todo, créeme.

Marco no tuvo ocasión de responder, aunque hubiera querido, porque cuando levantó la vista vio a Sky Dog atravesando el solar con Lester y Franklin detrás. No dijeron nada, no saludaron con un gesto, no sonrieron, solo siguieron acercándose por

el solar lleno de hierbas y matojos con paso lento y seguro y levantando explosiones de polvo en miniatura tras los tacones de sus botas. Alfredo también levantó la vista cuando los tres llegaron al extremo más alejado de la zanja y se quedaron allí, mirando al suelo con expresión de condenados. La frase «Cavarás tu propia tumba» iba y venía por la mente de Marco. Aquello no iba a ser divertido.

—Eh, Alfredo —dijo Sky Dog—. Quería hablar contigo.

Alfredo se agarró al borde de la zanja con la mano y salió con ellos, limpiándose las manos con la descolorida tela de sus vaqueros, intentando esbozar una sonrisa.

—Hola —dijo, como si se alegrara de verle—, ¿qué pasa, tío?

Y tendió una mano para un apretón fraternal que nunca llegó.

¿Y Sky Dog? Un metro ochenta, quizá ochenta y cinco, noventa kilos, tan moreno que parecía bañado en oro, con una sola vena azul pintada atravesándole los bíceps de los dos brazos y los ojos más claros que la piel de la cara. Llevaba un bigote de Fu Manchú que caía siete u ocho centímetros bajo la mandíbula. Normalmente iba con vaqueros y una chaqueta tejana bordada con las mangas cortadas hasta los hombros, humilde granjero hippy adornado de un humilde matiz de elegancia hippiosa, pero aquel día había adoptado un estilo de turista de la Costa Este, con una camisa estampada de cachemir, un pañuelo plateado pasado por un anillo dorado y apretado al cuello y pantalones de pata de elefante que le ocultaban los pies.

—Quería decirte que estoy hasta los huevos —dijo, y su cara adquirió el tono del hígado antes de llegar a la sartén—. Si te crees que puedes botarme de aquí, estás gaga. Y mandas a este cabrón —señaló a Marco con un gesto— como tu chico de los recados, porque no tienes cojones...

—Venga, Bruce, venga, tú ya sabes que yo no haría nada contra ti, lo sabes muy bien —Alfredo había extendido los brazos en un gesto de renuncia—, pero también deberías saber que no podemos arriesgarnos a que aparezca la poli por aquí, tanto si has tenido algo que ver con esa chica como si no, ella puede ir directamente a hablar con el sheriff de Sonoma y contarle lo que le dé la gana, ni siquiera la conocemos, no sabemos ni adónde se ha ido...

—Joder, tío, escúchame. Eres un puto hipócrita. Escúchate a ti mismo: «Tanto si has tenido algo que ver con esa chica como si no». Pues sí, he tenido algo que ver. Y Lester también, y Dewey y dos o tres tíos más... incluyendo ese desgraciado de Pan o como coño se llame. Ella lo estaba pidiendo, no, lo estaba suplicando, venga, coloquémonos y follemos y coloquémonos más y follemos otra vez, ¿alguno de vosotros tiene hierba? No me voy a disculpar con nadie. No hay un solo tío en esta propiedad que no hubiera hecho lo mismo, ¿sí o no?

Lester dijo que sí. Dewey no dijo nada, pero sus ojos parecían confirmarlo.

Sky Dog (o Bruce, que así se llamaba, Bruce, y saber aquel nombre era como tener el «Ábrete, Sésamo» que le pondría en su sitio) alzó la voz hasta el más agudo tono de queja:

—Llevo aquí... ¿cuánto, ocho, nueve meses? ¿Y tú me mandas a ese cabrón —de

nuevo un dedo apuntó como un cuchillo a Marco, que seguía en el agujero—, que lleva una semana aquí, a decirme que tengo que largarme? Pues voy a decirte una cosa: no pienso irme a ninguna parte, aunque el propio Norm venga a llamar a mi puerta, ¿y quieres saber por qué? Voy a decírtelo...

Marco dejó de escuchar. Estaba pensando en un perro que tenía su tío en una época, un husky, con un ojo azul y otro marrón, el cánido más salvaje que nunca nadie haya domesticado, como ningún otro perro que Marco hubiera visto. Nunca quería correr detrás de una pelota, ni dar un paseo andando o en coche, ni se acercaba a que le acariciaran, ni mucho menos te lamía la mano ni mendigaba los restos de la mesa. Cuando estaba en compañía de otros perros, en el parque o en la inmensa explanada de césped de detrás del colegio, no se movía un pelo, apenas se dignaba a levantar una pata o husmear un poco. Pero cuando se sentía presionado, cuando otro perro se acercaba demasiado con un gruñido o la espalda demasiado tensa, el bicho estallaba sin avisar, con una violencia pura, tan repentina y absoluta que uno nunca podía estar seguro de haber visto realmente nada. Y el otro perro, por muy grande que fuera, acababa patas arriba, y antes de que pudiera evitarlo, el husky del tío —Lobo, se llamaba—, ya le había clavado los dientes en la garganta.

Dos veces, en el espacio de sesenta segundos, habían llamado cabrón a Marco en su cara, dos veces de más. Antes de que Bruce pudiera airear la continuación de su queja con aquella voz nasal y aguda tan adaptada al tenor de un blues —eso estaba claro, aquel tío podía cantar—, Marco alargó la mano y le agarró el pie izquierdo, justo por el tacón de la bota, y tiró de él desde abajo. Un instante después, Sky Dog caía de bruces con fuerza al hoyo de tierra y al instante siguiente estaba escupiendo y forcejeando en el fondo, y Marco, con la calma más deliberada del mundo, observó su propio puño levantándose y cayendo como un pistón mientras se inclinaba para hacerle una cara nueva a aquel tipo, de la forma menos fraternal que podía imaginar.

Si se había creído que iba a resolver algo, se equivocaba, y debiera haberlo pensado mejor, debiera haber calculado y buscado una oportunidad mejor, pero ahora ya no importaba. Lo que importaba era Dewey, que le aprisionaba el cuello con un brazo y le echaba la cabeza hacia atrás como si driblara una pelota de baloncesto después de haber fallado la canasta; lo que importaba era Lester, que, con la cara hinchada, sus botas de plataforma y el sombrero de macarra de ala ancha con la cadena de plata reluciendo en la corona, se plantó sobre el montículo de tierra y lanzó dos limpias patadas de bailarín a la sección media de Marco, mientras Marco luchaba por liberarse de la presa de Dewey, que le atenazaba el cuello, y Sky Dog —¡Bruce!— se levantaba en la trinchera blandiendo un par de puños. Pasaron diez segundos, veinte, y los tres continuaban encima de Marco, aprisionado por Dewey como un maniquí de paja, y Alfredo gritaba:

—¡Basta! ¡Basta! ¡Parad, tíos, hostia!

Marco no se hacía ninguna ilusión. Era la fuerza de ellos contra la suya, lo que ellos querían contra lo que él quería, y lo que él quería era solo Drop City, nada más y nada menos. Se contorsionaba, agitaba las piernas, lanzaba patadas a Sky Dog y luchaba contra el brazo atornillado a su garganta. Era una danza, exactamente eso. Una danza fútil, sincopada, de escorzo y torsión, puntuada por el húmedo y sordo ruido de un golpe tras otro. Sky Dog estaba reblandecido, al borde de las lágrimas, y la mitad de sus puñetazos rebotaban contra el músculo o el hueso, pero Dewey estaba remachado en acero y Lester seguía propinándole patadas, una tras otra, como si estuviera subiendo una escalera.

—Mamón —repetía suavemente, casi con ternura, como si confundiera acto y epíteto—. Eres un mamón.

Podría haber durado más de lo que duró, esa clase de cosas no tiene final, la sangre llama a la sangre, el cuchillo en su funda, la funda colgada del cinturón, el húmedo impacto de la carne contra la carne... Podría haber durado más de no haber sido por los turistas. Dos turistas, una pareja, vaqueros y cuero, con signos de la paz colgando del cuello. Habían llegado la víspera para ver cómo se organizaba la contracultura, tal vez escribir un artículo o un libro sobre el tema: promiscuidad y paz, cereales, leche de cabra y marihuana bajo las estrellas. Marco los había conocido aquella mañana. Eran de Berkeley, él era profesor y ella poeta, y habían abonado dos dólares cada uno por unos cereales bañados en agua y unos bollos que parecían esponjas. Pero el espectáculo valía la pena. El profesor tenía una calva generosa, pero se había enrollado un pañuelo en la cabeza y se había engrasado la melena, que le caía muy tiesa sobre la nuca y el cuello de la camisa, de un modo que habría escandalizado a sus colegas del departamento de Sociología. La poeta debía de ser cuarentona, nadie había oído hablar de ella y tenía unas grandes tetas caídas bajo una camiseta sin mangas, plumón de pájaro a modo de pelo, una boca parsimoniosa y ojillos pequeños e inquisitivos que lo penetraban y lo escudriñaban todo, porque cualquier cosa era un poema en gestación. Allí mismo tenía uno desplegándose ante sus ojos. ¿Cómo lo llamaría? ¿«El combate de la fosa séptica»? ¿O tal vez simplemente «La fosa»? Marco no podía pensar. Se limitaba a esquivar los golpes, contraerse y encajarlos lo mejor que podía. Pero sí, «La fosa» quedaba muy bien. «La fosa» lo decía todo.

Lo que ocurrió fue lo siguiente: habían salido a dar un paseo, profesor y poetisa, disfrutando del calor y el polvo mientras los lagartos hinchaban sus diminutos pechos de reptil en la inefable atmósfera de paz y amor y sinergia comunitaria, cuando de pronto, ella, la poeta, soltó un chillido. Y no era un grito ordinario, no era el gritito estridente proforma semiexcitante que uno esperaría de una poetisa anunciando una pelea entre hippies en una fosa semiexcavada en el campo abrasado sobre el río Russian; no, era un grito que expresaba un gran impacto, una auténtica conmoción, un tirón brutal de la cuerda tendida entre los dos polos de la existencia. El grito de la poetisa se elevó por encima del calor, sin aire, y causó tal choque que todo se detuvo

en aquel instante. Dewey aflojó la presa, Lester hizo retroceder el pie, Sky Dog y Alfredo volvieron la cabeza primero hacia ella y luego hacia la densa masa de bosque que se extendía al borde del solar. Y Marco, levantándose vacilante, controlando el flujo de adrenalina hasta convertirlo en una herida cauterizada en sus venas, fue el último en volverse a mirar.

Lo que vio fue a Ronnie —Pan— saliendo de las sombras en un baño de sangre, sangre húmeda incendiada por la áspera luz del sol, y algo sobre los hombros, envolviéndole con su roja y fresca humedad. Era... era un ser vivo, o más bien no, muerto, manifiestamente muerto. Y sangrante. La chica... Marco pensó: La chica... No había tenido bastante con violarla, humillarla, también la habían... No, aquello no tenía forma humana. ¿Qué veía? Un pelaje, un pelaje pardusco. ¿Había matado Pan a uno de los perros, era eso?

—Eh, tíos —llegó la voz de Ronnie ensordecida por el campo, debilitada por la excitación—. ¡Tenemos carne!

—¿Carne? —preguntó Alfredo, acercándose hacia él. Todos, todos se acercaban a él—. Pero ¿de qué estás hablando? ¿Qué es eso?

Marco salió de la zanja. Ronnie se estaba acercando, a treinta metros de distancia, tal vez menos, tambaleándose bajo su carga de sangre, carne, pelo, huesos.

—¿Qué coño os pasa, tíos? ¡He pillado un ciervo!

Era como si hubiera matado a Bambi, o por lo menos, eso hacía parecer la reacción de las chicas, y Merry era la peor, o no, Verbie, Verbie era aún peor, como si no se hubiera pasado los primeros dieciocho años de su vida atravesando la sección de carne del supermercado y engullendo mil quinientas hamburguesas y pizza de pepperoni como cualquier otra adolescente americana. Y Alfredo, con su cantinela rapera de «carne es asesinato» y cómo te atreves a descuartizar a una criatura viva, qué karma y blablablá. Era cómico, ridículo. Tanto hablar de volver a la tierra, la vida natural y salvaje, ¡pero si no hubieran tenido un supermercado a menos de diez kilómetros, habrían muerto todos de hambre! Había peces en el río, había caza en el bosque. ¿Y qué pasaba porque no fuese temporada? ¿Qué importaba que él hubiera cazado un gamo que no llegaba a los cincuenta kilos con todo su pelaje? ¿De verdad creían que uno podía pasarse la vida ahogándose con pastas de soja y calabacines con centeno? O falafel. O kebabs de tofu, ¡por los clavos de Cristo! ¡Mierda, si tendrían que haberle dado una medalla!

Ronnie se pasó la tarde despellejando y descuartizando al bicho, un trabajo resbaloso y bastante desagradable, sin duda alguna, y el único que le echó una mano fue Marco, porque Marco entendía lo que significaba volver a la naturaleza: él había cazado y pescado hasta que cumplió ocho años, urogallos, conejos, ardillas, patos en las mañanas heladas, hundido hasta la cintura en un agua que corría a la velocidad de un tren de mercancías y cogiendo tan solo dos escuchimizadas truchas de criadero que no paraban de retorcer la cola, con la esperanza de que su madre hubiera hecho pastel de carne. Él ya había estado allí. Había estado y vuelto. Como Ronnie. Como Pan. Y mientras Che y Sunshine se tapaban la nariz boquiabiertas y la mitad de la comuna interrumpía sus actividades cotidianas para ir a fisgar y criticar, dar consejos desdeñosos e imaginarse cómo unos buenos filetes de venado crepitarían en una parrilla sobre un lecho de carbones, Ronnie, envuelto en una nube de moscas, tiraba de la piel (pensando que podría hacerse una chaqueta de ante, con flecos), y Marco se inclinó para cortar el fino tegumento que lo envolvía todo, con el extremo liso y resbaladizo de su cuchillo de caza.

—¿Qué te ha pasado en la cara? —le preguntó Ronnie en el transcurso de la operación, con las manos metidas en la sangre, mientras el sol temblaba en los árboles como un producto último grito de Japón. Tenía una colilla de porro en los labios y a su lado, sobre la rígida hierba amarillenta, una lata de cerveza llena de huellas sanguinolentas. Debía de ser media tarde y los olores de la cocina eran estrictamente vegetarianos.

Marco levantó la vista y esbozó una sonrisa, pero una sonrisa sesgada estilo Floyd Patterson. Tenía el ojo izquierdo hinchado como una salchicha en la sartén y un tajo rodeado de costras le bajaba hasta el principio de la barba.

—Un intercambio de opiniones —dijo, y aquello estuvo bien, porque Ronnie no

estaba preparado para un largo mal rollo sobre los negros y Sky Dog y quién había hecho qué en la casa de atrás la antevíspera por la noche, de modo que asintió con la cabeza y abandonó el tema.

Los dos siguieron cortando, primero un lado y luego el otro, y pronto la piel se despegó de la carne como una alfombra mojada, pero ¿no había que salarla o frotarla con lejía o algo así? En cuanto al cuero, había que retirar el pelo, y aquello sí que era un trabajazo, una condena de por vida, nada menos... Esos eran los pensamientos de Ronnie, mientras los moscardones azules seguían llenando el aire y la voz de Tracy Nelson, fuerte y real, se elevaba muy alto sobre las corrientes de la casa principal. Ellos estaban fuera, detrás de la piscina, en una franja de hierba abrasada y descolorida, y habían colgado la carcasa de una rama, para desangrarla, pero solo durante una hora. A los dos les preocupaba el calor, porque ¿quién había matado a un ciervo en aquella época del año? Nadie. Solo Pan. Sí, y allí estaba, en carne viva. Por la mañana aquel animal aún paseaba a orillas del río, pateaba en el barro, mordisqueaba una hierba o un brote fresco aquí o allí, en un itinerario propio que nadie podría haber imaginado ni predicho, y ahora estaba muerto, ahora era suyo.

Pan sentía la intensidad del momento: la hierba, la cerveza, el flujo puro e incontenible del éxito, su ciervo, su primer ciervo. Empezó a cantar con la música: «Cuando todo se derrumba, debes volver a la Madre Naturaleza». Oh, sí, al final, el retorno a la Madre Naturaleza. Y dejó que su voz se elevara, era absurdo dejarse constreñir por la timidez, con su buena voz, para cantar, para hablar francés o para lanzarse a toda velocidad con la bici por Portrero Hill con la mochila llena de comestibles. «No me importa si eres rico, no me importa tu valor en Bolsa...». Echó la cabeza hacia atrás, se entregó a aquel placer en caída libre, imbatible, cuando el disco se ahogó con un chirrido y casi instantáneamente alguien lo sustituyó por una raga tan frenética como autogratificante, que era como una masturbación compulsiva.

—Joder —dijo—. Odio eso. No lo soporto.

Marco le cogió el porro de los labios con dos dedos sangrientos.

—¿Odias qué? ¿A Ravi Shankar?

—No. Quiero decir, sí, también. Es una mierda. Pero lo peor es que, cuando estás disfrutando de una canción, ya sabes, y de pronto alguien...

Hizo un gesto con la mano y su cuchillo sangriento, como diciendo «Ya me entiendes», y Marco le entendía, porque asintió con simpatía y no dijo más.

Escucharon en silencio aquel maldito sitar y las tablas que bullían como lluvia sobre un tejado de uralita, Marco acucillado a su lado, inhalando, reteniendo el humo y luego dándole un buen trago a la botella. La cerveza siseaba, amarillenta, tan caliente ya que parecía pis carbonatado, pero, cuando Marco le pasó la botella, Ronnie llevó los labios a la abertura e inclinó la cabeza hacia atrás. Los cuchillos centelleaban, las moscas volaban. Ahora ya estaban cortando filetes crudos y aquel era un proceso de aprendizaje para ambos.

—Tienes buena voz —le dijo Marco.

—¿Ah, sí? ¿Te gusta? Oye, solo estaba cantando con el disco. Deberías escucharme con la banda con la que estuve a punto de volver a Nueva York. Mira, canté con ellos varias veces en los ensayos, el guitarrista y yo éramos uña y carne, hiper buen rollo, y el batería era ese tipo que estudiaba conmigo en el instituto...

Siguió sumido en aquella onda un rato, disfrutando, pensando en Baracca y en Herlihy y los otros músicos del grupo y la sensación de volar sin alas que tenía cada vez que se acercaba al micro con aquel flujo eléctrico de la banda tras él y la voz de Eddie Herlihy contorsionándose alrededor de la suya como dos venas del mismo cuerpo. ¿Cómo podría nunca explicar aquello a nadie? Sí, claro, también el caballo que iba con aquello, en las pápelas de tres y cinco dólares que te vendían los negratos detrás de las fachadas calcinadas, rodeadas de las tiendas del centro: heroína buena, pruébala, caliéntala, chútatela, simplemente para bajar la fiebre de la música, aquello era fraternidad, la fraternidad de la jeringa pispada a la vieja de algún tipo, que era enfermera, tan usada que había que dar un golpe para clavártela en el brazo...

—¿Tú qué crees? —le preguntó Marco—, ¿deberíamos ahumar el resto de la carne? ¿Lo has hecho alguna vez? O salarla. Creo que podríamos salarla.

—¿Y el congelador?

—¿Estás de broma? Está lleno de tofu y seis tipos de helados, pasta para pasteles y... ¿cuántas, cincuenta bolsas de hielo? Sería un milagro que cupiera todo esto, y no sé cuánta gente querrá un filete esta noche, pero yo brasearía el máximo posible.

—Vale —dijo Ronnie, y empezó a visualizarlo, el humo elevándose como el incendio de un bosque, el dulce aroma de la carne penetrándolo todo, tal vez otro canuto para calmarse y despertar el apetito, y todos, incluso Alfredo, haciendo cola ante la parrilla con sus platos de hojalata y una miserable ración marchita de arroz con verduras. Y Pan, el magnánimo Pan, cazador y recolector, la pieza esencial del engranaje, el hombre del momento, sirviéndoles a todos.

En realidad, estaba a punto de caer la noche cuando al fin se formaron brasas suficientes para poder hacer los filetes sin prender fuego a la barbacoa, y Ronnie, que se sentía bastante perdido a aquellas horas, empezó a ponerlos encima. Una pizca de sal, pimienta, un poco de la famosa salsa de barbacoa de Pan (dos partes de ketchup, una de mostaza, ajo en polvo y un rociado de vinagre de sidra durante diez segundos, gluglulgú) y punto. Antes de conseguir el trabajo en la tienda de discos de Caldor, había trabajado en una brasería llamada Surf’N’Turf, dos días a la semana en el grill y tres en el mostrador, y sabía muy bien cómo manejar la carne, es decir, que movía los filetes con la gracia de todo un chef.

Se sentía expansivo, volteando los bistecs con las dos manos, hablando con unos y otros, aceptando alguna calada de la pipa, contándole a Jiminy del autoestopista que les había invitado a Star y a él a una fiesta una noche en Iowa, ¿era en Iowa? —sí, era en Iowa—, y allí había diez o doce hippies dudosos reunidos en torno a una gran

mesa de picnic en medio de un campo, con los grillos cantando a todo meter, la luna elevándose inmensa sobre el horizonte, todo serenidad y espíritu. Todos los platos — platos de aluminio, como los de allí, exactos, alucina, tío— estaban clavados a la mesa, crucificados allí con un solo clavo en el centro que atravesaba la mesa de lado a lado. Cuando acabó la cena, todos estaban mordisqueando los huesos de las costillas de cerdo y las panochas y el resto, cuando el hermano del autostopista —que era el anfitrión— se levantó y limpió la mesa con una manguera.

—¿De verdad? ¿Y cómo fue?

—Súper buen rollo, tío.

—¿Sin problemas de grasa, gérmenes y todo eso?

—Las hormigas llegarían al día siguiente, pájaros, moscas y todo lo demás. El sol y la lluvia.

—La naturaleza es sabia, ¿no?

—Exacto, la naturaleza es sabia.

La mayoría de hermanos y hermanas ya habían comido —la cena era a las seis—, pero se pusieron en la cola. Exceptuando a Merry y Alfredo y un par de vegetarianos radicales como Verbie (aquello le dolió —Merry—, pero ella era inflexible en ese tema, toda criatura es sagrada, ni siquiera habría propinado un manotazo al mosquito de la malaria si se le hubiera puesto en la muñeca. ¿No sabía que los Jain, en la India, llevaban una máscara de gas en la boca para no tragarse ningún insecto sin querer?). Pero Norm estaba allí, cálido y efusivo, colocado de algo y gritando «¡El milagro de los panes y los peces!» cada dos minutos. Alguien había arrastrado los dos altavoces gigantes al porche de atrás y había dejado caer la aguja sobre *Electric Ladyland* de Jimmy Hendrix y todos habían empezado a bailar por el césped, en una especie de frenesí carnívoro. Cuando acabó el disco, todos los bistecs habían desaparecido y todo el mundo lo había pasado bien.

En un momento dado, echado en la hierba con su plato, con un canuto que iba pasando y una jarra de sangría que iba removiendo con la esperanza de que aireándola se le quitara aquel sabor a combustible, Ronnie se vio atrapado por el profesor y su señora, la que había soltado aquel chillido terrorífico, cuando él llegó bamboleándose del bosque con el ciervo a hombros. Star también estaba allí, y Marco, Lydia, Jiminy y un pequeño círculo de amigos en la periferia del círculo principal, y estaban discutiendo asuntos serios: como, por ejemplo, si Hendrix era extraterrestre y cuántas cabezas podía tener un ángel sobre sus espaldas. Y de pronto, aquel profesor estaba allí sentado junto a su codo con un plato lleno de cartílago roído, y diciendo cosas como:

—Entonces, ¿cuándo abandonaste el mundo convencional?

Ronnie quería decirle que se fuera a tomar por culo a Berkeley con el resto de turistas («¿No te das cuenta de que esto es una fiesta, tío?»), pero había algo en aquel tipo —el tono gris de su barba, el suave y armonioso, casi aterciopelado, tono profesoral, que le recordaba aquellas tardes en la clase de literatura— que le hizo

bajar la cabeza murmurando:

—Un año y medio.

En realidad, exageraba; seis meses hubiera estado más cerca de la verdad. Pero el profesor no buscaba hippies de seis meses, buscaba curtidos vagos veteranos de las fosas con los que poder epatar y escandalizar a su público de conferenciante. Llevaba un cuaderno de notas. Tenía un... ¡No! ¡Sí! Un magnetófono.

—¿Te importa si grabo la conversación? —preguntó.

La noche cabalgaba con Hendrix, suprema, astral, completamente vertiginosa, de modo que Ronnie murmuró «Claro que no» y la dama del profesor se acercó, con sus piernas gruesas bajo una falda larga y el canuto entre los dedos como si fuera una víbora del desierto sudamericano, mortífera y serpenteante, con los colmillos preparados para atacar. ¿Daría una calada? ¡Positivo! Luego lo pasó al siguiente.

—¿Cuántos años tienes? Toma, habla al micro.

—¿Aquí?

—Exacto, sí.

—Veintidós.

—¿Problemas familiares?

—Lo normal.

—¿Alguna vez te has fugado de casa?

—No, que yo recuerde. O quizá una vez. O dos.

—¿Cuántos años tendrías?

—No sé... Unos nueve. Me fui a la bolera y me escondí detrás del billar eléctrico.

—¿Aún viven tus dos padres?

Sus padres vivían, sí, pero también vivía Lon Chaney Junior, *El fantasma de la momia*, ¿no? Pues bien, así eran ellos, andaban bamboleantes y siempre gruñendo mensajes hostiles contra el planeta entero y contra aquella escoria errante de hijo que tenían, al que solo veían a la hora de comer, porque tenía hambre y ellos necesitaban saber si seguía vivo. Si fuera por él, podían envolverles también con los vendajes de la momia, porque eran dos catástrofes ambulantes: su padre con aquella nariz de animal despellejado, pegada a la cara entre las tachuelas de sus ojos; su madre como un saco informe de órganos con un cráneo vociferante y florido puesto encima. Pensándolo bien, podría haber sido la protagonista de *La calavera que grita*. Y se peleaban todo el tiempo. Se peleaban y gruñían. Pan miró al profesor a los ojos y luego apartó la vista.

—Sí —contestó.

—¿Algún maltrato o abuso? ¿Le das a la marihuana? ¿Drogas duras? ¿Alcohol? ¿Y qué me dices del amor libre? ¿Alguna enfermedad grave? ¿Votaste en las últimas elecciones?

Pan entró en el juego. Se animó, se volvió expansivo. Le contó al profesor cómo pillaba droga en la calle South y la calentaba en cualquier recipiente más o menos limpio que tuviera a mano y que no se pudiera incendiar, generalmente una cuchara, o

una de esas hueveras para poner el huevo pasado por agua: tenía una que le encantaba, pero la había perdido al cabo de una semana, y extendió los dos brazos como si fueran cadáveres en la morgue para mostrarle al profesor los callos de sus picos de seis meses antes... Porque la verdad era que se había cagado de miedo con la heroína y había decidido que, como máximo, esnifaría una raya de vez en cuando. Drew estaba muerto. Y Mike la Muerte también.

—Pero el amor libre... hostia, tío, no me hagas hablar de eso. Es lo más importante. Las nenas, las titis, ya sabes lo que quiero decir...

Se dio cuenta de que Star le estaba mirando, sentada con la barbilla sobre las rodillas, rodeando firmemente las piernas con los brazos, las llamas resplandeciendo en su rostro como grasa caliente y aquella sonrisa desdeñosa que, como desaire, valía más que mil palabras.

—¿Y las enfermedades venéreas? —preguntó el profesor, acercándole más el micro, con la cara suspendida como una piñata al extremo de su cuello de viejo, venoso y granujiento, y el típico medallón de tienda de souvenirs, con el signo de la paz, colgando como un cordón de apertura, y los ojos como dos sapos saltarines, y Pan (Ronnie) se sintió tan avergonzado, tan jodidamente mortificado y humillado, que arrancó el micrófono de la mano del profesor y luego, no sabiendo qué hacer con él, lo lanzó al fuego con un solo ademán incontestable—. ¿Qué demonios te crees que haces? —quiso saber el profesor, y su vieja dama, la poetisa, murmuró:

—Primitivo americano. —Y se rió con voz de ultratumba.

Ronnie se había puesto de pie. No tenía gran capacidad de dar patadas con sus sandalias guarachas, pero sí la suficiente como para mandar el resto del aparato —la gran caja plateada y gris con sus botones y teclas y bobinas lentas— también al fuego. Y el profesor, gritando, intentó recuperarlo todo entre las brasas, el carbón y los negros vestigios calcinados del ciervo.

—¡Loco hijo de puta! —le espetó, pero a Ronnie le daba igual, ni siquiera le estaba escuchando.

Oyó a Star reírse en voz alta, una risa áspera y dura como un dardo, que le atravesó mientras se adentraba en la noche, buscando algo distinto de todo aquello.

Más tarde, mucho más tarde, tras un rato sentado alrededor de un fuego con alguna gente que entonces no reconoció —o tal vez sí—, pensó en ir a la casa de atrás y ver qué hacían Sky Dog y los negratos, pero luego cambió de idea. Más valía no tentar a la suerte. Había gente que quería echarle (en un rincón de su memoria surgió de una fosa la cara de Alfredo, seguido en rápida sucesión por Reba y Verbie), y lo ocurrido la otra noche había dividido a la comunidad. Lester, Sky Dog y el resto se habían visto excluidos, y eso significaba que no aparecían en las comidas y se lo montaban por su cuenta, que cada dos horas iban a la ciudad con la Lincoln para aprovisionarse de vino, cigarrillos y bocatas de queso pasteurizado y que, por lo que respectaba a la comunidad de Drop City, bien podían estar en otro condado. Habían olido la carne, Ronnie les había visto fuera, en el porche de la casa de atrás mientras

la luz palidecía, él casi habría querido que hubieran bajado para unirse a la fiesta y enseñarles lo que había conseguido cazar con un rifle de calibre 30-06 y dos relucientes recubiertas de cobre, pero a ellos no les interesaba, ahora era la guerra y cada uno tenía que escoger su bando. Por su parte, Pan no había dudado un segundo. Estaba con el bando que controlaba, el bando de las titis, la comida y la casa grande, con los enormes altavoces KLH y los quinientos, ochocientos o quién sabía cuántos discos alineados desordenadamente en las estanterías de pino lacado: ¿había una sola emisora de radio en todo el país con una colección mejor?

La noche intensificaba sus sombras. Del césped le llegaban gritos y risas y el latido constante de la música en la parte de atrás de la casa principal. Ronnie estaba allí de pie entre los arbustos, acababa de subirse la bragueta tras haber respondido a la llamada de la naturaleza y sentía un principio de dolor de cabeza. Había sido un día excepcional y, pensándolo bien, se sentía casi glorioso, pero ahora necesitaba un trago de aquella pegajosa sangría Spañada que bebía Star, o tal vez un poco de Mateus, si es que a alguien le quedaba. Aquello era lo que necesitaba, neutralizar el dolor de cabeza y suavizar la noche. Atravesó el césped en sentido inverso para unirse a las sombras que bailaban en torno al fuego.

Star no estaba allí. Tampoco estaba en la cabaña del árbol, porque se asomó a la escala para ver, ni tampoco estaba en la casa principal, donde había un grupo de seis personas y algunos le susurraron silencio porque estaban viendo una película muda que Norm había cogido prestada de la biblioteca para elevar los ánimos. Ronnie se quedó allí un minuto en la habitación en penumbra, observando cómo la luz jugaba por un paisaje helado hasta que apareció un esquimal, con los ojos como dos hendiduras y el viento tirándole del cuello de la parka, y empezó a construir un iglú con los bloques de hielo que cortaba. Llevaba un cuchillo del tamaño de un machete y no perdía el tiempo, porque el viento soplaba con fuerza y el aliento se le congelaba en las volutas de la barba. Cada bloque de hielo era perfecto, uno sobre el otro, y cuando puso el último bloque en el agujero del tejado, todo el mundo estalló en aplausos.

—Maldito Nanuk —dijo Norm, tumbado en el suelo y tapado con una manta hasta la barbilla—, y nosotros hablamos de volver a la naturaleza, tío...

Por la mañana —o no, era por la tarde, definitivamente, después de comer—, Ronnie se despertó con un bandazo que sacudió toda la habitación como si fuera un barco, y el sueño, fuera el que fuese, se desvaneció antes de poder resucitarlo. Mejor, porque sentía las venas hinchándosele en el cuello con el latido frenético del corazón —intentaba escapar de alguien o algo, por oscuros y serpenteantes corredores con rostros aullantes— y de pronto se encontraba despierto en el mundo aparente, con una fina película grasa de sudor recubriéndole el cuerpo y humedeciendo el saco de dormir, que cada día olía más a podrido, a amoníaco y a descomposición. Junto a él

estaba Lydia, con los brazos extendidos como un crucificado, respirando con la boca abierta en un ronquido levemente traqueteante. Sus oscuros pezones parecían gorros de dormir de punto tejidos sobre las blancas coronas de sus pechos, y sus pechos eran como dos seres humanos, dos blancos gordos y encorvados con sus gorros, conversando por la autopista de cuatro carriles que era su caja torácica. Una fina línea de vello negro brillante medía la distancia desde su ombligo a su arbusto. También tenía pelo bajo los brazos, pelo en las piernas y una leve franja de vello se dibujaba sobre el labio superior. Estaba sudando. Le temblaban los párpados. Ronnie la contempló un momento, el tiempo suficiente para que su corazón bajara de la repisa donde lo había dejado, sintiéndose como si le hubieran ensamblado a partir de fragmentos y migajas durante la noche. La cabeza le latía como un martillo. El vientre se le encogió como un puño, se relajó. Necesitaba papel higiénico, rápido.

Emergió de su saco de dormir, extendido sobre una colchoneta doble en el suelo, al fondo de la habitación de atrás de la casa principal. Se levantó despacio, cansinamente, con los huesos pesados como vigas, y empezó a hurgar silenciosamente en su mochila y en la caja de zapatos donde guardaba todos sus bienes. No quería despertar a Lydia. De ninguna manera. Porque Lydia quería algo que, en su condición presente, no podía darle. De hecho, mientras la estudiaba con el rabillo del ojo mientras tanteaba en busca de un cuarto o un sexto o incluso un octavo de rollo de papel de váter que sus hermanos y hermanas no se hubieran llevado, le pareció gorda, demasiado gorda, y en absoluto su tipo. Su tipo era Merry. Su tipo era Star y, por cierto, ¿dónde estaba?

No había conseguido encontrarla la noche antes, aunque había buscado por todas partes, excepto en la casa de atrás, donde los negratas y Sky Dog alimentaban su rencor y regaban con vino agrio sus bocadillos de queso a lonchas Velveeta, husmeando los últimos vestigios del venado a la brasa en el fino aire de la noche. Pero allí no podía estar, él lo sabía y los negratas lo sabían y lo sabía todo el mundo en Drop City. Había encontrado a Merry —Jiminy y ella se estaban leyendo poemas en voz alta el uno al otro, arriba, en el dormitorio de Norm—, pero Merry le había dicho que no tenía un humor festivo, porque la mera idea de una barbacoa iba contra todo aquello en lo que creía, y luego le llamó carnívoro, o tal vez caníbal, pero lo dijo con una sonrisa, como queriendo decir: «Te perdono, pero no me molestes, que estoy leyendo poesía. En voz alta. A Jiminy». Así que Ronnie buscó a otra gente y continuó abusando de diversas sustancias ilegales e incontroladas hasta que llegó el día y él se sumergió en las umbrías profundidades de su habitación con un bastoncillo de incienso y una sola y fálica vela ardiendo, mientras Lydia, desnuda, peluda y húmeda, se apoderaba de su pene como si fuese su propietaria exclusiva.

Y ahora necesitaba papel higiénico. Desesperadamente. Encontró sus vaqueros cortados y se los puso, y olvidó la camisa, olvidó las sandalias: aquello era una emergencia. Empezaba a pensar: «Hojas de árbol, ¡usaré hojas de árbol!», cuando los ojos color violeta Elizabeth Taylor de Lydia centellearon al abrirse.

—Oh —dijo—. ¿Qué? Ah, eres tú. —Y se puso a cuatro patas, estirándose, sus grandes y turgentes tetas suspendidas debajo como dos cohetes, como zepelines, y añadió—: Ven aquí, Ronnie, Pan, ven, abrázame solo un momento, ¿tienes un minuto, verdad?

No, no tenía un solo minuto. Ni siquiera quince segundos. El ciervo, toda aquella proteína de venado, duro cartílago salvaje y grasa forestal se tomaba la revancha. El estómago se le contrajo de nuevo, la imagen del gas escapándose de un tubo en clase de química se plantó en su cerebro y salió de la habitación, de la casa —caras sorprendidas, era Pan, ¿por qué tanta prisa?— hacia el césped abrasado y el grupo más cercano de arbustos que pudo encontrar. Y entonces, por fin, se acuclilló, sin pensar en fosas sépticas, váteres atrancados ni instalaciones de lujo, y todo aquello salió de él en un flujo salvaje e incontenible.

Pensó que se encontraría mejor a lo largo del día, pero se equivocaba. El corazón le martilleaba y las tripas seguían revueltas. Y aunque comió el plato de potaje de arroz muy despacio, grano a grano, otra vez le pasó aquello. Acabó echado junto a la hinchada alfombra verde de la piscina hasta el atardecer, rechazando todos los intentos de conversación e invitaciones a comer (Merry), bailar (Lydia) o inhalar drogas (media docena de personas, de ambos sexos). De vez en cuando, aplastado por el sol, se sumergía letárgicamente en la piscina, pero incluso aquello le hacía latir el cerebro y le agarrotaba los intestinos, y no se levantó hasta que alguien corrió las cortinas del día, la oscuridad vino a sentarse en los árboles como un buitre y todo se volvió gris. Luego dio unos cuantos sorbos temblorosos a una botella de tequila reposado Don Ricardo que ocultaba bajo el asiento de su coche y atravesó el césped para inspeccionar los restos del ciervo. No había nadie por allí, y el fuego que habían hecho Marco y él —el fuego para ahumar, no la barbacoa, porque había que conservar la carne de algún modo— ni siquiera estaba caliente. Era un círculo de cenizas blancas salpicado de carbonilla, y al poner la mano, no sintió absolutamente nada. El ciervo —los trozos desechados, las partes que habían dejado, con la precipitación por quitarse la sangre de las manos y empezar la fiesta—, colgaba de un alambre fino como los restos de la víctima de un vigía nocturno, la nuca rota, vuelta en un ángulo improbable, la columna vertebral roída, reducida a una serpentina ósea negra azulada. Mientras él dormía, mientras yacía junto a la piscina como si le hubieran cazado y disparado a él, las moscas habían convertido aquello en terreno de juego y ahora se dio cuenta, pero no le afectó en ningún sentido. Ni siquiera se molestó en levantar una mano para espantarlas. Estaba oscureciendo. Y la carne —el ciervo, su triunfo— ya empezaba a heder.

SEGUNDA PARTE

A ORILLAS DEL THIRTYMILE

La mujer no es dueña de su propio cuerpo, sino el marido; e igualmente, el marido no es dueño de su propio cuerpo, sino la mujer.

SAN PABLO,
1 Corintios 7,4.

Cecil Harder estaba recobrando fuerzas en la barra del Three Pup, en la carretera de Fairbanks, a menos de un kilómetro tras la salida de Boynton. Iba por su tercera cerveza Oly y su segunda copa de bourbon Wild Turkey y en tres minutos iba a atravesar como una tromba la puerta de rejilla, entrar en la camioneta de Richard Schrader y conducir los doscientos cincuenta y seis kilómetros y medio que le quedaban hasta la ciudad. Necesitaba unas pocas cosas para la cabaña (un asa nueva para el hacha, cinta adhesiva para las tuberías, queroseno para las lámparas, arroz, cartuchos del calibre 22, judías, levadura, azúcar) y Richard le había dado una lista bien larga. Pero su desplazamiento no se debía a ninguna de esas compras.

Levantó los ojos. El aire del bar era denso como un muro, cargado con la penumbra y el polvo clavados por debajo de dos finos rayos de luz. Los mosquitos entraban y salían, siempre en movimiento, y se aplastaban a ambos lados de las ventanas como en una especie de competición, como si solo se alimentaran de cristal. Cecil se echó el resto del whisky al colete y dio un largo trago a su cerveza.

Había una mujer nueva trabajando en el bar, temporal, una «turista», tan delgada, alta y fea como una celadora (o más bien un celador de una película de James Cagney) y en aquel momento surgió de detrás de la cortina de cuentas que ocultaba el grill de la vista de los clientes, con el bocadillo que Cecil le había pedido —jamón y queso y pan de centeno de la semana anterior—, envuelto en papel encerado. Se llamaba Lynette, tendría unos cincuenta años, y probablemente se helaría el agua del río antes de que un solo hombre se fijara en ella. Skid Denton estaba sentado al otro extremo de la barra. Sess le conocía como asiduo del Nougat, el otro único sitio donde uno podía ir a beber algo en un pueblo como Boynton, con solo ciento setenta habitantes.

—Eh, Lynette —dijo Skid—, Sess va a Fairbanks a hacer unas compras, ¿lo sabías?

Ella dejó el bocadillo como si pesara un cuarto de tonelada, esbozó una sonrisa que apenas le movió el labio superior y dio una calada a su cigarrillo. Ella solo trabajaba allí. Acababa de empezar. Se alojaba gratis en una cabaña en plena naturaleza a cambio de no cobrar sueldo, ni propinas, pero podía comer y beber todo lo que quisiera durante las ausencias de Wetzel Setzler, el dueño del local. Y ahora Setzler estaba fuera.

—¿Ah, sí? —dijo ella, mirando a uno y luego a otro.

Sess apartó la vista. Estaba impaciente. Era hora de irse, sí, señor, y ya veía la amplia y llana pista que tan bien conocía y que se desplegaría bajo sus ruedas hasta la primera acera que habría visto en ocho o nueve meses, lisa como hielo negro en la entrada de la ciudad, y luego las tiendas y las casas y las tabernas. Se acabó la cerveza y se encogió de hombros.

—¿A buscar una esposa, verdad, Sess?

En aquel momento recordó por qué le caía mal aquel tipo. Hablaba como la caricatura de un buscador de oro que imaginaría un turista, aunque venía de Los Angeles y se había licenciado en literatura francesa.

—Ya sabes, un poco de harina, unos huevos, leche, una nueva esposa, esas cosas...

Lynette llevaba una camisa de franela descolorida y abrochada hasta el cuello, vaqueros, botas y el pelo cortado como un hombre. Había llegado de Seattle con su flamante Pontiac familiar nuevo y nadie sabía si estaba casada, divorciada, si era solterona o ex monja. Llevaba una pistola en su funda de cuero atada a la cintura, lo cual, a ojos de Sess, la situaba en la categoría de excéntricas peligrosas, de esas que llegaban a la región a escenificar sus fantasías del salvaje Oeste en tanticolor.

—¿Para qué llevas esa pistola? —le había preguntado al pedirle la segunda cerveza. Ella le dedicó una mirada desafiante.

—Protección —dijo.

—¿Protección? —repitió él—. ¿De qué?

Ahora fue una mirada pétrea, la mirada de mil barras y salones de baile y otras mil noches sola mirando el agujero negro del televisor.

—No por los osos —contestó—. Ni por los alces o los lobos. Son las bestias de dos patas las que me preocupan.

Ahora ella le preguntó:

—¿Una nueva esposa? Ni siquiera sabía que tuvieras una.

¿Podía dignificar la pregunta con una respuesta? ¿Valía la pena el esfuerzo? Consideró la posibilidad de portarse mal, mandarla a tomar por el culo y tal vez hacerle una cara nueva a Skid Denton y lanzarlo a la carretera como si fuera un balón. Pero no, no era eso lo que quería. Lo cierto era que nunca había tenido una esposa de ningún tipo, ni nueva ni vieja, porque la última mujer (Jill) con quien había pasado un verano exuberante y un invierno marchito y desdichado como un perro en su cabaña de madera de cuatro metros por cuatro, con todas las comodidades, lo estrictamente necesario, solo había servido para humillarle. La gente aún hablaba, meneando la cabeza, del número que habían montado los dos solo para divertirles. Un culebrón. Un espectáculo televisivo.

Cogió el cambio de la barra, con ciertas dificultades para agarrar los céntimos, porque por la mañana se había cortado las uñas con una navaja, en su tentativa general de mejorar su imagen. Se estiró la camisa, giró sobre la banqueta y se dirigió a la puerta. Allí hizo una pausa, entreabriendo la puerta para que los mosquitos de dentro y los de fuera pudieran cambiar de sitio, el objetivo que parecía absorberles durante su breve existencia vampírica.

—Si es que tengo suerte —dijo—. Suerte de verdad. Así que deseadme suerte...

Dejó vagar la mente durante el largo trayecto, vigilando con ojo abstraído si veía

algún venado, con la ventanilla bajada para oler el campo y la frescura que emanaba el río Chatanika. Se cruzó con unos cuantos coches, uno o dos acampados, pero no era una carretera concurrida, ni siquiera en plena temporada, como entonces. En invierno, cuando nevaba, estaba cerrada, barrida por los vientos, helada, combada e invadida de tierra y piedras por los desprendimientos, y Boynton se convertía en un barco en alta mar sin tierra a la vista. Si uno quería salir, tenía que ser en avión. En un avión-taxi sin pintar, porque la pintura añadía ocho kilos de carga superflua y suplementaria. Siempre que la temperatura no fuera inferior a cuarenta grados bajo cero, claro, porque más allá los conductos de combustible tendían a congelarse, y si no le llega el combustible, el avión cae del cielo en picado como una gran roca alada. Pero así era la vida en aquellos bosques de Alaska, y en su opinión, era un precio pequeño que pagar a cambio de lo que recibías.

Cuando llegó a Fairbanks, se quedó sorprendido del tráfico, dos coches a su izquierda, tres alineados en un semáforo, camionetas entrando y saliendo de las casas como en la línea de salida de la pista de Indianápolis, mujeres, niños, ciclistas y perros. Pensó que debía tener cuidado, porque no estaba acostumbrado a conducir y no le gustaba mucho. En realidad, sospechaba de aquellos a los que sí les gustaba.

Y encima estaba borracho, o con residuos de la mona, aunque la mayor parte de los efectos de lo que había mamado en el bar de la carretera se habían disipado en el camino y su lento masticar del bocadillo de jamón y queso que le había hecho Lynette con el minucioso cuidado de una veterana cortadora de hachís. La ciudad le ponía enfermo. Los semáforos llevaban su impaciencia hasta el frenesí. Pero sabía muy bien adónde iba y nada, absolutamente nada, había cambiado desde su anterior visita, en septiembre del año pasado.

Ella le estaba esperando en una mesa de la terraza de un restaurante junto al río, el mejor sitio de la ciudad: era agradable poder comer fuera y aprovechar el sol y las vistas. Sess la vio primero y se detuvo un momento para recomponerse. De perfil, contra el río y la amplia bofetada del sol contra el agua, ella parecía el personaje de un sueño. Sus piernas y brazos desnudos resplandecían, el pelo le brillaba. Llevaba pantalones cortos caqui y zapatillas deportivas con gruesos calcetines grises enrollados y una camiseta rosa tres tallas más pequeña, que le tiraba en el pecho. Se llamaba Pamela y él ya la había visto dos veces, pero aquello no reducía sus nervios. Sess se estiró la camisa hacia abajo, se alisó el pelo con dos dedos humedecidos de saliva y se dirigió a la plataforma de madera del bar.

En aquel momento, aquel preciso momento en que sus botas pisaron las planchas del suelo, ella se volvió para aplastar un mosquito que tenía en el brazo y le vio. Un rápido rubor de confusión le recorrió el rostro, como si no le hubiera estado esperando o se hubiera olvidado de él, incluso del aspecto que tenía. Pero enseguida se levantó y se intercambiaron el torpe saludo hombre-mujer con un abrazo contenido y un roce de sus mejillas, ella poniéndose de puntillas y él inclinándose hacia ella.

—Siéntate —le dijo ella, mostrando sus perfectos y blancos dientes, dignos de un

higienista dental o de una estrella porno, dientes que decían «Hola» y «Cuidado» al mismo tiempo—. Siéntate conmigo, Sess, no seas tan tímido. ¡Dios mío! —dijo ella riéndose—. Pareces un niño perdido en el recreo.

Él se sentó desmañadamente frente a ella y murmuró algo como:

—Me alegro de verte, Pam.

Pero ella le corrigió antes de que acabara:

—Pamela —dijo, aún sonriendo, con una sonrisa tan intensa y persistente, tan radiante, que él empezó a sentir cierto miedo de ella, a su pesar.

¿Había algo malo en aquella escena? ¿O estaba ella tan nerviosa como él? Él se encogió de hombros interiormente: en cualquier caso, ella era guapa, Dios, vaya si era guapa... ¿Y en qué cabaña del bosque no quedaría bien un adorno como aquel, con su perfecta dentadura y todo lo demás?

La camarera le salvó. Allí estaba: minifalda, dos pechos y un rostro, aleteando por encima de él. Quería saber si podía traerle algo para beber. ¿Y pensaba comer algo?

Pamela estaba bebiendo té helado. La carta estaba boca abajo junto a su plato.

—Yo tomaré una cerveza —dijo él—, una Oly. —Por alguna razón, miró a Pam en lugar de a la camarera, como si le pidiera permiso o intentara calibrar su respuesta—. Y... Lo siento, ¿tú has pedido ya?

—No —dijo ella—, pero pide tú. ¿Ya sabes lo que quieres?

Él quería una hamburguesa con queso, al punto, con todos los complementos, patatas fritas y ensalada con salsa ranchera. Ella miró a la camarera sin siquiera levantar la carta de la mesa.

—Yo tomaré lo mismo —dijo con una sonrisa—. Y una cerveza me parece bien.

—¿Oly? —quiso saber la camarera.

—Sí. —Pamela respiró y le miró, a Sess, le miró directamente a los ojos—. Oly. —En cuanto la camarera se alejó, le dijo—: Entonces, ¿estás dispuesto a dar media vuelta y volver esta misma tarde? Porque yo lo tengo todo empaquetado y es absurdo perder el tiempo. No sé, pasar otra noche en la ciudad cuando podríamos estar en el monte, en tu cabaña. Estás junto al río Thirtymile, ¿no?

Él se quedó absorto. Las cosas iban demasiado deprisa, pero ¿no era aquello lo que había imaginado en sus fantasías, ella echada desnuda en la cama junto a la ventana, con la piel tan blanca como jabón de marfil contra la densa montaña de sus pieles, con las piernas abiertas en una invitación?

—Pensaba comprar unas cosas en la ferretería y la tienda de ultramarinos, y tengo que... —Se calló un momento y luego le dedicó una sonrisa tensa—. Para Richard, Richard Schrader, ya sabes, porque me ha dejado la camioneta...

La camarera llegó con las cervezas y hubo un momento de silencio durante el cual ellos la observaron seguir el ritual de servir las sin espuma. Se oyó un estallido de carcajadas en la mesa de al lado. Un par de canoas plateadas se deslizaron por el extremo más alejado del río.

—Conozco a Richard —dijo Pamela, y él sintió que se le helaba el corazón.

—¿Quieres decir que era uno de ellos?

—No —replicó ella, tan brusca como si mordiera algo, y sacudió la cabeza enfáticamente—. No, Richard no. Recuerda que soy una chica práctica y la clave de la cuestión es que quiero a alguien que me quiera, por supuesto, pero también que me cuide, ¿sabes lo que quiero decir? En plena naturaleza. Alguien como tú, que sepa adónde va, que domine las técnicas de supervivencia, un auténtico hombre de montaña y no el típico aprendiz de fin de semana.

¿Se había ruborizado? El elogio le llegó al corazón. Se llevó la cerveza a los labios, bebió un sorbo y escrutó los ojos de ella como si fueran peces bajo una película de hielo o perdices en un tronco de sauce, alguna de sus presas, una pareja de ocas o patos marinos. De pronto, Sess era el señor Confianza. Sintió el deseo de levantarse de la mesa y levantar toda la plataforma, el restaurante entero sobre los hombros, solo para demostrarle a ella lo que era.

—¿Es justo que te pregunte quiénes son mis rivales? ¿Y qué lugar ocupó yo en el torneo?

La sonrisa se desvaneció.

—Richie Oliver y Howard Walpole —dijo—. Solo ellos dos. Y tú. ¿Y sabes qué, Sess?

Había puesto la mano sobre la mesa con la palma boca arriba, como una trampa de doble resorte cuando el viento barre la nieve dejándola al descubierto. ¿Y qué deseaba Sess? Él deseaba ser atrapado, sí, rezaba por ello todos los días y todas las noches de su vida, así que alargó la mano y deslizó sus dedos entre los de ella.

—No, ¿qué? —preguntó.

—No tienes que preocuparte de nada.

No recordaba gran cosa del viaje de vuelta, solo una sensación de flotar sobre la carretera como si estuvieran en un avión y no en un coche. Pamela iba sentada en la posición del loto, en el asiento del pasajero junto a él, las piernas desnudas le resplandecían al sol que entraba por la ventana. Los dos se sentían bien, expansivos y animados, y todo lo que él decía parecía hacerle reír a ella y mostrar sus blancos dientes. El campo se desplegaba ante ellos como una chaqueta de camuflaje, gris y verde y marrón, y veían los azores y mirlos de Brewer avanzando en el cielo. En un momento dado, justo antes de la desviación hacia Boynton Hot Springs, se pararon a mirar un zorro que cazaba en la maleza junto a la carretera y Sess tuvo que contener el impulso de dispararle con el rifle del calibre 22 que Richard guardaba bajo el asiento para ocasiones como aquella. La piel no valía nada en aquella época del año, pero habría supuesto carne fresca para la despensa; al fin y al cabo, él estaba a prueba allí.

—Mira cómo salta —dijo ella, asomándose tan exageradamente por la ventanilla que Sess pensó que se iba a caer—. Como un perro jugando con una pelota.

—¿Sabes lo que está haciendo? —le dijo Sess, y se deslizó en su asiento para mirar por encima del hombro de ella, acercándose tanto que podía oler el olor a jabón de su piel—. Intentar asustar a lo que sea que se esconda entre los arbustos, ya sabes, ratones de campo, saltamontes, tal vez una succulenta y gorda rana de la madera o dos...

Ella se volvió hacia él y estaba muy cerca, con la cara apenas a unos centímetros, y él tuvo que retroceder, tuvo que hacerlo, y ella pudo escribirlo en la columna de su crédito bajo el nombre de Sess. «Deja que ella haga el primer movimiento. Claro que sí. Déjala».

—Suenan apetecibles —dijo ella, con una amplia sonrisa.

Ruborizándose, Sess se deslizó a su sitio y puso el camión en marcha.

—¿Tienes hambre? —le preguntó—. No de ancas de rana, sino de algo como un bistec o un bocadillo, y quizá un par de cervezas para celebrarlo. Porque cuando lleguemos a la cabaña y descarguemos todas estas cosas, demos de comer a los perros y veamos el aspecto del huerto, no sé si nos quedará tiempo para...

No acabó la frase. Con Pamela allí, realmente allí, viva y respirando y mirándole con sus ojos, que eran como misiles teledirigidos haciendo blanco en los suyos, a Sess le costaba superar con la imaginación la escena de abrirle la puerta de la cabaña. Después de aquello, la pantalla se volvía negra.

Pero ella dijo que sí, que tenía hambre, y veinte minutos después, Sess la escoltaba por los descoloridos escalones de madera del Three Pup, tan orgulloso como si él mismo la hubiera modelado con arcilla y le hubiera insuflado vida.

Eran las ocho de la tarde y el sol estaba allí con ellos, mostrando todos sus dientes. Los árboles estaban atados a sus sombras, los chalets para veraneantes, que no habían visto un solo inquilino desde hacía diez años, se hundían silenciosamente en el cenagal, los pájaros revoloteaban sobre las deterioradas máquinas quitanieves dispersas por el patio. Se oía el ruido del generador, y debajo, el zumbido de los mosquitos; estaban allí, por supuesto, siempre estaban, ubicuos, pero a aquella hora, el equipo de día se había ido a casa a digerir los efectos del desayuno, comida y cena, y el turno de noche había tomado el relevo. Sess aplastó una media docena sobre su antebrazo y cazó otros tantos, con mano protectora, alrededor de la coronilla de Pamela, mientras empujaban la puerta de rejilla y el perpetuo resplandor del lugar se elevaba para envolverles.

Media población se había congregado en el bar, incluyendo a Richard Schrader y a Skid Denton, que debía de haber pasado por casa en el intervalo, porque ni siquiera él podía resistir bebiendo nueve horas y media, ¿o sí que podía? En cuanto entraron, se levantó un murmullo general y la gente empezó a soltar comentarios como: «Mirad lo que nos trae este tío...». Dos hombres lanzaron silbidos al ver a Pamela. Ella se volvió y con los brazos extendidos, ejecutó una pequeña pirueta para ellos. La reticencia no era uno de sus defectos, eso estaba claro.

Tomaron una cerveza en la barra y él disfrutó de la dulce proximidad de ella, de la

masa rubia de su pelo atado en una trenza bien hecha, de la firmeza y complejidad de los músculos de sus piernas, de su sonrisa. Él la invitó a cacahuets Beer Nuts, nachos Slim Jims, huevos en conserva, y los dos tomaron un trago de alcohol fuerte para acompañar sus cervezas mientras Lynette freía un par de filetes para ellos, con la pistolera abultando en su cadera como una excrescencia de piel. Aquel fue un gran momento, sin duda alguna, tan glorioso y puro que Sess hubiera querido prolongarlo para siempre.

Mientras se comían la carne, en una mesa de la esquina, Pamela le contó lo que él ya sabía o sospechaba o había oído contar en algún sitio. Había nacido y crecido en Anchorage, pero todos los veranos de su infancia su padre había llevado a la familia—su madre, su hermana y ella— a acampar en las montañas Endicott, en el macizo Brooks, donde se aventuraba en prospecciones por los afluentes, los cañones indescriptibles, para reaparecer cada tres días con algo que meter en la cazuela. Contrataban a un piloto de la zona para que les llevara allí, justo al acabar el curso escolar, y el piloto volvería a recogerlos al final de septiembre; además, ¿qué pasaba si se saltaban un mes de colegio? Su hermana Priscilla y ella pescaban y correteaban y asustaban a los pájaros. De noche escuchaban a los lobos y tenían encuentros cara a cara con casi toda criatura viviente que existiera en el círculo polar ártico. Y ahora, a sus veintisiete años, licenciada universitaria y harta de trabajar de nueve a cinco en una ciudad de cemento y acero, quería volver al monte, y no solo de vacaciones, no como turista o veraneante, sino para siempre. Eso era todo. Y ese era el trato.

Sess empezaba a sentir los efectos de su larga jornada (el viaje de ida y vuelta, el alcohol, la excitación que le ardía en la garganta como un trago de whisky Canadian en una noche de temperaturas bajo cero), cuando levantó la vista de los ojos de ella y vio a Joe Bosky al otro lado de la estancia.

—Mierda —dijo—. Tenemos que irnos.

—¿Ya? ¿No vas a invitarme a bailar? Por lo menos una pieza, ¿un baile?

La máquina de discos estaba puesta, sonaba «Mystic Eyes», una de sus canciones favoritas, aunque era difícil de bailar.

—La próxima vez —dijo.

Ella se echó a reír.

—Eres como todos, tienes miedo de tus propios pies. ¿Y si bailamos un lento?

Él intentó otra vía.

—Pero no querrás pasar la primera noche en la ciudad, ¿verdad? Acuérdate que nos quedan tres horas a remo, río arriba, hasta llegar a la cabaña...

Ella le dijo que era un encanto. Le dijo que le gustaban las dos líneas paralelas que surcaban su frente cuando se preocupaba. Sonrió y estiró las piernas, de modo que él y toda la sala pudieran admirar su larga y resplandeciente extensión, y le dio la razón.

—Es verdad —le dijo—. Quiero ver la cabaña, ese es el objetivo, ¿no? O gran parte. Es solo que lo estaba pasando bien aquí.

Entonces intervino Joe Bosky.

Empezó a rondar su mesa como un camarero. Apeataba a dios sabía qué — pescado, vómito, sudor— y sonreía como un animal atrapado por las barbas. Llevaba una camisa de batalla, con la inscripción «U.S.M.C.» estampada en el bolsillo y una gorra caqui con la visera plana. Sus vaqueros parecían rescatados de un cadáver. Y el olor parecía confirmar esa posibilidad.

—Eh —dijo, inclinándose hacia la mesa y obviando a Sess—. Me han dicho que eres la señora que buscaba un hombre, ¿verdad?

Pamela no le conocía de nada, pero era la clase de mujer que concede una sonrisa a cualquiera, así que le sonrió y dijo:

—Así es. Pero no sabía que fuese algo público.

Sess se levantó de la silla.

—Tenemos que irnos —repitió.

—Me preguntaba si podría entrar yo en escena —dijo Joe Bosky, que seguía sin hacerle caso—. Mira, soy un hombre perfecto para estas montañas y estoy construyendo una cabaña en Woodchopper Creek, incluso en este mismo momento, y me preguntaba si podría hacer algún intento gratis...

La sonrisa de Pamela se desvaneció.

—Mira, tengo un saco de dormir en el coche, y si te sobran quince minutos...

Sess le pegó —o intentó pegarle— un puñetazo en la sien, pero Bosky le había estado vigilando con el rabillo del ojo y tuvo tiempo de levantar el antebrazo y evitar el golpe. Al momento siguiente se habían enzarzado y ya estaban en el suelo, y antes de que los separasen hicieron añicos unos cuantos vasos y rompieron una vieja silla desvencijada. Bosky hizo algunos comentarios desagradables —los gritó, rabioso, mientras tres hombres le sujetaban, amenazas, acusaciones y promesas, y allí no había ley ninguna, a menos que uno se trajera al sheriff en avión desde Fairbanks a examinar un cadáver— y Sess se los devolvió. No era eso lo que quería, hubiera preferido no mostrar aquel aspecto de su personalidad a Pamela —maldecir y todo lo demás—, pero, de todos los hombres del planeta, Joe Bosky era el único que podía sacarle de sus casillas hasta ese punto.

Fuera, en el patio, los mosquitos cayeron sobre ellos como un bombardeo, y ellos se refugiaron en la camioneta, cerraron las puertas a toda prisa, dispuestos a recorrer los quinientos metros hasta la cabaña donde estaba amarrada la barca. Pamela parecía agitada y él lo sintió de verdad.

—¿De qué iba todo eso? —preguntó ella—. Ese tipo... Mira que he visto locos de la tundra en mi vida, pero ese tipo era horrible.

En el asiento delantero, con el motor reviviendo en las profundidades de la camioneta, Sess se puso a mirar por la ventanilla durante un largo momento. Joe Bosky era lo peor de aquel mundo. Joe Bosky era justamente el prototipo que la gente quería eliminar de su vida cuando huía a aquel lugar, en el extremo del mundo. Pero precisamente allí, en la última ruta de Estados Unidos, se encontraban con Joe Bosky,

modelado, pulido y entregado por el cuerpo norteamericano de Marines, enfrentándose al mundo de igual a igual. Sess jadeaba, disgustado a su pesar.

—Y esto no es nada —dijo.

Pronto llegaron al Yukon, con el imponente Grumman de seis metros de eslora cargado hasta arriba, bajo el sol de las diez abriéndose camino a través de las sombras sinuosas y negras de los restos flotantes en la superficie del agua, y Sess había recobrado la calma, de vuelta a su elemento, lejos de la carretera, lejos del bar, en los brazos de la Madre Naturaleza. Observaba los hombros de Pamela mientras ella accionaba el remo, examinaba la gruesa trenza de su pelo, los hermosos músculos de su espalda y el suave punto de su anatomía que tocaba el asiento. Los pájaros estaban allí, y las hileras de abetos que, a lo largo de las orillas, habían tomado las colinas como el ejército de un emperador, y los acantilados desnudos, y un millón de troncos flotando contra la orilla, a la espera de que el río decidiera qué hacer con ellos. Se levantó una brisa y se llevó los mosquitos. Vieron alces en las aguas poco profundas, una osa negra con dos cachorros subiendo a tierra a toda velocidad, como si les hubieran disparado con un cañón. Ellos estaban en silencio y la naturaleza hablaba en su lugar. Y luego, Pamela dijo algo y Sess le respondió algo, y para él fue tan natural como hablar consigo mismo.

Debía de ser cerca de medianoche, con el sol aleteando en el horizonte, cuando se adentraron en la desembocadura del río Thirtymile y la cabaña apareció ante sus ojos. Los cinco perros estaban ya en pie y aullando, y el polvo se elevaba a sus pies en una nube lejana, y los protoladridos derivaban en ecos de lobo para saludarles.

—¿Los oyes? —le preguntó Sess, hundiendo el remo—. Es nuestro comité de bienvenida.

Ella se volvió a mirarle por encima del hombro.

—¿Ah, sí? ¿Y qué están diciendo?

—¡Pa... me... la... te... que... re... mos!

Ella se rió y siguió riéndose cuando un par de somorgujos surgieron del agua con estrépito.

—¿Estás seguro de que no dicen «¡Estamos aquí... Tenemos hambreeeee!»?

—Bueno, Pamela —dijo, guiñándole un ojo y sintiéndose tan ligero de huesos y órganos que podría haber sido un pájaro y salir volando del barco y atravesar el flujo de agua con un simple agitar de plumas—, seré sincero contigo (y voy a ser sincero contigo siempre, tanto si esto dura un fin de semana como si dura hasta que seas una señora encorvada y yo un viejo), creo que tienes algo de razón. —Dejó el remo un instante y se llevó una mano al oído—. Sí. Ahora que los oigo bien, creo que puedo detectar cierto matiz de hambre en ese coro... Pero ese es Bobo, ese contralto tan agudo, y él siempre tiene hambre. Así que no le culpes por estropear la sorpresa.

Luego anocheció, amarraron la barca sobre el suelo de guijarros mientras los

perros seguían tirando de sus cadenas y Pamela y él avanzaron de la mano por el camino, entre los matojos, hacia la cabaña. Le hubiera gustado enseñarle algo más suntuoso: una multitud de dependencias aquí y allá, ahumadero, sauna, recintos para los perros, todo lo que había planeado instalar cuando encontrase tiempo y dinero, por no mencionar una cabaña más amplia y espaciosa. Pero estaba satisfecho de lo que ya había conseguido y sentía el orgullo latiendo en su caja torácica mientras abría las contraventanas a prueba de osos y descerraba la puerta para ella.

La entrada daba al sur, por supuesto, como los dos ventanales de doble cristalera que se abrían a los dos lados, pero antes de entrar propiamente en la cabaña, tenían que atravesar el descansillo de uno cincuenta por uno cincuenta donde uno se limpiaba los pies, o el cuarto del barro, como habría dicho un urbanita.

—Esto —dijo, respirando con esfuerzo en la penumbra, inhalando los olores familiares de aceites, gasolina, cebos antiguos, trampas ensangrentadas, musgo y todas las emanaciones de la tierra—, es el descansillo.

Y allí estaba Pamela, veinticinco o treinta centímetros menos que él, el pelo rubio casi blanco, los brazos inmaculados y casi espectrales en la oscuridad, muda, con los ojos muy abiertos, como una niña en un viaje escolar. Él la condujo por la puerta interior hasta la cabaña en sí, y pasó a su lado para poner una cerilla en la antorcha que tenía en un gancho junto a la puerta.

—Y esto —añadió, con la voz casi ahogada en la garganta por la pura intensidad del momento—, es mi casa.

Ella se quedó en el centro de la estancia, sin decir una palabra. Tenía el pelo luminoso y la espalda recta. Él hubiera querido decir algo, preguntarle si le gustaba... pero la voz no le obedeció. Al cabo de un momento, ella se acercó a las estanterías de la pared más próxima y acarició ociosamente lo que allí había, sus escasos y grasientos libros —*Curtir: de la A a la Z, Cómo sobrevivir en el bosque, Las extensiones salvajes del Ártico, Destilar alcohol en casa*—, un frasco de antiácidos Pepto Bismol, una lata oxidada de Tres en Uno, una vela de veinte centímetros de diámetro que había confeccionado con la cera de abejas recogida el verano anterior, alguna herramienta. Y ella seguía sin decir nada.

¿Cuánto tiempo se quedó allí plantada, cogiendo un objeto detrás de otro y depositándolo suavemente en su sitio? Él no lo sabía. Probablemente, no más de un minuto o dos, pero fueron los dos minutos más largos de la vida de Sess. ¿Acaso se había quedado en estado de shock, era eso? Por mucho que dijera, era una mujer de ciudad y tal vez se había hecho una idea muy distinta de lo que era una cabaña en el bosque, una fantasía idílica de una inmensa Ponderosa televisiva, con postigos color verde bosque, un amplio porche, una cocina con mosaico en las paredes y una bomba de agua. El corazón le martilleaba. No lograba tragar. Fuera, los perros aullaban. Nunca aquella habitación le había parecido tan cerrada, tan sombría y asfixiante, casi como una celda, como el antro de un vagabundo, la representación más descabellada y vil de una choza en ruinas. El suelo estaba cubierto de barro. El aire estaba frío

como una tumba. Él hubiera querido arrodillarse y sollozar. ¿Qué se había creído? Pero ¿qué demonios había pensado?

—Tengo que barnizar el suelo —dijo—. Es lo siguiente que tengo que hacer. Muy pronto.

Y entonces ella se volvió a él y tenía lágrimas en los ojos.

—Oh, Sess —dijo—, es tan, tan bonito...

Juntos dieron de comer a los perros: toneladas de puré de harina de maíz con restos de salmón desecado y restos verdeantes del último alce americano, y luego Sess encendió el fuego y preparó café con leche en polvo y tanto azúcar que la cuchara se mantenía erguida. Desplegó la mesa y la cama, que se plegaban en la pared mientras no se utilizaban y que reposaban sobre soportes de pino blanco.

—Máxima optimización del espacio —le dijo—, nada que se interponga ni moleste en el camino.

Ella se subió a la cama, en el delgado y único colchón que él había transportado río arriba en la canoa dos años antes, y en el saco de dormir que había tejido él mismo con las pieles de un centenar de ardillas terrestres. Al cabo de unos minutos, el fuego había vencido el frío del lugar y conquistado los restos de olor a humedad y a moho.

Sess se sentó en el extremo más alejado de la cama, rodeando la taza con las manos.

—Es una cabaña acogedora —le dijo, vendiendo el producto—. Incluso a cincuenta grados bajo cero. De verdad, te sorprendería, es decir, te sorprenderá.

Pamela se había quitado la chaqueta y se echó en la pila de pieles —lince, zorro, lobo— que él había amontonado a su alrededor. Los ojos le brillaban.

—Me alegro de saberlo —dijo—. Pero con todas estas pieles y este precioso saco de dormir, que, por cierto, está muy bien hecho, Sess, estoy impresionada... Con todo esto, casi no te hace falta el fuego.

Él estaba pensando que estaría más caliente si hubiera alguien dentro con él y, antes de poder contenerse, lo dijo. Lo dijo y luego apartó la mirada.

Su primera respuesta fue reírse, una risa musical y vibrante que convirtió el lugar en una sala de conciertos. Él se llevó la jarra de café a los labios para mirarla a hurtadillas. Ella se puso seria. Se acercó a él y le tendió la mano.

—Eso estaría bien —le dijo, y su voz pareció desnuda en la garganta—. Pero no quiero que te hagas una idea equivocada, aunque comprendo que es fácil confundirse, con alguien que pone un anuncio buscando un hombre...

Él sostuvo su mano sobre la cama, piel contra piel, sintiendo arder todas sus células. No supo qué decir.

—Pero yo no soy esa clase de chica, de esas que salen en las revistas. Estoy chapada a la antigua, Sess, lo siento, pero es así. He esperado veintisiete años para encontrar al hombre adecuado, así que ahora puedo esperar unas semanas más. Hasta que nos casemos. ¿Puedes entenderlo? ¿Qué me dices?

Él estaba pensando en Jill, en su pelo cortado a tijera de forma que le quedaba

tieso alrededor de la cabeza como si fuera un payaso, sus piernas cortas y musculosas, la pesada caída gravitatoria de sus pechos cuando se metía desnuda en el saco de dormir, siempre desnuda, incluso en las noches más frías. Jill. Estaba pensando en Jill.

—Sí —respondió—. Claro.

Y finalmente, cuando decidieron irse a dormir, a la hora en que el sol se proyectaba de nuevo en el cielo y la noche era tan quieta como el sueño de un hombre muerto, él fue quien abandonó la cama y salió a la pálida llovizna de luz a plantar su tienda entre los perros.

A las once y media de la mañana siguiente, Pamela estaba sentada al borde de la cama, peinándose y observando el juego de los músculos de la espalda de Sess mientras él se inclinaba hacia el fuego y le preparaba el desayuno. Sess llevaba vaqueros con parches y una camisa de batalla descolorida por el sol que alguna vez había sido azul o tal vez verde. Tenía el pelo de una estrella de Hollywood, negro y denso como la crinera de un lobo y tieso como si hubiera estado toda la noche colgado de una percha. Iba descalzo. Llevaba una manga de la camisa agujereada y los dos puños bordeados de flecos deshilachados.

—Salchicha de alce —dijo, mirándola un momento por encima del hombro—, y las tortitas extra súper especiales Sess Harder con la confitura de arándanos de la última temporada. ¿Qué te parece?

Una suave luz blanca se filtraba en sucesivas capas por las dos ventanas, y las puertas se abrían al sol y a la bruma estriada por los rayos solares. Pamela contemplaba la agitación de las abejas de Sess formando flecos dorados entre el abeto y el álamo del jardín y olía el aroma fresco del Thirtymile en el lugar donde se unía con el Yukon e irradiaba chispas centelleantes al chocar contra las rocas. El pelo le exigía a Pamela mucho trabajo, sobre todo en plena naturaleza, y había decidido llevar siempre trenza o coleta, pero al despertarse y verle a él junto al fuego, colocando los troncos, maniobrando con el tiro, había decidido peinarlo y dejarlo suelto como una bandera de rendición. O de invitación. Porque ella también estaba a prueba, y quería demostrarle a Sess lo que tenía, no solo mental, no solo verbal, sino también físicamente.

—Eso suena perfecto —contestó, dedicándole una sonrisa—. Porque cualquiera me habría ofrecido huevos Benedict, caviar, trufas y etcétera, pero si tengo que remar tres horas para ganarme el desayuno, ¿qué más puedo pedir que tortitas extrasuperespeciales, con...? ¿Cómo has dicho? ¿Salchichas de alce...?

Él no respondió, estaba ejecutando una delicada maniobra con una sartén tan negra que parecía desenterrada de una tumba. Se oía la grasa chisporrotear en la sartén y pronto la cabaña se llenó del denso olor y el humo de la cocina. Sess cortó las salchichas con un tenedor largo, danzaba alrededor de la cafetera, y al fin, con un giro de muñeca, volteó las tortitas ya negruzcas.

—Tendría que haberte traído un gorro de chef —dijo Pamela.

—¿Un gorro? —preguntó él.

Comieron fuera, al sol, en una mesa de picnic que él había tallado en abeto negro y que había barnizado hasta darle el color del cuero viejo. Utilizaron toda la vajilla de la que él disponía: dos platos y dos jarras de hojalata. En el centro de la mesa, en una lata, había un ramito de flores silvestres que él había cogido mientras ella dormía, y aquello la conmovió, su esfuerzo y la dulzura del detalle. Sess sirvió el café y los arándanos.

—¿Sabes lo que creo que debe de ser lo mejor de vivir aquí? —dijo ella, secando su plato—. Aparte de la belleza que nos rodea...

Él se encogió de hombros y sonrió, intentando no parecer demasiado contento de sí mismo.

—Dímelo.

—La seguridad. Debes de sentirte seguro aquí, ¿no?

—Claro, mientras no tenga que practicarme una apendicectomía de urgencia a mí mismo, o a ti.

—Una autoapendicetomía —dijo ella, y los dos se echaron a reír.

—O hacer de dentista. ¿Te imaginas intentar sacarte una muela tú misma?

Se quedaron un momento en silencio, considerando con horror la escena, y luego ella dijo:

—Yo te sacaré la tuya si tú me sacas la mía.

Y volvieron a reírse. La risa les duró un rato y cuando Sess se levantó a fregar, aún riéndose, Pamela le dijo que se sentara y la dejara a ella, que ya había contemplado bastante. ¿Qué se creía él, que tenía que estar a su servicio?

—Yo me refería —continuó Pamela metiendo los platos en el recipiente de agua que él había calentado al fuego— a esa seguridad que nunca sientes en la ciudad, o por lo menos yo no la siento. Hasta tal punto que ya no me atrevo a salir de noche sola.

Él la había seguido adentro y estaba sentado al borde de la cama, liando un cigarrillo y observándola moverse entre sus cosas.

—De acuerdo —respondió—. Eso es verdad. Como mujer, tienes que tener aún más cuidado...

—También los hombres. Toda la sociedad se está viniendo abajo: asesinatos, drogas en las escuelas, hippies... Un colega de mi oficina siempre paseaba a su perro antes de irse a dormir... Solo eso, sacar al perro. ¿Y sabes qué le pasó?

Sess encendió el cigarrillo.

—¿Alguien le asaltó?

—Desde luego. Dos tipos con una navaja, pelo largo, y no se contentaron con robarle la cartera, le pusieron la navaja en la nariz y le hicieron un corte, se quedó desfigurado para siempre, como un tatuaje o algo así. Y su perro, era una perrita monísima, una chihuahua, Berenice, la llamaba, ella intentó defenderle y la patearon hasta que apenas quedó nada de ella. A eso me refería. A eso está llegando la sociedad.

Él se había levantado de la cama y estaba de pie junto a ella, y ella sentía su presencia de un modo que le erizaba la piel: su aliento, el olor a tabaco, una mano vacilante en su hombro y su voz profunda:

—No tendrás que preocuparte de eso nunca más. Quizá, en alguna rara ocasión, por los osos o los glotones. Pero aquí sabemos cómo ahuyentarlos, créeme.

Ella tenía las manos en el agua, que estaba tan caliente como podía soportar. Con

la esponja, frotaba mecánicamente la costra de la sartén ennegrecida.

—Eso es lo que quiero decir —repuso—. Aquí somos libres, no solo para hacer lo que queramos, sino también libres de ese horror... ¡Lo único que hacía era pasear a su perro, por el amor de Dios...!

Por alguna razón desconocida, Pamela estaba a punto de echarse a llorar, y se preguntó por qué, por qué en aquel momento se sentía tan desesperada cuando aquello que tenía frente a sí era lo que había soñado toda su vida, aquel sitio y tal vez aquel hombre, y si era por ella, el resto del mundo, con sus cortadores de narices y sus verdugos de perros, podía irse al fondo del mar, ¡ya no le importaba!

—Pamela —le dijo él—, vamos, Pamela. —Ella sintió cómo Sess le levantaba los brazos del agua y se los abría y la atraía hacia sí—. Nunca más tendrás que pensar en eso siquiera. Nunca más en tu vida.

La gente le decía que estaba loca por irse a vivir al fin del mundo, a quince o veinte kilómetros de la tienda más próxima, de la iglesia, del restaurante o de la estafeta de correos más cercana, y a unos cien kilómetros de un asentamiento que solo de lejos se parecía a la civilización, si es que Fairbanks podía considerarse civilizado. Y aún más loca por echarse en los brazos de un trampero de pelo gris, probablemente loco, hambriento de sexo, con las arterias atrancadas por la grasa y la cabaña tapizada de fusiles. De hecho, esa había sido exactamente la definición de Fred Stines, el hombre al que ella frecuentaba en Anchorage. Pero ella tenía una visión distinta. Lo que la gente no entendía —lo que Fred no podía ni siquiera imaginar— era que todo su entorno, aquella sociedad violenta y beligerante, estaba a punto de desmoronarse. De eso, Pamela no tenía ni la más mínima duda. Y los conflictos callejeros no eran más que un prelude de lo que vendría, porque si nadie trabajaba y todos se quedaban por ahí tomando drogas y entregados a la promiscuidad sexual durante todo el día, ¿quién se ocuparía de cultivar y conseguir comida? Y si nadie cultivaba, ¿qué demonios iban a comer? Para ella, la respuesta era obvia: se comerían la comida de los demás, y cuando se la acabaran, los matarían, como en aquella novela de ciencia ficción en la que convertían a los muertos en comida en conserva. Claro que sí. Pero uno podía trabajar todo el día en una oficina, ir a la tienda en su nuevo y flamante coche, llegar a casa, disfrutar de su calefacción y su chimenea y no pensar en ello ni un momento, y así estarían los Fred Stines del mundo cuando llegara la destrucción. No era su caso. Pamela iba a vivir en las montañas y se iba a volver cien por cien autosuficiente. Cualquier otra cosa, según su modo de pensar, era una forma de suicidio.

Por la tarde del segundo día, después de desayunar, y de un abrazo cada vez más fuerte y prolongado en un beso hasta que la sangre le latía en los oídos, Sess la llevó a dar un paseo para que conociera el lugar. Quería enseñarle la transparencia del agua del Thirtymile cuando desembocaba en el Yukon, que corría pesadamente con su

carga de desechos glaciales, y le mostró dónde planeaba construir una sauna y un taller, la instruyó sobre el huerto que ya mostraba brotes verdes contra el plástico negro que él había extendido para conservar el calor. Cultivaba repollos, coliflores, nabos, colirrábanos, coles de Bruselas, patatas, cebollas, guisantes, lechuga, tomates, albahaca, pepinos y calabazas.

—Todo tiene que estar plantado el primero de junio —dijo—, aunque incluso en esa fecha sigue habiendo riesgo de heladas, y por eso tengo leña apilada aquí, como precaución... Porque aquí la temporada de cultivo no supera los ciento cinco días aproximadamente, y cada día cuenta, créeme. Hacia febrero, matarías a quien fuera por tener un poco de col en conserva o tomates estofados para acompañar la millonésima ración de alce...

Ella le escuchaba atentamente porque aquella era la información que necesitaba, el conocimiento a prueba de todo, pero una gran parte de lo que decía Sess se le escapaba: era su voz lo que escuchaba, no tanto sus palabras. Su voz la fascinaba, algo que nunca le había ocurrido con Fred Stines. Aquella voz la atravesaba como una corriente, como la carga eléctrica circulando por un cable o la dichosa lámpara que ella había tenido que reparar torpemente en la universidad. Él hablaba —ya no parecía tímido, en absoluto—, y ella le escuchaba.

—Bueno —dijo Sess al fin, cuando estaban en el río, mirando hacia la canoa—, ¿vamos un poco río arriba a cazar algo para comer? ¿Qué te parecería un pato? ¿Pato con cebolletas y una salsa a la barbacoa hiperespeciada de la casa?

Cuando la canoa remontó la corriente, parecía flotar en el aire. Las rocas del fondo parecían hinchadas nubes algodonosas y los peces, siluetas negras de pájaros huidizos. Ella estaba en el río con Sess Harder, en la naturaleza salvaje con Sess Harder, y se sentía enamorada del mundo. Remaron con fuerza, río arriba, bajo la brisa. Sentía el peso de Sess tras ella, como si la canoa fuera un balancín en un parque acuático, y sentía el tirón de su remo mientras esquivaban rocas y troncos hundidos y franqueaban los remolinos que hervían alrededor. Era un trabajo silencioso y por primera vez desde que él se había acercado al restaurante en la tarde del día anterior, ninguno de los dos sentía el impulso de hablar. Solo cuando volvieron un recodo y ella se sobresaltó al ver una construcción en la orilla más lejana rompió el silencio.

—Madre mía, Sess —dijo, volviéndose a mirarle—. ¿Qué es eso? ¿Una cabaña? ¿En esta soledad?

Sí, era una cabaña. Obviamente. Troncos ensamblados, el centelleo del cristal de una ventana, sol en la cubierta de una embarcación de aluminio puesta boca abajo contra la construcción. Tenía el tejado cubierto de verde y crecían árboles de dos metros y medio o tres de alto como en las casitas de los duendes de los cuentos infantiles. Sess seguía remando, con el impulso más firme del mundo.

—Eso es —dijo.

—Pero no me dijiste que iba a vivir en una urbanización... —Intentó inyectar una nota de humor a su decepción, pero estaba escandalizada, sinceramente ofendida,

porque ¿qué sentido tenía irse a vivir allí si había una cabaña en cada meandro del río?

—No te preocupes por eso, Pamela —le dijo, mientras la cabaña ya se alejaba de su campo de visión—. Ahí no vive nadie. Ya hace un año que no viene nadie.

El remo de Pamela proseguía su labor y ella sentía los efectos en sus hombros, consciente de que su cuerpo se endurecía.

—Pero ¿quién...? —quiso saber.

—Un viejo, un veterano, un auténtico experto, estrafalario y harapiento ermitaño del río, envuelto en el olor de las alas de ganso bañadas en el aceite de castor que usaba para atraer a los lince, uno de esos individuos que solo se baña cuando se cae al río, y eso solo pasaba dos veces al año. —Hizo una pausa, pero siguió remando—. Yo acabaría convirtiéndome en eso si no fuera por... bueno, si no fuera por ti.

Ella asumió en silencio la esperanza contenida en aquel comentario y luego le preguntó:

—¿Y dónde está ahora? Quiero decir... ¿ha muerto?

—Ah, no, no... Era demasiado estrafalario para morir. Se retiró. Colgó sus raquetas, hundió sus tamices de oro por última vez y se largó a Seattle a vivir con su hermano en una pensión de algún sitio. Ya sabes, calefacción central, televisión en color, lavadora y secadora. Y un rectángulo asfaltado para aparcar la camioneta.

—Qué horror —dijo ella.

—Sí —respondió Sess, y ella se volvió y le vio sonreír—. No hay nada peor.

Pusieron la canoa sobre una franja de grava y se adentraron en una densa y difícil jungla de abetos, álamos blancos y temblones ligados por la pura masa de mosquitos que se enjambraban formando brigadas y regimientos. Pamela llevaba manga larga y vaqueros y se había untado de loción repelente como una pierna de cordero antes de entrar en el horno, pero los mosquitos la atacaron en el único sitio que había olvidado untar, la punta de la nariz, y el ataque fue inmediato.

—Cinco minutos más —susurró Sess, con un rifle de caza en la mano y un rifle del calibre veintidós en bandolera—. Te estoy llevando a un pantano donde hay aún más patos que mosquitos, aunque te cueste creerlo.

Y le contó que los nativos no llamaban a la temporada «fin de primavera» o «principio de verano», sino simplemente «patos», porque había montones de ellos que venían volando del sur a anidar y criar a sus polluelos. Era como un mercado de carne de ave al aire libre. Uno no podía fallar el tiro.

Pero cuando llegaron sí que falló, un tiro, dos tiros, tres... Y el lago, antaño un meandro, un recodo del río —un recodo convertido en lago, decían—, que primero parecía un pandemónium de patos graznando y sacudiendo las alas, se quedó finalmente vacío, una lisa extensión de agua negra sin patos. Sess se lo tomó fatal. Se deshizo en excusas... pero no intentó justificarse, no era su estilo.

—Espera aquí —le dijo, y ella esperó casi una hora mientras él se deslizaba entre los matorrales tan silencioso como la brisa.

Los mosquitos seguían zumbando, incansables. Por fin, el silencio se quebró con tres detonaciones más, y cuando Sess volvió, seguía sin patos, frustrado e irritado. Le dedicó una sonrisa crispada.

—No te preocupes —le dijo—, más vale... detesto decir esto, pero más vale tener paciencia. ¿Lo comprendes, verdad, Pamela? ¿Eh?

Ella iba a decir que sí lo comprendía, claro que sí, y que él no tenía que preocuparse por ella, porque cualquier cosa que cocinara le parecería bien, cuando el agua oscura a sus pies empezó a moverse como si adquiriese vida y en la superficie se dibujó una V más negra que el agua. Sess sonrió, deslizó el rifle del calibre veintidós de su hombro y un momento después salía del barro con una bestezuela negra con cola colgándole de la mano, y ella le preguntó:

—¿Qué es eso, un castor?

—Una rata —contestó él.

Aquella noche, para cenar (y ella tenía hambre, un hambre voraz, con todas sus células pidiendo a gritos combustible), Sess le preparó un fricando de rata almizclera en una salsa de tomate de conserva, con arroz y verduras y una porción de la grasa primordial, amarillenta y dulzona, que su huésped de honor llevaba bajo el pelaje mientras escenificaba sus lodosos rituales en los lagos y pantanos de la tierra interior. Todo regado con dos botellas de cerveza casera para cada uno, tan fuerte como los mejunjes que Pamela recordaba haber bebido en la facultad. Era la mejor comida que recordaba y así se lo dijo a Sess. Sentada en la cama, le sonrió, mientras él fregaba los platos sobre el fuego.

—Insisto —había dicho él—, porque tú los has fregado esta mañana y es lo justo. —Y luego sacó la armónica y le dedicó una serenata y acabaron cantando al unísono, no una, sino tres veces, «Oh Susannah, You Are My Sunshine» y «She Loves You (Yeah, Yeah, Yeah)».

Era pasada la medianoche y los dos estaban ebrios de música, de cerveza y de su compañía mutua, que les estimulaba más y más, cuando ella le dijo:

—Háblame de Jill.

Aquello rompió el encanto. Él se estaba llevando la cerveza a los labios; acababa de contar una historia sobre una noche, durante el invierno anterior, en que el termómetro había descendido a 51 grados bajo cero: él había salido a vaciar el agua de fregar y el agua se había helado antes de llegar al suelo con un ruido de canicas cayendo de una bolsa. Apartó la cerveza, apartó la vista de ella y miró por una ventanita que había más allá.

—No creo que te guste escuchar eso —le dijo.

—Yo creo que sí —repuso ella.

—No hay gran cosa que contar. Seguramente ya te lo habrán contado.

—No me han contado nada... O casi nada —añadió, tal vez por cierto afán de sinceridad, ya que por lo menos había oído tres versiones de la historia y la peor la habían destilado como ácido los labios de Howard Walpole.

—No se parecía en nada a ti. —Suspiró.

Se levantó de la mesa, descolgó la lámpara de su gancho y la encendió. Todos sus músculos parecían haber emigrado a su cuello, tenso, duro y descarnado. Su rostro pareció súbitamente pesado.

—Sigue —le animó ella—. Quiero saberlo.

Jill era joven, veintiún años, y él también lo era entonces, veintiocho años, y habían pasado tres. La había conocido en Fairbanks, cuando hacía de camarero después de haber trabajado todo el verano como bombero. Él bebía demasiado, trasnochaba y vivía en una pequeña ciudad igual a cualquier otra y solo de vez en cuando iba al Chena o al Nenana a pescar. No sabía lo que quería. Jill era universitaria, o lo había sido antes de conocerle. Ella abandonó los estudios en la Universidad de Alaska, y pasaron el invierno acostándose juntos y hablando del campo, de huir de la civilización y vivir en completa libertad.

Había ido con él a final de curso, justo después de fundirse el hielo, a la misma cabaña donde ahora estaban, de hecho le había ayudado a construirla. Ninguno de los dos sabía lo que estaban haciendo, pero habían aprendido de sus errores y llevaban una reserva de provisiones para pasar el primer invierno, esperando aprender a pescar, cultivar y cazar: sacos de arroz de treinta kilos, lentejas, harina de maíz, mantequilla en recipientes de cinco litros, pescado ahumado, esa clase de cosas. Y había estado bien durante un tiempo. Pero Jill no estaba hecha para vivir en el campo, por lo menos, psicológicamente. En cuanto llegó el invierno y el sol se hizo más escaso, ella empezó a enloquecer. Parecía como si estuviera en la cárcel, juzgada, condenada y retenida allí contra su voluntad.

—Me ha caído cadena perpetua —decía con una voz apagada, reducida a cenizas—. De por vida. Soy un forzado de San Quintín.

Él salía, incluso con el frío más severo, recorría los bosques en busca de perdiz blanca, puercoespín, lince, cualquier cosa para la cazuela, pero ella se quedaba allí sentada junto al fuego, mirando el resplandor, leyendo los mismos libros una y otra vez: debió de leer al menos veinte veces *Silas Marner*, algo que hubiera vuelto loco a cualquiera. Jugó a los solitarios hasta que las cartas se gastaron y desmigajaron. Y entonces empezó a marcar los días con muescas en la pared, cuatro líneas verticales y una quebrada, como un preso.

Pamela le dejó hablar. Aquello era terapéutico, lo percibía, y había que aclarar la atmósfera, porque si las cosas funcionaban, ella iba a ocupar el lugar de aquella chica, y le hubiera resultado intolerable no saber nada de ella. Sin embargo, cuando le dijo lo de las marcas en la pared, él se levantó y se inclinó sobre ella para pasar el dedo sobre el tronco sobre el que ella había apoyado la cabeza, vio que seguían allí, como cicatrices en la piel de un salvaje, las marcas de la desesperación. Lo mejor que podía hacer ella era lanzar una pregunta como un salvavidas y aferrarse a él:

—Entonces, ¿era clínicamente depresiva?

—El mal de las cabañas —repuso él, hundiéndose en las pieles a su lado—, un

caso incurable. —Ella le ofreció la mano, pero él no la cogió—. Le pasa a mucha gente en plena naturaleza. Sobre todo a mujeres. Parece que las mujeres necesitan más la compañía de otras mujeres que los hombres de otros hombres. Nosotros somos más solitarios. Como eremitas o algo así. Pero tú... ¿tú necesitas cotillear y todo eso?

Ella se encogió de hombros.

—Supongo.

—Naturalmente, los hombres también se vuelven muy raros por aquí. ¿Has oído la historia de dos tramperos que vivían en las tierras altas cerca de Eagle? Dos zumbados, de esos que hablan solos incluso en sus visitas semestrales a la ciudad... ¿No? Pues era febrero, en un invierno muy crudo y uno estaba medio loco por tener compañía, así que preparó a sus perros y recorrió la cincuentena de kilómetros que le separaban del otro. El otro salió a la puerta de su cabaña y asintió con aire acogedor y dejó la puerta entreabierta. Entonces el primer hombre fue a atar a sus perros y entró sin decir nada, colgó la parka y se sentó en una silla junto al fuego y miró al otro durante una hora o así, hasta que el otro puso un estofado de ciervo al fuego y luego comieron en silencio. Después fumaron sus pipas y cuando llegó la hora de acostarse, el primer hombre desplegó su saco de dormir en el suelo y se durmió. Por la mañana, desayunaron juntos más estofado de ciervo, galletas y café, y luego el visitante salió, preparó a sus perros y saludó con la mano al otro, que estaba en la puerta. ¿Y sabes qué? No habían pronunciado ni una sola palabra en todo el tiempo de su encuentro, ni un «hola», ni un «adiós», ni un comentario sobre la comida ni «detesto tu fea cara de loco, hijo de perra».

—Una historia muy instructiva —dijo Pamela—. ¿Intentas asustarme?

Sess pareció sorprendido.

—No, en absoluto. ¿Por qué iba a querer asustarte?

—Y entonces, Jill —siguió ella, al cabo de un momento—, ¿se fue?

El fuego crepitaba y suspiraba. Los últimos rayos de sol estriaban la pared de detrás con una diminuta cinta de un rosa descolorido.

—¿Qué te han contado? —La voz, ruda, parecía ahogada en la garganta—. ¿Que soy una especie de Barba Azul?

Ella confiaba en él. Le gustaba. Incluso podía amarle, de hecho ya le amaba.

—No —dijo, con una voz tan fina que apenas pudo oírla.

—¿Sabes allí donde te he enseñado el huerto?

Ella asintió.

—Jill fue allí donde habíamos talado todos los árboles y puso unos montones de nieve formando letras gigantes, letras de un metro cincuenta... ¿y sabes lo que se leía, desde un avión? «JILL QUIERE LARGARSE». ¡Jill quiere largarse! ¿Comprendes cómo me humilló? —Sess fue hacia la cafetera para servirse otra taza, la levantó... Pero volvió a dejarla sin servirse—. La semana siguiente, una avioneta Cessna ciento ochenta, equipada con esquís, aterriza en el río helado. Era Joe Bosky. Vino a mi puerta y dijo: «¿Tenéis problemas, chicos?». Eso dijo...

—¿Y ese fue el final de Jill?

Su voz se volvió suave, desprovista de toda la aspereza:

—Nunca más volví a verla.

El sol se desvanecía en la pared. Desde fuera, reducido por la distancia, llegaba el grito de un lobo que se apagó con un glissando febril, hasta que lo retomaron los perros. Ella los veía al otro lado de la ventana, erguidos con sus cadenas, con el morro apuntando al cielo, y sus sonidos eran roncós e inarmónicos, la expresión de una tristeza profunda e inextinguible, la tristeza de la estaca, la cadena y las ataduras. Entonces Sess dijo algo que ella no entendió, solo oyó el sonido, pero él lo repitió:

—¿De verdad tienes que ir?

—Lo prometí.

—¡Al diablo tu promesa! —dijo, y los perros lanzaron un aullido tan lastimero que debió de hacer sonreír al lobo desde lo alto de la montaña.

—Howard Walpole... —empezó a decir ella, pero Sess la interrumpió.

—Howard Walpole es un imbécil y tú lo sabes igual que yo. Tú me quieres a mí. Dímelo.

—Solo serán tres días —repuso ella.

Él no la miró. Miró la cafetera, miró la pared. Los perros aullaron.

—Tres días, Sess. Después, estaré segura.

Sobre el fondo de la alta ribera escarpada y la acumulación fortuita de chozas y cabañas que componían la vista de Boynton junto al río, Howard Walpole se erguía en el barro con un par de botas de goma y pantalones de algodón relucientes de grasa. Les estaba esperando cuando llegaron por el amplio meandro del río que daba a la población, y por su expresión, Sess se imaginó que llevaba horas esperando, aunque habían quedado a las doce del mediodía y no podían ser más de las once y cuarto u once y media. Era un día feo, nublado y encapotado. El río imitaba el color del cielo y el cielo tenía el color de las camionetas que esperaban la bendición de una mano de pintura. Lloviznaba. El aire olía a contaminación, como si todo en el agua, el bosque y el cielo hubiera muerto y hubiera empezado a pudrirse.

Durante todo el trayecto en canoa, Pamela no había parado de charlar alegremente de distintas cosas —un ciervo en la orilla, una explosión de patos, los problemas de pies de su madre y que su hermana había plantado a un novio—, pero él apenas había abierto la boca. Se sentía ofendido y lleno de odio y no le importaba demostrarlo. Remaba con furia y avanzó los últimos doscientos metros a toda velocidad, como si hubiera estado ansioso de desembarazarse de ella. Y en un rincón de su mente, consideró la idea de coger aparte a Howard Walpole y decirle que ella era una liante, un desastre, una mala pécora, pero sabía que sería inútil. Howard tenía treinta y ocho años, con el cráneo tan plano por detrás como si se lo hubieran aplastado con un madero en el momento de salir del útero materno, y era el tipo de hombre que no se deshacía nunca de nada y que jamás daba crédito a las palabras de nadie.

La canoa rascó la grava y Pamela saltó fuera y tiró de la proa mientras Sess seguía sentado. Howard sonrió, con sus dientes amarillos rodeados de una barba grisácea, y se apartó de las cejas la sucia gorra de ingeniero, mostrando la pálida franja de piel junto al nacimiento del pelo, inaccesible a la luz del sol.

—Hola, Pamela —gorjeó—, ¿lo has pasado bien en la mansión Harder?

Ella respondió afirmativamente.

—Hola, Sess —dijo Howard, y le cogió la mochila a Pamela, la puso en el asiento delantero de su gran embarcación plana con doble motor Evinrude y le tendió la mano para ayudarla a subir a bordo—. No vale la pena quedarse aquí bajo la lluvia —añadió—, cuando hay un mundo entero ahí fuera para enseñarte, y no sé a qué te has acostumbrado en la mansión Harder, pero comparada con eso, mi casa es como un hotel de cuatro estrellas, así que no tienes que preocuparte.

Luego arrancó, los motores rugieron y, para Sess, Pamela se convirtió en una mancha que disminuyó rápidamente en la inmensa espalda gris del río.

Sabía que no debía empezar a beber, sabía que lo más sensato era dar media vuelta y remar río arriba hasta su cabaña, pasar los tres días siguientes al aire libre,

desbrozando el camino de la caza, pescando lucios en las pozas, tal vez cazando algún pato. Pero pasó de largo, pasó las cabañas de gente que conocía, los que le gustaban, los que le desagradaban y los que le eran indiferentes, subió la calle principal, pasó la estafeta de correos, el Nougat y el almacén en dirección al Three Pup. Llevaba consigo toda una nueva nación de mosquitos, y mientras ellos se enfrentaban a la población indígena, él entró en el bar. Lynette estaba tras la barra, guiñando los ojos ante el humo del cigarrillo que llevaba entre los dientes, y repartía las cartas a Richard Schrader, como si repartir cartas fuera la actividad principal de la raza humana en aquel planeta: ¿por qué apresurarse a terminar el mazo sabiendo que luego habría que volver a repartirlas?

—Hola —dijo Richard, sin levantar la cabeza.

Luego, Skid Denton, instalado en su lugar habitual, al extremo de la barra rectangular que también servía de mesa, dijo:

—Satisfacción garantizada o le devolvemos su dinero. ¿Estás satisfecho, Sess? ¿O intentas que te devuelvan el dinero?

Sess le dijo que cerrara la puta boca y el tono fue suficiente advertencia para todos: no estaba el horno para bollos y más valía que se ahorraran las bromitas, las sonrisas lúbricas, los codazos y las risitas a sus espaldas que había tenido que soportar con Jill. El término «todos», a aquella hora, incluía a Richie Oliver, sentado en una mesa del rincón con una mujer a la que nadie había visto antes, pero Richie Oliver no iba a decir nada, porque él ya había tenido sus tres días de prueba con Pamela, y ambos estaban en el mismo barco. Además, la mujer que le acompañaba no era ninguna belleza, ni ninguna jovencita, y solo había una cosa que Richie o cualquier otro habría querido sacar de aquella relación. Sess metió un cuarto de dólar en la máquina de discos para escuchar «Mystic Eyes» tres veces seguidas, antes de pedir un whisky y una cerveza. Cuando acabó, pidió otra ronda y se sentó junto a la ventana a repasar un viejo ejemplar de la revista *Time* que ya se había leído de cabo a rabo al menos seis veces.

La gente entraba y salía. Dos turistas de edad madura que habían llegado en una camioneta blanca con una costra de barro de diez centímetros le dieron conversación un momento y él les contó unas cuantas mentiras muy imaginativas sobre aquellas tierras salvajes y lo que podían esperar.

—¿Alces? ¿De verdad? ¿Cree que podemos cargar la camioneta?

Hacia las seis, le pidió a Lynette un bocadillo de atún y un plato de patatas fritas como colchón para su estómago y luego se fue al Nougat, a ver quién había y tal vez jugar un par de partidas de billar. Encontró a dos indios hungwitchin que conocía de río arriba, más allá de Eagle, y estuvo bebiendo con ellos una hora o dos, hasta que uno de ellos vomitó en la mesa, y Clarence Ford, que hacía de camarero, les pidió que se marcharan. Los indios se tambalearon hasta su camioneta, arrancaron y le dedicaron un torpe adiós, pero él les dijo que esperaran un momento, ¿no podían llevarle hasta el Three Pup, ya que sus piernas no parecían responderle? Y ellos

aceptaron sin más.

Y entonces fue cuando las cosas se pusieron feas. Joe Bosky estaba allí, aquello estaba claro, y volvió a enzarzarse con él, daba igual quién dijo qué o cuál de los dos fue el que empezó. No parecía recordar a Lynette desenfundando su pistola o incluso disparando una o dos veces en el solar de allí fuera, pero lo que sí estaba claro era que le habían echado mientras Joe Bosky se quedaba de pie en la barra con diez o doce personas, y que siguió bebiendo dignamente el resto de la noche. Lo que ni Joe Bosky ni ningún otro había pensado era el hecho de que el coche de Joe Bosky, su blanco Mustang de parte posterior aerodinámica y con la franja azul lateral estilo bólido, que guardaba en un garaje especial y que solo utilizaba en verano, estaba aparcado allí mismo, entre las matas. Allí en medio, como una pared de acero y cristal, para que Sess tropezase con él. Y no costaba más de unos pocos minutos de ebriedad abrir el capó y aliviar sus necesidades sobre el perfil negro brillante del delco y luego encaminarse hacia el río con la vaga idea de pasar la noche allí.

Decir que se despertó con dolor de cabeza sería no decir nada. Estaba machacado, noqueado, atravesado por una estaca de dolor y remordimientos, además de la simple resaca del exceso alcohólico. Ni siquiera había logrado volver a su choza y se levantó con el sol en los ojos y el suave toque de la bota de Richard Schrader.

—Sess —le estaba diciendo Richard, y su rostro era un brillante planetoide orbitando en el cielo, y había una luna junto a él, y la luna era la mujer demasiado pálida con la que Richie Oliver estaba la noche antes, o tal vez fuese un clon.

Sess se incorporó. Estaba a unos cinco metros de la puerta de su choza, acurrucado entre un montículo de neumáticos y piezas de maquinaria oxidada, al sur del porche de Richard. El río se arqueaba tras él. Todo estaba frío y húmedo.

—Dios mío —dijo la mujer—, mira qué aspecto tienes.

Él era un monje, un penitente. Rechazó el café que le ofrecían, las tiritas, la loción de calamina para los estragos que los mosquitos habían causado en él, se metió en su canoa —sin comprar provisiones, ni siquiera una botella de agua— y se dirigió río arriba. Se mojó y bebió en el camino y encontró un par de lonchas de cecina de caribú en su mochila y las masticó lleno de vergüenza y abnegación mientras acuchillaba el agua con el filo de su remo. Seguía llovisnando y Sess se estremeció, y aprovechó la débil corriente para desembarcar en la orilla más alejada y hacer un fuego para calentarse, aunque probablemente estarían a más de veinte grados, pero cuando uno está mojado y con la brisa de frente, sería igual con veinticinco.

El fuego era algo pobre pero reconfortante. Sess llevaba consigo la caña de pescar, como siempre, y pensó que podía pescar algo fácil para comer. Tres lanzadas con su molinillo naranja Mepps y pudo pescar un tímalo y asarlo sobre una caña, y estaba tan bueno que cambió a un aparejo más grueso y una cuchara de plata con un brillo verdoso en el centro que representaba el ojo de una remota criatura de las aguas bajas, despreocupada y aún a medio formar, y lo lanzó con la esperanza de pescar un lucio para su cena en la cabaña. Se produjo un siseo y un chapoteo lejano y luego

volvió con un susurro, una y otra vez, y él no pudo evitar pensar en Pamela. Pamela en la cabaña de tres habitaciones de Howard Walpole, con la clara alfombra de oso gris frente a la chimenea de piedra, que utilizaba como complemento del hornillo, por la estética del fuego abierto, pese a su aspecto huesudo y grasiento. Pero Pamela nunca elegiría a un hombre como aquel, flaco, de cabeza plana, más tonto que las piedras, por mucho dinero que hubiera ganado al descubrir un yacimiento de oro dos años atrás y por muchas comodidades que tuviera su cabaña. ¿O sí?

Aquel interrogante le torturó y agravó su dolor de cabeza durante el lento viaje de vuelta por el río, y siguió atormentándole incluso después de conseguir que un lucio tan grande como un bate de béisbol Louisville Slugger saliera de su agujero en una orilla alta y escarpada y cogiera el cebo plateado con sus afilados dientes, saltando por encima del agua media docena de veces. Tal vez se le olvidó —Pamela— por espacio de cinco minutos, mientras maniobraba con la canoa en tierra y luchaba con el enorme pescado, una especie de larga cuerda de músculos, pero volvió a pensar en ella en cuanto sacó el cuchillo de su funda, lo plantó entre los ojos del lucio y lo hizo penetrar hasta que el músculo se volvió flácido.

Aquella noche se bebió dos cervezas, dio de comer a los perros y puso trampas para conejos allí donde descubrió sus rastros, a lo largo del extremo más alejado del huerto. Para cenar comió judías frías y galletas petrificadas, mordisqueadas por ratones en los bordes, porque no se sentía capaz de soportar el olor a pescado frito. Se despertó en medio de la noche con un frenesí de ladridos y salió al porche con su rifle bajo la pálida claridad de las tres de la madrugada para ver a un desconcertado alce —una hembra vieja, menos de cuatrocientos kilos, con el pelaje descolorido, por lo que pudo ver— plantado en el centro del jardín, con las patas como vástagos que hubieran crecido en el estanque de plástico negro. El primer impulso de Sess fue abatirla de un tiro, pero resistió la tentación. No se mata a los alces en época de patos, ni se les mata antes del otoño, porque la carne no se conservaría. Además, el alce no era de temporada y toda la región se preparaba para el banquete veraniego de patos, gansos, salmones y frutos del bosque. ¿Qué hizo entonces? Malgastó una bala y asustó al animal con la esperanza de que evitaría aquel lugar como la plaga. Por lo menos, hasta el otoño.

Por la mañana encendió el fuego y se hizo café y dos filetes de lucio rebozados con harina y miga de pan, los frió en tres centímetros de crepitante aceite Crisco y se sentó en la puerta de la cabaña aplastando mosquitos con la mano y contemplando cómo se congregaban e hinchaban las nubes de lluvia sobre el río. No se encontraba bien y no tenía nada que ver con su furia de la víspera. Solo tenía que ver con Pamela. Todavía percibía su olor, un aura femenina persistente atrapada en las pieles de su cama, en los olores ambientales del lugar, y si miraba por encima del hombro al lugar donde ella se sentaba dos mañanas antes, le parecía que aún podía verla.

Pamela. Era suya, de eso no había ninguna duda. «No tienes que preocuparte por nada, Sess». ¿No era eso lo que ella le había dicho? Pero entonces surgió ante él la cara sonriente y descarnada de Howard Walpole, superponiéndose a la solemne mirada barbuda de Richie Oliver. ¿Y si ella le había mentado? ¿Para aplacarle? ¿Y si solo se lo había dicho por educación?

Antes de darse cuenta de lo que estaba haciendo, ya había vuelto al río y se estaba moviendo con la corriente, deprisa, y la orilla más cercana corría con él y el viento le cosquilleaba en la cara. La casa de Howard Walpole estaba más allá de la población, cerca de la embocadura de Juneburg Creek, retirada sobre un risco que dominaba un meandro de ciento ochenta grados del río. Peor, tenía ventanas de doble vidrio que le habían traído desde Oakland, California, y que le daban a Howard una vista completa, sin obstáculos —desayuno, comida y cena— de cualquier cosa que se moviera por la orilla o por el agua, y Howard siempre tenía un par de prismáticos 7 x 42 comprados en alguna tienda de excedentes del ejército. Sess estaba pensando en eso cuando se puso a llover y el viento empezó a azotarle la cara y las manos con frías y duras balas pegajosas que no parecían tanto lluvia como aguanieve, aunque él no quisiera reconocerlo. Pese a todo, él seguía pensando en Pamela y se mantenía cerca de la orilla, allí donde el viento se encarnizaba menos con él.

Le hubiera molestado mucho (sería horrible, fatal) que le pescaran a menos de quince kilómetros de la casa de Howard, una situación que no superaría en mil años. Si alguien le sorprendía allí —si le veía Howard o Pamela—, tendría que irse inmediatamente de aquellas montañas, buscar una habitación en el corazón de alguna jungla urbana decadente y en ruinas como Cleveland o Brooklyn o cualquier otro lugar maldito donde el rumor no le alcanzara. Pero ya no había vuelta atrás y mientras la mañana se rectificaba en tarde, él pasó de largo Boynton que, en la otra orilla del río, parecía envuelto en un denso sudario de mal tiempo.

No sabía lo que hacía, no sabía lo que esperaba, no tenía ningún plan, ninguna expectativa. Pero tenía sus propios prismáticos y era tan experto manejándose por el río y el bosque como cualquier otro lugareño, excepto quizá alguno de los veteranos, pero los veteranos eran demasiado viejos para seguir siendo fiables. Cuando pasó junto al vivero de pescado de Odgen Stump, desierto en aquella época del año, se dio cuenta de que el siguiente meandro le haría visible desde la casa de Howard Walpole, de modo que paró el remo y se acercó a tierra. No tenía que esconder la canoa, pero lo hizo —¿y si Howard la llevaba en aquel preciso momento a un espectacular ascenso del río o alguien pasaba recogiendo leña flotante y le veía allí?—, y luego echó a andar por la lodosa orilla con su viejo rifle Springfield del calibre 30-06 en una mano (para ahuyentar a los osos, nada más) y sus prismáticos en la otra.

Ahora llovía con fuerza, llovía como si los seres humanos inhalaran agua en vez de aire. Y aunque él llevaba su poncho impermeable verde oliva y una gorra bajo la capucha, estaba empapado de cintura para abajo. Y tiritando, tiritando, y no había manera de hacer un fuego por allí cerca sin que Howard Walpole viniera a husmear,

calentarse las manos y los pies, hablar del tiempo y preguntarle si podía serle de alguna utilidad o proponerle, por ejemplo, un bistec de carne a la brasa, sin ahorrarse un comentario burlón sobre lo lejos que la cabaña de Sess quedaba de allí. De modo que tiritó y se acercó más al denso sotobosque que se extendía a la orilla del río, siguiendo el rastro de un animal a través de los sauces que ningún ser humano había atravesado en toda la historia de la humanidad, o por lo menos, desde final de curso. Vio huellas de alces, osos negros, glotones, lobos. Excrementos de alces y de osos. La lluvia era firme, las hojas goteaban.

Cuando llegó a cien metros de la cabaña, se puso a cuatro patas, porque habría sido estúpido despertar la atención de los perros de Howard. Gatear le calmó, le devolvió a los rastreos de ciervo de su niñez en los matorrales de las cordilleras de Sierra, aunque así se le mojaban los hombros tanto como las rodillas. Mientras avanzaba a gatas, pensó en aquello, en la granja lechera cerca de Porterville donde se había criado, donde había trabajado junto a su padre a diario, adquiriendo poco a poco la musculatura que podría haber utilizado en el campo de fútbol, pero el entrenador era un imbécil de primer grado y Sess lo dejó poco después de empezar y dejó también la universidad, porque no se imaginaba atado a un escritorio. Todos sus ratos libres los pasaba vagando, cazando, pescando. Tenía talento para hacerlo, sabía emboscarse, era su terreno.

A unos cincuenta metros de la casa, se deslizó por unos arbustos de arándanos y se llevó los prismáticos a los ojos, y no se sintió vil ni mezquino en absoluto. No se sentía como un patético, despreciable y perverso mirón. Él no era así. Se veía más como... miembro de un comando, eso era. Un soldado en una misión vital secreta, esencial para el bienestar de todo el país, por no mencionar un lugar muy específico de naturaleza minuciosamente vigilada, en la embocadura del Thirtymile.

El único problema era que no había nadie en casa. O por lo menos, eso parecía a primera vista. Desde el ángulo que había escogido, alzando los ojos, por la ventana más oriental, veía el interior de la habitación principal, una inoportuna franja de espacio vacío hasta las ventanas orientadas al sur, al otro lado. Todo estaba en silencio, excepto por el siseo de la lluvia. Los perros estaban acurrucados al extremo de sus cadenas, en lo hondo de las cabañas en miniatura que Howard les había construido. Sess observó las ventanas, luego las casetas de los perros, los morros oscuros de los perros, una ardilla, un petirrojo. Contempló el modo en que la lluvia goteaba desde los alerones, en una larga y grisácea sarta de perlas individuales.

¿Dónde se habrían metido? No salía humo del tubo de la estufa ni de la chimenea. Ningún movimiento, ningún sonido. El barco de Howard estaba allí, amarrado a su boza, y su hidroavión también. ¿Habrían salido a pasear a pie? ¿Estarían durmiendo? ¿En la cama? Aquella era una posibilidad que no quería contemplar —solo de pensarlo se le revolvía el estómago—, pero a medida que avanzaba el día, aquella posibilidad se acercaba más a la inevitabilidad. Estaban en la cama. Follando. Eso era lo que estaban haciendo. Estaban follando y ella le había mentado y Howard Walpole

era el elegido desde el principio, porque Howard Walpole tenía dinero y credibilidad, mientras que Sess Harder carecía de ambas cosas, y en aquel momento, en aquel mismo momento en que él se agazapaba tiritando, empapado entre los arbustos como un completo adolescente, Howard estaba probando su nuevo juguete, su pasta de modelar, su pastelito de nata, su gatita, ¿no era así como decían las canciones, su gatita?

Sess se sintió lleno de rabia. Le costaba dominar su impulso de aproximarse a la casa, romper los cristales de las ventanas, convertir a los perros en picadillo cuando se acercaran aullando desconcertados desde sus casetas, derribar a Howard Walpole, que iría vestido con sus mugrientos calzoncillos largos y sus gastadas zapatillas. ¿Cómo se había dejado engañar así? ¿Qué se había creído? Una mujer, una mujer guapa, despampanante, con manos fuertes y una espalda perfecta, ¿poniendo un anuncio para encontrar un hombre? ¿Qué extraño mundo era ese? ¿Y cómo podía haber esperado otra cosa sino el corazón roto y una completa humillación?

Se había puesto en pie, completamente erguido. ¡Al diablo los subterfugios! Iba a subir hasta la casa, golpear la puerta hasta que le abrieran y exigirle a ella una respuesta inmediata, aquí y ahora: «¿Es él o soy yo? ¿Él o yo?». Pero cuando salió de entre los arbustos detectó una vaga sombra en la ventana de la sala y antes de que pudiera pensar o actuar los perros ya estaban tirando de sus cadenas, en una espumosa exhibición de fieras dentelladas, ladridos de sorpresa y aullidos. ¿Había una cara en la ventana? ¿Era ella? ¿Era Howard? Sess cayó sobre sus manos en el delicuescente lodo y empezó una loca y dificultosa retirada, y continuó mientras oía abrirse la puerta sobre sus oxidados goznes y la voz de Howard llamando: «¿Quién anda ahí?», y luego la voz de Pamela contestando «Probablemente será un ciervo», y Howard añadiendo (Sess se preguntó a qué se referiría): «¿Lo ves? Ya te lo había dicho...».

Dos días después, a las doce del mediodía en punto, la barca plana de Howard Walpole rodeaba la franja de grava de la playa de Boynton y se acercaba en la ola de su propia estela. Sess estaba allí de pie en el barro, con sus botas, igual que Howard antes que él. No había dormido. No había comido. Parecía tan desesperado, harapiento y borracho como un mendigo en las calles de Calcuta. Cuando el barco llegó a la orilla con un crujido de la grava y un solo grito agudo de las gaviotas, Pamela —vestida con pantalón corto y una camiseta bajo un gorro de paja blanda de ala ancha que enmascaraba sus ojos e incluso su expresión— saltó con tal gracia y ligereza como si la hubiera impulsado la brisa. Él agachó la cabeza. Retuvo el aliento.

—¿Y bien? —preguntó.

Ella le dedicó una sonrisa, de verdad se la dedicó.

—Tengo que volver a Anchorage unos días —dijo, y Howard se quedó tras ella, arrastrando la boza por la grava para atarla a la primera roca o el primer mojón que encontrase.

Sess se limitó a mirarla.

—¿Por qué?

Ella se detuvo frente a él, sin pestañear ni desviar la mirada un solo instante.

—¿Por qué? Para comprarme el vestido de novia, ¿qué te crees? Y avisar a mi hermana, que será mi única dama de honor, y a mi madre, que tendrá que venir de Arizona. Yo siempre quise ser una novia de junio.

Nada. Él no lo computaba. Se balanceaba con el viento, con la misma receptividad o sensibilidad que un salmón cortado por la mitad y colgado a secar.

Pasó un largo momento, el momento más largo de la vida de Sess, y luego ella dijo:

—¿Qué te parece el veintiuno, Sess? ¿Te irá bien?

Pris llevó el pastel desde Anchorage, en la parte posterior de su camioneta, y era un pastel de esos que nadie había visto jamás en Boynton, por lo menos desde los tiempos de la fiebre del oro, la época fastuosa que había testimoniado toda clase de excesos y de idas y venidas. Un pastel de cinco pisos, con capas alternas de exquisito fondant blanco y glaseado rosa, bizcocho de fruta cristalizada en el interior y la figurita de plástico de una novia con velo en la cima, del brazo de un trampero barbudo con falda escocesa. La madre de Pamela llegó en avioneta, con dos transbordos y un corto trayecto desde el aeropuerto de Fairbanks, sin perturbaciones, con su sonrisa intacta y resplandeciente como un segundo sol ofrecido generosamente a toda la ciudad, incluso a los locos de la tundra y a los indios. Y la propia Pamela, instalada con Pris en la habitación trasera de la cabaña de Richard Schrader para poderse maquillar y ponerse el vestido de satén blanco entreverado de encaje de Bruselas que su madre había llevado en una ocasión similar, dos semanas después del ataque japonés en Pearl Harbour, no parecía dispuesta a borrar la sonrisa de sus labios.

—Dame una calada —le dijo a su hermana, haciendo un gesto hacia el reflejo en el espejo del Lark que pendía de la boca de su hermana.

—¿Qué? —preguntó Pris, con los brazos desnudos levantados, ahuecándose el pelo con la ayuda de un peine de carey.

—Una calada. De tu cigarrillo.

—¿Tú? Pero si no fumas...

Pamela redirigió su sonrisa orientada más allá y sus ojos se cruzaron con los de su hermana en el espejo y por un momento fue como si volvieran a ser niñas.

—Hoy sí. Hoy voy a hacerlo todo.

Más tarde, todos se reunieron en el patio común que unía la cabaña de Richard con el refugio de Sess en Boynton, lleno de desechos apilados —neumáticos gastados, piezas de automóvil oxidadas, astas de ciervo, cajas de frutas, bidones de carburante, botellas de alcohol vacías, redes de pesca, tuberías, trampas, ruinas de motos de nieve y chinchorros desfondados—, que ahora habían empujado fuera de la vista. Sess llevaba una chaqueta de espiga que le habían prestado para la ocasión y una corbata tan estrecha que era casi una cinta, y el blanco de su camisa no era tan blanco y las mangas de la chaqueta tal vez demasiado cortas. Pero aquello no era un desfile de moda y los fotógrafos del *Vogue* no se habían presentado a la que se auguraba como una soleada y bonita tarde. La novia y su hermana habían compartido una pinta de crema de menta y media docena de Larks, y Pamela se sentía muy bien cuando bajó los erosionados escalones de la parte de atrás de la cabaña de Richard Schrader hacia el vacío que había dejado su errático padre.

Como no había nadie para llevar del brazo a la novia, Sess le había pedido a Tim Yule, el hombre más viejo de la población, que cumpliera dicha función, y ahora Tim

le dio el brazo a Pamela y ambos iniciaron el camino por la explanada bajo las notas de «Here Comes the Bride», interpretadas por la armónica de Skid Denton. Débil, asmática, metálica, la música se insinuaba apenas en la textura del día, conduciendo la brisa refrigerante que venía del río, orquestando el ritmo del suave balanceo de los árboles. Tim olía a bourbon y aftershave y sus botas brillaban con las distintas capas de reluciente betún negro. Encorvado y con el pelo blanco, con la nariz goteante y las mejillas coloradas del alcohol, intentó un paso tan solemne que casi se arrastraba. Hubo un murmullo entre la multitud. Pamela tenía todos los sentidos despiertos. No se sentía mareada, ni nerviosa, ni triste, solo ansiosa, ansiosa y vigorosa, dispuesta a afrontar su destino. Había esperado veintisiete años y ya no había vuelta atrás.

El humo de la barbacoa atravesaba lentamente el patio. Todos los perros de la población aullaban tirando de sus cadenas, incitados por el gemido amargo y repetitivo de la armónica y enloquecidos por el aroma de las costillas de ciervo y caribú, de salmón braseado y filetes y salchichas con salsa de barbacoa. En el extremo más alejado del patio, con la silueta difuminada por el sol reflectante del río, Sess la esperaba junto a Richard Schrader, su padrino. La madre de Pamela estaba allí, a la izquierda de Sess, bañada en lágrimas y aferrándose a Pris como si intentara salvarse de un hoyo de arenas movedizas.

Wetzel Setzler, propietario del Three Pup y del almacén, cartero, alcalde, enterrador y representante local de Prudential Life, presidía la ceremonia. Tres cuartas partes de la población de Boynton estaban allí presentes, entre los matorrales y las flores silvestres, con botellas de cerveza y vasos de plástico de bourbon y vodka en la mano, para contemplar cómo ella juraba sus votos con sus tacones blancos y las manchas de barro adornando las puntas como un dibujo de flor de lis. Pamela vio a Richie Oliver detrás del gentío, de la mano de una mujer de rostro inexpresivo con camiseta roja y vaqueros, y también estaba Howard Walpole; por lo visto se lo tomaban deportivamente, aunque ella habría preferido que Howard no acudiera. La armónica se apagó y se hizo el silencio. Hasta los perros se callaron. Pamela oyó el río deslizándose sobre sus ondulaciones y hundiéndose en sus hoyos. «¿Aceptas a este hombre?». «Sí —dijo ella—, lo acepto».

Siguió la hilaridad general, esa hilaridad desenfrenada, exuberante, alegre, consumada y sin rencor que solo un pueblo agreste profundamente hundido en sus rutinas puede generar. Alguien tenía una guitarra, alguien llevaba un violín. Apareció un banjo. Un xilofón. Empezó el baile, la bebida, la comida. Se repartió el pastel con sus distintos niveles y desapareció en un pálido y desmenuzado detritus de glaseado y migajas, las costillas se transformaron en fragmentos de huesos roídos y las botellas se vaciaron entregando su alma. Pamela se mantuvo allí junto a Sess, rodeándole la cintura con el brazo, bebiendo champán enfriado en el río en un vaso de plástico, mientras gente que no conocía se acercaba a hablarle y ella les agradecía sus regalos de pescado ahumado, semillas de capuchina, arpones y aceite de motor y otras cosas más prácticas, como un saco de veinticinco kilos de harina de maíz y un camisón

picardía del tamaño de tres rebanadas de pan cosidas.

—Sess, ya sé que tú eres un hombre amante del aire libre —le estaba diciendo la madre de Pamela—, como mi Víctor, pero eso no significa que tengas que desaparecer tres días por el bosque mientras mi hija se queda sola y triste en esa cabaña diminuta, ¿verdad? Porque me preocupa mucho...

—A mí también me preocupa —le dijo Sess con una sonrisa serena—, pero puede olvidar sus miedos...

Estuvo a punto de añadir un epíteto al final de la frase, pero Pamela se dio cuenta de que no sabía cómo llamarla, si «Mamá» podía pasar o si era mejor volver al «Mariette» o «señora McCoon», o mejor aún aclararse la garganta. Aquella pequeña torpeza le pareció un detalle encantador. La conmovía. Pamela estaba allí con él, en cuerpo y alma, agarrada a su brazo como un libro que Sess aún no había leído, pero que tenía la intención de devorar en cuanto pudiera. Y ella no había dejado de sonreír desde que se había despertado por la mañana.

—Mi mujer va a estar ocupada todo el tiempo —dijo Sess con un matiz malicioso en el tono—, despiezando las carcasas, curtiendo pieles, acarreando hielo del río como agua, cortando leña para la cocina, cosiendo, remendando, dando de comer a los perros y a mí, de paso. ¿No sirven para eso las esposas?

La madre de Pamela llevaba horas bebiendo vodka. El sol le golpeaba el rostro, iluminaba cruelmente las finas capas de piel que el cirujano estético había modelado como cuero sobre los pómulos y reafirmado bajo las órbitas de sus ojos. Ella soltó una risita y le cogió a Sess el otro brazo, el que quedaba libre, y se inclinó hacia él:

—Si quieres saber mi opinión —dijo, e hizo una pausa para dar más efecto a su declaración—, una mujer solo tiene que ser buena, buena de verdad, en una sola cosa...

Sess se ruborizó, y su suegra, disfrutando del momento, continuó:

—Y no creo que tenga que decirle a un hombre hecho y derecho como tú en qué debe ser buena una mujer, ¿verdad, Sess?

En aquel momento, Pris, atrapada en la multitud que danzaba, soltó un grito, y los tres volvieron la cabeza para ver que era presa de algo incontenible, una mancha marrón borrosa, en movimiento, que podría haber sido un oso que le hubiera saltado al cuello, pero no lo era. Pamela tardó un momento en comprenderlo porque era nueva en aquel lugar y estaba sumida en el torbellino de su propia historia: Joe Bosky se había colado en la fiesta. Bosky llevaba una vieja y descolorida chaqueta militar y los vaqueros que constituían su segunda piel. Movía los pies como un tarado y se inclinaba hacia delante para hacer girar a Pris bajo la batidora de su brazo derecho. Y Pris, preciosa con su vestido de satén malva y el pelo recogido en un moño alto, no tenía ni idea de quién era aquel o cuáles eran sus motivos, ni mucho menos sabía que era el único habitante de la población que no había sido invitado. Expresamente tachado de la lista. Claramente proscrito. Ella tenía aquella expresión desenfundada en la cara que Pamela conocía muy bien, la mirada cigarrillo, la mirada vodka, la

expresión que decía que la fiesta no había hecho más que empezar y que nadie iba a detenerla ahora. Joe Bosky la atraía a su pecho, la hacía girar, volvía a atraerla.

—¡Yeeeehaaa! —gritaba ella, y su grito agudo y sin aliento se oía sobre el estrépito de la banda como la llamada al apareamiento de algún pájaro exótico.

Pamela sintió que Sess se ponía tenso.

—Parece que la pequeña también es digna de atención —dijo su madre—. Aunque no me gusta cómo le queda el pelo así. ¿A ti qué te parece, Pamela?

Pamela no contestó. Seguía cogida del brazo de su marido —mi marido, pensaba, el brazo de mi marido— convertida en la estaca clavada en el suelo, la cadena, porque no pensaba tolerar que hubiera violencia en el día de su boda, de ninguna manera.

—Sess —le avisó—. Sess. —Se acercó más a él y le rodeó con sus brazos—. Quiero bailar, Sess —le dijo—. Ven, bailemos.

Pero alguien la empujó por detrás y un hombre que no reconoció (llevaba un gorro de pescador con una pluma de águila ondeando hacia delante, camisa azul deshilachada, barba, aliento mohoso, pelo en las orejas) los envolvió en un abrazo titánico, apretujándoles y balanceándoles.

—¡Sess! —gritó en sus oídos—. ¡Pamela! ¡Felicidades! Mis mejores deseos y etcétera...

—Ogden —dijo Sess, y Pamela sintió cómo Sess se esforzaba por liberarse y lanzarse a la parte animada de la fiesta. Pris soltó otro grito. Ogden estrechó su presa y entonces Pamela lo comprendió.

—Nosotros nos encargaremos —dijo Ogden, con una voz que rascaba como el casco de un esquife contra un banco de arena—, Richard, Iron Steve y yo. Relájate, ¿vale? Tú relájate.

Le soltó y se alejó, vadeando entre la multitud danzante y buscando la colisión con Pris y Joe Bosky.

Pamela vio un hombre alto y de cabeza prominente acercándose a ellos desde un lado, y Richard Schrader, con mirada sombría, desde el otro.

—Hijo de perra —espetó Sess, y ella siguió sujetándole—. Hijo de la gran puta.

—Pero, bueno, ¿qué...? —empezó a decir su madre, con sonrisa titubeante—. Tienes unos amigos muy entusiastas, Sess... Creí que os iba a aplastar a los dos...

Joe Bosky no se daba cuenta, o por lo menos lo fingía. Pamela no podía evitar mirarle —no podía quitar los ojos de él— mientras él se agitaba, oscilaba y hacía girar a Pris, como si fuera uno de los ídolos juveniles de American Bandstand, todo estilo, todo piernas, los ojos sobresaliendo y las caderas hacia delante. Y Pris. Estaba radiante: aquel era el tipo de hombre que buscaba, con un cociente de vigor animal tan superior a la media que no se le podía poner límites. Ella tenía que hacer dos movimientos por cada uno que hacía él, y el vestido le subía bajo los brazos y el moño se había aflojado y caído suavemente. Todo muy divertido. Todo fantástico. Excepto que aquel hombre era el enemigo de Sess y estaba allí para estropearle el día,

no había ninguna duda.

El hombre alto de la cabeza prominente —Iron Steve, supuso Pamela— cogió a Bosky por las axilas en el momento en que ejecutaba una figura que le alejaba del blanco puño de Pris. Entonces Richard y Ogden Stump convergieron sobre él en un placaje digno de un campo de fútbol. Ella observó los rasgos de Joe Bosky contraídos por la sorpresa, la duda, un pestañeo, la mano vacía de Pris, su expresión de empezar a comprender, y después, fue como si Joe Bosky explotara. Se lanzó en todas direcciones al mismo tiempo, chillando como una mujer, con un grito agudo y sostenido, lleno de odio y falsedad, y los cuatro rodaron entre las matas y el barro, ensuciándose la ropa. La multitud les cedió sitio y la banda intensificó el estribillo de la canción de Hank Williams «Cold, Cold Heart».

En dos minutos se había terminado y el moreno Joe Bosky estaba sujeto con el codo de Iron Steve apuntalándole la garganta, y en ocho zancadas llegó al límite de la propiedad, con las inevitables imprecaciones y amenazas sonando aquí y allá. Después la banda se lanzó de nuevo al derrotado estribillo, mientras los ojos de Sess brillaban fríos como los de un asesino.

—Dios mío, Sess —dijo su suegra—, tienes unos amigos muy excitables. Demasiado alcohol, supongo. —Soltó una risita—. O tal vez Pris era demasiado para él. Mis hijas son así, ya ves.

Pris se acercó a ellos, agitada, colorada, completamente despeinada y con el dobladillo del vestido rígido de barro.

—¿De qué iba todo eso? —preguntó, sacando un cigarrillo de su bolso—. Ahora que empezaba a animarme. ¿Y quién era ese tipo, un fugitivo del manicomio o algo así? La verdad es que me gustaba. La marcha que tiene...

Sess no dijo una palabra. Su hermana lo miró, miró a su madre, pero él permaneció allí como si hubiera echado raíces, rígido como un poste.

—Está bien, Sess —siguió diciéndole Pamela—. No dejes que nos estropeen el día. Todo va bien...

Pero no era verdad. Sess no iba a relajarse, no iba a ceder. Bailaron, bebieron champán, recibieron felicitaciones y dieron las gracias, y uno tras otro fueron acercándose a ellos, llenos de hilaridad y buena voluntad, pero ya no era lo mismo que antes de aparecer Joe Bosky. Aquel era el día de su boda, pensó Pamela, su noche de bodas, y su marido parecía tan distante e impenetrable como los extraterrestres que salían de una nave espacial en aquellas películas de serie B que le gustaba ver de pequeña. «Despierta, Sess —le hubiera gustado decirle—. Despierta y quítatelo de la cabeza. Tu novia está aquí, ¿te acuerdas de mí?».

Debían de ser las diez cuando la fiesta empezó a decaer y la gente comenzó a marcharse en parejas, emigrando hacia el Nougat y el Three Pup, o cayendo inconscientes sobre la grava de la orilla del río. Tim Yule estaba sentado en un cubo invertido bajo un rayo de sol, agitando un vaso de plástico de Everclear con sus dedos nudosos y manteniendo una conversación *sotto voce* consigo mismo. Howard

Walpole y Richie Oliver habían desaparecido hacía rato, con los hombros caídos en mutua conmiseración. La madre de Pamela estaba en la parte de atrás de la camioneta de Pris —«Una siestecita, es lo que necesito, no os preocupéis por mí»— y Pris estaba rodeada de una corte de tres locos de la tundra borrachos que se habrían arrancado la piel de los huesos solo por tocarla, mientras que la banda se había reducido al violín, que tañía los vestigios melancólicos de una formación clásica. Había llegado la hora. Pamela le apretó la mano a su marido y sintió la sangre bulléndole en sus propias venas.

—Sess —le dijo, y sintió el extraño eco de su voz en los oídos, sobre las notas del violín, lo más triste que había escuchado nunca, ¿y qué era? ¿Borodin? ¿Sostakovich? Algo así—. Sess —repitió—, ¿no crees que ya es hora de que el novio y la novia entren y vayan...

—¿A la cama?

Estaban en el porche, junto al patio de la casa de Richard Schrader, que este había despejado magnánimamente para la velada. Los mosquitos acechaban sus rostros, rebotaban suavemente contra sus labios, sus pestañas. Ella se había puesto unos vaqueros y una sudadera con capucha y manga larga, pero era consciente de que llevaba la ropa interior que había comprado con Pris en Anchorage, bragas de encaje y satén y un sujetador que se aferraba a sus pechos como dos manos masculinas. Él se inclinó y la besó, relajado y dulce, y pareció que por fin, por fin se había desvanecido la rabia y la tensión, y ella murmuró:

—Sí, a la cama.

Entonces le llegó, les llegó el zumbido de una lancha fuera-borda ascendiendo el río bajo el oblicuo sol de las diez de la noche, acercándose, con el destello de la espuma formando una estela y en la proa, el rostro barbudo y moreno de Joe Bosky, al timón. Joe Bosky había vuelto para su ataque final. Sess se levantó del porche en el momento en que la proa se alzaba sobre la corriente y se acercaba a tierra.

—¡Eh, Sess Harder, que te den por el culo! —rugió Bosky por encima del ruido del motor, danzando a pleno gas—. ¡Iros a tomar por culo tú y tu mujer cara de perro!

Y luego la proa se alejó, la lancha giró y desapareció por completo de su vista.

Richard les había dejado dos velas perfumadas a la vainilla, una a cada lado de la cama, afilados objetos fálicos irguiéndose sobre unos platillos de cerámica a juego que su ex mujer había moldeado y cocido. La cabaña tenía cuatro habitaciones, pero Richard cerraba dos de ellas en invierno, e incluía un fregadero, una bomba manual para el agua, un cuarto de baño completo y con váter que generalmente funcionaba, por lo menos en la temporada cálida. Como en la mayor parte de cabañas y casas de madera de Boynton, las consideraciones estéticas se habían sacrificado en favor de la funcionalidad, y las cuatro habitaciones se alineaban del suelo al techo con cajas de cartón —cajas de guisantes Birds Eye, de cerveza Rainier Pale, de pañuelos Charmin

Toilet—, como refuerzo defensivo contra los áridos vientos que arrasaban aullando las estepas polares. El dormitorio estaba construido como una especie de loft, cuatro escalones más arriba de la habitación principal y de la magnífica estufa Ashley que la ex esposa de Richard se había empeñado en comprar. Aquella noche no hacía falta ninguna estufa. El interior estaba tan cálido como una cabaña en una playa de luna llena en las Bahamas.

Pamela estaba sentada en la cama, soltándose el pelo. Había encendido las velas y había apartado a un lado su vaso de plástico lleno de champán tibio: dejaba un regusto a sacarina en la garganta y ya no necesitaba beber más. La cabaña estaba silenciosa. Aún hacía sol. Pamela oía el sonido de su propia respiración y el latir de la sangre en sus venas. Al cabo de un momento, se levantó y subió las persianas de las dos ventanas.

Sess se afanaba en la habitación principal, manipulando no se sabía qué, con los hombros tan cuadrados y rígidos como si las vértebras se le hubieran fundido en la nuca. Algo hizo un ruido y cayó al suelo. Él luchaba por mantener el control, Pamela lo advertía, y es que Joe Bosky había logrado envenenarle el día, el momento, la noche que llegaba, y ella no sabía qué decir o cómo cambiar la atmósfera. En su bolso llevaba un ejemplar de tapas blandas del libro que su madre le había regalado: *El consejero de la novia: 100 preguntas sobre la noche de bodas*, pero no había nada en aquellas trescientas páginas y sus apéndices que abordara una situación como aquella. Su marido no estaba de un humor tierno. A más de diez metros de distancia, dándole la espalda y como si habitara en otro planeta. Hubo otro ruido sordo, otro objeto que se había caído al suelo.

Ella se levantó, se colocó en un lugar donde él pudiera verla cuando se volviera, se quitó la camiseta y dejó caer sus vaqueros hasta los tobillos, antes de sacar los pies. Ya solo tenía la ropa interior, sus bragas de seda de 16,90 dólares y su sujetador a juego, todo de los almacenes Oswald. Quería que él la viera así, excitarle, que viera su vientre plano y la curva de sus caderas y sus largas y finas piernas. La voz se le ahogó en la garganta. «Sess —quería decirle—, Sess, ¿por qué no te das media vuelta?», pero no pudo. Pasó tiritando un largo momento desarraigado y Pamela empezó a pensar en la universidad, sus encuentros con Gary Miranda en el granero de casa de sus padres mientras ellos trabajaban, en los Platters y los Ink Spots soltando miel por el tocadiscos y el calor de su lengua y cómo la hacía sentir. La lengua mojada, agresiva e insistente de Gary, que arrastraba la lengua de Pamela a su boca y la chupaba como si fuera un anís de menta o un caramelo duro, y la hacía sentir abandonada y capaz de hacer locuras, pero nunca le dejó tocarle las tetas ni nada más, porque no creía en eso. En el bachillerato había toqueteos, la furiosa fricción seca del manoseo, todos los chicos parecían tener resortes en los brazos, como soldados de juguete, y los despleaban para tocarla, con un ritmo y un movimiento tan automático como el latir de sus corazones, y la mitad de sus compañeras iban hasta el final con sus novios sin el menor remordimiento. Sus bragas se humedecían tanto como si se

hubiera caído en un lago, sus vaqueros, sus faldas, pero ningún chico, ni siquiera Eric Kresten (y había salido dos años con él) consiguió que se quitara nada más que el sujetador. Y después, cuando superó la barrera de los veinte años, Fred Stines había ido a su apartamento y ella se había quedado en bragas para él y él la había acariciado por todas las partes del cuerpo adonde llegaban sus dedos y le había chupado los pezones como un perrito hambriento y ella se había sentido a punto de ceder, pero nunca había llegado a hacerlo.

Howard Walpole era distinto. Los tres días con él formaban parte del acuerdo, del programa que ella se había autoimpuesto, y aunque sabía que Sess era el elegido, lo sabía incluso antes de subir a la canoa con él y sentir su peso tras ella como la perfecta compensación del suyo, tenía que seguir adelante con ello, porque ella era así. Si hacía una promesa, tenía que cumplirla. Así era como se sentía. Su forma de ser. Pero Howard, Howard era rígido como una plancha. Le estrechó la mano cuando ella subió a su lancha, como si fueran signatarios de un solemne canje entre dos facciones en guerra, y no se le ocurrió frotar su mejilla contra la de ella ni darle una palmadita en los hombros en un abrazo de bienvenida. Solo le había dado la mano, se había tomado un momento para provocar a Sess y finalmente había arrancado el motor.

El día era fuerte y mordiente, con salpicaduras de espuma cabalgando sobre las olas y el viento lanzándole la lluvia a la cara. Ella iba delante y Howard Walpole detrás. La proa de fibra de vidrio azotaba el agua una y otra vez, zap, zap, zap, y el ruido de los motores dificultaba la conversación. Ella se agarraba fuerte, pensando que era mucho mejor la canoa, su ritmo lento, el silencioso y líquido avance que no violaba la calma del día, del río, ni a los pájaros que revoloteaban o a los furtivos mamíferos.

—¡Bonito barco! —gritó por encima de su hombro, solo por educación, o por decir algo.

Y Howard, con un rollo de tabaco hinchándole la mejilla y su manchada gorra baja contra el viento de tal forma que parecía que le hubieran reducido la cabeza para metérsela en ella, se limitó a asentir. El viaje duró una hora. Ella no volvió a decir una palabra en todo el trayecto y él tampoco.

Pero cuando llegaron allí, cuando la proa del barco se deslizó sobre la grava de la orilla, junto a su casa, y los perros ladraron su elaborada bienvenida, Howard tenía todo un discurso preparado. Era una combinación de confesión, palabras de ánimo y perorata íntima, pero no la miró a la cara en todo el tiempo mientras hablaba, y siguió hablando durante la mayor parte del tiempo los tres días y tres noches que pasaron juntos. Le habló de su barco y su avioneta y su casa, de su concesión de la mina de oro, le contó que tenía una piel de ciervo en la compuerta para que el pelo atrapase las más finas partículas, le enseñó un tarro de mayonesa con treinta y dos mil dólares en polvo de oro y le pidió que lo levantara de la mesa y se rió al ver que apenas podía. Se había pasado toda la cena hablando de la carne de oso pardo con puré de

ciruela y de pomos desecadas y acompañado de un plato de salmón ahumado y de patatas fritas, habló y habló hasta que ella bostezó en el sofá y siguió hablando mientras le ponía una manta y ella cerraba los ojos.

Por la mañana, la despertaba hablando, le enumeró y detalló todas sus dolencias —se había roto la pierna por tres sitios hacía dos años, ¿lo sabía ella?— y le contó todo sobre sus perros, las manías y los gustos culinarios de cada uno, aunque él no utilizaba los perros con trineo como transporte, como Sess Harder y algunos de aquellos anticuados, porque él pensaba que la moto de nieve molaba cantidad, ¿verdad? Durante el desayuno le habló de su madre, que vivía en Mineápolis, y de los coches que él poseía, y de la conducta maligna e hipócrita de su ex mujer, Irene, y de las compañías de seguros (dos años de su vida jodidos por la ridícula estafa de un imbécil; ¿se podía imaginar a alguien contratando un seguro de vida y apostando sobre su propia muerte?) y una perorata de una hora contra el gobierno de Estados Unidos y las expropiaciones que iban a perpetrar sobre todos los habitantes de Alaska en nombre del oro negro de Prudhoe Bay.

Era un pesado. Aburrido, ignorante, dogmático, medio loco e insoportable, con la resistencia y los pulmones de un caballo de carga. Y no era nada atractivo, y no es que ella le hubiera mirado mucho, con aquellos ojos esquivos y moteados de rojo, el pelo ralo saliéndole de la gorra y las manos puestas sobre la mesa como dos filetes de carne asada. De acuerdo, Pamela estaba resignada a pasar tres días y tres noches de aburrimiento y en la segunda hora del primer día había empezado a considerar aquello como una especie de ritual de purificación, una mortificación de la carne y del espíritu para hacerla merecedora de Sess Harder, que ahora se aparecía ante ella como una brillante promesa. Se comió lo que Howard Walpole cocinó para ella. Contempló sus perros, sus vehículos para la nieve, su avioneta, su lancha fueraborda, su reserva, su ahumadero. Le contestaba cuando él hacía una pausa al final de una parrafada, planteándole una pregunta retórica, y durante todo el tiempo resistió sus avances.

—El sexo —dijo Howard después de cenar la primera noche, y si no recordaba mal, llevaba un rato hablando de motores dobles—, ¿te gusta el sexo? Porque a mí sí. Y eso es lo que más echo de menos viviendo aquí, simplemente eso, el sexo. —Hizo una pausa y recorrió la estancia con los ojos como ametralladoras—. Soy muy sexual, ya sabes lo que quiero decir.

El último día, solo una hora antes de que, según lo acordado, salieran al río para que ella pudiera enfrentarse a su destino, Howard apareció en el umbral de la habitación principal, donde ella estaba arrellanada en la mecedora, leyendo un número atrasado de *Argosy* por segunda vez en aquellos días y disfrutando del breve descanso del sonido de su voz.

—Pamela —le dijo, con una voz baja y gutural—, mírame, Pamela.

Ella levantó la vista y vio que él estaba desnudo excepto por los calcetines y la gorra sucia, desnudo y eréctil y tirándose de la polla como un granjero trabajando la

larga y manchada ubre de una vaca. Ella tardó un minuto en recobrase del impacto, que le había caído en las piernas como un fardo de sangre. Luego se levantó y cogió el atizador. Solo le dijo:

—Quita eso de mi vista.

Y al cabo de un instante Howard desaparecía de escena, con la mano reluciente de la sustancia cerúlea que había extraído de su cuerpo, como si fuera oro de los residuos de una mina abandonada.

¿Y por qué pensaba en aquello ahora? Porque ahora era apropiado, ahora era el momento. Ella era una mujer casada y aquel hombre de la espalda rígida y la nuca maciza y sólida como una boca de incendios, que manipulaba algo en la otra habitación, era su marido y ella podía permitirse con él sus más locas fantasías, hacer lo que quisiera —acariciarle, chuparle— sin sentirse sucia. Aquella era su noche de bodas. Aquella era la consumación de las horas de toqueteos, jadeos y palpitaciones, y del rigor del autocontrol que era más fiero que ningún deseo.

—Sess —le dijo, y se desabrochó el sostén y lo tiró al suelo también—. Sess, mírame.

Él se volvió, su marido, y en la mano tenía el objeto con el que hurgaba, una lámina brillante, una funda de plástico parecida a la piel.

—Solo estaba... —dijo, y ella miró su rostro, le miró a los ojos, mientras él se calentaba con aquella nueva visión de ella de pie, desnuda excepto por aquella finísima capa evanescente de seda Osvald color perla—. No he conseguido... lo he sacado del paquete y...

Ella estuvo a punto de echarse a reír.

—No necesitas esa cosa —le dijo, abriendo los brazos—. No volverás a necesitarlo, nunca más. ¿No te das cuenta? Soy tu mujer.

Se levantaron temprano, los dos, con las bolsas preparadas, la canoa cargada hasta los topes de regalos de boda, y desayunaron lo que encontraron a mano (Sess tomó jamón, un bocadillo de lengua de caribú y queso sobre media hogaza del pan francés que Pris había traído de Anchorage; Pamela un plato de restos de ensalada de tres judías, corazones de alcachofa marinados, una hoja de lechuga iceberg, y para rematar, una cucharada de ensalada de patatas). No había dormido, o tal vez sí, a intervalos, pero de una forma que era más una duermevela o un sueño despierta que otra cosa, y no podía evitar tocarle constantemente, pasarle una mano por el brazo o recorrer la misteriosa topografía del hombro que se apretaba contra el suyo. Se había convertido en exploradora, y aprendía la morfología de la tierra, creándola de nuevo sin cesar, una y otra vez.

Él le había hecho el amor dos veces bajo la influencia del infatigable sol cobrizo, que se negaba a ocultarse en su noche de bodas, el sol que irradiaba los márgenes cuadrados de las persianas y pintaba los pies de la cama como si solo existiera para

ellos. Y Sess no era como Fred Stines o Eric Kresten ni como los colegiales tensos y ansiosos de rostro ardiente cuya idea del amor físico era puramente mecánica, una especie de ejercicio, como las flexiones o los abdominales. No. Él era paciente. Amoroso. Agradecido. La hacía sentir más que simplemente deseada; la hacía sentir el centro del universo. Ella le observó dormir mientras el sol se hundía en las colinas y las sombras se volvían grises con la oscuridad que quería ser noche, y luego le despertó cuando el sol volvió, y él volvió a hacerle el amor.

Pero ahora eran las siete de la mañana y estaban ordenando la cabaña, hicieron la cama, guardaron las sobras en la nevera de Richard y salieron de la mano hacia la canoa. El sol inundaba los árboles, el río era un caldero de luz. Los pájaros parloteaban. Un par de ocas se tiraron al agua y Sess le enseñó la cápsula espinosa y negra de un puercoespín atrapado en la cima de un abeto sobre la bahía. Y luego remaron, al unísono, en una fácil y rítmica acomodación de hombre y mujer, remaron como si siempre hubieran formado un equipo.

Todo le parecía nuevo, cada hoja, cada meandro, el río que resistía su remo y se recreaba a sí mismo en cada momento. Tenía el cerebro inundado de endorfinas. Se sentía más ligera que el aire. Hablaban en un susurro y sus voces suaves y despreocupadas flotaban sobre el agua. Hablaban de cosas materiales, de construir una nasa para pescar, ampliar la cabaña, montar un invernadero para los tomates, plantar semillas de zinias, caléndulas, margaritas y dragoncillos. Y los perros.

—Lo primero que voy a enseñarte es cómo usar el trineo con los perros —le dijo —, para que puedas cazar conmigo, para que seas mi pareja también en esto. ¿Tú siempre has querido ser mi pareja, verdad? ¿Desde el principio?

Pamela respondió con una sonrisa, mirándole por encima del hombro mientras el remo se deslizaba rítmicamente de vuelta. Claro que era su pareja. ¿Acaso no le había elegido? ¿No se trataba de eso? Ella alimentaría a los perros, montaría el trineo con ellos, extendería y curtiría las pieles, cosería los agujeros de la ropa de Sess, le daría de comer, le calentaría por las noches, y él la abrazaría y la cuidaría a su vez. Aquello sería su vida, que se proyectaba hacia el futuro, tan definida y certera como puede estar una cosa en esta tierra.

Un momento después, la espuma lechosa del Yukon cedió paso al cristalino Thirtymile y ante sus ojos apareció la cabaña —el hogar de los dos— como el último reducto de civilización en un mundo devuelto a la naturaleza. La canoa cortó la corriente y la cabaña creció ante ellos. Todo estaba quieto y silencioso. Sereno y exuberante. Ella quería sentir aquel silencio, acunarse en él, pero de pronto, Sess empezó a hundir el remo en una especie de frenesí, por primera vez fuera de sintonía con ella, con todas sus fuerzas, propulsando la canoa hacia delante como si el río se hubiera incendiado.

—¡Los perros! —exclamó.

Y entonces ella comprendió: los perros no ladraban. Dos días atados a sus cadenas sin nadie en casa: tendrían que haber apuntado al cielo con los morros,

expresando su impaciencia y su alegría. Pero estaban en silencio. Peor: aún yacían entre las hierbas, las cadenas como cuerdas al cuello. Y cuando Sess y ella empujaron la canoa sobre la grava y subieron corriendo la cuesta, sin aliento, descubrieron los cadáveres ya rígidos alrededor de los sombríos agujeros donde habían anidado las balas.

TERCERA PARTE

EL DÍA DEL DRUIDA

*Una píldora te hará crecer,
y una píldora te hará menguar,
pero las que te da tu mamá
no te causarán ningún efecto.*

GRACE SLICK,
«Conejo blanco»

Aquella mañana Star no tenía ningún mantra en la cabeza, ninguna serie de sílabas sin sentido o de letras de canciones rebotando por la mente mientras el sol cantaba en la ventana sobre el fregadero y sobre treinta y dos huevos frescos y recién batidos y revueltos en la sartén. O sartenes. Cuatro de ellas, de hierro colado, negras como el carbón. Cuatro sartenes, cuatro fogones, todos enormes. Las paredes llenas de carteles, cuatro Beatles, tres Young Blood, cinco Rolling Stones. Albahaca, romero, estragón y limoncillo. Cacharros de cerámica. Un montón de verduras. Star estaba desmenuzando queso de cabra sobre cada una de las sartenes, el aroma subía, la espátula trabajaba. Remover y extender, remover y extender. Junto a su codo, la picadora, que aquella mañana tenía un brillo húmedo, el residuo de los tomates, pimientos y cebollas que Merry y ella habían cortado en cubos mientras Lydia exprimía naranjas y Maya retiraba las galletas recién hechas del horno. Sobre la mesa había una alta pila de platos metálicos y los cubiertos, que esperaban a la hora punta del desayuno en dos recipientes de plástico que antes habían contenido margarina Blue Bonnet. A modo de servilletas, había un rollo de papel, como en Camp Minewa.

Los números también eran importantes aquella mañana, las cifras la absorbían: fuera, dos perros echados en el suelo, en la cocina, cuatro mujeres trabajando (y ella no pensaba llamarlas «titis» ni «chatis», le parecía una estupidez, degradante y humillante, dijera lo que dijera Ronnie), dos cabras bajo el árbol, cuarenta y tres personas haciendo cola para el desayuno y un sol, grande y resplandeciente, que confería cierta magia a la rejilla negra de la puerta. Revolvió los huevos, una sartén, dos sartenes, tres sartenes, y el olor de las cebollas competía con el de las galletas hasta llenar toda la habitación. Jiminy asomó la cabeza por la puerta.

—¿Ya está? —quiso saber.

—Un minuto más —contestó ella, y pensó que le gustaba aquello, aquel lugar y aquel momento, más de lo que nada le había gustado en su vida—, sesenta ínfimos y fugaces segundos... empieza a contarlos con los dedos. —A Merry, que estaba detrás de ella, le dijo—: ¿Quién inventó eso de las titis y los troncos? Vaya estupidez. Y troncos, aún, porque es algo duro, fuerte...

—Y poco receptivo —terció Merry, acercándose con una sonrisa y el porro rudimentario, gordo por en medio, que compartían. Se lo puso en los labios a Star, que manipulaba vigorosamente la espátula y las sartenes—. ¿Con la sensibilidad de un tronco? ¿Perezosos, durmiendo como troncos, pasando de todo?

—Bueno, eso también. Pero un tronco es un colega, un amigo, alguien en quien confiar. Pero ¿una chati o una titi? Parece una criatura tonta, una muñeca que solo sirve de adorno o para jugar.

—Pero son monas, ¿verdad?

—Yo no quiero ser mona.

Merry estaba cortando pan en rebanadas de dos centímetros de grosor. Como el

pelo le caía en la cara y sobre las manos y la tabla de cortar, se lo echó atrás con un movimiento de la nuca.

—Y entonces ¿qué quieres ser, dura?

Los huevos revueltos cayeron sobre un par de grandes y bonitos cuencos de cerámica fabricados por Harmony y Alice, alfareros residentes en Drop City. Star apartó la cara del remolino de vapor caliente y voceó:

—¡Ya está! —Luego se dirigió a Merry—: Pues sí, prefiero ser dura. Siempre es mejor ser dura que vulnerable. Incluso depredadora.

—¿Como una gata?

Aquello era demasiado, y a las dos les dio la risa y se frotaron los ojos y la punta de la nariz, que les picaba mientras servían los huevos, primero a Jiminy, luego a todos sus hermanos y hermanas, a todos los invitados especiales de Drop City, que se acercaban con sus platos de hojalata en la mano. Jiminy casi siempre era el primero de la fila porque era el más hambriento, flaco como un superviviente de un campo de concentración, pero comía más que nadie que conociera Star, más incluso que su hermano, que era atajador izquierda en el equipo de fútbol de la universidad y calzaba un cuarenta y seis. Le seguían dos completos desconocidos y luego iban Reba y Alfredo y los niños, y Reba parecía dura y vieja a la luz de la mañana, con el pelo como hierba seca y los ojos opacos y mortecinos. Cuando sonreía —y ahora no estaba sonriendo, porque sus labios eran dos gajos muertos apretados uno sobre el otro—, toda una llanura aluvial de profundas arrugas y surcos abultaban sus ojos, como si ya hubiera agotado todo su cociente de alegría, y a partir de aquel momento cualquier sonrisa le resultara costosa.

—A Che no le gustan los huevos —anunció—. Creo que es alérgico a la albúmina. Si acaso dame una tostada y le pondré miel o algo.

Che estaba junto a ella, medio dormido, con la camiseta sucia, los pies sucios, el pelo crespo aclarado por el sol y los ojos como hendiduras en una pantalla de radar.

—¿Quieres eso, pequeño? —le preguntó Reba inclinándose hacia él—, ¿tostada con miel?

—Yo también quiero miel —dijo Sunshine con una voz tan áspera como el ruido de rascarse una costra, baja y ronca, sin ninguna expectativa de satisfacción o alivio.

Sunshine tenía tres años. Iba detrás de su madre, tan pegada a ella que su abultada barriga rozaba el dobladillo de su camiseta. Tenía la mirada dulce, inundada de lágrimas, sin esperanza. Star intentó sonreírle, porque eso era lo que teóricamente había que hacer al cruzarse con un niño («Oh, qué mona... ¿O es un niño? ¿O ninguna de las dos cosas?»), pero los niños la hacían sentirse torpe e incómoda, incluso antinatural. ¿Cómo podía ella, una mujer, decirle a alguien que no quería tener niños, ni relacionarse con ellos, que ni siquiera le gustaban? Los niños le parecían un simple lastre, pequeños alienígenas ululantes de cara colorada que te vampirizaban y robaban la vida, y si tenías algún sueño de vida propia, ya podías olvidarlo al tener hijos, porque a partir de entonces y para siempre, serías solamente

madre. ¿Y qué había de malo en el control de natalidad? ¿En la píldora? Folla todo lo que quieras, pero tómate sin falta la píldora todas las mañanas. Star no entendía otra opción. No la concebía.

En cualquier caso, intentó una sonrisa y Reba le lanzó una mirada desesperada antes de volverse hacia su hija y cogerle un brazo con dos dedos convertidos en pinzas, como la madre de Star, como cualquier otra madre, y aquello devolvió a Star al pasado, muy lejos, como si se quedara atrapada en un vídeo doméstico.

—Tú te comes tus huevos y no te atrevas a empezar otra vez, que esta mañana no estoy de humor —siseó Reba—. Y te voy a decir una cosa...

La chica, la niña, Sunshine seguía allí plantada, impertérrita ante la amenaza implícita. Su hermano se encerró en sí mismo, definitivamente molesto por la hora, el lugar, la vida en aquel desconcertante planeta invertido, y la niña lo miró como si no lo reconociera. Con su diminuta voz desesperanzada, dijo:

—Quiero zumo.

—Leche —la corrigió Reba automáticamente.

Los del final de la cola, aunque sumidos en sus propias órbitas planetarias (campanillas, barbas, cuentas de collar, chistes matinales, ritmos fáciles y calmantes), empezaban a preguntarse el porqué del retraso.

El hilillo de voz:

—Zumo.

Y entonces intervino Star, porque el zumo era especial, aquel era el Día del Druida, la celebración del solsticio de verano, y el zumo, recién exprimido por Lydia y tan puro y orgánico y saludable como podía encontrarse en la dorada y soleada huerta californiana, contenía ácido, LSD, dietilamida de ácido lisérgico, porque todos los habitantes de Drop City iban a compartir su yo interior, todos, en un esfuerzo concertado por elevar la conciencia del planeta por una diminuta fracción de un grado.

—Pero, cielo, el zumo no está bueno hoy, no te gustará...

Desnuda, con las piernas ligeramente combadas y los rasgos desapareciendo en la amplia arena de su cara, la niña se mantuvo firme.

—Zumo.

—Joder —dijo Reba—. Qué mierda, joder. Me la suda. Dale un zumo.

Lydia estaba allí, y Merry y Maya, todas mirándola con una sonrisa descolorida. Eran las titis y estaban sirviendo el desayuno. Mañana les tocaría a otras, otro grupo de titis. Pero aquella mañana era aquel grupo —el grupo de Star— y había una celebración en curso, o a punto de empezar. Star titubeó:

—Eh... Es que el zumo de hoy es especial, Reba. ¿No te acuerdas?

—Solsticio de verano.

—Ya.

—El Día del Druida.

Ella sentía la hierba tirando de su cuerpo, cerca de la levitación, con la gravedad

súbitamente anulada como en un sueño, el tirón más suave y sutil y persuasivo del mundo. Luego, todo se relajó.

—Sí —dijo al fin—, entonces, nosotros, bueno, Lydia ya ha mezclado...

—El zumo con ácido, como si el Día del Druida no fuera un invento nuestro, de Alfredo y mío, de hace dos años, y ¿dónde estabais vosotras entonces, en casa con mamá y papá? ¿Os creéis que estoy tan descontrolada que no sé lo que hago? ¿Te crees que mis hijos no se han iniciado? —Reba fulminó toda la cocina con su mirada y luego bajó la cabeza para enfrentarse a su hija—: ¿Ves el problema que estás causando? ¿Quieres zumo? Muy bien, tendrás tu zumo, pero luego no me vengas llorando si te metes en un mal viaje como la última vez, ¿te acuerdas cuando te acurrucaste en el armario debajo del fregadero y no quisiste salir en todo el día?

Sunshine no asintió, no dijo sí ni no, ni siquiera pestañeó.

—Muy bien —jadeó Reba, enderezándose y sonriendo, con la cara como un caldero de tics y arrugas y pecas repartidas en constelaciones insólitas—, ponle huevos y leche y así me dejará en paz, porque de vez en cuando necesito un respiro, lo creas o no, y solo medio vaso de zumo, ¿vale?

Alfredo estaba absorto en una conversación con Mendocino Bill:

—Los hobbits miden menos de un metro, el tamaño de los niños, porque es un libro para niños, así que olvídale...

Y no tenía nada que decir al respecto. Le dirigió una mirada inexpresiva a Star y la cola avanzó. Sunshine llevó su plato con huevos y su zumo a la mesa y volvió a por la leche. Cuando Star volvió a levantar la vista, todos los asientos de la mesa estaban ocupados, y Jiminy argumentaba algo, blandiendo su tenedor y tirándose de los mechones sueltos de su pelo como si hubieran cobrado vida y le estuvieran atacando. Sunshine había desaparecido. Su plato, casi intacto, estaba apartado a un lado. El vaso de leche también estaba, con una fina banda amarilla de nata pintada en el borde, pero el zumo se había acabado.

Star tomó nota mentalmente, hizo una fotografía en su memoria (mesa abarrotada, muchas camisetas estampadas, huevos amarillos en los opacos platos metálicos, tenedores resplandecientes, dientes centelleando, y ningún niño presente, en ningún formato, y nada de zumo), pero la instantánea nunca llegó a imprimirse porque Verbie estaba allí en la cola con una chica que podía haber sido su gemela excepto que llevaba el pelo largo, y Verbie la presentó como su hermana Angela de Pasadena. Los platos desfilaron, las galletas se desvanecieron, el zumo de naranja bajó bruscamente de nivel en la jarra. Verbie se sirvió doble ración de huevos, aceptó galletas y un vaso lleno de zumo. Star ya se había tomado su zumo y ya sentía la primera carga chisporroteante disparándole sus sinapsis por todo el cuerpo. Por eso desconectó momentáneamente de Verbie, que estaba en medio de una complicada historia sobre su hermana, algo sobre el whisky, demasiados Harvey Wallbangers y una bailarina de discoteca. La hermana parecía radiante de placer. Aquella era su historia y Verbie la estaba contando en el desayuno, en el Día del Druida, en Drop City.

—Oye, creo que yo también me tomaré un vaso lleno de zumo —dijo la hermana—. ¿No es tan fuerte, verdad?

—Doscientos mics —contestó Verbie—. Máximo trescientos.

¿Y quién iba después? Ronnie, con aspecto malhumorado y perruno. Tenía la cabeza baja, mirada furtiva y en constante movimiento tras los discos sobredimensionados de sus gafas de sol, un pez, todavía no atrapado en la red, pececito en un fangoso acuario. Ronnie cogió un vaso y se lo tendió.

—¿Huevos? —sugirió Star, como una oferta de paz.

Ella había cocinado los huevos y se los iba a servir, era una titi trabajadora, discreta y responsable, ¿qué más podía pedirse?

—Pasando de los huevos.

—¿Tostadas? ¿Galletas? —Intentó una sonrisa—. Recién hechas. Por Maya.

—Solo el zumo —él observó cómo le llenaba el vaso. El ruido del desayuno llenaba la sala, se desbordaba por la puerta hasta el patio—. ¿Y dónde te has metido estos últimos dos días? —le preguntó—. Te he estado buscando.

Ella se encogió de hombros para demostrar que todo era normal, sin importancia, pero no era fácil encogerse de hombros y servir el zumo al mismo tiempo. El zumo goteó por los lados del vaso y encharcó la mesa.

—Nos fuimos de excursión con mochilas a Mount Tam —dijo—. En Redwoods, ya sabes. Fue un viaje de verdad.

—Marco y tú, ¿verdad?

Ella asintió.

—Como la noche que cacé el ciervo. También te busqué aquella noche. —Cogió el vaso de su mano y lo sostuvo aparte. El zumo echaba espuma como la poción del caldero de las brujas, naranja fosforescente y goteante—. ¿Solo Marco y tú, verdad?

—Sí, pero supongo que tú tenías a Lydia para reconfortarte, o a Merry y aquella chica nueva con la que te vi el otro día tan enrollado. ¿Cómo se llama? Premstar... Aquella tan colocada que casi no podía hablar... Seguro que ellas no te han dejado autocompadecerte.

—¿Solo Marco y tú, verdad? —repitió él.

Ella le miró fijamente.

—Muy bien, de acuerdo. —Él se bebió el zumo de un solo trago, atrapó la jarra del mostrador y volvió a llenarse el vaso hasta el borde—. No hace falta que vuelvas a dirigirme la palabra —dijo, y lo dijo por encima del hombro, porque ya estaba saliendo por la puerta a la luz deslumbrante que estallaba a su alrededor, como estrellas colisionando.

Lydia estaba sentada en el mármol cerca del fregadero, mirando por la habitación totalmente ajena a lo que le rodeaba, concentrada en su propio viaje (y no confundas tu colocón con el mío), pero Merry rodeó la mesa y se sentó allí hasta que Star advirtió su presencia.

—¿De qué iba todo eso?

Star estaba sintiendo, hasta la punta de los dedos de los pies, el primer asalto eufórico y aleteante de la droga. No quería complicaciones, no quería posesividad, celos, rabia, mal sexo o sentimientos negativos. Solo quería relajarse y dejar que el día se desarrollara, contemplando cada luminoso minuto. Miró a Merry y le pareció como si estuviera debajo del agua, con el pelo flotando en suaves ondulaciones: su rostro, sus ojos, como algas llevadas por las corrientes y también caballitos de mar.

—No sé —se oyó decir—. Supongo que Pan tiene un mal día.

Fue entonces cuando apareció la cara de Lester, con una amplia sonrisa, oro en los dientes y la piel tan reluciente y gastada como el cuero de la bolsa de deporte que su hermano Sam colgaba en el garaje de casa de sus padres. Lester tenía los ojos enormes, como si se hubiera pasado la vida tanteando en la oscuridad —parecían ojos de lémur o de búho— y el pelo tan cardado que se sostenía sobre su cabeza como el de Jimmy Hendrix. Franklin iba con él y los dos llevaban la espalda encorvada, como si anduvieran bajo una tormenta.

—Eh, Star, Merry, ¿qué pasa? —dijo Lester—. Nos preguntábamos si tendríais un poco de ese zumo para un par de ermitaños. Quizá unos huevos también, ¿molarían unos huevos, no, Franklin?

—Claro —contestó Franklin.

A Star no se le ocurría una respuesta. Por mucho que intentaba, no surgía ninguna idea, no en aquel momento, ni un sí ni un no, ni un vete al infierno, nada. Cero. Star no daba en el blanco. Sky Dog se había ido, como Dewey y la mayoría del grupo, pero Lester y Franklin seguían allí pegados, aunque todo el mundo les trataba como a leprosos. Llevaban semanas sin aparecer en las comidas y casi nadie les veía nunca. Pero allí estaban, y todos lo sabían, aunque fingieran no darse cuenta. Si pasabas por el aparcamiento, veías el Lincoln, tan polvoriento como si fuera una excrecencia espontánea de la propia tierra. Si dabas un paseo por la noche, la música te llegaba desde la casa de atrás, profunda y misteriosa. Y de vez en cuando levantabas la mirada de lo que estuvieras haciendo y les veías allí fuera, en su porche medio derruido, con el torso desnudo, pasándose un porro, un cigarrillo o una litrona de una mano pegajosa a otra.

Merry fue la primera en contestar.

—No lo creo —dijo.

Lester se volvió a Franklin, como para hacerle de intérprete:

—¿Has oído eso, Franklin? La chica dice que no. ¿Tú qué dices?

Franklin le sacaba una cabeza de altura a Lester. Llevaba una camisa a topos amarillos sobre fondo negro, con el cuello muy grande. Tenía bolsas bajo los ojos, como si hubiera pasado cien noches sin dormir, y dejaba que su procesado pelo le creciera en volutas rojizas. Miró a Lester cuando este habló.

—Yo no digo nada.

—Pues yo digo que sois un montón de hippies racistas de mierda —dijo Lester mirándolas a las dos—. ¿Qué pasa, los negros no somos lo bastante buenos para

vosotras?

—Que te jodan, Lester —le espetó Merry, y asomaron algunas caras por la puerta, pero sin dar ni un paso más, como si les sujetaran unas correas invisibles. ¿Y dónde estaba Marco? En Sant Rosa, con Norm, comprando provisiones.

A Lester le pareció divertido.

—¿Que me jodan, eh? Eso es lo que para ti significa «paz y amor».

Airada, esa era la palabra. Star se sentía airada; primero Ronnie y ahora aquello.

—Mira —dijo, adentrándose en la brecha—, sabes perfectamente bien que esto no tiene nada que ver con el hecho de que seáis blancos o negros o...

—¿Rojos o amarillos?

Por alguna razón, ella tenía la espátula en la mano. O no, era el cucharón de servir, con un mango de madera de pino quemado e incrustado, y lo blandía como si fuera la baqueta de un director de orquesta.

—Norm dijo...

Él se la devolvió, pero suavemente, muy suavemente, con la voz convertida en un susurro:

—Norm dijo. ¿La oyes? Y una mierda, Norm dijo. Norm dijo que todo el mundo es bienvenido aquí, y si tanto os molan los negros, dime cuántos hermanos más tenéis escondidos en el bosque por si acaso decidimos largarnos un día de estos. ¿Eh? ¿Cuántos? ¿Diez? ¿Quince?

Star sintió cómo se le disparaba el corazón. Dejó caer el cucharón sobre la mesa y retrocedió.

—No voy a discutir contigo. No voy a dejarme llevar por tu mal rollo, haz lo que te dé la gana, paso de ti. De verdad, paso.

—¿Y qué pasa con Marco? ¿También pasas?

Y entonces ella lo dijo también:

—Que te jodan, Lester. Que te den por culo.

Pero Lester se estaba sirviendo zumo, Lester estaba cogiendo huevos y galletas. Cogió lo suficiente como para tres personas, lo puso en una bandeja en la que todo se derramaba y se la pasó a Franklin, luego se sirvió él, y nadie dijo una palabra. Una cucharada de huevos, dos, tres. Se tomó su tiempo, y mantuvo una sonrisita en los labios que hizo sentir a Star triste y avergonzada. ¿Realmente habían caído tan bajo? ¿Se estaban peleando por la comida? ¿O era algo más, algo feo y sucio, algo que convertía Drop City en la mayor payasada del mundo?

Adelante, define tu mal viaje, porque ya está aquí.

Star se dio la vuelta y salió de la cocina, atravesó la sala de reuniones y la puerta principal. Nada de huevos para ella, nada de lavar los platos con sus hermanas, nada de bailar ni alegría ni flores en el pelo, nada de comunicarse con el clan ni de dejar que el ácido la limpiara de toda impureza, ni por dentro ni por fuera. Cruzó el pálido

camino de tierra hasta la cabaña del árbol, subió la escala, la levantó y recogió tras ella y se echó en el saco de dormir de Marco, mirando las hojas fijamente, hasta que pudo identificar cada una individualmente y su ritmo cardíaco se ralentizó pasando por todas las velocidades, desde el hipereceso hasta la neutralidad.

Más tarde —tal vez fueron cinco minutos o tal vez cinco horas, no tenía ni idea—, se levantó y miró a su alrededor. Había una libélula posada sobre la baranda, una simple mancha de color eléctrico como un clavo azul hundido allí, y debajo, una estantería incorporada resplandecía con los colores de los libros que Marco había ido recolectando —*Alma encadenada*, *Ficciones*, *Cuna de gato*, *La pesca de la trucha en América*, *El lobo estepario*— y una linterna Coleman con un matiz de verde tan profundo que parecía excavar un agujero en la pared. Los libros eran incandescentes, ardían por dentro. Star cogió uno casi al azar, por el color y el tacto, lo abrió y le pareció que las palabras navegaban por la página como barcos en un mar envenenado. No podía comprender el sentido, ni tampoco lo deseaba, en aquel momento odiaba la idea de los libros, la literatura, las historias (porque las historias no eran verdad, ¿o sí?), pero los libros le recordaban a Marco, y por tanto eran buenos, sinceros y valiosos, y ella acarició el objeto familiar como si fuera un gato o un conejo doméstico, lo acarició hasta que el papel se volvió pelaje y el calor vivo que lo animaba penetró por la punta de sus dedos.

Oía pequeños ruidos, sonidos íntimos, como si se hubiera retirado de sí misma y se hubiera vuelto omnipresente: un carraspeo, una risita, un suspiro, el leve rumor del aliento de Jiminy al fondo de su garganta mientras se acunaba contra la piel reluciente y sudorosa de Merry en el dormitorio de abajo de la casa principal, a un centenar de metros de distancia. Oía las hojas de los árboles respirando y la savia bullendo por las ramas como la sangre, sangre lenta, sangre como pasta. Las termitas susurraban en el suelo del bosque, las pezuñas de las cabras crecían y se expandían con un sonido agudo que hervía y estallaba en sus oídos. Y luego el libro, el que tenía en las manos, se rematerializó en una onda de color, rosa y amarilla y un solo ojo humano miró fuera de la página, y ella lo reconoció enseguida, era «*Las babas del diablo*» y *otras historias*, de Julio Cortázar. Era un libro que Ronnie le había recomendado, en Nueva York, y ella, a su vez, se lo había comprado a Marco. Allí estaba el sello de la librería de ocasión de Sebastopol, Freewheelin' Books, veinticinco centavos, allí mismo, como una borrosa mancha rosa de la página interior. Muy bien. Por lo menos había averiguado eso, aunque las palabras siguieran decididas a no cooperar, aunque se agruparan, se reagruparan, se propulsaran y agitaran por la página como si todas las bocas del bosque le zumbaran en los oídos con vocecillas que ardían y chillaban sus testimonios hasta convertirse en un borrón de ruido blanco. Star podía soñar las historias, soñar con el ajolote y el hombre que vomitaba conejitos, y las soñó, hasta que tuvo que sacar todos los libros, uno tras otro, y dejar que las historias que contaban la infestaran por completo.

Después se encontró al pie del árbol, con los pies descalzos sobre las hojas

mordientes, sembrando un cargamento de libros como si fueran semillas relucientes, porque allí los habían encontrado, en una densa, cálida y sudorosa tarde que pasó como una bomba de relojería, ¿y dónde estaba Marco ahora que ella lo necesitaba? Se había ido con Norm, recordó, eso era. A Santa Rosa. A buscar provisiones. Había prometido tomarse su ácido a la misma hora que ella se tomaba el suyo, y así podrían cabalgar juntos sobre la ola, y ella le vio tomárselo mientras la camioneta se tambaleaba por el camino y Norm hablaba al mismo tiempo que la radio con una voz que era como un grito sostenido y lanzado desde la casa del dolor, pero Santa Rosa no era Tombuctú, y ya debían de estar de vuelta, ¿no?

Con un amplio barrido del arco del pie, Star enterró los libros bajo las punzantes hojas. Le habían destrozado la guitarra, roto la ropa, desventrado sus libros, y ahora ella los enterraba con cuidado, con el debido y obsequioso respeto. Nuevos libros, de colores más vivos e historias más verdaderas, brotarían para reemplazar a los viejos, toda una biblioteca viviente que crecería en el humus del pie del árbol. Libros gratuitos, libros para coger y recolectar, como los frutos del bosque. O algo por el estilo. Se quedó allí un momento, intentando concentrarse, y luego se encontró derivando hacia la casa principal y hacia un grupo de gente instalada en el porche, música elevándose desde profundidades invisibles, alegría y hermandad, pero no se sentía preparada, aún no, y en vez de seguir, dio la vuelta y se dirigió al bosque. Allí estaría sola, embarcada en su propio viaje, mientras la tierra se aferraba a sus pies como zapatos hechos a medida, hola y adiós, hola y adiós, y los árboles le abrían paso como una multitud, por todo el camino hasta el río.

El aire era denso, el sol torturaba al agua. Los pájaros caían como meteoritos del cielo. Star se sentó en la orilla, escuchó lo que decía la corriente, sumergió las manos y los pies, pero siguió sin sentirse bien. No parecía recobrar el aliento. Eso era. Tal vez se había excedido con el café o había tomado demasiadas anfetaminas en una larga e interminable noche tras el volante, con las Rocosas elevándose sobre el páramo como un inmenso muro gris impenetrable que podría haber detenido a ejércitos enteros. ¿Tenía miedo? Sí. Miedo de todo y de nada, de cosas que no estaban allí, y de otras que se desplazaban y mutaban más allá de su campo de visión. Cerró los ojos y contempló cómo las imágenes jugaban contra el oscuro escenario de sus párpados en una espasmódica y acelerada danza que no lograba ralentizar ni detener.

Ella estaba con Marco el día en que le habían destrozado sus cosas, en el campo, detrás de la casa principal, donde él estaba montando la canalización de las aguas negras. Había ido a llevarle una jarra de Kool-Aid, descalza, con pantalones cortos y una blusa campesina con pájaros azules quetzal bordados en el corpiño, una blusa que había comprado en una tienda de segunda mano de Nuevo México —una prenda que la hacía sonreír incluso ahora al recordarla—, y se había sentado y observado cómo se le movían los músculos en la espalda cada vez que él se agachaba a coger una palada de grava en la zanja. Él le dijo que estaba muy guapa. Ella le dijo que él era

muy guapo.

—Entonces, formamos una sociedad de admiración mutua —dijo él, cogiendo otra palada de grava. Había otra pala allí de pie, clavada en un montículo de piedras sueltas como si fuera un regalo de la naturaleza.

—¿Quieres que te ayude? —le preguntó, cogiendo la pala de la grava con un ruido como dientes rechinando, luego le dedicó una pose, con un pie desnudo puesto en el borde de la pala y las dos manos sobre el mango.

—¿Descalza? —exclamó él, irguiéndose para secarse el sudor de la frente con un pañuelo estampado en motivos de cachemir, que usaba como cinta para apartar el pelo—. Debes de ser una mujer fuerte.

Era verdad. Durante casi una hora estuvo trabajando junto a él, cavando y lanzando con movimientos sincronizados a los de él, y la grava se elevaba en la zanja como un afluyente gris en medio de la franja pardusca, y ella lo notaba en los tendones de las corvas, los brazos y la zona lumbar, y sobre todo en los pies, que le dolían como si se los hubieran golpeado con ladrillos durante todo aquel tiempo, pero no abandonó. Quería sus elogios y aún quería más: mostrarle que podía superarle.

—Está bien —dijo él al fin—, de acuerdo... ¡Dios, qué demonio de tía! Alfredo tenía razón.

—¿Sobre qué?

Él miró a lo lejos, por el campo, donde los árboles oscilaban inclinándose hacia el río.

—No lo sé. ¿Quieres darte un baño?

El agua era algo vivo, animada en la más mínima onda o arroyuelo, y Star se tiró con un movimiento liso y cortante iniciado por sus palmas unidas y elevadas sobre el arco de su nuca y acabado con un latigazo de sus tobillos y pies. El chapoteo de Marco quedó ahogado por el de ella y el choque instantáneo del frío. Después nadaron hasta la otra orilla, el crol de Star contra el estilo mariposa de Marco. Marco hizo un sprint final, golpeando la superficie espumosa con las alas extendidas de sus brazos y las sordas y martilleantes explosiones de sus pateos. Pero en su mente, Star había vuelto al lago familiar, tenía trece años y era la mejor nadadora de su edad: nadaban hasta la plataforma y volvían, y nunca perdió, nunca en todo aquel verano. Ahora tocó las rocas de la otra orilla y se volvió a mirarle. Dos latidos, tres, y allí estaba, desnudo contra ella en la palpitación de la corriente, y se apoderó de su cuerpo como si llevara toda una vida persiguiéndola.

Más tarde, cuando el sol trazó un surco en medio del río y cayó entre los árboles, nadaron de vuelta en tándem, recogieron su ropa y echaron a andar colina arriba. Los pies se le resbalaban por el camino de tierra. Se sentía limpia y renovada, como siempre después de un baño, con los músculos estirados al máximo y luego acariciados y masajeados como la carne de ternera que su madre golpeaba para hacer *cordón bleu*, primero un lado, luego el otro, flap, flap, flap. Habían hecho el amor en una franja de hierba, ondulante y fresca en medio de un banco de arena. Marco se

había tomado su tiempo: con la lengua y los labios había logrado arrancarle suaves gemidos y ella había arqueado la espalda para acogerle dentro, haciéndole el amor como él se lo hacía a ella. Luego se quedaron echados en la hierba mucho rato, contemplando el cielo color cobalto y un halcón solitario abrasado por el sol. Después Marco la acarició y ella se subió rodando encima de él, con cada milímetro de su piel encendido desde dentro, y pensó en una película que había visto en la televisión una noche, tarde, cuando estudiaba secundaria y sus padres estaban durmiendo, muertos para el mundo —*Hiroshima, mon amour*, una película francesa —, y recordó la excitación que había sentido al ver a los dos amantes así, piel contra piel, los pechos de ella contra el torso de él, sus caderas apretándose, las piernas, los pies. No se sentía sucia. Se sentía limpia. Pura. Se sentía como si nunca hubiera vivido en casa de sus padres, nunca hubiera ido a clase de religión ni hubiera hecho la comunión ni hubiera escuchado horrorizada y ruborizada a la señora Montgomery cuando llevaba aparte a las niñas para contarles historias de penes, cómo la sangre los irrigaba para que se empalmaran, y que debían mantener las rodillas juntas hasta que se casaran. En los brazos de Marco, Star no había pensado en Ronnie. No había pensado en el tipo de la tienda india. No había pensado en nada.

Nadie había visto nada. Nadie sabía nada. Pero ella llegó del río con Marco, con el pelo mojado y goteando sobre la parte baja de la espalda, balanceando una mano cogida a la de él, sintiendo solo placer y paz en el mundo, y allí estaba la guitarra, con las cuerdas arrancadas y sueltas sobre el montón de hojas y la madera hendida en cortes astillados y relucientes que ahora solo eran recuerdos. Cruzaron el camino y vieron lo que parecían los restos de una de esas ventas de garaje al pie del árbol: sus libros, su ropa, incluso su cepillo de dientes. Marco no dijo una palabra. No se agachó a examinar los libros, ni intentó reunir las páginas o pegar con celo las cubiertas arrancadas, todo aquello vendría después. Solo se volvió y se dirigió a la casa de atrás, con los hombros tensos, los brazos rígidos a los lados, y ella tampoco dijo nada —o tal vez sí, tal vez lanzó algún grito o algún leve comentario de interrogación (como «¿Quién?» o «¿Por qué?»)—, y luego le había seguido.

Sky Dog estaba en el porche y les vio acercarse. Se levantó de la silla de cocina de respaldo curvado en la que estaba sentado y llamó a alguien de dentro —a Lester, Franklin o Dewey—, pero nadie contestó a la llamada, y Marco ya subía los escalones en una furiosa embestida y Sky Dog, todo manos y ojos desorbitados, retrocedía.

—No tengo ningún problema contigo —le dijo, reculando hacia una esquina, dispuesto a encogerse y esquivar y protegerse con el brazo. Marco fue directo a por él.

Ella no sabía cuánto tiempo había durado, pero nunca había dudado del resultado. Habían tenido que juntarse Alfredo, Jiminy y Mendocino Bill para separar a Marco de Sky Dog, que cayó en el primer ataque y no volvió a levantarse. Allí de pie, en la tierra del camino, con una saeta más que un rayo de sol martilleándole la cabeza, Star

oía el impacto de cada golpe, inflexible, hueso contra carne, hueso contra hueso, y era casi como si Marco le estuviera dando un masaje, concienzudo y diligente, con especial atención a la cabeza y la garganta. Pero aquello no era ningún masaje, aquello era un asesinato. O lo que más se le parecía. Había sangre donde no debía haberla, en las planchas de madera seca del suelo, en las paredes descoloridas, impregnando el chaleco vaquero de Sky Dog y manchándole el esternón como la señal de un dedo manchado de pintura. La sangre de Star hervía en sus venas. Odiaba aquello, lo odiaba, pero no podía apartar los ojos y no pidió ayuda ni una sola vez.

Pero todo aquello era pasado y el pasado ya no contaba.

Lo que contaba era ahora: abrió los ojos sobre los árboles que asentían con el viento, el festival del río, un par de martines pescadores volando bajo. Era solo un día, una especie de vestido con el que podías cubrirte y utilizar para tus propios fines, y ahora se estaba volviendo brillante, tan brillante que todos los colores sobresalían en relieve contra las sombras reunidas en la otra orilla. Números, se dijo, números y no historias. Dos pájaros, un río, trescientos dieciséis árboles, siete mil flores silvestres, una tierra, un cielo: no había nada que temer allí, nada por lo que preocuparse. *Strawberry fields forever*, campos de fresas para siempre. Se levantó y echó a andar de vuelta.

Norm tenía un reloj de bolsillo que llevaba tres generaciones en la familia, un disco de plata deslustrado con una cadena de plata deslustrada que guardaba en el bolsillo delantero de su mono. Según calculó Marco, debía de haberlo consultado por lo menos cada treinta segundos desde que habían salido del rancho, con la mano libre despreocupadamente posada sobre el volante, las interferencias de la radio y la camioneta desliziéndose por las curvas de River Road como si las fuerzas operativas habituales —gravedad, velocidad, resistencia al viento— se hubieran suspendido en honor al día.

—Lo que quiero —estaba vociferando— es coordinar esto para que nos situemos en armonía con todos los demás, quiero decir, perfectamente al unísono, y no creas que estoy loco, es algo kármico y punto. Y para que todo fluya. ¿Comprendes? ¿Qué sentido tiene un colocón sin un estallido, sin llegar al tope? ¿Tengo razón?

No necesitaba que se lo confirmara, pero Marco lo hizo igualmente.

—De acuerdo. Entonces, digamos, a las diez. Un vaso de zumo de naranja para mí, otro para ti, luego ligamos las cosas para la fiesta: gaseosa de vainilla, estoy enganchado, tío, me encanta la gaseosa con sabor a vainilla, sobre todo cuando estoy colocado, y luego volvemos a las once y media, doce, y que empiece la fiesta, el día más largo, tío, el día más largo. ¡Sí! ¿Te imaginas?

Acababan de llegar al aparcamiento del supermercado, la vida bullía a su alrededor, niños en bici, viejos saliendo a rastras de camionetas como mosquitos aplastados, aviones en el cielo, perros rascándose, madres empujando carritos como si fueran a la guerra, cuando el reloj de Norm se paró. Se detuvo a las diez menos cinco, con las manecillas inmovilizadas como si las hubieran soldado en su sitio.

—No puedo creerlo —murmuró, dando golpecitos al cristal. Se lo acercó al oído, volvió a darle golpecitos—. Le he dado cuerda esta mañana.

—Bueno, así es la vida —replicó Marco—. No hay que prestar mucha atención a los detalles. Déjate llevar por la corriente.

Norm parecía desconcertado. Miró a Marco sesgadamente, desde las profundidades de sus ojos estrábicos como si no lograra situarle. Murmuró algo ininteligible, una especie de cántico o plegaria, y luego, de pronto, le dijo:

—Tío, ya sé que no es asunto mío, pero por curiosidad, ¿te has enrollado con Star, verdad?

La pregunta pilló a Marco por sorpresa. ¿Star? ¿Quién estaba hablando de Star? Y enseguida surgió la sospecha. Miró a Norm, a los febriles ojos castaños huidizos tras las lentes distorsionantes y se preguntó: ¿Y a él qué le importa? ¿De verdad estaba prestando atención? Y si era así, ¿qué quería saber exactamente? Como gurú jefe y genio que presidía el rancho, reciclaba mujeres guapas con bastante eficacia: en una u otra ocasión, prácticamente todas las tías de Drop City se habían acostado con él. Lydia se había pasado una semana hablando de su *lingam* y de la perfección de sus

medidas, Verbie le llamaba «Pachá Norm» a sus espaldas y Star, bueno, Marco no podía hablar por Star, pero por lo que sabía de ella y por lo que sentía hacia ella, dudaba mucho que hubiera tenido un rollo con Norm, aunque todo era posible. Por supuesto, fuera como fuese estaría bien, porque todo el mundo había alcanzado la iluminación y la carne existía para ser celebrada, ¿no? Si alguien estaba celoso, si cualquiera de aquellos prejuicios burgueses salía a la superficie del largo sueño apacible que era Drop City, Marco nunca lo había visto. Pero Marco carecía de sentido de la observación y él era el primero en reconocerlo.

—Creo que conectamos muy bien uno con otro —dijo, y su voz parecía ahogarse en la garganta—. Star y yo.

Y Norm, acercándose más:

—¿Quieres decir en sentido espiritual? ¿Ágape en lugar de Eros?

—¿Qué quieres decir?

—¿Follas con ella?

—¿Qué clase de pregunta es esa?

—Una pregunta práctica.

Norm tenía mal aliento, o peor, tenía un aliento fétido. Los dientes le estaban pudriendo la cabeza y la cabeza le pudría el cuerpo. No creía en los dentistas —solo en los chamanes—, porque no eran las caries las que motivaban que los dientes se te cayeran, sino los espíritus malignos de los dentistas desaparecidos, y él tenía oro en la boca para demostrarlo.

—¿Qué? —preguntó Marco, y sintió que enrojecía—. ¿Te interesa?

Norm desplazó el peso en su asiento, se encogió de hombros.

—Es una tía con rollo.

Sí que lo era. Todo el mundo tenía rollo, todo tenía rollo. Aquel era el mundo que estaban construyendo, aquella era la nueva era, libre e iluminada y sin prejuicios, subir todas las montañas, ordeñar a cada cabra.

—Sí —se oyó decir Marco—, sí que lo es.

Hubo un momento de silencio y el motor de la camioneta se sumergió en el sueño en algún lugar detrás de ellos y debajo. Norm no hizo ningún ademán de salir. Se subió las gafas, que volvieron a resbalársele enseguida. Suspiró. Levantó una mano como en un gesto de extenuación y luego lo soltó:

—¿Sabes, tío? Hay una cosa que nunca te he dicho —empezó—. Ni a ti ni a nadie, en realidad, excepto a Alfredo. Y no es nada bueno, nada bueno en absoluto.

Volvió a golpetear el reloj, luego le dirigió una mirada desesperada, como si fuese la fuente de todo el pesar y la tristeza del mundo.

—¿Qué quieres decir?

—A esta ciudad no le gustan los hippiosos, ni a este puto condado fascista, y vale más pagar y seguir las normas y leyes y costumbres como un idiota, o estás jodido, créeme. No quieren ver gente viviendo en armonía con la tierra aquí entre ellos. Solo quieren papá, mamá, la nena y el nene, todos en una casa adosada con una entrada

asfaltada y un césped que parezca pintado en la tierra.

—¿Tienes problemas con el municipio?

—Puedes jugarte la cabeza a que sí.

—¿Sanidad? ¿Normativa contraincendios?

Inclinado sobre el reloj, con la cabeza oscilando débilmente sobre los hombros, como si flotara perdida en su masa de pelo de punta, Norm se limitó a asentir.

—Vaya montón de mierda —dijo al fin, pero toda animación había desaparecido de su voz—. Yo no firmé para esto, nunca en la vida.

Se quedaron allí sentados, contemplando tristemente, a través del parabrisas lleno de mosquitos aplastados, los frutos de la vida en la tierra de plenitud, pan de molde Wonder, mantequilla de cacahuete Skippy, margarina Oleo, y mientras Marco contenía el aliento y reseguía con el dedo el contorno de la guantera, Norm dio un suspiro y le informó de la situación.

Era peor de lo que podía imaginar. Mucho peor. La junta de sanidad del distrito llevaba un año intentando cerrar Drop City y los inspectores de antiincendios y seguridad les pisaban los talones. Norm había entrado y salido del juzgado durante el pasado otoño y el invierno. Últimamente utilizaba las citaciones para encender el fuego del incinerador de detrás de la finca, porque estaba harto de todo aquello, hasta las narices, tan quemado y cabreado que solo quería pasar de todo y dejar que aquellos burócratas se apoderasen del rancho y lo arrasaran y pavimentaran si era eso lo que querían. Y las cosas habían seguido empeorando: el municipio le había ordenado que desalojara la propiedad de toda persona y de toda vivienda que incumpliera las normas o tendría que enfrentarse a una multa de quinientos dólares al día.

—Como si yo fuera uno de esos caseros miserables que explotan a sus inquilinos, ¿no te jode? —dijo mirando por la ventana de la camioneta hacia una hilera de carros encajados unos con otros y los brillantes y chillones anuncios de detergente, carne y bebidas alcohólicas que llenaban las paredes acristaladas del supermercado.

—¿Qué es lo que está tan mal que no se puede arreglar? —dijo Marco—. Hemos instalado las alcantarillas, ¿no? ¿No están contentos con eso?

Hablaba para sí, por decir algo. Ya sabía cómo funcionaba. Nadie quería una comunidad libre en medio de la civilización, porque la libertad significaba anarquía, significaba una cordillera de detritus de un kilómetro de altura y el bosque lleno de mierda humana, significaba Sky Dog y Lester y una guitarra destrozada como una cáscara de huevo. Aunque Drop City hubiera estado en lo alto de las montañas del Tíbet, las autoridades correspondientes habrían acudido con sus yaks sobrecargados hasta el pie de los acantilados para cerrarla. Y tal vez aquello no fuera totalmente injustificado, tal vez alguien tuviera que poner los límites después de todo.

—Me han embargado la cuenta del Bank of America.

Norm estaba mirando a una rubia con minifalda que levantaba bolsas de papel de embalar de un carrito y las colocaba con suave precisión en la parte posterior de un

Cutlass familiar de la fila de delante. Llevaba dos niños, un bebé con las piernas desnudas colgando de las hendiduras del carro y un niño de cinco o seis años que les dedicó una mirada directa y les hizo el signo de la paz.

—Hostia, mira a ese niño, el bebé —dijo—. Se parece a Alfred Hitchcock, ¿verdad? Pero supongo que todos los bebés se parecen a Alfred Hitchcock. O a Mao. Sí, quizá se parece más a Mao.

Marco no tenía nada que decir. Estaba calculando ventajas e inconvenientes. Se había acomodado demasiado a aquel sitio, tendría que habérselo imaginado. Se había instalado, había construido la cabaña en el árbol, había cavado las alcantarillas, había encontrado una chica —y entonces la imagen de Star, sonriendo como en un antiguo álbum escolar, surgió para apoderarse de su espíritu—, pero todo era efímero, nada duraba, tanto si te esforzabas como si no. Sky Dog se había ido, aquello era positivo, y Lester le seguiría sin duda. Alfredo podía quedarse o marcharse y Pan podía ser irritante, pero por lo menos era controlable. Pero todo aquello no importaba si se involucraban las autoridades. Se había acabado, y si utilizaba su sentido común, abandonaría todo lo que había acumulado en las últimas semanas y volvería a la carretera.

Norm cambió de posición en su asiento para mirarle.

—La gente me dirá «Norm, no puedes dejar entrar a todo el mundo porque eso será la ruina para el resto», pero ¿qué puedo hacer? Todo el mundo quiere largarse de esta puta sociedad de locos por el consumo y yo no pienso interponerme en su camino. Nadie me eligió para que fuera Dios. —Se levantó las gafas del puente de la nariz, pero volvieron a resbalársele. Empezaba a hacer calor en la camioneta—. Además, no hace falta que te lo diga, pero si empiezas a poner límites a la comunidad, se vuelve estática, como los shakers o los amish o esos rollos. Se muere. Es así. Tiene que ser una comunidad abierta, en el más puro sentido gurdjieffiano, dejando que Dios sea el que elige, ¿sabes lo que quiero decir?

—¿Y qué me dices de Sky Dog? ¿O de Lester?

—¿Qué pasa con ellos?

—Venga, Norm, ¿me tomas el pelo? Ellos se lo cargan todo. Y hay millones como ellos, y seguirán viniendo hasta que las autoridades del distrito se presenten para clavarte una estaca en el corazón y todo se venga abajo. O incluso Jiminy. O Star, o yo, o cualquiera de nosotros. No funciona, a menos que tengas ciertas pautas...

—Si quieres normas, vete a trabajar a un banco. Y eso me lleva a la cuestión: esos hijos de puta me reclaman ya tres mil dólares de esas multas ridículas, ¿o debería decir despreciables? Sí, despreciables es la palabra, y todo ese dinero es del seguro. Si siguen así no quedará nada, ¿lo captas, tío? Se acabó. Es el fin. Buenas noches y adiós.

Pasó un momento. En la radio solo ponían brillantes burbujas de basura pop, «I Got You Babe» filtrado a través de una tormenta de interferencias y altavoces que ya raspaban, aunque la camioneta no tendría más de seis meses de edad.

—Por eso compré este vehículo —dijo Norm, como si Marco hubiera pensado en voz alta—. Para gastar algo de mi dinero en algo que yo quería (o que todos queríamos, porque todos podemos usarla), en lugar de dárselo todo a esos gilipollas con sus reglas y sus códigos de construcción que se deben de haber metido en la puta cabeza de memoria. Pero a la mierda. Hoy no es el día para eso. ¿No veníamos en una misión seria para ligar gaseosa de vainilla?

Era verdad. Y Marco no había ido simplemente a dar una vuelta —estaba construyendo un corral para el caballo, un monstruo de ijadas gruesas y ojos salvajes, un animal loco que no parecía captar la idea de una vía de dos carriles o camiones de cemento con los frenos estropeados, y se le había ocurrido construirle un rueda con alambre de espino, que pensaba comprar en la ferretería —con los dólares de Norm —, pero ahora todo aquello parecía inútil. Agachó la cabeza, repentinamente deprimido, y se rascó la barba, preguntándose vagamente si el gato anaranjado que vivía sobre la nevera no le habría pasado la tiña. Tenía ganas de construir algo — había cumplido veinticuatro años y ya se le había pasado la edad de enfrentarse de cabeza contra el sistema—, pero no iba a poder ser en Drop City. De pronto se sintió agotado, con un peso inmenso, como si pudiera aplastar el vehículo en el que estaba montado y hundirse a través del asfalto hasta los antiguos ríos que corrían bajo la tierra. Sintió deseos de patear algo, de salir y vaciar sus pulmones o quizá sus lacrimales, y ya tenía los dedos en la manija de la puerta cuando Norm le agarró la muñeca.

Hacía mucho calor en aquella camioneta. Y Norm: las gafas de montura de plástico negro golpeteado, los dientes dorados destellando en su sonrisa como el sueño de un buscador de oro. Sujetaba el termo como si fuera la solución a todos los problemas que conocían, la clave, el premio, el Grial llevado a casa en bandeja de plata. Marco se relajó, aceptó el sucio recipiente con el borde fileteado.

—Uno para ti —dijo Norm, llenando la taza hasta los topes—. Y uno —añadió, golpeteando el termo hasta que la abertura de plástico desapareció en la oscura masa de su barba— para mí.

En el camino de vuelta, Marco no se sentía colocado en absoluto, sino que el ácido le subió de golpe. No sintió hormigueo en las extremidades, ninguna dislocación, ninguna repentina infusión de luz o pérdida de personalidad; le llegó como si le hubieran envuelto en una manta, con pañales e impermeables y bien tapado en una cuna, como si fuera de noche y estuviera soñando los sueños de otros. Por una vez, Norm estaba callado. Y Marco no habría podido hablar aunque hubiera querido. No estaba en el asiento delantero de una camioneta Volkswagen que avanzaba por una carretera de campo, con el río fluyendo tras él como una bandera brillante que ondeara al viento, sino en una habitación, en una granja o quizá un apartamento de renta limitada, y la habitación estaba llena de cosas heredadas y acumuladas,

aparadores, sillas tapizadas, una cómoda de cajones, mantas a cuadros, edredones, bibelots, un montón de baratijas. Había una cama en la habitación, con baldaquín y enterrada en mantas, y en la cama, un viejo, pálido y descarnado, con una nariz que parecía salir de su rostro como si no le perteneciera. Era una escena convencional, una escena de lecho de muerte, el futuro o el pasado de alguien, definitivamente convencional, excepto por la incongruencia de un par de raquetas colgadas en la pared sobre la cama. El vestigio consciente de su mente le devolvió a la realidad: ¿era una foto que había visto en algún sitio? ¿Una escena de la infancia? ¿De la tele? ¿O acaso había salido de sí mismo y sería incapaz de volver? Aquello era lo malo del ácido. No le gustaban los ácidos, nunca le habían gustado. Ni siquiera cuando las drogas le gustaban mucho más que ahora.

Norm murmuró algo, una tontería, o no, estaba cantando, suave y bajo, y la letra de la canción parecía un lenguaje privado, y allí estaban otra vez, bajo los árboles y luego al descubierto, avanzando por el mundo sensorial como si les perteneciera.

—¿Te ha subido algo? —quiso saber Norm—, porque yo no noto nada, o quizá solo el principio de algo, pero me pregunto si se les habrá olvidado cargar nuestro zumo.

Marco iba a decirle que a él sí le había subido del todo, que se sentía casi poseído, hipercolocado y sacudido, pero no tuvo la ocasión: una nueva visión surgió de la carretera y se lanzó frente a la camioneta, enorme mancha oscura en movimiento que no era una alucinación, sino una realidad palpable que desafiaba las manos blancas de Norm agarradas al volante y dislocaba gravemente sus intenciones. ¿Qué era? El caballo. Charley. El propio animal, reclamando la carretera y agitando la cabeza estúpidamente mientras Norm desplazaba en vano las manos por el volante y la camioneta actuaba como un camión de ganado sobre dos delgados y gimientes neumáticos.

La carretera tenía dos carriles y el otro, en sentido contrario, se convirtió inmediatamente en un lugar de violenta contracción, con la camioneta de Norm de soslayo y una furgoneta de reparto cuyo parabrisas mostraba un par de rostros sorprendidos, uno masculino y otro femenino, se cerraron rápidamente en el mismo espacio. Truenos y relámpagos: la camioneta dio un brusco viraje hacia la izquierda y Marco vio el caballo surgiendo a su derecha antes de sentir el impacto de la primera colisión, que derribó al animal como la palma abierta de una gigantesca mano de acero, seguida de un choque más fuerte, con el gemido del metal aplastado. La furgoneta de reparto —un viejo con gorra al volante, con el rostro hundido en un profundo hoyo de sorpresa e indignación— golpeó a la camioneta por la puerta del asiento del pasajero y luego se despegó y fue a chocar contra un árbol, contra varios árboles, mientras el caballo perdía todas las patas para luego volver a encontrarlas, en el momento en que la camioneta de Norm rebotaba tras la colisión, describía un largo y lento arco y caía finalmente en medio de la carretera.

—Vale —estaba diciendo Norm—, no pasa nada, todo va bien.

Como si lo hubiera planeado todo, como si aquello solo fuera otra proeza que hubiera inventado para animar el día. Estaba sangrando de un corte bajo una ceja, brillante cavidad de sangre acumulándose en la órbita de su ojo antes de manar hacia la barba. Se le había roto la montura de las gafas y en el parabrisas se había dibujado un mandala en forma de telaraña, grabado en el cristal como un ornamento. Qué inteligentes los ingenieros alemanes, pensó Marco, qué hábiles... pero ¿por qué no había pasado lo mismo en su lado?

Marco estaba bien, o por lo menos, esa fue su primera impresión. Nada de sangre ni huesos rotos. Tenía cierta rigidez en el hombro derecho, que había golpeado con el salpicadero tres veces seguidas, y el ácido parecía hervir en sus venas hasta el punto que escuchaba su siseo en los oídos, pero estaba bien. Y ahora tenía que salir del coche, pateando cualquier puerta reacia a abrirse, y poner los pies en el suelo, que no parecía moverse. El caballo, Charley, estaba allí de pie, temblando como si le hubieran rociado con agua helada, Norm estaba petrificado como una estatua al volante de la camioneta y el viejo y su mujer, acampados en el bosque a cinco o seis metros de la carretera. Todo estaba en silencio.

Hasta que el siguiente coche, una especie de monstruo, un Buick, o tal vez un Pontiac, combado por detrás bajo el peso que acarreaba, una barca de fibra de vidrio jaspeado de azul, vino por la curva y Charley se encabritó dos veces, bajó la cabeza e intentó saltarlo. Marco se oyó gritar, pero gritaba más por la subida de adrenalina y las sucesivas y furiosas oleadas de la culminación del ácido. Además, ninguna otra criatura viviente parecía oírle o tenerle en cuenta, y el caballo menos que nadie. Este lanzó sus quintales de carne equina sobre el capó del Buick —o no, era un Pontiac, porque tenía la V cromada con el célebre piel roja de aire estoico— y empezó a patear lenta y fútilmente los guardabarros por los dos lados. La barca se lanzó a su vez a la acción, subió por la parte posterior del vehículo, luego se relajó un instante antes de atravesar graciosamente la calzada, volviéndose sobre sí misma para ir a detenerse contra el parachoques de la camioneta.

Alguien juraba y maldecía. La voz se elevaba como un conjuro entre los dientes apretados del choque, los mismos tres monosílabos repetidos una y otra vez con creciente vehemencia hasta que las maldiciones se volvieron gritos y Marco avanzó hacia ellos, con el filtro de una gasa entre lo que era real y lo que habría podido ser. ¿Qué vio? Una mujer atrapada tras el volante del Pontiac, con rulos en el pelo, la cara distorsionada. Charley había conseguido desventrarse con el ornamento del capó y había hundido el techo. Marco luchaba contra la droga, intentando que su mente retomara el control del cuerpo. Se apartó para esquivar las pezuñas del caballo, se apartó de los cien cubos de sangre del caballo y la espiral visible de su intestino gris, y forzó la puerta del Pontiac. Cogió a la mujer —largo chillido de ella— por los hombros y la arrastró al asiento de atrás como si fuera un mueble, y luego la sacó del coche y la depositó sobre el moviente pavimento. Ella llevaba la boca como una insignia, con todo aquel ruido y violencia, y Marco se quedó junto a ella, rodeándole

los hombros con un brazo, mientras Charley caía del coche y se deslizaba por el lomo de la carretera como un negro y viscoso león marino, abandonando la costa para siempre. Esta vez, el caballo no volvió a levantarse.

—¡Marco! —gritó Norm—. ¡Marco, haz algo! ¡Mierda! ¿Qué es esto, sangre?

Estaba de pie en la carretera, y no muy lejos estaban los viejos, parpadeando a la luz como si hubieran llegado tarde al cine e intentaran encontrar sus asientos. Norm parecía extraño sin sus gafas, inhumano, o mejor dicho, nohumano. Había encontrado un trapo en el coche —una camiseta rasgada que debía de haber sido de alguno de los niños— y se la apretaba contra el rostro para restañar la sangre.

—Puto caballo —murmuró, y allí estaba el animal, echado sobre el costado y palpitando en el arcén.

—Espero, por su bien, señor —estaba diciendo el anciano, y allí estaba, como un polichinela que le llegaba a Norm al codo, con la cara pálida y tensa y unos dientes que no parecían encajar en su cabeza (dientes prestados, qué idea)—, espero que tenga usted un buen seguro, es lo único que puedo decirle.

Al cabo de un momento, Marco se encontró corriendo. Casi un kilómetro sobre el asfalto que se ondulaba hasta la curva de Drop City y luego arriba por el camino de tierra, hacia donde se erguía la casa principal, asomando entre los árboles.

—¡Busca ayuda! —le había gritado Norm—. ¡Trae a Alfredo! ¡Que venga alguien!

Y de pronto Marco estaba corriendo, con todas sus fuerzas, por la carretera, en una especie de pánico ardiente y blanco, alimentado por el ácido, con las botas azotando el pavimento y luego el polvo. ¡Alguien, quien sea! Saltó una valla podrida y avanzó campo a través, pensando que más valía que se calmara, más valía que actuara como hay que actuar en una situación así —sacudirse el miedo, despertarse, asumir responsabilidades—, pero la droga no le dejaba. Le llenaba la garganta y la cabeza, le estrangulaba el corazón, le devoraba los pulmones.

No había nadie en el porche, nadie en la habitación principal. Pero había música, sonando sola, alta, ronca, un tumulto metálico, como si toda una fanfarria desfilara por las escaleras, y ¿por qué no reconocía la melodía? Vio platos de comida sin acabar, en equilibrio en los brazos de las sillas, los palillos todavía húmedos abandonados como insectos malignos y apelonándose sobre los restos de arroz, judías, tofu; vio fundas de discos caídas al suelo como desechos arrastrados por el viento, y al fondo de la estantería, el charco negro brillante de un disco siguiendo su camino circular sobre el plato del tocadiscos. Y aquello era extraño, la música experimentando una vida propia en una casa sin ocupantes humanos. Era como una historia de fantasmas. Un cuento de hadas. Nadie en casa y las gachas aún calientes en la mesa. La sala de reuniones ofrecía un aspecto similar. Y la cocina. Levantó la vista y el felino pelirrojo de cabeza cuadrada, subido al refrigerador, bajó los ojos

hacia él.

Y entonces, bajo la música —o entrelazado a ella—, oyó un sonido humano que venía del jardín de atrás, un gemido, un susurro y luego un clamor de voces, que ahora se repetía, en un eco más leve: gemido, susurro, clamor de voces. Atravesó la puerta de mosquitera y allí estaban, toda la tribu, reunidos en torno a la piscina y lo que parecía una muñeca de trapo muy mojada echada sobre las losas de piedra. Entonces, finalmente, el ácido aflojó su presa sobre él un momento más largo, permitiéndole registrar la escena: era uno de los niños, uno de los hijos de Reba, y Jiminy le apretaba el pecho y luego relajaba la presión como un enfermero del ejército en las noticias de la noche, y todos los demás se retorcían las manos y saltaban dentro y fuera de aquel estanque verde que llamaban piscina. Vio a Ronnie inflando las mejillas y sumergiéndose y a Alfredo saliendo a la superficie en un remolino de pelo.

—¿Qué pasa? —quiso saber, agarrando la mano de la persona más cercana, pero estaba tan lleno del rollo de Norm y del accidente que en el primer momento no la reconoció.

—Es Che —dijo Merry. Iba desnuda hasta la cintura y tiritaba. Llevaba pintura corporal, unos zarcillos rojos y azules que estriaban sus miembros como venas sobresalientes. Parecía tener los ojos en otra parte, flotando por allí, a unos centímetros de su rostro—. Se ha ahogado o se ha caído o algo y no podemos... Bueno, nadie logra encontrar a Sunshine.

Un chillido cortó el aire, la pesadilla de cualquier madre.

—¡Sunshine! —gritó Reba, arrastrando la última sílaba hasta que se le quedó atrapada en el fondo de la garganta—. ¡Sunshine! ¡Sal, pequeña, sal! ¡Esto no tiene gracia! —Corrió por el jardín, sacudiendo las rígidas y espinosas matas de chaparral con manos coléricas. Estaba hinchada, furiosa, a punto de ebullición—. ¡Esto no es un juego! ¡Sal, joder! ¡Sal! ¿Me oyes? ¡Maldita seas!

—No está en la piscina —dijo alguien, y en la confusión, Marco no pudo ver quién era.

—¿Y el río, y si está en el río? —Levantó la vista y reconoció a Verbie. Estaba subida a la albardilla, mojada, con los ojos dilatados y el pelo pegado a la cabeza—. ¿Alguien ha mirado en el río?

Una expresión desesperada los recorrió, ojos perdidos, bocas abiertas, hombros hundidos y manos agitadas, ¿y cómo podía alguien hacer algo en un momento así? Era el Día del Druida. Todos estaban pasados. No querían salvar niños, querían ser niños.

—¿Qué quieres decir... el río? —se preguntó Merry en voz alta.

—Quiero decir el río. —Verbie lanzó las manos hacia delante como si hubiera querido protegerse de una bala en un escenario oscuro—. Podría haberse ahogado. Allí... —Hasta aquel momento parecía estar bien, pero entonces miró a su hermana y luego a Marco—. Quiero decir... ¿me entendéis?

Entonces apareció Star como caída del cielo, abriendo la multitud como un profeta, con el rostro herméticamente cerrado, sus rápidos pies descalzos sobre las losas de piedra, las piernas desnudas, la camiseta mojada, el pantalón corto mojado. Se inclinó sobre el cuerpo inerte de Che, le apartó la lengua con un barrido de sus dedos, le pellizó las aletas de la nariz y le insufló la vida. «Salvamento juvenil». «Boca a boca». Todo le volvió a la mente a Marco en aquel momento, pero solo pudo quedarse allí plantado mirando, con los brazos colgando como si se los hubieran prendido con alfileres, invadido por el horror. Observó cómo las rodillas de Star se adaptaban a las losas, observó su equilibrio sobre los puentes de los pies. Y su pelo. Era como un milagro, extendido sobre la cara del niño y su torso como una tienda de oxígeno, cada rizo como un dedo, cada dedo invitándole a volver.

La gente empezaba a buscar entre los arbustos, gritando el nombre de Sunshine como si fuera la única palabra que hubiera quedado en la lengua, y Norm estaba allí lejos, sangrando como un animal, en algún punto de la carretera, con el sheriff tras él y un batallón de ciudadanos armados, pero Marco seguía sin moverse. Observaba el pelo de Star, observaba sus labios apretándose contra los del niño. Apretando y soltando, apretando y soltando. Pasó un año. Una década. Y entonces el pie izquierdo de Che empezó a tocar las losas de piedra, y Marco se sintió liberado. Al cabo de un momento volvía a correr, creando su propia brisa, con los cables sudorosos de su pelo azotándole la cabeza, las cuerdas de sus piernas oponiéndose al descenso que le enviaba a los matorrales de arbutus, zainos y montículos de pinos, hasta el lugar donde el río sustraía la luz del cielo. Y también él pronunció el nombre que todos los demás utilizaban, involuntariamente, y la llamó hasta que los pulmones le ardieron y la garganta se le secó:

—¡Sunshine! ¡Sunshine!

No hubo respuesta. Cogió un camino hacia el norte por la ribera, estirándose para ver el interior del agua, pero el agua era lodosa con su carga de sedimentos y profunda allí donde la corriente describía una larga curva parlanchina. El agua le habló, pero no sirvió para calmarle. Los pájaros le llamaron. El cielo se elevó y volvió a caer, como una bofetada. ¿Qué esperaba ver, un brazo blanco ondeando entre los restos flotantes del río? ¿Un cuerpo fantasmal apretado a un grupo de rocas a dos metros de profundidad?

—¡Sunshine! —llamó—. ¡Sunshine!

Todavía la estaba llamando cuando la encontró. La estaba llamando, pero ella no contestaba. Estaba acuclillada al pie de un frondoso y arqueado arbusto cargado de bayas, con una mancha rojo carmín de zumo en la barbilla exagerando su boca como si fuera un payaso. Sus manos rojas se movían en el regazo. Llevaba un vestido blanco sucio, sin zapatos, con collares de cuentas en el cuello y la muñeca, y el pelo en dos trenzas lacias y erizadas con ramitas y hojas.

—Sunshine —le dijo, solo para oírse la voz de nuevo.

Ella miraba más allá de él, allí agazapada, simplemente agazapada. Tal vez

canturreaba para sí, tal vez era eso, tal vez emitía algún ruidillo con el fondo de la garganta, y el ruidillo inquietaba a Marco.

—¿Estás bien? —le preguntó.

Ella no contestó.

—Mira —le dijo él, y le pareció difícil extraer cada palabra—, todo el mundo está preocupado por ti. Tu madre está preocupada, y tu padre, y Norm y yo, y todos los demás. —Hizo una pausa para soltar el aliento, solo un instante, solo por escapar al tedio de inspirar y espirar—. Has estado cogiendo moras, ¿eh?

Ella no le miró, pero asintió con la cabeza, o por lo menos eso le pareció a Marco.

—Bueno, voy a llevarte de vuelta, ¿te parece bien? Voy a subirme a hombros y te llevaré. ¿Te apetece un paseo? ¿Quieres ir a caballito?

Salió del bosque convertido en héroe, con todo el clan a su alrededor con sus lentas y tímidas sonrisas y sus ojos asustados. Habían evitado otra tragedia y solo querían pensar en remover las marmitas y celebrar la ocasión excepcional, con música. A Marco le sorprendió ver el sol clavado allí arriba: todavía era primera hora de la tarde, aunque parecía que hubiera pasado mucho tiempo, parecía que fuese medianoche en su mente. Reba atravesó el patio, deslizó a su hija de sus hombros sin decir una palabra y se la llevó a la casa como si nada hubiera ocurrido. Che había desaparecido —probablemente estaba también en la casa, en la cama, con media docena de mujeres aleteando a su alrededor, y Marco quería retener aquella imagen—, pero su borroso perfil seguía clavado a las húmedas losas de piedra como si fuese una pieza de un elaborado rompecabezas para el que nadie tuviera la solución. Jiminy se instaló en una de las hamacas con un par de bongos y empezó un lento y lúgubre palmeo. Una cerveza —todavía fría del barril— apareció en la mano de Marco, y luego vio a Star a su lado. Ella no dijo una palabra, solo se inclinó hacia delante y le besó y dejó sus labios allí hasta que él volvió a la vida.

Cuando el coche patrulla blanco y negro del sheriff apareció subiendo la cuesta como una especie de sabueso mecánico, husmeando en las curvas y dirigiéndose a la casa principal, Pan no sintió gran cosa. El día se había deslizado rápidamente ante él. Había habido todo aquel mar de problemas e histeria, sumergiéndose una y otra vez hasta que casi había acabado ahogándose él también, y luego una calma que había suavizado todas las arrugas como una plancha caliente. Habían salvado a los críos de Reba y habían resucitado y les habían castigado o premiado o ambas cosas —de eso estaba seguro, o eso creía—, y luego, en un momento dado, había aparecido Norm con un trapo manchado de sangre apretado contra un ojo y las gafas sujetas con un trozo de cinta adhesiva blanca. Norm, con su expresión «No hagáis preguntas», había enfilado directo a su dormitorio escaleras arriba, de modo que aquel pequeño drama se había acabado antes de empezar, y al cabo de un rato, la fiesta o aquella sesión de ombliguismo comunitario o lo que fuera había recommenzado formalmente.

Pero de aquello hacía horas. Lo que preocupaba ahora a Pan era la carne y con ese fin había secuestrado un paquete de esponjosos perritos calientes Safeway de las profundidades de la nevera y había guardado un paquete de ocho panecillos de supermercado bajo una pila de ropa sucia en la habitación del fondo, y mientras el coche patrulla avanzaba a paso lento y seguro por la cuesta —moviéndose tan despacio, de hecho, que apenas levantaba polvo con las ruedas—, Pan estaba pensando que pronto haría un pequeño fuego y se prepararía un par de perritos calientes untados de mostaza y de pepinillos dulces, y todos los que estuvieran por ahí, hippies de fin de semana o colocados a tiempo parcial, podrían unirse a él.

Estaba sentado en el porche, con Merry, Maya y Mendocino Bill junto a él, y un colega nuevo con un sarape y un sombrero mexicano despatarrado en las escaleras. (Iba de colocón de Krishna. Habría hecho falta un martillazo en la cabeza para hacerle callar, y durante la última media hora, Pan había considerado la idea). Merry no iba a comer carne, ni Maya, eso estaba claro. Tal vez Mendocino Bill, pero a Pan se la sudaba Mendocino Bill, así que lo mismo daba si quería o no.

—Krishna es amor —dijo el nuevo tronco, y el coche patrulla se situó en el espacio situado frente a la baranda como un pie dentro de una zapatilla.

Dos policías, idénticos como dos réplicas del mismo, salieron del vehículo.

Se quedaron allí un momento en el suelo de tierra, recorriendo el lugar con los ojos. Eran dos polis casi jóvenes ¿y en qué corrientes flotaban, aquel par? Esbeltos, de caderas estrechas, casi sin pelo, parecía como si los hubieran criado en un vivero especial para policías. Ronnie se imaginó el lugar, las mujeres encadenadas, los hombres de cabeza taurina trabajándolas hasta obtener la camada perfecta. Bufbuf. Examinó sus rostros, pero no le dijeron nada. Pero sus ojos: aquellos ojos iluminaban cada partícula de polvo, estaban alertas a cada gesto, cada matiz, ojos que podían atravesar muros, ropa, carne, y había que estar loco para no sentir su calor.

Cuando las puertas del coche se cerraron al mismo tiempo, los dos perros amarillentos salieron de debajo del porche para olisquear las botas de los polis, y Freak, el que llevaba la cola cortada, aprovechó la ocasión para levantar una pata y mearse contra el lateral de la rueda más próxima. Los polis apenas se encogieron de hombros. Se tomaron un minuto para cuadrar los hombros y ajustarse los cinturones, acariciando con aire ausente las culatas de sus revólveres, sus porras y el resto de su parafernalia rompecabezas, y luego volvieron su atención hacia el porche.

—¿Vives aquí? —le preguntó el poli de la izquierda a Ronnie, pero posando sus fríos ojos azules en Merry, Maya, Mendocino y Bill y más allá, donde las profundidades de la casa se agitaban con una densa y perezosa actividad.

Aunque la mitad de Drop City había desaparecido en el bosque al otear el coche patrulla, Ronnie se lo tomó con calma. No tenía nada que temer. Nunca había tenido problemas con la ley —su suerte le había salvado en cada transacción, cada golpe furtivo y cada soplo del émbolo—, y el primo de su padre, psicólogo, le había conseguido un certificado de incapacitación mental para librarle del ejército. Aunque eso no le impedía reconocer a aquellos cerdos como lo que eran.

—Yo vivo en el verde planeta Tierra —contestó, enseñando toda su dentadura.

—Muy bien, tío —intervino el nuevo tronco—, y fue Brahma quien nos trajo aquí y Vishnu quien nos preserva.

—Exacto —se unió Maya.

Luego Merry, apartándose el pelo para mostrar sus pechos pintados, dijo:

—Ustedes también viven aquí. Todos vivimos aquí, en este planeta, ¿lo captan?

Y todos los que estaban en el porche, incluyendo al nuevo colega, hicieron el signo de la paz.

El agente levantó una bota brillante hasta el segundo escalón del porche, un tablón de madera seca y combada, con la pintura descascarillada, y lo dejó allí, apoyándose sobre la rodilla para concentrarse plenamente en Pan.

—¿Quién manda aquí? —quiso saber, y su voz era todavía razonable, suave y razonable, como si se estuviera dirigiendo a un grupo de escolares o tal vez al borracho del pueblo que se maceraba en sus propios jugos—. ¿Quién es el casero? ¿El propietario?

Dale Murray cruzó entonces la puerta de rejilla, justo a tiempo de captar la pregunta. Dale era un pasota de la antigua escuela —no hay nada en la tierra que merezca pasar de las drogas, era su lema—, y había aterrizado en el rancho una noche de la semana anterior en una Honda verde higo que sonaba como si le hubieran atado lanzagranadas al tubo de escape. Llevaba pantalones de pata de elefante a rayas azules y blancas, el torso desnudo, mostrando su musculatura y su intenso bronceado; campanillas y cuentas de collares en el cuello. Los dientes amarillos de algún malogrado carnívoro colgaban de su cuello y llevaba una guitarra fijada a la cintura como un gran cinturón de madera. Dirigió a cada uno de los polis una mirada mística y dijo:

—Escuchen, no voy a marearles la perdiz diciéndoles que Dios es el propietario aquí y que todos somos iguales en esta tierra, ustedes y yo y su esposa Loretta y Richard Milhous Nixon... No, no voy a insultar su inteligencia ni hacerles perder el tiempo porque sé lo duro que es su trabajo y la mierda de gente con la que tienen que tratar. —Hizo una pausa. Los rostros de los polis se endurecieron y el que estaba más cerca, el que había planteado las preguntas, echó la pierna hacia atrás y se quedó erguido—. No les voy a mentir —dijo Dale Murray—. Soy yo. Yo mando aquí.

El poli hablador echó un vistazo a la primera página de la citación y luego volvió a fijarlos como grapas en los de Dale Murray.

—Entonces usted debe de ser Norman L. Sender, ¿es así? ¿Propietario de una Volkswagen de color naranja y blanco con un signo de la paz pintado en el lado del conductor y matrícula de California O-W-S-L-E-Y-1? ¿Es correcto?

Dale Murray tiró de sus mechones sueltos. Ronnie le oía respirar, inspiración y espiración roncadas que sonaban como una máquina falta de lubricante.

—Se le busca por haber abandonado el lugar del accidente —anunció el poli—, en estado de intoxicación evidente. ¿No será usted, verdad?

—No, señor —dijo Dale Murray, y nadie en el porche expresó la más mínima emoción—. No, señor —repitió, y su acento (¿de qué era?, ¿de vaquero?, ¿de carga sureño?) pareció intensificarse—. Yo no he dicho eso.

El segundo policía se había acercado para estrechar el cerco.

—¿Tienen documentación para identificarse? —quiso saber, y su voz no era en absoluto razonable; era lo menos moderado del mundo, era la voz habitual estilo «se acabó la broma», acompañada de un balanceo de la porra que debían de haberles repartido junto con las placas—. Todos ustedes —espetó—. Quiero ver los carnets. Enseguida.

Nadie se movió. En la periferia del desecado césped, demasiado lejos como para que importara, Verbie estaba haciendo malabarismos con dos o tres pomelos en un rayo de luz mientras su hermana bailaba a su alrededor como una enferma mental, pavoneándose y contorsionándose con una melodía inaudible. Había mierda de perro por todas partes, parecían túmulos de termitas desfilando en la distancia. Dos coches desvencijados se escoraban sobre sus estropeadas suspensiones a un lado de la casa, en medio de un montón de maderas viejas y tejas. Desde detrás llegaba el sonido de la fiesta, música rock, alguna que otra zambullida en la piscina y algún grito.

—¿Alguno de ustedes posee un caballo? —preguntó el primer poli, deslizado la suave misiva de su pregunta en la hendidura abierta por su pareja.

Entonces fue cuando Mendocino Bill, con sus ciento veinte kilos, se levantó de un salto de su asiento, como propulsado por detrás, y lanzó una pregunta muy típica suya:

—¿Tienes la puta orden judicial, tío?

Antes de que se acabara el asunto, todos los que estaban en el porche tuvieron que cumplir su penitencia, incluyendo a Ronnie. En cuanto Mendocino Bill abrió la boca, los dos polis fueron a por él, aunque Merry, Maya y el seguidor de Krishna empezaron a cantar: «Paz y amor, fuera polis, fuera cerdos, paz y amor». Ronnie — Pan— hizo lo que pudo por esquivar a los polis, pero se encontró acorralado contra la barandilla mientras ellos derribaban al corpulento Mendocino, pateándole las piernas por detrás y poniéndole sus pálidos y fofos brazos atrás para el ritual conyugal de las esposas.

—No está aquí —chillaba Maya—. Norm no está.

Pero los polis no le hicieron ni caso. Ni siquiera les faltaba el aliento, solo inhalaban un aire de libertad que jamás habían osado soñar: hippies, todo un circo de hippies que se resistían a las fuerzas del orden.

Mendocino Bill era un bocazas sabelotodo, como Alfredo, de esos que en el bachillerato estaba empolladísimo en *Mecánica popular*, seguro que además había sido radioaficionado y líder de los boy scouts, y allí estaba, retorciéndose en el polvo sobre sus tripas como una pelota de bolos lanzada girando con un buen golpe hasta el medio de la pista. ¿De qué le servía haber estado en Selma, de qué le servía comer cuatro platos de puré cuando los demás comían dos, de qué le servía ser uno de los hermanos y hermanas de Drop City y que los polis fueran unos cerdos? A su pesar, Pan sintió cierto vago placer al ver al bocazas humillado, hasta que el segundo poli, el silencioso, les hizo bajar a todos del porche y los alineó, con las manos contra la pared y las piernas abiertas.

—¿Cuál es el problema, oficial? —estaba preguntando Dale Murray mientras el primer poli le cacheaba—. Es decir, ¿qué hemos hecho? ¿Unas bromitas? ¿Es eso? Mire, yo solo estaba bromeando. ¿No tienen sentido del humor? ¿Qué pasa? ¿Que ahora las bromas están prohibidas?

—Norm no está —seguía repitiendo Maya con su fino hilo de voz. Tenía la cabeza gacha, las manos separadas contra la pared y las desecadas puntas de su pelo colgando. Hablaba hacia el suelo. No era ninguna belleza y, de no haber sido por la promiscuidad que reinaba en Drop City y por todos aquellos colegas calentorros de Mendocino Bill o Jiminy, no habría follado en un millón de años—. No está, de verdad. Se ha ido a Santa Rosa a buscar provisiones y no ha vuelto...

—¿Iba conduciendo? —quiso saber el poli, el primero, el hablador—. ¿En una Volkswagen, verdad?

—No le digas nada —terció Merry, y Ronnie la vio cerrar la cara como un puño contra el mundo entero, aunque sus ojos parecían huir de su rostro por el residuo del ácido.

Sintió algo hacia ella en aquel momento, hacia sus piernas separadas, su espalda curvada y sus senos pintarrajeados, erguidos por la tensión de los brazos, y no era

solo deseo. Estaba muy bien, mejor que muy bien. Era como Star, solo que mejor.

—¿Tienes papeles? —repitió el segundo poli—. ¿Y tú? ¿Y tú?

Ronnie les enseñó su carnet de conducir de Nueva York —«Ronald Daniel Sommers, 8 Crestview Avenue, Peterskill, Nueva York, D.O.B. 12/2/48, ojos avellana, pelo castaño, 1,79 m, 80 kg»— y mantuvo la boca cerrada. No estaban interesados en él. Les interesaba Dale Murray, que llevaba casi dos gramos de hierba en una bolsa de plástico enterrada y recalentada en la entrepierna, y Merry, que solo llevaba pintura corporal de cintura para arriba. Si Norm estaba en la casa cuando empezó la conmoción, ahora ya andaba muy lejos —por la puerta trasera, atravesando el patio y el bosque—, y fuera lo que fuese lo que había hecho con la camioneta, los polis no iban a descubrirlo allí. No iban a encontrar nada más que la hierba de Dale Murray, el cuerpo sudoroso de Mendocino Bill y las tetas de Merry —lo cual ya era mucho para un día—, y, a medida que el resto de gente empezó a acercarse a la casa rodeándoles, los polis se animaron ostensiblemente.

Ronnie aún seguía volando muy alto, a unos diez mil metros de altitud, velocidad de crucero, con las nubes hinchándose —*Leavin' on a jet plane*— y nada de todo aquello le afectó realmente, aunque le molestaron los cacheos y malos modos. Pensó que el resentimiento era la materia de la que estaba hecho y la revelación le hizo erizarse interiormente, al menos un poco. Sentía resentimiento hacia los polis, hacia Mendocino Bill, Alfredo, Reba y sus mocosos suicidas y dopados; sentía resentimiento hacia sus padres, Star, Marco y tal vez el colega de la tienda india en el desierto. Allí de pie, bajo el sol declinante, con las manos extendidas contra el muro de la casa y sus hermanos y hermanas congregados a su alrededor y los polis empezando a escaparse por la tangente, él se remontó en su memoria al día culminante, doloroso y triste en que fue a buscar a Star, solo para verla, para estar con ella, y su rencor le hizo atravesar el jardín para ir a trepar por la escala de la cabaña del árbol. ¿Cuánto tiempo había tardado, cinco minutos? ¿Diez? El espacio estaba vacío, ordenado, alfombra en el suelo, libros en las estanterías, guitarra en el rincón, mochila, ropa, el cepillo del pelo de Marco, sus tijeritas de las uñas, su pasta de dientes. El mundo entero contenía el aliento. Pan no se privó de nada. Dejó que el resentimiento fluyera en él hasta convertirse en bilis, y cuando lo vomitó, su propia violencia le dejó anonadado.

Pero ahora era el Día del Druida, caía la tarde y todos se iban reuniendo por allí, mientras los polis metían a Dale Murray en el coche patrulla como si fuera un objeto preciado y fueran a devolvérselo a su auténtico dueño. Por un largo momento fulminaron con la mirada a la multitud, mientras Mendocino Bill se frotaba sus liberadas muñecas y Merry les contemplaba burlona sin decir palabra, y ellos se metieron en el coche, arrancaron en un arrebató de potencia turbo y retomaron con ritmo lento pero seguro el camino cargado de polvo.

La velada se prolongó. La luz se hizo más densa. Pan estaba haciendo perritos calientes en la fina varilla verdosa de un tallo de sauce, con el humo de la madera picándole en los pulmones. Lydia se había sentado en un tronco, y estaba ya comiendo, cuando apareció Norm por entre los árboles. «Norm —pensó—, aquí viene Norm», y algo se tensó en su interior. Ronnie nunca sabía cómo comportarse con Norm, porque era mayor —un tronco viejo, una especie de gurú cuya aprobación buscaba, aunque no era apenas consciente de ello. Siempre se erguía cuando aparecía Norm, y se descubría intentando exagerar su control sobre el entorno, como si la única manera de relacionarse con aquel hombre fuese demostrando buen rollo en cualquier situación. ¿Intentaba impresionarle? Claro que sí. ¿Intentaba que se fijara en él, que se apoyara en él, que le distinguiera del resto? Desde luego. En tal caso, ahora solo le podía decir:

—Hola, Norm, ¿quieres un perrito caliente?

Norm no contestó inmediatamente. Parecía confuso, como si llevara un mes perdido en el bosque. Tenía una costra de sangre seca en la sien izquierda. Las gafas se aferraban absurdamente a su cara.

—Ese hombre —dijo, y estaba jadeando o resollando, o ambas cosas—. Ese hombre ha estado aquí, ¿verdad? ¿Me estaba buscando?

Lydia levantó la vista de su bocadillo. Tenía los pies descalzos en la tierra, las piernas separadas de tal modo que se le veía la entrepierna por los pantalones cortos. Parecía descuidada, estaba pensando Pan, descuidada y con sobrepeso.

—Se han llevado a ese chico nuevo —dijo—, ¿cómo se llama? ¿Dale? Y nadie ha ido a pagar su fianza, nadie. Alfredo ha dicho que te esperásemos.

—Drogas —dijo Ronnie, y contrajo las mejillas. Era un asunto serio. Él estaba allí al aire libre, junto a un fuego, hablando de asuntos serios con Norm Sender.

—¿Drogas? —Norm pareció abrumado—. ¿Quieres decir que le han registrado? ¿Aquí, en una propiedad privada? ¿En mi jardín, me cago en la hostia? ¿Es eso lo que me estás diciendo?

El cielo estaba iluminado con vestigios del fuego del sol poniente y los murciélagos empezaban a ulular por el aire. Los primeros mosquitos lanzaban sus primeras emboscadas. Un arrendajo chirrió desde la hilera de los árboles que se erguían tras ellos.

—Nos han registrado a todos, los que estábamos en el porche de delante.

Norm miró hacia la sombra de la casa como si pudiera detectarlos aún allí. Ronnie agarró un panecillo, le metió la salchicha de la varilla de sauce y se lo ofreció.

—¿Quieres mostaza? —le preguntó—. ¿Salsa? También hay salsa...

—Dios —murmuró Norm, y cogió el bocadillo sin contestar, ni mostaza, ni salsa, solo carne y pan, y se lo llevó a los labios—. Dios —repitió, y parecía que estuviera rezando—, me están matando, eso es lo que están haciendo, me están matando.

Entonces el humo cambió de dirección y les vino a la cara, algunas ramitas saltaron y Ronnie y Norm tuvieron que hacerse a un lado.

—Ha sido Bill —terció Ronnie, sin poder evitarlo—. Si no hubiera abierto su boca, no habría pasado nada. Les empujó. Les preguntó: «¿Tenéis la puta citación, tíos?», eso les dijo.

Norm estaba comiendo, con la mirada ausente, y el perro caliente parecía una prolongación de su cara. Lydia se rascó la parte interior del muslo, aplastó un mosquito ociosamente y contrajo los hombros, aburrida.

—Mierda de mosquitos —dijo, y luego añadió, meditativa—: Yo no estaba. Me lo he perdido todo.

—No te has perdido mucho —replicó Ronnie, y se preguntó dónde habría estado ella. Seguro que boca arriba, en algún sitio, desnudándose las tetas y follando a cualquiera que pudiera bajarse la bragueta—. ¿Qué piensas, Norm? ¿Crees que volverán?

Era una pregunta estúpida y Norm no respondió y de haber respondido, le habría dicho: «¿Y adónde te crees que van a ir a buscarme, al ayuntamiento?». No habló porque aún no había bajado del todo a la tierra —estaba un tanto agitado y con los ojos desorbitados—, Ronnie pensó cómo debía de haberle afectado el día, con el accidente, viendo expirar al caballo y luego tener que salir arreando al bosque. «Salir arreando». ¿De dónde venía la expresión? ¿De algún western? Pan tuvo una visión fugaz de Hopalong Cassidy espoleando a un gran caballo blanco a través de la artemisa, en una bombeada pantalla blanco y negro del tamaño de una pecera y a su padre gritando desde la cocina porque algún ingrato —esa era la palabra que utilizaba, ingrato— se había acabado todo el hielo de la bandeja y no había vuelto a llenarla. Norm seguía allí plantado. Se metió el resto del pan en la boca y lo masticó mecánicamente, y cuando Ronnie le pasó un segundo perrito caliente, lo cogió sin decir palabra.

Era un momento especial y Ronnie lo estaba disfrutando. Pero entonces llegó Reba, atravesando la explanada con su cara de trescientos kilos como una especie de zombi exangüe, quejándose ya desde treinta metros más allá, y el encanto se desvaneció.

—Norm —gritó—. ¿Has oído? Ha venido la poli. Te están buscando.

Norm lo había oído. Se había pasado tres horas agazapado en el bosque con un coma de ácido, con la sangre formándole una costra en la cara y las gafas partidas en dos, ¿no? ¿Qué se creía ella, que se había escondido por gusto o para jugar? Los tres se quedaron mirándola mientras ella se abría camino hacia el destello y el crepitar del fuego.

—¿Has sabido lo de Che? —le preguntó, a cinco metros de distancia.

Norm gruñó algo como respuesta, algo vagamente afirmativo, y ella se acercó más, oscilando sobre las bolas de sus pies, con sus trenzas saliéndose de las cintas de goma rosa que pretendían sujetarlas.

—Está bien e intenta tomárselo con calma, pero nos ha dado un buen susto, hemos flipado... Por un momento ni siquiera respiraba. —Hubo una pausa, que no se llenó de nada. Reba tenía los ojos como garfios y se aferraban a ellos, tiraban de ellos, los levantaban, tiraban—. Y lo del caballo Charley, vaya desastre...

—Sí, un desastre —dijo Lydia, asintiendo.

Norm se miró los pies.

—¿Sabéis qué hacer con un caballo muerto?

—El muerto al hoyo y el vivo al bollo —dijo Ronnie.

—Podemos donarlo, lo usan para hacer comida de perros, pegamento, grasa, lo que sea. Nunca me gustó ese bicho, en cualquier caso. Ese enorme cuadrúpedo estúpido, un saco de mierda que mi ex mujer se empeñó en regalarme. «Tienes un rancho, ¿no? Pues entonces tienes que tener caballos». Una lógica aplastante, ¿eh?

Reba seguía allí de pie, con la mirada dura y beligerante, los pies extendidos hacia fuera, las trenzas deshechas, entrando a toda velocidad en la edad madura. Ronnie observó las dos líneas verticales que surcaban su piel entre las cejas, los paréntesis en las comisuras de su boca: casada demasiado joven, preñada demasiado pronto, esa era su historia. ¿Y qué quería? Respuestas. Quería respuestas.

—¿Y qué vamos a hacer ahora, Norm? Ya sabes que volverán con una citación. Que nos van a cerrar el chiringuito. Y entonces, ¿qué? ¿Adónde vamos a ir? Alfredo y yo hemos dedicado dos años de nuestra vida a este lugar, es nuestra casa. Pensábamos quedarnos aquí toda la vida, y la vida de Che y la de Sunshine. —Apartó la vista, como si no pudiera soportar la visión de sus hombros hundidos, su cara ensangrentada y sus gafas pegadas con esparadrapo, pero luego levantó la cabeza y volvió a encararse con él—. Entonces, ¿qué va a pasar, Norm? ¿Qué vamos a hacer ahora?

Pan enfiló otro perro caliente en su varilla de sauce y lo puso sobre las llamas. ¿Cerrar Drop City? Ahora que empezaba a sentirse cómodo allí. Algunos de sus hermanos y hermanas eran unos plastas, claro, pero todos lo conocían y por primera vez en su vida tenía un objetivo, tanto si los demás lo admitían como si no: él era el proveedor de la comunidad, o uno de ellos. Uno de los principales. Les había llevado el ciervo, ¿no? Y codornices, también había cazado codornices. Y pescado. El pescado era su especialidad y ni siquiera los vegetarianos podían quejarse. Comían gratis y aquel era el principal aliciente del retorno a la naturaleza, ¿o no?

Las palabras de Reba flotaron en el aire, acusadoras, exigentes, dramáticas, autocompasivas. «¿Qué vamos a hacer ahora?».

Norm ya no se miraba los pies. Había erguido la espalda como si se hubiera despertado, se metió en la boca los restos de su segundo bocadillo y se alisó el pelo hacia atrás con las palmas de las manos. Tenía treinta y siete años. En la barba le asomaba algo de gris. Tenía los dedos de los pies tan torcidos como si se los hubieran injertado encima.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —repitió—. Vamos a hacer una reunión, eso es lo

que vamos a hacer.

Aquella reunión no se pareció en nada a la anterior. El día se había quedado sin aire, un lento e insidioso desinflamiento tan agotador que casi no valía la pena hablar de ello, y cuando Norm pronunció la palabra reunión, la mitad de la población de Drop City se había ya derrumbado, completamente noqueada. Los miembros de la comunidad, echados en los sofás, jergones manchados, sacos de dormir, esterillas de agujas de pino y asientos de coches, con las caras demacradas, el pelo enmarañado, dormitaban para reponerse de los efectos de haber abierto simultáneamente tantas puertas en sus mentes. Star estaba dormida, con la cara apretada al suave abultamiento de la caja torácica de Marco, cuando Verbie subió la escala de la cabaña del árbol y le dijo que se levantara, que era una emergencia, y que todo el mundo — todos, sin excepciones— tenían que estar en la sala de reuniones dentro de quince minutos.

Star no sabía qué pensar. Estaba en la cabaña, con Marco, y había dormido un rato, eso estaba claro. Más allá de aquello, todo era confusión. Parecía que fuese medianoche, pero había luz fuera, y ella no sabía si era el alba o el crepúsculo. La luz no parecía tener ninguna fuente, ninguna dirección: simplemente flotaba, densa y gris como el agua, y las ramas del roble parecían suspendidas en ella como la superestructura de un sueño. Pero ella no había soñado nada, y ni siquiera recordaba haberse ido a la cama. Miró aquellas ramas buscando pistas, pero era solo un árbol, que pendía sobre ella mostrando todo su esqueleto. Desprendían un olor a hiel, agudo y astringente, pero tampoco podía distinguir si se trataba de un olor matinal o vespertino. Los pájaros acudían al árbol como oscuras piedras lanzadas por una mano invisible. Marco seguía durmiendo. Star no encontraba sus bragas, ni su pantalón corto, y algo parecía haberle picado en una serie de ronchas salpicadas que ascendían por su abdomen desnudo para acabar desapareciendo bajo sus pechos. ¿Dónde estaban sus zapatos? Se sentó y miró a su alrededor.

De pronto empezó a sentir miedo. ¿Emergencia? ¿Qué emergencia? Evocó la imagen del niño —Che—, con el pelo crespo y erizado y la piel del tono del aceite de oliva espesado en la sartén y los ojos hundidos en las órbitas como si hubieran querido esconderse allí para siempre, y sintió el tacto de sus labios fríos en los suyos, labios como gusanos copulando, como carne sin fuego. Pero ¿no se había resuelto aquello? ¿Acaso ella no lo había salvado? ¿No había salvado el día?

No era por la mañana. Aquello hubiera sido demasiado bueno para ser verdad. Era el atardecer, ahora lo sabía. Lo percibía en el aire, lo oía en la discusión y la queja de los pájaros. Era el Día del Druida, el día más largo del año, y el peor, el peor con diferencia. Y aún no se había acabado. Marco yacía allí junto a ella, con mechones de pelo desparramados sobre la cara, el puño derecho contra la mejilla como para protegerse de un golpe. Star le escuchó respirar un momento, absorta en el tejido lento y regular de su proceso pulmonar —tejer, destejer, volver a tejer— y luego le

sacudió para despertarle.

—¿Qué? —preguntó él, apoyándose en los codos, de forma que ella pudo verle entero.

—Parece que Norm tiene una emergencia. Ha convocado una reunión...

—¿Emergencia? ¿Ahora? ¿Qué hora es?

—Tal vez las nueve, no lo sé. Yo creí que era por la mañana.

—¿Qué clase de emergencia? ¿Se ha quemado la bomba del pozo o algo así? O déjame adivinar: Reba ha vuelto a perder a sus niños. ¿O ha sido Pan? ¿Se ha caído en su fuego y se ha chamuscado hasta las cejas?

—Verbie no lo ha dicho. Pero parecía completamente flipada.

—Siempre parece completamente flipada.

Él intentó cogerla, atraerla hacia el saco de dormir, pero ella le apartó la mano.

—Tengo miedo —le dijo—. Después de este día... Los niños, el caballo, todo. Todo se ha descontrolado aquí, Marco, todo el mundo está descontrolado.

—Sí —dijo él, dedicándole una sonrisa tan leve que casi no existía—. ¿Y no es de eso de lo que se trata?

La casa principal resplandecía con todas las luces de la compañía eléctrica, la luz que Norm y Alfredo siempre intentaban ahorrar —«Velas, utilizad velas»—, y cuando Marco y ella subieron los gastados escalones hasta el porche, los tablones de madera parecían hundirse bajo sus pies, como si todo el lugar estuviera a punto de desmoronarse. Vio la madera astillada del marco de la puerta, la rejilla agujereada de la puerta, el lugar gastado donde miles de manos, al rozar contra la pintura alrededor de la cerradura, la habían reemplazado por suciedad, suciedad humana, lo vio todo con claridad meridiana, aunque sentía la proximidad de un dolor de cabeza, un gemido latiente e incesante recién despertado que amenazaba con hacerle estallar el cráneo; ese era un efecto del ácido, el precio a pagar. Abre la mente, alimenta tu cabeza. Claro que sí. Y acabas sintiéndote como algo abandonado por la marea en la orilla, dejado por muerto. Cogió del brazo a Marco buscando apoyo, la puerta de rejilla se cerró tras ellos y se encontraron titubeantes en medio de la habitación principal, que parecía un velatorio: sin música, sin velas, sin nadie jugando a las damas ni al ajedrez ni instalado en uno de aquellos mugrientos sillones de orejas con un libro. Pero había basura —periódicos, revistas, platos sucios, tazas y vasos, una camisa rota, un par de botas llenas de barro—, y donde hay basura hay vida. Como para subrayar este punto, los perros escogieron aquel momento para irrumpir en la habitación y olisquear las manos de Star mientras se elevaba un murmullo de voces en la habitación contigua.

Casi todo el mundo estaba ya allí, la mayoría sentados en el suelo con las piernas cruzadas, la cara pálida, los ojos inexpresivos. Se frotaban las sienes y hacían circular una jarra de té helado o Kool-Aid (Star no pudo distinguir cuál de los dos),

rascándose ociosamente las orejas o los dedos de los pies, despatarrados en aquel mar de carne como si estuvieran aprendiendo a flotar, o quizá a levitar. Alfredo y Reba estaban en primera fila, Reba fumaba y le hablaba a su colega de algo y teñía el aire con el fulgor ámbar del cigarrillo. Ronnie estaba en la otra punta de la habitación, con Merry y Lydia, entretejidos en un amasijo de almohadones, y Jiminy se encorvaba sobre la mesa con Verbie, su hermana, Harmony y Alice.

Star se preguntó qué aspecto tendría —hacía días que no se miraba al espejo— y mientras se adentraba en la habitación intentó hacerse la raya del pelo con los dedos, forzándolo como un gorro en la coronilla y metiendo los mechones sueltos detrás de las orejas. Llevaba un par de aros de cerámica —delfines azules con sonrisas pintadas— que parecían hacerse más y más pesados a cada minuto que pasaba, hasta que empezó a sentirlos como ladrillos tirando de sus lóbulos, pero no pudo reunir la energía suficiente para quitárselos. No había logrado encontrar sus sandalias, pero la mayor parte de la tribu iba generalmente descalza, o sea que no importaba, aunque su camiseta y su pantalón corto parecían húmedos, casi pegajosos. ¿Cuándo los había lavado por última vez? ¿Cuánto hacía que no lavaba nada? La cabeza le martilleaba y de pronto volvió a tener miedo; por sí misma, por Marco y por Drop City, por todas las neuronas perdidas y las sinapsis mal conectadas de todo un continente lleno de drogatas y pasotas y colegas de tienda india. Bum, latía la sangre en sus sienes, bum, bum, bum.

Intercambió murmullos de salutación con un par de personas, pensó en cruzar la habitación hasta Merry y se sintió tan débil como si se le hubieran disuelto los huesos.

—Sentémonos aquí —le dijo a Marco, y se hundieron en el suelo muy cerca de la puerta porque, en realidad, ¿qué diferencia había? Norm no convocaba reuniones urgentes por nada, aquello iban a ser malas noticias, y ya no importaba si le pescaban a uno de pie o sentado, en la periferia o en el candente centro.

Vio cómo Alfredo se ponía en pie y se encaraba a la multitud reunida. Sus ojos refulgían con un brillo mate, como si se los hubieran pintado y todavía no estuvieran secos. La luz cenital le acuchillaba la cara, ahuecándole los pómulos y dándole el aspecto de un Cristo crucificado en el gran fresco que había sobre el altar de la iglesia de su niñez. Casi siempre tenía la cara larga, pero ahora su expresión rozaba lo trágico.

—Escuchad, tenemos un problema —dijo con voz de ultratumba—. Nos afecta a todos, especialmente a Norm, pero también a todos los demás, y Norm me ha pedido que reuniera a todo el mundo porque os quiere decir unas palabras...

Star apenas podía oírle, por las pulsaciones que le sacudían la cabeza. Era como si unas pinzas hubieran bajado del techo y le hubieran apresado las sienes llevándola lenta e inexorablemente hacia arriba, levantándola en el aire. Solo podía pensar en una de esas máquinas de feria donde se trata de extraer un premio de un montón de baratijas. Ella era el premio, el anillo de oro que en realidad era de cobre, y las

mandíbulas de la grúa la habían atrapado, pellizcándola y pinchándole, y lo que necesitaba era un Darvon, o mejor aún, un Seconal, algo para calmar el dolor. Le preguntaría a Ronnie cuando acabara la reunión. Él solía ser útil en casos así y siempre tenía sus provisiones escondidas en algún sitio. Contempló sus propias manos juntas e intentó concentrarse en parecer normal. O humana. Simplemente.

Alfredo continuaba su discurso:

—Hermanos, hermanas, colegas, estamos juntos en esto y ahora, más que nunca, tenemos que estar unidos...

Star se apoyó en Marco y la invadió una oleada de irritación.

—¿De qué está hablando? ¿Del accidente? ¿Es eso? ¿Y Norm no puede pagar la multa o lo que sea?

Marco se llevó un mechón detrás de la oreja, se alisó la barba con una mano sin anillos (no creía en las joyas para hombres, aunque Star vio que llevaba la sarta de cuentas de madera pintada que ella le había regalado, y por una fracción de segundo aquello lo equilibró todo). Estaba sentado en la postura del loto, con las piernas dobladas, la espalda arqueada, tan perfecto como la ilustración de un panfleto de Swami Kriyananda que Norm siempre repartía, *El yoga fácil, Ocho etapas hacia la iluminación, Palabras de Swami*.

—No —dijo, sacudiendo la cabeza—. Es mucho peor que eso... Es... no sé. No quería decírtelo, pensaba esperar al menos hasta mañana, pero ¿quieres saber la verdad? Se acabó, eso es lo que pasa. Norm intentaba decírmelo esta mañana, cuando hemos ido por la gaseosa y lo demás, y el alambre para el caballo, que, por cierto, aún estará en la parte de atrás de la camioneta, esté donde esté la camioneta. Aunque ya no importa.

—¿Se acabó? —Ella buscó sus ojos, pero él esquivaba su mirada—. ¿De qué me estás hablando?

Entonces se oyó la voz de Norm en la habitación y todo el mundo levantó la vista para verle allí de pie, en la puerta de la cocina, rodeando a Premstar con un brazo.

—¡Un caballo! —gritó—. ¡Mi reino por un caballo!

Solo con eso, dos exclamaciones, y el sudario que Alfredo había echado sobre ellos se desvaneció, y todos, incluso Reba, incluso Alfredo y el colgado de Krishna, se echaron a reír a carcajadas.

—O una cerilla —siguió Norm, sacándose del bolsillo interior de la chaqueta un petardo del tamaño de un puro—. ¿Alguien tiene una cerilla? ¿O ya os habéis olvidado de la hoguera? ¡El día más largo, tíos, el día más largo!

La hoguera del solsticio, claro que sí. Un murmullo recorrió la habitación. Norm era capaz de hacer algo así: podía despertar a toda la comunidad, excitar a todo el mundo, cambiar la atmósfera y las vibraciones de una habitación llena de gente con solo entrar por la puerta. Y Star vio que, emergencia o no, se había vestido para la ocasión: sombrero de ante de ala ancha con cordón bajo la barbilla y una chaqueta con flecos cortada del mismo material. Era un ante color ámbar, el color de la miel y

el del fondo de la jarra, y se había puesto un pañuelo azul al cuello para contrastar. Y eso no era todo: llevaba las gafas pegadas y una tirita blanca le atravesaba la ceja derecha, con un aire que no era de víctima ni de inválido, sino (a Star le costó encontrar la palabra) garboso. Y Premstar. Llevaba una semana allí y no había hecho nada excepto soltar risitas y tontear con Norm como si ella fuera una especie de juguete sexual o algo así, y allí estaba, vestida con un camisón blanco puro como la ingenua de una película de vampiros. Y aquel pelo: trenzado en dos cuerdas rubias que surgían de su frente como un pastel de pisos.

Star se volvió hacia Marco y por un instante sintió que los calambres relajaban su presa sobre ella.

—Ese peinado —susurró, sintiéndose repentinamente vigorosa y notando el colocón otra vez—. Eso es lo que yo llamaría una emergencia.

Toda la habitación observó cómo Norm llevaba a Premstar a la mesa, donde le cogió una silla con la exagerada galantería que anunciaba a todos que habían estado follando diez minutos antes, le pasó el porro y subió a los gastados listones de roble.

—Colegas —exclamó—, hermanos y hermanas, todo esto es culpa mía y me jode cantidad tener que estropearos precisamente esta noche, incluso antes de que encendamos la hoguera y bailemos, y es que hoy vamos a mover el esqueleto y nos vamos a sacudir el mal rollo, creedme, vamos a bailar como nadie ha bailado nunca, vamos a reinventar todo el rollo del baile para siempre, os lo juro. Pero el asunto del que os hablo se ha estado cociendo mogollón de tiempo y no puedo, no podemos seguir cerrando los ojos, ni negarlo ni posponerlo más. Tengo que sacarlo y compartirlo con vosotros...

Se detuvo en seco y nadie dijo una palabra, todos contenían la respiración.

Star buscó el brazo de Marco y se lo puso alrededor de su hombro como si fuera un manto. Ahora el corazón le latía junto con la cabeza, un martillo que golpeaba una y otra vez como en un anuncio de la televisión. No pensaba volver a Peterskill pasara lo que pasara, aunque Drop City se cerrara aquella noche. Ella se quedaría allí, y le daba igual lo que dijera Norm o lo negras que estuvieran las cosas.

Norm se inclinó para encenderle el porro a Premstar y ella dio una calada y Norm observó con aire de propietario cómo ella se lo pasaba a Reba antes de volverse a erguir y mirar por la habitación.

—Primero os daré las malas noticias, pero recordad lo que dice el *I Ching*: «La perseverancia trae ventura». Y todos, cada uno de vosotros, hermanos y hermanas, tiene que saber que las buenas vibratas superan a las malas y que perseveraremos en nuestra misión y nuestra filosofía y todo el amor y la verdad y el buen rollo de Drop City. Y todo lo que hemos conseguido aquí a pesar de los fascistas que golpeaban la puerta. —Hizo otra pausa y su voz decayó—. Solo que ya no estaremos aquí. Tendremos que dejar esta propiedad.

Si quedaba una gota de aire en la habitación, se desvaneció, huyó por la ventana. ¿Allí no? ¿De qué estaba hablando?

—¡Y una mierda que no!

Jiminy saltó de su asiento con el pelo ondeando como un molino alrededor de sus hombros. Tenía el puño cerrado y lo dejó caer sobre la mesa, a los pies de Norm, y luego volvió a encerrarse en sí mismo, presa de un temblor. El día tampoco había sido clemente con él, advirtió Star.

—Se acabó, tíos —suspiró Norm, y no miró a Jiminy ni un solo momento, solo dejó que sus ojos se posaran sobre cada rostro de la multitud, uno tras otro, como cuentas de un collar—. Los burócratas han ganado la guerra. Los chupatintas, los contables, todos. Somos historia aquí, tíos, y más vale que os vayáis acostumbrando a la idea porque el mundo civilizado viene hacia aquí.

Todo el mundo estaba conmocionado. O no: estaban furibundos.

—¡Gilipolleces! —exclamó una voz en el otro extremo de la habitación—. ¡No lo permitiremos!

—¡No! —apoyó Maya.

Su voz era aire convertido en textura y sus gafas centelleaban en el resplandor de la luz cenital como un escudo, y Star se preguntó qué pasaba con las luces. ¿Querían engrosar las arcas de la compañía eléctrica? ¿Había organizado Norm aquella puesta en escena? ¿Qué era aquello?

Y entonces oyó una voz que reconoció enseguida, que conocía tan íntimamente como si fuera la suya:

—Venga, Norm, venga, tío, no nos dejes.

Era Ronnie, desde la otra punta de la habitación, con la cara contraída y los ojos hinchados. Tenía un aspecto terrible. Parecía como si le hubieran enterrado una semana y luego le hubieran desenterrado. Pero aquella voz, aquel tono tenían un matiz de desolladura, de carne viva y desesperación, un temblor que Star reconoció de todas aquellas disquisiciones de madrugada sobre Dios, la futilidad de la vida y la imposibilidad de encontrar una buena emisora de FM en la zona de Peterskill, y Star comprendió en aquel momento cuánto significaba aquello para él. Ronnie. Pan. Necesitaba Drop City tanto como ella.

—Venga, Norm —rezongó él—. Venga...

Norm inclinó la cabeza durante un momento, como si todo aquel alboroto fuera demasiado para él. Se mesó la barba, se subió el ala del sombrero de la frente y el vendaje centelleó como una acusación.

—Las excavadoras estarán aquí dentro de una semana. Y eso, tanto si los polis vienen a buscarme como si no, porque, colegas, dejemos las cosas claras, por orden del juez, y lo podéis verificar todos, por orden del justo y honorable juez Vincent T. Everard, van a destruir toda construcción que no se ajuste a las normas de vivienda del distrito, y esas son sus palabras, no las mías, porque a mí las normas me la traen floja.

—¡Exacto! —gritó Mendocino Bill.

Y todos se pusieron a gritar, produciendo un mareante y vertiginoso galimatías de

voces —no, no se moverían ni un pelo, lucharían, se encadenarían a las puertas—, pero Star solo podía pensar en las colinas desnudas y las ruinas de tiendas turcas y cabañas, y las vallas de plástico envolviéndolo todo como una manta deshilachada. ¿Dejarían la cabaña del árbol? ¿La verían siquiera?

Empezó a desconectar y conectar a intermitencias con el entorno, porque en aquel momento le pasaron el porro, se lo llevó a los labios y probó la comunión de sus hermanos y hermanas en la humedad del filtro y se llenó los pulmones con el denso y dulce humo que iba a acabar con su dolor de cabeza definitivamente y llenarle cada célula y cada fibra de felicidad, la felicidad que necesitaba y merecía. Porque en eso consistía aquella vida, ¿no? Norm continuó su charla, despotricando sobre el condado, sobre el señor Jones y la sociedad plastificada de la cual era producto, del conformismo, el odio, el amor y el *I Ching*. Debió de hablar sin parar durante media hora, con la voz tronando y rabiando y volviendo al principio hasta convertirse en una especie de ruido blanco. Y las palabras dejaron de llegarle a Star, que ya había tenido bastante negatividad y malas vibraciones por un día. Suficiente. Ya era suficiente. Estaba a punto de levantarse y decir «Ya es suficiente, lo consultaremos con la almohada y veremos qué nos depara la mañana», cuando la habitación se quedó en silencio.

Ella miró a su alrededor y fue como si acabara de despertarse.

Norm seguía de pie sobre la mesa y la luz artificial manaba de su rostro como sangre. Acababa de dar la buena noticia, la promesa que iba a redimirles y que resucitaría Drop City, y le llegó a través de tres sílabas interconectadas que no le sonaron nada prometedoras; parecía una broma o una pesadilla. Ni siquiera estaba segura de haberle oído bien, y antes de saber lo que estaba haciendo, ya se había puesto en pie y había levantado una mano y la hacía ondear al final de su muñeca como si hubiera estado atrapada tras un minúsculo pupitre escolar de madera lacada.

—¡Norm, Norm! —gritó, en medio del tumulto de voces, mientras todos hablaban a la vez, todos gritaban, pero ella estaba de pie y él la miraba directamente a través de sus gafas pegadas con cinta adhesiva, como si Star fuera la única persona de la habitación—. Norm, ¿has dicho Alaska?

Sí. Eso era lo que había dicho: Alaska. Lo repitió para ella, toda la frase, al estilo Norm, y acabó con aquel sustantivo que esta vez la golpeó como un cuerpo, el nombre de aquel poslugar extraterrestre y bloqueado por el hielo que los presentes en aquella habitación solo podían asociar a la película de la tele *Sergeant Preston of the Yukon*, y eso que Yukon ni siquiera estaba en Alaska, ¿no? No importaba. Norm poseía el escenario, Norm era su líder y su gurú y, aunque nunca los había llevado a ninguna parte, ahora les llevaba, con los pies danzantes y los brazos agitándose al ritmo silbante y sedoso de los flecos de su chaqueta de ante, y parecía vender Alaska como si le perteneciera.

—Sin normas —gritó—, sin leyes de zonificación, sin impuestos, sin polis ni ordenanzas de distrito. Si quieres construir, construyes. Si quieres derribar unos cuantos árboles y poner una cabaña en la orilla del lago más enrollado, adelante, puedes hacerlo y no tienes que mendigar el permiso de nadie porque allí no hay ni dios, ¿me entendéis, tíos? Ni dios. Allí puedes vivir como Daniel Boone, como los hippies originales, como vuestros tatarabuelos y tatarabuelas, vivir de la tierra, con tu propio rollo, sin concesiones ni disculpas. ¿Captáis lo que quiero decir?

Silencio, estupefacto silencio. Todo el mundo tenía ante sus ojos perros tirando de trineos y extensiones con dunas de nieve. ¿Qué veían? Cangrejos, osos, esquimales, el monte McKinley irguiéndose en un calendario de pared como un planeta blanco que rompiera sus amarras. Norm hablaba en broma. Seguro.

—¿Es que te has vuelto loco, joder? —Star volvió la cabeza y vio a Mendocino Bill a su lado, titubeando sobre sus pies blancos e hinchados, con la barba absorbiéndole todo el color de la cara—. ¿Estás gaga, tío? ¿Alaska? Allí hace veinticinco grados bajo cero, tío. ¿Qué coño vamos a hacer, construir iglús como Nanuk el esquimal? ¿Comer nieve y carámbanos? ¿Y qué más? ¿Grasa de foca?

—El día más largo, tío —dijo Norm—. Allí, el sol no se pondrá esta noche. Yo lo he visto. Lo estuve viendo durante tres años. ¿Y sabes lo que eso significa? Eso significa fresas gordas como manzanas, tomates como sandías y pepinos que podrías vaciar para vivir dentro. Y esto. —Hurgó en el bolsillo de su chaqueta y sacó otro porro comunitario, alegremente liado en papel a rayas rojas, blancas y azules—. Esta mierda crece como secuoyas gigantes, ya sabes... ¡Todos al aserradero, tío! Mi tío Roy, y quizá algunos de vosotros lo sepáis, tú, Alfredo y probablemente tú también, Verbie, tiene una casa allí, justo a las afueras de Boynton, a la orilla del río Yukon, el lugar más extremo de Estados Unidos continental al que se puede llegar en coche, el último lugar, te digo, la última frontera, y ¿de qué está construida toda la ciudad? De troncos. ¿Sabes lo que quiero decir? ¡Troncos! Yo viví allí tres años cuando dejé la universidad, porque no podía resistir más la comedura de coco y el lavado de cerebro capitalista y burgués de los cojones, y sé muy bien de lo que hablo. —Se quitó las gafas, las secó con la manga y se las puso, y luego agitó una hoja de papel amarillo listado y la sostuvo cerca de la luz—. ¿Veis esto, tíos? ¿Lo veis? Es una carta de mi tío. Del propio tío Roy, fechada hace dos meses, y la llevo encima desde entonces. ¿Sabéis lo que dice? —Hizo una pausa para mirar por toda la habitación—. Dice que está en Seattle, viviendo con mi otro tío, el tío Norm, mi tocayo, porque tiene setenta y dos putos años y sufre de una artritis tan jodida que apenas puede coger el boli para escribir. No piensa volver a la tundra, nunca más, y ¿sabéis lo que eso significa? Eso significa que la cabaña es nuestra, tíos, completamente aprovisionada y lista para ser habitada, con trampas, escopetas, raquetas de nieve, seis cuerdas de madera apiladas en la puerta, cazuelas y sartenes y muebles caseros y todo el resto, y va a ser una aventura, ya lo es. Vamos a talar algunos árboles, porque así es como se hace, allí la madera es gratis, ¿lo captáis? Gratis. Y vamos a construir cuatro cabañas más y una

casa común, y vamos a construir a la orilla del río porque los salmones nadan por ese río incluso en este mismo momento, a millones. ¿Sabéis lo que es el salmón ahumado? ¿Lo pilláis? Y arándanos, mirtilos. Nunca habéis visto nada igual. ¿Queréis saber lo que vamos a comer? Nos vamos a comer la tierra, porque es un gran banquete variado. Y no hay nadie, y he dicho nadie, que pueda impedirlo.

Ahora todo el mundo estaba en pie y era como una concentración política, como un concierto. Star pensó en una actuación de Velvet Underground en un loft de Nueva York abarrotado de gente. Era la misma excitación, la misma energía. Una corriente ardía por la habitación y la recorría a ella también. Ya no le importaba el dolor de cabeza, ni las excavadoras: aquello era algo nuevo, algo loco, más allá de la imaginación de nadie. Y cuando Norm bajó de la mesa, una avalancha de manos, hombros y pelo le engulló, y las preguntas no terminaban nunca. ¿Cuándo? ¿Dónde? ¿Cómo? Todo eso querían saber y había tanta gente hablando al mismo tiempo que era como si hablaran lenguas distintas. Verbie estaba allí, junto al hombro de Norm, y Jiminy junto a ella, con los ojos brillantes. Hasta Reba parecía animada.

—¡Detalles! —gritó Norm por encima del tumulto—. Son detalles insignificantes, tíos.

Él ya estaba en marcha, y negaba cualquier miedo racional o preocupación práctica con un despreocupado barrido de su mano. Llevaba a Premstar del brazo y la conducía a través de la multitud, hacia la cocina y después hacia la oscuridad explanada, gritando por encima de su hombro como un agitador abandonando la arena:

—¡La hoguera! ¡Vamos a hacer la hoguera!

—Tío, ¿está sonao o qué? —dijo alguien, y Star se sintió empujada por detrás—. ¿Tú te tragas toda esa mierda?

Ella miró a Marco, solo a él, y él la miró bajo los párpados caídos, mientras avanzaban hacia la puerta y el húmedo perfume del aire nocturno. Él encontró su mirada, sonrió y se encogió de hombros.

—¿Sabes? —le dijo, rodeándole los hombros con un brazo y juntando una cadera con la suya—. Yo siempre he querido ver la aurora boreal.

Más tarde, cuando las llamas saltaban hacia la negra bóveda celeste y los carbones susurraban «Alaska, Alaska» —la única palabra que todos necesitaban conocer aquella noche, la piedra de toque, el futuro—, Star se dejó llevar por lo que le estaba ocurriendo. Paladeó el líquido frutal de la sangría Spañada y se mantuvo junto al fuego, contemplando las señales ígneas que ascendían en la noche. Se sentía serena, en su centro, como si le hubieran quitado un peso de los hombros, tal como se sentía siempre que tomaba una decisión. Como con Ronnie. Recordó el momento en que había dejado la casa de sus padres con él, sus libros y discos y sus bolsas de papel kraft desbordantes de provisiones, apiladas en el asiento de atrás, objetos de cocina,

el único hogar que había conocido durante tres cuartas partes de su vida alejándose en el retrovisor, y su madre rabiosa y descalza al fondo de la calle gritando contra el mundo que su hija iba a destrozar su vida. La cara de su madre se quedó allí flotando en la ventanilla incluso cuando ya habían dado la vuelta a la manzana y aún podía verla, el brillo húmedo de sus ojos y todas las arrugas y surcos de un largo día y una larga semana movilizadas por el pesar —«¡Paulette! ¡Vas a tirar tu vida por la ventana!»—, pero aquel día también se sentía serena. Había decidido irse y punto...

El vino frío y dulce acarició su garganta y condensó su dolor de cabeza hasta convertirlo en una dura pelotita de caucho en un rincón de su mente. En medio del grupo de gente —Marco, Norm, Alfredo, Reba, Harmony, Deuce, todos hablando al mismo tiempo, hablando de logística, hablando de Alaska—, Star cerró los ojos y se dejó llevar por la ola de exuberancia que recorría Drop City incluso ahora, incluso cuando el Día del Druida se convertía en otra cosa —el día después del Druida— y seguía siendo fiesta. Claro que sí. ¿No habían hecho una hoguera? ¿No tenían drogas, vino y cerveza? ¿Y no iban a bailar hasta caer rendidos?

Justo antes de que el fuego prendiera, cuando todos estaban reunidos en la explanada para contemplar cómo Norm ondeaba la antorcha ceremonial y lanzaba otro de sus discursos propulsados por un cohete —«Parte de nosotros, colegas, levantémonos y lancemos una parte de nosotros a la pira funeraria de la vieja Drop City»—, Merry había recuperado el atlas de la estantería de arriba de la cocina, flanqueado por el *Catálogo de la tierra* y *Placeres de la cocina*. Star había acudido a rellenar su vaso, y allí estaban también Lydia y Maya, machacando aguacates para el guacamole, y las tres estaban reunidas alrededor de la mesa cuando Merry atravesó con el dedo el mapa de Alaska hasta el punto negro en aquel río azul que caía en picado, junto a Boynton.

—Aquí está —dijo—. Drop City Norte. —Y las tres se inclinaron a comprobar si era real, un lugar como cualquier otro, un destino—. Y mirad —añadió Merry, midiendo la distancia con la anchura de una uña—, esto es Fairbanks. Y mirad, ¡Nome!

Nadie dijo una palabra, pero todas parecían atrapadas por la misma fiebre. Todas habían recorrido un largo camino para llegar allí, formaba parte del acuerdo: visitar el país y el mundo antes de marchitarse y morir en vida como sus padres. Lydia era originaria de Sacramento, pero había estado en Puerto Vallarta, Key West y Nova Scotia, y Maya había llegado en autostop desde Chicago. Merry era de Iowa y Star había atravesado las llanuras, las Rocosas y el inmenso desierto —kilómetros y kilómetros de paisaje pardusco y polvoriento—, pero aquello no era nada, nada en absoluto. Ahora surgía la ocasión de salirse del mapa, de descubrir el lugar más excéntrico, el mejor, para reivindicar sus derechos y vanagloriarse de ello toda la vida. «Ah, ¿tú has estado en Bali, en la Riviera francesa, en Costa de Marfil? Pues yo he vivido en Alaska».

Pero ¿dónde estaba la música? ¿No iban a bailar? ¿No era eso lo que había dicho

Norm, «bailaremos como nadie ha bailado jamás»? A Star se le abrieron los ojos de golpe al pensarlo y lo primero que vio fue a Ronnie, con el torso desnudo, junto a Dale Murray, al otro lado del fuego, con una cerveza en una mano y un atizador en la otra. Se preguntaba qué pensaría Ronnie de todo aquello, porque él seguía siendo el ancla que la ligaba a su pasado, pasara lo que pasara, y verle allí, con aquella expresión neutral, demasiado serena para ser humana, la hizo dudar un momento: ¿se uniría al grupo, estaría dispuesto a comprometerse? ¿O bien los desdeñaría con un comentario de soslayo y se largaría por la puerta de atrás? Se acercó a Marco:

—Ahora vuelvo —le susurró, pero Marco ya estaba en Alaska, por lo menos mentalmente.

—¿Barro y musgo? —estaba diciendo—. ¿Crees que es un método de aislamiento?

Y no la oyó.

Star rodeó el fuego mientras los otros surgían de la oscuridad para arrojar ramas, trozos de leña y detritus a las llamas. Jiminy y Merry aparecieron de ninguna parte con un armario desvencijado que se había ido erosionando silenciosamente en el porche principal, y Star vio al chico que llamaban George el Raro —todo sombra, sin sustancia— abriéndose paso por la era con una horcadura de árbol caído.

Y allí estaba Ronnie, encendido como una rama ardiente, la cara como una máscara de carnaval en amarillo y rojo y dos fuegos gemelos ardiendo desde las lentes reflexivas de sus ojos. Star se quedó un momento a su lado, contemplando cómo el esqueleto refulgente del fuego se revelaba a sí mismo como unos oscilantes rayos X, y luego dijo:

—Hola.

Ronnie, a coro con Dale Murray, le devolvió el saludo.

—Ah, ya estás fuera —dijo Star mirando a Dale Murray—. Estábamos preocupados.

—Sí —dijo él, y se inclinó para escupir en la tierra—. Pero no es gracias a vosotros, ¿eh? Ninguno de vosotros. Y de no haber sido por mi tronco —señaló con la cabeza y el perfil de Sky Dog emergió de las sombras guerreras de la noche, con una cerveza prendida en los labios como una medalla—, todavía estaría cagando ladrillos en la cárcel del condado. Él fue a buscar el aval para la fianza. ¿Y qué pasa? ¿Tanto cuesta hacer eso? ¿Hay que ser un genio?

Star no tenía ninguna respuesta para aquello. Se había quedado paralizada al ver a Sky Dog. Creía que se habría largado a molestar a cualquier otra familia con su ego y su egoísmo y aquel amor que no era amor, sino palabras vacías. Él no dio signos de reconocerla, se bebió su cerveza y luego tiró la lata al fuego.

Hubo una pequeña explosión, como un disparo. Las llamas crepitaron y rugieron.

—¿Y tú cómo lo ves? —le preguntó Ronnie a Star.

—¿Te refieres a Norm?

—Pues sí, Norm. Como si hubiera otra cosa de qué hablar esta noche.

—Hemos mirado en el mapa... Boynton. Es un lugar real. Quiero decir, igual que todos los sitios que encontrábamos en el mapa cuando veníamos hacia aquí —no pudo evitarlo y se echó a reír—. Una mancha. Un punto negro.

—¿De qué está cerca?

Ahora ella era la experta, la especialista en Alaska, pero en realidad, allí se acababan los límites de su conocimiento.

—De Fairbanks. A doscientos... doscientos cincuenta kilómetros.

—Allí se puede pescar —dijo Ronnie, pero no le hablaba a ella—. Tímalos, truchas, salmones tan largos como una pierna. Y puedes cazar un alce. O un oso. De hecho, ¿sabes que hay que matar a un oso cada año? Todo el mundo. ¿Sabes por qué? Para la grasa. Allí no puedes ir a la tienda a por un bote de margarina o de aceite o lo que sea...

—¿Qué pasa con las cabras? —preguntó Star, y se las imaginó en la parte de atrás del Studebaker, cagándose por todas partes, oliendo mal, balando y convirtiendo el coche en un zoo—. Nos llevamos las cabras, ¿no?

Y allí estaba, un hecho consumado: «nos».

—Eh, tío, ¿quieres otra birra?

Dale Murray se acercó a ellos con la cara inflamada en un cortante destello de luz. Ronnie levantó su lata experimentalmente, la agitó dos veces y la vació de un trago.

—¿Y tú, Star? —quiso saber Dale Murray, y su tono era más suave, casi razonable, incluso seductor.

¿Era aquello una oferta de paz (después de todo, ella no le había metido en la cárcel, ni siquiera estaba allí cuando ocurrió), o solo quería tirársela como el resto de colegas?

—Estoy bien así —dijo, y Dale Murray se adentró en las sombras. Ella dio un sorbo de la jarra de fruta y se la pasó a Ronnie—. ¿Qué ha pasado con tu camisa?

Ronnie apartó los ojos y miró a lo lejos. Se encogió de hombros.

—La he tirado al fuego. Norm dijo que nos liberásemos de toda la mierda, ¿no? La mierda con vibratas negativas. Dejadlo todo atrás, ¿no es eso lo que ha dicho?

Ella tardó un minuto en procesarlo.

—¿La camisa que yo te hice?

Sus ojos volvieron a posarse en ella, contraídos y acusadores. Él señaló el collar de cuentas que llevaba al cuello.

—¿Y tú qué has tirado al fuego, un muñeco de vudú con mi cara o algo así? ¿O aquella pulsera turquesa que te compré en Sedona? Veo que ya no la llevas...

—Muy bien, vale, lo siento. Yo te quiero, Ronnie, pero tienes que entender...

—Entender ¿qué?

—Marco. Que ahora estoy con Marco, eso es todo.

—¿Y quién coño es él? Yo a ti te conozco desde el bachillerato. Hostia, vinimos juntos aquí y tuvimos todas aquellas aventuras, ¿te acuerdas? ¿Eso no significa nada

para ti? —Se inclinó para tirar su botella vacía a las llamas y hubo otro estallido cuando el calor rompió el cristal—. Mierda, yo ni siquiera sé si quiero ir a Alaska si va a ser así. Además, ¿vamos a llevar el Studebaker o no? ¿Y qué me dices de Marco, él ni siquiera tiene coche, verdad? Por no mencionar al resto. Cómo vamos a llegar hasta allí, ¿eh?

¿Y qué le había oído decir a Lydia en la cocina el día antes? «Yo no miro el porno, yo lo hago». Muy bien. Las chatis y los tíos. Amor libre. Ronnie estaba tan lleno de mierda que le salía por las orejas. Ella le cogió la mano y se la apretó.

—Star y Pan —dijo.

—Mira, he pensado que vendrías a pedirme si me quedaba algún calmante de aquellos, porque te conozco como si te hubiera parido y me imagino que querrás dormir esta noche, ¿verdad?

Ella le dedicó una sonrisa radiante.

—Lees en mi mente.

—Tendrás que venir conmigo —dijo él, palpándose reflexivamente los bolsillos de los vaqueros—. Estaba un poco paranoico y lo he metido todo debajo de aquella roca en el bosque. Está a tres minutos de aquí.

Y echaron a andar hacia el hondo pozo de la noche que absorbía toda la luz como un agujero negro y ella sentía el camino bajo sus pies descalzos, con la mano de Ronnie cerrándose sobre la suya como un imán. Atravesaron el campo y avanzaron entre los árboles. Los ojos de Star empezaron a acostumbrarse y vio que había luna, vio una claridad suave que caía sobre cada hoja y cada aguja, pálidas franjas que iluminaban los troncos oscuros y una espectral alfombra que se extendía uniformemente sobre el suelo de un rincón al otro de la noche. Un búho ululó en la distancia. El aire tenía un olor especial, fresco y puro, como un sorbo de agua.

—¿Adónde me llevas?

Ronnie entrecruzó sus dedos con los de Star y le apretó la mano.

—Aquí mismo, a esa roca, ¿la ves?

Ante ellos se levantaba una voluminosa masa de arenisca, relumbrando débilmente a la luz de la luna, un hito que se distinguía desde la ventana de la cocina. De día era un lugar de refugio de los lagartos y de Jiminy, a quien le gustaba apoyarse allí para leer o meditar o cualquier otra cosa que hiciera solo. La visión de la roca, la sensación de reconocimiento y familiaridad entristeció a Star. Echaría de menos aquel sitio.

Ronnie le soltó la mano y se agachó hacia las sombras y ella le oyó moviendo cosas en la oscuridad, un rumor de ramitas y luego vio algo de plástico.

—Tengo de los rojos —le dijo—. ¿Cuántos quieres, dos?

Ella notó el tacto de su mano, una ínfima aprehensión de dos cápsulas lisas y ligeras. Se las tragó con un sorbo de vino dulce. A lo lejos, el fulgor del fuego pintaba el cielo y se oía la música surgir con un golpe de pandereta y la rudimentaria progresión de los acordes de guitarra de Sky Dog, o quizá de Dale Murray. Allí

estaban bailando, bailando de alegría, celebrando la sabiduría y la paz. Star ya no tenía ganas de bailar. No tenía ganas de nada, estaba aturdida, neutralizada, lo único que quería era dormir. Pero entonces Ronnie le subió una mano por la pierna y se irguió en las sombras para apretar sus labios contra los de ella, y ella quería decirle que no, que prefería que volviese con Lydia, quería decirle que aquello se había acabado excepto en el más puro sentido fraternal y que su pasado no significaba ya lo mismo; aquello era lo que quería decirle. Pero no se lo dijo.

Nunca llovía en junio en California, porque California tenía un clima monzónico que dictaba sus propias reglas: lluvia en invierno, sequía en verano. Así eran las cosas. Así habían sido siempre.

—Podéis hacer las apuestas que queráis —se jactaba Norm ante los recién llegados de la Costa Este—, ya veréis cómo no cae una sola gota entre abril y noviembre. ¿Queréis vivir al aire libre? ¿Queréis tirar vuestra ropa a la basura? ¿Queréis hacer fiestas como los indios chumash? Adelante, estáis en vuestra casa, esto no es Nueva Jersey, ni Buffalo ni Pittsburgh, Pasadena. Esto es California.

Marco había pasado el verano más seco y el invierno más húmedo de su vida en San Francisco, mientras buscaba una oportunidad en una grande y vieja casa victoriana llena de recovecos, con goteras en el tejado y treinta miembros de una comuna que no paraban de pelearse, y pensaba que se había hecho ya una idea del clima californiano. Sin embargo, cuando se despertó, la mañana siguiente a la celebración del solsticio, estaba lloviendo.

Había dormido poco. Y mal. Star se había perdido cuando la hoguera estaba en su punto culminante y ya no había vuelto. En aquel momento, apenas se había dado cuenta. Se había tomado un par de cervezas y le había estado dando al tema de Alaska como a un volante de bádminton con Norm y Alfredo, por encima de la red una y otra vez, agachándose para el tiro inalcanzable, saltando muy alto y ¡bang! Todo estaba en el aire en aquel punto, la gente se reunía en grupos atónitos o furiosos («Esos hijos de puta nazis, ¿no estamos en América?»), intentando alimentar el nuevo sueño, aquel sueño de volver a empezar de cero, de construir algo desde el principio como los pioneros con los que Marco siempre se había identificado secretamente. ¿Qué importaba si tenían que sufrir? ¿Qué importaba si hacía frío? ¿Acaso Roger Williams se había preocupado de las comodidades cuando descubrió Rhode Island? ¿O el capitán John Smith cuando zarpó hacia los pantanos de Virginia? Uno tras otro, todos fueron despojándose de una pieza de vestuario, un amuleto o tótem, y arrojándolos al fuego, jurando fidelidad al nuevo ideal, la libertad absoluta, Alaska. Era una fantasía adolescente —la fantasía de poseer tu propia isla, tu propio país, de crear las reglas a medida que ibas avanzando—, pero también era irresistible. Marco lo veía en cada rostro, una expresión de transformación, de mutación, y le había atrapado a él también.

Allí estaba, con Norm. Sentados rodilla contra rodilla junto a las ascuas del fuego, bebiendo té Red Zinger en tazas de cerámica e intentando distinguir cada matiz y prever cualquier impedimento, cuando el cielo empezó a clarear por el este. Todos los demás se habían ido a la cama, incluso Mendocino Bill, que había pasado casi una hora en la penumbra largando sobre la necesidad —no, el deber— de contratar un abogado y pelear por aquello, pero Norm le dijo que, para él, se había acabado pagar a abogados, pagar impuestos o soportar el sistema, se había acabado para siempre.

—Mira eso —le dijo Norm, señalando al cielo con su taza—, como el gran reóstato de Dios, ¿eh? —Se levantó y se frotó el culo de los pantalones de peto—. Ya es hora de desfilas por esta noche. Con suerte, nos quedan seis días. Logística, tío, te estoy hablando de logística. Mucho que hacer.

Y ahora estaba lloviendo, un firme, gris y vertical ataque de agua en su estado natural, inesperado, imprevisible, mojado. Marco se despertó con el sonido y el olor de la lluvia y descubrió que entraba agua por el tejado. Nunca se había molestado en probarlo con una manguera —no dejaba entrar el rocío y con eso era suficiente—, ¿quién iba a pensar que llovería en junio? Él mismo había cortado las maderas, pero no tenía cartón alquitranado, ni siquiera alquitrán, y el contrachapado que había utilizado había pasado tanto tiempo a la intemperie que estaba completamente podrido. Allí echado en su saco de dormir mojado, primero se enfureció consigo mismo, luego se sintió estúpido y por fin se dio cuenta de que era una tontería: aquello solo era una cabaña en los árboles, que hasta un chaval de doce años podría haber derribado como diversión. Aquello solo había sido un juego. Podía hacerlo mejor. Claro que podía.

Inspiró, espiró, observando cómo su aliento flotaba en el aire como su propio evento meteorológico, y escuchó el incesante rumor de la lluvia.

Por lo menos Star no se habría mojado. Intentó imaginársela acurrucada en uno de los sofás de la casa grande, escuchando discos y cotilleando con Merry y Lydia y quienquiera que hubiera acudido a refugiarse de la humedad, o tal vez en la cocina, preparando un platillo de arroz vegetariano o de pasta para cuarenta. Era muy buena cocinera, tenía mano para las especias. Podía hacer platos indios y a él le encantaba la comida india. Y debía de estar en la casa grande, si no estaba allí. Estaba claro. Allí solo había un peludo abandonado en su saco de dormir mojado.

Ella se había quejado de dolor de cabeza la noche antes, y él había supuesto que se iría a la cabaña del árbol a dormir, pero cuando subió la escala en la sopa de piedra del alba, el saco de dormir estaba vacío. Así que supuso que ella habría pasado la noche en la casa principal, como hacía a veces, en la habitación que Merry y Maya habían dividido con un par de mantas de los indios navajo colgadas de una cuerda de tender. Marco había estado un par de veces allí —al fin y al cabo, vivían en una comuna abierta y teóricamente no había espacios privados—, pero se sentía incómodo. La habitación olía a mujeres, sabía a ellas, a sus perfumes y fragancias, sus velas aromáticas, su incienso y todo lo que llevaban cerca del cuerpo, y siempre estaba ordenada, mientras que el resto de la casa era un desastre. Y oscura, oscura a la luz de las velas, incluso en pleno día, con hojas de cartulina y carteles clavados en las ventanas. Norm lo llamaba el serrallo. Al gran gato anaranjado, que no era ningún tonto, le gustaba refugiarse allí entre las sábanas y que las chicas le rascaran las orejas.

¿La echaba de menos después de una noche de ausencia? ¿Sentía que no hubiera dormido con él? ¿Estaba preocupado? ¿Celoso? ¿Posesivo? No lo sabía. Pero se quitó

el pegajoso saco de dormir, se caló los vaqueros y bajó la escala descalzo con la idea de cruzar la embarrada explanada hasta la casa principal y averiguarlo.

Rodeó la casa para no llenarla de barro y subió los escalones de atrás al revés, pensando en botas —iba a necesitar un nuevo par de la tienda de suministros militares, si quería sobrevivir un invierno en el norte— e hizo una pausa para aclararse los embarrados pies en el chorro de agua que caía del alero del tejado. No estaba fría, o no mucho, pero descubrió que estaba temblando mientras abría la puerta a un muro de aire cocinado y una compleja mezcla de aromas: pan recién horneado, café, albahaca, caldo vegetal centelleando en una marmita bien fregada que se calentaba al fuego.

Star estaba allí, inclinada sobre la marmita, con sus manos de niña formando una copa sobre un montón de raíz de apio cortada a dados. Ella le sonrió, echó la raíz de apio a la marmita y atravesó la habitación para estrecharle brevemente contra ella y darle un beso fugaz.

—¿Dónde estabas? —jadeó—. Te he echado de menos.

Y ella le dijo, muy bajo:

—Con las chicas.

Verbie estaba allí también, con su hermana, una chica de cara larga con la mandíbula prominente y los ojos demasiado juntos, y Merry, Maya y Lydia, todas revoloteando en torno al fuego con tazas de café en las manos. Los dos perros de pelaje color ocre yacían en el suelo, a sus pies.

—¿Ya has comido? —quiso saber Star, y luego volvió a la madera de cortar y cogió más verduras para la olla.

—Me siento como en un baño turco —dijo él, y buscó un sitio en la mesa, alisándose el pelo con la palma de la mano derecha. Se hacía la raya en medio, como todo el mundo, pero siempre le quedaba torcida, como si no tuviera la cabeza centrada en su cuerpo, y a menos que hiciera un serio esfuerzo para peinarse y cepillarse, no había mucha esperanza—. No —dijo, contestando a la pregunta de Star—, aún no. Pero ¿qué hora crees que es?

Merry respondió por ella.

—No lo sé, ¿las dos? ¿Dos y media? —Sirvió una taza de café, dos cucharadas de azúcar, una nube de leche de cabra, y se la llevó a Marco—. ¿A qué hora te acostaste anoche?

Él hizo un gesto vago.

—Norm —empezó—, yo estaba con Norm.

Y todas, incluso la carilarga hermana de Verbie, se echaron a reír. A Marco le gustó. Le gustaba mirarlas, sus dientes pequeños, encías brillantes, ojos convertidos en hendiduras. Las carcajadas se convirtieron en risitas.

—No digas más —le dijo Star.

Luego mojó pan caliente en su café, envuelto en el calor del momento, no sintiéndose preparado aún para empezar nada. La conversación fluía a su alrededor,

voces suaves, la rítmica danza punta tacón del cuchillo sobre la madera de cortar.

—Las cabras también vienen, ¿verdad?

—No lo sé. Sí, supongo que sí.

—Necesitarán un... ¿cómo se llama?, ¿un vehículo especial? ¿Como los caballos?

—Ah, un furgón de cabras. —Más risitas—. Podemos ir a la tienda de furgones de cabras y comprar uno.

—Lo digo en serio.

—Yo también. ¿De qué se van a alimentar?

—¿Las cabras?

—Sí.

—Ni idea... ¿De hierba?

—En invierno.

—¿Heno?

—¿De dónde vamos a sacar heno en medio de Alaska?

—Lo compramos.

—¿Con qué?

—Con trueque, como hacemos aquí. Ya sabes, velas, collares, cerámica, miel, esas cosas.

—¿Y quién va a comprar collares?

—Los esquimales.

—No hay esquimales allí donde vamos. Son todo bosques y colinas. Un poco como Minnesota. Eso dijo Norm.

—Pues los indios. Habrá indios por allí, ¿no?

—Los indios hacen sus propios collares.

—Pues adolescentes. Adolescentes que intentan escapar del yugo. Iniciaremos una revolución. ¡El poder de las flores en la tundra!

—Ah, muy bien.

Star era la que se preocupaba por las cabras. Ahora eran su campo de acción y nadie más parecía preocuparse de ellas. Incluso olía un poco a cabra, aunque a Marco no le importaba en absoluto, porque era un olor natural, y por eso estaban allí, para volver a la naturaleza. Y si podían mantener aquello hasta que se fueran a Alaska, allí sacarían mucho más.

—Yo no me preocuparía por las cabras, yo me preocuparía por la ropa interior larga... Quiero decir, ¿qué hay que llevar allí? ¿Abrigos de visón? ¿*Mukluks*? —Hubo un silencio—. Y por cierto, ¿qué son *mukluks*?

—Iremos a algunos almacenes, tipo Goodwill. A comprar un montón de jerséis y abrigos. Y tejeremos. Podemos hacer punto, no hay problema...

—Hay que ir a capas, eso es lo que hay que hacer.

—Creo que, si vas demasiado abrigado, el sudor se te hiela en el cuerpo y acabas palmándola de hipotermia.

—Yo no sudo.

—Pues sudarás, si llevas bragas de visón y sostén de armiño.

Se echaron a reír. Estaban contentas. Habrían ido a Siberia, a Tierra del Fuego, a la isla del Diablo, les daba lo mismo. Era una aventura, nada más. Un divertimento. Ellas eran las mujeres. El alma y los cimientos de aquella empresa. Y allí sentado, en la cocina, con la lluvia golpeteando las ventanas, el caldo hirviendo en el fuego y las voces femeninas trazando una red en el aire a su alrededor, Marco no podía evitar pensar que todo iría bien después de todo.

Era media tarde y seguía lloviendo cuando los perros levantaron el morro del suelo y ladearon las orejas. Un vehículo subía por el camino, un gran vehículo, precedido por un ruido de ruedas o de llantas y el jadeo sincopado y extraterrestre de un motor diésel. Marco seguía en la cocina, sentado junto a la ventana con un libro, sintiéndose confinado y constreñido, pero sin tener ánimos para volver a agazaparse en un saco de dormir húmedo y una cabaña con goteras por el resto del día. Estaba aburrido, ansioso de ponerse en marcha, de hacer algo, ver los detalles, arreglar cosas, organizar la partida. Alaska, Alaska o el fracaso, y solo podía imaginar una cabaña de troncos que daba a un río ancho y liso, tan lleno de salmones que casi podías cruzarlo andando sobre sus lomos, y alces, alces americanos bebiendo en pozas poco profundas con largas franjas de vegetación decorando sus astas. Pero llovía, él tenía un libro y no iba a ir a ninguna parte. Y en cuanto al resto, el reparto de personajes había cambiado en cierto modo. Ahora Reba estaba al fuego, haciendo un estofado para acompañar la sopa, y Alfredo se inclinaba ante un juego de solitario en la mesa de la cocina mientras Che y Sunshine pasaban a toda velocidad dentro y fuera de la cocina, en un frenesí sostenido que podía llamarse corre que te pillo, escondite o terapia gestalt. Star y Merry estaban apilando objetos en un rincón —«Seis teteras, ¿realmente necesitamos seis teteras?»— y Maya estaba metiendo botes de conserva en una caja de cartón, con la lenta y desgana imponderabilidad de una prisionera. La luz era una losa gris. Todo iba despacio.

Pero los perros se habían levantado y sus uñas negras y rígidas, claqueteaban en el suelo. De pronto Freak empezó a ladrar y luego se le unió Frodo, y todo el mundo pensó lo mismo: las excavadoras.

—Mierda —dijo Alfredo, sacudiendo la cabeza como si la tuviera atada a una cuerda.

Reba le dirigió una mirada desesperada.

—No puede ser —dijo—. Aún no. Norm dijo el viernes, ¿no?

Marco dejó el libro sin molestarse en marcar la página. Era *La pesca de la trucha en América*, uno de aquellos libros que Star había enterrado misteriosamente bajo las hojas el día anterior, y todavía no podía imaginar en qué estaría ella pensando. Salió a la puerta, bajó los escalones y se dirigió al campo de batalla de la explanada.

Al principio solo era el ruido, una agresión mecánica y chirriante que le arrancaba el corazón y el cerebro hasta el punto que no sabía si quedarse donde estaba o salir corriendo, ¿y qué les diría, qué haría, cuando empezaran a romperlo todo en pedazos? Se aferró al barro con los dedos de los pies, oyó cómo los otros se reunían en el porche.

—No pueden presentarse así sin más. —Era la voz de Reba, tensa, vibrando tras él—. ¿Verdad?

Hubo un centelleo amarillo brillante, del tono de la mostaza Heinz, y una forma avanzó entre los árboles por el camino... Pero no era una excavadora, demasiado largo, demasiado amarillo...

Era un autocar. Un autocar escolar. Y Norm, el insomne Norm, alimentado por anfetaminas y café negro, iba al volante, con el sombrero de ante de vaquero calado hasta la montura negra y rota de sus gafas y Premstar subida a su regazo como el muñeco de un ventrílocuo. Las marchas rechinaron y el morro macizo del monstruo entró en la explanada, sometió al barro y la lluvia esculpió dos largas hileras mojadas de ventanas envueltas en un suave manto. Se oyó el jadeo asmático de los frenos de aire, un pesado y firme chapoteo y el autobús se inmovilizó ante ellos, como si solo tuvieran que recoger sus carteras del colegio y sus bocadillos y subir a bordo.

La portezuela se abrió plegándose con un suspiro, y Premstar, la antigua Miss Watsonville, con sus altas trenzas tirantes y sus piernas perfectas, bajó de la plataforma, con una sonrisa insegura curvándole los labios. Llevaba pintalabios blanco, sombra azul y un par de osadas botas de tacón alto que le llegaban más arriba de las rodillas. Marco la observó, fascinado, mientras ella descendía delicadamente al barro, se apartó el pelo de la cara y levantó los ojos hacia él.

—Hemos conseguido un autocar de colegio —dijo, en un hilo de voz, sin aliento, como si describiera un trayecto a la tienda de ultramarinos a por papel higiénico—, Norm y yo.

Norm tiró del freno de mano y bajó los escalones tras ella, mientras que el autobús, parado pero con el motor en marcha, tartamudeaba agarrando y soltando, y el olor a diésel infestaba el aire. La lluvia salpicó el sombrero y la chaqueta con flecos de Norm, con gotas oscuras como sangre contra el ante color miel. Tenía los ojos cansados. La lluvia le hizo estremecerse.

—Adelante —dijo, haciendo un gesto con el brazo—, echa un vistazo. Es un Crown de mil novecientos sesenta y tres con capacidad para noventa y un pasajeros. Increíble, ¿eh? La clase de vehículo que puedes conseguir, si tienes mucha suerte y eres listo, a cambio de una Volkswagen de mil novecientos setenta, casi nueva, solo un poco abollada, ¿captas lo que quiero decir?

Alfredo estaba también allí de pie bajo la lluvia y Reba junto a él. Star salió y rodeó la cintura de Marco con un brazo. Todos sonreían, incluso cuando Premstar subió los escalones y Norm se inclinó sobre ellos, con los hombros encorvados y la cabeza gacha entre ellos como una pelota de bolos.

—No quiero pararlo, ese es el problema —dijo—, porque me ha costado un huevo ponerlo en marcha. El tipo que me lo ha vendido me ha dicho que era un poco peliagudo, sobre todo en las mañanas frías.

—¿Mañanas frías? —preguntó Alfredo—. Es por la tarde y si hace menos de treinta grados es que hay que cambiar de hombre del tiempo.

—Sí, mira, es una buena máquina, a toda prueba, no menos de ciento ochenta mil kilómetros y puede hacer fácilmente el triple. Lo que quiero decir es que no he dormido en dos días y ya he cumplido mi parte, más que eso, y creo que alguien, como Bill, por ejemplo, debería mirar el motor o lo que sea, y los demás tendrían que ir cargando sus trastos porque el tiempo y la junta de supervisores del condado no esperarán a ningún hombre —subió los escalones y rodeó a Premstar con un brazo—, ni a ninguna titi. Pero yo ya no puedo más, estoy hecho polvo. Y alguien tendrá que montar un estante cerca del techo para almacenar cosas. Necesitaremos cuerdas y pulpos y todo eso. Y comida, latas de todo lo básico, judías secas y harina y lo que sea, de la cooperativa de Guerneville.

Hizo una pausa, se palmeó los pantalones del mono y sacó una pinza de billetes del bolsillo interior.

—Toma —dijo, sacando un billete de cien dólares y sosteniéndolo por encima de los escalones de modo que la lluvia lo oscureció como si fuera un trozo de carbón mojado, como dinero de juguete—. Cógelo, ¿eh, Reba? Para comida.

Y luego abrió la puerta de rejilla y entró, con Premstar bien agarrada bajo su brazo.

Los cinco días siguientes fueron etiquetados como «días bohemios» por Marco y Star, como una broma privada: sin tiempo para un vinito, una cerveza, drogas o meditación, con la espalda contra aquella gran roca amarilla maciza en medio del campo, sin tiempo siquiera para dormir. La caravana se movía, había que plegar las tiendas, desatar a las cabras y agarrar a las gallinas por las patas. Si alguien había albergado alguna duda sobre la seriedad del objetivo de Norm Sender, el autocar las borró todas. Allí estaba, enorme e incontrovertible, dominando el embarrado patio como un sueño de ascendencia mecánica, y todo el día, cada día, desde el alba hasta las últimas horas alargadas y declinantes, la gente se apelotonaba alrededor con herramientas, mantas, comida, discos y provisiones.

El propietario anterior —uno de los viejos colegas de bachillerato de Norm, que se había convertido en un psicólogo con coleta en Mill Valley— había instalado en el interior una especie de hornillo barrigudo, un mostrador y un fregadero inacabados y ocho planchas de contrachapado plegables que servían de literas. Había tenido un sueño, el psicólogo. Consistía en transformar la bestia en coche-camping para llevarse a algunos de sus pacientes del hospital psiquiátrico a excursiones de cuarenta y ocho horas, pero el sueño nunca se había realizado por la misma razón que mueren

tantos otros sueños: falta de fondos. Había dejado intacta la primera media docena de filas, que podían acoger a tres pasajeros sentados hacia delante y al menos un durmiente. Y luego, después del fogón, seguía un compartimiento de contrachapado crudo con un váter de acero inoxidable. Según Premstar, que suministraba toda la información en un susurro de soslayo cuando Norm no podía oírla, el psicólogo había conseguido el autocar barato después de un choque con un camión de fuel, en el que tres niños de guardería habían muerto quemados. El chasis se había quedado torcido, aunque el psicólogo había intentado enderezarlo con la ayuda de otro colega del bachillerato que tenía un taller de soldar, pero era algo que no tenía remedio: siempre daba la impresión de que iba torcido, cuando en realidad iba por el centro de la carretera. Y por muchos esfuerzos que se hicieran con aerosoles y lacas y ambientadores, un olor de vinilo incinerado —o algo peor— acosaba el interior.

Cuando Jiminy vio el autocar aquella primera noche, aunque la lluvia se estaba reabsorbiendo en niebla y una luna ruinosa se elevaba por entre los árboles, avanzó descalzo por el barro y abrazó el frío metal del capó como si fuera tejido vivo.

—Magic bus —murmuró, y empezó a recitar muy bajo—. Bus mágico, magic bus, magic bus, hey, hey, magic bus.

Marco llevaba una linterna para iluminar a Mendocino Bill, que estaba hurgando en el motor con una pinza en una mano y un destornillador en la otra, y Alfredo, a falta de algo mejor que hacer, supervisaba. Reba había colgado una linterna Coleman de uno de los ganchos del interior y las mujeres estaban allí, cinco o seis de ellas —Star incluida—, arreglando cosas, pasando una esponja por los asientos y una mopa por el suelo, distribuyendo ya el espacio.

—¿Sabes lo que podemos hacer? —dijo Jiminy, con la mejilla apoyada en el guardabarros delantero—. Pintarlo. Como Kesey. Como los Prankster. Mandalas, signos de la paz, caras raras y peces, peces por todas partes. Como el pez de Peter Max, que echa burbujas. Y tortugas. Ese tipo de cosas. Haremos que la gente flipe en aquel agujero de Nome.

Mendocino Bill emitió un gruñido afirmativo con el fondo de la garganta, pero no era muy entusiasta: aquello era otra fantasía adolescente, y ¿qué había de malo en aquel «WASHO UNIFIED» impreso en ambos lados del autocar en letras negras indelebles?

—No voy a decirte lo que tienes que hacer —intervino Alfredo—, pero debemos cruzar la frontera canadiense, dos veces, creo. Y lo último que nos interesa es parecer un desfile de circo, la parada de los monstruos, ¿comprendes? —Saltó del banco en el que se había instalado Bill y le lanzó una mirada a Jiminy—. Como tú, por ejemplo, Jiminy... Así es como te conocemos, pero ¿cuál es tu auténtico nombre? Quiero decir, lo que ponía en tu cartilla militar.

Jiminy se miró los pies.

—Paul Atkins.

—¿Paul Atkins? Muy bien, pues eso es lo que querrán saber en la frontera, y más

vale que tengas la cartilla militar para enseñársela también. Y quizá un certificado de nacimiento además. ¿Tú por qué te libraste, por salud mental?

Jiminy parecía ofendido, maltratado, y Marco habría querido decir algo, pero no lo dijo.

—No piden toda esa mierda en la frontera —replicó Jiminy—. Solo te preguntan: «¿Es usted ciudadano americano?». Y también: «¿Cuánto tiempo se quedará en Canadá?».

—Oye, tío —dijo Alfredo—, probablemente tú aún estabas en primaria la primera vez que yo fui a Canadá, a Ontario, concretamente. Y tal vez entonces se lo tomaran con más calma, pero créeme, con la guerra en marcha y todos esos prófugos (a los que apoyo, por cierto, no me malinterpretes), va a ser un rollo y tenemos que hacerlo bien. Métetelo en la cabeza, tío, esto no es un juego, no es un festival de rock de tres días y después volver a casa cuando se acaba. Estamos hablando de supervivencia. Nos echan del rancho, hostia. ¿Qué crees que significa eso?

Marco ya no escuchaba porque se estaba imaginando la frontera, una vaga cortina de árboles, un puesto de control fronterizo en la autopista en un charco de oscuridad, ¿y qué iba a decir él si le preguntaban? ¿Inventar una falsa identidad? ¿Salir cinco kilómetros antes y huir por el bosque? ¿Habría alambradas de espino? ¿Cercados electrificados?

—Mantén la luz firme, ¿quieres? —pidió Bill—. Casi no veo lo que estoy haciendo.

—¿Y entonces qué se supone que seremos, el equipo de Lacrosse Washo Unified? ¿Con nuestras animadoras y nuestra banda en una gira triunfante por la Columbia británica? —Se apartó del autocar y aleteó sobre los cráteres gemelos que sus pies habían hecho en el barro—. Para ti es fácil decirlo, tú no tienes que preocuparte, eres demasiado viejo para que te movilicen.

La lluvia ya solo era un fino chirimirí y los flancos del autocar brillaban como si los hubieran pulido. La luna se reflejaba en el barro. Desde dentro del vehículo se oían risitas.

Alfredo tardó un momento en contestar.

—Es verdad —dijo al fin—. Tengo cuatro años y tres meses más de la fecha límite. Pero eso no significa que no me preocupe por Marco y Mendocino Bill y los otros colegas. Esto es una guerra, tío, y vamos a ganarla. Drop City Norte, ¿de acuerdo? ¿Tengo razón?

—Sigue siendo América —contestó Marco—. El estado número cuarenta y nueve. También allí tienen servicio selectivo.

—Sí, pero nosotros vamos tan lejos que nadie sabrá siquiera que existimos.

Por la mañana, mientras Marco intentaba con Star fijar planchas en el techo del autobús para crear la mayor repisa de equipajes del mundo, se volvió a un lado para

coger otro palo y se encontró cara a cara con Franklin y Lester, que miraban hacia arriba.

—¿Qué es eso que he oído? —quiso saber Lester, con la voz algodonesa, como si temiera magullarse. Tiró del ala de su enorme sombrero para protegerse los ojos del sol—. ¿Estáis dispuestos a abandonarnos a Franklin y a mí? ¿Para ir adónde, a la puta Alaska? —Y empezó a reírse, soltando el aire con un jadeo bajo y sin aliento, como los dos primeros compases de una canción—. Tíos —añadió, y seguía riéndose—, estáis completamente sonados.

Marco tenía un martillo en la mano, así que se ahorró la respuesta. Clavó un par de clavos en la esquina delantera del portaequipajes y pensó que el bombeado techo del autocar iba a ser un problema, pero si montaba el estante lo bastante alto y ataban bien la carga, podría resistir hasta llegar a su destino, siempre que el techo no se derrumbara con el peso.

—Quizá sí —dijo Star, y esbozó una sonrisa tan amplia que parecía que sus mejillas fueran a partirse en dos—. Pero, por si no lo habéis oído, Alaska es lo mejor que hay, el último sitio auténtico que queda en todo este continente.

—Mierda —soltó Lester, sonriendo—, eso es lo que pensaba yo de California, hasta que puse el culo en Oakland. Y Fillmore es peor que Oakland, incluso el Haight es peor.

—¿Y qué pasa con nosotros? —preguntó Franklin, mirándoles bajo sus gafas de sol amarillas, que parecían la parte superior de una máscara de gas—. ¿Derribarán también la casa de atrás?

—Eso me gustaría saber —confirmó Lester—. Y a Sky Dog. Y a Dale. Porque esto va a ponerse muy poco hospitalario cuando lleguen con esas excavadoras, ¿no creéis? —Agachó la cabeza, le dio un puntapié a una piedra en aquel barro de textura tramada por las múltiples huellas secadas al sol—. Pero lo que más me gustaría saber es: ¿estamos invitados? Porque nosotros tenemos el Lincoln y no vais a caber todos en ese autobús y el coche de Pan, aparte de ese trasto descuajeringado que lleva Harmony.

Marco los miró desde las alturas. No le gustaba Lester y aún menos Sky Dog y tampoco se le había olvidado aquel día en la zanja, ni lo que habían hecho en la cabaña del árbol, pero realmente aquello pasaba de la raya: le costaba creer lo que estaba oyendo. Lester parecía hablar en serio. De verdad creía formar parte de la comunidad, comulgaba con el credo de la tribu, lo de paz y amor y hermandad. O quería creérselo. Desesperadamente. Era un momento difícil y Marco se sentía como Noé subido al arca y mirando las semillas de malas hierbas que medraban en las húmedas y oscuras llanuras de abajo. Miró a Star y ella apartó la vista.

—O quizá me he equivocado de interlocutor y debería consultarlo con Alfredo. O con Norm.

—He oído que encontraron oro por allí —dijo Franklin, estirándose para mirar hacia arriba—. ¿Es eso lo que vais a hacer, buscar oro?

—Venga, tío —dijo Lester—. Olvidemos el pasado, ¿vale? Somos hermanos, ¿no?

Siguió un largo silencio. Nadie dijo una palabra. Marco sentía el autocar oscilando bajo su cuerpo mientras Reba y Merry subían con dos cajas más de platos, cazuelas y sartenes, cubiertos y conservas. Iban a montar los dos grandes altavoces KLH sobre dos soportes de la parte de atrás y hacer funcionar el tocata con una batería de coche, para poder escuchar música de noche, cuando aparcaran el autocar junto a una carretera o en un camping. Maya estaba poniendo cortinas en las ventanas y Verbie y su hermana cortaban una franja de una alfombra vieja para el pasillo. Hasta Pan estaba colaborando, friendo pescado con patatas y preparando ensalada de col para liberar a las mujeres de la cocina y que pudieran concentrarse en otras tareas. Marco oía el suave rumor de sus voces bajo su cuerpo, el sonido de algo creciendo, tomando cuerpo en una unidad de esfuerzos capaz de disolver y empalidecer todos los conflictos y problemas de Drop City hasta hacerlos desvanecerse en la nada. Se sintió bien. Se sintió omnipotente. Se sintió uno de los elegidos.

—Entonces, ¿qué dices? —La voz de Lester flotó hasta su altura, suave como una pluma—. ¿Estamos invitados o no?

Marco cogió un clavo del bolsillo de su camisa, lo puso en su sitio y lo clavó con dos golpes de martillo. El sonido estalló en la mañana como dos disparos, uno tras otro, certeros, fatales.

—Eh —dijo, consciente de la determinación que había en su tono—, este es un país libre.

CUARTA PARTE

EL BOSQUE EBRIO

Aquí la vida late del mismo modo en la luz del sol y el hielo, en la savia y la sangre que bulle en las cosas, en su descomposición y en su muerte súbita.

JOHN HAINES,
The Stars, the Snow, the Fire

La luna de miel había terminado antes de empezar, y era una lástima, o peor, era un verdadero crimen. Un crimen cometido por un hombre con un arma de fuego, un Remington semiautomático de calibre 22 Nylon 66, a juzgar por los fragmentos de plomo aplanados que Cecil Harder retiró de los cadáveres de Bobo, Hippie, Girl, Loon y Saucy. Por supuesto, las balas podrían haber procedido de cualquier otro calibre, pero Joe Bosky tenía un Nylon 66 (lo prefería, como muchos otros, por la ligereza de su montura de plástico) y Joe Bosky era el único hombre de aquella verde tierra a quien se le podía ocurrir matar a tiros a los perros de otro. Nadie disparaba contra los perros, ni quemaba las cabañas de otros ni violaba a sus mujeres ni les disparaban por la espalda cuando pasaban en canoa por el río. Sess Harder estaba intentando vivir de la tierra, todo el mundo lo sabía. La mayor parte de sus ingresos procedían de las pieles, y sin los perros para recorrer la sesentena de kilómetros de sinuosa pista de caza, el trayecto de trampas que había heredado de Roy Sender y había mejorado y ampliado por su cuenta, no tenía nada que hacer. Cualquiera lo sabía. Incluso un niño podía deducirlo.

Así, en lugar de un alegre retorno al hogar, en lugar de tomar a la novia en sus brazos y franquear el descansillo donde se limpiaban los pies y luego el umbral de la cabaña, en lugar de seleccionar los regalos de boda y almacenar las provisiones y tal vez echarse desnudo junto a ella en una manta bajo el sol —una de sus fantasías sexuales más persistentes—, Sess tuvo que cavar cinco hoyos con el corazón encogido de odio y resentimiento y la sangre latiéndole en la cabeza con el ansia de venganza. Pamela intentó consolarle, pero fue en vano. Ella misma estaba trastornada y aquello era lo peor, porque confirmaba la brutalidad del crimen cometido. Ya era bastante horrible que aquel psicópata hijo de perra insensible y sin agallas hubiera hecho una cosa así, ¡pero haber expuesto a Pamela a algo semejante y nada menos que el día después de su boda! Iba a matar a Joe Bosky, lo antes posible, no había otra solución. Joe Bosky se había pronunciado claramente. Estaba pidiendo que lo mataran. Lo estaba suplicando.

—No puedes, Sess, ni siquiera lo pienses. Irás a la cárcel... Es asesinato. También aquí hay leyes, ¿sabes?

Él estaba en una de las fosas, intentando romper el permagel, lanzando la tierra afuera. Había llegado una hora antes con su mujer y no había descargado la canoa, no había ni mirado el huerto, no había llevado a Pamela a la casa, ni siquiera le había dado un beso en la mejilla.

—¿Qué sabes tú? —dijo, y no se limitó a pronunciar las palabras, sino que casi las escupió.

Ella estaba allí, a su lado, con su pantalón corto, exhibiendo sus magníficas piernas, con las manos en las caderas. Tenía la mandíbula apretada. Aquella era su primera pelea, llevaban un día casados, una noche en el cielo y ahora aquello.

—No te voy a hablar como si fueras un niño, Sess, y no tengo que recordarte que ahora yo formo parte de esto también... Acudiremos a la justicia, como gente civilizada, haremos que le persigan...

—La justicia no se desplaza por unos perros.

—¿Y por asesinato? ¿No crees que sí se desplazarán por un asesinato? ¿Te crees que me he casado contigo para ir a verte a la cárcel tres horas a la semana?

Sess plantó el pico en la tierra helada, con toda su ira concentrada en los brazos, los hombros, los músculos de acero de su torso.

—En cuanto me lo encuentre —gruñó, y volvió a clavar el pico—, lo mato.

—Muy bien. De acuerdo. Entiendo que estés disgustado, así que te dejaré que hagas lo que tengas que hacer y yo empezaré a descargar las cosas. ¿Te parece?

«¿Disgustado? —iba a decir él—. ¿Tú crees que estoy disgustado? Espera a que coja un arma, entonces verás si estoy disgustado. Espera a que acorrále a ese hijo de puta en una pared y le haga llorar como una mujer». Pero no tuvo la ocasión, porque ella ya se había dado la vuelta y se alejaba cuesta abajo, a través del destello soleado de los jacintos, campanillas, claveles silvestres y saxífragas, donde la canoa relucía contra el fulgor eterno del río.

Pamela hizo la cena aquella noche, con las sobras de la boda, ensaladas, costillas frías y todo lo que se había conservado, y se instalaron en la mesa de picnic, al sol, con veinticuatro grados de temperatura y el silencio del mundo cerrándose en torno a ellos. Él llevaba una camiseta y vaqueros con parches, ella llevaba un top que solo le cubría los pechos y dejaba el vientre desnudo y se había peinado de manera que la melena rubia le caía sobre los hombros como un estandarte dorado, y para Sess, aquello valía la pena. Verla así en la tierra que rodeaba su cabaña, en su mesa, viva y vibrante bajo la inmensidad lejana del cielo, le conmovió y le hizo sentirse humilde y olvidar su rabia durante unos minutos consecutivos. Ella era su esposa. Él estaba casado. Casado por primera y última vez en su vida.

A unos sesenta metros de distancia, al pie de la pendiente, el río trazaba un sutil acompañamiento argentino a los murmullos y encogimientos de hombros de su conversación, como el sedoso rumor de un piano en un salón sombrío. Incluso los mosquitos, sus porqués y sus cómo ininteligibles para la mente humana, parecían haberse tomado la noche libre. Sess comió jamón frío y ensalada de tres judías y escuchó a su mujer, ansioso de cada inflexión, observando sus labios, sus ojos. Había una botella de vino de la boda abierta en la mesa, Inglenook Pinot Noir de 1969, originaria de Napa Valley, y al lado, una jarra de la propia cerveza negra de Sess. Había empezado a hacer cerveza al trasladarse allí y construir la cabaña, porque el almacén de bebidas más cercano quedaba bastante lejos, y cuando no estaba fuera casándose ni espionando a Horace Walpole, producía un paquete de seis al día aproximadamente en el gran recipiente de plástico que había junto a la puerta. Así que «¡Bebamos!» era su divisa, porque solo tenía trece botellas de cuarto y lo que no se embotellaba o consumía se convertía rápidamente en bazofia. Alcanzó la jarra, se

sirvió otra, brindaron con un suave clic de vasos metálicos, que sonaron tan dulcemente como el cristal más fino.

Una hora antes, después de enterrar a los perros, había entrado en la cabaña y había visto que ella lo había guardado todo y encontrado un lugar para cada cosa, reordenando de paso su desorden de solterón, y él había sentido una oleada de irritación. Las latas de conservas estaban en los estantes equivocados, un vestido colgaba como una cortina de una cuerda en medio de la habitación y había una pila de cajas llenas de ropa y libros e incluso un despertador —¡un despertador, por el amor de Dios!— acumulados junto a la pared, donde la cama tenía que abrirse todas las noches. Y carteles. Pamela había colgado carteles de un músico con corte de pelo a lo paje —Neil Diamond— en la pared del fondo. Aquello era una cabaña, una cabaña en el bosque, no un dormitorio de estudiante.

Pero no dijo nada. Era su primer día allí, de los dos, y él estaba loco de rabia por lo que Joe Bosky había hecho, y tenía que convencerse, no dejar que Joe Bosky le invadiera y lo estropeará todo, y se acercó a ella, que estaba colocando unas flores en una lata de café y la abrazó por detrás. Y empezaron a besarse y a acariciarse y ella le susurró palabras de calma y alivio.

—Si es cuestión de dinero —dijo Pamela, apartándose de él para mirarle a los ojos—, yo tengo dinero.

De nuevo le invadió la irritación.

—¿De qué estás hablando?

—De los perros. Podemos comprar perros. Volver a Boynton, Fairbanks, donde sea.

—¿Y qué, poner un anuncio en el periódico? ¿«Se buscan perros de trineo entrenados para cazar»? Haría el ridículo más espantoso. Nunca me recobraría, nunca. Además, ya nadie caza con trampas, ni apenas usan trineos.

Ella le dirigió una mirada que él no conocía, con la boca endurecida y una arruga dual descansando sobre sus ojos perfectos.

—Todo el mundo tiene perros —insistió—, y todo el mundo tiene trineos. Solo tienes que ir a Kiana o Noorvik o cualquiera de los pueblos de esquimales para verlo. Porque allí hay cinco perros por cada hombre, mujer y niño.

—Muy bien, aclaremos esto. ¿Pretendes que vayamos a un pueblo esquimal a comprar perros y traerlos en avión en una Cessna de cuatro asientos?

—No he dicho eso. He dicho que podríamos preguntar en Boynton. O en Fairbanks.

Todas las emociones contendían en su interior: amor, odio, pesar, tristeza.

—Oye —dijo—. Vamos a dejarlo.

¿Y qué hizo entonces? Bebió demasiado. En su primera noche como esposa en su cabaña hecha a mano en medio de ninguna parte, probablemente desorientada, confusa y llena de dudas y presentimientos, como cualquier mujer que hubiera saltado sin mirar para encontrarse en un lugar extraño, con un hombre que se revelaba

más extraño a cada minuto que pasaba, él se acabó la botella del vino de la boda y dos jarras de su cerveza e insistió en atacar su botella de cuarto de ron Hudson Bay, y saboreó sus ardientes tragos hasta que el sol cayó tras las colinas. Al principio, ella le siguió, copa a copa, trago a trago —Pamela era buena bebedora, con auténtica resistencia, fuerte en todos los aspectos—, pero al final, sus ojos perdieron foco y él fue el único que seguía hablando.

—¿Quieres saber una cosa de la caza con trampa? —dijo, en tono magistral, sin importarle si ella quería escucharle o no—. Pues bien, te lo explicaré...

Y así lo hizo. Le habló del trabajo que Roy Sender había hecho montando sesenta kilómetros de pista de caza a través de tierras vírgenes de todo camino, remontando el Thirtymile y todos sus afluentes, y después en otro río, un circuito de nueve días lleno de trampas, con un tiempo tan terrible que habría matado a cualquiera que no fuese sobrehumano, pero Roy Sender había hecho eso hasta sus setenta y un años. Roy le había tomado bajo su protección y le había enseñado a montar trampas para toda clase de animales, a construir un trineo de abeto de dos metros y medio de largo y no más ancho que sus hombros, a desollar lince, zorros y armiños y a fabricar carnadas que eran como bombas atómicas de pestilencia para agujonear la nariz y los oídos de cualquier depredador de la zona. Era un viejo solterón, maniático y extravagante como un Ford al que le faltaran dos cilindros, siempre mascando y maldiciendo a cada paso, un hombre con el que ninguna mujer habría perdido su tiempo, y vivía como un ermitaño, encerrado todo el invierno en su cabaña, donde se entretenía arreglando sus cosas y haciendo su espacio vital tan confortable y sólido como la imagen de un salón cuadrangular de madera lustrosa en un barco de vela. Sess se sentaba a los pies de aquel colmo de la excentricidad, encantado de disfrutar de su malhumorada compañía, y a medida que pasaron los meses y empezaron a hablar en términos de estaciones y las estaciones se transformaron en años, el viejo se volvió más cálido con él.

—¿Por qué no construyes allí, en la desembocadura del río? —dijo una noche de primavera, con la nieve cayendo como cinta de teleimpresor y Sess acampado en una tienda de lona fuera de la cabaña—. Hay mucho terreno y con las raquetas en pleno boom, habrá pieles para todos, si es que alguien sigue queriendo pieles. Demonios, no hace falta que te diga que yo ya no soy el que era, ¿me entiendes? Tengo la rodilla, la espalda y los pulmones hechos mierda y la sensación de que me ahogo todo el tiempo, esos son los peajes de hacerse viejo. Y empiezo a pensar en todo el curro que he hecho en esta región y en lo que va a desperdiciarse.

Aquel era Roy Sender y aquella fue su bendición. Y pensarlo ahora, allí fuera, en aquella cabaña que había materializado a partir de la sugerencia optimista del viejo aquella noche —allí fuera con su mujer, Pamela— bastó para suscitarle a Sess una emoción tan trascendente que apenas podía respirar. De pronto se puso sentimental, su vaso medio lleno de tristeza y alegría. Y también de pronto se dio cuenta de que estaba borracho.

Pamela estaba a sesenta centímetros de él, sentada a la mesa con la barbilla apoyada en los dos puños y con los ojos entrecerrados. Un animal rozó los arbustos de fuera, pero no eran los perros: los perros ya no se moverían más. Sess dio otro trago de ron, encendió una cerilla y observó la llama azul aletear antes de apagarla. La noche era suave, aún era suave, y los mosquitos aún no habían llegado. Tal vez estaban respetando una tregua nupcial, pensó. Tal vez fuera eso. Qué detalle tan decente por su parte. Tendría que recordarlo la próxima vez que aplastara a una docena de ellos sobre el antebrazo o la sien: vive y deja vivir, ¿no?

—Pamela —dijo, y ella abrió los ojos con un centelleo.

—Estoy borracha, Sess —dijo—. Creo que me he pasado bebiendo. —Esbozó una lenta, cansada, santificada sonrisa—. Es culpa tuya. Traer una chica aquí y emborracharla. Pensarás que soy fácil, ¿eh?

Él le devolvió la sonrisa, le cogió la mano y la encerró en la suya. Ya no quería hablar más, todo su combustible se había desvanecido, no quería decirle cómo se había sentido la primera vez que había cruzado la pista de caza y se había encontrado un lobo, como un perro grande, atrapado por una pata medio arrancada en una trampa Newhouse de doble resorte especial para zorros y cómo se quedó mirándole con sus ojos amarillos, como si no pudiera comprender por qué había cambiado su mundo de aquella forma tan maligna y antinatural. Ni cómo se había sentido cuando le disparó y erró el tiro y volvió a disparar una y otra vez hasta el punto de estropear la piel y los cincuenta y cinco kilos de criatura salvaje que yacían a sus pies manando sangre arterial. O cómo Roy Sender le había enseñado a golpear a un armiño o una marta americana pillados en una trampa, con un palo en el morro y luego tirando de las fibras hasta que el corazón se soltaba de sus amarras y el animal caía inerte sin estropear la piel. No le dijo que él solo era un depredador más, un matador más, tan inútil como el viento en los árboles, apoderándose de la vida ajena para alimentar la suya. No le dijo nada de todo aquello.

—Tú lo que quieres es irte a la cama —dijo en cambio—, ya lo veo. Quieres a tu hombre en tus brazos. Quieres estar desnuda.

Ella se acercó, le pasó un brazo por los hombros y apretó la frente contra la de él, de forma que él solo le veía los ojos, unos ojos enormes, claros como el agua.

—Te diré un secreto —susurró ella, y sus eses sonaron sentimentales—. Soy una chica fácil. Para ti. Solo para ti, Sess Harder.

Él estaba muy borracho. Profundamente borracho, pero ¿qué significaba, en cualquier caso? ¿Profundamente borracho? ¿Que estaba dispuesto a adentrarse, muy profundamente, a ser profundo? El aliento de ella, cargado de vino, de jamón ahumado y procesado, de cerveza casera y de lo que componía su esencia, le excitó. Se puso duro inmediatamente. Su aliento se mezcló con el de ella.

—¿Qué quieres que te haga?

—Todo —respondió ella.

Por la mañana, todo iba bien. Sess no había llegado tan lejos sin adversidad, no había cortado los árboles para su propia cabaña ni soportado dos duros inviernos, vendido las pieles, rechazado el paro, los bonos de aprovisionamiento y cualquier clase de ayuda institucional o gubernamental sin tener que sufrir duros contratiempos una u otra vez. La adversidad le había fortalecido, le había templado. Le había hecho soportar el desafío y luchar hasta adquirir la conciencia de que allí no había otro como él, nadie tan duro, con tantos recursos, tan independiente. Los perros habían muerto. Pues bien, conseguiría otros. Y cuando llegara el momento, cuando tuviera el tiempo y la inclinación, ajustaría sus cuentas.

Pero ahora era por la mañana y la cabaña estaba iluminada por una gruesa cuña de sol, que atrapaba la ventana sobre la cama y prendía fuego a los botes de miel del estante detrás de la cocina. Se quedó echado, quieto, durante un largo minuto, con la suave y palpable forma de Pamela apretada contra él como si fueran dos cucharas en un cajón de cubiertos, y contempló el sol en la pared como si se hubiera pasado la vida encerrado en un armario y nunca hubiese visto nada similar. Durmieron hasta tarde, pero así era siempre en verano: te quedabas media noche despierto con el sol asomado allí arriba y luego dormías hasta que el nuevo día se apoderaba de ti. Tenía resaca —y empezaba a percibir la sensación de vergüenza e indignidad que la acompaña—, pero no iba a dejar que aquello le afectara, ni un ápice. Hoy iba a ser el día de Pamela, todo el día, un día que la compensara por el anterior, y si solo quería estar desnuda bajo el sol y hacer trenzas de nomeolvides o campanillas con su vello púbico como lady Chatterley (otra de sus fantasías más insistentes), él estaría encantado. Naturalmente, solo de pensarlo se empalmó y despertó a Pamela para hacerle el amor con su ritmo suave y lento.

¿Y qué quería hacer ella después de que él le sirviera un plato de huevos, bacon y patatas fritas con cuatro cucharadas de grasa semirancia de cuyos orígenes sospechaba incluso él? Ella quería hacer, actuar, ir adelante con el resto de sus vidas, poner un ladrillo sobre otro (o un tronco, en aquel caso).

—Enséñame dónde quieres construir el anexo —dijo.

Y Pamela enseguida salió por la puerta y se situó entre la maleza que le llegaba a la rodilla, para construir una habitación que ya imaginaba, un espacio más limpio y aireado que doblaría el que ya tenían y les ofrecería un dormitorio mejor, con una auténtica cama. Y estantes, kilómetros de estantes y tal vez muebles de cajones empotrados. Mecedoras de madera alabeada. Mesitas. Visualizaba la mesita, Sess se daba cuenta, la veía calcular.

—Supongo que quieres orientarlo hacia el sol —le preguntó Sess.

Ella se puso la mano como visera y le sonrió. Las flores silvestres le acariciaban las pantorrillas. Su piel resplandecía como una tostada con mantequilla. Él pensó que nunca había visto una escena tan perfecta para enmarcar.

—Entonces, ¿construimos hacia el este?

—Depende si te gusta el sol matinal o el de la tarde. Naturalmente, en invierno,

hablamos de la luz de la luna. ¿Has venido ya aquí en invierno? Quiero decir, fuera de la población, en plena naturaleza...

Él estaba pensando ahora en Jill. «Jill quiere largarse». Todo el mundo quería largarse cuando la noche se instalaba, la noche que nunca les abandonaba, cuando las paredes de la cabaña parecían estrecharse como un torno para aplastarte y sacarte la pulpa. Pero Flash Gordon siempre lograba escapar. Y así lo hacían la mayor parte de las mujeres que llegaban a la región, por eso había tres solterones locos de la tundra por cada mujer de Boynton. La noche exigía recursos internos y la mayoría de la gente, sobre todo las mujeres, no tenían más que recursos externos para seguir adelante: comprar, cotillear, ir a restaurantes con apliques en las paredes, por poner un ejemplo.

—Yo conozco Boynton —dijo ella—. Soy de Anchorage.

Él quería explicarle que era insuficiente, que aquello no era nada, porque en un pueblo o una ciudad siempre podías irte al bar o al cine o ver la tele, y claro, si querías ver la luz del sol y tenías los medios, siempre podías coger un avión a Hawai. Pero el hecho de que la noche se prolongara durante el día, en el exterior de tu apartamento con calefacción a gas y aislado con doble ventana, era solo un pensamiento periférico. Quería hablarle de la pareja que conocía Jill: habían intentado jugar a los pioneros en una antigua cabaña de mineros junto al río Porcupine y de puro aburrimiento casi se mataron follando cuatro, cinco, seis veces al día, hasta que los dos tenían el sexo con la consistencia de un filete flácido y salieron de allí en primavera con el aspecto de supervivientes de un campo de concentración. Después se divorciaron y probablemente acabarían trabajando en una fábrica de donuts. Pero Sess se contuvo, porque ella era demasiado guapa y estaba demasiado contenta de sí misma y aquel no era el momento ni el lugar. Era un momento de optimismo, de amor, de principios y no de finales.

—No sé —dijo ella—. Supongo que el sol de la mañana. ¿Qué dices tú?

—A mí me gusta el sol de la tarde. Por eso puse esa ventanita al oeste allí, pero el mal tiempo llega del noroeste, y no consigo calentarla nunca del todo, sobre todo cuando el viento empieza a soplar.

Ella no le escuchaba. Se mantenía en equilibrio sobre una pierna de sílfide, el pie descalzo apoyado contra una rodilla, con la pose de un ave acuática. Estaba mirando hacia el sur, donde una hilera de abetos negros arañaba el cielo a una centena de metros de tierra arcillosa.

—¿Esa hilera es la que vas a cortar? —preguntó.

Él se acercó a ella, la abrazó, la acunó en sus brazos. Los árboles tendrían trescientos años, por lo menos, aunque no eran más altos ni más gruesos que los pinos de una plantación de quince años en el paralelo 48.

—No lo sé —dijo—. Esos árboles son muy bonitos. Yo pensaba remontar el río, cortarlos allí y hacerlos bajar por el agua, como hacían antes los leñadores.

—¿Tú lo has hecho alguna vez?

No, no lo había hecho. Había cogido la madera para su cabaña de lo que tenía a mano, pero se justificaba pensando que una cabaña necesitaba un claro donde levantarse, y allí estaban las cepas en el terreno vallado, enterradas en chamico, acónito y milenrama. Pero parecía una buena idea y ya se imaginaba a los dos trabajando codo con codo a través del río desde la antigua casa de Roy, tal vez, él talando los árboles y ella quitándoles las ramas, y luego echando los troncos al río y guiándolos con la canoa y unas cuerdas y tal vez un gancho o un palo mellado. Sería más trabajoso, sobre todo al final, porque los troncos mojados pesarían mucho y costaría un esfuerzo de mil demonios subirlos cuesta arriba, y luego tendrían que dejarlos secar y curarse.

—Sí —dijo—. Claro. No es tan difícil. Sobre todo ahora que tengo una mujer selvática fuerte y dura para hacer todo el trabajo.

Durante las dos semanas siguientes, Sess se olvidó de sus perros muertos, o por lo menos lo intentó. Pamela y él remontaban el Thirtymile todos los días y cogían ramas de píceas blancas de la orilla para los postes del tejado, y en las colinas de atrás, píceas negras, de unos treinta centímetros de diámetro (seguramente crecidas de semillas que databan de épocas anteriores a George Washington). Se llevaban el almuerzo y a veces también la cena, y dos veces acamparon bajo las estrellas en una constante lluvia de mosquitos. Los árboles caían como cartones y Pamela los desramaba infatigablemente con una hacha, con la imagen de la mesita en mente noche y día. Los dos sentían el trabajo, en los brazos y los hombros y sobre todo en las manos, que supuraban, se hinchaban con ampollas y encallecían, y aunque cuando paraban, casi a las ocho o nueve de la noche, estaban exhaustos, siempre encontraban tiempo para hacer el amor, en un saco de dormir o en la propia orilla arenosa del río, como si hubieran inventado ellos la propia idea del sexo y tuvieran que seguir probando para asegurarse de que no se habían equivocado.

Al final de aquellas dos semanas tenían una considerable colección de troncos apilados al pie del montículo que había frente a la cabaña y se sentían muy satisfechos de sí mismos, o por lo menos así lo veía Sess. Pamela parecía estar disfrutando, por mucho que fuera una chica de ciudad, que se hubiera graduado en la universidad y que podría haber estado tomando el sol en algún hotel de la Cote d'Or. Trabajaba como un hombre, como dos hombres, y nunca escatimaba esfuerzos ni abandonaba hasta que él no lo hacía. Y cuando los troncos se enganchaban con las rocas o con otros troncos atravesados, lo que ocurría constantemente, ella era la primera en saltar y sumergirse hasta la cintura en un agua a seis o siete grados para recuperarlos.

Estaban sentados sobre su pila de troncos al final de su último atardecer de trabajo, comiendo macarrones fríos, atún y queso que ella había preparado bajo el fulgor de la mañana, y mirando en dirección a la cabaña adonde iban destinados, cuando Pamela, con su pantalón corto caqui, su camiseta demasiado estrecha, sus manos de leñador y el pelo peinado hacia atrás, se interrumpió entre dos bocados y

anunció que ya era hora de ir a la ciudad.

Él la miró de soslayo. Había que pelar los troncos con una azuela, acarrearlos colina arriba y ponerlos a secar, hacerles una muesca y colocarlos. Luego hendirlos. Después habría que levantar el tejado y los dos tendrían que herniarse para colocar el poste central. Si es que las mujeres se herniaban, claro.

—¿Para qué? —preguntó.

—Y no simplemente a Boynton.

—¿Quieres ir hasta Fairbanks?

Ella asintió.

—Muy bien —dijo él. La verdad era que habría conducido hasta Topeka si ella se lo hubiera pedido—. Lo intentaré otra vez. ¿Para qué? ¿A comprar?

—Sí, eso también —dijo ella, apartando su plato. Se subió sobre la pila de troncos mojados como un genio, como si le bastara con chasquear los dedos para hacer aparecer lo que quisiera—. Quiero comprar algunas cosas para feminizar esta madriguera de soltero que tienes, y hacer un poco de despensa. Podríamos comer alce todo el invierno, pero no veo nada malo en añadir algunas verduras preparadas, arroz, condimentos, pepinillos y todo lo demás. Lasaña. Espaguetis. Chocolatinas. Caramelos salados. Caramelos blandos de malvavisco.

Él se levantó y estiró las piernas. Llevaban demasiado rato sentados en el mismo sitio y sentía la rigidez irradiándole desde la espalda y por los muslos.

—Así que era eso, caramelos. Se desveló el enigma. Mi esposa y yo vamos a la gran ciudad a comprar caramelos blandos.

Ella le dedicó una sonrisa que le hizo sentir algo que ya sospechaba: que ya no dominaba su propia vida ni volvería a dominarla.

—Exacto —dijo ella, y se detuvo para observar una nube en forma de anillo de boda, o quizá de sogá, que se deshacía—. Vamos a la ciudad a por caramelos. —Bajó el tono y su sonrisa desapareció—. Y perros. ¿No crees que ya es hora?

Salieron hacia Boynton a las seis de la mañana siguiente y hacia las ocho y media amarraban la canoa y subían la cuesta hacia la cabaña que Sess tenía allí. Los dos notaban una extraña sensación, sentimental, incluso nostálgica. La vegetación estaba hollada en un amplio óvalo allí donde habían bailado y aún se veía alguna botella o fragmentos de confeti atrapados por el sol en las chumberas de los márgenes, artefactos del ritual que habían escenificado dos semanas atrás. Era fácil reconocer los lugares donde los pájaros habían picoteado el arroz, llenándose el buche hasta reventar, y había una depresión en forma de luna creciente donde habían puesto la barbacoa. Estaba llena de cenizas blancas y frías, entre las que sobresalían terrones de carbón calcinado como los troncos de árboles en miniatura en un bosque incendiado, y las cenizas se veían recorridas por huellas de comadrejas y ardillas. Todo el resto había desaparecido, como un circo gitano, como un ritual mágico.

—Fue una fiesta endiablada —dijo Sess—. No creo que a nadie se le olvide.

—Es verdad —dijo ella, mirándole de soslayo—. Hasta la próxima.

Vagaron sin rumbo alrededor de la cabaña durante unos minutos, haciendo inventario silencioso y apartando cosas —sobre todo herramientas— que tal vez quisieran llevarse a la otra cabaña, y luego se asomaron a la puerta de mosquitera de la casa de Richard Schrader y corearon su nombre hasta que quedó claro que o bien estaba muerto y enterrado o bien fuera, trabajando. Su camioneta estaba en el jardín de delante —la camioneta era esencial para la expedición en curso, ya que la Gremlin de Pamela era ya propiedad del cocinero-repartidor del restaurante Northern Lights de la calle C, en el centro de Anchorage, y Sess no tenía coche desde hacía tres años—, así que concluyeron que Richard no andaría lejos. También pensaron que merecían un trago después de un trayecto seco por el río bajo un cielo chispeante, y Pamela quería llamar a su madre para tranquilizarla y decirle que el sinuoso asunto del amor había resultado satisfactorio. Y a Sess le parecía bien. Todo le parecía bien. La lluvia sería buena para el huerto, habían pasado dos semanas de trabajo extenuante, que no se parecían a ninguna otra luna de miel, había caras en el Three Pup y en el Nougat que no le importaría volver a ver en la estela luminosa de su boda, y aunque no pensaba soltar prenda a nadie sobre el asunto, tenía que conseguir unos perros, y Fairbanks era el sitio perfecto para eso, donde nadie le haría preguntas.

Dejó a Pamela en el almacén general, donde Wetzler Setzler tenía una radio de aficionado montada con la línea que Bell Telephone ponía generosamente a disposición de toda la población, excluyendo a los renegados, anarquistas, xenófobos y peludos que escogían vivir en el último kilómetro de la última carretera del país, y se encaminó al Nougat, solo para asomar la cabeza por la puerta. No esperaba encontrarse con Joe Bosky, porque Joe Bosky era un cobarde de los que apuñalan por la espalda y no se mostraría en público después de lo que había hecho. Pero Sess quería encontrar a Richard para saber si podría dejarles la camioneta.

El Nougat tenía una estructura similar a la del Three Pup, solo que con la mitad de tamaño, sin cocina y con una oferta limitada a alcohol y patatas fritas de bolsa de doscientos cincuenta gramos, con cacahuetes envueltos en celofán y *pretzels* rancios para los entendidos. Un par de cabezas disecadas de caribú montaban guardia por encima de la barra y un alce con las mandíbulas oscurecidas por el hollín presidía la cocina de madera. En realidad, Clarence Ford, el propietario del establecimiento, quería haberlo llamado el Nugget, la pepita, pero la ortografía no era su fuerte.

Cuando Sess entró en el resplandor matinal del lugar, no había nadie más que Iron Steve y un indio que no reconoció, los dos noqueados de alcohol en la barra. El hijo menor de Wetzler Setzler, Solly, estaba en la habitación del fondo, acarreando botellas en sus cajas de cartón abiertas por arriba, y tomando notas en un cuaderno. Seiscientos mil millones de moscas —por lo menos— revoloteaban contra los cristales de las ventanas y producían un rumor colectivo, como un violoncelo a cierta distancia. La respiración de Iron Steve era lenta y sincopada y cada dos espiraciones

se convertían en ronquido. Todo el sitio olía a cigarrillos apagados —cigarrillos extinguidos hacía mucho tiempo— y era un olor triste, un recordatorio de todo el tráfico que había habido por allí, los codos apoyados, los vasos agotados, las peleas, las mentiras, las mujeres conquistadas y las mujeres perdidas. A las nueve y cuarto de la mañana, para un hombre sin perros, con los pulmones llenos del aire dulce del río, era casi deprimente.

—Hola, Solly —dijo Sess en un susurro exageradamente bajo, por miedo a despertar prematuramente a los otros—. ¿Se puede tomar una cerveza en este local? ¿O aquí viene la gente a morir de sed?

Solly Setzler tenía veinticuatro años y los mismos hombros de su padre, caídos como pistas de esquí, ojos lechosos y cejas incoloras, y a nadie le extrañaba que trabajara para la competencia porque ya era casi un milagro que alguien quisiera estar detrás de la barra de una posada en aquella época del año. Su pelo era otro milagro, porque tenía el color exacto de la fibra de vidrio de aislamiento y a sus ojos les faltaba el brillo humano. Se había criado en casa en vez de ir al colegio y era la persona más desinformada, apática e ignorante que Sess había conocido nunca, sobre todo tan joven. Ahora levantó la vista torciendo y estirando el cuello, como un pájaro en el nido para atrapar un gusano del pico paterno.

—Sess —dijo, y parecía perdido en el bar donde llevaba tres años trabajando, como si acabara de despertarse de un sueño—. Pensaba que habías remontado el río.

Él no sabía dónde estaba Richard Schrader, pero cogió una Oly y se la abrió, aunque no se le ocurrió ofrecer un trago para homenajear al recién casado. La verdad era que Sess lo habría rechazado en cualquier caso, porque era muy temprano y tenía un viaje por delante y todas las responsabilidades de un hombre casado que no podía llegar al pueblo y emborracharse como cualquier loco de la tundra, con las uñas de los pies clavadas en la carne y el pelo saliéndole de las orejas y la nariz.

En el Three Pup se encontró a Skid Denton, que parecía haber traicionado su fidelidad al Nougat, por lo menos desde que Lynette había llegado a la ciudad. Skid estaba tomando un desayuno de bistec y huevos regados con Tabasco, aros de cebolla, patatas fritas caseras, una tostada y una jarra de cerveza mezclada con zumo de tomate.

—Cerveza sangrienta —la llamaba, cuando alguien se aventuraba a preguntar—. Así tomo vitamina C.

Levantó los ojos de su plato para informar a Sess de que Richard Schrader había ido río abajo a su vivero de pescado, con la idea de que los salmones estarían a punto de remontar el río. Lynette, encorvada sobre la barra de tal modo que la pistola le quedaba montada sobre la flaca cadera, confirmó la información.

—Un forastero —dijo, como si llevara cincuenta años viviendo allí—, atrapó uno de dieciséis kilos en las piedras hace cosa de dos días. ¿O hace tres?

Sess se tomó otra Oly, solo para compensar la que había consumido en el Nougat —repartir el gasto, ese era su lema— y nadie le invitó a un trago tampoco allí, y era

mejor así, según la decisión que había tomado, así que volvió a la calle a buscar a Pamela en el almacén. Quería darle las malas noticias —no había camioneta disponible— y dejarla comprar lo que quisiera, porque si no iban a ir a Fairbanks, donde la competencia era libre y abierta, habría que pagar los dudosos precios de Wetzel Setzler, al menos de momento. Por supuesto, en invierno no tendrían más opción, y si no conseguían los perros, tampoco podrían bajar a Boynton en trineo, de modo que no podrían procurarse las latas de un kilo y cuarto de aceitunas griegas que tanto echarían de menos, ni tampoco podrían hacer vida social, ni donde Richard ni en ninguna otra parte.

Pero con las dos cervezas instaladas confortablemente en su estómago y una ligera brisa del río erizándole el pelo, mientras ponía un pie delante del otro y las cercanas cabañas de la descascarillada población se erguían para saludarle como viejos amigos del alma, pensó en un aerodinámico Mustang de 1965 que había visto. Era una idea criminal, pero un acto criminal justificaba otro, ¿no?

Para Pamela, el interior del almacén general era un perfecto ejemplo del orden dentro del caos. Siempre había creído en la clase de probidad que procede de la escasez y de la forma de vida ascética, y había mantenido su apartamento de Anchorage libre de la acumulación y la cursilería que dominaban en las casas de sus amigos: la piedra saponita y los objetos tallados en colmillo de morsa, las estanterías de madera de caribú pulida, los animales disecados y las escenas nativas enmarcadas en corteza de abedul, por no mencionar los estéreos, los cacharros de cerámica y los armarios llenos de zapatos, bolsos, jerséis de ochos y las botas *mukluk* de piel de foca adornadas con cuentas. Los objetos le producían una sensación opresiva. Objetos manufacturados, baratijas y trastitos, lo más moderno y nuevo, todas las incalculables pilas de basura que todo buen americano de sangre roja necesitaba para sobrevivir. Ella no tragaba con aquello, nunca lo había soportado. Lo que admiraba era la autosuficiencia de los primeros buscadores de oro, que se atrevían a viajar un mes seguido sin más equipaje que un rifle, hilo de pescar, un saco de arroz, seis onzas de sal y una lata de té. Volver a lo esencial. Vivir de lo que te da la tierra.

Sin embargo, admiraba lo que había conseguido Wetzel Setzler con las dos habitaciones de techo bajo en la inmensa estructura de troncos ennegrecidos que dominaba la calle mayor —en realidad, la única calle— de Boynton. Sess le había dicho que el sitio era un vestigio del cambio de siglo, cuando Boynton albergaba a mil doscientas personas, un auditorio de ópera y veintiocho tabernas. Era la época en que el polvo de oro se depositaba aún en los tamices de los buscadores a orillas del Kandik y el Charley. Una época en que la Northern Navigation Company fletaba treinta y dos botes de ruedas a popa y vapor arriba y abajo del río para asegurar la circulación. Y lo que más la maravillaba era lo que aquellas hordas de gente estarían pensando cuando llegaban en enjambres a un territorio del que no sabían nada. Pero ella ya sabía la respuesta: expolio y rapiña, eso era lo que tenían en la cabeza y nada más. Llevarse el oro del país. Coger la carne, las pieles, plegar las tiendas y huir a Cleveland, a Sacramento, a Montpelier o Miami Beach.

Wetzel Setzler tenía probablemente tres mil productos expuestos, desde velas, cartuchos, anzuelos de pescar, trampas de castor y llaves inglesas hasta cerezas al marrasquino, pasando por calcetines de aislamiento térmico, monos de trabajo, latas de judías estofadas, licores y dieciséis variedades distintas de caramelos y chicles, cada una con su caja aparte y con el precio marcado a mano en una caligrafía tan uniforme que parecía impresa por el fabricante. Había una estufa en medio del local, con un par de sillas alrededor, y un montón de cosas colgadas de ganchos clavados en las vigas del techo, y una nevera con refrescos, latas de cerveza e incluso leche, mantequilla y nata para montar que traía una vez a la semana de un supermercado de Fairbanks y que vendía triplicando el precio. De no haber sido por la nevera, el sitio hubiera parecido arrancado de las páginas de un libro de fotos antiguas o incluso

daguerrotipos, ese tipo de cosas que su madre tenía en la mesita de té para que hojearan los invitados, *Cómo vivían nuestros antepasados* o *Tiendas del Viejo Oeste*.

Cuando entró Pamela, no había nadie a la vista, aunque eran las diez de la mañana y fuera la gente recorriendo la calle en ambas direcciones, como coágulos de sangre avanzando lentamente por las venas de la población. Una campanilla en la puerta anunció su entrada, pero nadie —ni Wetzel Setzler ni un chico encargado, si es que existía esa especie por aquellos parajes remotos— salió de la trastienda para recibirla. Reinaba un silencio sobrenatural, como si el lugar existiera fuera del tiempo; la única luz era la que entraba derramándose por las ventanas. Se le ocurrió que podía robar, llevarse lo que quisiera, usurpar todo lo que pudiera cargar y montar una tienda rival al otro lado de la calle. Y nadie se daría cuenta de nada.

—¡Hola! —dijo—. ¿No hay nadie?

Se encontró mirando las fauces de lo que debía de haber sido una trampa para osos, colgando de una cadena del techo, una inmensa y oscura cuña de acero negro azulado, que brillaba levemente a la luz de la mañana. Aquella trampa era cosa seria, mortal y despiadada, y ella se la imaginó hábilmente enterrada junto a un cadáver o siguiendo un rastro de caza como el vestigio de una pesadilla, y por un momento, mirando sus dientes, percibió su crueldad, ¿era aquello lo que Sess había intentado decirle la noche en que se emborracharon? Era una trampa. Un útil necesario para la vida salvaje. Había que atrapar criaturas y matarlas, desollarlas y alimentar con ellas a los perros, y con el dinero de las pieles comprar azúcar, café, cartuchos, más trampas. Aquella era la vida que ella iba a adoptar y se trataba de una opción, de su propio placer e inclinaciones, pero también de supervivencia: todas aquellas pequeñas vidas alimentarían la suya, como si ella fuese un dios y exigiera su sacrificio.

Cerca de la trampa, clavada a la protuberancia de la biga lacada como una burla, había una anticuada bocina de bicicleta con su tubo de cobre barnizado y su bulbo de goma negra. Sin pensarlo dos veces, Pamela alargó la mano para apretar la pera, que exhaló un gemido flatulento anunciando su presencia.

—¡Hola! —volvió a llamar.

No hubo respuesta.

Tal vez aún no estuviera abierto, tal vez fuera eso. Tal vez todos eran tan confiados que dejaban las puertas abiertas y dejaban que la gente entrara y saliera a su antojo, cogieran lo que necesitaran y pagaran siguiendo su código de honor. Había una puerta al fondo del local con la palabra «oficina», con las mismas mayúsculas meticulosas que marcaban los precios en los productos, y ella se acercó y probó el picaporte. Llamó formalmente con los nudillos de la mano izquierda mientras empujaba la puerta y se encontraba en el umbral de un cuarto sin ventanas, un archivador y cajas de cartón llenas de botellas de licor apiladas del suelo al techo contra las paredes. Había un olor a cera quemada o a lámpara de aceite, algo químico en cualquier caso, mezclado con el de Pine-Sol y el del moho que tenía que combatir.

Pamela se inclinó hacia delante, el suelo de madera crujió bajo sus pies y ella se

detuvo, repentinamente avergonzada. No estaba bien irrumpir en la guarida de un hombre al que apenas conocía, con sus calcetines y su amarillenta camiseta colgados del respaldo de la silla a secar como si hubiera lavado pieza por pieza, sus mordisqueadas pipas alineadas sobre el archivador junto a un retrato suyo de más joven y acompañado de una mujer del doble de su altura con un vestido estampado, los dos resplandecientes al sol, como si acabaran de surgir de una cueva. Había un par de botas en el rincón, limpiapipas en un frasco, un carrete de pescar desmontado en un papel de periódico. Entonces vio la radio, allí mismo, sobre el escritorio, con casquillos y un micrófono conectados, y aquello la impresionó como la trampa de osos: aquel era un mundo distinto, una vida distinta, y le costaría acostumbrarse. Claro que lo era. Su madre podía esperar, decidió, pensando que sería más barato llamarla desde un teléfono de verdad, en Fairbanks —si es que podían encontrar a Richard Schrader y si es que su camioneta estaba disponible—, así que salió de la oficina y cerró la puerta tras de sí.

—¿Hola? ¿Hay alguien por ahí?

Recorrió los pasillos, perdida entre los cubos galvanizados y las latas de combustible Blazo, tornillos, piquetas, cebos y hogazas de pan envueltas en celofán. Por un instante sintió una punzada interior. Quería hablar con su madre —era vital—, y no tanto para tranquilizarla como para comunicarle que había tenido éxito allí donde su madre había fracasado, que ella sabía lo que estaba haciendo y que todo estaba saliendo bien, mejor que bien. Se sentía feliz. En éxtasis. Y su madre tenía que saberlo.

Su madre parecía haber aprobado a Sess en general, pero había recelado desde el principio de la idea de que vivieran en la tundra.

—Yo ya tuve suficiente cuando tu padre buscaba oro en aquellos veranos, cuando erais pequeñas —le había dicho, y era como una letanía, como un catecismo que Pamela podría haber repetido palabra por palabra—. Tal vez fuese divertido para vosotras, niñas, pero para mí era otra cruz que cargar, intentar cocinar con un fuego al aire libre, sin pegar ojo por culpa de los mosquitos y preguntándome si volvería alguna vez, si se habría roto una pierna o le habría atacado un oso o se habría ahogado vadeando un lago, y aquello era lo peor, imaginármelo flotando empapado como un pedazo de la comida del día anterior, alimento para los cuervos y las hormigas...

Pamela era pequeña entonces, tenía ocho años cuando se adentraron por primera vez en aquellas tierras, y sus recuerdos de la época eran felices. Recordaba a las tres —su madre, Pris y ella— echadas en la gran tienda de lona mientras la lluvia reproducía un ritmo de música latina en las paredes, su madre colocando las cartas para el pinnacle, el póquer, el whist o el tute mientras el olor a estofado de conejo o ardilla marinados en jengibre se extendía por los rincones. En el hornillo del camping, las galletas de avena, de chocolate o los bizcochos adquirirían una dulce densidad. Ella se había leído todos los libros de Nancy Drew, las Brönte, Sherlock

Holmes. Nadaban, pescaban, iban en canoa y en junio y mediados de septiembre, su madre les había ayudado con la aritmética, ortografía, redacciones sobre Andrew «Stonewall» Jackson y Thomas Paine. Era como un sueño. Y como en los sueños, los recuerdos le volvían en fragmentos de color y emoción, donde un momento se difuminaba en otro, en un montaje que abarcaba los seis veranos hasta que su padre se alejó de allí y ya no volvieron nunca más.

No sabía cuánto tiempo había vagado por la tienda sumida en una especie de niebla, acariciando un objeto tras otro como si nunca en su vida hubiera visto bisagras con tornillos baratos, pero el sonido tímido, casi avergonzado de una bocina de coche la despertó. Había un coche en la calle, blanco, con rayas azules, una especie de coche de carreras que quedaba completamente fuera de lugar en una población donde los vehículos se utilizaban como perros, y si uno no tenía camioneta, tenía un furgón. Al principio Pamela pensó que el hombre que lo conducía sería un turista que venía de Anchorage o incluso del paralelo 48, pero parecía gesticular hacia ella a través de los cristales del parabrisas, y produjo un nuevo bocinazo, insinuante, persistente, incluso familiar. Tardó un momento en comprender y luego le dio risa darse cuenta de que no había reconocido a su propio marido, porque era él, asomado a la ventanilla y llamándola con un urgente ademán. Muy bien. Pero ella estaba frente a las bien etiquetadas chocolatinas Hershey, sin ningún vendedor a la vista y con un largo trayecto por delante. Cogió dos sin pensar y casi había llegado a la puerta cuando se contuvo. Y aunque Sess dio dos bocinazos más, ella se volvió, recorrió el pasillo hasta la caja registradora y dejó dos cuartos de dólar en el mostrador.

Fuera, a la luz del día, el coche aún parecía más extraño, como si una escuadrilla loca lo hubiera depositado allí con uno de esos enormes helicópteros Huey de transporte que se ven en las noticias de guerra en la televisión. No tenía sentido: ¿una carrera de coches en Boynton, a doscientos cuarenta kilómetros de la carretera asfaltada más próxima? Pamela se deslizó en el asiento junto a Sess y le ofreció una chocolatina, mientras él arrancaba el coche levantando una lluvia de grava del suelo.

—Bonito coche —dijo ella—. ¿De dónde lo has sacado?

Él estaba abriendo la chocolatina con los dientes, arrancando el motor en primera y utilizando la mano izquierda y el codo derecho para guiar el coche sorteando una serie de charcos sin fondo y salir a la carretera de Fairbanks. Puso la segunda y el chasis se estremeció por una franja de baches, levantando barro y con las piedras chocando contra el guardabarros como fuego de ametralladora, y pasaron el Three Pup antes de que ella pudiera siquiera pensar que él estaba evadiendo la respuesta.

—¿Has hecho tu llamada de teléfono? —gritó él por encima del rugido del motor.

—No había nadie allí —dijo ella, y la tensión de los muelles sobre la superficie implacable proyectó su voz a un trémulo vibrato.

Sess todavía no había aminorado la marcha y el velocímetro ascendía a ciento veinte en una carretera que apenas era segura a sesenta, ¿qué tenía en mente aquel marido suyo de las manos grandes, la mata de pelo densa como el pelaje de un animal

y la sonrisa grabada en el perfil mientras masticaba el chocolate con un lado de la boca? ¿Estaba intentando impresionarla como un niño en una cita con el coche de su padre a tope? ¿Se estaba volviendo adolescente con ella, era eso? Fuera cual fuese la causa, iba a cargarse el coche si no ralentizaba, o tal vez los mataría a los dos. Ella le cogió el brazo:

—Sess —le dijo—, no corras tanto, ¿quieres?

Inmediatamente, el cuentakilómetros bajó a sesenta y él se volvió hacia ella con una sonrisa.

—¿Te gusta? —le preguntó, con una espuma de chocolate y saliva embadurnándole los dientes y haciéndole parecer uno de esos cómicos de risa forzada de la tele, como Red Skelton o algo así. Tenía un brillo de locura en los ojos, un burbujeo de emoción que ella aún no le había visto antes, y se recordó a sí misma que estaba aprendiendo a interpretarle, que aquella era su luna de miel, al fin y al cabo. Era su marido y ella le amaba, pero ¿hasta qué punto le conocía después de dos semanas?

Le devolvió la sonrisa, le apretó la muñeca apoyada en el cambio de marchas, mientras las ruedas atacaban la carretera y esta última se defendía.

—Claro, está muy bien. Pero no hay asiento de atrás ni nada, ¿cómo vas a...?

—¿Te refieres a los perros? Joder, los ataremos en el tejado.

Pisó el acelerador y el coche saltó hacia delante y luego cayó de nuevo al soltarlo. Sess no había dejado de sonreír y ella iba a repetir la pregunta —«¿De dónde has sacado este coche?»— cuando se dio cuenta de que no había llave en el contacto, solo una brillante muesca que la miraba como un ojo vacío. Y más abajo, bajo la columna de dirección, había una especie de enchufe colgando en un manojito de cables sueltos.

Pasó un momento, con roces a ambos lados de la carretera, los árboles agitándose como banderas en una fuerte brisa. Luego él intentó pescar algo debajo del asiento, con la cabeza inclinada para mantener un ojo en la carretera.

—Toma —dijo, enderezándose y tendiéndole una lata de cerveza Oly—. Yo ya me he tomado un par... ¿No habíamos dicho que nos recompensaríamos con un par de cervezas esta mañana?

Se puso otra lata entre las rodillas y manipuló la lengüeta para abrirla, mientras el coche oscilaba y luego rectificaba.

Ella aceptó la cerveza, la abrió y dio un sorbo.

—Estás borracho, ¿verdad? ¿Por eso actúas de esa manera?

La sonrisa se desvaneció de sus labios mientras él manipulaba bajo el asiento, pero luego volvió, más tensa que nunca.

—No, joder, Pamela... Quiero decir, dos cervezas y una chocolatina en un estómago casi vacío... Me siento bien, eso es todo. Superbién. A tope.

Ella acunó la cerveza en sus manos, observándole.

—¿De dónde has sacado el coche, Sess?

Él miró directo hacia delante, con la sonrisa congelada en los labios. Se encogió

de hombros, pero no desvió los ojos hacia ella.

—De por ahí.

—¿Ah, sí? —preguntó ella. Aquello ya no le hacía ninguna gracia. Aquello era un delito y punto. Una irresponsabilidad. Un error—. ¿Y por qué no tienes la llave de contacto? ¿Y qué es ese amasijo de cables de ahí abajo?

Sess volvió a encogerse de hombros. Se llevó la cerveza a los labios y disparó de nuevo el motor.

—Lo he cogido prestado.

—¿Prestado? ¿De quién?

—¿Quieres mirar a ver si pescamos algo en la radio?

—¿De quién, Sess?

Entonces él la miró y su sonrisa se había desvanecido. Algo... una raya atigrada atravesó la carretera a toda velocidad ante ellos.

—De Joe Bosky.

—¿Joe Bosky? —repitió ella, como si no le hubiera oído bien, y quizá así era, quizá el rugido del motor y el viento por la ventana abierta engañara sus oídos.

Él no dijo nada, solo contempló la amplia lengua marrón de la carretera que se extendía ante ellos.

—¿Te refieres al Joe Bosky al que querías matar hace dos semanas? ¿Ese mismo Joe Bosky? —observó su perfil un momento. Él se mantenía impenetrable—. Estamos hablando de un robo de coche, Sess. Eso significa ir a la cárcel. ¿Vale la pena? ¿Para qué sirve, para demostrar algo, jactarte? ¿Hacerte el duro? ¿Es eso lo que estás haciendo? ¿Hacerte el chulo ante mí?

—Ojo por ojo, diente por diente. Aquí funciona la ley de la selva, Pamela, y más vale que te acostumbres.

—No me vengas con esa mierda —dijo ella—. Ni lo sueñes.

Pero seguían hacia delante, demasiado deprisa, y las piedras volaban arañando la pintura y estropeando la carrocería del Shelby Mustang GT350 de 1965 de Joe Bosky, que había comprado el día que puso los pies en San Diego tras su segunda expedición a Vietnam, con el dinero que su madre le había dejado, y que embarcó hasta Anchorage y luego condujo a cuarenta por hora por la carretera de Fairbanks, para meterlo en el único garaje de Boynton, cortesía de Wetzel Setzler por un alquiler de diez dólares al mes.

Pamela no sabía qué decir. Estaba furiosa. Todo aquello era tan infantil, dos chiquillos grandes haciéndose los bravucones y provocándose el uno al otro, ¿y qué esperaba conseguir Sess? Sus perros estaban muertos y él se llevaba el coche de Joe. ¿Y si Joe Bosky se enteraba, ya que Sess había tocado la bocina en la calle mayor para que todo el mundo lo viera? ¿Y si hacía que Wetzel Setzler llamase al sheriff en su radio de aficionado? Entonces, ¿qué?

—Para el coche, Sess —dijo—. Para el coche. No pienso participar en esto.

Las manos de Sess se crisparon sobre el volante. Miraba recto a la carretera.

—Ya estás participando.

Cuando llegaron a Fairbanks, había un coche patrulla esperando junto a la Steese Highway, un largo, bajo e inquietante sedán con el sol reflejándose en el parabrisas de tal modo que no se veía el interior. Al verlo, a Pamela le dio un vuelco el corazón, pero Sess soltó el acelerador, sacó un brazo por la ventanilla y le ofreció al poli invisible un animoso saludo con la mano. Ella no se atrevió a volver la cabeza, pero observó el coche patrulla en el retrovisor como si pudiera fijarlo allí a fuerza de voluntad, esperando todo el tiempo verlo reanimarse en un tumulto de luces y sonido. No ocurrió nada. El coche policial se alejó en el retrovisor, inerte como una montaña de piedra. Les adelantó un camión de reparto. Describieron una curva. Sess puso las dos manos en el volante y condujo como un granjero que fuera a vender huevos al mercado.

Almorzaron en la terraza del Pumhouse, su sitio preferido en Fairbanks, y el sol en la cara y las dos cervezas que se tomó sirvieron para calmarla considerablemente. Cogió un periódico y miraron los anuncios clasificados como «Mascotas», pero ninguno de los perros convencía a Sess —estaba de un humor difícil, toda su alegría parecía haberle abandonado— y los dos se daban cuenta de que el día sería inútil. Él seguía diciendo que tenían que volver a casa, a sacar sus redes rastreras de pesca, pero seguía bebiendo cerveza y apurando su copa y murmurando que era absurdo pensar en salmones ni ninguna otra cosa si no tenían perros, porque sin perros estaban abocados al fracaso y toda la idea de vivir en la tundra era solo un sueño loco, una broma. A ella le deprimía verle así, peor, la asustaba. Él era su roca y sus cimientos, el macho dominante que había elegido de una manada entera de machos inferiores, el hombre al que había esperado toda su vida para que la llevara a vivir en plena naturaleza, y si él se sentía derrotado, ella también. La camarera aleteaba a su alrededor y Pamela vio en los ojos de Sess que estaba a punto de pedir otra ronda, así que dijo:

—Oye, y ¿qué hay de aquel depósito de perros?

—Ni siquiera sé dónde está —dijo él, poniendo más obstáculos.

—¿Se refieren a la perrera? —intervino la camarera, cogiendo las botellas de la mesa y asegurándose de que estaban vacías antes de retirarlas—. Yo puedo decirles dónde está porque mi novio y yo encontramos allí una perrita caniche maravillosa, un juguetito, Mitzi. Así la hemos llamado. Esperen, ¿quieren ver la foto?

La perrera estaba detrás de una especie de fábrica o almacén en un terreno completamente hollado y sin árboles ni arbustos. Era un edificio prefabricado, cuadrangular, frente al cual había aparcada una furgoneta en un ángulo oblicuo, como si el conductor se hubiera largado y la hubiera abandonado. Las vías del ferrocarril se

extendían a unos trescientos metros del límite más alejado de la finca y los vagones yacían allí, alineados en el horizonte como fichas de dominó. Sess ni siquiera quería salir del coche, pero Pamela le empujó y un momento después andaban por el solar, con la grava crujiendo bajo sus pies, y ella pensaba que aquello era lo más lejos del Thirtymile que uno podía estar sin salir del estado de Alaska. Entonces notaron un olor a amoníaco, transportado por una ligera brisa junto con un puñado de mosquitos. Había un débil rumor angustiado de aullidos y gemidos, y parecía llegar de todas partes y de ninguna.

—¿Qué podemos perder? —dijo ella, intentando ablandarle, mientras él le dirigía una mirada pesarosa por encima del techo de aquel coche ridículo.

Dentro el olor era más concentrado y a Pamela le recordó al único zoo de una gran ciudad que había visitado, el de San Francisco, donde los malhumorados animales yacían en hondonadas de cemento y el hedor multiplicado que irradiaban — un olor tan intenso que le había producido pánico— era la única impresión duradera que le había quedado del lugar, o de hecho, de toda la ciudad. El suelo era de cemento, la luz inadecuada. Una mujer corpulenta con el pelo crepado y gafas de mariposa les sonrió desde detrás de un mostrador de contrachapado con sobre de formica.

—¿Han venido para una adopción? —preguntó, por encima del barullo de los perros, que había subido una nota cuando Pamela y Sess cruzaban el umbral—. ¿O solo lo están pensando?

Luego atravesaron un pasillo de cemento entre hileras de jaulas de alambre, donde había perros de todo tamaño y descripción saltando contra la reja, aullando, ladrando, gimiendo, con zarpas como alas de molino, los ojos animados de ansiedad y esperanza. La mujer se inclinaba ante uno u otro, acariciándolos, y ellos asomaban sus trufas brillantes a través del alambre para adorar sus dedos y el dorso de su mano. Había un terrible ruido de uñas mientras los perros se peleaban por la primera fila en el cemento húmedo. Uno de ellos, un sabueso mezclado con las orejas colgantes y profundos ojos líquidos, se levantó sobre el lomo de otros tres para pegar el morro en la hendidura donde la jaula se había apartado de sus goznes. Pamela deslizó la mano contra la pared para tocarle y su lengua rosada extrajo toda molécula de sabor de su piel. Ella quería adoptarlos a todos.

—Este es Buster —dijo la mujer, apretando la mano contra la reja donde un perdiguero de cara blanca se apoyaba sobre sus dudosas caderas—. Buster es el perro más dulce que nunca hayan conocido. Es el perro perfecto para una casa. Y le gustan los niños. ¿Tienen niños?

Sess estaba allí a su lado, pero no parecía oírla. Estaba absorto en un perro del fondo de la jaula, un animal descarnado, de cabeza grande y con las patas como planchas, que no podía tener más de ocho o diez meses.

—Ese —dijo—. ¿Puedo ver ese?

La mujer pareció dudar.

—¿Se refiere a Peaches? Ese es Peaches —dijo, mirando a Pamela por encima del hombro—. No es un perro casero, pero si viven en el campo y tienen espacio libre, creo que les irá bien. Es un poco tímido.

—Es porque tiene sangre de lobo —dijo Sess, claramente más animado; Pamela lo notó en su voz—. ¿Ves la angularidad de las patas traseras, Pamela? ¿Y el morro? El morro puntiagudo significa que tiene vértebras más largas, de modo que la musculatura del pecho ventila y el animal puede correr de verdad. Es un perro rápido. Y tiene fuerza.

Y entró en la jaula, con dos o tres perros apretándose contra sus manos y agitando la cola. El perro lobo se quedó encogido en el rincón y Sess se acuclilló, se arrodilló y extendió la mano derecha.

—Peaches —dijo con voz baja y lenta—. ¿Qué nombre es ese para un perro? Ven aquí, chico, ven aquí.

Pasó un minuto. Pamela y la mujer esperaban fuera de la jaula y entonces el perro se acercó a él, un metro y medio por encima del suelo de cemento, en la postura sumisa del lobo, arrastrándose sobre los codos y con el vientre en el suelo. Sess le alisó las orejas hacia atrás y le pasó una mano por el morro.

—Me llevaré este —dijo.

En la tienda de ultramarinos, Sess no permitió que Pamela comprase más de lo que pudieran cargar a la espalda y no le ofreció más explicaciones ni se molestó en acercarse a ayudarla para arrastrar el carro de acero inoxidable por los pasillos de la abundancia, como cualquier otro matrimonio de la creación. Se quedó fuera, en el solar de tierra, con el perro —en el extremo, donde la maleza crecía hasta la altura de las rodillas—, y aunque se había llevado una correa casera y un collar, aún no lo utilizó. Controlaba al perro solo con su voz, y cuando ella entró en la tienda, él se quedó allí acuclillado, mirando al perro, mientras el suave y tranquilizador flujo de su voz actuaba en él como un encantamiento. Ella habría comprado todo lo que había allí, pero tuvo que restringirse a algunos cosméticos, pasta de dientes, fruta fresca y verduras —que ya echaba muchísimo de menos— y tanta pasta y tomates estofados y salsa de tomate como podían acarrear razonablemente. Cuando salió de la tienda con el carrito, Sess se levantó y cruzó el solar para ir a su encuentro, sin molestarse en mirar atrás para controlar al perro, pero el perro bajó la cabeza y le siguió.

En el camino de vuelta, Sess estaba eufórico, hablaba tan animado como si les acabara de tocar la lotería. Las provisiones iban debajo del asiento y el perro —él no iba a despreciarle llamándole Peaches— iba ovillado en el regazo de Pamela, con la cabeza asomada por la ventanilla. Sess iba ahora más despacio, pero aún avanzaba con aceleraciones bruscas y cambiaba las marchas como si hubiera querido arrancarlas de la transmisión, traqueteando con los baches y levantando láminas de agua color café como si el coche fuera un esquife en una fangosa ensenada. A cada

minuto, alargaba la mano para acariciarle el brazo a Pamela o tocar al perro. Al cabo de poco empezó a silbar.

—Trotter —dijo—. ¿Qué te parecería Trotter? Es un buen nombre. Descriptivo, ¿no? O Lucius. Siempre me ha gustado Lucius, quiero decir, el nombre de Lucius...

Pamela casi se había olvidado de que iban en un coche robado y de que se habían metido en un peligroso juego con un hombre capaz de acabar a balazos con los perros de otro y que llegaría el momento de la represalia, porque ella estaba disfrutando del momento y los dos se estaban tomando unas cervezas para celebrar la llegada del valioso perro que Pamela llevaba en el regazo y de los otros dos que Sess había pagado a cinco dólares por cabeza y que recogería con la camioneta de Richard otro día.

—¿Y qué dirías de Yukon King?

Sess se echó a reír y alargó la mano para acariciar al perro, que levantó la cabeza y lo miró con expresión de sumisión y fidelidad.

—No se me había ocurrido. Pero estaría bien ponerle el nombre de un perro del cine, que seguro que no sabría ni siquiera esquivar un trineo para que no lo atropellara. Por cierto, ¿sabías que Lassie eran tres perros distintos y los tres eran machos?

No, ella no lo sabía. Pero conocía el origen de la enemistad entre Sess y aquel hombre moreno, porque él se lo había contado durante su segundo trago de Wild Turkey en la Pumphouse mientras Pamela le leía las descripciones de los perros en venta, intercambio o bien «ofrecidos gratuitamente a una casa decente», y él los fue rechazando uno a uno antes de que ella pudiera llegar al final de la primera línea. Dos inviernos antes, Joe Bosky había aparecido en Boynton vestido como un personaje salido del *National Geographic*, con una parka de piel de caribú ribeteado con piel de lobo y un rifle colgando de un hombro. Cuando el avión que le había traído aún no había repostado para volver a Fairbanks, Joe Bosky ya estaba haciendo de las suyas en el Nougat, extendiendo sobre la barra el título de propiedad de la cabaña de Tilda Runyon (que ella había dejado a su hijo mestizo, un borracho y jugador, ladrón y mentiroso, y que por lo visto había estado en el ejército con Bosky). ¿Qué hacía en la región a mitad de febrero? Iba a vivir en plena naturaleza, eso era todo. Y se trasladó a la cabaña de Tilda Runyon, dedicándose a cortar leña, beber en exceso y vivir de lo que le traía el avión de correos dos días por semana. El primer verano se construyó una cabaña en Woodchopper Creek y empezó a ganar dinero transportando a la tundra a turistas y pescadores en la Cessna 180 que trajo un buen día, y en otoño erraba por colinas y cursos de agua, explorando el campo en busca de caza. Finalmente se instaló en el recorrido de caza de Roy Sender, la pista de caza que él había montado, mantenido y expandido durante cuarenta y cinco años y que luego había cedido a Sess cuando abandonó la región. El primer invierno desaparecieron unos cebos y trampas de resortes, pero no había huellas humanas en la nieve, como si el perpetrador hubiera salido volando, porque Joe Bosky era listo y enseguida

aprendió a conocerse el terreno como la palma de su mano. El segundo invierno ya ponía sus propias trampas y robaba furtivamente las presas de las de Sess.

—¿No sabías lo de Lassie? ¿De verdad?

Ella negó con la cabeza.

—¿Lo leíste en alguna parte?

—Sí. En la guía de la tele, probablemente.

—¿En la teleguía? ¿Y por qué demonios leías la teleguía si no has tenido nunca televisión en tu vida adulta y nunca tendrás?

Él la miró. Se encogió de hombros.

—Un invierno, cuando aún vivía en Fairbanks, estaba en la ruina. ¿Recuerdas que te lo conté? Bebía demasiado y ya no me quedaba dinero para seguir bebiendo. En la librería tenían una caja de teleguías viejas y las regalaban. Creo que me las leí todas enteras, de cabo a rabo. Dos veces, al menos dos cada una. ¿Viste *Ciudadano Kane*?

Una imagen en blanco y negro surgió en la mente de Pamela, la penumbra de una sala, el parpadeo luminoso de la tele, su madre con los pies en alto, pintándose las uñas, el resplandor de la mandíbula de la cara de Orson Welles, los vestíbulos inmaculados y rectilíneos de una mansión donde podrían haber acampado ejércitos enteros.

—Sí. Por lo menos vi algún trozo.

—Mil novecientos cuarenta y uno. Orson Welles, Joseph Cotten, dirigida por Orson Welles. Cuatro estrellas. *La momia*, mil novecientos cuarenta y cuatro. Lon Chaney Junior. Dos estrellas. *Los dientes del diablo*, Anthony Quinn, mil novecientos sesenta (debieron de ponerla seis veces por semana), tres estrellas. Podría decirte la puntuación de todas las películas del mundo, pero dudo que haya visto más de cincuenta en toda mi vida, y eso fue cuando era pequeño y vivía con mis padres.

El perro cambió de postura en el regazo de Pamela.

—¿Echas de menos el cine?

Esperaba que le contestara que no y que usara el típico argumento de los locos de la tundra —aquí estoy demasiado ocupado, todo es demasiado bonito, el mundo natural es mucho mejor que cualquier cosa que te enseñen en la pequeña pantalla, con la aurora boreal a todo color ante los ojos—, pero la sorprendió.

—En una noche de enero sin luna, con la estufa tan caliente que el hierro relumbra al rojo y el suelo tan frío que no sales de la cama para no jugarte la vida, echas de menos cualquier cosa.

Después se quedaron en silencio y el perro sacó la cabeza por la ventanilla y el sol derrotó a las nubes para iluminar la carretera ante ellos como una autopista y el Mustang de Joe Bosky se tambaleaba en los baches y esquivaba los charcos. El tráfico no era un problema. Adelantaron a dos coches que iban en su dirección, probablemente hacia Boynton Hot Springs, donde había un centro hostelero para veraneantes, y seis o siete vehículos se cruzaron con ellos hacia Fairbanks, y Sess los reconoció a todos. Iba silbando versiones de «My Favorite Things», algo que a

Pamela le sonó a Dvorak y «I Saw Mommy Kissing Santa Claus (Underneath the Mistletoe Last Night)» hasta la saciedad. Al atardecer, estaban a cinco kilómetros de Boynton cuando Sess aparcó a un lado de la carretera en un lugar donde Birch Creek describía un meandro junto al arcén y los pescadores ocasionales habían formado un montículo de tierra en la orilla para instalarse.

—Llegó el momento de salir, Pamela —le dijo, y antes de que ella encontrara la manija de la puerta, él ya había dado la vuelta al coche y se la estaba abriendo—. Es hora de estirar las piernas. Vamos, Lucius. Muy bien, eres un buen perro. ¿Tú también quieres estirarlas?

En aquel tramo, el arroyo se convertía en río, lento y profundo, con agua del color del té. El perro levantó la pata y olisqueó. Sess cogió a Pamela en sus brazos y le dio un beso lleno de pasión y deseo. Luego la soltó y empezó a meter las provisiones en las dos mochilas que habían llevado. Los mosquitos se lanzaron a ellos alegremente.

—¿Qué pretendes, Sess? —le preguntó Pamela, frente a él—. ¿Dejar el coche aquí?

Él no contestó. Los tendones le sobresalían en la nuca mientras metía latas, frascos y bolsas de plástico de pasta y caramelos en las mochilas, controlando el peso de cada una.

—No entiendo para qué sirve esto —se oyó decir Pamela, aunque sin querer molestarle. Intentó contenerse, pero no pudo—. Porque esta mañana te has exhibido con el coche por la calle mayor, donde todo el mundo podía verte, tocando el claxon, y si quieren comprobarlo, nuestras huellas estarán por todas partes. Y los pelos de perro también. —Intentó darle un matiz ligero, aunque estaba furiosa—. ¿Qué diría Perry Mason?

Arrodillado en el suelo, Sess levantó la vista, sinceramente desconcertado.

—¿Quién es Perry Mason? —preguntó. Luego se levantó, cogió las dos mochilas y las dejó a un lado, sobre la maleza—. Pamela —dijo—, necesito que me hagas un favor, solo un momento, ¿quieres? —No esperó respuesta—. Sujeta a Lucius para que no se asuste, ¿vale?

—¿Que no se asuste? ¿De qué?

—Tú sujétalo, ¿vale?

Lo que sucedió entonces dejó a Pamela completamente anonadada. Aquel marido suyo estaba descontrolado, completamente loco, y ya no había vuelta atrás, aquello era definitivo e irrevocable, tan difícil de resolver como la paz entre británicos e irlandeses o entre israelíes y palestinos. Él entró en el coche, encendió el motor con un rugido y dejó la puerta del conductor abierta, oscilando sobre sus goznes.

—Mira, no creo que haya quinientos Shelby Mustangs como este en todo Estados Unidos —dijo, levantando la voz por encima del motor, y luego lo lanzó sobre el montículo de arena y hacia el arroyo, saltando a un lado mientras el río se apoderaba del vehículo, y la parte de atrás se levantó un instante y luego volvió a hundirse, y el lento y firme burbujeo de la corriente lo inundó y engulló definitivamente.

A Ronnie le encantaba aquello, disfrutaba de verdad. Estaba otra vez en la carretera, con la muñeca posada distraídamente sobre el volante del Studebaker, Star y Marco apiñados junto a él, y un montón de cajas atadas sobre la baca y Lydia echada en la parte de atrás con una blusa transparente. Seguían al autocar y Merry y Maya les hacían muecas por la ventanilla de atrás y las cabras balaban a todo volumen, a cien por hora en su destartalado redil fijado encima de las cajas. Aquello era un auténtico viaje. El autocar iba supercargado, era una especie de mierda ambulante que oscilaba bajo su carga y hasta los Joad habrían salido corriendo al verlo. Y la inscripción «WASHO UNIFIED», muy bien. Le gustaba mirarla, era una especie de broma particular que compartían unos cuantos, entre los que se incluía. Y tras él —solo tenía que mirar por el retrovisor para disfrutar de su visión reconfortante— iba el Escarabajo de Harmony, con manchas tipo dálmata, renqueando justo delante del Lincoln de Lester.

Y aquel era otro rollo: Lester y Franklin. Habían aparecido en el último momento, arrastrando los pies por la tierra, con las manos entrando y saliendo de los bolsillos y mirando fijamente a cada cara como si llevaran láseres incorporados en los ojos, y anunciaron que se unían al viaje, aunque no creían que llegaran hasta el final, hasta la tierra del hielo, porque aquel era un país libre, ¿no? La verdad era que a Pan no le importaba, ellos estaban bien, él se entendía con todo el mundo, aunque tenía sus dudas sobre su capacidad de atrapar un lince o cazar un alce de un disparo o pelar troncos para construir una cabaña. Y Sky Dog. Iba en el asiento trasero del Lincoln, en medio de una montaña de sacos de dormir, utensilios de cocina y una tienda descolorida que podría haber utilizado Eisenhower en el desembarco de Normandía. Y su colega Dale Murray cerraba la marcha con su moto. ¿Qué era lo que había repetido Alfredo toda la mañana? «Lo último que necesitamos es parecer un desfile de circo, la parada de los monstruos». Pues allí estaba, y el sol brillaba con firmeza en el horizonte, el depósito de gasolina a tope y la radio emitiendo rock and roll, y Pan, por su parte, estaba orgulloso y contento de formar parte de la compañía.

No es que todo fuera coser y cantar. Habían surgido algunos residuos desagradables cuando todo el mundo decidía si se unía al grupo o se largaba a San Francisco o intentaba engancharse a alguna otra comuna, y hubo un montón de gente que simplemente hizo la maleta y se largó. Y luego estaba la cuestión del espacio: ¿quién iba a conducir hasta dónde, cuándo y con quién? Durante unos días, el espíritu de hermandad se vino abajo como una vieja carraca con una biela rota, y se negaba a cooperar. Era un desastre. Desorganización total. Reba intentó hacer de jefa y, por supuesto, Alfredo metía la nariz en todo, y el obseso de Krishna (Tom Krishna, como le llamaban ya todos) abandonó su vena Krishna el tiempo suficiente para demostrar cierta habilidad con el martillo y la sierra, y todas las chicas continuaron metiendo las cosas en cajas como un equipo de salvamento, pero parecía que Drop City no iba a ir

a ninguna parte hasta que los tipos del condado aparecieron con sus luces centelleando sobre los coches y las máquinas excavadoras entraron desde la autopista.

Por lo menos trajeron las excavadoras la noche antes y las dejaron en la carretera principal para que todos pudieran verlas, en caso de que necesitaran refrescar la memoria. Dos Caterpillar del tamaño de una casa, bloqueando todo el camino. Mendocino Bill quería echarles arena en el depósito de gasolina, y para Pan no era tan mala idea —él había hecho muchas cosas similares en su urbanización, de pequeño, solo por puro impulso destructivo—, pero Norm dijo que no, que les dejaran en paz. Y no fue nada alegre, allí en la colina, cogidos de las manos y cantando una canción bastante maleja de Joan Baez, cuando la primera excavadora subió traqueteando el camino y derribó la casa de atrás como si estuviera hecha de cartón y palillos de dientes, mientras Jiminy agitaba los puños y maldecía, a Star le rodaban lagrimones por las mejillas y Norm no paraba de mirar por encima de su hombro vigilando al sheriff del condado y su orden de derribo. El polvo flotaba en el aire. Las paredes caían. La tienda india de Harmony se desmoronó sin un solo rumor y Ronnie pensó en aquellos documentales de la Segunda Guerra Mundial que tanto obsesionaban a su padre, la batalla de Gran Bretaña, el asedio de Stalingrado, una pared cayendo y un acogedor y pequeño salón de té que quedaba expuesto a la vista. Y luego, bum, bum, bum, las bombas volvían a caer y se elevaba polvo y más polvo.

—¿Sabéis dónde piensa Norm que pasemos la noche? —preguntó Star sobre el estruendo ralentizado de Canned Heat, producto de una milagrosa emisora de un pequeño college de Portland, que Pan había localizado con sus hábiles dedos—. Quiero decir, si tiene intención de parar, aunque con él no hay garantías de nada, ¿verdad?

—Exacto —dijo Marco—. Pero cuantos más kilómetros hagamos, mejor.

—Esa es la teoría —terció Ronnie.

Antes de que la caravana dejara Drop City, él había ido a conseguir cien tabletas de dexedrina con calidad farmacéutica, de un tipo que conocía en el bar de River Run, en Guerneville, y que las pasaba como si fueran caramelos, a precio de coste, a cualquiera que tuviera planes de conducir.

Star tenía las piernas desnudas y los pies, también desnudos, se apoyaban en el salpicadero como dos pájaros blancos aleteantes. Llevaba una blusa corta blanca, enseñando el vientre, y unos pantalones cortados, y probablemente, eso era lo único que llevaba aparte de su esencia natural, aunque a veces se frotaba un poco de extracto de vainilla detrás de cada oreja y entre los pechos. Ronnie se inclinó hacia ella y la olisqueó furtivamente. Olía a sudor, a aceites naturales y a los productos artificiales que usaba para el pelo, y allí estaba, un levísimo matiz de vainilla, como el residuo en el fondo del vaso cuando te has acabado el batido y lo has dejado media hora en la barra. A ella le habría gustado ir en el autocar. ¿Y qué había hecho él? Le había rogado y suplicado y la había intentado culpabilizar por medio de miles de

matices y manipulaciones porque habían atravesado el país con aquel mismo coche, con aquella misma radio y sus pies en aquel salpicadero, ¿es que aquello no contaba? Está bien, había dicho ella al fin, está bien, de acuerdo, iré. Claro que iré contigo. Pero con la condición de que Marco también venga.

—Ir tan deprisa estropea toda la diversión —dijo Star ahora—. A mí me gustaría ver el país... Sobre todo cuando lleguemos a Canadá. Me gustaría sentir esa tierra bajo los pies y tumbarme diez minutos al sol, oler el aire, ¿creéis que es mucho pedir? Nadie dijo nada. El escenario fluía en un baño de gris, verde y pardo.

—Y todos esos ríos y arroyos... Es como si no existieran, como si fueran un mero producto de mi imaginación, como ese, ¿lo veis? A mí me gustaría salir a nadar, ir nadando hasta Alaska, como en aquella película de Burt Lancaster en que nada de una piscina a otra. ¿No os gustaría? ¿Salir y nadar? ¿Aunque fuese una simple zambullida?

—¿Burt Lancaster? —preguntó Ronnie—. ¿De qué planeta vienes tú?

Marco alargó el brazo por el respaldo, la rodeó con él y la atrajo hacia sí, un pequeño gesto de intimidación al que Pan no pareció prestar ninguna atención.

—Sí, pero ¿no quieres llegar allí? ¿No quieres ver el lugar, todos esos millones de hectáreas libres, los lagos y los ríos? ¿Te imaginas la cabaña? Ir andando hasta el sitio donde la construiremos... Además —sonrió—, seguro que esa agua está bastante helada, ¿no crees?

La voz de Lydia surgió desde el asiento trasero.

—Tengo hambre. Y ganas de mear.

Ronnie miró por encima del hombro al lugar donde Lydia estaba tendida bajo sus pechos e intercambió una mirada con Star.

—Lydia tiene razón —dijo.

Y desde el asiento de atrás:

—¿Qué razón? ¿Que quiero mear?

Lydia se había sentado y él la miró un momento por el retrovisor antes de contestarle. Estaba guapa. Si la luz le daba por el lado justo, podía parecer muy guapa, sensual, como una de esas mujeres de anchos hombros de las películas italianas, con el pelo negro al viento, el maquillaje corrido y aquella mirada lasciva, algo como «chupemos la salsa de la cuchara juntos».

—Quiero decir que quizá deberíamos parar ya para la noche. Tenemos que encontrar un sitio donde dormir, ¿no? Y cocinar algo.

—No sé —dijo Star—. Sí, podríamos parar.

Ronnie calculó, aprovechó la ocasión y se deslizó al carril rápido hasta ponerse a la altura del autocar, con el aire rugiendo en las ventanillas y los insectos entregándose a la fuerza superior en una rápida serie de bums y pafs. Y ¿por qué?, se preguntó, ¿por qué iban todos uniformados de amarillo por dentro?, ¿era su sangre? Y allí estaba Norm, en el asiento elevado del conductor, con los brazos rodeando el volante como si fuera la cabeza de una bestia marina con la que luchara, y una

expresión fija y seria de conductor orgulloso en sus ojos dexedrinados. Ronnie golpeó con el brazo izquierdo el techo del coche y tocó la bocina. Marco abrió su ventanilla y le gritó a Norm que se parase en la siguiente área de servicio porque Lydia quería mear, todos tenían hambre, estaban cansados y con agujetas del viaje de toda la noche, todo el día siguiente hasta el anochecer, que ya extendía sus alas sobre las colinas frente a ellos como un gran murciélago celestial.

Norm echó la cabeza hacia atrás y les dedicó una mirada distante, como si fueran cualquier otro conductor de la autopista en un Studebaker oxidado con matrícula de Nueva York, pero el brillante fulgor del reconocimiento apareció en sus ojos y empezó a maniobrar con la ventanilla situada bajo su codo, poniéndose una mano en la oreja y autoburlándose de su confusión. ¿Qué querían? ¿Había perdido una rueda? ¿Había atropellado un convoy de huérfanos vietnamitas? ¿O es que la autopista que se extendía ante ellos terminaba en un precipicio de los dibujos animados del Correcaminos?

Y aquello era gracioso, daba risa: cualquier cosa por un poco de diversión. Codo con codo, corriendo por la carretera, Marco gritando y riéndose, Star y Lydia participando, y los que iban en el autocar —Premstar, Reba— haciendo muecas y pegando la lengua al cristal como niños de seis años. «Controla la velocidad, Casey Jones». Pero luego, gradualmente, Ronnie cobró conciencia de otro sonido —una bocina, aguda e insistente— y los del autocar empezaron a señalar detrás de él con expresión de «Cuidado», y él miró por el retrovisor. Hubo solo un pestañeo entre conciencia y reconocimiento, pero su primer pensamiento fue la poli, ¿qué otra cosa podía ser? Pero no era la poli, eran tres mierdosos jóvenes rapados de Oregón, en una camioneta Ford del color de la sangre arterial. En cualquier caso, no eran del tipo que adora a los hippies, y Ronnie había visto *Easy Rider* —tres veces, y pensaba volver a verla—, pero aquello no figuraba en sus cálculos del momento. Le estaban haciendo señas ofensivamente obscenas con el dedo, se le pegaban al culo y tocaban el claxon. Gilipollas. Carcas gilipollas. Feos carcas gilipollas.

Ronnie dio un golpe de freno, luego otro, y otro, hasta que los carcas tuvieron que imitarle y el autocar les pasó delante como un gran muro amarillo, arrastrando en su estela el Escarabajo de Harmony, el Lincoln de Lester y la moto de Dale Murray como si el propio autocar hubiera dado a luz a aquellas maquinitas retorcidas. Cuando Dale Murray adelantó al Studebaker, Ronnie ya no iba a cuarenta y el dedo medio de su mano derecha estaba fijo sobre el reflejo de sus ojos en el retrovisor. Esperaba que los carcas le adelantaran por la derecha en un concierto de silbidos y abucheos, pero se quedaron en el segundo carril, justo detrás de él, así que se deslizó tras Dale Murray y aceleró.

Entonces los ocupantes de la camioneta le sorprendieron. Oscilaron tras el Studebaker y luego aceleraron repentinamente, chocando contra su guardabarros trasero como si quisieran engancharle.

—¡Hijoputa! —dijo Ronnie, y sonó como un jadeo sorprendido y herido, como si

le hubieran dado un puñetazo en el estómago.

Ya no conducía, flotaba. Entonces Lydia se puso de rodillas sobre el asiento de atrás para que sus perseguidores la vieran bien y empezó a hacerles el signo de la paz y a lanzarles besos alternativamente. Aquello les enfureció aún más. Golpearon el guardabarros dos veces más, a ochenta u ochenta y cinco kilómetros por hora. ¿De qué iban? No eran simples niñatos carcas, sino miembros de una fraternidad, llevaban todas las pegatinas en el parabrisas como si quisieran decir algo, «DELTA EPSILON, UNIVERSIDAD DE OREGÓN. ¡VENGA, DUCKS!». Ronnie se preparó para el siguiente golpe.

—¿Están locos o qué? —dijo Marco. Se asomó a la ventanilla y les enseñó el puño.

El viento era fuerte, azotaba el pelo de todos y parecía arrancar el aire de los pulmones de Ronnie.

—Para el coche —gritó Marco, volviéndose hacia él—. ¡Para el coche, joder! Star se negó.

—Olvídales —dijo—. Ignórales.

—¿Olvidarles? —la expresión de Marco era de pesadilla y Ronnie lo registró, porque allí había una dramática división de opiniones y él no quería situarse en el lado equivocado. Eso nunca—. ¡Voy a matar a esos tres, joder! ¿Estás conmigo, Ronnie... Pan? ¿Estás conmigo?

Ronnie tenía las manos paralizadas en el volante, los ojos pegados en el retrovisor.

—Paz —seguía diciendo Star—, paz y amor, ¿recordáis?

Ronnie miró las tres caras alineadas bajo el capó de la camioneta, miró los hombros de Lydia, la loca agitación de su cabellera, y se le encogió el corazón.

—Estoy contigo, tío —dijo.

Pero entonces toda la procesión aminoró la marcha, con una reacción en cadena —el autocar, el Escarabajo, el Lincoln, la moto, el Studebaker, la camioneta—, y Norm puso el intermitente naranja y el muro amarillo empezó a tomar el desvío lateral, con un cartel en relieve en letras de treinta centímetros: «CAMPING PÚBLICO, SE ACEPTAN TODA CLASE DE VEHÍCULOS, 2 DOLARES LA NOCHE».

Probablemente, pensó Ronnie, la camioneta se apartaría de ellos y desaparecería por la autopista. Pero no, les siguió, con las caras tras el parabrisas en tensión, pálidas y vengativas.

El pavimento cedió y el Studebaker empezó a traquetear sobre un camino de tierra, un inmenso solar lleno de roderas y con algunos árboles, con humo de barbacoa en el aire, coches y Winnebagos aparcados alrededor de tiendas y mesas de picnic, gente bebiendo bourbon en vasos de plástico y perros ladrando en un frenesí territorial. Aquello era América, la hermosa América, tierra de valientes, todos los coches eran bienvenidos. Lydia tenía que mear. Tenía hambre. Todos tenían hambre. Pero antes de que Ronnie pudiera parar el motor con la llave de contacto y poner el freno de mano, los tres tipos de la fraternidad estaban ante su ventanilla, y una mano,

una mano colorada y sarmentosa le tiraba del pelo, aunque él echó la cabeza hacia atrás y Star soltó un chillido que casi le paró el corazón.

—¡Cabrón peludo!

—¡Sal del coche, mamón!

En un solo fogonazo, comprendió que sus antagonistas no eran los simples carcas de fraternidad que había pensado, sino jugadores de rugby carcas, o quizá levantadores de pesas, todos hinchados como ranas en sus camisetas de los Ducks de Oregón. Uno de ellos, el que conducía, era como un monumento arrancado de su pedestal, con dos ojos lívidos y un corte a cepillo rubio casi perforándole el cráneo. Hijo de puta. Un sabor amargo de impotencia y rabia se ahogó en la garganta de Pan, porque él había estado allí antes y sabía lo que vendría. Tenía miedo, pero no lo tenía, porque de pronto estaba más allá del miedo, más allá de todo, y se inclinó hacia la puerta y agarró la manija en el mismo momento en que la mano carnosa y colorada se convertía en un puño y estallaba en su oído izquierdo con un sonido de viento atravesando un túnel.

La continuación fue bastante borrosa, porque él estaba tocado —sí, era eso—, aunque la anfetamina bullía en él como mil pequeños motores zumbando por las pistas de sus venas y él seguía en el coche y Star le acunaba la cabeza. Pero Marco había salido del Studebaker y se había lanzado contra el grupo, de eso estaba seguro, y luego habían llegado Dale Murray y Sky Dog, y se había montado una pelea, con todo el mundo en todas partes, en la tierra y por todo el solar, maldiciendo y golpeándose unos a otros. Después intervino Franklin, con un movimiento silencioso y deslizante, y noqueó a uno de los chicos de la fraternidad con un solo golpe, y luego, todo el autocar empezó a vaciarse en un destello de caras de hippiosos pálidos, mientras los viejos seguían bebiendo su bourbon como si nada y los chicos se agitaban alrededor gritando con sus vocecillas agudas y cambiantes.

Fue Norm quien puso fin a la pelea. Dos de los miembros de la fraternidad estaban en el suelo y toda una flotilla de botas hippies les pateaba como una apisonadora, aunque el tercero estaba enzarzado con Dale Murray y los golpes no paraban —eslam, bam, bum—, como si fuera un combate de pesos pesados, cuando Norm se metió entre ellos y los paró, simplemente.

—¡Basta! —dijo—. ¡Paz! —ladró, como si estuviera gritando: «¡Destrozadlos!, ¡matadlos!».

Los tres chicos formaban un mosaico de sangre, arrastraban los pies por el barro y resoplaban como gordos subiendo una escalera interminable. Les habían vencido por una cuestión puramente numérica. No tenían nada que decir. Pero Pan sí, ah, sí, con la cabeza asomando por la ventanilla del Studebaker, disfrutando del momento más dulce de su vida.

—¡La próxima vez que queráis pegar a un puñado de hippies tendréis que pensarlo dos veces, hijos de puta, mamones...!

Ellos ya habían retrocedido hacia su furgoneta, con sus vaqueros, botas,

camisetas, músculos y cortes de pelo a cepillo y uno de ellos, aún jadeante —el del cráneo rubio que brillaba como jamón cocido—, dijo:

—Sí, a tomar por culo, todos vosotros.

Eso dijo, pero era solo fanfarronería y todo el mundo lo sabía. Los tres cerraron de golpe las puertas de la camioneta, quitándose sangre y polvo de los ojos, lamiéndose los labios partidos y preguntándose por qué les zumbaban los oídos, y mientras arrancaban el motor, Ronnie se acercó a ellos con una sonrisa venenosa y les hizo el signo de la paz. Ellos ni siquiera se molestaron en hacer crujir las ruedas.

Más tarde, cuando la jarra de vino pasaba de mano en mano y las chicas repartían hogazas de pan y botes de mantequilla de cacahuete y gelatina y removían las jarras de refresco en polvo Kool-Aid y todos se felicitaban por la forma en que habían llevado las cosas en la tierra desnuda del solar, Pan sacó de pronto su sorpresa. La mañana antes de salir, había llevado el Studebaker por Guerneville y las escarpadas colinas del valle del río Russian hasta Marshall, donde el Pacífico azotaba contra las rocas y producía una niebla que flotaba al sol como el humo de un fuego inextinguible. El aire era frío, el agua aún más fría. Vadeó con sus pantalones cortados y el cuchillo de caza de Marco en una mano y dos sacos de arpillera en la otra.

Había gaviotas en el cielo, cormoranes y pelícanos cortando las marismas verdes más allá de los rompientes. Había marea baja y las rocas eran fortalezas semienterradas en la arena, y cada una de ellas brillaba negra con un parapeto de mejillones. Pan había trabajado bajo un sol pálido, tiritando en el viento que soplaba desde ninguna parte y esquivando las olas lo mejor que podía y en el curso de una hora había cogido cien mejillones de las rocas, doscientos, trescientos, cuatrocientos, tal vez quinientos, pero ¿quién iba a contarlos? De vuelta al rancho, los había aclarado y desbarbado y como todos estaban tan ocupados con el autocar, transportando, empaquetando y esquivando las excavadoras, nadie se molestó en mirar lo que hacía. Había metido los dos sacos en el portaequipajes del Studebaker junto con un paquete de mantequilla salada y media docena de limones del limonero que había junto a la piscina. Había llegado el momento de hacerlos al vapor. Sobre todo ahora, porque ¿quién quería mantequilla de cacahuete y gelatina con aquel pan casero de hacía dos días, tan insípido y que se desmigajaba, cuando podían disfrutar de aquel botín marino?

Nadie dijo una palabra mientras él hacía un fuego en una de las ennegrecidas barbacoas que había en el suelo de tierra junto a cada mesa de picnic, pero Merry — con un top de macramé que la hacía parecer un helado con dos bolas— se acercó cuando él puso la cazuela de veinticinco litros encima. Ella le tendió el porro que acababa de quitarse de los labios, y nadie se preocupó por ello, de dónde vendría la droga sacramental durante el largo invierno, porque aquella era la aventura, aquí y ahora. Ronnie aspiró el peta y Merry le sonrió.

—¿Qué estás cocinando?

Él se encogió de hombros y le devolvió la sonrisa.

—Nada. Una pequeña sorpresa. Algo que aceptarán incluso los vegetarianos.

Ella tocó uno de los sacos con el dedo del pie.

—¿Qué? —Sonrió aún más—. ¿Almejas? ¿Langostas?

—Ahora lo verás. En cinco minutos. ¿Tú no comerías nada que tuviera cabeza, verdad? Ni siquiera aplastarías un mosquito ni matarías una pulga, ¿verdad?

El porro se había apagado. Él se lo devolvió, por puro formalismo.

—No lo sé. Supongo que depende.

—¿De qué?

—Del hambre que tenga y de lo que haya en esa olla. ¿No es carne, verdad?

La gente había empezado a plantar tiendas en un círculo alrededor del autobús. Sky Dog, Dale Murray, Lester y Franklin se habían instalado por su cuenta, en una mesa de picnic a cierta distancia, con las piernas apoyadas en los listones combados de los asientos, y Sky Dog y Dale tocaban la guitarra. Un puñado de gente se había instalado en el extremo más alejado del autocar, y solo se les veían las piernas y los pies. Mientras, Che y Sunshine se situaban en el centro de un agitado grupo de hijos de la gente normal, piernas y brazos blancos, gritos, un balón que atravesaba el solar...

—¿Crees que te haría una cosa así?

Pan retrocedió un paso del fuego y miró hacia el autocar. Las ventanillas del lado más cercano estaban bajadas y una presencia invisible había dejado caer la aguja sobre «God Bless the Child», una canción que le encantaba, y por un momento miró el solar y escuchó cómo las trompetas y saxos alimentaban la parte vocal. Luego se volvió hacia Merry.

—¿Dónde vas a dormir esta noche? ¿En el autocar?

—Supongo.

—¿Quieres dormir conmigo? Asiento grande en la parte de atrás del Studebaker. O bien un saco de dormir en una de las mesas de picnic, si no hay rocío, ni lluvia ni nada...

—¿Y qué pasa con Lydia?

—¿Qué pasa?

Ella se apoyó en la esquina de la mesa de picnic y se encogió de hombros, con una cadera en equilibrio y el porro apagado entre los dedos.

—No sé —dijo—. ¿Dónde duerme ella?

Él no le contestó, solo vertió el contenido del primer saco de arpillera en la gruesa y reluciente marmita. Era como tirar piedras. Se oyó un estrépito y un siseo y luego Pan echó el segundo saco.

—Eso es una canción de Billie Holiday —dijo—, ¿lo sabías?

—No —respondió ella—. No lo sabía. Pensaba que eran Blood, Sweat and Tears.

—Quiero decir, originalmente. Como en los años treinta o así.

—¿Ah, sí? Entonces es muy antigua, ¿no?

—Sí —contestó él, y miró hacia los árboles, que no eran tan distintos de los de Drop City, al menos para él.

—¿Qué es eso, mejillones?

—Sí. Pura proteína, tesoros del mar. Y espera a probarlos con la salsa especial de mantequilla y limón de Pan. ¿Alguna vez has probado mejillones hechos al vapor como almejas y luego rehogados en salsa marinera en el último minuto?

Ella no lo sabía. Era vegetariana. Pero Pan la miró mientras el vapor subía y la mantequilla se fundía en una sartén y él cortaba y estrujaba los limones, y ella parecía interesada, definitivamente interesada.

—¿Y qué pasa con Jiminy? —preguntó él—. ¿Dónde duerme?

Merry se encogió de hombros y sus pechos se levantaron y cayeron.

—En el autocar, supongo.

Él estaba pensando en Lydia, en Star, en Marco y en la forma en que la había atraído hacia sí en el Studebaker. Él había estudiado el bachillerato con ella. Habían atravesado el país juntos.

—Duerme conmigo —le dijo—. ¿Cuánto hace... semanas?

Entonces fue cuando Reba salió de entre los árboles cargada de leña y con una expresión herméticamente cerrada, y Alfredo detrás. Él llevaba un hacha en una mano y en la otra, una rama de pino medio podrida. Reba miró la cazuela.

—¿Qué es esto? —preguntó—. ¿Estás cocinando algo, Ronnie? —Y, oh sorpresa, sonrió—. ¿Para todos?

Llevaba unos mocasines que había cosido ella misma y se había prendido una pluma de cuervo negra azulada en la cinta del pelo. Con un par de toques de pintura de guerra, habría parecido una india squaw de una película de John Ford, y aquello tenía su gracia porque Star había repetido todo el viaje que el estilo hippy, desde las botas a los pantalones de pata de elefante, era como jugar a indios y vaqueros, con los sarapes, los sombreros mexicanos y las bandas en el pelo. Él lo había negado todo el tiempo, simplemente porque no había pensado en ello, y la imagen no le cuadraba con la idea que se había hecho de sí mismo, pero ahora vio que Star tenía razón, y se dio cuenta en aquel momento. Reba jugaba a los indios y los vaqueros, y él también, como todos los demás.

—Son mejillones —dijo—. Suficientes para todo el campamento, pasotas y burgueses.

Alfredo estaba allí plantado con sus botas y su camisa vaquera y una expresión de asombro, como si sus amigos del western acabaran de cortar la soga de la que iban a colgarle.

—¿Mejillones? —repitió—. ¿De dónde los has sacado?

Pan se sentía bien. Tenía un humor expansivo y generoso, fraternal. Le ofreció una elaborada versión de su lucha contra el mar dos mañanas antes.

¿Y cuál fue la reacción de Alfredo? ¿La reacción del tío menos enrollado, el más reprimido de todo aquel circo peripatético? ¿Cómo respondió al gesto desinteresado

de Pan y al justo orgullo que sentía? Le dijo:

—Tío, tú estás loco, joder. ¿No sabes que en esta época del año están en cuarentena?

—¿En cuarentena? Pero ¿de qué estás hablando?

Si se refería a licencias de pesca y de temporada y todo aquel rollo, que se fuera a freír espárragos.

—Junio no tiene erre... —Alfredo dejó el hacha y levantó la tapa de la olla. Los mejillones se agitaban en el agua hirviente—. Hostia —dijo—. Podrías habernos envenenado a todos.

Ronnie miró el interior de la olla y luego miró a Merry y a Reba antes de volver a mirar a Alfredo.

—Y una mierda —dijo.

Otros habían empezado a acercarse —Maya, Angela, Jiminy—, y Ronnie no tenía más remedio que defender su punto de vista.

—Y una mierda —repitió—. ¿Y qué coño importa la cuarentena?

—Intoxicación por marisco —contestó Alfredo—. Unas cuatrocientas personas murieron en San Francisco un año a principios de siglo, creo que fue. Los dinoflagelados se concentran en gran número, como una marea roja, cuando la temperatura del agua supera cierto grado (en verano, solo en verano) y los mejillones, las almejas y otras especies captan las toxinas; a los mejillones no les afecta, pero a nosotros sí.

—¿Sabes la CIA? —intervino Jiminy. Su rostro no era más que un promontorio de nariz y pómulos iluminado por el sol, con los ojos brillantes y ardientes recortados en el marco de su pelo. Parecía excitado, contento, más feliz que nunca—. Sus asesinos lo utilizan con una jeringa y te pinchan entre la multitud, un pinchacito que apenas se nota y estás muerto.

—Paralizado —dijo Reba—. Primero las extremidades, luego los demás miembros, hasta que te conviertes en un vegetal y no puedes mover nada ni sentir nada...

—Exacto —dijo Alfredo—. Y luego te afecta a los órganos vitales.

En el aire flotaba un dulce y chispeante olor a mejillones rehogados en su propio jugo con mantequilla y limón, sal y pimienta y tal vez un matiz de estragón. Ronnie no estaba rondando una mesa de picnic de un camping de dos dólares la noche en Oregón, estaba encerrado en una jaula del zoo, y toda aquella gente, sus amigos, sus compatriotas, sus hermanos y hermanas le aguijoneaban a través de las barras con palos afilados.

—Y una mierda —dijo por tercera vez—. No me lo creo.

—Pues deberías creerlo —contestó Alfredo, volviéndose para alejarse, llevándose un montón de caras con él.

Merry tenía el aspecto de alguien a quien han empujado por un precipicio y Jiminy parecía esperar una señal para ponerse a cuatro patas y empezar a ladrar como

un perro.

Alfredo. Dinoflagelados. Cuarentena. Ronnie no se tragaba nada de todo aquello. Eran paparruchas, solo otra puñalada de Alfredo contra él, como si no pudiera soportar que él tuviera éxito en nada. Removió la olla, pescó un espécimen y lo puso en la tabla de madera de la mesa. Era perfecto, tierno —si se dejan demasiado tiempo, se vuelven correosos como el cuero—, y la concha negra reluciente se abría para revelar la carne rosa anaranjada de su interior, y él iba a enseñárselo a Merry y a soltarle su discurso habitual sobre los mejillones y la similaridad de aquellos labios y aquella carne con la anatomía femenina y le iba a decir que en las facultades de medicina los estudiantes de ginecología tenían que estudiar con mejillones al vapor porque la realidad era menos accesible, pero Merry se había ido, del brazo de Jiminy, con los pies descalzos en el polvo, a consumir su ración de pan rancio y mantequilla de cacahuete.

Solo Angela, la hermana de Verbie, con sus ojos almendrados y su cara larga, se quedó a observar cómo Ronnie abría la concha del molusco —«bivalvos», el término le volvió a la mente directamente desde la clase de biología del señor Boscovich, los moluscos bivalvos eran mucho más sabrosos—, arrancó el pedazo rosado reluciente y se lo puso tentativamente en la lengua.

—¿No irás a comerte eso, verdad? —le preguntó ella, como si él fuera el salvaje del circo dispuesto a hundir sus incisivos en el cuello de un pollo vivo, mientras la multitud contenía el aliento colectivo. Claro que iba a comérselo, por supuesto.

Tardó un largo momento, paladeando con la lengua el pedacito de carne y haciéndolo rodar por la boca, antes de que los dientes entraran en escena. ¿Y qué tenía de malo? Se liberaron sus jugos, mantequilla, estragón, agua de mar, y el sabor era bueno, incluso delicioso. Era el mejillón más fresco que nunca había probado, ¿verdad? Lo masticó meditativamente, prolongando el proceso. Y luego escupió el descolorido trozo en su mano y lo lanzó a los arbustos.

Star nunca había robado nada en su vida, ni siquiera a los doce o trece años, cuando era la época de desafiar los límites y había unos polvos compactos o un lápiz perfilador por los que hubiera dado la vida, y nadie estaba mirando, porque sus amigos habían distraído a la vieja del mostrador, y además, todos habían pispado algo a su vez —un peine, un paquete de chicles, una bolsa de M&M—, como si fuera un distintivo de honor. No es que le faltara el nervio, sino que la habían educado para respetar la propiedad privada, para ser correcta en sus actos y pensamientos y para ser una buena chica católica. Pero allí estaba, en un supermercado a las afueras de Seattle, fumando un cigarrillo frente a un expositor de quesos en la sección de lácteos, con los bolsillos interiores que había cosido a su gabardina cargados de quesos de importación, de Gouda, Cheddar ahumado y Jarslberg, aunque fuera hiciera veintiocho grados a la sombra y nadie más en el mundo llevara gabardina ni tan siquiera un jersey.

Reba y Verbie empujaban un carro en el pasillo vecino, avanzaban despacio, preparadas para intercambiar cupones de comida por productos frescos, pan integral y sacos de arroz y de judías pintas tamaño familiar, mientras metían latas de atún, de cangrejo y corazones de alcachofa en los bolsitos que colgaban despreocupadamente de sus hombros.

—Es una cuestión familiar —explicó Reba mientras atravesaban el solar asfaltado—, alimentar a la familia, eso es lo que importa. Este sitio, toda esta cadena, es solo parte del *establishment*, por tanto, está contra nosotros, son un puñado de millonarios con sus sedes corporativas en algún gran edificio, que dedican su vida a extorsionar a la gente con el precio de la lechuga. No derraméis lágrimas por ellos.

Ronnie, que había conducido el Studebaker para llevar a las tres, no podía estar más de acuerdo.

—Putos fascistas —fue su comentario.

Pero a Star le latía fuerte el corazón mientras daba una calada a su cigarrillo y fingía considerar, con el paquete de cartón de copos de avena Quaker Oats en la mano, con el ceño fruncido y los ojos convertidos en dos hendiduras, la cuestión esencial: copos de avena ciento por ciento natural a un dólar con sesenta centavos. No vio al hombre que se acercaba, con su camisa blanca bien planchada y la corbata de pajarita reglamentaria:

—¿Encuentra algún producto de su gusto? —le preguntó.

Ella le miró a los ojos: un gris desvaído en una cara rosada rodeada de pelo untado de brillantina, dividido con una raya de una precisión tan perfecta como las que se ven en las fotos de los barberos. Probablemente tendría veinticinco años, había dejado preñada a su novia y abandonado los estudios en secundaria y llevaba trabajando allí desde los dieciséis. O algo así. Era un miembro del mundo convencional y eso era lo que contaba. Él era el enemigo. Star no pestañeó, aunque el

corazón le martilleaba como un solo de tambor.

—No —dijo—, en realidad, no. —Vio a Reba y Verbie poniendo las antenas desde el otro extremo del pasillo. Ella tenía que resolverlo por sí sola—. Estaba buscando unos cereales nutritivos para mi hija. No quiero que coma las porquerías que nos daban a nosotros de pequeños, como Sugar Pops, Frosted Flakes, cereales azucarados y cosas así. Y he pensado que tal vez servirían simples copos de avena. Con leche.

—¿Cuántos años tiene? —El tipo sonreía como todo el mundo, el empleado solícito intentando negociar con un comprador exigente.

—¿Qué?

—Su hija, ¿qué edad tiene?

—Ah, ya... —Y, para cubrirse, improvisó un nombre—. ¿Jasmine? La llamé así. ¿Es un bonito nombre, verdad?

—Sí, sí —dijo él—. Muy bonito. —Hizo una pausa—. Hace frío aquí, ¿no?

Por un momento, Star se quedó desconcertada. ¿Frío? ¿De qué hablaba? Miró su gabardina, luego volvió a levantar los ojos y sintió el corazón en la boca.

—Soy muy friolera —dijo al fin, intentando controlar la voz—. Soy del sur, de una pequeña ciudad de Arizona, Yuma. ¿La conoce? —Él no la conocía—. ¿Johnny Yuma? —intentó ella. Nada. Star se encogió de hombros—. Como tienen tantas neveras funcionando... con los productos lácteos...

Él asintió y Star se dio cuenta de que la había calado, que sabía muy bien lo que estaba haciendo, que veía cosas así diez veces al día. Sobre todo con gente como ella, melencidos, hippies, ciclistas, renegados de todo pelaje, niñas.

—Mire, yo tengo tres hijos. El mayor, Robert (Bobby), ya está en segundo grado. Y solo comen porquerías, los cereales más azucarados, dulces, palomit...

—Ah, bueno, Yasmine... —De pronto se le ocurrió que él no diría nada mientras ella le siguiera la corriente y se adaptara a su juego—. Solo tiene un año y pico, y bueno, yo intento que no contraiga malos hábitos, no sé si me entiende.

Sí, claro que la entendía, no hacía falta que le contara. ¿Podía ayudarla con los cereales? El de crema de trigo era bueno, si lo calentabas con leche en vez de agua, y harina, por supuesto. Por cierto, ¿vivía por aquí? Porque él no recordaba haberla visto antes...

Así que era eso. Estaba intentando ligar con ella, como cualquier otro tío. Por si acaso. Por si había alguna posibilidad.

—Acabamos de trasladarnos —dijo ella—. Mi marido trabaja en Aerospace.

Luego le dio las gracias, se alejó y se encontró atrapada en la caja de al lado de la de Reba y Verbie con los Quaker Oats aún en la mano. El corazón seguía disparado, pero Star puso un billete arrugado en el mostrador y se guardó el cambio en el bolsillo. Luego salió al aparcamiento y se dirigió al Studebaker, como una verdadera Reina del Queso.

Salieron tarde de Seattle, porque Norm había cogido el Escarabajo de Harmony para ir a ver a su tío y se demoró media tarde hasta el anochecer, mientras todos los demás esperaban en el autocar y se preguntaban si los habría abandonado. Norm había aparcado el vehículo en la primera salida que encontró, en un campillo de maleza junto a una carretera asfaltada de dos carriles. Era un sitio bastante feo, sin árboles, solo con matorrales, y una especie de fábrica exhalando humo no muy lejos, y alrededor, las ubicuas casas tipo rancho de la América suburbana. Algunos de los hombres recogieron ramas y desechos e hicieron un fuego y lo mejor que lograron hacer las mujeres fue una especie de paella, con atún, verduras y todas las especias que pudieron encontrar a mano, fuera de las cajas cerradas.

Los coches pasaban disparados como aviones a reacción. Los gritos de los niños jugando en las casas les llegaban como ruido ambiental. Todos comían deprisa, casi con sentimiento de culpa, porque aquello no era lo que se esperaba. Hasta Che y Sunshine parecían letárgicos, desorientados, y apenas tocaron sus platos. Hacia las ocho, en plena comida, dos hombres con camisas sport atravesaron la calle. Venían de un pabellón blanco con adornos color crema y un coche nuevo, rojo, aparcado junto al bordillo.

—Aquí está prohibido acampar —oyó Star que uno le decía al otro.

El otro le contestó:

—Y hacer fuego.

De modo que todos subieron de nuevo al autocar y dieron dos veces la vuelta a la manzana, con Lester y Ronnie a remolque, hasta volver al punto de partida y esperar a Norm sentados, sin ningún sitio adonde ir ni nada que hacer, hasta que oscureció. Cuando por fin apareció Norm y la caravana volvió a emprender la marcha, se sentían como si los hubieran rescatado.

Era ya pasada la medianoche cuando Reba abrió la lata de cangrejo, las ostras ahumadas y el resto y Star distribuyó los quesos. El bus se abría camino a través del muro de la noche. El salpicadero irradiaba un resplandor verdoso y el vehículo se balanceaba suavemente hacia los lados como si estuvieran metidos en una cuna gigante. Norm iba delante, con las manos agarradas al volante, y Premstar se acurrucaba en el deteriorado asiento de vinilo junto a él. Ronnie era un par de faros que les seguían. Mendocino Bill, Verbie y su hermana le acompañaban, por turnos, para darle conversación. Marco, que había ido con Norm a ver a su tío («Para acompañarle y averiguar dónde está exactamente esa montaña del oro, por si acaso necesitamos dinero»), iba en la parte de atrás del autocar, jugando a las cartas con Alfredo y otros, bajo una lámpara que había amañado Bill. Los niños estaban dormidos, igual que casi todos los demás.

Y en cuanto a Reba, Merry, Maya, Lydia y Star, las chicas, instaladas en tres asientos, se dedicaban a cotillear y divertirse mientras el autocar avanzaba por la carretera y por las ventanillas centelleaban las vagas luces de casas individuales, gasolineras y granjas, en un código ilegible.

—Al final te cansas de comer siempre alimentos básicos, ¿no? —comentó Reba—. Tofu, tahini, arroz integral. Aunque sea muy sano y yo me haya comprometido con eso... Pero esto —puso una sardina sobre una rebanada de pan, lamiéndose el aceite de los dedos—, esto no es un mero lujo, es una necesidad, no sé si me entendéis.

Se repartieron galletas saladas, más pan, una botella de Liebfraumilch que Reba había liberado de la sección de licores. Todas la entendían. Y Star comía trozos de queso y también se relamía los dedos —ostras ahumadas, eran su debilidad—, disfrutando del momento. En un bolsillo interior de su mochila, el bolsillo entre la armadura y el compartimiento principal, bien al fondo y envueltos en un calcetín, llevaba tres billetes de cien dólares de los que nadie sabía nada, ni Marco, ni Ronnie, ni Merry o Maya. Era lo que le quedaba de sus ahorros, el dinero que había acumulado antes de dejar de dar clases y de vivir ahorrativamente en casa de sus padres, donde sus únicos gastos eran los discos y la ropa, aparte de un ocasional Brandy Alexander o Black Russian o Surf’N’Turf en lo más parecido a un club que había en Peterskill. El resto se había gastado en gasolina y comida cuando atravesaba el país con Ronnie, y desde entonces, todo —cupones de comida, desempleo— lo que su madre había logrado mandar a Drop City se había desvanecido en la caja común. No podía gastarse aquellos tres billetes, ni por lujo ni por necesidad, y además, Norm les había prometido que él les mantendría a todos a flote durante el primer invierno, por lo menos, en lo que concernía a necesidades básicas.

Lydia, que estaba sentada enfrente de Star, dijo:

—Paté —como si llevara semanas pensándolo—. Es lo que más me gusta. Y esos bastones de apio rellenos de queso azul. Albóndigas de carne suecas en un palillo. Canapés y champán. Solían poner esas cosas en las fiestas donde yo trabajaba. Yo me instalaba junto a la bandeja y me ponía las botas.

—¿Sirve esto? —preguntó Reba, y se inclinó bajo el pestañeo de las luces que pasaban y le ofreció a Lydia una caja de crackers Ritz con dos latas de jamón en salsa picante.

—Langosta —dijo Merry—, con mantequilla fundida.

—Uno no puede considerar que ha vivido si no ha probado el cangrejo Louis, en el Metzger, de Tomales Bay —dijo Maya—. Yo fui una vez, al salir de clase, con...

—Ya lo sé —dijo Reba—, ese chico llamado Jack. Con el pelo largo hasta el culo y un bigote a lo Fu Manchú.

Star se echó a reír. Todas rieron.

La voz de Maya se hizo más suave.

—La verdad es que fui con mis padres. Nos llevaron a mi hermano y a mí unas vacaciones. Como regalo por mi graduación.

Nadie tenía nada que decir ante aquello y se quedaron calladas un momento mientras el autocar describía una serie de curvas, acercándose a la frontera canadiense. El motor los propulsaba hacia delante con un firme resoplido, como si

llevara un gigantesco aspirador bajo el capó. El viento azotaba las ventanillas con un rociado de lluvia. Oían la voz de Norm desde delante, un zumbido incesante de opiniones, impresiones y hechos incontestables, alimentado por las anfetaminas de Ronnie y la cremosa piel de Premstar. Pero ¿a quién le gustaba Premstar, quién podía siquiera soportarla? Nadie. En eso, el acuerdo tácito era general.

—Cóctel de gambas —dijo Reba, llevándose otra sardina a la boca—. Yo pagaría por eso —continuó, masticando sus palabras—, un buen cóctel de gambas tan largas como el dedo medio, con una salsa bien especiada y todo servido sobre un lecho de hielo, eso me lo tomaría siempre.

—Pistachos —dijo Star—. Con su cáscara. Y los dedos se te ponen colorados. ¿Alguien se cansa de comer pistachos?

—¿Sabéis qué? —dijo Merry con una voz tan baja y apagada que apenas se la oía—. Yo no he visto a mis padres desde que tenía dieciséis años. O sea, hace cinco años. No puedo creerlo. Y no les odio ni nada parecido. Es solo por la forma en que han ido pasando las cosas.

—¿De dónde eres? —quiso saber Reba.

Merry lo dijo suavemente, como si fuera una oración o el nombre de una oración:

—Cedar Rapids.

—¿Cedar Rapids? ¿Dónde está eso?

—En Iowa —contestó Lydia por ella.

—Ah, Iowa —repuso Reba, con un tono peyorativo, como insinuando que era tan carca y poco hippy como Peoria o Nueva Jersey, y Star pensó que la atmósfera decaía.

—Apareció aquel tío —empezó a decir Merry, con la cara súbitamente iluminada por unos focos y luego hundiéndose en las sombras—, de veintitrés años, con coche propio y dinero como yo nunca había visto. Llevaba fajos de billetes de veinte y etcétera. Pero no fue por eso, yo no era así. Ni lo soy ahora. El dinero no significaba nada para mí, excepto que con él podía comprar la libertad... librarme de mis padres, hostia, y del colegio. Ya conocéis la historia. Todo el mundo lo sabe, ¿no?

Nadie mordió el anzuelo. Star cambió de postura en su asiento. Oía a Lydia hurgando con la mano en el paquete de galletas saladas.

—Se llamaba Tommy Derwin y era del sur, de Mobile. Su acento me volvía loca. Aquella forma de decir las cosas, aspirando: «Me hhhhalaga que quierah salir conmigo ehhta noshe, Merr Voighhht...». Me llevó a un bar de Iowa City donde nunca echaban a nadie y luego a un motel, y nos hicimos pasar por marido y mujer, en el camino de vuelta a Cedar Rapids. No lo pensé dos veces. Me dijo «Vayámonos a San Francisco, allí es donde está el rollo», y yo le seguí.

Lydia pasaba galletas saladas untadas de jamón picante. Star cogió una, Reba otra, pero Maya y Merry pasaron. Después de todo, el jamón era carne, cerdo muerto, por mucho que lo disfrazaran.

—¿Y qué pasó después? —preguntó Lydia, y se secó los labios con el dorso de la

mano.

—Estuvimos en un par de sitios. En casas de gente que él conocía. Tomamos drogas. Yo trabajé de cajera en un Walgreens durante un tiempo y cogía botes de fármacos cuando nadie me veía, cosas así. —Repartieron el queso y todas observaron cómo Merry cortaba dos trozos gruesos y los ponía sobre sus galletas saladas—. No sé —dijo—. Y después nos metimos en aquella comuna, Harrad House. No era como aquí. Iba más de sexo. Una especie de matrimonio de grupo.

—¿Y qué tal era? —preguntó Lydia, la experta—. ¿Había que acostarse con todo el mundo?

—Eso me horrorizaría —dijo Star—. No podría soportarlo.

—A mí me suena súper —dijo Lydia—. Cuantos más, mejor.

Reba se echó a reír a carcajadas. Dio un buen trago de vino y le pasó la botella a Lydia.

—Eso dices ahora, pero créeme... Mira, antes de conocer a Alfredo, yo era bastante salvaje, siempre caliente, como si la única forma de relacionarme con los hombres fuera la cama, pero eso se pasa enseguida. Muy deprisa. ¿Estás de acuerdo, Merry?

—Era horrible. Había muchos más tíos que chicas y Tommy era una especie de fantasma. Yo no le veía el pelo. Estaba echada boca arriba la mayor parte del tiempo y si rechazaba a algún tío, a uno de los miembros de la familia, me criticaban por estrecha, por dar malas vibraciones y envenenar la atmósfera, ese era el rollo. El dormitorio en el vestíbulo. Quítate la ropa. A las cinco de la mañana. Vamos a follar. —Hizo una pausa y su voz bajó hasta hundirse en el suelo—. Todo el mundo tenía trabajos como fregar el suelo, cocinar, o bien salir a currar y traer pasta. Mi trabajo consistía en follar. Como una máquina. Como una cabra.

—¿Dónde está Verbie cuando se la necesita? ¿Eso es la liberación de la mujer? —dijo Reba, desbarrando como de costumbre.

Star sintió cómo le latía el corazón, como si otra vez estuviera en el supermercado con el queso por valor de quince dólares escondido en la gabardina.

—Otra vez la sociedad Keristan —dijo.

—¿La qué?

Pero ella estaba mirando por la ventanilla una escena de otro siglo, los pinos afilados y una granja enmarcada en su pálido resplandor, y más allá, la sombra del granero. Estaban durmiendo, el granjero, su mujer, los niños y el perro. Debía de haber una gran mesa de roble en la cocina, y la tosca vajilla Fiesta color rosa preparada para el desayuno, un calendario en la pared. La nevera chasqueaba y zumbaba y luego se callaba y nadie se enteraba, ni siquiera el perro.

—No sé —contestó—. No tiene importancia.

Llegaron a la frontera después de las dos. Star estaba dormida, acurrucada torpemente

en una de las literas, y sintió que el autocar se movía bajo su cuerpo como si el mundo entero se pusiera en movimiento. Después el vehículo se estremeció y se detuvo, y ella se despertó. Estaban a un lado de la carretera, aparcados bajo un cartel que decía: «FRONTERA INTERNACIONAL, 5 KM». Norm atravesaba el pasillo, despertando a la gente.

—Tíos, es la frontera, venga, despertad —decía, y su cara era como un bulbo pálido que flotaba en la semipenumbra, sobre los hombros encorvados y los brazos colgando como si hubiera perdido el mando sobre ellos. Había llegado el gran momento. Si no podían entrar en Canadá, no podrían llegar a Alaska y Drop City habría muerto.

Marco estaba en la litera de debajo y se despertó con un sobresalto. Star le tendió una mano, con el pelo cayéndole, y se acercó al extremo de su litera para poder verle. Él estaba mirando a las musarañas, pero la humedad de sus ojos atrapaba la luz suficiente y Star vio que los tenía abiertos.

—Eh —le dijo lo más suavemente que pudo—, hemos llegado. Es hora de despertarse.

—Mierda —dijo él, y apartó la mano de ella—. ¿Ya?

Se incorporó y bajó de la litera en un solo movimiento, se pasó las manos por el pelo y se remetió el faldón de la camisa. Los demás se desplazaban como zombis, chocando unos con otros, maldiciendo por lo bajo. Los perros empezaron a gemir. Alguien estornudó.

—¿Dónde está Ronnie? —preguntó Marco, y su voz tenía un tono que ella no reconoció—. ¿Dónde está Pan? ¿Está aquí?

Durante los últimos dos días solo había podido hablar de la frontera, la frontera esto, la frontera aquello, y de cómo él podía meterse en el portaequipajes del Studebaker o encontrar un sitio donde ocultarse para pasar de un país al otro como si fuera de delante atrás en el autocar. Star había intentado convencerle de que no lo hiciera, porque si abrían el portaequipajes —¿por qué no iban a abrirlo?—, le pescarían con las manos en la masa, pero con treinta personas en el autobús, por no hablar de los dos perros y un gato, las posibilidades de que controlaran a todo el mundo eran escasas. Sobre todo en plena noche.

—No necesitas a Ronnie —le dijo—. Tú siéntate derecho y punto. Todo saldrá bien —le dijo, y luego lo repitió, como si las palabras tuvieran un efecto mágico.

—Muy bien —estaba diciendo Norm, con la voz en su volumen normal, entre un grito y un rugido—, escuchad todos. La frontera está a cinco kilómetros y vamos a pasarla sin problemas. Todo irá sobre ruedas, sin altercados ni rollos. ¿Sabéis quiénes somos? ¿Todos nosotros? Somos una banda de rock.

George el Raro soltó un gemido.

—Sí, sí, lo he dicho bien. Y tenemos bolos en Fairbanks y Anchorage y ¿dónde más? No lo sé, Sikta. La gente que tenga guitarras que las saque, y un poco de rasgueo o incluso algunos cantando estaría bien. ¿Me entendéis? ¿Captáis el rollo?

Eran las dos y media de la madrugada. Estaban en la frontera de Canadá. Nadie tenía ganas de cantar.

—Muy bien. Dejarme hablar a mí. Y vosotras, chatis, venid, vosotras, prodigios de Drop City, intentad parecer sexy, ¿vale? Sois el coro.

Aquello arrancó unas risas y ayudó a disipar algo la tensión. La gente empezó a charlar y el tío al que todos llamaban Deuce sacó su armónica y empezó a tocar un blues lento, y muy pronto se le unió Geoffrey con la guitarra y dos de las chicas de detrás del autobús, Erika y Dunphy, que cantaron libremente unas estrofas de «Love in Vain». Norm se llevó sus encorvados hombros a la parte delantera del autocar, donde Premstar estaba subida al asiento del conductor como un regalo que se hubiera olvidado de abrir. Marco le lanzó una mirada a Star y luego siguió a Norm.

—Norm —le dijo—, escúchame, Norm. Tengo que hablar contigo un momento.

Ella bajó de la litera, repentinamente asustada, y fue tras él.

Entonces la puerta del autocar se abrió con un jadeo y los tres —Norm, Marco y Star— bajaron al arcén con Ronnie y Mendocino Bill, con el Studebaker al ralenti tras sus faros en una cortina de gases del tubo de escape. El cielo escupía una lluvia ligera que hacía brillar el pavimento. Alguien había roto una botella allí y Star tenía que mirar bien dónde ponía los pies.

—Entonces, ¿qué quieres hacer? —le preguntó Norm—. ¿Pasarla andando? ¿Eso no llamaría la atención, no crees?

—Si me pescan voy a la cárcel.

—Tranquilo, tío, nadie te va a coger. Es Canadá, nada más. Un puñado de merluzos, ¿verdad, Pan? ¿Tengo razón? ¿Star?

Las luces del Studebaker proyectaban un fulgor lunar en la cara de Marco. Él agachó la cabeza como si la guardia montada estuviera ya sobre él, azotándole.

—¿Y el coche de Pan? ¿El portaequipajes?

Norm movió la cabeza muy despacio. Sus ojos saltaban tras las lentes de sus gafas rotas.

—Así nos colábamos en el autocine. Creo que una noche llevaba a dos tipos y a una chica dentro y luego no podía abrir el maletero —se rió—. Era una locura. Esa fue una noche loca, tíos.

—Yo no lo haría —dijo Ronnie—. Si abren el maletero, seré yo el que se enmierde, ¿eh? Es como hacer contrabando, ¿no?

Nadie dijo nada. Star cogió a Marco del brazo.

—Venga —le dijo—. Volvamos al autocar. Vamos a enfrentarnos a esto.

—Además, llevo toda la droga ahí detrás, la de todos. Dentro de la rueda de recambio. Y eso sería bien gordo. Quiero decir, si la encuentran.

El Lincoln de Lester aparcó allí al lado, y un momento después Dale Murray llegó con su moto. De pronto había un gran estruendo de motores. Y humos. Lester bajó la ventanilla.

—Y ahora, ¿qué? —dijo—. ¿Pasamos o qué?

—Joder, me estoy congelando —dijo Dale Murray. Estaba empapado, con el pelo como pintado a ambos lados de la cara—. Podríamos parar y acampar o algo, porque creo que me voy a morir de frío.

—Pasaremos por separado —dijo Norm—, porque no queremos montar todo un numerito de desfile hippy. Ronnie, tú vas primero. Luego tú, Lester. Y Dale, tú pasa cuando quieras, solo haz como si no nos conocieras. Ninguno conoce a los otros, ¿de acuerdo? Y cuando estemos al otro lado, veremos si podemos subir la moto al autobús de alguna manera. ¿Qué tal os suena? ¿Es un buen plan?

Star era la única que podía hablar y apenas se oyó a sí misma por encima del ruido de la moto.

—Sí —contestó—. Es un buen plan.

Ante ellos, la noche resplandecía de luz artificial, los camiones frenaban en medio de los fantasmas evanescentes de los coches y el Peace Arch de Vancouver refulgía como una nave espacial en un campo de trigo oscurecido. El coche de Ronnie adelantó al autocar, por el carril izquierdo, y todo el mundo pegaba la cara a la ventanilla. Las cabinas gris metálico brillaban con sus ventanas y unas figuras uniformadas se movían como patinadores por el pavimento mojado. Vieron centellear en rojo las luces traseras del Studebaker, envuelto en una mortaja de gases ardientes, y una figura surgió de la cabina más próxima. La lluvia se había acelerado y ahora azotaba con auténtica autoridad el techo del autobús y lanzaba púas de peltre contra el asfalto y los contornos difuminados de la carrocería de los coches. La silueta se asomó a la ventanilla de Ronnie (solo fueron quince segundos), luego se enderezó y le hizo un gesto para que siguiera. Star observó el Studebaker avanzar y desvanecerse en la noche.

Norm iba detrás de un camión y el camión se tomaba su tiempo. Nadie veía cuál era el motivo del retraso, porque la parte trasera del camión les bloqueaba la visión, pero las guitarras seguían tocando y media docena de personas cantaba canciones de los Beatles, como «Rocky Raccoon» y luego «Everybody's Got Something to Hide Except Me and My Monkey», una opción que habría hecho reír a Star, de no haber sido por Marco. Pobre Marco. Se acurrucaba contra la ventanilla en el asiento de al lado, hundido en el cuello levantado de su chaqueta vaquera. Tenía el pelo como oro bruñido, como hierba helada en un solar invernal. Los ojos no miraban.

—Hago esto por ti —le dijo él—. Espero que lo sepas.

Luego le tocó el turno al coche de Lester, que se detuvo en el espacio que Ronnie había dejado libre. La misma figura salió de la cabina, solo que ahora llevaba impermeable, sacó una linterna e iluminó la cara de Lester. Al momento siguiente, el camión empezó a avanzar, con las luces centelleando, y Norm se dirigió hacia la cabina en el mismo instante en que aquel hombre de la linterna le señalaba a Lester el carril más lejano —el carril reservado para búsquedas e incautaciones— y Lester,

Franklin y Sky Dog salieron del coche bajo la lluvia.

Pero antes de que nadie pudiera empezar a preocuparse por aquello, el autocar se detuvo, la puerta se plegó con un jadeo y un hombre con impermeable amarillo subió los escalones.

—Hola —gritó Norm—. ¡Vaya tiempecito tienen ahí fuera!

El hombre asintió y dijo algo en un tono bajo a Norm y Premstar. Desde donde estaba sentada, Star solo le veía como una mancha amarilla luminosa, como algo que crece en la tierra de un sótano. Tras ella, al fondo del autocar, había gente cantando «I Want to Hold Your Hand».

—Americano —dijo Norm.

Y luego Premstar, con su voz flotando hasta Star como una mota de caspa en una brisa estéril, bajó la barbilla y coreó:

—Americana.

El hombre del impermeable dijo algo más que Star no pudo captar.

—Solo estamos de paso —dijo Norm con voz cantarina—. Somos una banda de rock. Tenemos bolos importantes en Alaska, allí se mueren por vernos... No es que no queramos actuar para ustedes, canadienses, pero habrá que esperar a la próxima vez. Tenemos la agenda llena, ¿comprende?

Uno a uno, los de detrás dejaron de cantar, conscientes de que algo estaba pasando delante. Star se inclinó hacia delante. Marco se encogió en el asiento.

—¿Cómo que qué banda? —dijo Norm en tono sorprendido—. ¿De verdad no nos ha reconocido?

El hombre del impermeable negó con la cabeza. Ahora Star le veía la cara. Estaba sonriendo. Vio el centelleo de sus dientes en una cara tan colorada como si hubiera contenido el aliento durante todo aquel tiempo.

—Usted me ofende, hombre —dijo Norm, y lanzó una mirada por el pasillo, haciendo muecas—. Me rompe el corazón. A ver si lo adivina... —dijo—. ¿Sugar Magnolia? ¿Trucking? ¿Friend of the Devil? ¿No? Pero hombre, no puede ser... Venga, Premstar, díselo...

La diminuta brizna de su vocecilla:

—The Grateful Dead.

El hombre del impermeable amarillo seguía riéndose, y Norm también, como si fuera una especie de concurso:

—Ha oído hablar de nosotros, ¿verdad?

—Claro que sí —dijo el hombre, con la voz ahogada por el gorro amarillo impermeable—, claro que me suenan.

—Le firmaré un autógrafo encantado si quiere, no hay problema, hombre —dijo Norm, y le tendió la mano, que el otro estrechó.

Entonces el hombre dijo algo que a Star se le escapó, y Norm se volvió en el asiento y miró a todo el autobús.

—Muy bien, tíos, prestad atención a este caballero un minuto, porque solo quiere

preguntar a todo el mundo su nacionalidad, ¿de acuerdo? ¿De acuerdo, tíos?

Y el hombre del impermeable avanzó por el pasillo, colorado y sonriente, y Star vio que era mayor —pelo gris en las patillas—, mayor incluso que Norm. No quería problemas. No quería nada, salvo salir del autocar y volver a su cabina.

—¿Ciudadano americano? —preguntaba—. ¿Ciudadano americano?

Y todo el mundo decía que sí, y a veces, solo para variar, preguntaba:

—¿Dónde naciste?

Y la gente contestaba Buffalo, San Diego, Charleston, Staten Island, Kansas City, Hornell. Contemplaron su cara mientras se acercaba por el pasillo, y su espalda cuando se alejaba. Che y Sunshine seguían durmiendo. Los perros no levantaron la cabeza.

Hubo un estallido de risas nerviosas cuando bajó las escaleras del autocar, y la risa se convirtió en una tormenta irreprimible de carcajadas y gritos y silbidos y gemidos cuando la puerta se cerró y Norm arrancó el motor y se dirigió hacia las luces de Canadá. Solo Star miró hacia atrás. Lo último que vio Star fue a Lester, contra el Lincoln empapado de lluvia, mientras un hombre con impermeable amarillo le cacheaba.

Aunque lo forzaron a resistir veinticuatro horas al día, atravesando Canadá y luego por la infinita y rugiente pendiente de tierra que era la Alaska Highway, parando tan solo a repostar gasolina y a satisfacer las necesidades corporales de treinta y un claustrofóbicos de labios fruncidos, el autocar se comportó. Según los cálculos de Marco, se estropeó tres veces, una a la salida de Prince George, la segunda en la cresta de Muncho Pass, y luego en medio de ninguna parte. Pero Mendocino Bill y Tom Krishna supieron arreglarlo y no se demoraron más de un par de horas. La gente jugaba a las cartas, leía, se repantigaba o tocaba la guitarra. Hacían el amor bajo las mantas, pasaban vasos de café, Coca-Cola e infusiones de mano en mano y de fila en fila. Se colocaban, despertaban y volvían a dormir. Norm no durmió apenas, acurrucado en uno de los asientos como si lo hubieran deshuesado mientras Marco o Alfredo le sustituían al volante, avanzando por un paisaje que hacía daño a los ojos por su vacuidad. Incluso Pan tomó el relevo varias veces, pasándole la Studebaker a Star y llevando el autocar durante las últimas horas de la noche, cuando nadie lograba mantener los ojos abiertos. No había guardias montados, ni controles de velocidad, ni polis de ninguna clase. El paisaje desnudaba sus garras. Lo único que querían todos era llegar, nada más.

Vanderhoof, Smithers, Cranberry Junction, Johnson's Crossing, Whitehorse, Marsh Lake, Destruction Bay, Burwash Landing, muchos puntos en un mapa, hola y adiós. Vieron una enorme plataforma petrolífera replegada en sí misma en Wonowon, un alce muerto yacente en la tierra, y al lado, un cachorro del tamaño de un caballo encabritado y loco de dolor. Había un incendio en las orillas del río Donjek, llamas pelando las copas de los árboles y cabalgando en el cielo de la noche, y ni un solo ser humano a la vista. Hicieron una parada en Haines Junction para repostar y se dejaron a Jiminy sin darse cuenta, y luego hubo que volver casi ciento cincuenta kilómetros para encontrarlo de pie bajo la lluvia junto a la gasolinera, haciendo autostop y con una expresión de incapacidad cósmica manando de sus ojos. Por la ventanilla, los ríos huían en franjas grises, el Takini, el Goodpaster, el Tetsa, el Sikanni Chief, el Prophet, el Rabbit y el Blue.

Cuando llegaron a Alaska, intactos, pese a lo improbable que parecía al empezar el viaje, con el autobús aún marchando sobre sus diez ruedas y el Studebaker y el Escarabajo coleando detrás, todos cantando, alimentados de bocadillos y esperanza, aparcaron a un lado de la carretera y se sentaron en círculo cogidos de las manos, mientras Tom Krishna y Reba dirigían su cántico. Esto ocurrió en una ciudad llamada Northway Junction, a sesenta y tres kilómetros de la frontera, y los aduaneros, con sus camisas de franela, tomaban café en tazas de plástico y saludaban a todos los que pasaban, buenos días y bienvenidos a Estados Unidos de América. Los niños de Reba hicieron guirnaldas de flores con hilo y cortezas y Alfredo dibujó un gran mandala en el suelo de tierra con un palo torcido, repasando y volviendo sobre el dibujo una y

otra vez, como un zahorí que buscara una fuente, hasta que acabó por aparecer, oscuro sobre el fondo pálido del suelo del bosque. Encendieron velas y varillas de incienso e hicieron circular una de las grandes pipas de cerámica de Harmony.

El aire estaba cargado de efluvios de vegetación húmeda de lluvia, de bayas pletóricas y de un sol que se embebía de la humedad para devolverla, día tras día. Era un olor que devolvió a Marco a su niñez en la Costa Este, y se dio cuenta de que ya no estaba en el Oeste, ya no estaba en California ni Oregón, sino en el mismo entorno en el que había crecido, pues el cambiante bosque boreal del noreste se prolongaba hasta allí, donde el globo se reducía al acercarse al polo. Recordó haber leído *Walden*, o *La vida en los bosques*, de Thoreau, en el instituto y haberse maravillado del hecho de que hacía solo un siglo hubiera caribúes en Maine, allí entre los abetos y árboles de madera más recia, y ahora él estaba en un lugar donde aún quedaban caribúes, donde la cadena aún no se había roto. Impresionado por aquella idea, erró cien metros camino arriba, casi esperando ver una manada de ellos por encima del hombro, pero solo vio el polvo del camino levantándose hacia los árboles y recubriendo las ruedas con un centímetro de espesor. Con el ruido de un camión que jadeaba por el esfuerzo de la subida, Marco volvió deambulando y ocupó su lugar en el círculo que formaban sus colegas.

No llevaba allí más de un minuto o dos, y había aceptado la pipa de manos de Maya, le había dado la calada de rigor y la había pasado, cuando Star emergió del claro cargada de flores silvestres, ruborizada y sonriente; él la contempló bailar alrededor del grupo, repartiendo flores, y luego ella se sentó junto a él, con un ramillete de florecillas color lavanda tras cada oreja. ¿Cuál era aquella canción que le hacía rechinar los dientes cada vez que la oía y que hablaba de ir a San Francisco y llevar flores en el pelo? El estúpido letrista que había escrito aquello tendría que haber visto a Star en aquel momento... Habría aprendido algo sobre llevar flores en el pelo...

Star llevaba un vestido bordado de aire antiguo, blanco y azul, que destacaba el color de sus ojos, y la tela se tensaba sobre sus rodillas y la larga y suave curva de sus muslos cuando se sentaba. Marco la rodeó con un brazo para atraerla hacia sí, y en aquel preciso instante, oyeron un batir de alas por encima de sus cabezas y un pájaro inmenso y rápido, tal vez un ganso emperador o quizá un águila, se lanzó volando bajo por entre los árboles y desapareció tan deprisa que nadie podía estar seguro de haberlo visto. Y tal vez nadie había llegado a verlo, porque casi todos tenían los ojos cerrados. Marco soltó una exclamación.

—¿Has visto eso? —preguntó.

Ella se volvió hacia él como si fuera a besarle, rozándole la cara con su pelo suave.

—¡Sí! —respondió—. ¿No es increíble? ¿Qué era... un halcón?

—No lo sé, pero es un buen augurio, ¿no crees?

Tom Krishna empezó a dirigir un nuevo cántico. Todos se tomaron de la mano y

Star se apartó un momento para tender la mano al que se sentaba a su izquierda —era George el Raro, con huesos de pollo atados al pelo y un par de dientes de ajo al cuello para ahuyentar a los vampiros— y luego volvió a acercarse a Marco y entrelazó sus dedos a los de él.

—Soy muy feliz —le dijo—. Nunca hubiera pensado que pudiera ser tan feliz, ¡no podía ni imaginarlo! ¿Tú te sientes feliz? ¿No te morirías de felicidad?

Él le dijo que sí. Y era verdad.

En Fairbanks, Norm aparcó el autocar frente a un restaurante y salieron todos, absolutamente todos, la familia completa, incluyendo a los perros, mientras las cabras balaban en su desvencijado corral y Che y Sunshine corrían por la acera como misiles teledirigidos. Nadie había visto nada igual por allí. Los perros se detuvieron en seco en medio de la calle. Los habitantes salían de las tiendas, la barbería, el ayuntamiento, para verlos de cerca. Y Drop City al completo, expuesta con sus mejores galas, entró en el restaurante por turnos, y agotó las reservas de batidos, helados, queso frito, hamburguesas, ensalada de atún, lechuga, merengue de limón y sopa del día, todo tres veces más caro que en California porque cada bocado tenía que ser transportado desde el paralelo 48. Marco contó su parte y pagó también por Star, pero se encogió en su chaqueta vaquera y se subió el cuello como para perderse en su interior. Aún no había visto un salmón. Ni un oso. Ni siquiera un conejo.

—No te preocupes por el dinero —le dijo Star, metiéndose las brillantes hebras de su pelo detrás de las orejas.

No se lo había lavado desde hacía una semana. Nadie se había lavado, solo se mojaban un poco cuando podían bajo el grifo de una parada de camiones o una gasolinera, y Norm se había negado a pararse para un lavado o un baño común o lo que fuera, aunque habían pasado miles de relucientes arroyos, ríos y lagos de agua tan clara que parecían una prolongación del aire. Seguir la marcha las veinticuatro horas del día, ese era el lema de Norm.

—No estoy preocupado —contestó Marco, pero sí lo estaba.

Star se inclinó por encima de la mesa y le cogió las muñecas.

—Estamos en América, y eso es lo maravilloso. Podemos conseguir cupones de comida, cobrar el paro, tenemos asistencia social, como en cualquier otro sitio.

Tras ella, fuera, en la calle, donde el sol rastrillaba sus frentes inclinadas y se enroscaba en su pelo y remarcaba los ángulos de sus pómulos y narices, tres mujeres de mediana edad y complexión fornida, con vestidos estampados de flores, les miraban a través de los cristales como si estuvieran en el zoo. Si hubiera estado de un humor más alegre, Marco las habría saludado agitando la mano o tal vez hubiera sacado la lengua por un extremo de la boca y se hubiera rascado las axilas como un mono. Pero tal como estaba, solo bajó los ojos.

—Además —dijo ella, bajando la voz—, yo tengo algunos pavos guardados. Para

una emergencia. Y tú eres claramente una emergencia, ¿sabes?

Él no supo qué contestar a aquello. Se sentía irritado, impaciente, cansado de todo aquel circo, harto. ¿Dónde estaban los árboles que talar y los troncos que pelar, dónde estaba el río, dónde estaban las vistas de postal, el pescado, la caza, la naturaleza en estado bruto que pedía a gritos ser domesticada y disfrutada? ¿Dónde estaba el placer? ¿Acaso no entraba en el plan? Él estaba hecho polvo. Deprimido. Le dolía la garganta. En el bolsillo llevaba dieciséis dólares y ochenta y siete centavos, y cuando se acabaran, tendría que esperar a que llegaran los cupones de comida y asistencia y todo lo que la generosa y Gran Sociedad quisiera donarle como subsidio, y ¿cómo podrían llegarles siquiera los cheques a la tundra? ¿Habría reparto de correos en Yukon? ¿Paquetes postales? ¿Palomas mensajeras?

—No estoy preocupado —repitió.

Al otro lado de la estancia, demasiado excitado como para sentarse, Norman iba haciendo la ronda de las mesas de formica, comiendo un plato de macarrones con extra de queso y ensalada Waldorf, con los ojos hundidos de cansancio, animando a todos a comer, a acabar, a movilizarse.

—Doscientos cincuenta kilómetros más —comentó con voz ronca, demasiado agotado como para gritar—. Cinco centímetros en el mapa. Solo nos queda eso, tíos, ya estamos en casa. ¿Lo oléis? ¿Oléis el río?

Nadie olía nada. Las mandíbulas trabajaban, las sonrisas brillaban. Era un momento festivo, presidido por un cocinero traumatizado y una aturdida camarera con falda plisada y blusa con figuras de rodeo bordadas en el cuello. ¿Y qué si Fairbanks era exactamente como cualquier kilómetro cuadrado de cualquier ciudad industrial de América, como Detroit o Albany o Akron, como los mismos pueblos de donde todos intentaban escapar? Allí estaban. Estaban en Alaska. El final del viaje se acercaba.

Norm le pasó su plato a la camarera y la gente empezó a moverse con desgana de la barra, las mesas, los saturados lavabos al fondo.

—Drop City Norte, tíos —decía, extendiendo los brazos para dirigirse a todo el local, incluyendo a una mujer india de edad indefinida inmovilizada tras un libro de tapas blandas en el rincón más alejado y a dos clientes locales de orejas rubicundas, que se inclinaban sobre sus tazas de café y miraban fijamente a la pared de detrás de la barra, como si allí estuvieran escritos secretos del universo en letras infinitesimales—. ¡La tierra del sol de medianoche!

Desde donde estaba sentado, Marco se sentía lejos de toda la escena. Allí estaba Norm, el gurú a su pesar, agitando los brazos a modo de exhortación, el pálido y flácido Norm, que nunca había querido dirigir a nadie, al límite de sus fuerzas, en un grasiento restaurante, en una ciudad perdida desde la cual «ninguna parte» parecía un destino mejor. Marco sintió vergüenza ajena, vergüenza por Norm y por todos, y porque el fulgor optimista que le había iluminado en Norther Junction se había convertido en cenizas. Aquello era una locura, pensaba, un asunto quijotesco. Si

duraban un mes sería un milagro.

En la calle compartió un cigarrillo con Star, mientras todos los demás pululaban como si hubieran venido a eso, a acucillarse al sol sobre las aceras sucias de aquella ciudad fronteriza y horizontal, que lograba parecer pre y postindustrial al mismo tiempo, con viejas cabañas de troncos que daban paso a las prefabricadas cabañas Quonset, con sus tejados semicilíndricos, y a otras oxidadas construcciones prefabricadas con ladrillos deteriorados que se abrían camino entre los apartamentos como soldados heridos. Pan y Lydia se habían sentado en el capó del Studebaker, con los mismos cuarenta principales que podían escucharse en Tuscaloosa o Sioux City gimiendo en la radio en finas vetas reconocibles, mientras Verbie y su hermana discutían en un siseante susurro. Todos seguían entrando y saliendo de los lavabos de detrás del restaurante, o volvían a buscar palillos de dientes, pastillas de menta, chicles —cualquier cosa para demorar la vuelta al autocar—, hasta que Norm cogió a Premstar de la mano y subió los gastados escalones y todo el mundo empezó a seguirle. Norm hizo un cómputo rápido, el motor arrancó con un sobresalto y el autocar se alejó del bordillo en una nube de humo negro.

Recorrieron traqueteando las inhóspitas calles del centro, atravesaron el río Chena y salieron a la Steese Highway, saturados de comida exageradamente cara, de grasas, de azúcar y ácido fosfórico deslizándose por sus venas como una muerte lenta. Los cigarrillos circulaban de mano en mano, un porro de vez en cuando, una bota de vino. Maya y Merry tiraban besos y hacían el signo de la paz a los indios y borrachos de ojos vidriosos que parecían ser los únicos habitantes del lugar, y pronto el pavimento cedió paso a los baches, los baches a la tierra y entonces se encontraron de nuevo en el campo, con el mundo convirtiéndose en verde a su alrededor y el último trecho de camino lamiendo las ruedas como un suave mar pardusco.

Al volante, Norm volvía a la vida. Era sorprendente. En un momento estaba muerto y enterrado y al siguiente no podía parar de asentir con la cabeza y de charlar. Marco se preguntó cómo era posible y qué cantidad de farmacopea rejuvenecedora había transportado en sus alijos particulares: ¿gramos, kilos, toneladas? Norm tamborileaba sobre el volante, hacía rotar los hombros, pateaba el suelo con los pies. Ahora era un guía turístico, se inclinaba hacia el parabrisas y coreaba los nombres de cada arroyo y canal que pasaban, explayándose para todo el que pudiera oírle sobre la historia, geología y botánica del sub-Yukon y la sabiduría y tradiciones de los cazadores de pieles y buscadores de oro, o tal vez lo inventaba.

—¿Veis eso? —dijo señalando una extensión de arbustos descoloridos, salpicados de las oscuras agujas de los abetos, inclinados y diseminados como si les hubiera pasado por encima una excavadora.

Marco estaba paladeando el vino que tenía en la garganta. Le pasó la bota a Star y apretó la cara contra la ventanilla. Frente a ellos, Premstar, con su lacio pelo sucio, tenía un asiento para ella sola. Llevaba pantalones cortos y tenía los pies sobre el asiento de vinilo, de modo que se le veía la entrepierna, mientras hacía entrechocar

las rodillas rítmicamente, mostrando sus tobillos desnudos, festoneados y blancos. Estaba hojeando una revista con una mujer radiante en la portada. Era como si Norm hablara solo.

—¿Habéis visto cómo se inclinan los árboles sobre el paisaje, veis aquellos de allí, como espadas cruzadas? Lo llaman el bosque ebrio, como si los árboles estuvieran pasadísimo y no pudieran mantenerse en pie. —Se dio la vuelta, hablando por la comisura de la boca—. ¿Me escuchas, Marco?

Star contestó por él.

—Te estamos escuchando —le dijo—. No tenemos otra cosa que hacer.

—¿Premstar?

Premstar ni siquiera levantó los ojos de la revista.

Norm se volvió hacia la carretera y dirigió sus palabras al parabrisas mientras el motor ronroneaba y el autocar surcaba los baches.

—Es el permagel. A unos sesenta centímetros de profundidad, el suelo es duro como la roca, helado desde las glaciaciones, antes de las glaciaciones, en la época de los mamuts y todo eso. Y de los tigres de dientes de sable. Los malignos lobos. ¿Te acuerdas de aquellos mamuts, Prem, lo difíciles que eran? Premstar. Te estoy hablando. Te he preguntado si te acuerdas de lo jodido que era montar aquellos mamuts.

Su voz se filtró por detrás de la revista, apenas un susurro:

—Sí, Norm. Muy jodido.

—¿Y qué pasa cuando los árboles no pueden prolongar sus raíces a más de cincuenta centímetros bajo tierra o así y entonces llega el viento y los empuja? No creáis que les pasa nada malo, en absoluto. Están vivos y creciendo. Es solo que nunca crecerán derechos. O no mucho.

Permagel. El bosque ebrio. Allí había algo, cierta revelación que confería concreción a la historia, que hacía que aquellas colinas achaparradas y bosques en miniatura parecieran exóticos, y de hecho lo eran, pensó Marco, porque, a pesar de las apariencias, aquello era Alaska. Él había empezado a albergar sus dudas. ¿Dónde estaban los glaciares, las cascadas, las montañas cubiertas de nieve y los bosques libres? Allí no. Aquello se parecía más a Ohio, a Michigan o a Wisconsin, o a otros cientos de lugares. Amusgó los ojos buscando águilas o lobos, pero allí solo había maleza y más maleza.

Norm disertaba sobre otra cosa ahora, su mente iba pelando capas de recuerdos, una a una. La primera vez que había visitado aquel lugar, esperaba ver un lobo debajo de cada arbusto, salmones saltando de los árboles, polvo de oro en los granos del café. Pero Marco no le escuchaba. No se encontraba bien. Todos los ocupantes del autocar se habían ido pasando el mismo constipado durante una semana, como parte de los azares de la vida comunitaria, sobre todo encerrados de aquel modo, y ahora lo había atrapado él. Le dolía la cabeza. Le goteaba la nariz. Y el vino le rascaba al fondo de la garganta y caía pesadamente sobre su estómago: había sido un error y lo

sabía antes de pasarle la bota a Star y de que ella se la pasara a Premstar y Premstar diera un delicado sorbo de su blanca garganta y se lo pasara a Mendocino Bill. El autobús se tambaleó, se enderezó, volvió a oscilar y Marco miró la mano de Star entrelazada a la suya como si no supiera lo que significaba. Al cabo de un momento atravesaba el pasillo hacia el váter.

Aunque el sol estaba muy alto en el cielo y no podían ser más de las siete, la mayoría de gente estaba dormida, Reba con la cabeza hacia atrás y roncando, Jiminy y Merry arrebujados bajo una de las descoloridas mantas navajo que antes colgaban en el cuarto del fondo de Drop City, en una época que ahora parecía tan distante que Marco apenas podía recordarla. Mendocino Bill y Deuce jugaban al ajedrez en un tablero imantado, los perros se acurrucaban bajo los asientos y Che y Sunshine, con los mocos brillándoles sobre el labio superior, miraban aturridos al pasillo como si fuera una película de la tele, en la que Marco, repentinamente fatal del estómago, era la estrella. El autobús volvió a oscilar y Marco chocó contra uno de los asientos, atravesó el rincón de la cocina y se encontró en la parte trasera, golpeando la puerta del improvisado retrete. El olor no contribuyó a mejorar las cosas. Todo el autobús apestaba a cuerpos sin lavar y pies pestilentes, pese a los esfuerzos de la tribu en frotarse las axilas con polvos de talco y jabón y aclararse el pelo en los mugrientos servicios de las paradas de camiones, pero el hedor del retrete químico era otra historia: allí era donde evacuaban, hermanos y hermanas, las gachas de la carretera. Marco se forzó a entrar y echó el pestillo.

Estaba sudando, con el pelo pegado a la frente bajo la cinta roja que no se había quitado desde que habían salido de California. Estaba oscuro y cerrado, y la única luz era una parpadeante abertura de peep-show a través de una rejilla de la puerta. Marco necesitaba vomitar, porque si vomitaba se sentiría mejor —o esa era la idea, en cualquier caso—, de modo que se agachó sobre el asiento de acero inoxidable y hundió dos dedos apretados en la garganta. Dio una arcada, pero no salió nada. El contenido de la cubeta se balanceaba e irradiaba un hedor infecto. Se apoyó contra la resonante pared de metal e iba a intentarlo otra vez, con los dos dedos húmedos en los labios, cuando el suelo se desvió repentinamente de él y luego volvió para lanzarle de cabeza contra la puerta. Luego nada se movió y todo el mundo pareció gritar al mismo tiempo.

No se había roto la nariz, o por lo menos, le parecía que no, pero la sangre había oscurecido su camiseta y había arruinado por completo el chaleco de brocado oro y negro que Star le había escogido en una tienda de Ukiah, y aquello era una lástima (una putada) porque había pasado a formar parte de su identidad, su sello personal, la pieza de ropa que anunciaba al mundo lo que él era y lo que pretendía hacer. Era hippy, la propia esencia del hip, y ahora se había fastidiado. Pero no importaba, se dijo. Dentro de seis meses llevaría una piel de caribú, de lobo, oso, armiño, ¿y cómo

era un armiño, por cierto? Una especie de comadreja, ¿no?

La sangre se le había secado en el bigote y en las comisuras de la boca. Marco se quedó allí sentado al borde de la carretera, frotándose alternativamente las costras y aplastando mosquitos mientras el resto de la tribu deambulaba observando cómo Mendocino Bill y Tom Krishna intentaban separar el neumático rasgado del eje, y claro, tenía que ser una rueda interior, ¿qué otra cosa se podía esperar? La verdad, en aquel punto, a Marco no le importaba si tenía la nariz rota o no, no le importaba la sangre ni el dolor sordo y latiente que sentía en el sinus, y tampoco podía recordar qué había estado haciendo en la caja de acero del váter, pero estaba tan frustrado como todos los demás y se habría echado a llorar. Según los cálculos de Norm, solo estaban a cinco o seis kilómetros de Boynton, casi podrían haber llegado a pie, y una vez más tenían que retrasarse, un último impedimento que impedía que se levantaran las tiendas y cayeran los árboles. Poder dormir en el suelo, para variar, era lo que todos estaban pidiendo. Llegar allí. Sentarse alrededor de un fuego al aire libre y ser una familia y no un circo ambulante.

Star había estado sentada con él, y como los mosquitos llegaban rápidos y furiosos, había subido al autocar a ponerse unos pantalones largos y una chaqueta, y él le había pedido que sacara una botella de repelente antimosquitos de su mochila para que dejaran de torturarlo. Era una región húmeda, cenagosa, el sol deshela sesenta centímetros del suelo en verano, pero el agua quedaba ahí, ya que no podía penetrar la capa helada de debajo. Y aquella era la situación ideal para el *culex pipiens* y sus serpenteantes larvas acuáticas. Aquellas criaturas infestaban las noches de verano en el Connecticut de su niñez. También había pasado temporadas con insectos en el sur, en Florida y Louisiana, pero aquellos mosquitos —su primera introducción a la naturaleza de Alaska no parecía augurar nada bueno— eran otra historia. Iba abofeteándose los brazos y la nuca, y cuando estornudaba, expulsaba de la nariz una nube de insectos fragmentados y hechos pedazos. La nariz le vibraba como una campana recién agitada y él iba bebiendo de la bota de Spañada para compensar —Alfredo había comprado una caja de botellas de dos litros y medio a buen precio en algún sitio por el camino—, y con cada sorbo se decía que debía mantener la calma, ser paciente, fluir con el ritmo natural de las cosas. Por lo menos ya no sentía náuseas, eso ya era algo positivo.

Observó a Star saliendo del autobús con Merry, Maya y Jiminy en fila, los cuatro con aire conspirativo. Star se había puesto unos pantalones acampanados de pana rojos y su camisa vaquera con los signos del zodiaco bordados en los brazos y los hombros; el arquero Sagitario tensaba su arco allí detrás como para protegerla de todo mal. Los cuatro cruzaron la calle hacia él, con las caras radiantes y triunfantes bajo la alta inclinación del sol, y Marco vio, por la forma en que Star cerraba la mano, que llevaba algo más que repelente antiinsectos. Observó cómo sus labios se separaban una y otra vez, cómo sus sandalias compactaban el polvo del camino. Sus rasgos eran regulares, sus ojos luminosos. Le dedicó una sonrisa tan serena que parecía una

madonna renacentista. O tal vez simplemente estaba colocada. Tal vez fuera eso.

—Dejadme adivinar —dijo él—. Nadie resiste más, ¿verdad?

Se dejaron caer en la maleza junto a él, el olor familiar a marihuana prendido del pelo y la ropa. Hubo un rumor de vegetación, de flores silvestres aplastadas, desplazadas (lupinos, epilobios, una especie de amapolas) y las rodillas de Jiminy crujendo mientras él se dejaba caer e insertaba media docena de bastoncillos de incienso en la blanda tierra.

—Exacto —dijo, inclinándose a encender una a una, con un mechero, las afiladas extremidades de los bastoncillos—, y vamos a proteger este santuario que te envuelve también a ti, amigo, contra los mosquitos. Huid, fastidiosos insectos. Y una vez lejos, sed felices y comed perdices.

—Algunos están pensando en ir andando —dijo Maya—, solo para ver cómo es la ciudad. Es que estamos muy cerca... Pero Norm no está de acuerdo. Cree que no sería buen rollo.

Los demás, en la carretera, lanzaban frisbees y gritaban mientras los perros irrigaban los arbustos y Norm hablaba con voz ronca, gesticulaba y se tiraba de la barba, y Pan (finas hebras de pelo de su nuca justo por debajo de la línea de vegetación que se aferraba a la otra orilla) lanzaba un anzuelo a la oscura superficie del río que se deslizaba junto a la carretera como el forro de una chaqueta. No había tráfico. Podrían haber estado en un llano junto al Serengeti o en la estepa de Kirghiz.

—Yo iría en un momento —dijo Marco.

—Y yo —repuso Jiminy sin mucha convicción.

El humo había empezado a elevarse de las varillas de incienso y el aire, puro y claro, arrastraba la carga de desechos quemados.

—Solo para ver qué aspecto tiene, ¿me entiendes? —insistió Marco. No podía evitarlo—. Me lo he imaginado tanto que ahora sé que me decepcionará. O tal vez no. Tal vez tenga una sorpresa agradable. Eso pasa a veces, ¿no? ¿No tenéis una sorpresa agradable una de cada cien veces?

—Nada es como te lo imaginas —dijo Star—. La mente crea su propia realidad, ¿cómo podría lo real adaptarse a eso? Es como una película comparada con los dibujos animados.

Estaba a su lado, y en la palma llevaba una píldora venosa y manchada, parecida a las tabletas de color con que se pintan los huevos de Pascua.

—O un libro —intervino Maya—. Un libro comparado a una película.

—No sé, yo haría caso a Norm —terció Merry, apoyándose en los caballetes gemelos de sus codos y estirando las piernas hacia la carretera como si se estuviera hundiendo en una mecedora.

Tenía las pupilas dilatadas hasta el tamaño de un gato. Llevaba un poncho sobre los vaqueros y un sombrero de rodeo de ala blanda, y los pies desnudos, sucios y llenos de picaduras de mosquito. Marco vio que se había pintado cada uña del pie de un color distinto, y aunque él no estaba pasado —por lo menos, aún no—, pensó que

nunca había visto nada tan bonito. ¿Por qué no se pintaban las uñas así todas las mujeres? Y todos los hombres, ya para el caso.

—Porque, ¿qué prisa hay? —continuó Merry—. ¿No podemos disfrutar de este cielo, las flores, el río? Miradlo, simplemente mirad alrededor.

Marco lo tomó como una orden y miró el soleado túnel de la carretera, donde estaban el Studebaker y el Escarabajo, aparcados junto al bordillo. Pero no estaba Dale Murray con su moto, ¿dónde se metía cuando le necesitaban? Habría sido fácil ir y volver a Boynton con la moto, ver el río, acercarse a él, aspirar la brisa, ¡aleluya! Boynton o nada. Pero Dale Murray había vuelto atrás al día siguiente de cruzar la frontera de Canadá para ver qué había sido de Lester, Franklin y Sky Dog, y no había vuelto a aparecer. Marco no tenía ninguna opinión clara sobre la cuestión porque, en el fondo, apenas conocía a aquel chico y tampoco hubiera puesto la mano en el fuego por la gente que frecuentaba. Pero Dale Murray tenía dos piernas, dos brazos y un par de manos y ellos iban a necesitar todos los pares de manos posibles para construir aquello juntos. Pasaría mucho tiempo antes de que los fugitivos o los hippies de fin de semana fueran a su encuentro y engrosaran sus filas, eso estaba claro.

Oyeron cierto ruido en dirección del autocar, una agitada discusión entre Mendocino Bill y Norm sobre la viabilidad de la rueda de recambio.

—Yo no tengo ninguna duda —decía Norm—, ninguna. Adelante, ponla.

Fue entonces cuando Star le puso la píldora en la mano. Marco la aceptó, tal como le habían condicionado a hacer: si alguien te daba drogas, las tomabas, sin hacer preguntas, e incluso se llevó la mano a la boca y simuló que se la tragaba. El olor a madera quemada le subió a la nariz. El sol le puso una mano de apoyo en la nuca. Nadie le estaba mirando, tenían los ojos fijos en la carretera, en el autocar, en Norm, en el neumático negro que yacía como un cadáver en el suelo de tierra. Todavía no estaban allí, pensaba él, y él no iba a celebrar nada hasta que no llegaran. Deslizó la píldora en el bolsillo manchado de sangre de su arruinado chaleco.

Star soltó una risita en respuesta a algo que Jiminy había dicho y todos se echaron a reír, incluso él, incluso Marco, aunque no tenía ni idea de por qué se reía o de si reírse era lo adecuado a la situación. No importaba. El humo se elevaba de las varillas de incienso, el frisbee flotaba en el aire como un ladrillo en una pared y ellos estaban echados a un lado de la carretera riéndose, solo riéndose, y uno habría pensado que las cabañas ya estaban construidas, la leña cortada para la estufa, el oro lavado en la batea, las pieles puestas a secar y las provisiones almacenadas en la despensa, porque allí nadie albergaba una sola preocupación. Merry le pasó un porro a Star y ella lo retuvo en sus labios hasta que la punta refulgió roja y entonces se lo pasó a Marco, que lo apretó entre los dedos y se lo llevó un momento a los labios, aspirando el filtro dulce del humo como había hecho miles de veces antes. Todo pareció ralentizarse, como si la tierra se hubiera inmovilizado en su eje y el fragmento de cielo que se extendía sobre sus cabezas fuese todo lo que necesitarían por siempre jamás. Y entonces, con el rabillo del ojo, el movimiento más perezoso y lento del mundo: los

perros emergían de la franja de sombra azulada tras el autocar y se erguían con una delicada flexión-extensión de las patas traseras. Ambos miraban intensamente a la carretera y Freak, con el pelo erizado, emitió un ladrido ronco e interrogador.

Había aparecido un perro por la curva más lejana, o no, era un lobo, con las patas descarnadas que parecían irse hacia el exterior de su cuerpo, como si se las hubieran puesto al revés, un lobo trotando por una carretera de Alaska. Marco se puso en pie.

—Mirad —dijo—, mirad, es un...

Se detuvo. Dos figuras se acercaban por la curva, un hombre y una mujer avanzando rápidamente y sin esfuerzo bajo el peso de sus mochilas, y aquel no era un lobo, o por lo menos no era un lobo salvaje. El frisbee recorrió su arco de vuelta, la gente se levantó.

—Norm —empezaron a llamarle muchos—. Norm.

El hombre era alto, musculoso y esbelto. Llevaba una camisa de franela descolorida por el sol y con las mangas enrolladas, y unos vaqueros tan gastados en las rodillas y deshilachados que hacían que la ropa de Marco pareciese como nueva. Llevaba el espeso cabello corto y de punta. Andaba como si andar fuera un acontecimiento competitivo, con el firme juego de sus piernas y la pisada de sus botas apoderándose de la carretera ante él, la silueta de un hombre avanzando contra la brillante salpicadura del día. Marco no habría sabido clasificarle, decir si era un vagabundo, un empleado de gasolinera o el propio judío errante en persona. La mujer tendría unos veintipico, el pelo rubio sujeto en una cola de caballo como una animadora deportiva y sus pantalones cortos dejaban al descubierto los armoniosos músculos de sus pantorrillas y las líneas netas de sus nalgas y muslos. Ponía la mano a modo de visera para protegerse los ojos, como si no acabara de decidir si el autocar era real o no. Una bola peluda y amarillenta se lanzó desde el otro lado de la carretera: patas juntas, músculos en tensión: eran Freak y Frodo precipitándose sobre la pareja, pero el hombre no alteró su paso, ni el perro, que solo bajó el morro y siguió a su amo. Por un momento, los perros de pelaje ocre les rodearon a cierta distancia, levantando polvo, luego el círculo se cerró y el hombre y la mujer se quedaron aprisionados entre ellos en la carretera desierta.

Tom Krishna había estado absorto en el eje, el gran neumático estriado y la terca rueda que en aquel instante rodó hasta juntarse con la rueda de recambio. Levantó los ojos en el silencio y vio a los caminantes con sus abultadas mochilas y los perros rodeándoles y levantando polvo.

—Eh —dijo, poniéndose en pie—, ¿qué pasa, hermano?

Y tendió una mano grasienta en espera de un sincero apretón de manos de colegas que no se produjo.

El hombre los miró con una sonrisa divertida, los miró a todos mientras el sol lanzaba destellos en las gafas de Norm, Marco seguía inmóvil a un lado de la carretera y Merry y Maya intercambiaban risitas.

—Vosotros no sois... —empezó a decir el hombre, pero se detuvo. Tenía un matiz

de incredulidad en el tono—. No sois hippies, ¿o sí?

Norm se adelantó, cuadrado con su mono, con los anillos brillándole en los dedos y la campanilla tintineándole en el cuello. Desde encima del autocar, llegó el solitario balido de desencanto de las cabras: querían bajar, querían pastar hasta llegar a Boynton. Norm vociferó su nombre: «¡Norm Sender!». Y estrechó la mano del hombre de modo convencional antes de volverse a la mujer y mostrarle el oro que llevaba entre sus dientes cariaados.

—Somos Drop City, eso es lo que somos, defensores de la paz, el amor y la conciencia elevada. Hemos venido desde California a reclamar la propiedad de mi tío Roy, Roy Sender, junto al dulce, generoso y transparente Thirtymile. Y estamos todos encantados de conocerles.

El hombre se rascó el cogote y su mirada saltó de un rostro a otro.

—Que me aspen —dijo—. Ya veo que sois hippies.

Las chicas soltaron risitas. Los perros danzaban.

—Es verdad —dijo Mendocino Bill—, y estamos orgullosos de serlo.

Y entonces el hombre de la gastada camisa de franela pareció pensar en otra cosa, una nueva preocupación que le desarmó completamente, y Marco le observó cambiar el peso de un pie a otro en el suelo pardusco pálido de la carretera. Observó cómo se le fruncía el ceño y se desvanecía su sonrisa. Su mirada revoloteó y por fin volvió a enfocar a Norm:

—¿Has dicho Roy Sender?

Eso era lo que había dicho, «Roy Sender», «la propiedad de Roy Sender», y Sess intentó controlar sus músculos faciales, pero su cuerpo le traicionó. Dio un paso atrás para distanciarse un poco, se pasó una mano por el pelo. Aquello era una locura, una pura locura, una página arrancada de un semanario —«La nación Woodstock», «Sexo, drogas y rock and roll» o algo similar—, arrancada y encarnada en tres dimensiones de carne y hueso, metros de carne porque aquellas mujeres hippies sentadas en el arcén eran como la fantasía invernal de cualquier peludo, y dos de ellas, la rubita y la morena con sombrero vaquero y las piernas estiradas hacia la carretera podrían haber ilustrado las páginas de otro tipo de revista. Sess estaba pensando en *Playboy*, en *Dude*, en *The Thirtymile...* (¿había dicho Thirtymile?), cuando aquel personaje alto y grasiento de los dientes de oro —el sobrino— le asaltó a preguntas: ¿quiénes eran ellos?, ¿hacia dónde se dirigían?, ¿habían estado alguna vez en Boynton?, ¿sabían si ya había salmones?, ¿y cómo estaba la temporada de bayas?, ¿crecían bien allí las bayas?

Sess le dirigió una mirada a Pamela. Ella se había puesto rígida como una antropóloga neófita ante la tribu equivocada, cazadores de cabezas cuando ella había salido en busca de tejedores de cestas, y no les ofrecía nada, ni siquiera una media sonrisa. Y Lucius, Lucius tampoco, se apretaba contra las piernas de Sess mientras los dos perros color ocre rascaban la tierra del suelo y le apuntaban con sus hocicos. Ahora empezaba a bajar más gente del autocar, toda una extravagante procesión de Halloween con colores incompatibles, campanillas, collares, cintas en el pelo, pantalones tan anchos y largos que ocultaban los pies y pelo largo como un río, de modo que no se podía distinguir a los hombres de... Ah, no, claro que se podía, a menos que uno fuera ciego, porque aquellas chicas parecían haber arrojado sus sostenes a la misma hoguera...

Sess volvió a estrechar la mano del sobrino por segunda vez, pero esta vez por propia iniciativa, y es que obviamente estaba un poco borracho, después de todo el día bebiendo y condenadamente pletórico tras haber sumergido el coche de Joe Bosky, así que esbozó una sonrisa y se presentó:

—Sess Harder —se oyó decir, y aquello era un desmadre, un auténtico desmadre—. Y esta es mi mujer, Pamela. Y mi nuevo perro, Lucius.

Y aunque hasta aquel momento apenas había contestado con un gruñido o un asentimiento a las preguntas que le lanzaban, de pronto se sintió expansivo y les contó que los salmones estaban en plena temporada y que las bayas maduraban, o que él había estado con Roy Sender el día en que había dejado la región. De hecho, le había ayudado a trasladarse.

—¿De verdad? ¡No joda! ¿En serio conoce a mi tío?

Sess no le dijo que Roy Sender había sido un padre para él, que no tenía ningún otro en este planeta, ni que Roy Sender le había enseñado todo lo que sabía o que

Roy Sender no era ningún hippy ni podría serlo, porque era un individualista y procuraba hacer las cosas a su manera, por muy escasas que fueran las expectativas, ni que era la clase de hombre que preferiría morirse de asco antes que aceptar ninguna ayuda del gobierno. No les habló de la felicidad de vivir junto al Thirtymile, ni de la claridad del aire, del silencio intemporal, como suspendido, de los cuarenta grados bajo cero, ni de la nieve extendida como la mano de un estrangulador sobre la garganta del río. Solo dijo:

—Sí.

Y Pamela, que hasta entonces se había callado, preguntó:

—¿Washo Unified? ¿Sois una especie de grupo escolar o qué?

Una mujer había bajado del autocar, morena, con trenzas, un rostro afilado y decidido, ojos que te atrapaban y escupían un momento después. Tendría treinta años, treinta por lo menos, llevaba una camisa vaquera descolorida y una especie de perneras improvisadas que no eran exactamente pantalones, ni tampoco una falda. Iba descalza. Y con los pies sucios.

—Somos una familia —dijo acercándose a Pamela y dándole las dos manos—. Solo una familia, nada más.

Pamela —y aquello hizo sonreír a Sess porque pensó que era dulce y buena, que no había ni un ápice de malicia en su cuerpo— cogió las manos de la mujer en las suyas y las retuvo hasta que la etiqueta le dictó que debía soltarlas.

—¿Ven aquel hombre de allí? —dijo la mujer, y todos se volvieron hacia un hombre moreno de piel, flaco y sin camisa, con una grasienta barba de patriarca, sentado a la orilla del río, haciendo saltar piedras—. Es mi marido. Y allí. —Señaló un par de niños semidesnudos que iban y venían por la orilla del río, seguidos de dos nubes de mosquitos—. Esos son mis hijos. Y esos otros, todos los demás, son mis hermanos y hermanas.

El sobrino apenas podía mantenerse quieto, moviendo la cabeza adelante y atrás y ejecutando una especie de danza con sus pies enfundados en sandalias.

—Oigan —dijo—, no sé hacia dónde van, ni si piensan acampar esta noche o algo así, pero un amigo del tío Roy es amigo mío, así que son bienvenidos, más que bienvenidos, a ir con nosotros a la ciudad, y déjenme ampliar esa invitación a la primera celebración anual de los peregrinos y viajeros de Drop City Norte, que tendrá lugar a la orilla del poderoso Yukon esta misma noche, con el sol brillando y los pájaros cantando y la alegre música hip elevándose hasta las cimas de los árboles.

Pamela dijo que no podía ser.

—Tenemos otras cosas que hacer —repuso—. Y el trayecto a pie no es nada, de verdad, máximo tres kilómetros.

Fue entonces cuando uno de los hippies, un tipo con cinta en el pelo que parecía tener sangre en la camisa, le pasó a Sess un odre de vino y Sess echó la cabeza hacia atrás y dio un largo trago antes de pasárselo a Pamela. Ella se quedó mirándole. Todos los hippies sonreían. El sobrino tenía la misma expresión que si le hubieran

bañado en crema, las flores silvestres se balanceaban sobre sus tallos, el río cantaba. El coche de Joe Bosky ya era solo un resto flotante (¿o un vestigio?). A Pamela le brillaban los labios de vino dulce.

—Claro —dijo Sess—. Claro, iremos con vosotros.

El Three Pup presentaba su paisaje humano habitual: Skid Denton murmurando poesía en francés en un vaso de cristal, Lynette apoyada en la barra con los brazos cerrados bajo los pechos y ninguna llave a la vista, Richie Oliver y su premio de consolación bebiendo hasta entrar en otra dimensión y masticando cacahuets entre dientes tan despacio como si fuera un rumiante. Iron Steve se inclinaba sobre la mesa de billar con un hombre corpulento, de barbilla afilada, que debía de ser un turista porque Sess no lo reconoció, y Tim Yule, con la punta de la nariz aún brillante con un pegote de mocos recientes y el clavel de papel que había llevado a la boda aún prendido del ojal, entre los dos, agarrado a su palo de billar como si estuviera atornillado al suelo. El local olía como siempre, como una vieja bota rellena de buey picado, cebollas fritas y cenizas de la estufa, todo recalentado al sol hasta la putrefacción durante un par de días. La máquina de discos vomitaba a borbotones su habitual zumbido de autocompasión apalachiana y los mosquitos habituales batallaban en el aire.

Sess pasó por la puerta como un huracán, ruidoso y pletórico, con Pamela de una mano y la bota de vino en la otra, sintiéndose denso y más ligero que el aire al mismo tiempo. ¿Qué le importaba que el alto y grasiento sobrino fuera tras sus talones con todos los otros? Al fin y al cabo, eran seres humanos, como los demás. Tal vez algo más sucios. Más perezosos. Fumaban drogas y follaban como perros. Pero el mundo estaba cambiando, los hombres llevaban el pelo como las mujeres, las mujeres llevaban pantalones como los hombres y las tetas colgando, y ¿quién iba a pelearse por eso? Despierta, Boynton, pensaba, despierta y únete al mundo moderno. En realidad, Sess no podía pensar con claridad, pero Pamela no iba a protestar. Una cerveza, solo una y esa noche se quedarían en la cabaña de Boynton y a primera hora de la mañana irían río arriba y dejarían que Wetzler Setzler y el resto de veteranos de la ciudad se rascaran la cabeza ante la llegada de un autocar de hippies que no distinguían un alce de un caribú. O una liebre de una ardilla, por ejemplo.

Tammy Wynette dejó paso a Roger Miller en la máquina de discos («King of the Road», una canción que Sess odiaba tan definitiva e intensamente que cada vez que la ponían —y la ponían sin cesar—, sentía ganas de golpear las cosas) y en la breve cesura sibilante entre disco y disco, todos los que estaban allí, incluso Tim Yule, se volvieron hacia la puerta. Entonces entró el sobrino, con voz atronadora, y detrás el de la camisa manchada de sangre y la rubita y luego un monstruo descolorido con un peto grasiento y todo un desfile de grititos y lentejuelas que llenó la sala antes de que Roger Miller pudiera pasar de una estúpida estrofa a la otra.

—¡Una ronda para todos! —tronó el sobrino, poniendo un billete en la barra—. ¡La primera ronda por Roy Sender, el legendario Roy Sender! ¿Alguien de aquí conoce a Roy Sender?

Nadie dijo una palabra. Nadie se movió. Todos se concentraron en Roger Miller como si estuvieran en el Carnegie Hall escuchando a Oistrach. Tim Yule se aclaró la garganta.

—¿Esos chicos son amigos tuyos, Sess?

Como toda respuesta, Sess atravesó la estancia hasta la máquina de discos y le dio una patada que mandó la aguja al otro lado del disco con un largo y prolongado siseo de electricidad estática. Luego sacó un cuarto de dólar, lo introdujo en la ranura y apretó B-9, «Mystic Eyes», tres veces. Lynette, que lo había visto todo, o al menos así lo creía, empezó a abrir cervezas y a alinearlas en la barra, y cuando Van Morrison entró con su armónica y su voz oscura, todos estaban hablando a la vez.

Era una canción corta, no más de dos minutos, pero la segunda vez que sonaba, un par de hippies habían empezado a balancear los hombros y arrastrar los pies; la tercera vez ya estaban bailando, proyectando los codos hacia fuera y dejando que los brazos se arquearan sobre sus cabezas. El sobrino se había apoderado de una chica rubia y delgada con zapatos de plataforma que parecía la gemela americana de Twiggy, y una chica bajita, como de un metro cincuenta, a la que le faltaba un diente y que llevaba una camiseta teñida a manchas agarró a Iron Steve de la mano y empezó a bailar con él. Sess metió otra moneda de cuarto y le dio otras tres veces a la misma canción. Skid Denton soltó un gemido, Richie Oliver se llevó un dedo a la sien y disparó un gatillo imaginario, y empezaron a afluir más hippies, que luego salieron y se diseminaron por el aparcamiento. Alguien puso los altavoces en el autocar y todo un centelleante grupo de extravagantes guitarras hippies se elevó sobre las marismas. Allí nadie había visto nada igual desde la última visita extraterrestre y Sess era demasiado joven como para recordar aquel otro acontecimiento.

—¡Sess! —gritó Skid Denton por encima del rugido general, ondeando un vaso de licor como quien propone un brindis—. ¿De dónde has sacado a esos monstruos, del circo de los hermanos Ringling?

—¡Y de Barnum and Bailey! —contestó Sess también a gritos.

Metió el brazo entre un personaje sin barbilla, con una barba tan escasa que apenas existía y una chica o una mujer (tendría la edad de Pamela, por lo menos) de anchos hombros que exhibía por completo los pechos bajo una especie de malla.

—Perdón —dijo intentando alcanzar su segunda cerveza.

Pero la mujer también fue a por ella, y llegó antes. Cogió el cuello de la botella entre el pulgar y el índice antes de llevársela a los labios para dar un largo y calculado sorbo y luego se la pasó a él.

—Hola —le dijo, y él vio sus pestañas cubiertas de máscara. Definitivamente, era una chica urbana, ¿qué estaba haciendo en el Three Pup?—. Soy Lydia —dijo ella—. ¿Tú eres el amigo de Norm, verdad?

¿Norm? ¿Quién demonios era Norm? Sess se limitó a sonreír y el tipo de la barba inexistente sonrió y ella también sonrió.

—Sí —se oyó decir a sí mismo—. Eso es.

A ella se le iluminó la cara.

—Pues quería darte las gracias en nombre de todos, porque nosotros no sabíamos que nuestro viaje acabaría aquí, quiero decir, no sabíamos si acabaría siendo estilo *Easy Rider* o *Joe* o algo así.

—Trepidante, todo parecía trepidante —dijo el tío, que en realidad era casi un niño, de veinte o veintiún años, con una cabeza demasiado grande, hombros demasiado estrechos y los ojos como un vasto delta de venas rotas.

Deslizó su muñeca en la de Sess e intentó una especie de secreto apretón de manos hippy, pero la botella de cerveza se interpuso en su camino, así que se inclinó hacia atrás e hizo el signo de la victoria con dos dedos.

—Paz, tío —dijo.

E inició un monólogo explicando que siempre había querido cazar un alce y desollarlo, y un oso, y tener una alfombra de oso en el suelo y tal vez pescar un rey salmón y hacérselo disecar a un taxidermista («Para ponerlo sobre la chimenea, ¿me entiendes?»). ¿Y acaso tenía idea Sess de dónde estaban los alces en aquella época del año, en las colinas, el río o qué?

El estruendo del bajo era realmente como una fricción: el suelo se movía hacia un lado y Sess iba en el otro, aunque estaba perfectamente apoyado en sus dos piernas e inmóvil. Echó un vistazo a la mesa, allí lejos, donde Pamela, sentada con la mujer de las trenzas, blandía su cerveza y peroraba sobre algún tema, luego la mujer pareció estar de acuerdo (en aquel fragor, solo percibía los gestos mudos) y Pamela reemprendió su charla. Los hippies se habían apoderado de la máquina de discos y seguían metiendo monedas de cuarto y la única canción que ponían, que era la canción de la noche, el himno, era «Mystic Eyes». Era una broma. Hilarante. Quince veces, veinte, veinticinco. Bailaban y aporreaban y bebían cervezas, copas de peppermint, aguardientes y todo lo que les caía en mano. Todo era ruido y movimiento y la mezcla de remolinos de color de las camisas y chaquetas de los bailarines y de las acampanadas perneras de sus pantalones propulsados por el viento. «We went walkin' / Down by / The old graveyard / I looked at you...».

Sess iba a contestarle al chico, iba a decirle que aquella era la temporada del pescado y no de la caza, que el alce medio se mantenía bastante más arriba de las cabañas situadas junto al río y que tal vez sería un poco demasiado para un hippy de California sin barbilla, de brazos sin músculos y ojos inyectados en sangre, y que primero tendría que aprender a arremangarse, mover el culo y curtirse, pero no tuvo ocasión, porque Lynette se convirtió en factor decisivo. Salió de detrás de la barra como una sombra rápida y alargada y desenchufó la máquina de discos. La música se apagó. Todo el mundo se quedó inmóvil.

—¡Todos fuera! —gritó Lynette en un salvaje y extraño falsete que sonó casi

como si quisiera cantar la canción, pero una octava o dos más alto—. ¡Todos! ¡Venga! ¡Si os creéis que voy escuchar esa mierda de rock and roll una vez más es que estáis majaras! ¡Y ahora fuera! ¡Todos! ¡El local está cerrado!

Desde fuera, en el solar invadido de mosquitos, llegó el sonido de las guitarras hippies, ahora más obvias a causa del silencio de la máquina de discos. Era una música lúgubre y contemplativa, en que cada nota parecía surgir de una grieta, exponerse desde todos los ángulos antes de que pudiera surgir la siguiente y la siguiente. Sess se quedó inmóvil en medio de la multitud. Luego pensó en dirigirse a la puerta y en la promesa extirpada y triste de la música. Dio el último trago de su cerveza. Sintió la presencia de Pamela a su lado. Después se encontraron al aire libre, en el dulce aroma ribereño, donde el olor del río se recargaba con el agua del deshielo, y los hippies bailaban como astronautas en la luna, con un ritmo drogado y testudíneo. Lucius estaba también allí, olisqueando la forma cóncava de su mano, y entonces Sess se dio cuenta de que no le había dado nada de comer desde que lo habían recogido. Aquello era pura negligencia.

—Vamos, Sess —dijo Pamela, tirando de él hacia la esquina del porche donde habían dejado sus mochilas llenas de caramelos, pepinillos en vinagre, queso rallado y el resto de paparruchas de las que no parecían capaces de prescindir—. Es hora de irnos. Mañana tenemos un largo día por delante. Hay que trabajar en el jardín, ¿recuerdas? Todos aquellos troncos por pelar. El salmón...

En aquel momento, los ojos de Sess se cruzaron con los de la mujer que había puesto los labios en su cerveza —Lydia— y ella le dedicó una larga, lenta y apreciativa mirada con sus ojos, del mismo tono malva de las lupinas que crecían junto a la carretera, mientras una fina franja de sol atrapaba su rostro, y él pensó que quien la hubiera engendrado, fuera quien fuese el que escogía los genes del sombrero parental, no había escatimado nada. Pero entonces la morenita del sombrero de cowboy cogió a Lydia del brazo, y esta volvió la espalda a Sess para entregarse a una de esas danzas ceremoniales indias, la danza de la serpiente, y Sess sintió como si alguien le derramara aceite hirviendo sobre la bragueta.

—Hola, Sess. ¿Te acuerdas de mí? ¡Soy tu mujer!

Él parpadeó dos veces, sonrió.

—¿Disfrutando de la escena?

—Seguro que no invierten dinero en ropa interior, ¿eh?

Ella le deslizó un brazo por la cintura. Las notas se quebraban y estallaban como burbujas, burbujas de aluminio, de peltre, duras burbujas metálicas construyendo una máquina en la tierra de los hippies y estallando por los altavoces hippies que crecían en la parte posterior del autocar hippy. ¿Qué era aquello? ¿Cómo lo llamaban? Alucinante. Era alucinante. Skid Denton salió por la puerta con una chica de rostro dulce a cada lado, hablando francés a todo meter.

—No —replicó Pamela, apoyándose en él: se sentía bien, no sentía celos ni por asomo y la noche era joven, aún joven—. No, no creo.

Y entonces le tocó el turno a Iron Steve, con los hombros encorvados y la cabeza baja, como para inhalar mejor a aquella chica sin diente.

—Ah, sí —estaba diciendo—. Sí, empieza a hacer frío, joder...

Sess descubrió que tenía otra cerveza en la mano mientras ayudaba a Pamela a ponerse los tirantes de la mochila.

El sobrino era el agente de la cerveza, con sus gafas rotas y pegadas con esparadrapo, los dientes de oro y dos botellas más cogidas entre los dedos. Le tendió a Pamela una de ellas, guardó la otra para sí y dio un sorbo largo hasta que la espuma se extendió por su barba.

—¿Sabes una cosa? —dijo, apartándose la botella y esbozando una amplia sonrisa—. Comparto tus gustos musicales.

Sess le devolvió la sonrisa, luego se arrodilló para que Pamela le ayudase a él con la mochila.

—Sí, pero tenéis que perdonar a Lynette. Es nueva por aquí. Es de Seattle. Supongo que se ha mosqueado.

—Ha sido superdivertido —dijo el sobrino, hurgándose en la barba como si hubiera perdido algo allí—. ¿Cuántas veces la hemos puesto, cincuenta? Pero oye, yo iba en serio con lo de la invitación, las chicas cocinarán algo en una hora, te lo garantizo, y mira, ha sido un largo camino y nosotros necesitamos celebrarlo, hacer una fiesta de la hostia. No será un banquete, sopa de lentejas, arroz y verduras. Y vino. Un buen vino tinto. —Le dio otro trago a su cerveza y miró los árboles, que el sol iluminaba por detrás.

—¿Acampáis esta noche?

El sobrino se encogió de hombros. No llevaba nada bajo los tirantes del peto, solo su piel peluda y acribillada por los mosquitos.

—Sí, ¿por qué no?

—Pero la propiedad de Roy...

Se detuvo. ¿Cómo podía explicarle las complicaciones, la cabaña sin ningún mantenimiento y en la que solo cabrían cinco o seis como máximo, el carácter traidor del Yukon, el cieno que te arruinaba la ropa y te arrastraba en un pestañeo si no ibas con cuidado, la falta de las más básicas comodidades? ¿Qué pensaba comer toda aquella gente? ¿Dónde iban a comprar sus pintalabios de color rosa y sus maquillajes y sus jarras de vino dulce y sus drogas para animarse o calmarse, y su hierba y todo lo demás? ¿Y acaso quería él tener vecinos, treinta o más en su río al alcance de un grito de sus trampas para cazar?

—Está muy lejos —intervino Pamela—. Por lo menos tres horas en canoa.

El sobrino se levantó la barba y luego la dejó caer. Al llevarse la cerveza a los labios, la mano parecía una gran mariposa blanda y aleteante.

—Sí, ya estoy informado —dijo—. Conozco el sitio, aunque hará ya unos cuantos años... ¡Hostia! ¿Veinte? Sí, tío, veinte años, ¿no es increíble?

Empezó a reírse solo, y sus pálidos hombros se agitaban tras una capa de grasa y

el tirante derecho del peto cayó y dejó a la vista un tatuaje tricolor, un personaje de dibujos animados, ¿cuál era? Un personaje de Disney. Un cervato de patas cruzadas con ojos desproporcionadamente grandes. La imagen devolvió a Sess a su niñez, vio a su madre con un vestido rosa y a su hermana con el puño hundido en una caja de palomitas con mantequilla: Bambi. ¡Aquel tipo se había tatuado a Bambi en el hombro! Sess nunca había visto nada igual. Había visto anclas, dagas, calaveras, corazones atravesados por flechas y sangre goteante, y la versión barata en azul monocolor con nombres de esposas, queridas y ex amantes, incluso un águila con un pescado en sus garras, pero ¿Bambi?

—No he nacido ayer —estaba diciendo el sobrino—, y puedo decirte que sé un poco de qué va lo de la tundra porque, cuando era pequeño, pasé aquí tres veranos y gran parte de dos inviernos con mi tío, aunque eso no significa que no tenga mucho que aprender, ¿eh, tío? Porque así es. Pero llevo tres canoas en lo alto de ese autocar. —Sess volvió la cabeza para contemplar la gran caja amarilla sobre ruedas y se descubrió mirando las cabezas huesudas con ojos almendrados de un par de cabras que podrían haber sido modelos de dibujos animados—. Y, además, hice un trato con ese piloto de la tundra, Joe Bosky, ¿lo conoces?, para que hiciera tres viajes con la gente y las provisiones río arriba, incluyendo las herramientas y los utensilios básicos porque esta gente, todos mis hermanos y hermanas necesitan... tienen que aprender, ¿comprendes? Quiero decir, se creen que todo será miel sobre hojuelas, pero yo sé lo que es esto...

El sobrino continuó su discurso durante un rato, y Sess y Pamela siguieron allí plantados como en una sala de conferencias, solo que matando mosquitos a troche y moche y bebiendo cerveza mientras aquella música quebrada y tintineante les llovía encima. Luego, la flaca rubia con los labios pintados de rosa se acercó y rodeó los hombros del sobrino con sus brazos y se quedó así, como si él fuera una boya en un oscuro remolino de aguas turbulentas.

—Por eso, lo que estaba pensando —dijo el sobrino en un tono que parecía de despedida solemne—, era aparcar en algún sitio junto al río y acampar esta noche y tal vez los dos días siguientes...

«Aparcar ¿dónde?», iba a preguntar Sess, porque no había ni un metro cuadrado a lo largo del río que no fuera propiedad privada. No se podía comprar, pedir ni robar un solar en Boynton desde que los Federales habían lanzado su proyecto de restituir las tierras a los indios, y si ponías el pie fuera de la población, te encontrabas en propiedad del gobierno, y Wetzel Setzler, el señor local del Servicio Forestal, podía ser muy maniático con esas cosas. Además, un autocar lleno de melenudos de paisano no despertaría muchas simpatías en los propietarios, y encima relacionados con Joe Bosky, el peor truhán de los alrededores del río, otro factor en contra de ellos... Desde cualquier ángulo que se mirase, el asunto no pintaba nada bien.

El sobrino bebió más cerveza y le sonrió. Llevaba un halo de insectos alrededor de la corona de espinas que era su pelo grasiento y sin cortar y parecía tan

desamparado como si acabara de salir del huevo.

—¿Qué me dices, hermano? —quiso saber—. ¿Vienes con nosotros?

Sess miró a Pamela. Ella le estaba mirando como diciendo «Pasemos por el refugio y cojamos la canoa», y tenía razón: tenían que ir río arriba, tenían que cortar y secar salmón si querían tener pescado en invierno, tenían que ocuparse de las verduras, acarrear leña, construir la nueva habitación y ponerle una estufa, y mesitas, sin olvidar las mesitas. Sin embargo, se dijo Sess, aquel tipo que tenía allí plantado, con sus sandalias y aquella barba digna de un profeta bíblico, era sangre de la sangre de Roy Sender, y aquello significaba algo, aunque solo fuera por Roy. Sin pensarlo dos veces, y con su voz lubricada por toda aquella cerveza y el vino dulce de los hippies, que seguía su propio curso en sus venas y parecía bullirle en los oídos, Sess se oyó decir:

—¿Por qué no acampáis en mi refugio?

QUINTA PARTE

DROP CITY NORTE

*Eh, Bungalow Bill,
¿qué has matado?*

JOHN LENNON, PAUL MCCARTNEY,
«The Continuing Story of Bungalow Bill»

Jiminy cojeaba por ahí con el brazo en un sucio cabestrillo y el aire de alguien a quien le ha caído un árbol encima. Pero no le había caído ningún árbol y el cabestrillo estaba compuesto de dos trozos de tela de algodón que podían ser las mangas de un polo del instituto porque ¿quién necesitaba mangas cuando el sol brillaba veinticuatro horas al día? ¿Se lo había roto? No. ¿Estaba seguro? Sí, tío, sí, sí. Si me lo hubiera roto, lo notaría. Entonces, ¿cuál era el problema? Un esguince, tío, un esguince y punto.

No era que Pan le acusara de escaquearse, justo cuando todo individuo capaz en el vecindario estaba talando seis mil árboles al día, con Alfredo ladrando órdenes por todas partes como el típico gilipollas ayudante del director que todos habían tenido que soportar en el instituto, y Norm, el tranquilo Norm, entrando en erupción cada treinta y siete segundos. Si Jiminy se había hecho un esguince en el hombro o el brazo o el codo o lo que fuera y exhibía una magulladura púrpura que parecía una marca de nacimiento sobresaliendo bajo sus harapientos vaqueros cortados, era comprensible. Sobre todo porque Ronnie había sido testigo del accidente.

Todo el mundo había acabado la cena (arroz integral con guisantes de lata y algún que otro trozo muy graso del salmón del Thirtymile, y que Dios bendijera la salsa picante Spiracha en bote económico). Un grupo se divertía con el bote de aluminio que el tío de Norm había dejado cuando levantó el campo para irse a Seattle. (Y aquello era extraño e incomprensible: lo había dejado todo, desde sus botas y sus calzoncillos de viejo manchados de orina a su colección de pornografía a sus rifles Winchester del calibre 30-30 y su revólver Smith & Wesson en su gastado estuche negro, que colgaba de un clavo en la pared, aunque Norm juraba que era un viejo con cáncer de próstata y no tenía intención de volver. Nunca. Incluso había dejado la cocina económica lista para usarla, con leña, papel, cerillas a mano. ¿Por qué? ¿Por qué iba a dejar todos sus objetos de valor tras de sí, incluyendo los dos cuchillos de caza, junto a los cuales los que Marco había comprado en Sears Roebuck parecían las navajas que usan los boy scouts para sacar punta al lápiz? Así se hacía allí en Alaska, había dicho Norm: «Dejas la cabaña preparada para el siguiente hombre que venga, no tanto por una cuestión de cortesía como por supervivencia. Además, ¿para qué iba a necesitar un cuchillo de caza en una residencia de ancianos?». Muy bien, tío, tú ganas).

Jiminy quería ir en barco. Merry también. Mendocino Bill, aquel saco relleno de puré caliente que era, se sentó en la popa y arrancó el motor, y Verbie, Angela y Maya se apretujaron en el asiento de en medio, mientras George el Raro se instalaba en la proa.

—Hay sitio para uno más —anunció Bill, aspirando la fina nube azul del motor.

Todos habían trabajado y acarreado todo el día, derribando árboles y cortando las ramas, pateando y tambaleándose por la maleza en un bombardeo aéreo de mosquitos

y con el sudor de su frente y ahora habían pasado los cigarrillos, los porros y los últimos litros del pegajoso vino tinto, y las jarras de dos litros y medio color verde claro ya estaban llenas de la cerveza casera que había hecho Tom Krishna y que parecía aceite de motor y tampoco sabía mucho mejor. Los perros ladraban, las cabras balaban, la gente se sentaba en los tocones con guitarras, libros y cuentas de collar azul eléctrico que atrapaban y fragmentaban la luz al manipularlos en una danza de dedos iluminados por el sol.

Merry dijo:

—Mierda, Jiminy, yo he llegado primero.

Y Jiminy:

—No, tú vas detrás, me toca a mí.

Y la situación se envenenó a partir de ese momento.

Por su parte, a Pan no le importaba mucho quién iba a dar un paseo en barco y quién no. Se sentía bien, mejor que bien, colocado con una ración del hachís rubio libanés que le había vendido a Alfredo triplicando el precio que había pagado él y con el vino produciendo su resbaladiza magia sobre el colchón de puré de sus tripas. Estaba moreno como un macarrón. Tenía los músculos duros de remar, cortar, levantar peso, de acarrear las redes llenas de salmón fuera de la corriente y lanzar el anzuelo plateado de diez centímetros con la sutileza de alambre en las profundas ensenadas cercanas a la orilla en busca de lucios, lucios *great northern*. Apenas daba crédito. Lucios *great northern*. Había pescado doce o trece en sus ratos libres, sin ningún esfuerzo, como en aquellos artículos de *Campo y ríos* o *Vida al aire libre* que solía leer de pequeño. ¿Qué importaba que fueran noventa por ciento espinas? Las chicas hacían sopa de pescado, estofado de pescado, gachas de pescado y lucio *à la meunière*. Y para los carnívoros —un grupo que crecía día a día—, había traído patos, gansos, perdices blancas, incluso dos escurridizas y negras ratas almizcleras que nadie quiso comer excepto Norm y él, con una carne oscura y grasienta y un regusto sutil a insectos muertos y ramas podridas. En cuanto al barco, él tenía prioridad siempre que quisiera. «Pan va primero, tiene prioridad total», había dicho Alfredo en una de las sempiternas reuniones que últimamente tenían cada dos días, porque a él le habían nombrado cazador y pescador, mientras que Marco, Bill, Norm y los otros se habían hecho arquitectos e ingenieros estructurales a tiempo completo, al menos en aquella temporada.

—Concédeme al menos eso. —La voz de Merry se elevó y parecía a punto de llorar, y el pesar ahogaba su dicción y difuminaba sus consonantes como un constipado—. Es lo único que pido y tú eres un estúpido egoísta, ¿lo sabías? ¿Eh, Jiminy? Eso es lo que eres. No te importo nada. Solo te importas tú.

Ronnie estaba sentado en la orilla, en medio de un montón de frágiles flores silvestres y la arena de grano grueso, que retenía el calor del sol y se lo devolvía a sus costados y a las curtidas plantas de sus pies. Se sentía muy tranquilo, sentía la paz de colocarse tras un día de duro trabajo al aire libre y doble plato de picadillo de salmón,

y observaba a Jiminy danzando en torno a Merry como si él fuera Zeus observándolo todo desde el Olimpo. El barco oscilaba en el agua. La corriente chapaleteaba. Los dos maniobraban para posicionarse en el tronco abandonado que el campamento utilizaba como mirador general y amarre para la canoa. La voz de Mendocino Bill se elevó por encima de los ruidos de succión y expiración del motor.

—Venga, ya, hostia, parecéis dos niños de seis años, los dos...

Entonces Jiminy la empujó y ella le devolvió el empujón y de pronto él agitó los brazos con cara de susto e incomodidad, perdió pie y aterrizó torpemente en el fondo del barco, tirando a todo el mundo al Thirtymile. Las chicas salieron fuera del agua como rebotadas —porque el agua estaba mucho más fría de lo que podría nunca imaginar un californiano— y Mendocino Bill se ahogaba y escupía, y salió maldiciendo con la barba mojada y el pelo mostrando una calva arriba mientras George el Raro agitaba el agua como una batidora humana y luchaba por liberarse de las resbalosas y arremolinantes piedras del lecho del río. Merry se agachó para evitar las salpicaduras, aferrándose al tronco con los dedos de los pies como un mono, luego se dio media vuelta, dio un delicado saltito a tierra y se alejó entre la maleza. No pidió disculpas a nadie.

Jiminy salió del agua arrastrando el brazo, y tras el impacto inicial, tuvo que buscar a Reba para que se lo atara y le dijera que probablemente se lo había roto. Y aquello era una prueba, porque Reba no distinguía el húmero del fémur, pero ella era la autoridad médica de Drop City por el hecho de haber abandonado la facultad de Enfermería en el primer curso y porque utilizaba términos como «espéculo» y «depresor lingual» para epatar a los mejores de entre ellos. Siempre sacaba su maletín médico de cuero negro cuando alguien se le acercaba con algún problema físico, un kit que Pan se había aventurado a inspeccionar un día en que ella daba un paseo por el río, con la esperanza de encontrar algo interesante que ella no echara en falta, como morfina, ¿por qué no? O Demerol. Pero solo contenía lo básico: una aguja e hilo para las suturas, mercromina, gasa y el práctico termómetro rectal. Así que Jiminy no se estaba escaqueando, en absoluto. De hecho, a nadie le hubiera sorprendido que tuviera el brazo roto por dieciocho sitios después de que Reba acabara con él.

En realidad, a Ronnie le preocupaba más el motor fueraborda, si arrancarían con las bujías saturadas y agua en el circuito de alimentación... ¿Qué debía hacer si no arrancaba? Jiminy se curaría, pero aquel fueraborda Johnson era la clave de la existencia de Drop City, la mula mecánica que acarrea en sus lomos cualquier cosa río arriba. Sin embargo, no se levantó de la arena hasta que el barco estuvo amarrado y todo el mundo había arremetido contra los responsables tanto como exigían las circunstancias. Y cuando al fin se levantó, no fue para lamentarse sobre un atajo de cables mojados y un estérter incapaz de producir más que una tos enervante, mientras Bill le aburría hasta el tedio con sus reminiscencias de otros motores que él había conocido y amado y Tom Krishna citaba un pasaje apropiado del *Bhagavad Gita*. No, cuando acabó por levantarse, fue para salir corriendo detrás de Merry, con la idea de

calmarla y tal vez de insinuarse un poco, porque Star estaba fuera de su alcance, en su propio viaje con Marco (vivían en una tienda abovedada, aparte, en la ladera, más arriba de la cabaña inacabada que iba a ser la nueva sala de reuniones de Drop City, y Lydia estaba en Boynton con otros dos, durmiendo en el autocar y cuidando de las cosas que quedaban allí, y aparte de ellas no quedaba mucho donde elegir. Maya, que no era ninguna belleza, se había hinchado con la dieta consistente en puré y tenía una especie de acné devorándole la cara (piel de agua de fregar, era el término clínico, como si hubiera fregado las cazuelas y sartenes con la cara), Premstar era propiedad de Norm, al menos de momento, y Verbie y su hermana quedaban estrictamente para emergencias, al menos por lo que a Pan se refería. ¿Cómo era aquella canción? «Make an Ugly Woman Your Wife?». No, no. Ni hablar. Aquello no encajaba con su forma de ver las cosas.

(En cuanto a las otras chicas supervivientes de Drop City —Louise, Dunphy, Erika y Rain—, no eran de su tipo en ningún sentido ni formato, formaban parte del club de los mantras-antes-de-las-comidas, piernas peludas, olor corporal acre, secretas como ladronas a menos que se planteara el tema de la liberación de la mujer, y entonces nada las detenía, como a Verbie. Además, todas estaban cogidas, y la única pasable del grupo, Erika, vivía en una tienda con dos tíos, George el Raro y Geoffrey, y los tres follaban en combinaciones que Pan habría encontrado fascinantes en abstracto, pero que no contarán con él para ponerlas en práctica).

Encontró a Merry detrás de la cabaña original, la que había construido el tío de Norm con un hacha, una sierra de través y sus dos nudosas manos. Estaba sentada en el suelo de tierra, con las piernas estiradas y el pelo formando una cortina alrededor de su cara. Su furia se había apagado. No se había perdido nada, nadie se había hecho daño salvo Jiminy, y él se lo había buscado. Los troncos pelados de la sala de reuniones brillaban amarillentos al sol, las cabras balaban y tiraban de sus correas. Pan se sentó a su lado y le rodeó los hombros con un brazo.

—Eh —murmuró.

Un finísimo vello le brillaba en las espinillas. Olía a humo de leña, a puré, al río.

—Jiminy puede ser muy gilipollas a veces —dijo.

Él hubiera querido apoyarla: «Sí, es un gilipollas, más vale que te quedes conmigo», pero se contuvo. La atrajo más hacia sí y le acarició el pelo.

—Venga —le dijo—. No es para tanto. Todo el mundo está un poco nervioso, eso es todo. Cuando tengamos el edificio construido, cuando las cosas empiecen a funcionar, y podamos descansar...

Estaba diciendo estupideces y lo sabía, pero eso era lo que pedían las circunstancias. ¿Qué iba a hacer, usar la lógica?

Merry se apartó el pelo de la cara y lo miró de soslayo.

—Tú no pareces nervioso. De hecho, yo diría lo contrario...

Siguió el típico juego de sonrisas, empujoncitos y la expresión ya me has pescado.

—Es el chocolate libanés —dijo—. No tenía suficiente para todos y ya sabes que lo huelen como sabuesos, sobre todo Jiminy, y Tom Krishna... —Hizo una pausa para dar efecto a su razonamiento indiscutible y luego soltó la sugerencia más enrollada del mundo, aprovechando la ocasión—. ¿Quieres venir un minuto a mi tienda?

La tienda era naranja suave, una tienda individual que alguien se había dejado en los abarrotados armarios de Drop City. Pan había tomado posesión de ella al descargar el autocar porque en aquel momento no necesitaba más espacio, ya que no se estaba acostando con nadie, y además, le daba cierta privacidad para guardar sus cosas. La había plantado doscientos metros más allá de la cabaña principal, en un banco de arena río arriba, y no, no le preocupaban los osos, ni pardos ni de los otros, porque dormía con el rifle Springfield con el que había matado al ciervo en California y el Winchester que el tío de Norm había dejado, por no mencionar la pistola Magnum del 44 que llevaba siempre en su estuche contra la cadera. Que un oso se atreviera a asomar la cabeza a su tienda. Que lo probara...

Hacía calor. La mano de Merry, cogida a la suya, estaba húmeda. La mitad de la tribu estaba aglutinada en la cabaña, todos sentados tocándose los dedos de los pies mientras alguien leía capítulos de *Matadero cinco* en voz alta y el humo salía de la cocina y de la marmita donde se calentaba el agua de fregar. Merry y él los atisbaron al pasar junto a la puerta abierta —cabezas y hombros, espaldas encorvadas, brazos cruzados, pies extendidos—, y Pan vio que estaba Marco. Y Star. Naturalmente, aquello no significaba nada para él. Además, ya había leído el libro dos veces. Y prefería estar pescando. O follando. En el mejor de los casos, claro.

Lanzó una mirada furtiva a Merry. Ella tenía una expresión neutral, mandíbula apretada, los ojos entrecerrados por el sol. Su pelo se balanceaba a cada paso, hinchándose y cayendo e hinchándose otra vez. Ella mantenía sus dedos entrelazados a los de él. Pan vio los perros, dos franjas de fuego líquido sobre un hueso en un rincón del porche deslumbrante de sol, y oyó a los niños de Reba gritando en alguna parte, río abajo mientras Mendocino Bill y Tom Krishna intentaban arreglar el motor que zumbaba y se estremecía pero se negaba a volver a la vida. Nadie levantó la vista siquiera mientras conducía a Merry por la orilla al lugar donde se levantaba la tienda sola contra la deshilachada hilera de árboles.

Dentro, el espacio era tan pequeño que había que sentarse en posición del loto, las rodillas tocándose y las manos ociosas en los regazos. Pero Pan fue directo al grano, sacó la pipa, las cerillas, el papel de plata, el hachís y la navaja. Todo en una bolsa de plástico en el bolsillo delantero de su mochila.

—Me gusta el sonido del río —dijo Merry solo para entablar conversación, porque la conversación llenaba el vacío cuando la gente preparaba las drogas, y Ronnie contestó algo como:

—Sí, mola.

Y le tendió la pipa y encendió una cerilla. Observó cómo sus labios se curvaban

mientras ella aspiraba el humo, observó la luz brillar en los anillos de sus dedos. Estaban en un nido, escondidos del mundo, y la piel de la tienda se iluminaba como la lente de una linterna. O una salchicha. Eso era lo que parecía.

—Me siento como si estuviéramos dentro de una gran salchicha italiana, de las picantes —dijo, dando una calada y devolviéndole enseguida la pipa a ella porque ella era la que necesitaba ponerse a tono...

A Merry le lloraban los ojos. Se le hincharon y fracturaron, y las mejillas se dilataron con el esfuerzo por retener el humo que siempre era precioso, pero nunca tanto como entonces, bajo el cielo blanco descolorido de ninguna parte. Luego empezó a toser y tosió hasta que tuvo la impresión de que los pulmones le abrasaban y tenía saliva desbordándole los labios, y entonces Pan empezó a toser también.

—Nunca falla —dijo ella, jadeando con una voz frágil que parecía la de Maya—, porque tengo la teoría de que te colocas tanto de toser como del chocolate.

Pan sonrió. Estaba de acuerdo. No podía estar más de acuerdo. Tosió sobre su puño. Al cabo de un momento puso las manos sobre los muslos de ella y empezó a acariciarlos con una especie de fricción vacilante.

—Molaría un poco de música —dijo solo por decir algo, para seguir fluyendo, y pensó en Lydia, en el autocar, poniendo todos los discos que le apetecían, pero sacudió la cabeza para alejar el pensamiento—. Pero en cierta manera, es mejor que no tengamos, porque debemos resensibilizar los oídos hacia el entorno, como los alces, los caribúes, los lobos... ¿Oíste los lobos anoche?

Ella tenía los ojos cerrados. Murmuró algo —sí, no, quizá— y luego los abrió y le cogió las manos y se las guió hacia arriba de sus muslos. Por un largo momento, los dos miraron sus dos pares de manos remontando la sólida costura lateral de sus vaqueros, empujando y masajeando a la vez, luego ella se inclinó hacia él y le besó. Pan oyó el siseo del río con sus oídos resensibilizados, sintió la sangre latándole en las sienes. Entonces se quitó la camiseta por encima de la cabeza, manipuló el cinturón y la pesada carga negra del revólver que llevaba atado a la cadera como un pistolero de la tele, como Matt Dillon o Johnny Yuma —él era un vaquero, no estaba mal, ¿no?— y ella liberó sus muslos con un torpe crujido del tejido naranja suave de la tienda y se bajó los vaqueros y las bragas a las rodillas con un solo movimiento. Pan la atrajo y sus bocas se encontraron otra vez y entonces...

Y entonces Jiminy la llamó:

—¡Merry! ¿Merry? —Y sus embarradas botas Dingo crujían en la grava de la orilla—. ¿Estás por ahí? ¿Merry?

Pan se quedó inmóvil. Ella también. Jiminy no podía verles, nadie podía. La tienda no estaba hecha de nailon ultraligero semitraslúcido color naranja suave, sino de acero, acero alineado de plomo y veinte centímetros de cemento encima. Pan estaba a punto de explotar. La hebilla no cedía. Él no se atrevía a moverse.

—¿Merry?

De pronto, los faldones frontales de la tienda se abrieron y, atraídos por la

luminosidad nocturna sin filtrar, uno o dos mosquitos penetraron en el espacio interior. Fue un momento intenso. Pan atrapado con las manos en la masa, los ojos de Merry cualquier cosa menos Merry Christmas, y la cara de Jiminy desarrollando todo un catálogo de emociones opuestas, desde la bofetada del impacto a la comprensión, la lujuria, el pesar y el odio. El río se enroscaba y desenroscaba. Los pájaros no decían nada. Y entonces, con el sonido de un guijarro caído desde lo alto en la poza más profunda de toda la amplitud del Yukon, Jiminy hizo el último intento:

—¿Merry?

Por la mañana Ronnie se ofreció voluntario a llevar el barco río abajo y recoger a dos de los que estaban en el autocar (estaban gestionando los permisos) y llevar los ochocientos sesenta y siete artículos indispensables, manufacturados y comercializados, sin los cuales Drop City no podía existir a corto plazo. Aquello incluía materiales de construcción, herramientas, dulces, cigarrillos, champú, crema solar, patatas chips y libros de bolsillo baratos y de calidad variable sobre cualquier tema, mientras estuvieran en inglés. Y el correo, no podía olvidar el correo. Todos le dieron una lista, Marco, Star, Reba, Bill y Premstar, incluso Jiminy (y eso implicaba tener cojones, dado lo que había pasado la víspera). Pero estaba bien. Todos eran hermanos y hermanas, nada de resentimientos, ni rencores, amor libre en una sociedad libre. Pan recolectaba dinero y rellenaba hojas de papel a cambio de promesas y renunciadas:

—Sí, claro que sí, si lo encuentro, te lo traigo.

Era el hombre del momento y todos acudían a él, incluso Norm.

—¡Barras de caramelo! —rugió Norm, vadeando el río como si fuera a salir huyendo. No había ningún problema con el motor que no pudiera rectificarse con un par de bujías secas, put-put-put... bruumm—. De los clásicos, tofes, canela y todo eso. ¡Un bote grande, cinco kilos! ¡Veinte! ¡Cien!

El único problema era Verbie. Iba a ir con él, y no porque él necesitara compañía. Él no necesitaba a nadie, excepto quizá a Lydia, esperándole al otro extremo del recorrido con las piernas bien abiertas. Pero Verbie había sabido que su madre estaba en el hospital con una aguda pesadilla de cáncer femenino que le transformaba las entrañas en sopa y Verbie tenía que llamar a casa y aligerar la carga, aunque se había largado tres años atrás y desde entonces no había vuelto a hablar con su madre. No había discusión posible. Angela se quedaba. Angela iba a dedicarse a satisfacer las necesidades de Drop City, se quedaba en el campamento para fregar cazuelas, pelar troncos y preparar grandes calderos de arroz y de verduras picadas tres veces al día, aunque la madre de Verbie fuera también su madre, ¿acaso no era bastante sacrificio?

A las nueve de la mañana, con el sonido de la arena tamizada en los oídos y el sol como un atizador ardiente, clavándosele primero en un ojo y luego en el otro — demasiado puré de verduras, demasiada cerveza casera de Tom Krishna—, Pan

dirigía la proa del esquife hacia la corriente del Thirtymile, río abajo, con Verbie sentada en el centro frente a él para mantener el equilibrio. Desgraciadamente, ella era un lastre parlante, y antes de llegar siquiera a la cabaña de Sess Harder, había cambiado de tema seis u ocho veces, pasando sin transición de los beneficios de la salud del gingseng a los bombardeos por saturación sobre la pista de Ho Chi Min, pasando por el mercurio que contenía el atún y el drama de los trabajadores agrícolas porque el boicot de la lechuga no era lo suficientemente sistemático. Ronnie miraba más allá de su cara, de sus ojos demasiado pequeños, de la nariz en forma de hoz, del hueco oscuro donde le faltaba un diente. Ella hablaba por encima del hombro como una especie de cacatúa, como un loro entrenado que podía darle dos vueltas a la cabeza sin inmutarse. Él no la escuchaba. Intentaba concentrarse en el paisaje, en el placer de estar allí, el cálido sol en la espalda y la brisa fresca en la cara, escudriñando con los ojos la ribera más cercana en busca de cualquier blanco para sus balas. Porque aquella era su misión, aquello era lo que estaba haciendo allí, como Sess Harder o Joe Bosky o cualquiera de los demás. ¿Y quién era él? Él era Pan, Pan del Norte, y ya podían olvidarse de Nanuk.

Siguiendo la corriente, no había más de quince minutos hasta la cabaña de Sess, en la convergencia del Thirtymile con el Yukon, y Ronnie vio a Sess y a su dama transportando un tronco al lugar donde estaban ampliando su cabaña, a la orilla del río. Puso la barra del timón a la derecha y giró la barca hacia la orilla con la intención de preguntarle a Sess si necesitaban algo del pueblo, aunque en realidad, Ronnie aprovechaba cualquier pretexto para hablar con él, sentarse a sus pies y sonsacarle información sobre la pesca de lucios, las redes de arrastre y la mejor manera de ahumar y conservar un pato.

—Pero ¿qué demonios haces?

Verbie se inclinó en el sentido de la curva mientras la brisa le levantaba mechones de su corto pelo rojo. Ella intentó volverse y encararse a él, pero la fuerza centrífuga pudo más.

Pan olfateó la brisa, disfrutando del olor del río y la velocidad. El esquife planeaba por encima de la superficie. Él no se molestó en contestar.

—No tenemos tiempo para esto, Pan, Ronnie. Venga. Ya sabes que tenemos que hacer todas esas compras en la tienda de ese cerdo que la última vez nos puso problemas con los cupones, y recoger el correo y estar de vuelta mañana por la noche, y eso si es que Lydia y Harmony llegaron a Fairbanks a por los cristales de las ventanas y las baterías y no sé qué más.

—Oye, estamos en Alaska, Verbs —le dijo él, paró el motor y dejó que el esquife entrara en la costa con su propio impulso—. Esa gente son nuestros vecinos. Solo es preguntarles si necesitan algo, ¿no crees que ellos harían lo mismo por nosotros?

—No creo que lo hicieran si su madre se estuviera muriendo y tuvieran veinticuatro personas a su cargo y tres cabañas y una sala de reuniones que construir antes del invierno... —repuso ella.

Era un coñazo de tía. De nacimiento. Como Alfredo. Como Reba. Aquellas eran las alegrías de la vida comunitaria.

—Cinco minutos —dijo Pan—. Te lo juro.

Sess apenas levantó la vista cuando el barco entró en la orilla. Pamela y él acababan de poner el tronco en su sitio, a la altura del pecho, y él estaba alisando la superficie con una garlopa, y de sus manos caían astillas de madera como insectos en un campo. Llevaba una vieja camisa térmica arremangada y los vaqueros con parches y las botas de trabajo. De tanto sudar con ella, la camisa parecía teñida al estilo hippy en ocho gradaciones de amarillo cada vez más pálido y maloliente. El pelo le colgaba sobre los ojos, las orejas y la nuca, casi tan largo como para calificarlo de hip. Y a juzgar por su aspecto, tampoco parecía darle mucho a la hoja de afeitar.

Ronnie ató el barco y saltó a tierra. Verbie subió torpemente a la borda tras él y saltó, mojándose los pies en el proceso. Entonces, la mujer de Sess levantó la vista y saludó con la mano. Llevaba unos vaqueros sucios y una camisa a cuadros tres tallas más grande de la suya, el pelo en una cola de caballo y los brazos desnudos y manchados con algo que podía ser grasa o barro. Si Sess era el buen salvaje original —Sess Harder, lobo solitario—, entonces ella estaba a medio camino de la evolución, la reina de su promoción convertida en pionera, compañera, desolladora de pescado y desplumadora de gansos y patos. ¿No era hermosa la vida?

Los perros tiraban de sus cadenas y armaban escándalo apuntando con el morro al cielo, elevando polvo. Tras ellos se extendía el huerto, probablemente diez áreas sembradas de calabazas, guisantes y otras hortalizas, tomates en un invernadero de plástico tensado sobre un marco de madera de sauce, y a la derecha estaba la fresquera, una cabaña minúscula instalada sobre troncos a dos metros y medio del suelo donde se guardaba la carne en invierno. Sess había clavado latas de gasolina Blazo aplastadas alrededor de las cuatro patas, para ahuyentar a comadreja y glotones y cualquier otro bicho tentado de meterse ahí a devorar pedazos frescos de alce, pato y pescado, y a un lado había una escala rudimentaria. También estaban los secaderos, montados a pleno sol junto a la orilla, tan congestionados de salmones hendidos por la mitad que parecían muros de carne. De hecho eran muros de carne, regalos del río. ¿Y qué se hacía en verano? Recolectar comida para el invierno. Cazar, cultivar y pescar y sentarse toda la noche bajo el sol que nunca se ponía con una cerveza en una mano y algo para fumar en la otra. Y a aquello le llamaban trabajar.

Ronnie atravesó la frágil maleza y las flores silvestres colgantes, sonriendo al pensar: Sess Harder era el arquetipo del hombre, ¿y acaso no tenía el mundo a sus pies?

—Sess —dijo—, ¿qué pasa, tío? Hola, Pamela. ¿Qué hay?

—No gran cosa —fue la respuesta de Sess.

Siguió trabajando, puliendo el tronco, apartando los restos, poniendo la cabeza sobre la superficie aplanada para verla mejor. Los perros intensificaron sus ladridos cuando Verbie subió la cuesta lentamente y Pamela, sujetando su extremo del tronco,

le dirigió una sonrisa de sincera bienvenida.

—¿Queréis un poco de té? —les preguntó—. Puedo poner el hervidor.

—No, no te preocupes por nosotros —repuso Verbie, sacudiéndose los talones de sus botas de andar como si así se le fueran a secar—. Sólo...

—Sí —dijo Ronnie—. Molaría un té. ¿Quieres que te eche una mano, Sess? Mira, hemos pasado solo para preguntaros si necesitabais algo del pueblo, porque tenemos que cargar un montón de cosas y nos preguntábamos... Quiero decir, no sería ningún problema, ningún problema...

Tomaron el té en brillantes tazas de cerámica que parecían recién sacadas de la caja, y aquello no era ninguna infusión herbal y aguada sino auténtico té, tan fuerte que te dolía en las mandíbulas, y se sentaron en la mesa de picnic de la explanada e hicieron una pausa mientras Verbie charlaba con Pamela y Pamela le contestaba y los perros se instalaron cerca, al extremo de sus cadenas. Pan se sentía despejado y puro, planeando sobre las alas del día y vislumbrando una escena de la vida íntima de Sess Harder. Tenía mil preguntas que hacerle, pero Sess no estaba tan animado como la última vez que se lo había encontrado (en la Fiesta del Salmón y las Flores Silvestres que había proclamado Norm en el Día de la Bastilla, una semana antes) y las únicas respuestas que obtuvo fueron gruñidos y signos. Desde su pila de troncos, Sess miraba hacia el huerto y los perros, completamente distraído, y al cabo de diez minutos de tomar el té, se levantó de la mesa y dijo:

—Venga, Pamela, continuemos.

Verbie se apresuró a decirles que no había ningún problema, que Pan y ella tenían que irse por equis y por y, así que le dio las gracias a Pamela por el té y a Sess por la compañía y blablablá. Pero Pan estaba lanzado, tenía que hacer algo por ellos, expresar su respeto y gratitud y repitió varias veces:

—No me cuesta nada, tío, de verdad, volveremos mañana por la noche o así, si queréis pan, panecillos para perros calientes, una pinta de whisky, lo que sea.

Hasta que por fin Pamela sacó del bolsillo de sus vaqueros un descolorido billete de cinco dólares que parecía impreso durante el mandato de Roosevelt y dijo:

—Tabaco, quizá, Marlboro, y no sé, unas chokolatinas Hershey con almendras, cinco o seis, y ese café especial tan bueno que tiene Wetzels de Maxwell House. La lata de cinco litros...

Después volvieron al río, deslizándose fuera del Thirtymile y desembocando en la turbia e inmensa playa de carga del Yukon, Verbie tan acelerada hablando consigo misma como si estuviera ofreciendo su ingenio y sabiduría a un público de miles de personas, y la suave rociada del agua en la cara, las nubes chocando por encima de sus cabezas y Pan escudriñando ambas orillas en busca de movimiento. La única vez que respondió a lo que ella estaba diciendo fue cuando Verbie abordó el tema de Merry y Jiminy. Qué buena pareja hacían... antes de clavar las pinzas aludiendo a lo que había pasado la víspera. Alguien le había dicho que él estaba implicado. ¿Era verdad?

—No —dijo él, gritando por encima del motor—, es una puta mentira.

Y no estaba mintiendo necesariamente, ni siquiera escamoteando la verdad. Tal como habían salido las cosas, él no estaba implicado, si implicado significaba mojarla, porque Merry había cerrado las piernas, se había subido los pantalones sobre las caderas y había salido a gatas de la tienda para ponerse toda llorosa a disculparse y perdonar a Jiminy, y los dos se habían ido río arriba, él con el brazo derecho en cabestrillo y el de ella envolviéndole la cintura como un vendaje.

Pasó media hora, con el acelerador a tope y la corriente tirando de ellos. Así, Pan bajaba mentalmente el volumen de Verbie y escuchaba el modo en que el motor fueraborda retransmitía sus noticias al mundo. Había renunciado a ver algo sustancioso —como un alce semioculto bajo los sauces o un águila con un pescado entre sus garras—, cuando algo moviéndose en el agua frente a ellos atrajo su atención. Parecía un almohadón de los sofás del antro de su abuela, o no, una otomana, una otomana entera, cabeceando en la espuma como si fuera el East River y no el Yukon. Demasiado lejos para distinguir... pero ahora, al acercarse rápidamente vio que lo que se movía contra la corriente era... Espera, ¿no eran un par de orejas y un morro?

Verbie cortó su monólogo lo suficiente como para gritar:

—Oye, ¿estás loco o qué?

Mientras, el esquife giraba bruscamente a la izquierda y la otomana se transformaba en la cabeza de un oso, pardo, con la cara recortada y la espalda plateada sobresaliendo de la leche glacial del río como un paradigma del poder. Pan estaba electrificado. Un oso gris. Su primer oso gris. Y allí estaba, indefenso, atrapado en medio de la corriente, nadando. Pan no pensaba en la carne, ni siquiera en la piel cuando ralentizó la velocidad y fue a por el rifle. Quería las garras. Una noche había visto a un indio jugando al billar en el Three Pup y cuando se inclinaba para lanzar el tiro, se le veía un collar soltándose de la camisa, con cinco uñas de oso gris colgando de una cinta de cuero, cada una de ellas tan larga, gruesa y alevosamente curvada como unos dedos humanos, los dedos de un gigante. Ronnie había codiciado aquel collar hasta el punto de pedirle al indio que le pusiera un precio, pero el indio se limitó a mirarle desafiante y luego volvió a inclinarse para seguir jugando. Y él lo comprendió: un collar así no se podía comprar; había que salir al bosque, donde el oso dictaba su ley, seguirlo y cazarlo.

Apagó el motor con la izquierda y empujó la barra del timón. La barca giró en dirección a la gran cabeza flotante y la sombra ondulante que proyectaba tras de sí. Ronnie quitó el seguro del rifle e intentó controlar el temblor de sus manos por la pura excitación del momento. Aquel tenía que ser el viaje supremo, aquí y ahora, nadie iba a creer aquello, y el que menos aquel tipo de hombros caídos, culo plano y Hush Puppies en los pies que era su padre, sepultado en su sillón de cuero Barcalounger con un gin tonic en una mano y un cigarrillo en la otra. Ronnie se llevó el rifle al hombro, la barca se inclinó, la gran cabeza giró hacia él y pudo ver sus ojos,

unos ojos que se cerraron sobre los suyos con una sorpresa mortal y tal vez terror, preguntándose qué era aquel pedazo de materia flotante que se lanzaba sobre él con humanos dentro, humanos y armas...

—¡Ronnie! —gritó Verbie—. ¡No lo hagas, Ronnie, Pan, no!

Y antes de que él pudiera registrar aquella nueva amenaza que se cernía en su horizonte, ella giró en su asiento y cogió el rifle, desviándolo de su objetivo, porque se estremeció en el momento clave. Sintió el golpe del rebote en los hombros como si la bala hubiera salido en el sentido inverso y simultáneamente vio la cabeza del oso alejándose en una nube de espuma rosada. Le había dado, o no, lo había rozado: ahora, la bestia tenía una sola oreja y había sangre, sangre de oso gris, veteando el agua en largos y rastrillantes dedos rojizos.

Verbie saltó sobre él, con los puños cerrados estallando sobre sus antebrazos y sus botas de andar aún mojadas pateándole las rodillas, los muslos, la ingle. La barca se tambaleó, dio un bandazo y el motor se vio atrapado en la ensoñación del punto muerto mientras la popa se hundía hacia la derecha y entraba el primer balde de agua.

—¡Gilipollas! ¡Cabrón! ¿Qué coño te crees que haces? ¿Te ha hecho algo ese pobre animal? Pero ¿qué te ha dado? ¿Jugando al macho, eh? ¿Te crees que tienes que ir de macho todo el tiempo?

Entonces fue cuando el motor se apagó. Fue entonces cuando, forcejeando por el arma, Pan advirtió que la gruesa cabeza de otomana del oso gris tenía una boca llena de dientes y que aquel oso ya no se dirigía a la costa. No, el oso iba ahora a por ellos, surcando la trama de la corriente como un torpedo en una de esas antiguas películas, como *Victoria en el mar*, que su padre nunca se cansaba de ver. Echó un vistazo a Verbie y vio que ella reconsideraba su posición: Verbie, la madre gallina clueca, la encarnación del Buda, la chica de pelo corto que nunca se equivocaba. Que nunca fallaba. Que lo sabía todo y estaba dispuesta a decírtelo veinticuatro horas al día. Aquel era su rollo, sus viajes, por eso la habían bautizado *Verbie*, la verbosa. Pero ahora tenía una expresión que le suscitó a Ronnie un terror real, un terror como nunca antes había experimentado. Su expresión significaba que ella había calculado mal, que algo se le había interferido, que había abierto su enorme boca sedante en el momento equivocado y que iba a pagar por ello con su vida. Y la de Ronnie.

Ronnie la empujó rudamente, haciéndola caer. La gran cabeza surgía del agua, a menos de veinte metros. Aquello era una crisis. La primera crisis real de su vida. Nunca le había ocurrido nada como aquello, nada, y el corazón se le contrajo y distendió incluso mientras tiraba del estárter y oyó el motor toser y morir, toser y morir. Ni siquiera pensó en el arma, que yacía en el suelo de la barca, donde él la había dejado caer, inerte bajo diez centímetros de agua. Tampoco pensó en la pistola del 44 que llevaba sobre la cadera derecha ni en el cuchillo de caza que llevaba atado en la izquierda. Los remos, fue lo que pensó. Y en un puro frenesí de pánico fulgurante, los agarró, los puso en los toletes y se puso a remar con todas sus fuerzas. Lo cual, hay que reconocerlo, no era mucho, porque desde que tenía doce o trece

años nunca había tenido un par de remos en las manos —nunca había llevado una barca de remos—. Los remos se le resbalaban y fallaban el movimiento, chocando contra el agua. Volvían y él volvía a fallar. Pero al fin cogió el tranquillo, los sostuvo y la barca giró el morro a la corriente y la monumental y espumosa cabeza dentada del oso —que se había acercado mucho, tres metros, o quizá menos— empezó a distanciarse lentamente, oh, muy lentamente, y al fin Ronnie dejó de oír el rugido del aliento de la bestia, hasta que no oyó nada más que el chirrido de los toletes y el profundo y vengativo siseo del río.

Boynton no era gran cosa —una colección de casas sin pintar y cabañas de troncos del color de la tierra, explosiones de maleza, coágulos de detritus, tocones, camionetas oxidadas, ocho o diez barcas a motor inmóviles en la grava, o flotando, atadas a sus amarres como banderines en la rueda de la bici de un niño—, y habría sido fácil pasarlo de largo de no haber sido por el autocar. Estaba allí mismo, a unos quince metros de la superficie veloz del río, plantado en medio de un montón de detritus y objetos abandonados en el refugio de Sess Harder, o su apeadero, su *pied-à-terre*, como le gustaba llamarlo a Skid Denton. Pan se concentró en el autocar mientras giraba el esquiñe hacia la última curva del río al este de Boynton (y sí, el motor se había arreglado, por suerte, tras haberle practicado una felación al tubo de alimentación y tirado del estárter tantas veces que pensaba que el brazo se le salía del hombro), pero ya no era amarillo, o no estrictamente. Vio que Lydia y los otros caraduras lo habían pintado, en un ejercicio contra el aburrimiento de campamento, juegos, recreo —un receso, joder—, mientras todos los demás acarreaban leña y comían puré del bote de cuarenta litros. Pero ¿cómo iba a quejarse? Aquello era arte, el fruto y la expresión de la civilización, y el autocar amarillo, estrictamente funcional, se había inclinado hacia el violeta eléctrico y rojo manzana, el verde espectral, el naranja fluorescente y el rosa quebrado. Los hippies tenían que ser extravagantes, ¿no?

—Hostia —dijo Verbie, y era la primera sílaba que había salido de sus labios desde el incidente del oso—. Eh, ¿has visto eso?

—¿El qué?

—El autocar. Todo son caras, ¿cómo se llaman? Caricaturas. Dibujos animados, quiero decir. Mira, ese es Norm, junto a la puerta. Y Reba. Mira, ese eres tú, Pan, ahí, con la pipa y un pescado en la mano...

Él hizo entrar la barca, esquivando los obstáculos, pero cuando ya estuvo amarrada, con el motor levantado para mantenerse fuera del agua, miró más de cerca y allí estaba, en el extremo más alejado del autocar, con la cabeza como una bombilla, un cuerpecillo anémico y dos peces diminutos, como de acuario, colgando del hilo.

—Pan, el poderoso cazador —dijo Verbie.

—Verbie, la cotorra —replicó él.

Estaba saliendo de la barca y ya estaba harto de aquella mierda. Habían estado a punto de palmarla allí en el río, ¿es que no se daba cuenta?

—No te veo ahí pintada —añadió solo para fastidiarla.

Su rostro se contrajo como un puño. Ella puso el pie en el agua, que cubría unos veinte centímetros. Estaba hecha polvo, él se daba cuenta (imagínense, Verbie excluida del panteón de Drop City), pero luego se recobró y le lanzó una mirada de puro y vibrante odio:

—Estoy en el otro lado —dijo—, ¿te apuestas algo? O detrás, mira detrás.

Él no miró nada. Le importaba un comino si habían tapizado todo el autocar con su retrato o si habían erigido una estatua en su honor o habían quemado su efigie. Aquello era infantil, completamente infantil. Atravesó la explanada, fue hacia el autocar y asomó la cabeza por la puerta abierta.

Estaba desierto, era obvio a simple vista. Pero él se subió a la caja de leche que alguien había puesto allí para acceder más fácilmente al elevado primer escalón, y echó un vistazo al pasillo. El sol se filtraba en franjas regulares por las cortinas e iluminaba las motas de polvo que flotaban en el aire estancado. Se veía el habitual amasijo de ropa, libros, fundas de discos y platos sucios, alguna mancha de moscas o mosquitos aplastados sobre los agrietados asientos de plástico, y un olor que no logró identificar, algo promiscuo y comunal.

—¿Hay alguien ahí? —preguntó.

No hubo respuesta. Y era extraño: ¿dónde podían estar todos en pleno día? ¿En la cabaña? ¿Río arriba tirando margaritas al agua? ¿Rondando por ahí con el Studebaker? No, porque veía el coche por la ventanilla, aparcado ociosamente al borde del camino de tierra, y el Escarabajo de Harmony allí al lado, bajo media tonelada de polvo. Entonces le llegó la voz de Verbie, con un pequeño hurra de triunfo en el extremo del autocar.

—¡Aquí estoy! ¡Mira, ya te lo he dicho, estoy aquí al lado de Angela y... y... este debe de ser Jiminy!

Pan bajó del autocar, con la cabeza más clara que nunca, porque no había bebido ni una cerveza ni había dado una calada desde que se había levantado por la mañana, ni jalado tampoco y su único desayuno había consistido en el té con miel en casa de Sess Harder y el puñado de galletas reblandecidas que Pamela había puesto en la mesa como un mazo de cartas. ¿La cabeza clara? Más bien empezaba a marearse. Estaba muerto de hambre, eso era lo que le pasaba, ayunando como un místico en el desierto, y si no se echaba una hamburguesa y un par de cervezas al coleteo pronto empezaría a delirar y a echar fuego por las orejas. Por un largo momento, se quedó allí confuso ante el autocar desierto, contemplando el dibujo de las pisadas en el polvo, a sus pies —la impresión de los talones de las botas, la elaborada puntuación de las suelas desnudas y los pequeños brazaletes de huellas de dedos en el camino que iba desde las hierbas pisoteadas hasta la carretera—, y entonces lo adivinó:

estaban en el bar, la taberna, el restaurante de carretera, lo llamaran como lo llamaran. El Three Pupp. Estaban en el Three Pup, tomándose cervezas y tal vez algún trago de Everclear, colocándose, poniéndoles sal a las patatas fritas, escuchando el siseo de las hamburguesas en la plancha y el chasquido de la máquina de discos cuando caía el disco y la aguja maniobraba hasta posarse en su sitio. Pan ya estaba recorriendo el camino cuando Verbie salió de detrás del autocar.

—Eh —dijo, y su voz quedó flotando hasta que se convirtió en algo tan poco molesto o tan escasamente notable como el zumbido de los mosquitos en sus oídos—. ¿Dónde están todos?

Las nubes habían engullido el sol cuando Ronnie volvió la esquina de Fairbanks Road. Los perros de alguien se levantaron de sus cadenas y le aullaron, y los perros de otro les contestaron desde el otro extremo del pueblo. La brisa había cambiado repentinamente a norte y era tan helada como el aire de la boca de una cueva y no había que ser meteorólogo para comprender que iba a caer un diluvio infernal en tres minutos. Oía a Verbie jadeando tras él, pero no se volvió atrás. Si ella tenía las piernas más cortas que las de él, era su problema, un accidente de nacimiento, nada más, un *impasse* evolutivo, la supervivencia de los más adaptados, nena, más vale que te acostumbres. Pasó una camioneta azul descolorida y Ronnie le hizo el signo de la paz al conductor (no era nadie que conociera, a menos que fuese aquel flaco cuello de pollo a quien llamaban Herbert, ¿o era Howard?) y agachó la cabeza contra el viento, pensando que debía volver al barco a por su chaqueta vaquera, pero desechó la idea en cuanto se le ocurrió, porque volver atrás suponía retrasar el descorche de la primera cerveza y la dulce bofetada de la hamburguesa contra la plancha.

Había un puñado de vehículos en el aparcamiento de tierra frente al Three Pup, incluyendo un camión de remolque con un logo de Fairbanks pintado en la puerta del conductor y lo que parecía un Shelby Mustang junto a él. Algo goteaba desde la parte trasera del Mustang, formando un charco en la tierra —parecía agua, agua sucia con hojas y hierbajos— y las ruedas estaban recubiertas como bolas de rodamiento de algo que parecía grasa, pero no lo era. Era barro. Barro del color de la mierda, manchando el chasis y formando una costra en el suelo. Pan lo vio, lo registró y lo pasó por alto. Empujó la puerta de mosquitera del Three Pup e inhaló el olor de la plancha, del bourbon, del whisky escocés y la cerveza derramados, fregados y vueltos a derramar.

Dentro estaba oscuro (¿por qué malgastar energía con una bombilla de sesenta vatios cuando te alimenta un generador que funciona con gasolina transportada desde Fairbanks, y además, la luz del día dura veinticuatro horas?), y al principio él no veía aquellos hombros y cabezas que se apiñaban en la barra.

—Eh, Pan, ¿qué pasa, tío? —le dijo alguien, y era Harmony, Harmony en el extremo más alejado, con su mostacho a lo Fu Manchú color óxido y su banda perlada y un brazo en torno a Alice.

Luego, alguien más le llamó por su nombre y la máquina de discos se puso en

marcha con un crujido exasperante de violines country. ¿Y Lydia, dónde estaba?

Pero, un momento —y aquello desafió realmente sus recién resensibilizados poderes de percepción—, ¿quién surgía como una aparición entre la niebla del tabaco con su sombrero de proscrito de ala ancha cubriéndole un ojo y sus botas de Beatle con tacón taconeando las gastadas planchas de madera del suelo como los nudillos de un médium? Era Lester, el mismísimo Lester, sonriéndole como si acabara de salir al porche de la cabaña de detrás, llevando una jarra de vino en la mano y con Marvin Gaye en su estéreo a través de la puerta abierta de par en par. Pero Lester llevaba un vaso de whisky en una mano y un porro en la otra, y tras él se enmarcaban la cabezota de Franklin y el bigote de Sky Dog contra un fondo de caras atónitas, y los labios furiosamente fruncidos de Lynette, y sus ojos saltones. Dale Murray estaba al fondo de la barra, con los anillos centelleando y su collar de dientes amarillos colgando mientras atacaba una hamburguesa y una cerveza y le soltaba a Skid Denton una sarta de mentiras solo comparable a las que Denton le contaba a él, y aquel tío alto y tieso como un palo se sentaba en una banqueta entre ellos como un árbitro.

—Pan, tío —bufó Lester en su más suave imitación de la voz humana, llevándose el porro a los labios para poder coger la mano de Ronnie y darse el sincero apretón espiritual que reafirmaba la identidad de la tribu y se hundía en las profundidades de la hermandad. Y luego se volvió para cacarear por encima de su hombro—: Eh, mirad quién está aquí, el mal bicho, el violador de niñas, el más mentiroso cabronazo al norte de... ¿cómo se llama? De Fairbanks, eso, de Fairbanks.

La secuela consistió en un tumultuoso tornado de apretones de manos de colegas y palmadas en la espalda y Pan estaba desconcertado, tuvo que reconocerlo, porque se había olvidado incluso de que aquella gente existía y necesitaba un reajuste contextual para volverlos a crear en el mundo perdido del Three Pup. Y además, ¿cuánto tiempo había pasado, un mes? Pero el porro contribuyó y la cerveza, y un trago que cayó en el estómago vacío como gasolina ardiente, y muy pronto estaba conversando íntimamente con todos ellos, absorbiendo su historia de baches, de nazis disfrazados de policía montada del Canadá, ruedas reventadas y alces danzando en la autopista como gogós.

—Mierda, trincaron a Sky Dog en un agujero perdido de la Columbia Británica —contó Dale Murray levantándose de su banqueta y blandiendo la cerveza como una baqueta de director de orquesta en un repentino crescendo de hilaridad. Lester se reía tanto que tuvo que dejar el whisky y apoyarse en la barra.

—¿Por qué? —quiso saber Ronnie, mientras la luz se hacía plomiza, Verbie entraba por la puerta con expresión estupefacta y las primeras gotas empezaban a rebotar contra las ventanas.

—Enseñó su enorme trasto negro —empezó a decir Lester, pero no pudo seguir, era demasiado para él.

—Asustó a las chicas de allí —dijo Franklin, enseñando los dientes en una sonrisa.

¿Y cómo se sintió Pan? Excluido. Una punzada de celos lo atravesó: ellos habían vivido aventuras mientras él comía puré de verduras.

Sky Dog se apoyó en la barra, encendió un cigarrillo y adoptó una pose de compungido y victimoso. Las notas country de la canción se desvanecieron y empezó otra en su lugar. Todos los de la barra lo estaban mirando, esperando una aclaración.

—Indecencia pública —dijo—. Estaba...

—Estaba meando contra un árbol, eso es lo que hizo —le interrumpió Lester, jadeando entre accesos de risa—. Sembró el pánico entre las chicas, ¿eh, Franklin?

—Toda la ciudad aterrada.

Nueva salva de risas. Dale Murray se unió a ellos, aullando con los demás. Sky Dog parecía avergonzado. Bajó la cabeza y se encogió de hombros.

—No tiene gracia, tío... Me costó una noche en el talego.

—Es verdad —dijo Lester—. Y veinticinco talegos americanos a este negrata que tienes delante. Que aún me debes, por cierto. —Se volvió hacia Ronnie, dio un largo trago de su whisky, dejó que sus ojos cayeran hasta sus botas y luego volvió a levantarlos—. Y tú, amigo —resopló, con la voz tan suave que apenas era audible—, ¿de qué vas vestido, de Wild Bill Hickok? ¿O de Buffalo Bill? ¿Uno de esos Bill blancos, no?

Lester estaba disfrutando. Era el centro de la escena, tan exótico en el Three Pup como una pantera con correa. Habían visto indios por allí, habían visto esquimales, finlandeses, suecos y franceses, pero un negrata era otra historia. Pan se daba cuenta, imaginaba cómo debía de ser para Lester adentrarse más en la fortaleza reaccionaria del último extremo del estado número cuarenta y nueve. Pero su capacidad de encajar tenía ciertos límites. Había dejado pasar el comentario de violador de niñas, pero ahora, el tío se estaba pasando mogollón metiéndose con su aspecto. A tomar por el culo.

—No sé de qué coño estás hablando —dijo.

—De la pipa —dijo Lester señalando la pistola—. Y esto, ¿qué es esto? —Sacó el cuchillo de su funda antes de que Pan pudiera reaccionar, haciendo girar la hoja bajo aquella iluminación opaca para diversión de todos los que estaban por allí—. No me digas que ahora despellejas mulas... ¿o solo lo usas para limpiarte las uñas?

—Los desolladores de mulas no desuellan nada —terció Dale Murray—, y menos aún mulas.

Verbie se había acercado a su lado, con su cara blanca de pan, buscando a alguien que la invitara a una cerveza.

—La expedición de las veinte mulas —fue su comentario.

Pan no sabía de dónde le había salido la rabia o cómo le invadió tan deprisa y de forma tan luminosa, pero se apoderó de la muñeca levantada de Lester, la mano donde llevaba el cuchillo, y en el mismo instante le arrancó el sombrero y lo envió a la otra punta del bar. Los ojos de Lester se enfriaron. Tenía el pelo chafado y pegado a la cabeza, lanoso, sucio, en tirabuzones rastas estilo hoja de panocha, con dos

bandas de goma azul cielo, y nadie había visto nada igual, por lo menos desde Fariña.

—¿Y tú? ¿De qué vas disfrazado, tío? ¡Tú eres el que lleva un sombrero de vaquero!

En voz baja, muy baja:

—Es mi sombrero de Hendrix, tío. —Lester le dejó recuperar el cuchillo y meterlo en su funda mientras Franklin cruzaba la estancia en pos del sombrero—. Susceptible, Pan, un chico susceptible —se burló Lester—. ¿No ves que iba en broma? ¿No lo sabes, tío? ¿Eh?

Entonces fue cuando Lynette se volvió desde el grill, con una mano en la cadera, y les informó de que, si querían pelea, tendrían que irse al Nougat porque otro número como aquel y los echaba fuera, a todos los presentes.

—Y tampoco permito las palabrotas aquí. Tú deberías saberlo, señor mío. Te estoy hablando a ti, Ronnie. Y más vale que informes a tus amigos.

—Venga, tío —estaba diciendo Sky Dog—. Venga, tómate una cerveza y olvídale, ¿vale? Ya conoces a Lester. Te estaba tomando el pelo, nada más. Es una broma, tío, ¿no puedes aceptar una broma?

La atmósfera se distendió y todos encontraron las únicas dos canciones rock and roll de la máquina de discos, y corrieron las cervezas para todos, incluso para Verbie, que acabó sentándose en el regazo de Iron Steve y bebiendo a su cuenta mientras él le acariciaba las tetas y le lamía el lado de la cara como un ciervo lame una roca salada. Sky Dog lió otro porro.

—Hemos traído una tonelada de mierda, tío, y casi nos pillan en la frontera... Por suerte, no fueron lo bastante listos como para mirar dentro de la rueda de recambio...

El cielo se oscureció un grado más hasta que se hizo casi crepuscular. Pan no sentía ningún rencor. Estaba contento de verles a todos, nuevas caras, nuevas historias —algo de vida, joder—, así que brindó por Lester, para reconciliarse, y luego por Franklin, Sky Dog y Dale. Y por Harmony, no había que olvidar a Harmony. Y también por Alice.

Tenía un fajo de billetes en el bolsillo y apenas recordaba de dónde venía. Le pareció que había hecho un largo camino desde casa, cualquier casa y, mientras contemplaba sus propios rasgos animados por el sol en un espejo situado tras la barra, intuyó que su vida no había hecho más que empezar. Ya le había llevado a extraños destinos, y aún vendrían otros más extraños. Tom Krishna siempre estaba hablando del karma, como Norm, Verbie, Star, todos. ¿Y si era verdad, y si él había sido un santo en una vida anterior y ahora solo tenía que recibir las recompensas? Era una idea interesante. Sonrió a su imagen del espejo y se volvió a escuchar lo que le decía Sky Dog sobre el Lincoln: lo habían aparcado en la esquina, en el pueblo, ¿no lo había visto? Era un buen coche. Tendía a recalentarse y quemaba aceite como un cerdo, pero... A Ronnie le gustaba cómo se le estaba poblado la barba y el pelo le había crecido tanto que le cubría el cuello de la camisa. Tenía un aspecto completamente hippy, absolutamente, indudablemente, pero ¿quién iba a apreciar

aquello en aquel sitio? ¿Y a quién le importaba?

La lluvia arreció y el tamborileo de las ventanas se hizo más insistente. Ronnie encendió un cigarrillo con otro. Había perdido la cuenta de las copas que se había tomado, y eso sin contar las cervezas. El día parecía concentrarse en sí mismo. Verbie soltó una carcajada quebrada, Lester una risita, alguien palmeó a Ronnie en la espalda. Y entonces se abrió la puerta y Lydia entró con el pelo mojado y lleno de paja, ramitas y semillas, con el aire de haber estado echada boca arriba en algún campo, la blusa mojada pegándosele a las tetas y dándole la mano a Joe Bosky con aire colegial. Él apenas levantó la vista. Aquello le daba igual, completamente. Se sentía puro y líquido hasta los huesos, profundamente presurizado por todas partes, cada centímetro cuadrado de su ser, con un nuevo medio para nadar en él, no había más que mirar los colores de aquellos peces. Hurgó en sus bolsillos:

—No, no, Joe, quiero invitarte a una cerveza, insisto.

Encontró un gastado y aterciopelado billete de cinco dólares que parecía recuperado del río y puesto a secar en un secadero de salmón. Lo sostuvo un momento entre sus dedos y luego lo puso en la barra.

Canturreaba para sí, suavemente, sin apenas melodía, una canción que le había gustado en otro tiempo, de los Doors, con una letra tan inaprensible como la melodía: «Break on through —repetía—, break on through to the other side». Atraviesa, pasa al otro lado... Eso era lo único que recordaba, y si había algo que realmente echaba de menos, algo que pudiera pedirle a una varita mágica, era la música. Alfredo y Geoffrey no eran nada malos con la guitarra y las sesiones musicales comunitarias eran geniales —«justas», como diría Ronnie—, pero no había comparación con poner la radio o un disco cada vez que te apetecía dejarte transportar a cualquier otra parte. Ella solía hacerlo en casa de sus padres, se encerraba en su habitación mientras el televisor zumbaba en el vacío de la planta baja y su padre se desgañitaba ante el jugador de baloncesto de dos metros, la pelota y la pequeña canasta, o en el coche con su madre charlando de trapos o del precio de la ternera y de pronto una guitarra emergía del zumbido de interferencias de la radio en un momento de triunfo centelleante. La música era como la comida, como el agua, como el aire —igual de necesaria y esencial—, y allí, ella estaba en aquel ánimo de «pasar al otro lado», sin nada más que su propia vacilante versión atrapada como una pelusa en su lengua.

No se podía tener todo, pensó. Nadie podía.

Reba y Merry trabajaban a su lado, en el huerto que habían fertilizado con excrementos de cabra y cabezas de pescado, el huerto que Norm les había pedido que olvidaran, porque allí la temporada de crecimiento duraba tal vez cien días como máximo y era en junio, que ya había pasado. Pero lo que pensaban ellas —las mujeres, todas las mujeres— era: ¿por qué no probarlo? Tal vez tuvieran suerte. Tal vez aquel año llegaran más tarde las heladas, tal vez las veinticuatro horas de sol acelerasen mágicamente el proceso de brotar, madurar, dar fruto. Trabajaban como locas para conseguir una franja de tierra limpia y plantada para el 10 de julio, concentrándose en hortalizas de la temporada fría —nabos, coliflores, coles de Bruselas—, pero también plantaban patatas, tirabeques, calabacines y calabazas. Y marihuana, por supuesto. Las plantas de maría ya tenían setenta centímetros de altura y crecían tan deprisa que casi podías verlas crecer, y aunque no tuvieran ocasión de brotar los cogollos, por lo menos tendrían hojas y tallos.

En aquel momento estaban desenrollando las grandes láminas de plástico negro que Lydia y Harmony habían conseguido en Fairbanks y Ronnie había transportado en la lancha rápida río arriba. El material iba en rollos de treinta centímetros de diámetro y ochenta de largo, y el plástico estaba perforado cada cincuenta centímetros para arrancar una hoja y forrar el cubo de basura en el garaje de una casa adosada de dos plantas en un terreno de diez áreas en una urbanización con tres hileras. Pero ellos no usaban cubos de basura —o sí, pero les servían estrictamente para almacenar cosas como lentejas, arroz y avena, fuera del alcance de los ratones que parecían estar por todas partes— y las largas alfombras de plástico les servían

para aislar el suelo alrededor de sus plantas, un truco que le habían copiado a Pamela Harder.

Y aquello sí que era algo totalmente inesperado, Pamela. Star y ella no podían ser más distintas. Pamela era mayor, había nacido y se había criado en Alaska, no tomaba drogas, o todavía no, pero, en cualquier caso, nunca había oído hablar de The Band o de Crosby, Still and Nash, ni mucho menos de Abbie Hoffman o Gloria Steinem, del Fillmore East, de los rockeros *roach clips* ni del *mellow yellow* de Donovan, ni siquiera de Keith Richards o Mick Jagger, pero cuando Star cogía una canoa río abajo para visitarla, se sentía como si estuviera con una de sus hermanas, igual de relajada. Se instalaban con una tetera en la mesa de picnic, junto al río, mientras Sess cortaba leña o les daba de comer a los perros o salía por ahí con el rifle, y ellas hablaban y era muy agradable, porque Pamela estaba ansiosa de compañía y para Star era un descanso de la rutina, de las mismas caras y los mismos tics y quejas, del cotilleo y los rumores que ya había escuchado cientos de veces.

—No quiero darte la impresión de que no soy feliz aquí —le dijo Pamela la primera vez que Star cogió la canoa solo para disfrutar un poco de la brisa, pero al ver el fuego y oír los perros, se le ocurrió pararse a saludar, por qué no, las dos eran mujeres, ¿no? Ya se habían tomado una taza de té cada una, y Pamela, acercándole una bandeja de galletitas caseras de chocolate que había en la mesa, se interrumpió para medir dos tazas más—. Porque sí lo soy. La mujer más feliz del mundo. Es solo que Sess, bueno, está acostumbrado a estar solo aquí y a veces, según el humor, solo contesta sí o no, diga lo que diga yo, simplemente asiente, o considera si yo prefiero escuchar un sí o un no. ¿Entiendes lo que quiero decir?

El té era como carburante, tan dulce y fuerte que hacía daño a los dientes. Star contempló la otra orilla, donde el sol iluminaba los troncos de los árboles como planchas verticales de una valla, y las sombras oscuras de los pájaros se enjambraban allí como insectos, y todo era plácido excepto el golpeteo intermitente del martillo de Sess desde algún lugar detrás de la cabaña.

—Claro —repuso Star, volviéndose hacia ella, su cara bronceada, sus uñas astilladas y las manos endurecidas del trabajo físico acariciando la taza. O sus ojos, que eran como habitaciones donde uno podía vivir—. A eso me refería al hablarte de Drop City, a tener tus hermanos y hermanas todo el tiempo ahí cerca. Sobre todo las mujeres.

—Nunca os aburrís, ¿no?

Star esbozó su sonrisa de un millón de kilovatios.

—Ah, no, nunca.

—¿Y nunca os ponéis de los nervios uno a otro?

—Claro que sí, naturalmente. Eso forma parte del trato. Norm dice que la lección más importante es aprender a pensar del mismo modo, anticiparse, dar, ¿me entiendes? Y dejarse llevar por el fluir de las cosas. Sentir cómo fluyen y saber que ya no eres simplemente un yo aislado.

—¿Es eso, entonces? ¿Es eso lo que intentáis lograr, acabar con el ego?

La pregunta pilló a Star desprevenida. Nunca había pensado que tuvieran un objetivo definido y que pudiera sintetizarse en una simple frase o explicarse a alguien. Ella se dejaba llevar, como todos los demás, esperando «pasar al otro lado» si tenía suerte. Dejó la taza e hizo girar un globo imaginario con las manos.

—Creo que es la tierra —dijo—. La naturaleza. Rechazar las cosas materiales y vivir cerca de la naturaleza, sentir los latidos de Dios, o como quieras llamarle, Gaya, la unicidad del ser, el nirvana. Y mis hermanos y hermanas forman parte de eso, son mi grupo de apoyo y yo el suyo. Y mírame, estoy aquí, junto a este río en el extremo del mundo, en este lugar increíble, tomando un té contigo. Es algo que nunca hubiera podido hacer sola.

—Pero esos pelos —dijo Pamela—, ¿qué me dices del pelo largo, la ropa extraña y todo eso? ¿Y las drogas? ¿Qué tiene que ver eso con volver a la naturaleza? —Hizo una pausa para encender un cigarrillo, comprado en una tienda, del reluciente paquete. Star la observó agitar la cerilla y tirarla al suelo junto a la mesa—. ¿Sabes lo que es para mí volver a la naturaleza? Solo esto, vivir el día a día, trabajando físicamente y tomando lo que la tierra te da, pero eso no tiene nada que ver con la cara pintada o el LSD o los pantalones de pata de elefante...

Star se encogió de hombros.

—No sé, es difícil de explicar. Eso es ser hippy, nada más.

Pamela hizo girar la taza entre sus manos y, como si fuera su turno, contempló el río. Suspiró.

—Supongo que contra gustos no hay disputas.

Star iba a decirle que estaba de acuerdo, pero dudaba si el comentario tenía un matiz peyorativo, como «Contra gustos no hay disputas, pero vosotros sois un puñado de raros grasientos y drogas y deberías empaquetar vuestros collares y sandalias y largaros a California antes de que empiece el frío». Y luego iba a decir: «¿Y cuál es tu gusto?». Pero en aquel momento se le ocurrió que Pamela era como ellos. No tragaba la sociedad plastificada, no quería vivir la vida de nueve a cinco en la casita rosa de una urbanización y comprar la carne envuelta en plástico en el supermercado. Ya lo había probado, trabajando en una oficina en el centro de Anchorage, y lo había dejado como todos los de Drop City. Era guapa, era lista, sabía lo que quería, tenía confianza, una confianza que Start nunca había tenido y que podía ser un objetivo a perseguir. Se le ocurrió una idea: ¿Y si no hubiera ningún Marco, ningún Norm, si no existiera Drop City? ¿Sería ella capaz de salir al mundo y sobrevivir? ¿O solo era otra titi, otra pollita recién salida del cascarón, despeluchada, caliente y vulnerable?

Pero allí estaba, bajo el cielo abierto, clavando franjas de plástico negro para alimentar el huerto con el calor solar, trabajando tan duramente como cualquier tío, y no parecía precisamente vulnerable. Y cuando acabara, iba a acarrear cubos de agua del río para echarlos en la base de cada planta, y cuando acabara tenía que ordeñar las cabras, preparar arroz frito y salmón teriyaki para el almuerzo y coger un cubo de

arándanos del bosque de arriba y ponerlos en botes cerrados con una cucharada de azúcar de caña de la bolsa de cinco kilos y dos medidas de coñac, y después, bueno, vería lo que le reservaba el resto del día.

—No hay manera —estaba diciendo Merry.

Reba puso una astilla de madera sobre el plástico para fijarlo en su sitio.

—Jiminy dice que tú le empujaste. Todo el mundo lo dice... Bill, Verbie, incluso George el Raro. Y Pan. Y he oído decir que Pan estaba implicado.

—Pues si lo hice fue sin querer. De verdad me gusta, ya lo sabes. Pero a veces se pone tan borde, no sé, es tan terco, como si tuviera seis años en vez de diecinueve. Y en cuanto a Ronnie, sí, yo fui a su tienda. Y nos colocamos. Eso es todo. Y tampoco le importa a nadie.

—¿Y qué me dices de Jiminy? ¿Tampoco es asunto suyo? ¿No te oí decir que ibas a intentar hacer que todo esto funcionara, dejar de acostarte por ahí y etcétera?

Merry levantó la vista desde el otro extremo del plástico, alterando la fluidez de la superficie. Star veía la luz encharcándose como aceite en los oscuros pliegues del plástico. En el extremo del huerto estaba la cabaña original, la que había dejado el tío de Norm, con los troncos agrisados por el tiempo y los árboles creciendo desde la base hasta el tejado. Más allá estaba la nueva sala de conferencias, cuadrada y aún sin tejado, los troncos amarillos como los dientes de un animal allí donde les habían pelado la corteza, y una docena de personas se agitaban alrededor con sierras, hachas y martillos. Star oía el golpeteo ahogado del metal sobre la madera, el gemido de la sierra de cadena, de vez en cuando, una maldición.

—No sé —dijo Merry—. Tal vez me equivoque, pero ¿no fue a ti a quien vi saliendo de los arbustos con Deuce dos noches atrás? Río arriba. Tarde. Con una gran sonrisa... ¿No?

—Fuimos a buscar arándanos, eso es todo. Si te crees...

Star se dio cuenta de que estaba mintiendo. No es que le importara. Si Reba quería ser una hipócrita, era asunto suyo. Y de Alfredo. Alisó el plástico. Lo clavó a una estaca. Veía el campo de árboles talados tras ellas, con los tocones sangrando hasta el río, y vio a Che acercándose antes de oírle, y las tres oyeron a la vez su voz aguda elevándose en un chillido.

—Eh, Reba, creo que Che te necesita —estaba diciendo, y allí estaba, protoplasma lívido, erguido y ofendido. Avanzaba por el campo desde el río, sosteniendo una mano rígida ante él y gimiendo, mientras Sunshine le seguía.

Entre jadeos gritaba su nombre —¡Reba! ¡Reba!—, porque incluso en su situación extrema, fuera cual fuese, sabía muy bien que no debía llamarla mamá, como cualquier niño de urbanización, zombi y con el coco comido. Él era un mocoso, subalimentado, desescolarizado, colocado antes de tiempo, pero al menos eso lo sabía. Reba se levantó, con expresión tensa. Llevaba una camisa vaquera amarilla y beige con bolsillos bordados, y se tomó un minuto en buscar sus cigarrillos en un bolsillo y el encendedor en el otro, y mientras Che venía corriendo a enterrar su cara

chillona en la V de sus muslos, ella exhalaba la primera nube azul de humo.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó.

Él no podía decírselo. Simplemente pateó el suelo hasta que el plástico se combó y las estacas se levantaron y entonces ella se agachó y lo cogió en brazos mientras Sunshine los miraba con las manos en las caderas, ensayando su propia versión de los acontecimientos. Desnuda, bronceada, surcada con las furiosas erupciones rojas de cien picaduras de mosquito, era la encarnación de la niña salvaje, amamantada por los lobos, alimentada con ambrosía y leche del paraíso. Tenía el pelo enroscado, enmarañado, aclarado por el sol. Los ojos vigilantes.

—Yo no he sido —insistió mientras su hermano gemía sus acusaciones en la ingle de su madre—. Ha sido él. Solo él.

Hubo un grito en la distancia. Star no hizo caso. Estaban ocupadas, ¿acaso la gente no se daba cuenta? Había un trabajo que hacer y ella no tenía paciencia para niños chillones o para la catástrofe del momento —y eran tan regulares como un reloj, una por hora, cada hora—, ¿y no podía alguien encontrar el tiempo de sentarse y leerles un cuento a aquellos niños? ¿Era mucho pedir?

Pero los gritos eran furiosos y se intensificaban:

—¡Star! —llamaban—. ¡Star!

Ella volvió la cabeza para ver a un grupo de gente corriendo hacia el recinto de las cabras con los dos perros de pelaje ocre delante, en una oleada de musculatura amarillenta en acción. Reba tiró el cigarrillo. Los sollozos de Che murieron en su garganta, un gemido, un temblor, luego nada. Star se puso en pie al mismo tiempo que Merry y el plástico negro se arrugó como un mar oscuro bajo ellas.

Las cabras estaban en un cercado rudimentario, hecho con planchas de abedul y de álamo de dos metros y medio de largo, atadas a postes de metro y medio de alto. Pensaban hacerle un tejado y convertirlo en granero para el invierno, y había habido un tormentoso debate sobre la cuestión, porque nadie se imaginaba a las cabras hediondas y balando y echando sus cacas dentro de las cabañas, pero tampoco querían dedicarse a aquel trabajo cuando había cosas infinitamente más importantes que hacer, como construir cabañas, instalar estufas y partir cien trozos de leña para no helarse el puto culo de frío en invierno. Star entendía cuáles eran las prioridades, pero no le importaba. Ella siguió adelante y construyó un barracón ella misma, con un hacha y un rollo de cuerda de tender, y la tienda que Marco y ella compartían estaba montada junto al cercado, para que ella pudiera echar un ojo a sus protegidas bajo la acuarela gris de la noche.

Los perros ladraban, jadeantes aullidos de afirmación y rabia que recorrían el río y resonaban de nuevo, y uno de ellos —era Frodo— estaba intentando subir al cercado. Star dejó el martillo a sus pies y echó a correr.

Todo el mundo gritaba, apretujándose contra la barandilla como si fuera un rodeo, y la grupa de Frodo se quedó inmóvil allí arriba un instante como si fuera una estatua, antes de desaparecer, mientras Freak rascaba las planchas y caía al revés. Star no

podía distinguir desde lejos qué ocurría exactamente, pero las cabras balaban — chillaban, chillaban con una nota que ella nunca había oído ni imaginado— y una mancha visible de movimiento a través de los agujeros, ahora aquí, ahora allí, en un extremo u otro del recinto. Y cuando llegó, en medio del clamor general, Jiminy corría a la tienda de Pan para coger un arma, y Marco y Alfredo se sentaban a horcajadas de la baranda con palos en las manos, ella todavía no registraba lo que estaba viendo, como si hubiera un abismo esencial entre sus ojos y la parte de su cerebro que procesaba la información visual.

—¡Es un oso! —gritó alguien.

El blanco de las cabras, el ocre de los perros y el pardo furioso y salvaje de aquel ser que no pertenecía al cercado, que no tenía sentido en la mente de Star, que no era ningún oso sino algo completamente distinto, garras, dientes y pelaje en una furia de movimiento perpetuo y un gruñido agudo y acerado que nunca desfallecía. Y cuando Marco y Alfredo bajaron a la arena con sus palos, las cabras estaban muertas y destripadas, y Frodo yacía en el suelo con la garganta desgarrada y aquella bestia, aquella emanación del abismo más profundo en la parte más negra de la última y más salvaje fortaleza de las colinas que se erizaban alrededor de Star como parapetos, se había enfrentado a ellos y en un solo salto se había ido, un rumor umbrío en la alta maleza, más allá del silencioso cercado. Y más tarde, cuando ella supo lo que era —*gulo luscus*, el glotón, la comadreja gigante e hinchada, una bestia tan sanguinaria que había arrebatado sus presas a los osos grises—, seguía sin entenderlo. Lo único que sabía era que Ronnie se había llevado las armas río abajo —las tres— y que ya no habría cabras que atender, nunca más, ni habría más leche, más yogur, más queso. Un grupo, encabezado por George el Raro, Mendocino Bill y Norm, quería despiquear las cabras y cocinar la carne —seguro que era una bronca, un latazo y no valía mucho la pena, pero por qué echar a perder la carne, pensaban—, pero ella se les acercó como la propia bestia, llena de rabia, absolutamente llena de rabia:

—¿Por qué no desollar también a Frodo? —les dijo—. ¿Por qué no os lo coméis?

Ella misma cavó los hoyos, Marco se quedó a distancia con una expresión solemne y las dos manos vacías, colgando, pero ella no le dejó ayudarla. La tierra era dura como una roca. Los mosquitos la acribillaron. Sudando hasta que los ojos le escocían y sus mechones de pelo se le adherían como tentáculos a la garganta, arrastró los cadáveres de las cabras —de Amanda y Dewlap, y sí, aún podía distinguirlas, incluso a aquella hora tardía en que ya no importaba, pues habían cerrado los ojos al mundo—, las arrastró por la explanada y las enterró.

Por la mañana, cuando salió fuera a las altas hierbas de entre los tocones a dejar unas pocas flores sobre la tierra, hacer acopio de fuerzas y tal vez pensar algo consolador y decirse a sí misma que era mejor así, que formaba parte del plan y del fluir de las cosas, no había nada que ver más que dos hoyos vacíos y las largas huellas desnudas de las garras que se habían hundido en la tierra excavada.

Ronnie y Verbie no volvieron el jueves por la noche como estaba previsto, ni tampoco aparecieron el viernes. Los demás empezaron primero a extrañarse y luego a preocuparse. Aquel era un lugar peligroso, salvaje, descontrolado, lleno de sorpresas, y si antes no lo habían apreciado plenamente porque estaban demasiado abstraídos en sí mismos, demasiado concentrados en sus manos y pies y la organización de los troncos y la pesca del salmón del río y la recolección de bayas de las colinas, después, aquella criatura surgida de los bosques les había devuelto a la realidad. Aquello no era California. Aquello no era Indiana, ni Texas o Nueva Jersey. Estaban allí, en la tundra, y allí se quedarían, no había duda alguna, y era un lugar hermoso, casi paradisíaco, pero mucho más arriesgado de lo que ninguno de ellos habría soñado en la infancia en California, cuando la única preocupación consistía en que el depósito del coche se quedara sin gasolina y si en el supermercado tendrían ya alcachofas y mandioca. Les había acunado el sol, la brisa del río y el efluvio de los árboles, y las cálidas y almibaradas jornadas que durarían siempre. Pero ahora había surgido la tensión. Y ellos lo sabían.

El viernes por la noche, Star salió fuera y contempló la extensión del río hasta que empezó a notar fatiga en los ojos. Estaba preocupada por Ronnie. Para ella, era la persona más cercana en el mundo, además de Marco, y no sabía qué haría si le ocurría algo. Él era su conexión —su único vínculo— con toda su historia pasada, con el señor Boscovich y el libro del año escolar e incluso sus padres, y aunque ella no quería volver a todo aquello, aunque lo aborrecía entonces y seguía aborreciéndolo ahora, cuanto más se alejaba más importante se volvía, era parte de ella, tanto como los átomos que componían su materia celular y la sangre que circulaba por sus venas, y ella lo necesitaba. Como todos. Había hablado de ello con Marco muchas veces, y con Merry y Maya. Para llegar allí, formar parte de aquel proyecto, hacer lo que ellos intentaban en Drop City, uno tenía que cortar los lazos, por muy doloroso que fuera, pero eso no significaba renunciar necesariamente al pasado, borrarlo como si nunca hubiera existido. En otro tiempo, ella se llamaba Paulette. Había ido a la escuela católica. Había hecho galletitas al horno con su madre, montado en bici por las soleadas calles impecables de la urbanización y escuchado cómo las ruedas arrancaban el asfalto a cada revolución de las ruedas de los coches, se había enamorado de chicos y escrito en su diario y se había pasado la noche hablando por teléfono con Nancy Trowbridge y Linda Sloniker sobre las cosas más importantes del mundo. Aquello importaba. De verdad. Y Ronnie formaba parte de ello.

Pero el viernes pasó de largo y Ronnie no apareció. El sábado llovió todo el día y la gente se apretujó en sus tiendas y en la única cabaña que funcionaba, la original, que era una habitación diminuta, no mayor que el sótano donde el padre de Star y su hermano se repantigaban en el sofá a ver el fútbol los sábados por la tarde. El aire era frío —no debía de hacer más de diez grados fuera—, pero en la cabaña hacía calor, demasiado calor, con la estufa que funcionaba todo el día, para cocinar por turnos, y la presión de los cuerpos apretujados como maletas humanas, unos jugando a las

cartas, quejándose del tiempo, colocándose y generalmente convirtiendo el lugar en un estercolero, mientras Star y Merry buscaban espacio para cocinar unas judías y ocho hogazas de pan que por fuera serían pastosas y por dentro quedarían crudas, además de quemadas por debajo, y hubieran dado lo que fuera por un par de paquetes de tortillas La Estrella de la tienda de ultramarinos de Guerneville. Norm había tomado posesión de la única litera —después de todo, la cabaña había pertenecido a su tío y el espíritu comunitario tenía sus límites—, y allí estaba ahora, apoyado en un codo y con Premstar a su lado. Jugaban al whist, que era el único juego que conocía Premstar y cuando le pasaba la reina negra a Norm, Premstar chilló como si la nombraran Miss Watsonville por segunda vez.

Fuera, bajo la lluvia, Marco, Alfredo y algunos otros —al parecer Deuce, Tom Krishna, Creamola y Foster— ponían las vigas de refuerzo en su sitio para el tejado de la casa de reuniones. Sería fantástico tener algo más de espacio cuando volviera el mal tiempo. O simplemente espacio... Star habría podido sonreír —siempre sonriendo, dulces labios unidos en una beatífica sonrisa de chica hippy—, pero profundamente sentía que estaba a punto de perder la cabeza, y si tenía que tropezar con otros pies malolientes sin calcetines o fregar otro plato pegado porque algún idiota lo había dejado al aire libre sin aclararlo primero, se iba a poner a chillar y solo una mordaza y una camisa de fuerza podrían impedirlo.

Levantó la vista y los vio, a cierta distancia, siluetas acurrucadas y correteando con ponchos de colores apagados, acribillados por la lluvia, luchando contra el barro y el peso caprichoso e ingobernable de las vigas, y sintió deseos de salir y prenderles unas medallas en el pecho. Todos los demás habían acabado de trabajar por aquel día, ¡y eso los que se habían molestado en salir de sus sacos de dormir! Reba no se había dejado ver demasiado, pero tal vez fuera una bendición, porque al menos así los niños no estaban gritando dentro y fuera de la puerta cada treinta segundos. Mendocino Bill había estado trabajando con Marco y los demás las primeras horas de la tarde, pero nadie tenía un poncho tan grande como para que le sirviese, de modo que ahora estaba acurrucado bajo el alero del tejado, hojeando un sobado ejemplar de *Rolling Stone* y tiritando tan fuerte que se oían vibrar los cristales de la ventana, con el mono empapado y los pies desnudos extendidos como dos profundos muestrarios de tierra y barro endurecido sacados de un pozo de extracción. Por supuesto, les tapaba la luz, eso era lo importante, pero Star no se sintió con ánimos de asomarse y pedirle que se moviera. Se volvió, avanzó dos pasos hacia la estufa, y metió una pila de platos en el fregadero. Jiminy estaba a sus pies, con el brazo en su sucio cabestrillo y tallando figuritas de madera de aliso, sus muñecos de vudú, como él los llamaba, y tenía toda una colección, una por cada hermana y hermano de Drop City, aunque tan toscas que era imposible diferenciarlas. Mientras las tallaba, el pelo le cubría la cara como una cortina.

Star tuvo entonces una visión del futuro, del invierno, sin música, tedioso hasta la muerte, con todo el mundo abarrotado en un par de cabañas semiacabadas sin agua

corriente y sin váter y destrozándose los nervios unos a otros mientras la nieve caía y el hielo se espesaba y el viento soplaba en las copas de los árboles como si fuera el fin de todas las cosas. Contempló la escena un instante y después la ahuyentó de su mente.

—¿Sabéis qué? —dijo Norm, levantando la voz para que todos pudieran oírle por encima del crepitar de leña de la estufa y el arrastre constante del río—. Alguien debería coger una canoa e ir a Boynton. Para ver cuál es el problema de Pan y Verbie. Porque me apuesto mi condición de hippy a que por lo menos Verbie nos evitaría el mal rollo de retrasar el transporte de los cristales de las ventanas, los recambios para las sierras, el aceite de mezcla, la garlopa, los cinceles de las vigas y todos los demás objetos que aquí estamos pidiendo a gritos... A menos, quizá, que el asunto de su madre fuera, no sé, peor de lo que ella imaginaba...

Y en ese punto miró a Angela, que estaba encajada en la esquina junto a Jiminy, haciendo un crucigrama de un libro de crucigramas hecho y borrado por una docena de manos distintas. Angela no levantó la cabeza, como si Norm estuviera hablando de la madre de cualquier otro. Pero ¿qué podía hacer, salvo saltar ella misma a una canoa? ¿O dejarse crecer unas alas?

—Seguro que están bien —dijo Jiminy—. Es un problema de mal tiempo.

—¿Y ayer? —preguntó Star—. No hacía mal tiempo. ¿Y anteayer?

Ahora estaba en la mesa, intentando hacer una salsa con tomates de lata y un montón de cebollas amarillas que habían perdido su textura y entregado la piel a una película de moho negro, y pensar en chiles o cilantro era casi una broma. Podían haberse ahogado. Fácilmente. De hecho, era un milagro que todo el mundo hubiera llegado río arriba de una pieza la primera vez, incluso con la ayuda de Joe Bosky, que debió de hacer cinco o seis viajes con objetos y gente y provisiones mientras las canoas se arrastraban contra la corriente y Norm se desprendía de los billetes de cien dólares para mantener los motores en marcha y los flotadores en el agua durante una larga y frenética tarde y una noche que nunca llegó.

Premstar estaba absorta en sus cartas y los otros solo miraban por la puerta abierta, hipnotizados por la lluvia. Norm dejó caer la mano, miró a Star y se rascó meditativamente la barba.

—Supongo que debería convocar una reunión —dijo al fin, y Star siguió su mirada a través del umbral hacia la menguada perspectiva que ofrecía la lluvia.

A la mañana siguiente, el tiempo era claro y el sol ya estaba alto e iluminando el fino tejido de nailon de la tienda cuando se despertó, junto a Marco, con la boca seca y amarga y el hombro rígido donde el jergón (ramas de pino que ya no estaban frescas) le había pinchado a través del trozo de tela sin almohadillar del saco de dormir. Todo estaba húmedo y rancio. Ella estaba pegajosa de sudor, porque aquel saco de dormir estaba bien para cinco grados bajo cero, y ella se lo había cerrado hasta arriba por la

noche, tiritando tanto que apenas se había podido quitar la ropa. Aún llovía sin cesar cuando se fue a acostar, casi una hora después del retorno de Marco, y probablemente no hacía menos de siete grados, pero la tienda parecía una cámara frigorífica de productos cárnicos, y aquello, más que ninguna otra cosa, la hacía apreciar el esfuerzo concertado siete días por semana que estaban haciendo todos para levantar aquellas cabañas. Trabajo de equipo. Hermanos y hermanas. Todos echando una mano, uno para todos y todos para uno.

Marco le había dicho que, en el pasado, algunos pioneros habían soportado el invierno en una tienda de campaña sin nada más que una estufa de metal y unas cajas de cartón aplastadas para aislarse del viento, pero ella no podía imaginar cómo. ¿Una tienda? ¿En la nieve? ¿A veinticinco o treinta grados bajo cero? Aquello era cruzar el límite entre la autosuficiencia y el ascetismo —el martirio— y ella no tenía ninguna intención de sufrir por eso. No había nada malo en el confort, en las paredes de cincuenta centímetros de espesor, un fuego generoso y una pila de sacos de dormir para envolverse en el sueño mientras la nieve se acumulaba y el viento cantaba en las copas de los árboles. Y ¿por qué no incluir una taza de chocolate caliente en la escena, y también un buen libro?

Ya habían decidido dónde pondrían las cabañas, habían recorrido la tierra y se habían sentado a admirar la perspectiva del río que cada uno de ellos disfrutaría. Sería un pequeño semicírculo de firmes cabañas cuadradas, de troncos pelados, como salidas de una ilustración de libro, y en cuanto acabaran la cabaña de reuniones, empezaría con las demás. Y la clave era ahora cómo dividir el espacio. ¿Quién iba a vivir con quién? ¿Y podrían cambiar a medio invierno si alguien flipaba o tenía un mal rollo? Star pensaba que Marco y ella se instalarían con Merry y Jiminy, eso estaba claro, y tal vez Maya y uno de los tíos sin pareja. Cuatro estaría bien y dos aún mejor.

Se estiró, con cuidado de no despertar a Marco. Él estaba encorvado hacia el otro lado, envuelto como un cadáver en su ajado saco de excedentes del ejército, exhausto de trabajar sin parar todo el día bajo la lluvia. La noche anterior estaba tan quemado que incluso se había saltado la reunión, y en la cena apenas tenía fuerzas para llevarse el tenedor a la boca, y todas las bromas y discusiones y teorías locas que animaban la cena todas las noches y le daban aquel tono comunitario habían pasado flotando por su lado. Star estaba pensando en colarse en la cabaña y ver qué estaban haciendo para desayunar Dunphy y Erika (hoy era su turno y había nueve posibilidades sobre diez de que hicieran crepés con lonchas de bacon cortadas a mano para los carnívoros) y llevarle un plato a Marco a la tienda, desayuno en la cama y hola, buenos días, mi amor, ¿cómo estás?

En algún momento de la noche debía de haberse quitado la camiseta con la que dormía, aunque no lo recordaba, ni tampoco recordaba haber abierto la cremallera del saco. Sus pensamientos se movían despacio, como si su cerebro fuera un hervidor sin llenar y cada idea la más diminuta y reacia gota de un grifo mal cerrado. La noche

antes había fumado —hierba y un par de caladas del porro de hachís que Alfredo había hecho circular después de la reunión—, y ahora, allí echada, mirando la inmensa y sobrenatural bóveda azul de la tienda, se sentía amorfa y aletargada, como si uno de los vampiros de George el Raro se hubiera colado en medio de la noche, le hubiera chupado la sangre y le hubiera inoculado arena en las venas en su lugar.

Le pareció que tardaba una eternidad incluso en sentarse —¿era café lo que olía, bajando la cuesta desde la cabaña?—, y entonces se le ocurrió que aquella mañana no habría leche para el café, a menos que fuera leche en polvo, a menos que fuera leche en conserva, con sabor a lata, surgida de una fábrica Elsie Borden situada en algún oxidado epicentro del complejo industrial-militar del que todos intentaban escapar. Las cabras habían muerto, aquella era la cuestión vital. Si en un momento estaban mordisqueando los matorrales y los brotes tiernos con aquellos delicados movimientos de sus cabecitas y mirando a distancia con los ojos entrecerrados, en una especie de éxtasis caprino, al momento siguiente estaban desgarradas y destripadas como un par de calcetines sangrientos. Y Frodo. Todo el mundo quería a aquel perro. Podías tirar un frisbee a treinta metros, cincuenta, y él siempre estaba allí para cogerlo, en cualquier momento, mágicamente, como si se hubiera desplazado volando. Incluso había aprendido a sonreír, como hacen algunos perros, los verdaderamente especiales, ladeando la cabeza y levantando el labio superior para mostrar los dientes delanteros en una extraña parodia canina del saludo favorito de su amo. También él estaba muerto. Y Ronnie... ¿Qué le había pasado a Ronnie? ¿Y a Verbie?

Todos habían decidido que si los dos no habían vuelto aquel mediodía, alguien tendría que ir río abajo en una canoa y averiguar cuál era el problema, porque tal vez se había estropeado el Studebaker o tenían problemas con el motor fueraborda, una grieta en el fondo de la lancha, malas condiciones en el río, lo que fuera. O quizá había algo más oscuro, algo que nadie quería pensar realmente. Y ¿quién iría? De hecho, no podían prescindir de nadie porque todos estaban comprometidos en una carrera contrarreloj, incluso Jiminy, con un solo brazo, era vital para la causa, pero por fin Angela se ofreció voluntaria —era su hermana, su madre— y Bill dijo que la acompañaría para asegurarse de que no se perdiera, porque al fin y al cabo acababa de salir de una vida casi penitenciaria en Pasadena y su noción de la vida salvaje hasta aquel momento no rebasaba los límites de Griffith Park.

Era café. No había otro olor en la tierra como aquel. Star liberó sus pies del saco, se puso ropa interior y unos pantalones cortos, todo tan húmedo que habría servido para fregar el linóleo de su casa paterna, luego se puso una camiseta teñida muy grunge que debía de ser de Marco —la olió dos veces y efectivamente— por la cabeza, y se agachó para atarse las botas deportivas. Fue entonces cuando entre los sonidos anodinos —viento en los alisos, en los sauces, los álamos y los abetos, las erráticas quejas de los pájaros, el rumor del río— empezó a filtrarse otra cosa, algo no natural, artificial: el ruido mecánico y monótono de la combustión interna de un

motor.

Star salió de la tienda a tiempo para ver el trazo plateado del hidroavión de Joe Bosky hundirse tras la cortina de árboles que rodeaba el río y luego emerger para deslizarse por el agua en dos parábolas centelleantes de luz. El motor aceleró y luego murió mientras el avión giró sobre el agua y su propulsión le llevó hacia la playa de guijarros que se extendía al pie de la cabaña. Cuando Star llegó al sitio, Ronnie ya estaba fuera, en tierra, asegurando el avión con una cuerda que lo ataba alrededor del pontón. Siguió un momento muerto y luego el sol aferró la portezuela del avión antes de soltarla y Joe Bosky apareció junto a Ronnie, vestido de camuflaje y con gorro negro, y los dos hombres, inclinándose sobre algo, se rieron.

Aún era temprano, no más tarde de las siete, pero otros habían oído el motor y empezaban a asomar las cabezas fuera de sus tiendas o se quedaban allí plantados, con aspecto aturdido, descalzos y en ropa interior. Star fue la primera en llegar hasta la orilla, aún medio dormida. Las altas hierbas le cosquilleaban las pantorrillas, los insectos huían de sus pisadas en remolinos circulares de color. Desde algún lugar en las profundidades de la cabaña, Freak soltó un agudo ladrido introductorio.

—¡Ronnie! —exclamó Star, atravesando la franja de grava y abriéndole los brazos, y de pronto estaba iluminada de alegría, radiante, sin poder evitarlo—. Estábamos preocupados por ti.

Ronnie no sonrió, no dijo nada. Solo la abrazó —Pan—, y no se trataba de ningún abrazo fraternal, aquella vez no, sino que la envolvió en sus brazos y la apretó contra su cuerpo como si quisiera violarla allí mismo. Y luego, antes de que ella pudiera reaccionar, le echó la cabeza hacia atrás y la besó con fuerza en la boca, con demasiada fuerza, y demasiado tiempo, de modo que ella acabó empujándole para liberarse mientras Joe Bosky sonreía como si estuviera en un espectáculo porno o algo así.

—¿Yo no tengo derecho a beso, también? —dijo.

Ronnie sabía a alcohol y a cigarrillos y a no se sabía cuántas noches sin dormir.

—Hostia —dijo Ronnie—. Tienes un aspecto fatal.

Star se llevó una mano a la sien y se apartó el pelo de la cara, vulnerable, siempre vulnerable.

—¿Qué te crees? Acabo de levantarme. Ni siquiera me he cepillado el pelo ni lavado la cara ni nada...

—A mí me gusta así —dijo Joe Bosky—. Podría untarla con mantequilla y comérmela todo el día.

Su sonrisa era inmutable, fija, la sonrisa de un loco, y los ojos reculaban en sus órbitas como para escapar a un látigo interior. Llevaba una pistola en la cintura, atada como la de Ronnie, y la camisa arremangada para exhibir la carne esculpida de sus bíceps. La miró lascivamente un momento y luego se encasquetó un par de gafas reflectantes y plateadas que no dejaban ver nada. Estaba pasadísimo, eso era, colocado hasta la locura, y Ronnie también. Star lo vio en un instante, el dinero en la

barra, las bromas obscenas, cigarrillos y canutos en una y otra ronda y luego: «Venga tío, vamos río arriba a Drop City».

—¿Y dónde está la barca? —preguntó—. ¿Y Verbie?

Ronnie le devolvió una mirada que Star conocía de Kansas, de Denver, de Tucumcari, Nuevo México. Pobre Ronnie, pobre víctima, el crucificado y siempre sufriente Ronnie.

—Es una pendeja —dijo—. Lo siento, pero no podía resistirla más.

—Ah, y ¿entonces?

Bosky desplazó el peso de un pie a otro. Tenía la cara petrificada y los brazos rígidos a los lados. Star tuvo la sensación de que ya no estaba con ellos, o por lo menos, en aquel momento. Ronnie empezó a decir algo, pero se lo tragó. Tenía los ojos como alfileres clavados en el corcho de su cara. Apartó la vista hacia donde la gente salía de sus tiendas, rascándose sus matinales cabezas y encasquetándose los vaqueros como granjeros antes de un baile. Se encogió de hombros.

—Le dije que cogiera la barca sin mí. Viene hacia aquí ahora, con Harmony y Alice y algunos... cristales de ventanas, por lo menos. Los hemos sobrevolado de camino. Bueno, creo que eran ellos.

La puerta de la cabaña se abrió ante aquel fragmento aclarador y Freak se acercó por la explanada, arrastrando una estela de agudos y lúgubres ladridos de duelo —sí, los animales también sufrían el duelo, pensaba Star en su fuero interno—, y la voz de Norm se elevó en un bramido tras la cortina:

—¡Golpeadme con una rama de cannabis si me equivoco! ¡Aquí está, tíos, el hijo pródigo vuelve a tiempo para desayunar!

Y apareció en el porche con el pantalón de peto, con los tirantes caídos, todo pelo en pecho y tetillas gordas y arrugadas.

Ronnie le saludó con la mano y Joe Bosky levantó una mano muerta en el aire. Después, los dos volvieron al avión y empezaron a descargar lo que el pequeño Ronnie había decidido llevar consigo. Primero su mochila, que abultaba seductoramente. Luego las armas, los rifles que habían pertenecido a Norm y a su tío respectivamente. ¿Y por qué tenía que llevarse los dos cuando una sola bala habría servido para detener a la bestia que se cargó a las cabras? Y luego una caja blanca laminada con dos asas, con las letras «servicio postal de estados unidos» en un lado. Por lo menos no se había olvidado del correo, eso había que reconocérselo. La gente se agolpaba alrededor, en busca de las revistas, los caramelos, la sombra de ojos y el champú de hierbas y todo lo demás, pero Pan ya había acabado, Pan se alejaba del avión con las manos vacías. Lo siento, tíos, volved mañana, todo vendido. Star le observó hurgando en su propia bolsa, con la pistola en un muslo y el gran cuchillo enfundado en el otro, sus botas urbanas de cuero con la punta roma y tacones, oscurecidas por el agua del río, con la camisa rústica abierta hasta el cuarto botón y sus tres collares de cuentas balanceándose libremente —dos de los cuales se los había hecho ella misma en las largas y acristaladas horas de conducir a través de la zona

muerta del altiplano—, y pensó: «Se acabó. Está acabado».

Pero él la sorprendió. Levantó la mochila, se colgó un rifle a cada hombro y se volvió al más cercano de sus hermanos y hermanas —que era Tom Krishna, con la cabeza inclinada por timidez y su mandala artesano de aluminio atrapando la luz desde su garganta—, y le dijo, de modo que todos pudieran oírle, que el resto de cosas estaban en el barco, que no se preocuparan, y que el avión no podía llevar mucho peso, ¿lo entendía?

—Pero hemos traído el correo —dijo, y empujó la caja de cartón con la punta mojada de la bota.

La mañana se prolongó, se instaló. Star llevó un plato y una taza de café a la tienda y observó comer a Marco en ansiosos bocados, con su largo torso desnudo hundiéndose en los pliegues del saco de dormir como si ya no quedase nada más de él, y él limpió el plato y encendió un cigarrillo sin cambiar de postura.

—¿Eso que llevas es mi camiseta? —le preguntó, y ella contestó que sí, y se fue a buscarle un segundo plato.

Todo el mundo estaba ya despierto, sirviéndose crepés en los platos, llenándose el depósito con café sin leche y sacando el correo de la caja que Tom Krishna había puesto sobre la mesa de picnic. No había nada para ella —ya lo había comprobado—, ni nada para Marco, porque los dos habían aterrizado en aquel lugar del mundo y nadie, ni mucho menos sus padres, sabían dónde estaban. Star llenó el plato, bañó las crepés en sirope y se dijo que tendría que encontrar tiempo para escribir a la gente — a su madre, a Sam, a JoJo o a Suzie— porque le apetecía la idea de recibir una carta de vez en cuando, de tener correspondencia, de reafirmar que existía otro mundo allí fuera, más allá de la helada corriente del río. Mientras volvía colina arriba con el plato cargado, el sol ártico se acercó a ella y clavó su sombra a la tierra.

A las diez de la mañana, el termómetro comunitario que Norm había colgado fuera, junto a la puerta de la cabaña, marcaba veintiún grados, y toda la comunidad, incluso Jiminy con su cabestrillo, incluso Premstar, se había reunido en la explanada bajo el sol, concentrados en la tarea que tenían entre manos: poner el tejado y rellenar los huecos de las paredes de la sala de reuniones.

—¡Toques finales! —vociferó Norm, extendiendo el barro sobre las planchas—. El primero y más significativo edificio de Drop City Norte levantándose ante vuestros ojos incrédulos, ¿qué os parece, tíos?

No esperaba realmente una respuesta. Hablaba solo para oírse a sí mismo, y aquella era su misión, como gurú y animador, pero la gente se sentía bien, con ganas de jugar, incluso con ánimo de celebrar. El barro —densa arcilla excavada de la ciénaga que había bajo el cercado de las cabras, mezclada con agua para adquirir consistencia en una caja de tablones viejos— les cubría a todos, y habían hecho al menos dos pausas para peleas de barro, pero las paletas seguían trabajando y las

negras hendiduras entre los troncos daban paso a hermosas y largas franjas horizontales de barro ocre, que se endurecían al sol, y sí, Virginia, así se aislarían del viento durante todo el invierno. Los postes del tejado, todo un bosque de píceas desnudas y brillantes y tan rectas como la naturaleza y cierta planificación podían lograr, fueron alzados al estilo brigada hasta Marco y Tom Krishna y luego los colocaron sobre las vigas, sin clavos ni ligaduras ni encabalgamientos de láminas de metal, no hacían falta, afortunadamente, porque el peso de la cubierta de césped — gruesas placas turbosas de más de cincuenta centímetros de espesor donde se mezclarían todo tipo de plantas, flores y hierbas que brotarían de la superficie como la cabellera de la cabaña— las mantendrían en su sitio. O por lo menos, esa era la teoría.

Star ayudó a Dunphy y Erika a preparar sesenta bocadillos de mantequilla de cacahuete y gelatina, una ensalada de frutas —dos tipos de bayas, melocotones Del Monte recién salidos de la lata y trozos de manzana con la piel magullada aún intacta— y veinte litros de Kool Aid de cerezas, ligeramente mezclados con ácido, solo para darles un subidón adecuado, y Tom Krishna se ocupó de la música, conectando un pequeño estéreo portátil Sears Roebuck a una batería de coche que había que usar con moderación, tíos, porque no había ningún medio de cargarla. La música —tan inesperada, desorientadora, inmediata y absorbente— les llevó al extremo. Muchos se sintieron libres para dejar de trabajar y bailar antes de iniciar una batalla de barro, y luego se comieron un bocadillo y un vaso de Kool-Aid, con el constante y húmedo golpeteo de Grateful Dead, que lanzaba sonidos de tambor y convertía las cuerdas metálicas en una lluvia de cristales rotos, «Un amigo del diablo es amigo mío». Star se sorprendió abrazando a todo el mundo, había olvidado lo de las cabras, lo de Ronnie, que se había arrastrado y eclipsado en su tienda, y también habría olvidado a Joe Bosky —extraordinariamente repulsivo—, de no habérselo encontrado a cada paso que daba, sirviéndose Kool-Aid y bocadillos, danzando sobre sus pies como si se balanceara sobre un poste y tirándole besos, haciendo malabarismos con un hacha y un par de cuchillos en una pantomima interminable.

Pero nada podía apagar su ánimo. Era como levantar un granero, eso era, como un acontecimiento histórico, de los pioneros, y ellos lo estaban viviendo, haciéndolo posible, reescenificándolo en la era moderna, porque siempre se podía dar un paso hacia atrás.

—Es como levantar un anticuado granero —dijo en voz alta, a nadie en particular, y le gustó tanto la idea que lo repitió una y otra vez, pero nadie le prestaba atención, porque todos estaban en su propio colocón, rellenar agujeros, construir el tejado, dar dos pasos y vuelta a tu pareja, y el único que le respondió fue Joe Bosky:

—Claro que sí, chati, y yo levantaría contigo todos los graneros del mundo.

Era ya bien entrada la tarde, la sala de reuniones estaba ya aislada por dentro y por fuera, el tejado en su sitio y enterrado en césped, como si hubieran trasladado un prado entero de la tierra al aire, flotando allí como una alfombra mágica sembrada de

flores, y aquello sí que era un buen viaje, todos estaban de acuerdo, y todavía nadie había pensado en Verbie. La cena se estaba haciendo —filetes de salmón macerados con eneldo y hechos a la brasa, con arroz integral, arándanos estofados y un bote de mostaza común a un lado—, y todos los miembros de Drop City se sentían relajados y llenos de confianza. Lo habían conseguido. Habían recorrido un largo camino hasta allí y habían construido una casa de la nada, con los materiales que tenían a mano —materiales gratuitos, ofrecidos por la naturaleza—, y eso significaba que podrían construir también las demás cabañas, y ¿por qué dejarlo en tres? ¿Por qué no construir cinco o seis? ¿Por qué no un campamento entero en el lugar, como Camp Minewa, donde las chicas vivían en grupos de cuatro en una cabaña, con literas contra la pared y cantidad de espacio para todos? Marco hablaba de un fumadero y Norm votaba por una sauna y quizá incluso una bañera de agua caliente, y durante la comida se había lanzado a un largo discurso (alimentado por el ácido) sobre los suecos, las rocas calientes y las fuentes aún más calientes, las saunas de Chippewa y los ritos de purificación, hasta que se quedó ronco de tanto hablar. Claro, respondía la gente. Claro, ¿por qué no? Porque no había nada que no pudieran hacer, y si alguien albergaba alguna duda, solo tenía que echar un vistazo a la sala de reuniones, que se erguía alta y orgullosa donde antes solo había matojos, árboles y un montón de mortecina roca gris. Por eso todo el mundo sonreía y no era solo la influencia suavizadora del ácido. Aquello era una emoción auténtica. Era real. ¿Y Verbie? Venía de camino río arriba, ¿verdad?

Star estaba fuera, instalando las cosas para la cena en la larga mesa de troncos hendidos, cuando el agudo y fuerte gemido de un motor fueraborda se liberó de entre los árboles. Verbie, pensó. Y Harmony y Alice y el champú, las revistas y pilas para las linternas que ella había encargado, y chocolatinas (ella se moría por el chocolate). Abandonó lo que estaba haciendo y dejó que sus pies la llevaran hasta el río.

Otros seis hermanos se le habían adelantado. El agua reenviaba láminas de luz mediante sus olas y efervescencias, el cielo se desnudaba de nubes hasta asemejarse a aquellos paisajes coloreados siguiendo la numeración que nunca tenía la paciencia de acabar cuando era pequeña. George el Raro estaba subido a una roca, descalzo en medio de la corriente, con el pelo cayéndole por la espalda como una maraña de algas oscuras, Erika junto a él, sumergida en el agua hasta la cintura. El perro, Freak, también estaba, metido hasta el pecho y agitando el tocón recortado de su cola, y aún hacía calor, mucho calor, como en pleno verano en cualquier punto de la costa de Jersey. Y aquello fue lo que cruzó la mente de Star —Jersey Shore, Ronnie, Mike, JoJo, algunos otros de las casas de piedra y ella, y el fin de semana que habían pasado acampados en aquella playa, el sol y el tirón de la sal en la piel al secarse, hogueras nocturnas, almejas cocinadas al vapor, en su propio jugo—, a medida que el barco se acercaba y ella empezaba a darse cuenta de que no era Harmony quien iba al timón, ni Verbie, ni tampoco Alice. Verbie iba sentada en la proa, con la pálida máscara de su rostro elevándose y descendiendo con el movimiento, pero ¿quién iba en el asiento

del medio y quién detrás?

El motor siguió zumbando. El barco se acercó. Star volvió la cabeza y dirigió una mirada ansiosa al lugar donde Marco y Alfredo se arrodillaban sobre el tejado de la sala de reuniones, inspeccionando su trabajo, y deseó llamarles: «¡Mirad, mirad quién viene!», pero se contuvo.

Otros empezaron a levantar la vista, curiosos, porque dos llegadas en un solo día era un fenómeno sin precedentes, y Star veía sus caras animándose: Jiminy y Merry en la puerta de la cabaña, Mendocino Bill y Cremaola interrumpiendo aturridos su juego de la herradura, Premstar con el pelo recogido en lo alto de la cabeza y una revista en la mano, bajando de la hamaca que Norm le había colgado. Una brisa soplaba desde el río, vibrando en los sauces a lo largo de la costa. Freak empezó a ladrar.

Star se dio media vuelta justo cuando la barca se deslizaba tras la roca donde George el Raro agitaba los brazos y gritaba algo ininteligible por encima del ruido del motor, y por un instante le bloqueó la vista. Luego, el barco se proyectó hacia delante y Star vio quién se sentaba en el asiento del medio, y no se habría sorprendido más de haber visto allí al propio Richard Nixon.

—¡Dale! —gritó alguien—. ¡Eh, Dale!

Y entonces, antes de que pudiera pensar o reaccionar, apareció Sky Dog, con una mano en el timón y haciendo con la otra el signo de la paz.

Hablaban sin parar, contándolo todo, y de no haberlo sabido, habría pensado que acababan de soltarles de celdas separadas, un golpe en los barrotes significaba que sí y dos que no. Era una especie de diarrea verbal (un concurso de oratoria), con Sky Dog precipitándose para llenar el vacío cuando Dale Murray se paraba a respirar, y viceversa. Y la cuestión era que la gente quería escucharlo, cada palabra, porque aquella era la diversión, aquel era el entretenimiento de la noche. Nadie se había levantado de la mesa. Una botella de cerveza casera iba rondando, pasando de mano en mano y de boca en boca. Norm sacó un paquete de tabaco nuevo, sacó un cigarrillo y pasó el paquete. Las espinas y la piel del salmón se adherían a los platos, el arroz sobrante se endurecía en la olla, las moscas zumbaban, los mosquitos flotaban como adornos en el aire. La gente tenía los ojos ardientes. Se reían, charlaban, las manos comunitarias caían sobre los hombros ajenos, y era como la reescenificación de la *La última cena* de Leonardo, excepto que la figura de Cristo era doble, Dale Murray y Sky Dog.

—Y fue un viaje alucinante, la moto, porque... ¿dónde era, Dale?

—En Dawson.

—En Dawson nunca habían visto una Honda, sobre todo una bestia como esa, setecientos cincuenta centímetros cúbicos, carenado Windjammer, toda cromada, tío, y el primer tío que salió del bar ofreció dos mil doscientos, canadienses, y os juro que Dale ni siquiera volvió la cabeza.

—Exacto, tío. Podéis apostar el culo.

Marco desplazó el peso de una nalga a otra sobre la dura plancha del asiento. Le habría gustado ahorrarse las hazañas heroicas y el pastel de sonrisas, asentimientos y apartes que parecían haber adherido a todos a sus asientos. Podrían haberse quedado los dos en Dawson, Whitehorse o donde fuera, en cualquier sitio menos allí. Aparecían como héroes conquistadores cuando ya habían acabado la peor parte del trabajo. Eso pensaba. ¿Y qué había hecho nunca Dale Murray o Sky Dog por Drop City? Intercambió una mirada con Alfredo, que apoyaba los codos sobre la mesa, dos asientos más allá, pero Alfredo parecía guardarse sus propios pensamientos. ¿No habían echado ya una vez a Sky Dog? ¿O acaso Marco lo había soñado?

En la cabecera de la mesa, sentada a la derecha de Norm, Premstar lanzaba risitas y la hierba —la hierba de Sky Dog, la hierba de Dale Murray, la hierba de Lester y Franklin— seguía circulando. Cuando el porro comunitario le llegó a Marco, él lo cogió como cualquier otro, entre el pulgar y el índice, y las huellas comprimidas de Joe Bosky dejaban paso a las de Star y las de Star a las suyas. El Kool-Aid con ácido se había acabado y pensó que sentía aún las secuelas, un ligero zumbido. Lo habían hecho deliberadamente suave, se trataba solo de crear una especie de biombo, de filtro, y él se había tomado tal vez dos vasos, un par de horas antes, y ahora Reba y Merry revoloteaban por la mesa con una gran cazuela ennegrecida de chocolate

caliente y la gente hundía sus vasos en ella y el vapor formaba una corona transparente. Freak había renunciado a pedir más comida —finalmente saciado— y se había echado a los pies de Star, gruñendo suavemente mientras se sondeaba los huevos y se olía bajo la cola en busca de moscas. Jiminy se levantó y acercó el mechero a la pila de ramas bajas de pino y arbusto que habían apilado para hacer un fuego, y muy pronto el humo rodeaba la mesa como una especie de brisa, molesto sin duda, pero al menos ahuyentaba a los mosquitos.

—Los muy cabrones lo pusieron a tono, ¿qué te parece?

—¿Qué has dicho? ¿Indecencia pública? —dijo Norm—. Supongo que bromeas...

Marco exhaló y pasó el porro a Dunphy, que tenía los dedos fríos, de araña, delgados y mordisqueados. Fue un roce fugaz de piel contra piel y ella le dirigió una mirada inexpresiva y media sonrisa, se llevó la colilla a los labios y aspiró. Marco se miró los dedos, sus manos extendidas sobre la superficie irregular de la mesa. Tenía las uñas mordidas, las cutículas arrancadas, y la suciedad anidando en cada grieta y cada rasguño formando una red de costuras negras y muertas. Eran las manos de un trabajador, un hombre que dedicaba doce o trece horas al día al esfuerzo físico, las manos de un hombre que estaba construyendo algo permanente. De pronto le invadió una oleada de ruborizado orgullo. Y alegría. También alegría.

—¿Cansado? —preguntó Star en un murmullo, inclinándose hacia él.

A modo de respuesta, juntó las manos en señal de oración, las inclinó y formó una almohada para descansar la cabeza en ella.

—Y Lester —estaba diciendo Sky Dog—. Tendríais que haber visto a Lester, tío. Querían encerrarle, solo por cuestión de principios, ¿sabéis? Pero él les montó su numerito y las mil monerías y sonrió tanto que aquel tío... No sé lo que era, un sheriff, o uno de la Guardia Montada o algo... Creí que se iba a fundir allí en sus botas como un gran tocho de mantequilla rancia. Hostia, y el alce... ¿Os he contado lo del alce?

Alfredo le interrumpió. Quería saber dónde estaba Lester. ¿Pensaba ir a reunirse con ellos, río arriba? Por que si se presentaba allí, sería un tanto peliagudo, bastante peliagudo, después de lo que había pasado en California, y no quería que pensarán que él tenía prejuicios, porque aquello no tenía nada que ver con los prejuicios...

—Se ha quedado atrás, en el autocar —dijo Verbie, cogiendo una media luna de espinas—. Con Franklin. Están buscando oro.

Joe Bosky soltó una risotada.

—Putos pardillos —dijo—. *Cheechakos*, recién llegados.

—Lo único que sé —dijo Sky Dog— es que ya habían llenado un frasco de pepitas de oro y lo único que hacen es coger lo que sale de ese arroyo al norte del pueblo...

—Last Chance Creek, el río de la Última Oportunidad —dijo Bosky, doblando los brazos. El borde blanquecino de una cicatriz se reveló bajo su bigote de aviador,

curvándose en la carne del labio superior. Se le veía la raíz de cada pelo—. Deberían haberlo llamado No Chance Creek, porque no hay nada allí, salvo el agua negra de las fosas sépticas de la gente.

—Lo siento, tío, pero yo lo he visto, te digo que allí había oro.

—Pirita de hierro —declaró Verbie, pero entonces intervino Norm.

—Podría ser oro, ¿quién sabe? Este es el país del oro, ¿no? Yo pienso ir allí con un par de tamices, iremos Premstar y yo. Cuando hayamos construido las cabañas. ¿Por qué no? Eso es dinero en el banco, tíos, y solo está ahí para que lo recojamos, como las bayas o los gordos y plateados salmones que remontan el río. ¿Y es que tengo que recordaros qué es lo que hacemos aquí, en primer lugar?

Jiminy declaró que le parecía bien lo del oro. Quizá a Harmony se le ocurriera una manera de fundirlo y hacer ornamentos y figuritas, etcétera... O quizá podían venderlo y usar el dinero para un nuevo generador, y así tendrían música más de una vez por semana. Y luz, qué buena idea. ¿No estaría bien tener luz?

La cuestión fue dando vueltas a la mesa, las pepitas de oro (que resultarían invariablemente ser piritas de hierro) crecían en cada mente de Drop City hasta que el arroyo de la otra orilla se volvía dorado y los árboles de las colinas perdían las raíces porque no crecían en la tierra sino sobre pepitas de oro... Marco prefirió no seguir escuchando. Nunca se había sentido tan cansado en toda su vida. Y de no haber sido por la alegría que aún sentía (la casa de reuniones estaba construida, las paredes rellenas y el tejado en su sitio, ¿quién lo habría creído un mes antes?), habría reptado hasta su saco de dormir en aquel mismo instante. Pero aguantó, acariciando el brazo desnudo de Star con la punta de un dedo muy relajado y dejando que la marihuana convirtiera la sangre en jarabe que fluía por sus venas.

Habían construido la casa de reuniones con dos plantas, con las vigas delimitando otro piso para que la gente pudiera dormir si hacía falta. Era una buena idea, feliz resultado de haberse sentado con un papel y un lápiz a hablar de ello previamente Tom, Alfredo, Norm y él. Norm sabía lo que estaba haciendo, por lo menos en su mayor parte, y Sess Harder, que estaba a quince minutos de distancia yendo por el río, era como una enciclopedia viviente —él les había dicho que pusieran cartón aplastado sobre las viguetas del tejado para que la tierra mojada no se filtrase por las grietas— y el tío de Norm había dejado un ejemplar de *Cómo construir una casa de troncos*, con copyright de 1910, que podían consultar si lo necesitaban, pero Marco no podía dejar de maravillarse de lo sencillo que era todo el proceso. Primero había que cortar y pelar los troncos, pulir los extremos hasta que fueran iguales, excepto tal vez en escala. Como los maderos Lincoln, con los cuales todos los americanos construían sus fuertes y fortines. Después se excavaban sesenta centímetros en los cuatro ángulos de la casa, se apilaban piedras para poner el primer cuadrado y así sucesivamente. Luego se extendía el suelo —con listones tallados de píceas con una sierra de cadena—, se cortaban agujeros para las ventanas y una hendidura de veinte centímetros de diámetro para el tubo de la estufa, y ya lo tenías. Básicamente. Y si

todos podían colaborar y construir una barraca así, de dos pisos y seis metros por cinco cincuenta, entonces construir las demás cabañas sería pan comido.

—¿Y qué hay de Harmony y Alice? —preguntó Norm, inclinándose sobre la mesa y mirando a Sky Dog y Dale Murray por encima de sus gafas—. ¿Y qué hay de Lydia?

—Ya conoces a Harmony —dijo Sky Dog—. Ha instalado un horno al lado del autocar y dice que está experimentando con ciertas cosas y que aún no está preparado para subir río arriba. Por lo menos, eso nos dijo a Dale y a mí. Y el Escarabajo está estropeado.

—Ha encargado una nueva bomba para el coche —terció Verbie—. A ese sitio de Anchorage.

Norm se hundió los dedos en la barba y se subió las gafas.

—¿Y Lydia?

Hasta aquel momento, Joe Bosky había estado ausente y su intervención sobre la cuestión del oro había sido lo único que le había hecho hablar en toda la velada. Se había encerrado tras sus gafas de sol plateadas desde la mañana, colocado por una gran variedad de cosas. Cuando habían traído el chocolate caliente, él se había tambaleado hasta el avión y había traído una botella de ron Hudson Bay y la había puesto en la mesa. Dos de los otros habían seguido su ejemplo y habían regado el chocolate con ron. Ahora se aclaró la garganta para responder a Norm y se inclinó para escupir en la tierra antes de ofrecer la masa compacta de su rostro a la mesa.

—Está en Fairbanks —anunció.

—¿Fairbanks?

Un murmullo se extendió por la mesa. Si aquella inquietante noticia era cierta, tenían la evidencia de la primera deserción, la primera traición del ideal. Todos se miraron unos a otros por encima de la mesa. ¿Quién sería el siguiente? ¿Cómo acabaría? ¿Se desmoronaría todo el proyecto? ¿Era eso lo que significaba? Marco se encorvó sobre su plato. Sintió que, al menos en aquel instante, estaba demasiado cansado como para verse afectado.

—¿Qué quieres decir, en Fairbanks?

Joe Bosky tenía la voz densa y gutural.

—Le he conseguido un trabajo en un local que conozco. Un bar. Va a hacer de bailarina.

Le tocó el turno a Verbie:

—Pero solo hasta el invierno, o eso es lo que me dijo. Para conseguir algo de dinero, para todos. Lo hace por todos nosotros. Y luego volverá al rebaño. Me lo ha prometido, me dijo que os dijera que lo prometía.

—Y si a alguna de las otras chicas le interesa —dijo Bosky, y se volvió hacia Star y fijó su mirada invisible—, puedo arreglarlo, porque Dios sabe que allí se mueren por las mujeres. Y Lydia es natural, con ese cuerpo que tiene...

—¿Bailarina de topless, verdad? —preguntó Maya.

—Sí, solo hasta el taparrabos, cielo, porque el desnudo total aún es ilegal en este estado. Pero te aseguro que ganará más en propinas una noche de lo que conseguís en un mes de paro o bonos de comida o lo que sea.

Todos miraron a Norm, conscientemente o no. Y Norm, en la cabecera de la mesa, con el pelo colgando de la cinta, el cencerro como un rallador de queso colgado alrededor del cuello, dejó la taza de chocolate y se lamió el bigote hasta que desapareció todo el residuo dulce.

—Está bien —dijo al fin—. Buen rollo. Quiero decir, podemos soportarlo, ¿verdad, tíos? Lydia va a enseñar el cuerpo con el que ha nacido y conseguir un poco de plata para Drop City sin esfuerzo, ¿cuál es el problema?

La respuesta de Verbie le volvió como el estallido de un látigo.

—Es explotación.

—¿Explotación de qué?

—Del cuerpo femenino. Es sexista. Mira, no veo que ninguno de vosotros, hombres, os pongáis a bailar en taparrabos o lo que sea...

—Solo porque no nos lo piden —dijo Norm, y la gente se echó a reír, aprobándole a ambos lados de la mesa, y luego Sky Dog dijo que él lo haría sin pestañear.

—Ah ya —lanzó Verbie—. Entonces, ¿por qué no lo haces ahora? ¿Por qué no te subes a la mesa y nos ofreces algo para mirar? Venga, veamos lo que tienes, gran chico, vamos...

Sky Dog se levantó titubeante de su asiento y empezó a desabrocharse los botones de la camisa mientras las risotadas arreciaban. Pero una vez se quitó la camisa, pareció perder la noción de lo que estaba haciendo —perdido en el azul del cielo— y volvió a sentarse.

—Cobarde —dijo Merry.

—¿Veis lo que os decía? —terció Verbie.

Y entonces Premstar, apoyada en Norm como un maniquí pintado, Premstar la reina de belleza, que se preocupaba más de sus uñas y su carmín y su máscara que de ninguna otra cosa que pudiera pasar en Drop City, pasada o presente, entró en la conversación por primera vez en aquella noche.

—¿Y qué hay de nuestros caprichos? —preguntó—. Todas las cosas que le encargamos a Pan. ¿Es que nadie se acuerda ya o qué?

Aquel fue el desafortunado momento que Ronnie escogió para aparecer tambaleante desde su tienda cruzando la explanada, con el sol incendiando sus mechones de pelo y el torso cabalgando sobre sus caderas como un caballo de ti vivo. La mesa se quedó momentáneamente silenciosa, observando su progreso. Todo el mundo estaba pensando en lo mismo. Pan había estado tirado en su tienda todo el tiempo, fuera de la vista, fuera del pensamiento, pero el barco había llegado con Verbie, Sky Dog y Dale, una extraña carga, y las ventanas para la casa de reuniones estaban allí, intactas y reales, y las latas de keroseno, el aceite y las hojas

para las sierras, pero no había nada más. Ni caramelos, ni desodorantes, ni libros ni revistas ni crema solar. ¿Y si no estaban en el avión ni en el barco, dónde estaban entonces?

—Eh, Dale —dijo Sky Dog, intentando reanimar el ambiente—, ¿te acuerdas de aquella mierda que intentaron colocarnos, dónde fue, en Carmack, en aquel bar de carretera? ¿Hamburguesa de alce, lo llamaban?

Pero nadie le escuchaba. Todos los ojos estaban puestos en Pan, que se acercaba a la mesa arrastrando los pies, remetiéndose la camisa en los pantalones y manoteando para alejar a los mosquitos con aire ausente. Incluso Freak levantó la cabeza del suelo para dedicarle una mirada apreciativa. El humo flotaba. Un momento contenido y silencioso.

—Eh, qué pasa —dijo Ronnie, inclinándose por encima del hombro de Marco para otear en las profundidades de la cazuela más próxima—. ¿Llego demasiado tarde a cenar?

Al principio intentó negarlo todo, apretujándose en el banco entre Star y Joe Bosky y arañando lo que podía del fondo de la olla y sirviéndolo en el primer plato que encontraba, sin importarle si estaba usado, él no era quisquilloso. Había adoptado su expresión «Encantado de estar aquí», todo sonrisas y ojos que bailaban, y se había esforzado un poco con la ropa, la camisa vaquera limpia y tal vez incluso planchada y lo que parecía una nueva cinta en la cabeza. Encontró un tenedor, lo secó en sus vaqueros y empezó a llevarse las endurecidas sobras del arroz a la boca, demasiado ocupado en comer como para abordar el tema de la confianza de Drop City y la lista de compra de dos columnas enrollada sobre el fajo de billetes que todos le habían entregado cinco días antes. Marco escrutó su perfil, el pelo escaso de sus patillas estrechándose hasta llegar a la barba aún más escasa, el juego de músculos que trabajaban en su mandíbula. Pero Ronnie no miraba a nadie, y menos que nadie a Premstar, que lo miró directamente y le preguntó:

—Entonces, ¿dónde están nuestras cosas?

Premstar repitió la pregunta y Reba, con una mirada depredadora, se añadió:

—Sí, Pan, ¿dónde están? No irás a decirme que se te han olvidado, ¿no?

Si Ronnie había esperado escaquearse, iba a sufrir una decepción, pensó Marco. Él no le había dado dinero —estaba demasiado ocupado como para pensar en lo que quería o necesitaba—, pero Star sí y aquello era suficiente para sentirse implicado, más que suficiente. Hasta aquel punto, Pan había sido bastante inofensivo, aunque tal vez se había escaqueado de la construcción o de todo lo que representara el mundo real, se había hecho cargo del barco y las redes que había dejado el tío de Norm y había perforado sistemáticamente con sus balas todo lo que se movía a lo largo del río, y aquello era carne que nadie más iba a conseguir, por lo menos, hasta que las cabañas no estuvieran construidas. Él trabaja a su manera, solía decir Star cuando

salía a relucir su nombre en los grupos de trabajo que Alfredo intentaba siempre organizar —el equipo de la letrina, el equipo descortezador de troncos, los cortadores de madera y los de la tierra— y su forma de defenderle irritaba a Marco, ciertamente, pero no sentía celos de él, o por lo menos no pensaba reconocerlo. «Claro que le quiero —insistía Star—, pero como a un hermano, como a mi hermano Sam, y no, tampoco nos acostábamos realmente, o por lo menos, no de una forma que significara mucho...».

—¿Es alcohol lo que veo en la mesa? ¿Licores destilados? ¿Bebidas alcohólicas? —Ronnie levantó la cabeza y lanzó una mirada a la botella de ron que, iluminada por el sol, se erguía sobre la madera de cortar junto al codo de Bosky—. ¿Con qué se mezcla?

—Nuestras cosas, Ronnie, nuestras cosas —dijo Reba—. Estamos hablando de las cosas que te encargamos y pagamos. ¿Dónde están? ¿Eh?

Ronnie alcanzó la botella, encontró un vaso, se sirvió. Todos los presentes le estaban observando como si nunca hubieran visto a un hombre llevarse un vaso a los labios, y le observaron beber y poner una mueca.

—Pensaba que era... ¿No lo hemos traído en el avión, Joe? ¿Quiero decir, esta mañana?

Pero Joe Bosky no le sirvió de ayuda. Se quedó allí inmóvil tras sus gafas ahumadas, sin molestarse siquiera en ahuyentar a los mosquitos que se le concentraban en la nuca. Una densa humareda pasó sobre la mesa y luego se disipó. Nadie dijo una palabra.

—Hostia —dijo Ronnie, palmeándose la frente—. No me digas que me he dejado todo en el autocar...

—Para el carro, tío. No has dejado nada en ninguna parte, ¿verdad, tronco? —Mendocino Bill levantó su imponente figura en el extremo de la mesa. Él había encargado polvos para los pies del doctor Scholl porque tenía un caso semicrónico de pie de atleta y el picor le hacía subir por las paredes—. La has cagado, ¿eh?

Ronnie miró desconcertado por la mesa, la mandíbula apretada, saltando con los ojos de una cara a otra. Estaba calculando, pensó Marco, sondeando profundamente, en el agujero más hondo, en busca de una mentira plausible para salvar el pellejo. Marco no sentía simpatía por él, en absoluto, y en aquel momento se dio cuenta de lo prescindible que era, tanto si Star le necesitaba como confesor como si no, o tal vez precisamente porque ella le necesitaba. O creía necesitarle. Las sombras se intensificaron. Un halcón chilló desde un árbol, a la entrada del bosque.

—¿Qué dices, Pan? —se oyó preguntarle.

—Esto parece tercer grado —dijo Ronnie, mirando a la mesa, jugueteando con el tenedor. De pronto soltó una risa, una risa aguda como un ladrido que sobresaltó al perro en su trance digestivo. Ronnie levantó la cabeza y miró a Marco de soslayo—. Muy bien —dijo—, me habéis pescado. La he cagado. Supongo que bebí demasiado y luego... No sé, supongo que perdí la cabeza... —No debió de encontrar nada

reconfortante en la mirada de Marco porque volvió a bajar la cabeza y murmuró, sin dirigirse a nadie en particular—: Así que adelante, colgadme.

Pasó un momento, mientras todo el mundo miraba la bobina de su cabeza inclinada, los anillos que centelleaban en los dedos de su mano derecha —un anillo en cada dedo, incluso el pulgar— mientras se metía arroz empastado en la boca con la lenta y trémula incertidumbre de un penitente. Freak salió de debajo de la mesa, se estiró, bostezó y miró a lo lejos, por el campo, hacia la línea de árboles. Star estaba rígida, lívida, exangüe, reducida a la nada. Le dirigía a Ronnie una mirada que Marco no supo identificar: ¿tenía miedo por él, era eso? ¿O sentía vergüenza? ¿Vergüenza y disgusto? Casi se sorprendió cuando la voz de ella rompió el silencio:

—Entonces, vas a devolver a cada uno su dinero, ¿verdad?

Ronnie bebió otro trago, hizo una nueva mueca. Parecía un gato buscando en un cubo de basura.

—Hostia, ¿alguien tiene una Coca? ¿O una Pepsi? Aceptaría incluso Royal Crown... esta mierda es dura. —Le dirigió una mirada a Star y luego volvió a mirar su plato—. Bueno, no exactamente —dijo, y un murmullo furioso estalló de un extremo a otro de la mesa—. Porque tenéis que entenderlo, vi la oportunidad de esa hierba, quiero decir, la hierba que Lester y Franklin pasaron de extranjis, porque ¿dónde íbamos a encontrar hierba en Alaska? Aparte de lo que cultivemos, claro. Así que pensé que lo que necesitábamos más, lo más importante... ¿Qué nos iba a ayudar durante las largas y oscuras noches que llegarán antes de que nos demos cuenta? ¿Eh? Hierba. Así que hice una inversión por todos.

—Eres un auténtico altruista, Pan —dijo Reba.

Bill aún no se había sentado. Todavía estaba de pie, en el extremo de la mesa, con la grasa convirtiéndose en músculo en sus hombros y brazos, mientras el largo rayo inclinado del sol cristalizaba las mechas sucias de su pelo lavado en el río. Parecía dolorido. Parecía como si alguien acabara de clavarle un palo afilado.

—Sí, muy bien —dijo, como gruñendo, con la voz ronca y áspera de rabia contenida—, ¿te refieres a la hierba que esta mañana intentabas venderme a treinta pavos los dos gramos?

—A tomar por el culo —le dijo Ronnie, levantándose, intentando sacar los pies de debajo de la mesa, intentando ponerse serio, enfadarse—, vete a tomar por culo, gordo saco de mierda.

Naturalmente, Bill entró al trapo. Rodeó la mesa con su voluminosa carcasa y se precipitó sobre Ronnie como una montaña andante. Marco pensó que serían tres puñetazos, luego los separarían y Ronnie podría volver discretamente a su tienda, la eterna víctima, el maltratado, y después les ofrecería hierba, no toda, y desde luego, nada comparable al valor del dinero entregado, y al final de la noche la culpa se habría diluido y el pecador se vería redimido. Pero se equivocaba. Porque antes de que nadie pudiera reaccionar, Joe Bosky entró en escena. De algún modo, logró salir del banco e interceptar a Bill antes de que pudiera tocar a Ronnie, que se estaba

cubriendo con los brazos para recibir el primer golpe. Todos los demás saltaron simultáneamente de la mesa. Reba maldiciendo, Che y Sunshine con expresión perdida y desconcertada, Alfredo gritando:

—¡No! ¡No!

Bosky no titubeó. Dejó caer el hombro y golpeó a Bill como si estuvieran en un campo de rugby, casco contra esternón. Y Bill tropezó y cayó pesadamente en la tierra. Casi inmediatamente, se levantó, con la cara transfigurada de rabia, pero antes de que nadie pudiera intervenir, Bosky le golpeó con dos rápidos puños blancos — dos ganchos—, y Bill volvió a tierra. Fue entonces cuando Alfredo y Deuce intentaron envolver a Bosky en sus brazos, pero Bosky se los sacudió como si no fueran nada y se volvió hacia todo el campamento.

—Nadie jode a Pan así —espetó—. ¿Lo entendéis? No está bien, y tengo que decíroslo. —Y su voz se hizo pastosa, él se tambaleó hacia atrás, pero recuperó el control—. Quería deciros que Pan es colega de Joe Bosky y nadie puede joder a Joe Bosky.

Marco estaba allí de pie con los demás, de brazos caídos. No era su pelea. Luego vio a Bill agitándose en la tierra con un labio partido y una película de sangre sobre los dientes, y Bosky de pie sobre él con su atuendo paramilitar, y empezó a darse cuenta de que tal vez sí fuera su pelea. ¿Qué coño hacía Joe Bosky allí? ¿Y cuál era su rollo con Star? Se había pasado el día tras ella y Marco lo había pasado por alto. Ahora pensaba que tal vez había sido un error por su parte.

Pero allí estaba Jiminy, abriéndose camino con sus ochenta kilos entre la multitud.

—¿Y tú quién eres? —le gritó a Joe Bosky—. Tú no formas parte de esto. No eres de aquí.

—Exacto —dijo alguien, y entonces se acercó Reba, con la cara como una máscara de guerra, a hacer lo que a nadie se le había ocurrido aún: ayudar a Bill a levantarse del suelo.

Bill jadeaba. Tenía sangre en el mono. Reba se quedó junto a él, con su mirada afilada, sosteniéndole. Primero miró a Ronnie y luego a Bosky.

—No necesitamos esta mierda aquí —siseó—. Si os queréis montar vuestras bravatas de borrachos, id a otra parte. Aquí tenemos niños.

Y allí estaban, Che y Sunshine, apoyados contra los travesaños cortados del porche de la cabaña, con el pelo en la cara y los ojos reducidos a dos bolitas gemelas de goma negra maleable que cualquiera podía moldear, pensó Marco, hacerles reír, hacerles llorar. Solo sintió tristeza.

—Estoy con Reba —dijo.

—Muy bien —escupió Joe Bosky—. Yo sé cuándo no soy bienvenido, no hace falta que me cierren la puerta en las narices.

Y echó a andar hacia el avión, tambaleándose. No había recorrido cinco metros cuando se volvió y enfocó el fulgor de sus gafas plateadas en Pan, en Ronnie.

—¿Tú, vienes? —preguntó—. ¿O qué?

Diez minutos después, mientras la gente se agolpaba y discutía y se quejaba y Bill se apretaba una toalla mojada y fría contra la cara, oyeron el motor del avión arrancar con un rugido de succión, como si alguien estuviera pasando el aspirador sobre la superficie del río. Luego les llegó el gemido de la hélice acelerándose y levantaron la vista para ver el hidroavión de Joe Bosky deslizarse desde la orilla, situarse a favor de la corriente y lanzarse hacia la embocadura de los árboles solo para elevarse un momento después y fulgurar en el cielo nocturno con un simple reflejo contra el sol declinante. Marco se quedó mirándolo un momento, luego cogió a Star de la mano y avanzaron juntos por el campo de flores holladas y hierbas pisoteadas hasta un lugar donde podían contemplar la efervescencia y el serpenteo del río. Se sentó y ella se instaló a su lado, sobre la grava.

—Ahí va Ronnie —dijo él.

Star dobló las rodillas contra el pecho y las rodeó con los brazos. Por un momento no dijo nada, solo se balanceó adelante y atrás, con sus blancos pies compactos marcando el tiempo y el ritmo de su cuerpo.

—Volverá —dijo.

—¿De verdad lo crees?

Ella miró hacia el río. Era tarde, medianoche, o casi. Los colores se elevaban en estratos, desde el óxido blanqueado del río al denso negro verdoso de los árboles, pasando por la franja rosácea de las colinas bañadas en sol poniente. Una luna en forma de hoz, pálida como el hielo, se dibujaba entre los árboles. Star maldijo y abofeteó un mosquito en su tobillo, luego otro en el dorso del brazo.

—¿De verdad, de verdad? —le preguntó al fin, volviéndose a sostener su mirada—. ¿Lo que de verdad pienso?

Él se encogió de hombros, como si no importara demasiado.

—No —dijo ella—. No lo creo. Creo que se ha... —Se le hizo un nudo en la garganta y él deseó acunarla en sus brazos, pero al mismo tiempo, aquel nudo le hizo dudar, sintió rabia, odio y celos—. Creo que se ha ido —siguió—, para siempre.

Entonces fue cuando oyeron el motor en el río y miraron sin dar crédito, porque aquel había sido un día de llegadas y partidas, un día sin precedentes, sin nada similar en la breve historia de Drop City Norte —primero Joe Bosky y Ronnie, luego Verbie, Sky Dog y Dale Murray—, y ahora, ¿quién hendía el flujo oscuro de la corriente? Observaron cómo la embarcación —era un esquife, de fondo plano, morro puntiagudo, como tantas otras en aquel río— adquiría color y forma y finalmente emergía desde la oscura cortina de vegetación de la otra orilla y viraba hacia la costa a una quincena de metros de distancia. Una figura encorvada, huesuda, se encaramó desde el timón a la popa, lanzando algo a tierra, un paquete reluciente que cayó sin forma a la grava y luego un par de piernas veloces hendieron el agua hasta la orilla, y

allí estaba.

—Eh, hola —dijo, encorvándose sobre el bulto y apartándose de la luz, cada vez más pálida.

—¿No es...? —empezó Star, y los dos se pusieron en pie, pero ella no pudo recordar el nombre.

Marco le devolvió el saludo y el hombre se acercó a ellos, con los huesos desnudos de su rostro bajo la gorra de larga visera, aquella altura desmañada y desafiante, y entonces Marco lo reconoció: era aquel hombre del bar, del Three Pup, aquel al que llamaban Iron Steve.

Iron Steve llevaba botas de goma, una camisa de franela a cuadros y el pelo pegado a la cabeza y reluciente y cada uno de sus pasos era como un salto, como si el suelo estuviera lleno de cráteres bajo sus pies.

—Eh, espero que no os moleste viniendo tan tarde, pero estaba... bueno, estaba buscando a Verbie. ¿Está por ahí?

Star dijo que sí, que eso creía, si es que no se había ido a la cama, y su frase acabó con un interrogante sin formular.

Iron Steve levantó el brazo derecho, con el bulto: patas rígidas, orejas desnudas e inertes, aterciopeladas chaquetas de piel. Eran conejos, una serie de conejos atados en un alambre retorcido. Marco pensó en pescado, trozos de pescado colgados de las branquias.

—Le he traído esto —dijo Iron Steve—. Pensé que sería una buena sorpresa. ¿Sabéis en qué tienda está?

Star miró a Marco y los dos pensaron lo mismo: ¿carne muerta para una vegetariana? Y conejos, conejitos, nada menos. Pero entonces Marco captó la belleza de la situación: Ronnie se había ido, no hacía más de media hora, y allí estaba su sucesor. Restad un Pan, sumad un Iron Steve.

—También le he traído esto —dijo Steve, y alargó la mano para mostrar un rollo de alambre y un frasco de farmacia que parecía lleno de cerillas.

—¿Qué es? —preguntó Star.

Era el crepúsculo, el sol se inclinaba más allá del arrecife, la luna resplandecía en forma de hoz. Star tenía las piernas separadas, las manos en las caderas y los mosquitos ni siquiera la molestaban, danzando, enjambrándose y tocando su música sobre la melodía del río.

—¿Esto? Ah, una cosita que pensé que debería tener... Por si se pierde.

—¿Por si se pierde? —preguntó Star.

Iron Steve retiró la mano y asintió.

—Ah, sí —dijo—, todo el mundo se pierde por aquí, tu avión se cae, la borrasca borra tus huellas o sales detrás de un animal y cuando vuelves no reconoces un solo árbol.

—¿Y qué es? —insistió Marco—. ¿Una especie de compás?

—No, hostia, no —dijo Steve, sonriendo, y volvió a sacar la mano, la palma

extendida para mostrar el alambre y el grueso cristal pardusco del bote farmacológico—. Mientras tengas un alambre, puedes cazar conejos con trampas —explicó—. Y he bañado las cerillas en parafina y las he sellado. Porque si mantienes secas las cerillas puedes hacer un fuego contra el frío y para asar tus conejos...

Star le dirigió una mirada vacua. Marco no pudo evitar sonreír.

—Ya sabes —dijo Steve—, para las emergencias. —Pateó la grava con un pie y estudió la lenta rotación de la punta de su bota como si fuera una vara de zahorí. Luego levantó la vista, aún sonriendo—. Aquí lo llamamos vivir de la tierra.

Era el primer día realmente fresco, agosto decaía hacia septiembre, el pleno, verano cedía paso al suave otoño y Pamela estaba sola en la cabaña, horneando pan en la cocina de leña de la habitación central. Utilizaba una receta de su madre —tres tazas de harina blanca, una taza de harina integral, tres cucharadas soperas de azúcar, una cucharadita de sal, dos tazas de masa fermentada de bizcocho, dos o tres cucharadas soperas de grasa de oso fundida (ella había puesto mantequilla de lata porque los osos de los alrededores, que ella supiera, seguían vivos y llevaban juiciosamente su grasa encima)— y la había modificado un tanto durante las diez o doce veces que la había hecho allí en el Thirtymile, pero aún así, si el horno estaba lo bastante caliente y ella tenía la suficiente paciencia para dejar subir la masa, obtenía una exuberante, gruesa y reluciente hogaza que inspiraba a Sess todos los superlativos de sus lentas mandíbulas. Fuera, un cielo bajo sobre las colinas, del color de la esteatita. El viento soplaba del noroeste, arrancando hojas de los árboles a lo largo del río, abanicando los repollos y azotando las rígidas cañas de las coles de Bruselas del huerto. De vez en cuando, una ráfaga hacía vibrar las ventanas.

Sess estaba fuera, en la explanada, con Iron Steve, que se había parado de camino desde el campamento hippy. Los dos estaban cortando leña (Steve cómo pago por la comida que le esperaba), bebiendo cerveza Mason en jarras y vigilando los cambios de tiempo. Parecía que fuese a llover —o granizar— y si el viento seguía soplando, helaría con certeza. Sess había subido pilas de leña a las cuatro esquinas del huerto, leña lista para generar calor por la noche, porque como todo agricultor quería prolongar la temporada de crecimiento lo más posible, y nunca se sabía, podía haber una helada mortal una noche y luego una semana o dos de verano indio. Había plantado tomates gigantes en el invernadero, los llamados Early Girls y Beefsteaks y los tomates cherry habían medrado tanto que había acabado por levantar el panel y dejarlos escaparse y extenderse por el mundo. Habían tenido calabazas boneteras hasta que se les salían por las orejas y también calabazas vinateras. Ella había estado haciendo conservas día y noche, cocinando judías, tomates y calabacines en la olla grande de la cocina, guisantes, brócoli, cualquier cosa que creciera de la tierra en aquel loco excedente de luz. Su jardín de hierbas era una auténtica selva y el sótano estaba lleno de pilas de zanahorias, cebollas, patatas y nabos.

Acababa de poner el pan en el horno cuando oyó unos golpes en la puerta y Iron Steve entró en la habitación. Tenía que doblarse casi por la mitad para evitar golpearse la cabeza con el marco de la puerta, algo que ya le había ocurrido dos veces en el transcurso de aquella tarde y demasiadas veces en el pasado como para contarlas. Pamela no sabía cuánto medía exactamente —un metro noventa y cinco o noventa y seis—, pero superaba en altura a todo Boynton como un árbol viejo, y con su gorra de visera larga y ladeada rozaba el techo de la cabaña, de modo que había tenido que abrirse paso entre las linternas, hervidores, espátulas, sartenes y

herramientas que colgaban de los estantes solo para sentarse a la mesa. A Pamela no le molestaba. Le caía bien Iron. Tal vez era menos hablador y más raro que la mayoría, aún no tenía treinta años y ya era un maniático, borracho más a menudo que sobrio, pero pese a toda su masa descarnada y a la dura arquitectura eslava de su rostro, era amable y de buen corazón. Antes de que se quitara la gorra y los guantes, ella le tendió una taza de café, una lata de leche evaporada y el cuenco del azúcar.

—Cocinando, ¿eh? —dijo él, soplando el humo de la taza.

—Exacto —repuso ella—. ¿Qué puede hacer una recién casada si no, sobre todo en un día como este? ¿Crees que nevará?

—Sí.

—¿Helará?

—Seguro, sin ninguna duda.

Hubo una pausa. Ella puso unos troncos más en el fuego: el truco consistía en mantener una temperatura constante durante la hora aproximada que el pan tardaba en hacerse.

—¿Esos hippies han sacado algo de su huerto?

—No mucho. Los conejos se lo comen casi todo.

—Además, han empezado tarde.

Steve se limitó a asentir. Bebió unos sorbos de café, echó la mitad del azucarero en su taza y llenó la otra mitad de leche en polvo.

—Pero ¿por lo menos saben que hay que encender fuegos fumígenos, por la noche, contra las heladas y los insectos?

Pamela no podía evitar preocuparse por ellos, sobre todo por Star y también por Merry. Le caía bien Merry y quería que superase todo aquello sin sufrir, o sin sufrir más de lo que pudiera resistir. Era extraño, todos eran tan ingenuos, tan ilusos y simplistas, con la cabeza llena de nociones descabelladas sobre todas las cosas, desde los orígenes del universo a la hermandad de los hombres y cómo vivir el ideal vegetariano. Eran como niños, definitivamente confiados e ignorantes. Incluso Norm Sender, y eso que él llevaba unos cuarenta años en el planeta. Tendrían que haberse informado mejor. Todos.

—Yo ya se lo he dicho, pero, en general, se pasan el rato allí, alrededor de la mesa y la estufa en aquel local más grande que se han construido, jugando a las cartas y a juegos de mesa y esas cosas.

—Pero ¿se lo has dicho a Verbie? —Se sirvió una taza de café y se sentó en la mesa junto a él, con tan poco espacio que los codos les chocaban cada vez que se llevaban la taza a la boca—. Si alguien lo hace, será ella. Es una chica muy dinámica.

Steve asintió y apartó la vista.

—Ah, sí —dijo—. Se lo he dicho.

Hubo otra pausa. Una ráfaga recorrió el tejado como un avión a punto de aterrizar. Pamela miró por la ventana y vio los primeros copos blancos en un movimiento horizontal.

—¿Qué tal va? —le preguntó—. Ella y tú...

Él la miró un instante y luego miró por la ventana.

—Supongo que me he equivocado —dijo—. No será gran cosa. Ni siquiera se pondrá el suelo blanco.

—Verbie y tú —insistió ella, y sintió que la sonrisa se esbozaba en sus labios mientras hablaba—. ¿Es un idilio, no? Venga, Steve, todos sabemos que te gusta... Dice Star que a los dos os ha dado muy fuerte...

Ahora sus ojos volvieron a ella, dos firmes ojos verdes con una manchita color castaño en uno de ellos.

—Es más que eso, Pamela. Yo la quiero. Ella es lo mejor que me ha pasado en la vida. Les he estado ayudando con esas cabañas a medio construir, ya lo sabes, ¿verdad? Porque andan un poco escasos de mano de obra desde que Pan y Sky Dog y cómo se llame el otro, ese que parece un caballo que anda para atrás...

—Dale.

—Eso, Dale... Desde que se fueron.

—¿Qué hicieron, volver a California?

—No, hostia, no, se han trasladado con Joe Bosky a ese sitio que tiene en Woodchopper. Su antro de solterón. Cuatro mofetas en una madriguera. —Miró más allá, al espacio intermedio de la cabaña que era como el de cualquier otra cabaña, apretado y abarrotado, con toda la parafernalia colgada de la vida en un lugar sin garaje ni sótano ni el típico y cómodo plano de los anuncios: «tres dorms., dos baños, cocn-comdor, sala»—. No quiero que ella duerma en una tienda todo el invierno, pero te diré una cosa, aún no tienen tejados en esas cabañas. Ni estufas. Yo estaba pensando: tengo mi casa en el pueblo y ya sé que no es mucho, pero...

Hubo un golpe en la puerta y entró Sess, con el pelo lleno de polvo de nieve y una expresión de excitación en los ojos.

—Mejor que afiles tu *ulu*, Pamela —dijo, y las palabras le salieron como si no soportase gastar saliva en pronunciarlas. Luego cogió el rifle de la alta viga transversal y se volvió hacia la puerta, dispuesto a la acción—. El huerto —dijo—. Mira tu huerto. —Y la puerta se cerró tras él.

La sorpresa apareció en los ojos de Steve, que saltó de la mesa y se golpeó la cabeza con la viga transversal, dirigiéndose a la puerta detrás de Sess, mientras Pamela entraba en la nueva habitación para mirar por la ventana de encima de la cama, desde donde tenía una buena vista del huerto y de aquel extraño elemento blanco que azotaba el verde de las hojas y la nada negra del plástico. Solo tuvo un momento, unos segundos, para registrar la forma oscura y abultada que pacía allí en medio del huerto vegetal agitado por el viento como una vaca sobrealimentada, y luego oyó un disparo y la criatura cayó sin un solo gemido, ciento setenta y cinco kilos de carne, piel y grasa entregados a domicilio, allí, en su huerto. Pamela apenas había tenido tiempo de saborear su alegría, el triunfo y el éxito de Sess cuando vio al cachorro. Tendría un año, espalda estrecha, amplio trasero y una cara pálida y

acongojada. Salió corriendo sobre las coles de Bruselas como una bala, tan deprisa que la bala de Sess no tuvo ocasión de darle.

La nieve no duró —unos pocos puñados de bolitas blancas rebotando contra las ventanas y perdiéndose en el tejido verde grisáceo de la tundra—, pero aquella noche se formó una gruesa capa de hielo y la mañana siguiente amaneció fría. Sess se levantó con las primeras luces del alba, y salió a la explanada con los perros. Ya tenía cinco, suficientes para tirar de un trineo a lo largo de los sesenta kilómetros de su trayecto de caza, pero él seguía diciendo que quería tener dos más, por la velocidad y para llevar a su mujer río abajo, a Boynton, vestida de gala, un sábado por la noche, a tomar unos tragos y una hamburguesa y tal vez bailar con la música de la máquina de discos. Pamela había notado el movimiento del colchón cuando él se levantó y había notado el rico aroma expiatorio del café que venía de la otra habitación, pero se había quedado en la cama, envuelta en pieles, escuchando cómo la cabaña iba cobrando vida a su alrededor. Sess había hecho bastante ruido de golpes en la habitación de al lado, metal contra metal, el estruendo de la gran sartén negra de hierro colado contra la cocina, y el crujido de la carne y su siseo (oso frito en la grasa que ya no se arrastraba por los ríos y pantanos del mundo). El olor era nuevo para ella o muy vagamente reminiscente —no había comido oso desde que era pequeña y acampaba en aquella tienda de verano con su madre y Pris y el hombre de la barba canosa y veteados ojos azules a quien llamaba papá— y su memoria olfativa disparó centenares de recuerdos hasta que se quedó dormida, con la imagen de su padre volviendo al campamento cargado con la parte posterior de un oso pardo sobre su espalda manchada de sangre y una amplia sonrisa, tan ancha como el río Koyukuk.

Se despertó con el sonido de la voz de Sess elevándose y tensándose por encima del clamor de los perros y del aporreo y el chirrido de un objeto resistente, agitado por una fuerza irresistible contra la alta maleza y los sauces.

—¡Sooo! —gritaba—. ¡Vamos, cabrones! ¡Ha! ¡Ha!

Ella levantó la cabeza, miró por la ventana. El sol atacaba despiadadamente la explanada, el huerto, los fuegos fumígenos que aún ardían. La mayor parte de las plantas se veían aún erguidas y verdes, pero las hojas de algunos tirabeques y tomates cereza se habían ennegrecido con la helada. Todo aquello registró su conciencia en el momento de despertarse —hielo, fuegos fumígenos, daños mínimos, nuevo sol, más sol—, pero no tuvo tiempo de meditarlo antes de que la silueta borrosa de un hombre, unos perros y un trineo se interpusieran entre la ventana y el huerto antes de desaparecer.

—¡Ha! —gritó Sess—. ¡Ha!

A las siete cuarenta y cinco, en el reloj que insistía en conservar pese a las objeciones de Sess, Pamela salió a la explanada vestida con pantalones cortos y una sudadera. La mañana se caldeaba, ya debían estar a cinco o seis grados. Observó a Sess dar una vuelta por el contorno del bosque, luego seguir por la orilla del río, volver de nuevo y acercarse a ella con los perros tirando de sus arneses y toda una

galaxia de polvo y hierbas trilladas propulsándose en el aire. Sess logró detenerlos más o menos en la explanada, echando el freno (una especie de ancla de nieve, que osciló y saltó y por fin cavó un hoyo de una treintena de metros), y arrancándose las hierbas de las botas mientras rugía órdenes y los dos perros guías se lanzaron al cuello uno de otro, en una de esas malignas disputas caninas que parecían estallar cada cinco minutos durante el día. Sess soltó las correas y se plantó en medio de los perros, pateando y maldiciendo, hasta que acabaron por olvidar el asunto que les dividía y sentarse jadeando. Sess estaba cubierto de polvo y hierbas, llevaba la camisa desgarrada y tenía sangre en los dos antebrazos donde los perros le habían mordido.

—Hola, preciosa —dijo sonriendo—, ¿quieres dar un paseo? Yo te daría la vuelta al mundo... ¿Sabes lo que eso significa?

—No te burles de mí, Sess.

Él la abrazó y la balanceó suavemente.

—Ya sabes que nunca lo haría —le dijo, respirándole en el oído.

Los perros se volvieron a mirarlos, diez ojos de lobo fijos en la espalda de Sess, Lucius, a la cabeza, con el aspecto de poder salir a correr ciento cincuenta kilómetros sin siquiera jadear. Sess los tenía atados a su vehículo, una estrecha y pesada caja de madera densa y húmeda, con piquetes de álamo temblón de diez centímetros de diámetro a modo de patines o esquís, y dos pares de ruedas que habría recuperado de carretillas viejas —o tal vez de triciclos de niños— en las cuatro esquinas. Las ruedas no funcionaban. La caja pesaba una tonelada. Él solo quería hacer trabajar a los perros, le dijo, entrenarles para trabajar en equipo como perros de tiro.

—He pensado que podría llevármelos a la pista de caza hoy —dijo—, solo unos cuantos trayectos, para que se habitúen a la vista y al olor y tal vez también para cortar ramas y arbustos. Volveré por la noche. Pero tarde. Muy tarde.

Ella se quedó sorprendida.

—¿Con ese trasto? Se caerá en pedazos antes de que hayas recorrido tres kilómetros.

Él no intentó negarlo.

—Tendré que quitar las ruedas, supongo... Por lo menos cuando lleguemos al pantano. Solo quiero que arrastren patinando el trasto hasta que no puedan más. Y por cierto, haz que esa carne de oso hierva el máximo tiempo posible para el estofado. Esas bestias tienen aún más triquinas que los cerdos.

Ella lo sabía, lo sabía desde hacía veinte años, pero no dijo nada. El oso estaba descuartizado y colgaba de los postes al fondo de la despensa. Habían frito el hígado con cebollas para la cena de la noche anterior, y los trozos enormes de grasa blanca amarillenta ya estaban cortados y metidos en latas de café, donde se enfriarían y endurecerían.

—Y podrías —añadió, y fue lo último que le dijo—, ocuparte de la piel, rasarla bien y estirla y colgarla donde pueda secarse.

Más tarde, después de hacerse un bocadillo con el pan que había sobrado y haber

bebido café suficiente para darse marcha, ella arrastró la piel del oso hasta la mesa de picnic y se sentó al sol para trabajar la piel con el *ulu* que Sess le había regalado por su cumpleaños. Era una herramienta Inuit, un asa de hueso atada a una hoja en forma de cuarto creciente, y era ideal para raspar pieles, una tarea que, según sus cálculos, tendría que hacer a menudo cuando llegaran los meses de invierno y su marido le trajera los cadáveres rígidos de lo que hubiera conseguido matar en los secretos recovecos del país. ¿Y cómo se sentía ante aquello? ¿Cómo se sentía ante aquella piel maloliente, infestada de moscas y pulgas bajo el cuchillo, en aquel momento, envuelta en un auténtico huracán de moscas y con la sangre y la grasa metiéndosele en las uñas y en cada línea o arruga de sus manos de modo que nunca lograría quitarse el olor? Se sentía satisfecha. O no, se sentía irritada. Aquella era la primera vez que él la dejaba desde que se habían casado, la primera de un centenar de veces futuras y de otras cien después de aquellas, y lo único que Sess esperaba de ella era que se sentara a esperarle y que el estofado cociera y la piel estuviera limpia cuando él llegara. Se aplastó un mosquito en el antebrazo y dejó una huella sangrienta. Se apartó las moscas de la cara. ¿Era realmente aquello lo que quería?

El *ulu* raspaba, las moscas se elevaban y volvían a posarse. No se oía un solo ruido más en el mundo. Pamela raspaba la piel por inercia, por falta de algo mejor que hacer. Estuvo trabajando como en trance, y solo cuando la canoa apareció en el horizonte se despertó y abandonó la tarea. La observó acercarse desde casi un kilómetro de distancia, porque ya no podía concentrarse en las salpicaduras de carne roja y tendones blancos de la piel sin pararse a mirar a lo lejos, a la inmensidad... y ponerse a soñar. Vio la plancha de aluminio que descendía la corriente en un resplandor luminoso, con dos personas (dos mujeres) accionando los remos. Pamela se levantó, se limpió las manos en un trapo sucio e intentó arreglarse un poco el pelo. Era Star —ahora la veía—, Star y Merry, vestidas con sarapes y sombreros de cuero de ala ancha, maniobrando la gastada canoa color plata hacia tierra. Las saludó con la mano y bajó a su encuentro.

Star exclamó su nombre cuando la canoa se deslizó sobre los guijarros y Merry saltó para amarrarla.

—Hemos pensado en venir a verte para alegrarte el día... ¿Qué te parece? —dijo Star saltando de la canoa y exhibiendo como un trofeo una botella de vino tinto de cincuenta centilitros—. ¡Las chicas se toman el día libre!

Sess se había ido. La piel del oso era un amasijo sucio y pestilente de carne cruda e insectos y la cabaña apestaba a matadero. El invierno acechaba (la temperatura ya era de doce o trece grados al sol) y Pamela había empezado a sentir lástima de sí misma, empezaba a sentirse abandonada y resentida, y aquí venían sus amigas a rescatarla. Cogió la botella de manos de Star, la destapó y se la llevó a los labios, dejando que el sabor le endulzara la boca y le erosionara las venas. Subieron la cuesta del brazo.

—No sabéis lo contenta que estoy de que hayáis venido —les dijo Pamela.

Cuando llegaron a la mesa de picnic, Merry se detuvo en seco.

—Hostia, ¿qué es esto? —dijo—. ¿Es un oso? ¿Un oso gris?

Merry era la más volada de todos, era como Gracie Allen en *Say Goodnight, Gracie*, y parecía más perdida y fuera de lugar en el campo de lo que Pamela podía concebir. Todo loco de la tundra, veterano de Alaska o cazador de fin de semana del Three Pup le había contado historias terribles sobre osos grises: su olor a fluidos sexuales y menstruación, su fuerza, su temeridad, el reguero de cuerpos desmembrados que dejaban tras ellos... Y ella se apartó de la mesa como si la piel pudiera volver a la vida y envolverla en sus brazos asesinos.

—Es un oso pardo. Una osa. Sess la mató anoche en el huerto.

—Oh, qué pasada... ¿Y qué vas a hacer, una alfombra de oso?

—Pues claro, ¿qué te crees? —dijo Star, y bebió de la botella a morro. Merry y Pamela la miraron y vieron cómo le caía vino en regueros rojo sangre por el brazo. Star se secó la boca con el dorso de la mano y le pasó la botella a Pamela—. Tal vez deberíamos coger unos vasos y beber como unas señoras, ¿no? —dijo, y las tres se echaron a reír.

—Una alfombra de oso —dijo Merry, cuando las risas ya se habían apagado—. Supongo que mola, sobre todo aquí... Pero ¿y el resto, el animal que vivía ahí en el bosque hasta ayer, sin hacer daño a nadie? ¿Qué me dices de eso?

—Ellos se lo comen —dijo Star.

—No —contestó Merry, y sus ojos saltaron de Star a Pamela y otra vez a Star.

—¿Verdad, Pamela?

Ella asintió mientras intentaba llevarse la botella de nuevo a los labios pensando: al infierno, al infierno todo. Así era como se sentía.

Las moscas se concentraban sobre los restos de carne cruda de la piel, pero pronto estarían muertas también, muertas por el invierno un día u otro, y los mosquitos que buscaban sangre a cada minuto desaparecerían con ellas. Merry se balanceó hacia atrás sobre sus talones, se bajó el ala del sombrero y se quitó las gafas de sol gigantes para enfocar mejor los desafiantes ojos castaños de Pamela.

—¿Lo dices de verdad? ¿De verdad... vosotros... la gente come oso? ¿Osos como Winnie the Pooh, como Yogui o como el oso Smokey, el de la campaña contra incendios? Me estáis tomando el pelo. Anda, dime que me tomáis el pelo.

Pamela sintió el vino cantándole en las venas. No quería hablar de aquello, habría preferido dejarlo pasar. Se encogió de hombros.

—Mira —le dijo—, voy a buscar unos vasos. —Pero no se movió. Las dos chicas estaban petrificadas, mirándola—. Muy bien, sí —suspiró—. Comemos oso y cualquier cosa que logramos cazar aquí: alces, conejos, patos, pescado, lince. Dice Sess que es mejor que ternera. Incluso puercoespín y rata almizclera, yo soy testigo. No os lo imagináis, pero la carne de la rata almizclera es tan dulce y tierna como cualquier otra...

Merry la miraba con un horror indescriptible.

—Pero matar a otra criatura, otro ser vivo, un alma que evoluciona a través de los estadios kármicos hacia el nirvana... —Hizo una pausa para aplastar, con un manotazo seco, un mosquito en el dorso de la muñeca—. Yo nunca haría una cosa así.

—Acabas de hacerlo.

—¿El qué? Ah, eso. De acuerdo, tienes razón, no debería haberlo hecho, me gustaría no tener que matar mosquitos. Espero que llegue el invierno y la madre tierra se los lleve a todos, pero una cosa es un mosquito, y ya sé que los Jain no piensan así, pero yo creo que un oso es distinto. Son casi humanos, ¿no?

Pamela tuvo que considerarlo durante un minuto, allí en la explanada con las moscas zumbando, la carne colgando en la sombra y la densa grasa, de un blanco amarillento, endureciéndose en los botes de las estanterías. Pensó en las trampas, los zorros y los lobos del bosque que mordían y cortaban su propia carne, huesos y tendones, para escapar a los dientes de acero de las trampas, en el cachorro huérfano, demasiado joven para cavarse una madriguera y condenado a morir de frío e inanición cuando llegara la larga noche.

—Sí —dijo al fin—, sí que lo son.

Y entonces la atmósfera cambió para mejor. Pamela replegó la piel medio despiezada y la colgó sobre el secadero de salmones como si fuera una toalla de playa endurecida por la suciedad, ahuyentó las moscas de la mesa y trajo tres vasos y una botella del ron de Sess.

—Ayer —dijo, poniendo la botella en la mesa y acercándosela a Star— vino Iron Steve a cenar, y adivinad de quién habló sin parar.

Aquel era un buen tema de conversación. El vino fue disminuyendo en la botella, se sirvieron ron una y otra vez y los sabuesos del cotilleo ladraron por todos los árboles de los alrededores.

Era ya bien entrada la tarde cuando Merry y Star bajaron la pendiente hacia el río, rebotando los árboles como si fueran pelotas de un flipper grande como el mundo, y Pamela dijo:

—Es una suerte que no tengáis que conducir.

Y todas se rieron, las tres, hasta que la cabeza les empezó a doler y sintieron que se habían reído demasiado, por lo menos por aquel día. Pamela las observó mientras empujaban hasta el agua la barca, que osciló por la corriente hasta que equilibraron su peso, cogieron los remos y giraron la proa río arriba.

—¡Tened cuidado! —les gritó, y no quiso imaginar la barca volcando y la oleada de agua helada cubriéndolas.

Agitó un brazo para decirles adiós y Star, remando hacia atrás para mantener la proa recta, levantó una mano presurosa del remo, y luego se alejaron, se hicieron pequeñas y siguieron menguando hasta que la vegetación las engulló.

Y volvió el silencio. Pamela se quedó en la orilla durante un largo momento, sin

fijar la vista, mirando los árboles que parecían idénticos, el agua que saltaba y se posaba y buscaba una y otra vez los mismos canales, y sintió algo que nunca antes había sentido. Inmanencia. Una fuerza que se apoderaba de su mente y la llevaba a la nada. Ya no era Pamela Harder a la orilla del Thirtymile. No era una recién casada recién abandonada. No era nada. El cielo se elevó de las montañas y se proyectó sobre su cabeza con un soplo que sonó como el estallido de una burbuja. Luego llegaron las nubes y emborronaron el sol y Pamela siguió allí. Nunca había tomado drogas en toda su vida, siempre había creído todo lo que había leído y oído sobre los peligros de la adicción, sobre la gente que tomaba LSD y miraba al sol hasta quemarse la retina, que se mutilaban, que saltaban de los edificios pensando que podrían volar, pero cuando Star había puesto los dos finos cigarrillos blancos de marihuana en la mesa de picnic, Pamela había pensado: ¿por qué no? Si Star podía hacerlo, si Merry podía, ¿por qué no ella? No hay ningún conocimiento digno de ese nombre que no proceda de la experiencia.

Podría haberse quedado allí siempre, inmóvil y sintiendo cómo los hilos de la existencia se unían en una inmensa y poderosa bola. Podría haberse convertido en piedra como el personaje de una leyenda popular, pero un par de gaviotas, de pico amarillo y ojos fijos no la hubieran sacado de su abstracción. Volaron bajo para examinarla, para oler la muerte en ella, verla dibujada en las rayas de sus manos y en las uñas de sus dedos. Luego se alejaron chirriando de alarma. Ella se miró las manos colgando de las mangas deshilachadas de su camiseta. Estaban frías. Simplemente frías. Un viento azotaba las hojas. Pamela se estremeció y miró por encima de su hombro hacia lo alto de la colina, donde se erguía la cabaña. Le pareció que tardaba una eternidad en subir la cuesta, avanzando sobre aros y trapecios intangibles que seguían apareciendo y desvaneciéndose, pasó despacio junto a la mesa, con sus relieves como cortezas de pan, las tazas, la botella de vino vacía, el cenicero con la colilla de marihuana, de unos tres centímetros de largo, puesta a través, como una condena, y al fin llegó a la puerta de la cabaña y el cielo volvió a resonar y las nubes empezaron a temblar.

Dentro, todo era familiar y todo estaba bien. Era la escenificación de una rutina, una rutina a seguir, y no tenía nada que ver con raspar pieles ni con drogas hippies ni con el cielo desgarrándose. Pamela reavivó el fuego. Encendió un cigarrillo. Añadió agua a la carne estofada y cortó verduras en la tabla. Fuera, el trueno detonó sobre las colinas, iluminando la habitación, y la lluvia llegó con un siseo, barriendo los bosques y acuchillando la tierra de la explanada en violentos y cambiantes pinchazos. Star había encendido el porro de maría tan despreocupadamente como podía haber encendido un cigarrillo, y se lo pasó a Merry, y Merry aspiró aquel pálido y fino humo que olía a incienso, a mirra, ¿a qué más? —a olíbano—, y entonces Merry se lo pasó a ella. Ella se lo llevó a los labios, inhaló, y no notó ninguna diferencia con un Marlboro, excepto que no tenía sabor.

—¿Sabes una cosa? —dijo Star—. No sabes lo que es hacer el amor hasta que no

lo has hecho con esto. De verdad. Es como si todas las neuronas se disparasen al mismo tiempo, y la piel, la piel te arde con el tacto de un hombre.

En algún momento Pamela salió a la lluvia y cogió el ron y los vasos y el cenicero con el porro mojado de maría, y en algún momento puso la maría junto a la estufa a secar y se sirvió un cuenco de oso estofado. Tenía hambre, mucha más hambre que nunca. Se tomó un segundo cuenco. Un tercero. Mojó pan en la salsa que quedaba y se sirvió una taza de café. La lluvia seguía cayendo con firmeza. Pamela puso más leña en el fuego y dejó que su vaga inquietud por Sess entrara y saliera de su mente. Él sabía cuidar de sí mismo; aquello no era nada más que lluvia. Más tarde, leyó una revista durante lo que le parecieron horas, y aún más tarde, fue a la estufa, cogió la colilla seca del porro de maría y se lo fumó hasta el final, hasta que solo quedaron dos delgadas lamas de papel amarillento de saliva y las echó al fuego, para ocultar las pruebas del delito. Ya había oscurecido cuando llegó Sess, y a pesar del olor a perro y la humedad del bosque, aunque la cabaña apestaba a oso estofado y grasa de oso y la primera de la multitud de muertes que vendrían, ella le quitó la ropa pieza a pieza y le llevó a la cama y se dejó fundir bajo el peso vivo de su cuerpo.

Sess nunca lo habría admitido, y menos aún a sí mismo, pero tenía las manos frías, y si él las tenía frías, Pamela debía de tenerlas congeladas. Los dos llevaban sudaderas térmicas y las dos camisas de franela a juego con cuadros rojos y negros que la hermana de Pamela les había regalado por la boda, pero los guantes estaban en los bolsillos de delante, aislados y secos. Sess no sabía qué hora era —nunca lo sabía—, pero pensó que no serían más de las nueve de la mañana, y la temperatura estaba bloqueada en siete grados bajo cero, pese a los precoces esfuerzos del sol, y cada vez que hundía el remo, el río le mordía la mano. Después de veinte golpes de remo, cambiaba de lado, pero esta vez, al levantarla, la mano mojada, expuesta al viento que subía río arriba desde el sudoeste, quedó como paralizada. Había trozos de hielo flotando en el agua como costras grises, y ambas orillas estaban recubiertas de blanco. Cada aliento producía una nube. Delante, Pamela se acercó a su remo, cambió de lado con un rápido giro de sus muñecas, pero no pronunció una sola palabra de queja.

Mediados de octubre. Los alisos, sauces y píceas convertidos en un resplandor rojo y vetado de amarillo; heladas todas las noches. El cambio de estación era agradable, como si toda la región estuviera experimentando una transfusión de sangre, y el propio Sess Harder nunca se había sentido mejor. Había conseguido su carne, había tenido suerte al encontrar una osa y más suerte aún con el alce, un gran macho en celo. El animal había bebido tanta agua que Sess la oía danzar en sus tripas desde cien metros de distancia. Además, había llenado tal vez cien cubetas de esturiones blancos y catostómidos en su migración anual a los agujeros profundos del río, donde no les alcanzaba el hielo. Y conejos. Los recién nacidos del año, locos por encontrar algo verde que les permitiera acumular grasa para el invierno, y que caían tan fácilmente en la trampa como el propio aire. La despensa estaba llena, las bayas recogidas y las verduras en conserva, y su dulce esposa, sentada frente a él con el largo arco de su atlética espalda elevándose del ancla de sus caderas y flancos, maniobrando el remo con los hombros rectos y los brazos tallados a medida, y ni una sola mirada atrás.

Iban camino de Boynton, y de ahí a Fairbanks en el camión de Richard Schrader, si estaba disponible, y seguro que lo estaría, a menos que la parte de atrás se hubiera desprendido, y a decir verdad, la última vez que lo había conducido parecía algo inminente. Pamela quería descansar unos días, y él estaba de acuerdo, luces brillantes, gran ciudad, una dosis más antes de que se instalara el invierno. Los dos tenían ganas de gastar algo del dinero que habían recibido en forma de billetes arrugados en sobres blancos o metidos dentro de felicitaciones de boda, y necesitaban algunas cosas, naturalmente, para llenar la nueva habitación de la cabaña y rematar su despensa de judías desecadas, arroz, té, café, tabaco, pasta y similares. Y pasta de dientes, no había que olvidarla. Sess se había pasado un invierno cepillándose los

dientes con el dedo y otro utilizando una mezcla de bicarbonato de sodio y sal que acabó erosionando las cerdas del cepillo. Pronto el río sería intransitable y entonces tendrían que esperar hasta que se helara por completo para descenderlo con los perros, y su destino tendría que ser Boynton, a menos que quisieran hipotecar la granja y volar a un lugar donde el sol fuera algo más que un rumor.

Así que allí estaban, en el río. Con las manos frías. Pero habría calor a mansalva en el Nougat y el Three Pup, y cuando llegaran a la carretera de Fairbanks, el sol ya estaría muy alto en el cielo y la temperatura sería de cuatro o incluso de diez grados. Una bandada de ruidosas negretas pasó por encima de sus cabezas, en dirección sur. Pájaros inteligentes, más valía irse ahora, y hacer una travesía aún benigna. Sess apartó hielo con el remo.

—¿Cómo vas, Pamela? —le preguntó—. ¿Las manos heladas?

Ella miró por encima del hombro, con una amplia sonrisa, con un hoyuelo surcándole la mejilla y sus dientes blancos perfectos y sus encías de niña:

—Súper —dijo, contestando a la primera pregunta—. Y un poco —a la segunda.

Sess sintió que la amaba. La amaba más de lo que nunca hubiera podido imaginar.

—Continúa así —le dijo, orgulloso de su resistencia, radiante—. Cuando lleguemos al Three Pup —añadió, hundiendo el remo—, te invito al primer trago.

—Derrochador —le dijo ella, y su risa se alejó flotando por el río, rebotó en la orilla y volvió a ellos.

Los dos se habían quitado el jersey y tenían las manos perfectamente recuperadas cuando llegaron al amplio meandro desde donde se descubría Boynton. El ambiente se había caldeado más de lo esperado —hacia los quince grados, calculó Sess— y los últimos kilómetros, con las dos orillas iluminadas con los colores del otoño, fueron muy agradables. La mirada de Sess recorría el paisaje —siempre escudriñando, mirada depredadora—, cuando algo que se movía en las aguas poco profundas del Last Chance Creek atrajo su atención. Retuvo el remo bajo y se desvió hacia el arroyo, desconcertado, porque no había visto ningún alce ni oso ni grupo de castores, ni un tronco semisumergido en la corriente, ni tampoco un barco. Era algo inesperado, fuera de lugar, una de esas aberraciones de la naturaleza que hacen la vida tan condenadamente interesante allí en las tierras baldías porque, cuando uno creía haberlo visto todo...

—¿Quién está ahí, vadeando en el arroyo? —preguntó Pamela, aunque ella tenía mejor vista que Sess.

Y entonces la visión se hizo más clara y Sess vio lo que era, o lo que eran. Vio las dos figuras acercarse y separarse como fragmentos de cristal en un caleidoscopio, mientras la canoa se acercaba más. Los dos se inclinaban sobre el agua y volvían a levantarse, una especie de vadeadores extravagantes, con todos sus distintivos hippies, camisas brillantes y el centelleo de luz de la cinta de plata de un sombrero de ala ancha. Sess estaba atónito, absolutamente atónito. Había dos negros —dos hippiosos negratos— sumergidos en el soleado arroyo de la última oportunidad, el

Last Chance Creek, buscando oro con tamices.

—Hola —les saludó cuando la canoa se deslizó hacia ellos—, ¿cómo va eso?

Ninguno de los dos hombres dijo ni una palabra. Pero lo miraron, ojos oscuros y fijos, erizados de desconfianza y hostilidad. La corriente bullía contra sus muslos, sobre la envoltura combada de sus altas botas de agua. Miraron la canoa durante un largo momento solemne, como si hubiera aparecido por generación espontánea, como una emanación del agua y el aire, luego miraron a Pamela y finalmente a Sess, antes de volver a su trabajo, enjuagando palada tras palada de arena en el brillo apagado de sus tamices, hasta liberar todos los granos de silíceo.

—¿Y qué, brilla? —preguntó Sess, por decir algo.

El más bajo levantó la vista. Tenía la cara como una petaca de tabaco erosionada con un vicio secreto. Su voz era suave como un susurro:

—No, no hay nada por aquí, ¿verdad, Franklin?

El otro levantó la vista, ojos salvajes, una expresión que no invitaba a nada.

—No —secundó—. Nada.

Luego el primero:

—Este sitio no vale una mierda, ¿eh, Franklin?

—No.

Sess dijo que esperaba verles más tarde y Pamela les deseó buena suerte, y los dos hundieron sus remos en el agua, ansiosos de alejarse y poder comentar aquel episodio y cotillear. Cuando recorrieron trescientos o cuatrocientos metros, Pamela levantó el remo dejándolo deslizarse y se volvió hacia él.

—¿De qué iban estos?

—Ni idea —contestó él—. Pero no encontrarían ni media onza de oro en ese arroyo aunque pasaran cien años buscando.

—No dan esa impresión. Parecen aquellos tipos de *El tesoro de Sierra Madre*, Humphrey Bogart y no sé cómo se llamaba el otro...

—Walter Huston.

—Eso, Walter Huston.

La canoa derivó. El sol tallaba diamantes en el agua.

—Eran negros, Pamela. Negratas. ¿De dónde puede haber salido un negro en este sitio?

Boynton había aparecido ante sus ojos. Ella arqueó la espalda hacia atrás y hundió el remo.

—Por Dios, Sess —dijo, lanzando las palabras por encima del hombro—, negros, pieles rojas, chinos, ¿qué diferencia hay? Parece como si nunca hubieras visto un negro en tu vida.

Él iba a decir «No lo he visto», pero en aquel momento otro elemento, tan extraño como las dos figuras del arroyo, saltó ante sus ojos desde la orilla en una explosión de color. No era exactamente una casa, parecía más bien una cabaña Quonset, encajada entre la caja de planchas grises y gastadas de Richard Schrader y el refugio de Sess.

Su presencia le desconcertó un instante, pero luego comprendió lo que era y también obtuvo la respuesta a su pregunta en un solo destello de intuición: ¿De dónde podía haber salido un negro en aquel sitio? De un autocar de hippies, esa era la clave.

Si Sess esperaba una cálida y sociable acogida en el Three Pup, se había equivocado. Lynette le esperaba en pie de guerra, y Skid Denton también. En el mismo instante en que Sess abrió paso a Pamela, Lynette se apartó de la barra y exclamó:

—Ah, mirad quién está aquí, el rey de los hippies. ¿O debo decir el casero de los hippies?

Skid Denton estaba adherido a su asiento al extremo de la barra, como de costumbre, con un plato de patatas fritas caseras frente a él y una cerveza siseante en la mano. Se inclinó hacia delante para echar leña al fuego:

—Ahora todas las noches tenemos sarao y esa música hippy no se acaba nunca. Creo que follan por ahí, que se follan a todo bicho viviente excepto a los perros y se pasan el tiempo fumando drogas. ¿De verdad han construido una cabaña?

—Ese que lleva huesos en el pelo —dijo Lynette.

—Y los negros. —Richie Oliver levantó sus ojos colorados del whisky con agua como si llevara tres días chapoteando en él—. No te olvides de los negros.

Había ocho personas reunidas en el bar y no hubo ni una sola sonrisa sincera para él, ni para Pamela. Y aquello le dolió, porque ¿qué tenía ella que ver? No más que él. O menos, mucho menos. Se esforzó por hacer caso omiso a Lynette y a Skid Denton, que era un gilipollas de primera clase. Saludó a todo el mundo por su nombre y le acercó una silla a Pamela en la mesa junto a la ventana, pensando en jamón con huevos, o bacon o quizá una hamburguesa, con una cerveza y un buen trago para regarlo, porque joder, no se iba a dejar echar del restaurante y bar que había elegido. Pamela le sonrió levemente y le cogió la mano por encima de la mesa.

—Lynette —llamó él, y tal vez levantó la voz un pelo más de lo necesario—, ¿nos va a servir alguien aquí, joder?

Bebieron. Y comieron. Y se tomaron su tiempo. La gente arrimaba las sillas y se dejaba caer en ellas, uno detrás de otro, a veces dos o tres al mismo tiempo, y todas las noticias y todo el cotilleo empezaba y terminaba con los hippies. Lynette se sentó a la mesa con Pamela y él y les observó cortar la carne y llevarse el tenedor a los labios como si pudieran necesitar ayuda, y no paró de hablar, ni siquiera para tomar aliento.

—¿Y ese que lleva los huesos en el pelo y los ajos al cuello? Señor Vampiro, así lo llamo yo. Vino aquí y pidió una jarra de cerveza y quería saber si le fiaba, y cuando le dije que aquí no se fiaba a nadie, fue por la barra preguntando si alguien le daba algo suelto.

Pero Richard Schrader —el mejor amigo que tenía Sess en el río, su padrino de boda—, Richard Schrader se llevó la guinda. No estaba en casa cuando Pamela y

Sess habían desembarcado, rodeando el autocar carnavalesco y al hippy que se afanaba con el hornillo, ante aquella hilera brillante y barnizada de cuencos, platos y ceniceros que había desplegado en un tronco partido como si tuviera un puesto de venta en el terreno de Sess. Pero luego Richard había aparcado el camión en el solar y había atravesado la puerta de mosquitera y lo primero que había dicho era:

—Sess, esos tipos tienen que largarse, han montado un circo en mi jardín y desde que se instalaron ahí no he logrado dormir más de dos horas seguidas. Todo por sus gritos y chillidos y ese escándalo que arman con las guitarras y panderetas y no sé qué más. ¿Sabías que han sacado los altavoces del autocar y los han puesto en el tejado para lanzar su mierda estridente por el río y por todas partes? He intentado razonar con ellos, de verdad, pero su rollo es: «Paz, hermano, y que te jodan...».

Sess se bebió otra cerveza. Se tomó su tiempo. Rebañó el plato con una esponjosa rebanada de pan. Preguntó por los postres. Rechazó un segundo trago. Desde fuera podía parecer sereno, pero estaba hirviendo por dentro. Dejó dinero sobre la mesa, cogió las llaves de Richard y le dijo a Pamela que tardaría un minuto. No había dado tres pasos fuera cuando Lynette le alcanzó y le agarró por el brazo.

—Y oye, Sess —las estrías de la edad le fruncían la cara alrededor de los labios y excavaban desaprobadoras trincheras a los lados de la nariz y en los extremos de los encogidos ojos, haciéndola parecer uno de aquellos cadáveres congelados y desecados que encontraron en los Andes—, sea lo que sea lo que le hiciste a Joe Bosky —se miró el flácido brazo y luego volvió a mirar a Sess—, te aviso, ten cuidado con ese tío...

Sess recorrió los setecientos metros con el camión de Richard hasta el centro del pueblo y lo metió en la explanada de su refugio por encima de los baches y las piedras semienterradas, seguido de una nube de polvo. Puso bruscamente el punto muerto, dejó el motor encendido un momento y luego lo apagó. Lo que oyó fue música, un vozarrón tronando sobre las guitarras, batería y piano eléctrico, a tal volumen que los altavoces apenas podían contenerlo. La voz se fijó, se soltó distorsionada y volvió a fijarse. A la derecha había dos coches, el Volkswagen Escarabajo y el Studebaker, con el aspecto de no haberse movido en un mes. El hornillo estaba puesto al abrigo del autocar, y el calor que irradiaban las juntas distorsionaba su visión del refugio, que necesitaba una mano de pintura. En cambio, el autocar no necesitaba pintura alguna. Los hippies habían hecho un trabajo exhaustivo y si habían olvidado algún color, Sess no veía cuál podía ser.

El aire era puro, el sol cumplía sus funciones. Hacía más calor de lo previsible. Sess salió del camión y se vio asaltado por la música. Fue a la puerta del autocar y llamó al panel de cristal pintado. Volvió a llamar. Al cabo de un poco empezó a aporrearlo con los puños y fue una suerte —suerte para ellos— que no hubiera aceptado un segundo trago.

—¡Abrid! —gritó—. ¡Sea quien sea, abre!

Sintió que el autocar cedía ligeramente en sus muelles y luego la puerta se abrió y

aquel tipo al que llamaban George el Raro apareció en el escalón más alto, envuelto en una manta verde y sucia. Iba descalzo. Su pelo era como una segunda manta, o no, era como aquello que Jill usaba para hacer cubremacetas en su apartamento, una especie de yute o macramé, tosco y apelmazado, y llevaba media docena de descoloridos huesos animales colgando de las enmarañadas puntas.

—Ah —dijo George el Raro—. Ah, hola.

—Oye —Sess sentía cómo le invadía una oleada de rabia inexplicable en un día soleado y desproporcionada ante la naturaleza del delito—, tenéis que iros de aquí. Todos. Y llevaos toda vuestra mierda.

George el Raro hizo un gesto vago. No parecía que las piernas fueran a sostenerle treinta segundos más.

—Ostras, tío —dijo, al cabo de un momento, y Sess apenas lograba oírle bajo los aullidos de los altavoces—. Tienes que hablar con Harmony. Harmony es el tipo que buscas...

La suerte quiso que todo quedara ahí entre los dos, porque en aquel momento, Harmony apareció en la parte delantera del autocar, con las manos chorreando barro. Por lo que Sess pudo deducir, el tipo tenía su edad, y aunque llevaba su espeso pelo rubio escalado como el de una mujer, tenía un fiero bigote a lo Fu Manchú para contrarrestar el efecto, y en los limitados tratos que Sess había tenido con la tribu, él le había parecido el más razonable de todos, y bastante más accesible al intercambio que el sobrino, que tendía a hablar a parrafadas, como si le pagaran por palabra. Harmony parecía sorprendido. Se secó las manos en los vaqueros, asintió y miró a Sess por el extremo de sus gafas de montura metálica. Iba a preguntar «¿Qué pasa?». —Sess hubiera apostado la granja—, pero antes de que pudiera abrir la boca Sess le lanzó una andanada, enumerando todas las infracciones de los hippies y los sentimientos que albergaban los ciudadanos de Boynton sobre ellos y le informó en términos nada ambiguos que tenían que empaquetar sus cosas y encontrar otro sitio donde fabricar sus cacharros de cerámica, poner su música atronadora, fumar su maría y tomarse su LSD.

Sess no sabía cuánto tiempo duró, pero al cabo de un rato, se unió a Harmony su mujer o novia o lo que fuera, una mujer flaca y harapienta con una sonrisa serena, el pelo habitual y un par de pechos que hubieran correspondido a alguien con el doble de tamaño, y los dos se limitaron a mantenerse allí de pie escuchándole, como si fueran asistentes a una de esas conferencias sin asientos. Cuando acabó de hablar y empezó a pensar en volver a la camioneta, recoger a Pamela y dirigirse a Fairbanks a celebrar la vida y la temporada y la despensa llena a reventar con carne preparada, el disco que había estado resonando a voz en grito casi inconscientemente llegó a un superamplificado final y Harmony dijo:

—Te entiendo, tío —rodeó a su compañera por los hombros y la atrajo hacia sí—. Has sido superenrollado y todos lo apreciamos, incluyendo a George el Raro. Oye, tal vez nos hemos pasado un poco, pero Alice y yo queremos demostrarte nuestro

agradecimiento. Aquí tienes. —Hizo un gesto hacia la larga hilera de deformes ceniceros y pipas y copas aflautadas instalada peligrosamente sobre la plancha desnuda y adornando los tocones de árboles de la explanada—. Coge lo que quieras...

Tres días después, cuando volvieron de Fairbanks, el autocar seguía allí. Naturalmente. ¿Qué esperaba que hicieran, que lo pintaran con tinta invisible? Probablemente aquel trasto ni siquiera arrancaba. ¿Para qué engañarse? La cosa iba para largo. Tal vez llegaría a su fin en la siguiente glaciación, dentro de diez mil años, cuando el inmenso muro de hielo de un kilómetro y medio de altura creciera por la tundra y la convirtiera en polvo, pero de momento, pensó Sess, más valía que se acostumbrara a aquel vehículo y sus ocupantes, porque no se iban a ir a ninguna otra parte. Y en aquel punto, tras pasar tres días fuera, tampoco lograba ponerse muy nervioso. Pamela y él lo habían pasado incomparablemente bien, había sido su segunda luna de miel —o la primera, en realidad—, habían retozado perezosamente en la cama en el Williwaw Motor Inn, fumando cigarrillos y bebiendo cubatas de ron en vasos de plástico desechables y observando el aleteo místico del mundo atrapado y sellado en la cajita que todo el mundo llamaba en diminutivo solo para expresar una afectuosa proximidad. Habían comprado algunas cosas. Habían hecho la ronda de bares. Y aunque a Sess le había decepcionado descubrir que el criadero de perros no tenía nada con cuatro patas y cola que pesara más de siete kilos (chihuahua cruzado con caniche enano y con perrito de lanas rizadas en las duras alturas de Fairbanks), se sentía satisfecho. Iba río arriba con su mujer y todos los productos necesarios, comodidades y caprichos que podían cargar, incluyendo cerámica hippy, y le importaba un pimiento lo que pasara en Boynton.

Llegaron de Fairbanks bien entrada la tarde y soplaban un viento glacial. Sess se dirigió directamente al Three Pup, aparcó la camioneta en el lugar de Richard y se dirigió hacia el río.

—¿Necesitamos algo del refugio? —preguntó en voz alta mientras Pamela le daba cajas de comida, latas de gasolina Blazo y aceite de motor, una bolsa de calcetines nuevos y ropa interior y forros para sus botas muklus.

Él estaba inclinado, distribuyendo el peso en el fondo de la barca. El viento le atrapó el pelo y le dio un tirón.

—No se me ocurre nada —contestó ella enderezándose y mirando sobre el acero del río. El cielo estaba oscuro. Ejércitos enteros de hielo habían llegado para hacer la guerra contra el agua.

—Mejor —repuso él—, porque no me gusta nada el aspecto del cielo.

Pamela llevaba su parka y se subió la capucha en cuanto salió de la camioneta. Sus manos eran finas alas de piel gris saliendo de sus mangas, los hombros encorvados contra el viento y la punta de la nariz y las mejillas empezaban a

colorearse. Cuando cogió el remo del travesaño, los nudillos se le veían blancos contra el oscuro y aceitado grano de la madera. Ella le dedicó a Sess una sonrisa cansina y se instaló en la proa y él no pudo evitar pensar en el contraste entre aquel viaje y la primera vez que habían remontado juntos el río, en medio de la plenitud de junio. Pero aquella pequeña dosis de incomodidad era la contrapartida que la naturaleza implicaba para todos, sin discriminación, y muy pronto, al llegar a la cabaña, se repondrían con un fuego crepitante y una taza de algo caliente en las manos. Mientras remaban, la canoa quebraba el hielo estrellado de la orilla. No hacía falta decir que aquel era el último viaje en canoa del año.

No habían recorrido aún un kilómetro, con el viento en la cara, cuando Pamela se volvió hacia él.

—Las llaves —le dijo—. ¿Y las llaves?

—Las he dejado en la camioneta, ¿no?

—Mira bien en los bolsillos, Sess. Acuérdate de lo que pasó la última vez.

Sess tenía las manos tan agarrotadas que apenas podía hurgar en el bolsillo, ¿y qué sintió tomando forma entre sus dedos? Una caja de cerillas, su navaja de bolsillo, los billetes con su clip... y las llaves de la camioneta de Richard. De modo que dieron media vuelta, regresaron y él ascendió la orilla junto al pintarrajeado y silencioso autocar hippy —debían de haberse ido todos río arriba, imaginó—, deslizó las llaves en el contacto de la camioneta, volvió a la orilla de una carrera y empujó la barca.

Ahora el viento era más intenso, cortante de verdad, y tenían que mantenerse cerca de la orilla para evitar las rachas más fuertes, pero eso era un problema, porque el hielo se formaba allí y les forzaba a mantener cierta distancia. Llegó el crepúsculo. Ellos remaban en silencio. Sess no pensaba en nada, trabajaba con el piloto automático, un golpe de remo a un lado, luego al otro, cuando le llegó el sonido de un avión. Lo oyó —los dos lo oyeron— antes de verlo, y cuando apareció, materializándose contra la tormenta, no estaba a más de cincuenta metros y avanzaba en la misma dirección que ellos. El ruido estalló sobre ellos mientras el avión les pasaba justo por encima y describía un amplio círculo frente a la canoa para volver hacia ellos. Sess estaba pensando: «Es Howard Walpole o Charlie Jimmy del pueblo indio de Eagle, rodeándonos para asegurarse de que estamos bien...».

Pero no era Howard Walpole ni Charlie Jimmy. El avión llevaba tres luces, pero la del ala derecha no iba sincronizada con el ritmo de las otras (mal contacto, una bombilla suelta) y a medida que se acercaba, ahora cayendo sobre ellos en picado, vio los pontones sin pintar y relumbrando opacos en el errático centelleo azul. Él conocía aquellos pontones, que darían paso a esquís por la mañana si el tiempo se mantenía, y no tenía que mirar el fuselaje sin pintar o los borrosos números impresos junto a la letra N para identificar el avión. Venía a por ellos, volando bajo sobre el agua salpicada de hielo y espoleado por el viento. Sess no tuvo tiempo de pensar, no tuvo tiempo de trabajar el remo y apartar la proa de aquel rumbo o buscar la protección de los árboles porque la Cessna ya estaba en su cara, en la cara de Pamela, y mientras los

dos agachaban las cabezas y los pontones retomaban altura, sintió el choque de la sacudida y un cuenco hippy se hizo añicos y llegó el agua —agua del Yukon, fría como la muerte— brotando turbulenta por el agujero invisible del casco.

Entonces Sess entró en acción. Golpeó el agua fuertemente con el remo e hizo girar la canoa ciento ochenta grados como la aguja de una brújula, y de pronto corrían río abajo con la corriente y el viento. Quinientos metros más allá había un bosquecillo tenebroso avanzado en el río. Sess le gritó a Pamela que orientara la canoa hacia allí, mientras él buscaba el fusil en el amasijo de cajas, cartones y cerámicas hippies. «Esta vez es la guerra —pensó—, una sola vez más, hijo de puta, una sola vez y...».

Las luces azules intermitentes se difuminaron río abajo, pero reaparecieron cuando el avión volvió a cambiar de dirección.

—¡Al suelo! —gritó Sess, metiendo una bala en la recámara y colocando el rifle en los travesaños para apoyarse en el remo y evitar que el timón oscilara. Vio el perfil de Pamela, una vaga y pálida emanación contra la oscura franja de la orilla.

—¿Estaba...? —balbuceó ella—. ¿No ha...?

Oían el avión gimiendo al ganar velocidad, veían las luces intensificarse a medida que la distancia menguaba.

—¡Puedes jugarte la cabeza a que sí! —gritó Sess, hundiendo el remo en el agua con el pistón de su hombro y ya estaban solo a doscientos metros del lugar donde el hielo de la orilla se formaba bajo la cubierta de los árboles.

Bosky llegó demasiado deprisa. Pensaba encontrarles aún río arriba, rezagados contracorriente, y el rugido del motor y los pontones desnudos les pasaron por encima antes de que Sess pudiera inclinarse y disparar de nuevo. Pero estaba listo y dejó que la barca girase lateralmente respecto a la corriente mientras Pamela luchaba por mantener el control delante y disparó tres veces, tres duras notas de agradecimiento recubiertas de cobre que se proyectaron contra el caldero del cielo y probablemente solo tocaron aire. No hubiera sabido decirlo. No lo sabía. Estaba demasiado cargado de adrenalina para sentir siquiera furia o indignación. Dejó el rifle y cogió el remo y un momento después entraban en el manto de hielo de la orilla y se refugiaban bajo los árboles.

Todo estaba en silencio. Una nieve dura, acribillante y ventosa empezó a caer del cielo como en una repentina liberación. Sess oyó el río, el hielo deslizándose y chirriando como dos manos mojadas frotándose, y oyó a Pamela. Estaba encorvada sobre los hombros, una sombra entre sombras más profundas, y lloraba tan suavemente que al principio creyó que era el susurro de las duras balas blancas abriéndose camino entre las últimas hojas de hierba. El fondo de la canoa había embarcado cinco centímetros de agua y ellos tenían los pies mojados: llevaban zapatillas de andar, de ante y hasta los tobillos, los mejores zapatos que tenían para una excursión a la ciudad. No llevaban sacos de dormir, ni suelo de tienda ni tienda, ¿quién necesitaba una tienda en el Williwaw Motor Inn?

—Todo va bien, Pamela —le dijo, pero las palabras se le ahogaban en la garganta

—. Todo saldrá bien, ya lo verás.

Lo primero era hacer un fuego, pero temía el fuego porque Bosky podía verlo y volver a por ellos, de modo que se concentró en acarrear la canoa fuera del agua, descargando los alimentos húmedos y la ropa mojada y las herramientas y el equipo y todo el resto de cosas de las que no podían prescindir, y luego levantó el casco y lo apoyó, a modo de cortavientos. Pamela trabajaba a su lado y no tenían que hablar, no tenían que decir una sola palabra, trabajaban codo con codo para descargarlo todo y cortar ramitas de píceas para ponerlas bajo la canoa y amontonar troncos para el fuego, si es que hacían fuego, y tendrían que esperar para decidirlo. Al mismo tiempo, la nieve se endurecía, azotando sus capuchas y mangas en forma de bolas y gránulos, saltando al suelo con el suave siseo del arroz que se derrama de un saco, y pronto, el oscuro vacío de la orilla empezó a cubrirse de aquella pálida sustancia resplandeciente.

—¿No volverá, verdad, Sess? —preguntó Pamela en el vacío.

Él la miró, su silueta encorvada y espectral y sus movimientos mientras ella amontonaba leña y dejaba escapar las palabras de su boca en rápidas vaharadas de vapor que racheaba el viento.

—No —dijo él—, con este tiempo, no creo. Y espero que ese hijo de puta se estrelle y se queme hasta que no quede nada reconocible. Es increíble, ¿no? ¿No es increíble que nos haya disparado? Te lo dije, Pamela. Te lo dije desde el principio y no querías creerme.

Esperaron media hora, tiritando, y luego él encendió una cerilla, la acercó a una rama de píceas y el fuego prendió. Se secaron los zapatos, los calcetines, los pies. Pamela sacó una caja de galletas húmedas de una bolsa hecha jirones y las repartieron con trozos de queso cheddar. Luego dejaron reposar un poco sus motores internos. Aparentemente, era la primera tormenta del año, tenía todas sus características, el viento helado, la nieve formando bolitas y temperaturas de seis y siete grados bajo cero, y Sess no tenía dudas de que bajarían más y la nieve se convertiría en polvo. Tenían muy pocas oportunidades allí, si querían coger la canoa y llevar sus preciados víveres al Thirtymile antes de la siguiente primavera. Al cabo de un rato, Sess se levantó y hurgó entre el equipaje hasta que encontró un par de sus nuevos calcetines térmicos garantizados (¡mantenga los pies calientes a veinticinco grados bajo cero!) y metió uno por el agujero de bala de la barca hasta apañar un tapón capaz de resistir la fuga. Luego cargaron las cosas otra vez y salieron al río en plena tempestad, con los brazos y hombros luchando contra la corriente, las manos fundidas con los remos como si se las hubieran esculpido en hielo.

Debía de ser pasada la medianoche cuando pasaron el Woodchopper Creek y se alejaron de la costa por si acaso Joe Bosky estaba por allí esperándoles, y ninguno de los dos se atrevía siquiera a pensar lo que podía haber pasado río arriba, en la cabaña, cuando Joe Bosky sabía que estaban fuera de casa y tenía todos los medios y motivos para causarles daños graves e irreparables. La nieve les azotaba la cara. Una fina

costra de hielo se había formado sobre el equipaje allí donde caían las gotas del remo de Pamela, azotadas por el viento, y una capa de nieve se elevaba encima. La noche era una presencia densa e íntima, seguía sus ritmos desconocidos y ellos no tenían derecho a violarla. A Sess Harder no le importaba. Estaba contento de estar allí, ahora, capaz de asumir el desafío, feliz de estar vivo, feliz por cada furioso mordisco que el remo daba al helado río. Y cuando rodearon el Thirtymile y los perros clamaron al adivinar su llegada, se sintió el hombre más feliz de la tierra.

SEXTA PARTE

NOCHE INMEMORIAL

Esta era la Tierra de la que habíamos oído hablar, formada del Caos y la Noche Inmemorial.

HENRY DAVID THOREAU,
«Ktaadn»

Era Halloween, el 31 de octubre, el día preferido de Pan, y ¿con qué contaba para celebrarlo? Con nada. No tenía gatos negros ni esqueletos, ni siquiera una calabaza recortada con luz dentro. Eran las cuatro de la tarde, noche negra, y el río, el inmenso terreno de juego arremolinante y plateado, rebosante de peces y caza donde había retozado todo el verano, estaba encerrado en una tumba de hielo. El congelador, así lo llamaban, y Pan había bajado arrastrando los pies por la helada autopista de Woodchopper Creek con la luz declinante del día para descubrir que el último canal abierto se había sellado por la noche. Hacía siete u ocho grados bajo cero. Soplaban el viento. Se había quedado tiritando en la orilla dura como la roca y escuchando el silencio —era impresionante, todo aquel ruido de hielo en movimiento y de furiosas corrientes de agua, toda aquella vida, reducida a la nada, ni un gemido, ni el estallido de una burbuja— y había vuelto a ascender el arroyo hasta la cabaña y se había agachado junto a la puerta a cargar leña.

Nadie pestañeaba. Atravesó el descansillo, cerró de golpe la puerta de fuera y luego se metió por la pesada puerta de la cabaña como un contorsionista, y también la cerró de golpe tras él, con la nariz goteando, los dedos agarrotados y los troncos serrados de pino cargados en los brazos como una pila de libros ilegibles. Llevaba una fina aureola de aire helado, y el olor del frío, un olor casi químico, ¿y cómo sería cuando la temperatura bajara otros veinte grados? ¿Y cuando bajara cuarenta más? Cruzó la habitación, atizó los carbones y puso los troncos encima, y nadie le dijo: «Eh, tío, ¿cómo va por ahí fuera?». O bien: «¿Has cerrado bien?». O acaso: «Pensábamos que te habrías congelado y transformado en estatua de sal o algo así». Solo dijeron:

—Subo la apuesta y veo.

Dijeron:

—Dos parejas.

Dijeron:

—Tres jotas y pareja de nueves.

Joe estaba encajado en la mesa entre Sky Dog y Dale, barajando las cartas. Llevaban por lo menos doce horas jugando al póquer —desde que habían vuelto del Three Pup en las motos de nieve, en cualquier caso— y no mostraban signos de cansarse. Mantenían un porro circulando. Bebían cerveza de una botella de litro y tragaban barbitúricos o anfetas según las necesidades. Ronnie se había sentado un rato y se había ocupado de su propio bienestar farmacéutico, pero se había hartado y ahora solo quería acción, divertirse, un poco de Halloween, joder.

Joe tenía el generador encendido porque el dinero se la sudaba y podía transportar gasolina cuando le daba la gana, así que las luces estaban encendidas. En parte, era una buena cosa —por lo menos, podrías leer para matar el aburrimiento que ya empezaba a cerrarse en torno a ellos como la mano de un estrangulador—, pero

también era una maldición. Maldición y una putada porque en la medida que Pan, por muy pacifista y muy chico de las flores que hubiera sido, empezaba a pensar en el triple homicidio o incluso en su propio suicidio, porque electricidad significaba música y para Joe Bosky, música significaba baladas y música country: Oklahoma, The Sound of Music, Kitty Wells, Roy Acuff, Flatt and Scruggs, Eddy Arnold, Gene Autry. Gene Autry, hostia. Ronnie no podía ni pensar en ello y se tapaba los oídos con papel higiénico intentando borrarlo, pero aquellas voces calentorras y atronadoras, aquellas cuerdas vibrantes y aquellos gorgoritos country seguían filtrándose y contaminaban su conciencia hasta el punto en que se encontró tarareando aquella mierda: «Las colinas están vivas». Si oía una vez más aquello de que las colinas estaban vivas, no podía responsabilizarse de sus actos.

Por supuesto, la ironía, la triste y jodida ironía era que las colinas estaban muertas, como todo lo demás. Joe seguía hablando de trampas, de la excitación de organizar una línea de trampas, una pista con un rastro para cazar y luego seguirlo para comprobar qué te había regalado la naturaleza, pero él no hacía nada más que hablar. La verdad era que estaba harto de la vida de cazador. Se ganaba la vida transportando alcohol a los esquimales de los pueblos abstemios, vendiendo cajas de ginebra Fleischmann y whisky Three Feathers y Everclear por un precio diez veces mayor de lo que él había pagado en Fairbanks. Ronnie le había acompañado, dos veces, solo para ver cómo era aquello. Y era el fin del mundo, eso es lo que era. Cabañas sin ventanas, perros encadenados, calles sucias y basura volando al viento, nada de carreteras para ir ni para volver. En comparación con aquello, Boynton era el centro de Manhattan. Él se había ganado unos pavos vendiendo unos gramos de la maría que se había llevado de Drop City; había intentado darle aquella mierda a Norm, a Marco y a Verbie y no recordaba a quién más y encima todos le habían tratado como a un leproso, y aquello no era justo, ni siquiera cuando lo consideraba a la luz del día, se daba cuenta de que le habían jodido, que se habían pasado un huevo con él, y lo sentía, claro que lo sentía. Pero los esquimales —especie de miniaturas cómicas de tipos peludos como grasa andante que no te miraban a los ojos aunque les quemaras la camisa—, los esquimales sí que la querían, desde luego que sí.

—Lobos —estaba diciendo Joe por encima del fino zumbido del estéreo ahogado por el papel higiénico—. Ahí está la pasta. Para un piloto.

Ronnie estaba leyendo uno de los diecinueve libros de bolsillo que había en la cabaña, todos de Louis L'Amour y todos tediosos hasta la muerte. Dejó el libro boca abajo sobre su pecho y bebió del frasco plateado que le había ganado a un tipo en el Three Pup dos semanas antes —ocho bolas, no podía perder— y miró a la mesa.

Dale Murray llevaba su abrigo de piel de borrego y un gorro de piel que le había comprado a la vieja india que lo llevaba puesto en el Three Pup, a cambio de tres cócteles Brandy Alexander, que era lo único que ella quiso beber, aunque en vez de crema le ponían leche concentrada Borden de lata y en vez de coñac, alcohol étlico teñido con una bolsa de té. Sky Dog y él estaban hasta las narices de las nieves del

norte y llevaban una semana intentando convencer a Joe de que les llevara a Fairbanks porque, tal como Dale seguía repitiendo una y otra vez hasta la locura:

—California es donde está la movida. A tomar por culo esta mierda. A tomar por culo, he dicho.

Y Joe seguía contestándole:

—Mañana, tío, cuando despeje.

Ahora, Dale levantó los ojos de las cartas y preguntó:

—¿Qué quieres decir con los lobos?

Sky Dog, con los ojos convertidos en dos hendiduras inyectadas en sangre, se subió el cuello del jersey de lana originariamente blanco que le había hecho una de las chatis de Drop City en días más felices.

—¿Te refieres a esos perros grandes tan simpáticos que aúllan todas las noches en las colinas, mañana, tarde y noche?

—Quiero decir pasta gansa, eso es lo que quiero decir. Los localizas en la nieve desde el avión. No tienen dónde esconderse. Es como matar moscas.

—Pensé que eras un trampero, tío. ¿Qué pasa con las trampas?

Joe se encogió de hombros. Debían de estar a menos de cinco grados en la cabaña, pero él solo llevaba la camiseta térmica y los tatuajes que le rodeaban los antebrazos como heridas de guerra, o cicatrices de destinos, habría sido más preciso: «Esta me la hicieron en Filipinas, esta en Saigón, y esta me la hicieron en un sitio tan horrible que no querrías saber ni el nombre».

—¿Tienes idea del trabajo que supone cazar con trampas? Es de locos. Una locura. Para eso, tienes que ser una especie de cavernícola como Cecil B. Hardon, una especie de perdedor terminal, egocéntrico, creído y tonto del culo. Yo pensé: a tomar por culo. Y el invierno pasado abandoné mis trampas. Ahora ya solo deben de quedar los huesos, supongo, y por mí pueden oxidarse hasta convertirse en mierda, me la suda. No, tío, yo soy más listo. Prefiero el aire. ¿Para qué sirve invertir en un avión personal si no lo usas? Sesenta y tres lobos, de todos los tonos desde el negro hasta el blanco puro, eso encontré en la región el invierno pasado, y cada uno allí mismo, clavado al suelo. A treinta y cinco dólares por cabeza, más lo que ganas con la piel. ¿Para qué buscar oro si lo tienes ahí corriendo a cuatro patas?

Sky Dog volvió la cabeza como si se la hubieran abofeteado.

—Eso no está bien, tío, no está bien, no me mola. Si te cargas a todos los lobos de un tiro, no quedarán depredadores, y si se acaban los depredadores, todo el ecosistema se va al desastre. Mira, todos esos caribúes, conejos y todo lo demás, se comerán el bosque hasta que no quede nada. Por cierto, yo no voy...

Cerró la mano y la puso en el centro de la mesa.

—Ja. Eso dices ahora. Eso es lo que dirás al volver a tu reserva hippy en Malibú, donde la única preocupación consiste en la ropa que te pondrás, pero si tuvieras que vivir aquí, cambiarías de rollo rápidamente. —Joe se apoyó en el respaldo de la silla, que crujió. Cogió la botella de cerveza y la dejó de nuevo, se inclinó hacia delante y

se sirvió un trago de la botella de vodka que tenía en el suelo, donde se helaba, porque hacía cinco grados a la altura de la silla, pero tal vez veinte bajo cero en el suelo—. Los lobos son una basura. Le arrancan el ano a un alce y se comen sus entrañas mientras aún está en pie. Matan todo lo que se les pone por delante, tengan hambre o no, solo por el puro placer de matar. No —dijo, haciendo una pausa para dejar el vodka en el suelo—. Yo mataría hasta la última loba preñada, aquí, en el suelo de la cabaña y frente al gobernador de este distrito si tuviera ocasión, y ¿sabes qué? Probablemente el gobernador me pondría una medalla.

—¿Quién es el gobernador, por cierto? —preguntó Dale Murray en voz alta.

Sky Dog se rascó el cuello, luego alargó la mano sobre la mesa para coger la botella y se sirvió un trago. Pasó un minuto, uno de un millón, o un billón.

—Ni puta idea —dijo Joe.

Pan, desde la cama, junto a la estufa, con el libro extendido en el pecho:

—Oíd, tíos, siento interrumpir, pero ¿sabéis qué día es hoy? Es Halloween.

Los tres se le quedaron mirando. La estufa suspiraba y aspiraba aire. La cabaña estaba tan seca que parecía el desierto de Atacama. Por fin, Joe Bosky se inclinó para escupir en el suelo.

—¿Y qué quieres que haga? —preguntó—. ¿Que me ponga una peluca y me vista de hippy? ¿O tal vez de mujer? ¿Eso te valdría?

Pero Ronnie no contestó. Estaba en otro sitio, repentinamente transportado a su último Halloween, a Peterskill, en las orillas del civilizado Hudson, un lugar donde había tiendas, bares, discotecas, sitios donde comprar la variedad preferida de drogas, de noche o de día, ropa, bistecs, comida china, italiana, donuts o Kentucky Fried Chicken, el sitio donde había estampado su primer coche, el sitio donde vivían sus padres. Sus colegas. La gente con la que había crecido. De pronto se sintió tan nostálgico, tan perdido y descorazonado que tuvo que golpearse el pecho para no vomitar el alce con chile que había estado comiendo los últimos tres días. El bolo ácido le subió por la garganta, ardiente como el exilio, y llevó lágrimas a sus ojos. Star y él lo habían pasado súper bien aquella noche. Estaban radiantes, triunfantes. Primero, dos fiestas alucinantes y después, habían ido a un club con una banda que tocaba en vivo. Star iba vestida de gata, con leotardos y unas mallas de terciopelo que se entallaba al cuerpo allí donde hacía falta, bigotes pintados que él le borró chupándola al final de la velada, y ella no era la única, todas las chicas iban disfrazadas de gatitas sexis, zorros o vampiros, mostrando el escote, las piernas y todo lo demás. Se preguntó si algún sociólogo habría estudiado aquello, por qué las chicas siempre se vestían según las fantasías sexuales masculinas, mientras que los hombres tiraban hacia lo absurdo. ¿Y qué significaba? Los hombres podían pasarlo bien solos, colocarse, festejar, pero las mujeres —las féminas, las titis— necesitaban hacerles babear, querían adoración.

Ronnie había ido de Pan, con un par de cuernos de diablo sobrantes pintados color castaño bosque, unos tubos que había encontrado bajo una pila de objetos

desechados en la sala de la música del instituto, y los leotardos peludos que su madre le hizo con la máquina de coser, y la verdad era que cosía muy bien, su madre... Y no era tan absurdo, en absoluto. Más bien molaba. La gente se acercaba de todas partes a elogiarle, y si no había ganado exactamente el primer premio al mejor disfraz —se lo había llevado un gilipollas con una máscara de Spiro Agnew—, un narguile auténtico de un metro de largo que Alex, el dueño del club, había traído de Marrakech, tampoco le importaba. Aquella era la noche en que había dejado atrás su antigua personalidad de Ronnie y se había convertido en Pan para siempre. El recuerdo le levantó de la cama y empezó a meter las suelas de fieltro dentro de las botas, se puso calcetines dobles, se ató las botas y se puso varias capas de ropa encima.

—¿Adónde vas, tío? —quiso saber Sky Dog—. ¿A llamar a las puertas de los vecinos para pedir caramelos?

Faltaban casi doce kilómetros para Boynton (podría haberlos recorrido sobre el río helado), y seis hasta Drop City. Dos veces seis, doce, pensó Pan mientras andaba a oscuras, en medio del frío, con el aliento como una máquina de vapor. Volvió a la derecha al llegar al río, dirigiéndose al noreste, pensando en Star. Aquella noche seguro que había fiesta en Drop City, sin ninguna duda: Halloween, la fiesta de los excéntricos, de los friquis, flotaba en el aire. Norm la habría organizado. Si alguien la organizaba, sería él. Pan oía la ráfaga fría y el impacto de sus pasos aplastando la fina capa de nieve que cubría el hielo, un pie frente al otro, seis kilómetros no eran más que un paseo por el parque y él no sentía frío, en absoluto.

Sess Harder le había desvelado una vez el misterio de las distancias, cuando aún podía asomarse a la cabaña de Sess; algo que no podía volver a hacer desde que se había gastado los cinco pavos de Pamela, pero mira, *tant pis*, como decían los franceses. Las botas aplastaban la nieve. El viento caía y ya había salido la luna. Lo que no podía entender era por qué llamaban a aquel río Thirtymile, milla treinta. Como si hubiera estado a treinta millas de Boynton, o sea, a una cincuentena de kilómetros y no a la mitad. Sess estaba ocupado, siempre ocupado, arreglando los arneses de los perros, y Pan se había quedado junto a él, con una amistosa cerveza en una mano y un cigarrillo en la otra, mientras la voz profunda y lenta de Sess le explicaba las razones matemáticas:

—La distancia se mide desde Dawson, en el territorio del Yukon. Originalmente, la gente bajaba el río desde allí, y por eso se hablaba del Fortymile o milla cuarenta en el sudeste de Eagle y del Seventymile o milla setenta un poco más al norte, y supongo que no querían llamar al río Hundredmile o milla cien (un número demasiado desafiante), así que lo llamaron Thirtymile, porque son treinta millas, más o menos, desde el Seventymile. ¿Lo entiendes?

No, no lo entendía. Tendrían que haberlo llamado Clothesline, cuerda de tender, o el Dinosaurio o la Piña Quebrada, o quizá deberían rebautizarlo con el nombre de la

madre de Jimi Hendrix. Buena idea, él mismo lanzaría la propuesta en cuanto volviera a la civilización. Continuó aquel hilo de pensamientos, una serie de nombres cada vez más ridículos pasándole por la cabeza, el silencio y la inmensidad del río y las colinas remachadas por la sombra de la luna, y la luna se sumergía en su interior (después de todo, era Halloween) y nunca se había sentido tan conectado en su vida. Giró a la derecha hacia la embocadura del Thirtymile, tan despreocupado como si pasara de la calle MacDougal a la calle Bleecker, y cuando llegó a la cabaña de Sess, a aquel fulgor que flotaba contra el fondo de árboles y el olor de la leña derivando en el aire como una promesa, siguió andando.

Por un extraño milagro, los perros de Sess no dieron la alarma. Si se concentraba en distinguir una sombra de otra, podía distinguir la silueta de las casetas de perros contra los tobillos de los árboles, pero allí no había movimiento, ni el mínimo roce de cadenas o susurro del pelaje, ningún ruido excepto el bufido del viento en sus oídos. Los perros estaban dormidos, acurrucados nariz con cola, respirando plácidamente en la fortaleza de la noche. Vivían allí, anclados a aquel lugar, pertenecían allí, como él, como Pan. Siguió andando. Tal vez tenía los dedos de los pies algo entumecidos —sus botas no eran muy adecuadas—, pero no era distinto de otras veces en Nueva York. Tal vez hacía más frío, pero no había tanta diferencia. Se acordaba de haber estado entre veinte y treinta grados bajo cero de pequeño, con el hielo formando una red de estrellas cristalinas superpuestas en el interior de los cristales y su padre pateando la puerta del conductor del Studebaker, que no quería arrancar por más que intentara domesticarlo, y del dulce olor metálico del éter que roció por el carburador, con la vana esperanza de que volviera a la vida. Aquella imagen se mantuvo en su mente por una fracción de segundo, luego se desvaneció, como una bobina fundiéndose en el proyector de su mente. Él andaba. Andaba en aquella inmensidad. No pensaba nada. La luna, la luna de la cosecha, la luna de Halloween... iluminaba el camino.

Drop City le llegó primero con el olor del humo impregnando el aire de la noche, luego como un racimo de luces tan pálidas e inadecuadas que no estaba seguro de verlas realmente, hasta que subió la orilla y llegó al promontorio donde las cinco cabañas describían un cuarto creciente sobre el río. Cuatro de ellas tenían tejado y luz interior, navegando arriba en el mar de la noche, pero la quinta era solo un conjunto de troncos mellados, que como mucho llegaba a la cintura. Pensó en Mendocino Bill y Alfredo y sus planes hipertrofiados: «Apartaos y mirad, aquí llega la ciudad de la colina, la metrópoli, Chichén Itzá y el Taj Mahal reunidos en uno. Levanta ese tronco, tío, dale a la sierra». Pese a todo, tenía que reconocer que habían llegado más lejos de lo que esperaba. Porque aquello eran chimeneas de estufas saliendo de los tejados, y aquello era real, sincero, auténtico humo saliendo al viento, y donde había humo había fuego y donde había fuego había calor. Estaba allí en la explanada... Ronnie, Pan, volvía para saludar en una noche como ninguna otra... pero dudaba.

No había vuelto allí desde el final de agosto, y aunque se había encontrado a un

par de hermanos y hermanas en el Three Pup, el Nougat y la tienda de Setzler, no sabía qué pensaba la gente sobre el asunto, si sería bienvenido o no, si le perdonarían y lo olvidarían todo. Especialmente Norm. No tenía ganas de ver a Norm. Ni tampoco a Alfredo. Estaba allí de pie, en el frío lunar, medio decidido a escabullirse de vuelta al Woodchopper y mandar a Drop City a tomar por el culo, pensando que si ellos no le querían, él tampoco les querría, cuando algo cambió en la atmósfera y oyó risas, vida social, la voz de alguien elevándose por encima de la de otro y luego una cascada de risotadas y carcajadas bañándolo todo. Contuvo el aliento. Se concentró. Y entonces oyó la música. Había música que venía de la sala de reuniones, el atenuado gemido de las cuerdas metálicas y el estruendo repetitivo de la percusión. Cruzó la explanada, bajó la cabeza y empujó la puerta.

No fue como esperaba. Estaban reunidos allí, muy bien, ocho, diez, once pares de ojos mirándole desde el fulgor de las velas, pero nadie bailaba ni hablaba, y ahora nadie se reía tampoco. Se oía Buffalo Springfield en el estéreo, y la voz de Neil Young, tensa y metálica como una cuerda de guitarra, entonando «I Am a Child» de un modo que parecía un canto fúnebre, sumía toda la habitación, que olía a cerrado y a drogas, en la tristeza, hasta tal punto que Ronnie quería coger a alguien del brazo y preguntarle: «¿Quién se ha muerto?». Star no estaba, ni Marco tampoco, ni Norm. Ni Merry. Pero allí estaba Freak y él al menos le reservaba un saludo, azotando la cola e insertando una trufa fría en la mano cóncava y sin guante de Pan. ¿Acaso nadie le reconocía, acaso a nadie le importaba una mierda?

—Eh, tíos —dijo, mientras las caras empezaban a distinguirse contra las sombras—. ¿Qué pasa?

Fue Mendocino Bill quien rompió el hechizo. Se levantó del tosco banco cerca de la estufa, gigantesco con un jersey de ochos que debía de haberle mandado su madre o su ex esposa. Levantó los pies con la precaución exagerada de un saltador marino de aguas profundas que se abre paso entre el pulpo asesino y la gigantesca almeja devorahombres.

—Maldita sea —dijo—. Mirad quién está aquí. Eh, tíos... —Fue rotando la cabeza para poder ver el altillo y todos los pies con calcetines térmicos concentrados allí como una especie de excrecencia fúngica—. Es Pan.

Hubo un murmullo. Neil Young continuó matando la canción, matándolo todo, y algunos surgían como zombis de la penumbra: Geoffrey, George el Raro, Dunphy, Erika, Deuce, todos guiñando los ojos en su dirección como si estuviera a kilómetros de distancia. ¿Era Pan, era realmente Pan? Pero ¿dónde? Yo creía... Hostia, tú... Es Pan... Pero ¿era Halloween o no? ¿O es que se había equivocado de día?

Allí estaban Angela, Maya, Creamola, Foster.

—Somos hippies —decía Bill, apoyado contra la estufa para calentar la imponente masa palpitante de su espalda—. Es que simplemente, nadie ha organizado

nada... Además, las calabazas eran del tamaño de uvas cuando llegó la primera helada...

—Querrás decir nieve —corrigió Cremaola.

—Hemos vaciado un calabacín —terció Angela, y allí estaba, en el alféizar, una especie de hogaza verde abollada con dos agujeros y una patética llama de vela emanando de algún punto de sus pulposas profundidades—. Reba ha vestido a Che y a Sunshine de demonios y han hecho la ronda, pidiendo caramelos y asustando, primero aquí y luego en la cabaña de Star y la que yo comparto con Erika, George y Geoffrey.

Ronnie vio entonces que las chicas se habían maquillado los ojos y llevaban brillo en las mejillas y frentes y que George el Raro parecía haber renovado los huesos y los ajos que llevaba colgando. Pero aquello estaba muy lejos de las fiestas que había imaginado Pan. Le preguntaron qué pasaba con él. ¿Estaba con Dale y Sky? ¿Vendrían también ellos?

—No —dijo—. Están jugando a las cartas.

Nada más decirlo se dio cuenta de lo estúpido que sonaba. Recordó que Dale y Sky Dog también eran personas non gratas allí, expulsados por Marco y Alfredo tras un par de días paradisíacos de follar, beber y tumbarse al sol en estado comatoso, y había quedado claro que Joe Bosky tampoco era bienvenido: Pon de Tu Parte O Lárgate, PTPOL, parecía el nuevo lema de Drop City, y había que olvidarse de ATPT (Acceso a la Tierra Para Todos).

—Pero ¿dónde están los demás? —preguntó, en el centro de una rueda de caras.

—Lydia ha vuelto —dijo Angela.

Lydia. Sintió que algo se agitaba en su entrepierna.

—¿Dónde está?

—En la cabaña de Star y Merry. Son las únicas que han querido acogerla.

Y se lo contaron: Lydia, cargada de dinero y de whisky, bombones y cigarrillos, había aparecido una semana antes en la parte de atrás del trucado vehículo de nieve de un melenudo, con un extenso repertorio de historias sobre el mercado del sexo en Fairbanks y el temperamento del macho de Alaska, y había atravesado Drop City como una bola de fuego. La fiesta duró dos días: la gente quería solo distracción, cualquier cosa, cualquier persona, porque no podían más de cortar madera, comer tantos cuencos de puré de verduras y jugar al Monopoly hasta hacer surcos en el tablero de juego y empezaban a preguntarse si era esa la vida que habían elegido. Aún no había llegado el invierno y la dureza de las condiciones ya se hacía insoportable en Drop City. Se estaban formando facciones. Algunos estaban aburridos hasta la muerte, al borde del suicidio. No tenían vehículo para la nieve, ninguna forma de salir, a menos que recorrieran a pie los veinte kilómetros hasta Boynton con temperaturas bajo cero, y el propio Boynton estaba aislado. Y en cuanto al melenudo del bólido de nieve, Rain se había acostado con él —se había prostituido, le había follado en todas las posturas— y él se la había llevado, dejando

una estela de humo y una cegadora cortina de nieve. Probablemente, en aquel momento debían de estar en San Francisco.

Pan se quedó mirándoles. El porro le llegó y él lo cogió. Había cerveza, el brebaje casero de Tom Krishna, y no estaba tan mal.

—Oye —dijo Pan, bebiendo de la botella—, Tom está mejorando. Cuando salga tendría que ir directamente a la Budweiser, ¿eh?

Nadie se rió. Muchos volvieron a sumergirse en las sombras. Pan se quedó allí y se limitó a sentir la atmósfera por un momento, y cuando se encontró comfortable, se levantó y cambió el disco. Un poco de rock and roll para agitar un poco el ambiente, «Excuse me while I kiss the sky». Pero Bill, el grueso y peludo saco de grasa, ex activista de los derechos civiles en el Freedom Bus, el señor Cubo de Agua Fría, dijo que tenían que ahorrar batería y lo apagó, y Ronnie volvió al frío, pensando en Star, pensando en Merry, pensando en Lydia.

La fina costra de nieve crujía bajo sus botas como un chisporroteo de balas. Hacía más frío, la luna acechaba en el cielo y las estrellas, dispersas en su estela como pústulas en una cara granujienta. Él no se hacía ilusiones con Star, ni con Merry, pero Lydia, por lo menos Lydia estaba loca por él, siempre lo había estado, desde el principio. No era su tipo, por descontado, pero él llevaba demasiado tiempo viviendo en la abstinencia en casa de Bosky, en una extraña combinación de leñador y monje, acarreando leña, cazando, alimentando el fuego mientras Joe salía a recorrer el empíreo con la Cessna. Una noche habían traído a dos chicas indias y durante un par de alcohólicos días, habían experimentado todas las combinaciones, y había estado bien, no se podía quejar... O sí. No era aquello lo que había venido buscando, en absoluto, y si hubiera tenido pasta se habría largado de allí en un abrir y cerrar de ojos. Por lo menos, durante el invierno. Hawai sonaba agradable. La Jolla. Ensenada.

La cabaña de Star era la del final. Había un corredor cubierto entre las dos cabañas que servía como cortavientos, un par de ventanas encendidas, una espiral de humo de la estufa. Se quedó allí frente a la puerta un minuto, preguntándose si debía llamar o qué, y luego entró en el oscuro corredor y dio dos golpes secos en la puerta de la cabaña. Nada. Volvió a llamar. Oía voces, pies que se arrastraban. Al fin, la puerta se abrió sobre sus goznes con un crujido y apareció Marco con sus vaqueros descoloridos y su camisa de leñador, con expresión distante, rígida y hostil. No había ningún afecto entre los dos, y menos desde el incidente, en cualquier caso, y lo único que se le ocurrió a Ronnie fue repetir la frase infantil tradicional de Halloween: ¿caramelos o susto?

La voz de Star surgió de las profundidades.

—¿Quién es? ¿Ronnie? ¿Es Ronnie?

Luego se oyó un chillido de Merry, o tal vez fue Lydia, y una larga y sostenida estela de carcajadas de las tres, como si el mero hecho de su aparición fuera lo más divertido del mundo. Marco le saludó con la cabeza y las tres mujeres, irradiando el olor cerrado y compacto de las sábanas, las mantas, el camisón —los olores de la

carne— salieron a la puerta con sus pantalones de punto y sus calcetines gruesos, y le saludaron:

—Venga, pasa —insistió Star—. Hostia, no te quedes ahí...

Dentro el espacio era cerrado como una celda. Alargando el brazo desde una ondulada pared casi se podía tocar la de enfrente. Estaba oscuro, caliente y seco. Las dos literas dominaban el lugar y había que acuclillarse para evitar las seis toneladas de porquerías que colgaban de ganchos y cuerdas atravesándolo todo, calcetines y ropa interior mojada, parkas, vaqueros, botas. Había varillas de incienso quemándose. La estufa fulguraba. Junto a la ventana principal, una mesita llena de cartas, libros y platos sucios. Ronnie se dejó caer en la silla que Star le acercó y se quitó los guantes mientras las chicas le rodeaban, tres pares de tetas al nivel de los ojos y sus caras iluminadas y radiantes inclinándose hacia él como antenas extraterrestres buscando signos de vida.

—Es increíble —repitió Merry.

Ronnie vio que también estaba Jiminy, fulminándole con la mirada desde una litera de arriba.

Pan se encogió de hombros.

—Oye, es Halloween —dijo a modo de explicación—. Se me ha ocurrido pasar. Ver qué pasaba por aquí.

Nada podía objetarse a aquello, y muy pronto las tres mujeres estaban apretujadas a la mesa con él, compartiendo un plato de galletitas con rayaduras de naranja hechas especialmente para Halloween, encendiendo un porro, y pasando la recalentada cerveza casera mientras Marco y Jiminy conversaban en un murmullo en las literas de arriba. Lydia llevaba un abrigo de piel que caía hasta el suelo.

—Zorro cruzado, me lo regaló un admirador. ¿Te gusta? —Estaba guapa, más que guapa, y parecía que había adelgazado.

—Eres pura dinamita —le dijo, y le rodeó los hombros con un brazo.

—Eh, ¿habéis oído a Pan? —Merry soltó una risita—. Mucho tiempo en dique seco, ¿eh? Viviendo como... ¿qué? Como una cabra, con Joe Bosky... ¿Y yo? ¿También parezco dinamita?

Estaba al lado de Star y se estaban maquillando para aquel sucedáneo de fiesta de Halloween, con trazos negros sobre el puente de la nariz y los pómulos y todo lo demás de un pálido y putrefacto verde. No era el año de disfraces sexis. O el lugar.

—Oh, sí —se oyó decir Ronnie—. Alucinante. Súper.

—¿Y yo qué, Pan? —preguntó Star.

Curvó los labios, hizo una mueca y él fue incapaz de descifrar su mirada. Se preguntó si quedaba algo entre ellos o si ella le estaba diciendo adiós, sin resentimientos... ¿Qué importaba que hubieran ido juntos a la clase del señor Boscovich y superado a Lewis y Clark y follado bajo las estrellas y compartido hasta la última moneda? ¿Qué?

—Me extrañó que no vinieras a verme bailar —dijo Lydia—. ¿Qué pasa, chico,

perdiste interés? ¿O yo no valía el trayecto de cuatro horas?

Las tres estallaron en risas, silbidos, golpes en la mesa con sus brillantes puños. Carcajadas. Y Ronnie-Pan se vio arrastrado por aquel torbellino, intentando dar excusas, excusas reales, completamente, porque el coche estaba terminal y Joe solo volaba cuando él quería y últimamente no tenía ganas. ¿Qué iba a hacer él, ir andando?

—¿Así que ahora soy pura dinamita, eh? Ahora que me tienes a cinco centímetros... —Los ojos violeta de Lydia centellearon. Hablaba en broma, le tomaba el pelo, en un tono ligero e indeciso, pero bruscamente su rostro se contrajo y se acercó más—. Y supongo, señor Pan, señor Gran Amante de la Polla Grande, que esperas que yo me abra de piernas y me lo haga contigo como si estuviera muerta de hambre o algo así. ¿Me equivoco?

Ronnie se vio sin salida. Estaba pasado, cansado, quería follar, pero hasta Sócrates lo habría tenido difícil en aquella situación. «Sí» habría sido la respuesta sincera, pero decir que sí le cerraba las puertas, y decir que no suponía otra clase de humillación, y por muy empalmado que estuviera, no pensaba humillarse, sobre todo por Lydia. Que ni siquiera era su tipo.

En aquel instante llegó la voz de Marco.

—Te llevaste los dos rifles y la pistola. No son tuyos, hermano, y queremos que nos los devuelvas.

—Oh, venga, Marco —dijo Star con voz tensa—. Ahora no.

—¿Mataste a tu ciervo? Tú y quien fuera, Joe Bosky, Dale y Bruce... ¿Aún estás con ellos?

—¿Quién? ¿Te refieres a Sky Dog?

—Sí, Bruce. Se llama así, ¿lo sabías? Como tú te llamas Ronnie y yo Marco y Jiminy... ¿cómo te llamas tú, Jiminy?

La voz de Jiminy fue un susurro ronco:

—Paul Atkins.

—Bien, Paul. ¿Cazaste a tu alce?

Otra pregunta difícil. Si decía que sí, le condenaban. Si decía que no, quedaría como un incompetente y tendría que devolver las armas con más razón.

—Sí —se oyó decir—. Un macho. De primera. Según Joe, pesaría quinientos kilos. Lo vimos desde el avión, estaba en terreno descubierto, una mancha enorme avanzando en la nieve. Tenemos mucha carne. O sea, si queréis...

La respuesta de Marco era de esperar:

—Queremos las armas.

—Muy bien —contestó él—. Las tendréis. —Miró, guiñando los ojos, a la semipenumbra de la litera de arriba y percibió el fulgor de los ojos de Marco. No iba a renunciar a la pistola. No la llevaba encima por pura chiripa. Ni al 30-06. Tal vez les devolviera el Winchester 30-30. Tal vez—. Mañana. Te lo juro.

Entonces Star empezó a hablar del huerto y le contó que no habían conseguido

casi nada, habían empezado demasiado tarde y habían aprendido la lección. Pero la maría había salido bien, no había cogollos, pero habían secado las hojas y el producto no estaba tan mal. Suficiente para hacerles volar, en cualquier caso. Entonces hubo un silencio y Star, en su tono más animoso, dijo:

—Venga, Jiminy, Marco, vayamos a pedir caramelos a la cabaña de Norm y dejemos a estos dos un rato de intimidad. ¿Qué decís? ¿Eh?

En cuanto se cerró la puerta, Lydia se levantó a poner un par de troncos en el fuego, aunque, comparada con la de Joe Bosky, aquella cabaña era tan hermética como un Volkswagen, y debían de estar a más de treinta grados. Ella dejó la puerta de la estufa abierta para ver las llamas y él apreció el gesto, pero estaba sudando y tenía la garganta tan seca que se moría por un vaso de té helado o una cerveza de jengibre, acércate al mostrador de un restaurante de la cadena A&W y pide lo que quieras, en un día de calor bochornoso en algún lugar al norte de Nueva York, con ese calor que te desuella la piel de la nuca, con las cigarras cantando en los árboles y la taza encerada transpirando en tu mano. No estaba mal como fantasía. Era divertido. Allí estaba, en Alaska, en una cabaña de troncos en medio de ninguna parte, con el suelo cubierto de nieve y la temperatura a treinta grados bajo cero y lo único que se le ocurría era un granizado de limón en un vaso largo o un vodka con limón amargo, o un gin tonic, cualquier bebida fría, cuanto más fría mejor.

Lydia descolgó la linterna de su gancho y sopló la llama. Una fina columna de humo verdoso se elevó desde la apertura y en el aire flotó un revelador olor a queroseno. Ella dejó que ardieran las velas. Ronnie la observó moverse por la habitación, abriéndose paso a través del abarrotamiento de cosas hasta que encontró su bolso colgando de un clavo junto a la mochila High Sierra azul marino de Star, la misma que había viajado en el portaequipajes del Studebaker a través de todo el país. La mochila de Star, pensó Pan. La mochila de Star. Lydia sacó otra varilla de incienso de su bolso y se acercó a la mesa para encenderlo con la vela que ardía junto a Ronnie. Puso la varilla en el portaincienso —clavo, olía a clavo y tal vez a menta— y luego sacó un porro del bolsillo del abrigo de zorro. Le dedicó una amplia sonrisa, lo encendió y se lo pasó. Luego dejó caer el abrigo al suelo, se quitó la sudadera y el sostén por la cabeza en un solo ademán fluido y sacudió su cabellera.

—¿Quieres que baile para ti? —le preguntó—. Para que veas lo que te perdiste no viniendo a verme al escenario del Wildcat.

—Sí —contestó él—. Eso estaría muy bien.

Ella empezó una lenta y lacerante rotación de su cuerpo, como si hiciera girar un hula-hop invisible alrededor de su cintura mientras sus anchas caderas giraban y volvían a girar. Luego se quitó los vaqueros y los tiró al suelo también.

—¿Qué opinas, Pan, el sátiro Pan, me deseas ahora?

Desde la litera de abajo, ella le observó luchar contra su ropa, tantas capas, dos

camisas, jersey, calzoncillos largos... Ronnie se sentía como un niño de seis años desnudándose ante su madre tras un día en la nieve. Pero Lydia no era su madre, todo lo contrario, joder, y aquello estaba bien porque ahora nada podría detenerle. Las botas. Tiró de los cordones, de los talones.

—Venga, Ronnie —murmuró ella, abierta para él, esperándole—, ¿no querrás que me aburra, verdad?

Él se lanzó sobre ella como una flecha lanzada desde un arco. Siguieron los habituales lamidos y caricias y forcejeos para encontrar la postura en la estrecha franja de la cama, todo bien, parte de lo previsto, amor, amor libre, pero al parecer ella aún llevaba las bragas puestas y él empezó a tirar para bajárselas mientras intentaba metérsela, pero ¿qué era aquello, una broma?

—No —susurró ella, apartándose—. No podemos.

—¿Qué significa que no podemos? ¿De qué estás hablando? —Él estaba encima de ella, recorriendo el circuito de su cuerpo con las manos—. ¿Se te ha olvidado tomar la píldora? No importa, iré con cuidado...

Los ojos violeta, cierto humor en la voz.

—No —dijo ella—. No es eso.

—Dios —replicó Ronnie, y pareció que rezara, o de hecho, estaba rezando—. Entonces ¿qué pasa?

—¿No te lo han dicho? Porque ahora me tratan como a un leproso por aquí, sobre todo la perra de Reba. Ella es la que lo descubrió. Alfredo y ella.

—¿El qué? ¿Qué es?

Ella se encogió de hombros y la cama se estremeció bajo su peso.

—Ladillas —dijo—. No sé dónde las cogí, de verdad. Y no creo que fuera Arnold.

—¿Arnold? ¿Quién es Arnold?

—Tú no lo conoces —contestó ella—. Es el dueño de una tienda de deportes. Me trajo hasta aquí. En su vehículo, esa especie de moto de nieve Ski-Doo. Desde Fairbanks, con una sola parada para repostar en el Nougat. Se portó superbién, de verdad.

Pan sintió que se le encogía.

—Aquí nadie tiene la pomada adecuada —continuó Lydia—. Ese es el problema. No tenemos una farmacia en la esquina, ¿entiendes?

—No es para tanto —dijo él—. Tampoco es una enfermedad venérea importante o algo así.

Y todo estaba en la mente, ¿no? Porque otra vez se le había puesto dura, a punto de estallar.

—Quiero decir, que podemos hacerlo igualmente, ¿no?

Al acabar, ella se durmió enseguida, completamente exhausta, y cuando Ronnie salió

y se frotó lo mejor que pudo con una pastilla de jabón en seco y una toalla que encontró colgada en la puerta, ella ya había empezado a roncar. La cabeza hacia atrás, los pechos aplanados y todo aquel pelo, y ella aspirando el aire y echándolo de nuevo, produciendo todas las notas más agudas, como si estuviera tocando una trompeta sin trompeta. Aquello estaba bien. Podía perdonárselo. Lydia halloweeniana, dulce y terrible a la vez para él. Se subió sus calzoncillos largos, pero volvió a bajárselos para examinarse largamente y se pasó la toalla por la entrepierna una vez más. No tenía nada o por lo menos, no se veía nada. Y luego se vistió a toda prisa porque le esperaban siete largos kilómetros de travesía antes de ponerse él también a roncar. Se encogió de hombros en su parka, acalorado, sudando, y estaba a punto de adentrarse en la noche, regodeándose con la idea del fresco, cuando la mochila de Star atrajo su atención.

Desde hacía mucho tiempo —desde que había dejado Drop City, en cualquier caso—, había estado pensando en abandonar aquella vida, en recobrar la libertad, en volver la espalda y reconciliarse un poco con la civilización, para variar, y les había escrito tres veces a sus padres pidiéndoles dinero, un billete de ida, cheques de viaje, cualquier cosa, pero para ellos era como si estuviera muerto. Así que la mochila de Star. Allí estaba, colgando del clavo junto al bolso de Lydia. Y él sabía algo de aquella mochila que Star no sabía, y más le hubiera valido saberlo, porque, ¿cómo podía esperar que tras viajar todas aquellas noches por la carretera juntos, en tiendas y moteles y restaurantes y antros de comida basura y gasolineras —¿dónde has dicho que estaban los lavabos de señoras?—, él no conociera el contenido de su mochila tan bien como ella? Y aquello no era robar, no exactamente, porque aquellos trescientos dólares envueltos en un calcetín al fondo del bolsillo más interior eran trescientos dólares que, en cierta manera, ella le había ocultado, sustraído a su control. ¿Cuántas veces la había invitado él a desayunar, a refrescos, tabaco, cuántas veces había pagado el motel o el camping? Por un momento, se sintió mal de actuar así. Al fin y al cabo, se trataba de Star, a la que amaba y siempre había amado, por lo menos durante el pasado año, y aquellos tres billetes eran su salvoconducto, su billete de vuelta, y ahora tendría que morir de asco. Pero ella le había dejado a él muerto de asco, ¿no? Ella se había ido con Marco. Craso error. Y había montado aquel numerito con Lydia aquella noche, delante de todo el mundo, y si aquello no era mandar al cuerno, ¿qué era?

Encontró la puerta, encontró la noche. El humo se elevaba contra la luna, las luces en las ventanas de Drop City Norte se recortaban en las sombras. No había nadie en la explanada, ni un solo ruido excepto el crujir de sus botas contra la quejosa nieve. Pan alargó la mano bajo la parka para ajustarse los pantalones en la entrepierna —no para rascarse, aún no— y luego echó a andar por la helada llanura del río.

El aire era vigorizante, el frío inmaculado quemaba la piel, pero él se sentía bien fuera, respiraba hondo y se desplazaba por el paisaje con determinación, integrado en él, tan lleno de vitalidad como el lobo, la liebre, o el alce. También era sano huir de la soporífera vida solidaria de Drop City, por lo menos durante unas horas. La mayoría se contentaba con sentarse y hacerse con una baraja de cartas, un bloc de dibujo, una guitarra. Las horas se sucedían lentamente como la piel cuando muda y se cae. Sin prisas, tío, tranqui... Pero Marco no era ese género de animal, en absoluto. No sabía relajarse. Se aburría, se agobiaba. Necesitaba salir, explorar el país, abrir los sentidos, aprender algo. Las caras pálidas de Drop City lo miraban con expresión de sorpresa mientras el viento agitaba los árboles, el fuego vivo crepitaba, y el arroz Carolina hervía en la olla. Hasta el perro parecía demasiado perezoso como para levantar la cabeza. ¿De verdad vas a salir afuera? ¿Con este tiempo?

Había seis personas escribiendo novelas, o tal vez siete; todo dependía de si las deshilvanadas páginas del texto que engrosaba el cuaderno de Alfredo eran de ficción, o bien constituían un tratado sobre la felicidad de la vida en comunidad. Alfredo no estaba seguro de eso todavía, pero quedaba mucho tiempo para resolverlo de un modo u otro cuando la cortina se echara sobre la luz del día, y tratándose del 21 de noviembre, no iba a tardar mucho, según Sess Harder. Algunos hacían punto. Scrabble, damas, ajedrez. Y por supuesto, a otros les sobraba tiempo para deslizarse por la montaña en tobogán, organizar fiestas de patinaje en el río (con los tres pares de patines, propiedad de Drop City) o construir monstruos de la nieve, con raíces de sauce por cabellera y un pañuelo raído de cualquiera como accesorio, y tal vez con una camisa verde tornasolada o un chaleco de lentejuelas, por si fuera poco. Juego y diversión. Juego y diversión, eso era todo.

El cielo parecía tan bajo como si pudiera tocarse con las manos. A lo largo de la mañana, la temperatura había subido por encima de cero, trepando sigilosamente por la escala del termómetro en un ascenso lento, laborioso, grado a grado. Podía percibirse la nieve en el aire, si uno era suficiente sabio como para notarlo, u olerlo, como sabía hacer Sess Harder, o Iron Steve o el viejo Tim Yule, que se sentaba en el porche de su casa de madera de Boynton nevase, lloviese o tronase. Marco se iba desapegando poco a poco de Drop City a medida que avanzaba río abajo. En un par de ocasiones volvió la vista atrás para admirar los edificios que desafiaban la vacuidad de la tierra, contemplar las cuatro espirales de humo de las cuatro cocinas que convergían en el cielo y escuchar los gritos lejanos de Che y Sunshine, viendo cómo sus siluetas menguaban hasta desaparecer mientras cruzaban la explanada enfundados en sus equipos de nieve caseros y martilleando la nieve con sus botas rojas de goma.

A Ronnie le había dado una semana, y una semana era más de lo que podía ofrecerle. Joe Bosky y Pan, el duendecillo del bosque, ya se habían procurado su

ración de carne, y Sess Harder la suya, y probablemente todo Boynton también, y la mitad de los cazadores de fin de semana de Fairbanks, Anchorage y de los puntos más meridionales. Pero Drop City no tenía nada. Y aquello era preocupante, preocupante de verdad, porque muy pronto sería demasiado tarde, el alce ya se habría hecho duro y nervudo después del celo, y a pesar de las protestas de los vegetarianos, todos iban a necesitar carne para mantenerse a tono hasta la primavera: o eso o cazar ratones bajo el parquet y comerse la suela de los zapatos como Charlie Chaplin. Eso también resultaba frustrante. A finales de octubre, justo antes de Halloween, Star y él se habían despertado al oír un ruido, un estruendo causado por unos bidones de veinticinco litros de combustible rodando montaña abajo desde el bosque, unos golpazos seguidos de un estrépito que resonó en la cabaña, sacó a Marco de la cama de un salto y lo llevó hasta el umbral de la entrada en calcetines. Dos alces, machos, se miraban de frente en la explanada de grava, una cantidad industrial de carne trémula sostenida por unas delicadas y ridículas patas de alce. Dos animales que no habían pensado en nada ni nadie más que en ellos, en su combate, y en la hembra que se divisaba al fondo sobre la corona amarilla de los sauces desnudos en las montañas, y Marco, de pie, con las manos vacías cual aprendiz de cazador de la Edad de Piedra, qué iba a hacer, ¿lanzarles piedras? ¿Saltar sobre sus lomos y cortarles el cuello de cuajo mientras la tribu observaba la escena retorciéndose las manos? Ronnie se había llevado los rifles como si fueran solamente suyos, y él era quien debía devolverlos. No era una cuestión de propiedad, o ni siquiera de si estaba bien o mal hecho. Era una cuestión de supervivencia, así de simple.

En casa de Sess no había signos de vida y, aunque salía humo de la chimenea, en la explanada frente a la entrada no se veía ni un alma. No era grave porque la intención de Marco era no detenerse hasta su regreso, con los rifles sobre el hombro. Sess era su consejero, su mentor, el hombre que iba a enseñarle las costumbres más abstrusas posibles del país, y ya había tenido que soportar la humillación de tener que admitir que no poseían ni un solo rifle que valiese la pena mencionar con el que salir y conseguir carne para la comunidad (Deuce tenía un rifle del calibre 22 para cazar conejos y marmotas, y eso era todo) y si debía aparecer una vez más como el débil ante él, estaba jodido. Así que pasó por delante de la cabaña de Harder y, aunque los perros armaron un poco de jaleo, nadie salió a la puerta ni se asomó por la ventana.

No había mucha nieve, solo la imprescindible para cubrir el suelo, y Sess le había dicho que no se esperara los típicos paisajes navideños o esas cursiladas que se inventaban los del sur sobre Alaska. Alaska no era una postal. Ni las cataratas, ni Sierra Nevada. Las tierras de allí alrededor, en el interior, eran las más secas de todo el estado, y si llegaban a acumular cuarenta centímetros de precipitaciones al año, ya podían estar contentos. La cuestión era que las precipitaciones continuaban. En invierno no había deshielo, y en verano las lluvias se estancaban en el permafrost, creando un auténtico paraíso para los mosquitos, para los jejenes y demás insectos diminutos y para el resto del mundo alado y dentado. Marco siguió adelante,

analizando los signos de la nieve, tratando de descifrar las claves del país como habría hecho Sess. Ahora se estaba mejor, en todo caso por encima de cero, y Marco abrió la cremallera de su parka y se desató los extremos de la bufanda. Al cabo de un rato se descubrió silbando una versión estridente de «I Am a Child». ¿Cómo se le había ocurrido? Últimamente había estado tocando la guitarra, la de Geoffrey, y tarareando un poco, y aquella debía de ser una de las tonadillas que le resultaba fácil cantar, pensaba, nada demasiado complejo, una dulce y corta melodía que sonara bien con aquellos acordes, pero el tono, no sabía si el tono era un poco alto para cantar. Con bajar una nota o dos ya era suficiente.

De repente, al tomar la curva de Woodchopper, cambió bruscamente de humor. Ya no silbaba ni pensaba en guitarras. No había estado nunca en casa de Bosky y no sabía qué podía esperar, aparte de problemas, obstinación, mentiras, excusas y rectificaciones de Pan. Se lo imaginó (a Pan, a Ronnie) con el arco que se le formaba en los labios y la barbilla caída y aquellos ojos de víctima que siempre conseguían transmitir dolor y sufrimiento pero que nunca dejaban de escrutarte, como si estuviera juzgando su propia actuación segundo a segundo. Ronnie el ladrón, Ronnie el de las puñaladas traperas. Se armó de valor y tragó una bocanada de aire a pleno pulmón hasta sentir el ardor del frío. Y ya no andaba, sino que empezó a desfilar, como un soldado se dirige al campo de batalla. Siguió el camino del río, atravesó la explanada y continuó en dirección al porche. Estaba tan agitado que ni siquiera se dio cuenta de que la Cessna 180 con esquís de Joe Bosky, con el fuselaje descolorido y el número mal pintado, no se veía por ninguna parte.

Llamó a la puerta y enseguida se dio cuenta de que la acción era absurda, porque ¿quién iba a llamar a la puerta en aquel lugar? Ni mormones, ni vendedores de periódico o chicas de Avon a domicilio, ni vecinos pidiendo azúcar. Nadie había llamado nunca a aquella puerta. Nadie llamaría nunca, ni aunque la cabaña resistiera cien años allí. Una brisa atrapada entre las ramas que se mecían por encima de su cabeza refrescó el sudor de su rostro.

—¡Ronnie! —gritó—. ¡Ronnie! ¿Estás ahí?

Nada. ¿Qué era aquel rumor, aquellos movimientos? ¿Eran voces?

—Ronnie, soy yo. Marco.

Estaba a punto de abrir la puerta de un golpe, pues no había nadie en casa, ¡qué milagro!, pero de pronto la puerta se abrió del otro lado y allí de pie, descalzo y en ropa interior térmica, estaba Pan, mirándolo boquiabierto, como un pez con el anzuelo en la boca. Había estado durmiendo, lo explicaban las legañas amarillas que tenía incrustadas en las pestañas y la mata de pelo aplastada sobre el cráneo hacia un lado de la cabeza. Ventaja para Marco.

—Hum... ¡Oh, tío! —farfulló—. Eh, ¡me alegro de verte!

Dentro se oyó la voz cansada y adormilada de Sky Dog, de Bruce.

—¡Cierra la puta puerta de una vez! ¿Me oyes, Pan? ¿Qué coño estás haciendo?

Ronnie retrocedió hacia la habitación, arrastrando los pies mientras hablaba a

Marco por encima del hombro.

—¿Quieres un café? Estaba a punto de hacer...

Marco se agachó bajo el umbral, entró y cerró la puerta. Estaba oscuro, y hasta que sus redondas pupilas no se encogieron tras el resplandor de la nieve y el reflejo del río helado, no pudo ver casi nada. Podía oler, no obstante, y lo que percibió fueron efluvios de una mezcla de carne asada, quizá demasiado asada, con hedores corporales, a ropa sucia y a jabón, el jabón y la lejía que utilizaba Joe Bosky para curtir la piel de sus lobos, mezclado con aquel otro olor, el olor a piel muerta, a pellejo animal recién arrancado. La figura de Ronnie parecía un espectro junto a la cocina, y de pronto la puerta de la estufa se abrió de par en par y bajo la luz incandescente de las brasas apareció la silueta de una mano de estrecha muñeca que echaba leña al fuego.

—No —dijo Marco—, no quiero café. No quiero nada de ti, solo las armas que has robado.

—¡Eh! Ronnie, tío, ¿quién es este? ¿Hay alguien ahí? ¿Joe? ¿Eres tú, Joe?

—Vete a la mierda, Sky —gritó Ronnie furioso, sin reprimirse—. Vuelve a la cama, más te vale. Coño —dijo dejando violentamente la cafetera sobre el fogón—, ¡no hay quien tenga un minuto de paz en este puto sitio!

Marco estaba de pie junto a la puerta, en el interior. No se movía. Si la cosa iba a ponerse mal, adelante. Estaba preparado. Se había preparado desde hacía tiempo, desde aquel día en la zanja, todavía en California, desde que Bruce había tirado sus cosas a la basura y Ronnie había puesto sus garras sobre Star.

—Las armas —repitió.

La figura de Ronnie se definió a medida que sus ojos se adaptaban: hombros redondos, cabeza grande, la ropa interior térmica, sucia y pegada a su cuerpo como las vendas acartonadas de una momia. En las profundidades de la habitación, el revoltijo de cosas adquirió vida tras su silueta, en medio de una tormenta de motas de polvo y caspa, y de pronto, contra el muro del fondo, se materializaron dos camas, y en una de ellas, una forma humana. Era Sky Dog: misterio resuelto.

—¿Qué quieres decir con robado? —dijo—. Yo no he robado nada. Norm me dio estas dos armas porque creyó que yo era el único capaz de utilizarlas, y lo sabes tan bien como yo, tío. —Dijo la última palabra gruñendo, a modo de insulto—. Así que vete a tomar por culo con esa mentira del robo.

La cafetera temblaba sobre el fogón. Las motas de polvo se aposentaban sobre los muebles y objetos. Y entonces, como si nada hubiera pasado entre ellos, más que una pequeña discusión filosófica, puramente semántica e insustancial, y todo se hubiese ya arreglado, abierto, cerrado y concluido, Ronnie añadió:

—¿Seguro que no quieres un café?

Marco echó una simple hojeada a la habitación y efectivamente, allí estaban los dos rifles, colgados de dos clavos de la pared encima de la cama vacía, pero lo que no vio fue a Ronnie metiéndose la mano en el bolsillo de la parka que colgaba del

perchero de pared improvisado encima de la estufa. Basta, pensó, furibundo y, a punto de estallar, atravesó la habitación en tres zancadas y descolgó el rifle de arriba, el Springfield del calibre 30-06. Cuando ya iba a alcanzar el Winchester, Sky Dog, que estaba tumbado en la cama de enfrente, se incorporó y farfulló:

—Oye, tío, ¿se puede saber qué estás haciendo?

Y Ronnie sacó el pistolón del tío de Norm del bolsillo interior del abrigo y dijo:

—Bájalo, tío. Bájalo y lárgate de una puta vez antes de que te haga daño. Te lo advierto, no me provoques, Marco. No me provoques, tío.

Pero él estaba por encima, por encima de todo aquello, de las amenazas, de Ronnie y Bruce y de los puntos de apoyo diminutos y cada vez más endebles en que habían basado sus vidas, y se abrochó la correa del Springfield a través del hombro con una serenidad pasmosa, como si estuviera en la intimidad de su dormitorio. Después cogió el Winchester y se lo colocó sobre el hombro. Se quedó mirando a Ronnie sin pestañear. Ronnie estaba junto a la estufa en ropa interior, con la pistola que había llevado todo el verano amarrada al muslo ahora en la mano, en una mano temblorosa de dedos curvos y ensortijados que destellaban rayos de luz.

—No me provoques... —repitió Ronnie y, sin saber lo que estaba haciendo, dejó que su otra mano descendiera por la entrepierna cubierta de ropas térmicas y se empezara a rascar, ejercitando frenéticamente los músculos de sus dedos, hundiéndolos en la piel y desplazándolos inconscientemente hacia otro imperativo.

Y de pronto la situación tomó un cariz de comedia, de comedia hilarante, tan cómica como la que habrían originado diez batacazos seguidos: ¿qué actor lo habría hecho mejor? Ronnie, pistola en mano, se rascaba sin parar. En paños menores, los ojos dormidos y el pelo aplastado hacia un lado, gruñendo «No me provoques», se rascaba y rascaba. Marco atravesó la habitación, se sacudió los hombros para acomodar el peso de las armas sobre su cuerpo, abrió de un portazo la puerta, revelando la luz del día, y se detuvo un instante.

—Cuídate, Pan —dijo, y aquello fue lo único que logró pronunciar antes de estallar en carcajadas—. Y tú también, Bruce —dijo—. Adiós, tíos. Y gracias por todo.

Fuera, la luz se extinguía. El cielo estaba comprimido y las nubes, espesas y pálidas, reposaban sobre las copas de los árboles. El aliento de Marco se congelaba en el aire; a medida que avanzaba iba dejando atrás su aliento, una bocanada tras otra. Había recorrido casi un kilómetro cuando se paró a pensar en cambiar el cargador de los rifles, porque, ¿de qué le servían aquellos rifles sin munición? En el Springfield había dos cartuchos y en el Winchester uno. Se sintió estúpido, pero no podía retroceder sobre sus pisadas, volver a llamar a la puerta de Ronnie y pedirle las balas, compradas seguramente por él mismo en la tienda de Boynton y disponibles para Marco o para cualquiera, siempre y cuando se viera con fuerzas de recorrer los

cuarenta kilómetros de ida y vuelta. Dos rifles, tres balas. La noche que había ido con Norm a ver a su tío de Seattle (y fue exactamente como se lo había imaginado, un *déjà vu*, casi premonitorio: un viejo acostado, los patines de nieve en la pared, considerando que no creía en el karma o en el misticismo ni en ningún tipo de predeterminación, con soplarle en la espalda hubiera bastado), este les había repetido mil veces que había que usar dos balas al año, una para el alce y otra para el oso. Bien, de acuerdo. Por primera vez en todo el otoño, Marco tenía los medios de procurar carne a la comunidad. Y cuando se cargó los rifles al hombro y se incorporó, escuchó la brisa y estudió la nieve con las orejas y los ojos de un cazador.

En un momento dado, no pudo concretar exactamente cuándo, si estaba a media hora de Woodchopper o menos, advirtió las huellas de un alce en la orilla sur del río. Vio las pisadas paralelas de los cascos, nítidas, el sauce con las ramas aplastadas, unos excrementos negros dispersos sobre el blanco de la nieve, y decidió desviarse del tramo de hielo para seguir el rastro. Se dirigió hacia el interior tras la pista, donde había más de un alce, dos, o tal vez tres, según daban a entender las huellas. Pero él no era un experto y lo admitía sin reparos. De todos modos, de pequeño había cazado ciervos en Connecticut, y el alce era un tipo de ciervo tal vez seis veces más grande, más peligroso, capaz de volverse hacia su adversario y darle una cornada, derribarlo a golpes, aplastarlo, pero un ciervo, al fin y al cabo. Dio dos vueltas a la correa, se descolgó el 30-06 del hombro y se adentró furtivamente entre las ramas del inexorable sauce. Allí estaban las huellas, otro montoncillo de excrementos, y un poco más adelante, una señal en forma de V que cualquier idiota hubiera podido seguir, adentrándose directamente en los matorrales. Resuelto y concentrado continuó su tarea y apenas advirtió que empezaba a nevar.

Si hubiera pensado en lo que estaba haciendo se habría preocupado. Pisaba tierra desconocida, la luz remitía poco a poco en el cielo y la nieve se hacía más abundante. Peor todavía, no tenía cobijo, ni alimentos, ni tan solo una bolsa con lo básico: papel, cerillas, o una estera. Había salido a dar una vuelta, una hora y veinte minutos caminando sobre hielo hasta el río Woodchopper con cielos despejados, y no había juzgado necesario llevarse nada. No debería haberse puesto a cazar, por lo menos tal y como iba vestido, ni tan solo llevaba el equipo más rudimentario. Pero disponía de la gran novedad, las armas, y al ver las huellas no se detuvo a pensar. A medida que se abría camino entre los árboles recordaba los picores de Pan, pensaba en cómo había sido la escena de graciosa, reveladora, patética.

Lydia había vuelto con ladillas, piojos, piojos genitales, unos bichejos diminutos, duros y repulsivos como las garrapatas, fáciles de quitar si uno iba directo a la farmacia, se untaba la pomada pertinente y quemaba su ropa interior en la pira funeraria de las relaciones íntimas. Pero en Drop City no había farmacia y el camino hasta Boynton era largo y frío y no había garantía de encontrar el producto. Las ladillas se esparcían por Drop City como la tinta se esparce en el agua y así se fueron formando las colonias y fueron lloviendo las acusaciones, y las ladillas, aferradas,

persistentes, enamoradas de la sangre y los lugares secretos, se convirtieron en los indicadores de la guerra entre el amor libre y el compromiso. Star no tenía, y Marco tampoco. Pero Jiminy se las había pasado a Merry y él no explicaba cuándo y dónde las había contraído, y Reba había contagiado a Alfredo, sin engañar a nadie, porque ella se había acostado con Deuce y Deuce (según especulaban) se había lanzado sobre Lydia, al igual que el resto de tíos, porque Lydia estaba de vuelta, de nuevo disponible y por lo tanto era una atracción para todos. Por eso Lydia era la paria del grupo, aunque no se había enterado de lo que hacía, porque las ladillas tardaron una semana o más en copular, poner huevos y salir a morder, chupar y excretar sus desperdicios hasta erosionar la piel y conseguir que todos se rascaran como locos.

A Marco aquello le hacía gracia: *La Ronde* llega a la tundra. Habían estallado viejos resentimientos. Los hipócritas atacaban a los hipócritas. Muchos no se hablaban entre ellos. Cruzaban la explanada sin mirarse a la cara, echaban mano de la olla de arroz pilaf comunitaria y del adobo vegetariano pasando por alto la presencia del que tenían al lado como si estuviera muerto. En consecuencia, los habitantes de las tres cabañas y de la sala de reunión vivían en constante movimiento, Deuce a los pies de la cama una noche, Angela, Erika y Geoffrey la noche siguiente. Reba, como asesora médica, daba gritos por encima del clamor generado en la polémica reunión e insistía en que todo el mundo, infectados o no, tenía que afeitarse sus partes pudendas al cero y sumergir la ropa interior en Clorox para matar las liendres invisibles. Y Mendocino Bill, que se rascaba mucho, tuvo que pedir que dejaran de perseguirle para pedirle polvos del doctor Scholl porque ponerse eso era lo mismo que ponerse levadura. A Norm también le picaba todo. Como a Premstar.

—Nos va a picar muchísimo, ya veréis —advirtió Norm a voz en grito en busca de atención entre las oleadas de fervor de la comunidad—, pero yo os recomiendo que os restreguéis cada noche durante una semana un poco de queroseno, la medida de un chupito.

Piojos del pubis. Ladillas. Representaban una forma de vida particular en el planeta, programadas para ocupar un nicho, como dirían los evolucionistas. ¿Cuál era la forma ideal de vida, vivir independientemente de todos los demás, sin depender de nadie ni alimentarse de nadie, presas incluidas, y crear los propios nutrientes por fotosíntesis? La planta, el árbol. Sí, pero a partir de esa forma de vida, a partir del árbol y la hoja, la evolución presupone que el insecto se alimente de ellas y que el hongo las mate, y que el pájaro se alimente del insecto y el gato del pájaro. Y allí estaba él, arma en mano y con la nieve azotándole la cara, esforzándose por apresar otra nueva forma de vida, tal vez más noble. ¿Y por qué no? Si las ladillas se permitían roer la entrepierna de sus hermanos y hermanas, ¿por qué no iba a poder él, o todos ellos, roer una pata de alce?

Había oscurecido casi por completo. De los árboles solo quedaban las sombras y las huellas se desvanecían en la nieve. Marco se arrodilló para analizarlas mejor, utilizando todos sus sentidos, escuchando, observando, sin apenas respirar. Alzó la

cabeza y allí, no muy lejos, vio, como en relieve, la figura de un alce, o la cabeza de un alce, que destacaba en medio de un denso coágulo de sombras, tras el abeto más cercano de un bosquecillo. Era un alce astuto, desplegó las aletas de las fosas nasales para seguir la pista de Marco, ocultando el grueso de su cuerpo tras los árboles, sin prisa por involucrarse. Marco esperó un largo momento sin respirar para salir al claro del bosque, calculando por dónde aparecerían los lomos para apuntar, o ponerse detrás y causarle la herida mortal. Pero el animal apenas se movió, solo lo justo, movimientos mínimos de vez en cuando, lo justo para mostrar que estaba vivo, y finalmente, temiendo perder su oportunidad, Marco apuntó hacia él, con la sangre hirviéndole en las venas, (no falles, no falles, por favor) y apretó el gatillo. La noche estalló en truenos y llamas, y a pesar de todo, increíblemente, el alce no se movió ni un ápice. Cuando disparó por segunda vez, el alce se desplomó en la oscuridad del suelo y Marco, con las manos trémulas y una sensación de debilidad en las piernas, se dirigió hacia la presa.

La nieve se filtraba por las agujas de pino con un silbido amenazador. Marco avanzó a trompicones, consciente de que le quedaba un solo tiro, la bala del Winchester, rezando por que la víctima estuviera muerta, que no tuviera que sacrificar una bala una vez más, porque ya había sido suficiente, más que suficiente para un día. De pronto se encontró allí, junto al árbol de negros faldones de frondosas agujas entretejidas y a la corteza que olía a brea, a ambientador y a Pine-Sol. Entonces vio que allí no había ningún alce desplomado ni herido sobre la nieve. Oyó un repentino llanto agudo y estremecedor, el llanto de un bebé humano, atacado por algún desalmado a punta de bayoneta, y miró hacia abajo, a sus pies. Allí vio algo, algo oscuro, una forma viva débil y abatida, algo contra lo que había disparado apoyado en el tronco del árbol a dos metros del suelo, y que había representado una falsa cabeza de alce. ¿Qué era? Débil y erizado, perdiendo la vida por el agujero que le había hecho Marco, se retorcía un puercoespín, el viejo cojo y jorobado hombre de los bosques, útil solo para alimentar a los perros.

Marco se quedó de pie, inmóvil contemplando cómo aquella extraña criatura sacudía su hirsuta cabeza contra el suelo, adelante y atrás, como un metrónomo marcando el tempo a ritmo con su agonía y desesperación, ¿o era la cola? Todo el tiempo, aquellos golpes en la oscuridad sonaban parejos con el latido de su propia e infructuosa sangre. Se sintió estúpido, perdido, desesperado e incompetente. Se sintió avergonzado y culpable. Y entonces, mientras la oscuridad de la noche se ahondaba y la nieve azotaba la desprotegida piel de su rostro, con el talón de las botas golpeó una y otra vez aquella forma oscura hasta que dejó de moverse, y se apresuró a buscar el camino de vuelta.

Ella siempre había sido una persona nocturna, o al menos eso le gustaba pensar. Un ser humano noctámbulo ronda por las discotecas, se acuesta a altas horas de la madrugada, exprime el glamour que esconden las horas negras y fugaces mientras la gente corriente duerme y sueña con hipotecas. A nadie le gustaba ser diurno, o por lo menos, a nadie le gustaba admitirlo. La gente diurna sonrío, hace muecas y te lanza piropos a las siete y media de la mañana cuando apenas recuerdas cómo te llamas y te has puesto la camisa con el cuello Peter Pan al revés, y los niños, los estudiantes (gente diurna), entran en fila en la habitación con las hormonas saturadas y dispuestas a luchar contra los trastornos metabólicos. Su madre sí que era diurna. Reba también, Reba era diurna.

Star, sentada a la mesa en la sala de reuniones, preparaba una vez más el almuerzo comunitario: estofado de salmón seco con arroz, para darle consistencia, y tomates y guisantes, de aquellas latas tamaño institucional, para dar una nota de color. Y sonreía para sí mientras Merry picaba cebollas y Maya golpeaba unos pedazos de pescado duros y tiesos con el mango del cuchillo. Noctámbulo. Diurno. No había mucha diferencia, ya que no cabía duda de que allí era casi siempre de noche, unas noches parecidas a las de los casinos de Las Vegas en las que no paras de derrochar, o la noche de los POW, los prisioneros de guerra, con las cabezas envueltas en capuchas negras, noche negra, noche interminable. Eran las tres de la tarde, según el único reloj del territorio de Drop City, el Timex de Alfredo, eternamente pegado a su muñeca con una correa de cuero de cuatro dedos de ancho, y ya estaba oscuro, ya hacía un rato que había oscurecido. Alguien dijo que afuera estaba nevando. Otro dijo que llevaba una hora cayendo la nieve. El perro levantó la cabeza un segundo y volvió a desplomarla, como si fuera una carga demasiado pesada para él.

Los demás se dispersaban por la sala, un original amasijo funky de pelos enmarañados y camisas sin lavar, desmelenados, abatidos, desaliñados, con el nivel de energía rondando el cero. Parecían casi incapaces de llevarse el tenedor a la boca y, por un momento, Star se imaginó alimentándolos uno a uno como a bebés, cambiándoles el pañal y acostándolos en sus cunas. Era deprimente. Cuando hablaban era en forma de susurro, como si no quisieran expresar sus pensamientos en voz alta, y en aquella sala de reuniones tan atiborrada resonaba algo parecido a un zumbido de coleópteros, a un rumor de voces sin timbre que aquella tarde tan solo infundía desolación. Rostros insulsos, miradas exhaustas. Era un día para colocarse y todo Drop City se aplicó para conseguirlo. Star flotaba, derivaba como la pelusa de los álamos sobre el río, en la estación del año en la que había río... y álamos. Se levantó para alimentar el fuego y hacer chisporrotear el aceite en el fondo de la olla. Dio tres pasos desde la mesa hasta la estufa y los pálidos mechones de nieve que golpeaban la ventana le parecieron interferencias en una pantalla de televisión en blanco y negro. Marco estaba por allí fuera, en alguna parte, pensó. A aquellas horas ya debería haber

vuelto.

—Voy a dejar de hablar a Jiminy para siempre, lo juro —decía Merry—, por lo menos hasta que me diga quién ha sido, y además, yo ya lo sé, o sea, que sería estúpida si dijera que no lo sé.

Maya, que seguía picando cebolla, dijo:

—Dunphy. Solo quiero oírlo de sus labios, que diga la verdad, por una vez. Quiero oír la verdad de su boca aunque sea solo una vez.

Las dos miraron a Lydia, que estaba sentada, enfundada en su abrigo de pieles y apoyada contra la pared, hojeando una de las revistas que había regalado a la comunidad (*Mademoiselle*, *Cosmopolitan*, *Esquive*, *Playboy*, *Rolling Stone*) además de kilos de chocolate, jabón en polvo francés y whisky canadiense. Y ladillas. También ladillas.

Star echó una cucharada de ajo picado al aceite hirviendo y la gente levantó la cabeza instantáneamente sin poder evitar el olor. Luego Star fue en busca de Merry para las cebollas. La gente se congelaba allá arriba, pensaba, y ¿cómo era aquella historia que le habían contado en el colegio? Sí, la famosa historia de aquel tío, un *cheechako*, que no logra que el fuego prenda e intenta matar al perro para calentarse las manos. El perro era demasiado espabilado para él, era lo único que recordaba. Pero él era un *cheechako*, no hay que olvidarlo, un pardillo que desconocía lo rudo que era el país y el clima y lo implacable que era la noche. Un principiante, un novato. Como Marco. Fuera, en el bosque, había animales, lobos, osos, y aquella especie de sierra circular negra que se contoneaba y retorció como las llamas de un fuego (el glotón, aquel animal amedrentador). Si era capaz de destripar una cabra en diez segundos, ¿qué podía hacer con un ser humano? Allí, las personas se pegaban tiros unas a otras, con los fusiles, a causa de los fusiles, pero Ronnie nunca lo haría...

—Huele bien. —Era Lydia, que miraba por encima del hombro—. ¿De qué va la sorpresa de esta noche? ¿De salmón?

Star sonrió, se retiró el pelo de la cara con el dorso de la mano.

—¿Qué iba a ser si no? —dijo, removiendo el sofrito chisporroteante de ajo y aceite—. Es la especialidad de la casa.

Alzó la cabeza y miró por detrás de Lydia, hacia la puerta, porque había oído un ruido, un golpe seco, como si alguien se hubiera desplomado sobre el marco de la puerta —Marco, pensaba ella, Marco— y de pronto la puerta se abrió de par en par, y antes de que se cerrara bruscamente apareció Jiminy, enfundado en su chaqueta del Ejército de Salvación, pisando con fuerza y resoplando. Llevaba un sombrero de punto bien encajado y calado hasta las orejas, y la bufanda, enrollada alrededor de la cabeza, parecía un chador. La nieve se le había cristalizado en las cejas, formaba una montañita en la parte superior de su sombrero y espolvoreaba los hombros de su abrigo acolchado.

—Hostia —farfulló desvistiéndose capa por capa—, fuera hace tanto frío que puedes mear y apoyarte encima.

Star vio la mirada que intercambiaron Merry y él.

—Hola, Mer —dijo él, pero ella le atravesó con los ojos y después le llegó el turno a él de repetir la frase—. ¡Qué bien huele!

Y se acercó al fogón, se frotó las manos y miró el interior de la olla como si fuera a meterse dentro de un salto.

—¿Nieva mucho? —preguntó Star, que con una mano vertía el contenido de una botella de Spiracha en la olla, y con la otra espolvoreaba pimienta blanca de una lata grande de tapa oxidada, especias picantes para las hordas, que siempre encontraban los platos sosos.

—Nieva y hace viento —dijo, y todos escucharon atentamente—. Iba patinando. ¿Recordáis aquel tramo del río completamente plano que despejamos para hacer una pista de patinaje? Pues la nieve se lo cargó todo.

—¿Has visto a Marco? Lleva todo el día fuera.

—¿Salió a cazar?

—No —dijo ella, con un largo cucharón de madera en la mano que metió en la olla para remover el guiso—. Se fue a Woodchopper a recuperar las armas que se había apropiado Pan.

—Siento decirlo, pero Pan es un gran hijo de perra —interrumpió Bill. Estaba encorvado sobre un tablero de ajedrez frente a Harmony, y sus desproporcionados pies, con los dedos arqueados, sobresalían por el borde del altillo envueltos en unos calcetines de rayas—. Peor, es un timador profesional, como los vagabundos de la calle que llegaron al Haight y arruinaron a todo el mundo. Solo piensa en sí mismo, y punto.

—Me debe diez dólares —dijo Harmony.

Tom Krishna estaba enrollado en una manta en una de las literas, junto a la pared. Asomó la nariz por encima del libro que estaba leyendo, las lecciones de un gurú del que Star no sabía pronunciar ni su nombre y del que solo recordaba que vivía del aire y que había llegado a un estado parecido al nirvana, al *moksha*, después de morir de un cáncer cerebral en un convento de lamas tibetanos.

—La última vez le di dieciséis dólares para objetos personales. ¿Y a cambio de qué? De nada. Ni me dejó probar la hierba que dijo que tenía para todos.

—¡No me hagas reír! —dijo Bill.

Siguieron hablando un rato, del tema de Pan, y si ella ya estaba antes un tanto desanimada, ahora se la veía afligida de verdad, como si Pan se hubiera marchado a cuatro patas a buscarse un lugar para morir, porque nadie lo defendía, ni siquiera Lydia. Y entonces Jiminy giró su huesudo culo hacia la cocina y preguntó a Tom Krishna si la próxima tanda de cerveza ya estaba lista y Tom dijo que sí. Y seguía nevando y el perro dormía y ella se dio cuenta de que nadie había respondido a su pregunta. Maya volvió a encender el porro que habían estado fumando antes y se lo pasó a Merry, que a su vez se lo pasó a Star. Star dio una calada y lo volvió a pasar. Así era la vida en comunidad, pasárselo todo unos a otros. Pero ¿y Marco? ¿Quién se

responsabilizaba, quién iba a actuar al respecto, organizar una batida? ¿También eso iban a pasárselo unos a otros, como un porro?

—Alfredo —dijo ella, elevando de pronto el tono de voz ostensiblemente—, ¿qué hora es?

Alfredo estaba arriba en el altillo, con Bill y Harmony, a punto de retar al vencedor de la partida. Habían organizado un torneo de doce jugadores, doce partidas diarias, durante doce días. Cuando se terminara, y el ganador luciera su corona, empezarían otro.

—Las tres cuarenta y cinco —contestó en un tono práctico y claro, como el de un periodista de la televisión, de Walter Cronkite o de Huntley y Brinkley, por ejemplo. Tres cuarenta y cinco. Intrusión del mundo real, el mundo mecánico.

—Porque... no sé, Marco lleva fuera desde el mediodía más o menos. Deberíamos... En fin, ¿nadie va a salir a buscarle?

Debieron de pasar tres o cuatro horas hasta que se sentaron a cenar, o hasta que la cena estuvo servida, porque en Drop City nadie cenaba nunca a la vez. Por una parte, no había suficiente espacio. Si separaban la mesa de la pared y la aprovechaban toda, solo cabían cómodamente ocho personas, si es que podía calificarse de cómodo aquel balanceo en torno a un sobre redondo de abeto de sesenta centímetros de alto, en precario equilibrio. Los demás cogieron un plato, lo llenaron de arroz o judías o pasta y se agacharon a comer en el suelo, o se sentaron en la cama más cercana, o bien treparon por la escalera al altillo para demostrar a los demás que veinticinco metros cuadrados era un espacio realmente minúsculo. Otra de las limitaciones eran las tiendas personales que estallaban constantemente y sin motivo, pero sobre todo ahora que vivían confinados en cuatro cabañas, sin los baños de sol de California que tanto habían ayudado a disipar los malos sentimientos. Y la gente entraba y salía de las cabañas arrastrando los pies como si fueran piezas de ajedrez, moviéndose frenéticamente, en un desconcertante juego que impedía a Star y Merry seguir la pista de quién estaba cabreado con quién. La mitad del tiempo se dedicaban a entrar, llevarse algo de la olla y salir corriendo hacia su cabaña a comérselo. Y eso había originado una nueva ley de Drop City: cada uno se hacía responsable de su propio plato. La gente rascaba el esmalte para escribir sus iniciales en el fondo del plato y del cuenco y algunos, como George el Raro, cuya vajilla era ya irrecuperable, comían únicamente de las latas de albaricoque y melocotón en almíbar.

Norm se presentó a cenar, seguido de Premstar, Reba y los niños. Y ya no era el Norm que todos conocían. Ya no hacía sus movimientos marciales de rigor, ni rugió, ni saludó a gritos a la multitud, sino que entró con la cabeza baja, se escabulló dentro de su parka e hizo cola como todo el mundo en la cocina. Había pan integral del día en la estantería junto a la cocina y mantequilla de lata, la de medio kilo. Además del salmón con arroz que nadaba en salsa de soja, rociado de Kool-Aid y Tang y

acompañado de tres jarras de dos litros y medio de cerveza casera elaborada por Tom Krishna, servían también dos bandejas de bizcocho relleno de chocolate. Comida frugal pero copiosa; y los vegetarianos ya podían estar contentos de que Marco no tuviera un arma porque el día que la consiguiera tendría que haber dos platos cada noche, uno con alce o lo que fuera, y el otro sin.

Seguía nevando. Star no era muy dada a la inquietud irracional o la paranoia que generan ciertos tipos de hierbas —o tal vez sí—, pero cuando acabaron de servir la cena en la mesa, Star ya estaba hecha un asco. Ni media noticia de Marco. Una hora y media de camino hasta Woodchopper Creek, diez minutos para cumplir con su tarea, y otra hora y media de vuelta. Tres horas y diez minutos en total, y Marco llevaba seis horas fuera, seis por lo menos. Un poco antes, cuando el salmón aún se estaba cociendo en la olla, Star había salido con Merry y Maya en plena tormenta y había gritado su nombre al viento. Se habían llevado a Freak para que siguiera la pista de Marco y llegaron hasta la cabaña de Sess y Pamela, río abajo, pero Marco no estaba allí y ellos tampoco lo habían visto por los alrededores. Pamela dijo que seguramente no sería nada, que se habría quedado en Woodchopper refugiándose de la tormenta, o que habría construido un refugio para salir del paso y encendido un fuego, y además Sess había acampado cien veces en condiciones mucho peores, ¿o no? Sí. Sess lo reconocía. Pero Pamela decía todo aquello para calmarla y a Star, aunque estaba colgadísima, flotando en las alturas, montada en una nube, no se le escapó la mirada que intercambiaron Pamela y Sess. Habían tomado un té y después habían salido a llamar a Marco a gritos hasta quedarse afónicos y agotar sus pulmones. Cuando volvieron, Star fue de una cabaña a otra, creyendo que tal vez él no las habría visto con la tormenta, pero ni una sola persona sabía de él, y cuando finalmente llegó a la sala de reuniones, el olor que despedía la cocina y el chupito de Everclear que Bill le sirvió le calmó los nervios, aunque Marco seguía sin aparecer.

Si aquello la deprimía, la preocupación que la devoraba con cada violento vuelco del corazón y que transformaba la tormenta en una auténtica maldición y el sabor de la comida en cartón reblandecido, hasta el punto de que no pudo comer más de dos cucharadas y acabó echándole el resto al perro, lo que vino después fue aún peor. Fue una hora después de la comida. Los platos se amontonaban en la enorme pila de la cocina, bajo el agua. La gente se pasaba los cigarros, la droga eterna. Alfredo intentaba que arrancaran a cantar, pero nadie parecía tener la energía suficiente. No era la preocupación por Marco lo que les deprimía, sino el tedio, la monotonía de la comida, los rostros, la noche. No pasaba nada. Y nada iba a pasar. Aquella era la vida que habían escogido. Voluntariamente.

Norm estaba hundido en una de las literas bajas junto a Premstar, ambos con la espalda apoyada contra la pared y espatarrados. Norm parecía un viejo. Tenía la piel de un color tan pálido como la ventresca de un pescado despedazado y recién cosido, y su pelo, lacio y sin vida, lavado en un cubo de agua, le caía por encima de las orejas. Star vio que de las orejas también le crecían pelos, y de la nariz y del cuello de

la camisa le sobresalían algunos sueltos. Norm nunca se había arreglado las gafas, y parecía que se las acababan de echar a la cara, con aquellos bultos sucios, negruzcos y pegajosos de yeso en los extremos que Reba había utilizado para sujetar los dos pedazos de montura, en un conato de compromiso con la ley de la gravedad. Se sorbía la nariz, víctima del frío que se iba adhiriendo poco a poco a las carnes de la masa colectiva de hermanos y hermanas, con los ojos colorados y la expresión derrotada. Y se rascaba, se rascaba como todos los demás. Pasha Norm. Norm el gurú. Norm, la luminaria que guiaba Drop City.

Se levantó con un gruñido, igual que el padre de Star cuando se levantaba de la silla frente al televisor cuando habían derrotado a su equipo favorito, con los hombros hundidos, la mirada vacía y una mano sobre la zona lumbar, donde sentía pinchazos o dolores residuales de espalda, cruzó la habitación hasta la mesa y se sirvió una cerveza. Star no sabía muy bien por qué lo miraba. Estaba entretenida jugando al triunfo con Merry, Maya y Lydia y su mirada recorrió la habitación y se detuvo en Norm, como si hubiera adivinado lo que ocurriría, como si la hubiera invadido un presentimiento, no sólo sobre Marco y Ronnie y el largo descenso nocturno, sino sobre el destino de la propia Drop City.

Norm echó la cabeza hacia atrás, con el pelo rozándole los hombros, y bebió de la copa ruidosamente.

—¡Esto sí que es cerveza! —dijo, reprimiendo un eructo—. Esto es lo mejor de este lugar, nuestro mayor logro, la cerveza de Tom Krishna. Deberíamos embotellarla y venderla. «Vieja flatulencia», la llamaremos. ¿Qué tal suena?

Nadie se rió. Pero Norm había conseguido lo que quería: atraer la atención de la sala, que la gente desviara la vista de sus libros, de sus partidas de cartas, de sus conversaciones. Norm estaba tramando algo y todos lo intuían.

—¿Sabéis? —dijo dirigiéndose a toda la sala—. Ya que estamos todos aquí reunidos, o casi todos, porque hay que descontar a los rencorosos y los carentes de voluntad, e imagino que son como mínimo la mitad de nosotros, ¿me oís?, la mitad de los maníacos de Drop City a los que se les ha ido la olla, ¿qué os parece esto como símbolo de amor fraternal y solidario?

Tampoco esta vez hubo una sola risa en la sala.

—Ya que estamos todos aquí reunidos, quiero anunciaros algo, me refiero, en nombre de Premstar y en el mío.

Todos miraron a Premstar, que seguía sentada como un icono, con los labios abiertos en un mohín expectante, las pestañas brillantes y desnudas, pues se había quedado sin pegamento para las pestañas postizas, y con trazos imperceptibles de la sombra azul pastel sobre los párpados. Premstar les devolvió una mirada. Estaba fuera de juego, pensó Star, una *prima donna* en una comunidad de congéneres, y no tenía excusa, ninguna, cero excusas. Podía seguir con su mohín durante toda la noche, a los demás no les importaba.

—A ver si acierto —dijo Bill—. El ejército del aire emite directamente sobre el

río una descarga de provisiones de ochenta y siete tubos de pomada contra las ladillas.

—Y seis televisores en color con orejas de conejo del tamaño del Empire State —gritó George el Raro, alzando su jarra de cerveza al aire y proponiendo un brindis—, ¡y la colección completa de *Playboy*!

Se oyeron un par de risitas y alguna carcajada nerviosa. El fogón suspiró. La nieve golpeteaba en las ventanas. Merry alzó la vista por encima de las cartas y la mantuvo sobre los ojos de Star, como preguntando: «¿Y ahora qué?».

A Norm no le resultaba difícil hablar en público. Era como un actor, era actor. Pivotó sobre sus talones y extendió los brazos para abarcar simbólicamente a todos los que colgaban del extremo toscamente tallado del altillo, ¡el gallinero!, ¡todos en el gallinero!

—Ojalá... —dijo.

Mientras Che y Sunshine cogían trozos de pescado empapado en salsa de sus platos intactos y se los lanzaban mutuamente en una guerra de desgaste, muda y debilitada, Reba, que había estado sentada en un rincón con la mirada perdida, intervino.

—Necesitamos una moto de nieve Ski-Doo, eso es lo que necesitamos, para poder ir a la ciudad a buscar la puta pomada, porque todo esto es ridículo, lo del correo, y...

—Y de paso, ver alguna cara nueva, para variar —terció Bill, terminándole la frase.

George el Raro dijo que le gustaría ir al Three Pup a empinar el codo.

—Pasta de dientes —dijo Maya—. Champú y esmalte naranja para las uñas.

Jiminy opinaba que podían ir a pie.

—Andar es bueno, es el mejor ejercicio que hay.

Pero nadie picó. Saltaba a la vista que la idea era absurda. Sí, podían caminar veinte kilómetros, y algunos lo habían hecho desde que el río se había helado, pero faltaban los veinte kilómetros de vuelta, y en Boynton no había ningún lugar donde hospedarse porque en el autobús no había calefacción y Sess Harder se había negado a prestar su refugio, ni siquiera por una sola noche. Ahora todo el mundo estaba allí de vuelta (no más permisos) y allí pensaban quedarse hasta el deshielo, en mayo. Tan sencillo como contar los meses: dos semanas más de noviembre, después diciembre, enero, febrero, marzo y abril. Una eternidad. Una condena de cárcel. Si ya estaban todos irritados, ¿qué pasaría dentro de tres meses? ¿Y dentro de cuatro?

Todos se quedaron dándole vueltas al tema durante un par de minutos, hirviendo en un caldo de rencor y discusión, y después se hizo un silencio, un tiempo en que cada uno contempló el futuro, común e individual. Al fin, Bill tosió sobre su puño y le preguntó a Norm qué era lo que le pasaba por la cabeza.

Norm adoptó una máscara. Su rostro no denotaba expresión alguna, pero sus ojos, enmarcados de rojo y sumidos en dos profundas cuencas, se avivaron de pronto.

—Nada, nada importante, nada por lo que inquietarse. —Hizo una pausa, y

aunque todos estaban ocupados en algo, le prestaron atención—. Se trata de Premstar —dijo—, hace unos días que Prem no se encuentra bien...

De nuevo todos los ojos la acosaron. Ella les fulminó con cierta animosidad, como saliendo de su cueva interior, pero su aspecto era tan saludable como el de los demás. Y estaba guapa. Guapa como una reina de la belleza. Algo que, en sí mismo, era imperdonable.

—Y tengo algunas noticias del rancho, que por cierto he estado esperando el momento más conveniente para compartir con vosotros, unas buenas y otras malas. Las buenas son que mi abogado está luchando para denegar el derecho al condado de apropiarse de mi finca. Con eso quiero decir que podría venderla, pagar los impuestos antiguos, recuperar el dinero, es decir, los fondos, para hacer algo aquí, hacer algo de verdad. Edificios nuevos, saunas, vehículos para la nieve, algo para cada uno de nosotros; si queremos, podemos hacer funcionar este lugar de verdad, ¿me oís, tíos?, hacerlo habitable, incluso cómodo. Y autosuficiente, definitivamente autosuficiente. Ese es mi objetivo, justamente ese, ya lo sabéis.

«¿Y las malas?», quería preguntar Star, pero el corazón se le salía del pecho: no resistiría malas noticias, no en aquel momento, con Marco quién sabía dónde, allí fuera en plena noche, tal vez perdido, o herido. Pero Bill se lo quitó de la boca:

—¿Y las malas noticias? —dijo.

Sin dar más rodeos ni vueltas atrás, Norm estiró el cuello y se dirigió a la sala en un tono desafiante:

—Me largo —dijo—. Prem y yo. Solo por poco tiempo, un pequeño inciso de nada, sí, un paréntesis, porque me reclaman en el juzgado, y en fin, ya he hablado con Joe Bosky. Nos llevará en avión hasta el aeropuerto de Fairbanks. O sea, si el tiempo nos deja. —Miró los rostros de la gente, uno a uno—. Además, Prem —dijo—, Prem está enferma.

Pasó un minuto. Todos se quedaron impactados, así fue. Estupefactos. Groguis. Nadie lo habría adivinado, ni en sus peores... Star vio cómo sus rostros ardían en llamas y sus ojos se reducían a cenizas. Enmudecieron. Nadie pudo decir palabra. Norm acababa de lanzar una antorcha llameante sobre el techo de la sala, acababa de bombardear el pueblo con napalm y había dispersado a todos los refugiados. Ella sintió como si levitara por encima de la silla, como si estuviera en otra dimensión: ¿no era acaso esa la sensación que uno tenía en el momento de morir, una de esas experiencias en las que te sales de tu cuerpo y observas la escena desde arriba, con una sensibilidad muy pura e intensa? Planeaba por lo alto, volaba junto a las nubes y de pronto las atravesó en la noche estéril de las estrellas, de los planetas y de su calor frío, tan frío... Y ahora se oían voces rabiosas, voces asustadas, que montaban en cólera a su alrededor como si quisieran matarla.

—Pe... pero ¿y Marco? —dijo tartamudeando y tratando de que se la oyera—, ¿no entiendes que no puedes irte? Nadie puede irse. ¡Marco está allí afuera!

Star salió en plena noche y gritó su nombre en la oscuridad, pero eran gritos ahogados que morían en su garganta; él no iba a volver, nadie iba a volver, Marco estaba muerto, Drop City estaba muerta, igual que ella. ¿Y por qué no estaba muerta ella también? La nieve le escupía en la cara, se estrellaba contra sus hombros, le hincaba la punta de la lengua, seca y fría, debajo del cuello de su jersey y en el reverso de sus pantalones. Se embutió la parka y recorrió los alrededores del lugar, bajó hasta el río, volvió a subir, llegó hasta el redil de cabras. Nada más levantar el pie, la nieve borraba sus huellas. Las nubes paralizadas, las montañas inmóviles y silenciosas, petrificadas bajo las lanzas de los árboles. Ahora la nieve le cubría las rodillas y se amontonaba creando una forma y estructura definidas. No sentía los dedos de los pies. Sus pies eran como bloques de hielo, las yemas de los dedos entumecidas. Estaba helada. Indefensa. No podía hacer nada. Volvió a dar otra vuelta, aguantando el tipo, gritando: «¡Marco, Marco!». Se calló, escuchó, volvió a llamarlo. Nadie respondió.

Entró en la cabaña, echó leña al fuego. Tenía el cuarto entero para ella, al menos ahora que todos estaban en la sala de reuniones, conversando, gritando, inflándose de malas vibraciones y de energía negativa, y los que no se habían presentado a cenar ahora ya estaban allí, porque había visto unas siluetas encorvadas apresurándose en pelotones contra la nieve. Cundía el pánico, auténtico pánico. Intentó razonar y serenarse. Se retiró del precipicio al que estaba encaramada. Ahora tenía que mantener la calma y reflexionar, replantearse las cosas de un modo ordenado y tranquilo. Marco se había perdido. Norm se iba. Todo se desmoronaba; el centro no se sostenía. Se vio como una viuda de Drop City, acercándose sigilosamente a Geoffrey o bien a George el Raro, pelando patatas, vaciando en el vertedero cubos de desperdicios humanos congelados, viviendo el día a día del lento deterioro de todo aquello que amaba, todo aquello que había construido y por lo que había luchado. Quizá podría erigir un túmulo de piedras en memoria de Marco, como los indios, y lloraría sobre las rocas y sobre sus manos heridas, lloraría por todo aquel gran viaje, aquella idea hippy, idealista e imposible por la que había apostado desde que dejara su casa. Qué tonta, pensó. Qué idiota había sido.

Después pensó en el dinero. En los tres billetes acartonados y descoloridos de color verde metalizado, envueltos en un calcetín dentro del bolsillo interior de su mochila, en la póliza de seguros, en el billete del taxi, del autobús, del avión, en los medios para salir de allí. Ronnie se había ido, igual que Sky Dog y Dale Murray, Rain, Lester y Franklin. Norm estaba a punto de irse. Verbie vivía en la ciudad con Iron Steve en un apartamento de alquiler con electricidad y agua corriente. Lydia estaba de paso, el alojamiento de máxima temporalidad, todos lo sabían. Entonces, ¿por qué tanto sacrificio? ¿Por qué tenía que extenuarse cumpliendo el desagradecido papel de chacha, de criada para todo? Se levantó de la cama y cogió su mochila.

Hurgó entre las camisetas de verano, los pantalones cortos, las sandalias, un fardo de cartas todavía por mandar, un equipo de camping, unos libros, un bronceador, tres,

cuatro, cinco pares de calcetines limpios, su poncho, pero al llegar al bolsillo interior, en el fondo de la mochila, no encontró nada. Debía de haber un error. Vació la bolsa sobre la cama, revisó todos los bolsillos, escarbó entre los pliegues de la bolsa y comprobó el resto de bolsillos, y examinó todas las cosas, una a una, mientras iba pensando en el día en que recorrería a pie, sola, los veinte kilómetros hasta la ciudad, siguiendo el río como si fuera autopista, y entraría en el Three Pup a ofrecerle dinero a algún piloto de la tundra para que la llevara en avión. Tal vez Howard lo haría. Seguro. Le ofrecería cincuenta dólares y se guardaría el resto para un billete de vuelta a casa, ni a Florida, ni a Hawai, a casa, y se vio sentada detrás, en el asiento abatible, comiendo caliente, aquella comida preparada en una bandeja, comida civilizada, y veía a su madre de pie frente a la puerta del aeropuerto Kennedy con Sam y el perro, y con su padre, en caso de que pudiera dejar el trabajo. Se puso a llorar. No pudo contenerse más.

Se quedó allí sentada durante largo rato, con la mirada fija en la figura que formaban los objetos esparcidos sobre su cama. Volvió a repasarlos y sollozaba desde lo más profundo de su caja torácica, frotándose la nariz y los ojos con el reverso de la manga. Se levantó y dio una vuelta por la habitación de la cabaña, sin dejarse ni un solo tramo de estantería, hojeando los libros uno a uno, aunque sabía que no había tocado ni una sola vez aquel dinero, a no ser que estuviera perdiendo la cabeza o soñando despierta, como si fuera sonámbula y viviera en otra dimensión. Volvió atrás y repitió la misma operación. Volvió a buscar en la mochila vacía una y otra vez y finalmente cogió su navaja para descoser el forro de la bolsa, pero entre sus dedos solo se acumulaban hilos y retales de nailon azul marino, fabricado en Taiwan.

El dinero no podía haberse desintegrado así como así. No podían haberle crecido piernas, no podía haber salido corriendo. Alguien lo había robado, esa era la única posibilidad. Algún ladrón, alguien con suficiente cara dura y tiempo libre como para perderlo hurgando en su mochila: Merry, Maya, Jiminy, Marco. Pero no. No podía pensarlo de ninguno de ellos, además, ellos no sabían que el dinero estaba allí, porque era un secreto, su secreto, su botín. Star estaba profundamente triste. Aquel era el final de la fraternidad y solidaridad, y aquellas sus consecuencias: traición, egoísmo, mezquindad y robo. ¿Dónde estaba el flujo vital de todo aquello? ¿Y el gran progreso? Pensó que todo el mundo tenía seguramente su escondite, algún lugar donde conservar sus cosas, solamente las suyas, las propias, incluso Marco, Merry, y que por tanto, era normal que sospecharan unos de otros y que se apropiaran, ¿esa era la palabra?, sí, que se apropiaran de las cosas de los demás.

Lo repasó todo una vez más, ahora ya desesperada, lanzando calcetines estrujados, jerséis desplegados y libros de tapas arrugadas por los aires, al tiempo que miraba fijamente la puerta y oía unos pasos, pisadas sordas amortiguadas por la tormenta, así es como las oía. Estaba a un tris de apropiarse de las cosas de Jiminy, Merry, Marco, cuando, de repente, pensó en Ronnie. Él había estado solo allí, con Lydia, y si alguien conocía sus secretos era Ronnie; si alguien podía haberse atrevido

a hurgar en sus cosas o incluso pensado en robarle, en mentirle, en engañarla o ponerle los cuernos y ofrecerla a cualquier tío en un tipi como a una prostituta, y a hacerse la víctima constantemente, ese no podía ser otro que Ronnie. Ronnie tenía su dinero. Ronnie.

Miró a su alrededor, la habitación devastada. Parecía una fosa, o una jaula. Ahumada, maloliente, todo hecho un revoltijo y sin una sola salida. Las juntas de la cañería de la estufa no estaban bien ajustadas, las ráfagas se filtraban por todas y cada una de las grietas, la puerta era un túnel de viento a pesar de todos los trapos y pedazos de papel arrugado que tapaban las ranuras entre el marco y la pared. Era desesperante, terriblemente desesperante, y ella no podía dejar de llorar. El tiempo pasaba, minutos, horas, ¿qué iba a saber ella? La madera de la estufa se hizo brasa, después ceniza. Estaba temblando. Allí sentada, seguía temblando, sin intención de echar más leña al fuego ni de taparse con una manta. De pronto oyó crujir los goznes de la puerta, alzó la vista y vio a Marco en el umbral.

Marco. Era una aparición blanca, todo era blanco, una figura enyesada, el bigote congelado sobre los labios, los labios blancos, la carne de sus pómulos descolorida y con textura de cera líquida. No se quitó la bufanda ni el sombrero, ni tiró de las correas del portafusil que le colgaba del hombro, solo atravesó en la habitación arrastrando sus pies tiesos y fue directo a atraparla en sus brazos.

Pamela fumaba un cigarrillo tras otro, sentada en la oscuridad junto a la ventana de la cabaña, mientras contemplaba la explanada iluminada por la luna. Aquellos eran sus momentos de ocio favoritos, después de cocinar, lavar los platos, coser las pieles — siempre que el tedio no la venciera— y remendar la ropa de Sess una y otra vez hasta que los pantalones y camisas se irguieran y desfilaran por la habitación como edredones andantes. Una vez que ya estaba todo hecho, la madera preparada para la estufa y el pan de la mañana en la sartén esperando hincharse, se sentaba y miraba por la ventana. Los días habían sido claros y fríos durante la última semana y la luna se había convertido en su sol, omnipresente, libre de trabas, iluminando la nieve de las montañas como un decorado de teatro. Había salido más temprano (a las cinco de la tarde, según el reloj de cuerda, que se había convertido en la obsesión de Sess: el tictac lo distraía, alegaba, y se preguntaba constantemente en voz alta cómo era posible que a ella le preocupara tanto la hora), y se quedó observando el ritmo y la cadencia de la aurora boreal que pasaba de verde a verde amarillento, después a morado, y finalmente a rojo, hasta que sintió el frío matutino y entró. Sentarse allí, junto a la ventana, era mucho mejor que leer una novela o jugar una mano de solitario o resolver jeroglíficos. Era su hora de descanso, de contemplación, y observaba el paisaje de la misma manera en que otra gente mira una fotografía o la pantalla de la televisión. Un zorro de pieles invernales atravesaba la explanada cada día, dos veces. Los búhos se posaban en los árboles. Los cuervos se agitaban como jirones negros expulsados de la noche. En dos ocasiones sintió un cambio inaudito en el curso de las cosas, y levantó la mirada ante un desfile de lobos que resquebrajaban la nieve helada con sus patas en el proscenio del río.

En cuanto al reloj, ella había insistido en su importancia. Sí, se había entregado plenamente a su hombre, y sí, se fiaba de su criterio, lo valoraba, y le pedía apoyo y protección, todo aquello. Y ella entendía su punto de vista. Vivir allí, en el bosque, era vivir como los primitivos, sin noción del tiempo, y tener relojes que cantaban los minutos artificiales de las horas inventadas por el hombre iba en contra de la propuesta y restaba todo valor al espíritu del mundo natural. Pero había que hacer concesiones, así lo veía ella, si no, habría sido como vivir en una cueva frotando una piedra contra otra... ¿Y la sierra, el taladro, la caña de pescar de fibra de vidrio, el motor fueraborda que pensaba comprar al llegar la primavera? Eran herramientas necesarias, razonó, que les ayudaban a vivir mejor, porque no tenía que explicarle a ella, justamente a ella entre todos, lo estrecho que era el hilo que mantenía sus vidas unidas allí afuera, bajo el cielo inexorable, donde la catástrofe acechaba a cada momento.

Muy bien. Para él, eran la sierra y el motor, pero para ella el reloj, el calendario, el termómetro. Sin el reloj, no sabría si eran las seis de la tarde o de la mañana, y la gente no ve la diferencia entre una y otra, pues mañana y tarde son conceptos

artificiales, como los días de la semana y la enumeración de los años desde el nacimiento de Cristo, como si eso fuera importante, como si fuera real, como si Dios existiera y el «principio antrópico» fuera un hecho. A ella le daba igual. Disfrutaba con los números, las cifras. Necesitaba saber que eran las seis y veinticinco del 18 de diciembre de 1970, *anno domini*, y que el termómetro se había mantenido a treinta y cinco grados bajo cero desde la última vez que lo había mirado, y seguramente volvería a levantarse y salir afuera para comprobar si en el ínterin había bajado más. Seguramente. Y seguramente también escribiría su diario, sobre cosas sencillas, hechos, el día, la hora, la temperatura, lo que comían, lo que se veía en el cielo, en los árboles, en el suelo. Aquel era su trabajo, lo suyo, como habría dicho Star, ¿y quién podía negárselo? Sess no. De ninguna manera. Que el tictac del reloj le despertara a medianoche. Aquello no lo mataría.

Estaba a punto de levantarse y hacer precisamente eso, comprobar la temperatura, cuando vio una sombra vertical a lo lejos, junto a los árboles, que se desplazaba con movimientos lentos e inconexos, y ascendía por la orilla hacia la cabaña, como la silueta de un sueño. Apretó el pitillo entre los labios, lo apuró y observó. La figura se acercó, se acurrucó, pisoteó la nieve separando los miembros y volviéndolos a juntar. Pamela sintió una sacudida en el interior de su cuerpo: era Star que venía a aliviarla de la rémora de la contemplación. ¿Cómo era? ¿Cómo lo decía Star? Era una pasada. La hora de la fiesta.

Ella ya se había asomado a la puerta antes de que Star llamara, temiendo que al ver las ventanas sin luz creyera que no había nadie en casa y volviera al campamento hippy.

—Hola, hola —dijo empujándola hacia dentro—, ¡qué sorpresa! ¡Qué agradable sorpresa! Y feliz Navidad, ¿ya te dije feliz Navidad?

Star aceptó una taza de té, el apreciado Darjeeling que Pamela guardaba para los visitantes en una lata herméticamente cerrada, y después Pamela se sorprendió dando vueltas muy excitada por la habitación, avivando el fuego, encendiendo lámparas, preparando una bandeja de crackers con queso, pan, mantequilla, mermeladas de dos tipos de frambuesa, cucharas y un cuchillo, ¿dónde lo había puesto?, al tiempo que hablaba sin parar, como si una tribu de sordomudos la hubiera capturado en una orilla desierta. Habló tanto, tan seguido y tan inmoderadamente que tuvo que pasar un cuarto de hora hasta darse cuenta de que Star no estaba realmente allí. Star no decía nada, o casi nada, solo respondía sí o no al aluvión de preguntas que Pamela le lanzaba, asentía, gruñía, suspiraba o intentaba participar con un «Ajá» o «Ya te entiendo» en una especie de pregunta-respuesta. Finalmente Pamela se contuvo. Se mordió la lengua. Se esforzó en dar un largo sorbo del té que se estaba enfriando en la mesa, ante ella.

—Está bien —dijo—, está bien. —Como si hubiera resuelto una ecuación difícilísima, algo que habría dejado perplejo a un equipo de matemáticos durante semanas—. ¿Por qué no me cuentas lo que te pasa?

Encendió otro cigarrillo. Star la secundó. Retuvieron el sabor a tabaco en la lengua durante unos segundos mirándose a los ojos y exhalaban el humo simultáneamente.

—¿Es Marco? —preguntó en una larga columna de humo reciclado—. ¿Es eso? ¿Es Marco lo que te preocupa?

Star se encogió de hombros. Era una mujer muy menuda, y nunca había parecido tan perdida e ingenua como ahora, con la raya en medio, recta y firme, la cabellera sujeta pulcramente detrás de las orejas como si su madre acabara de peinarla, los hombros estrechos y caídos y los ojos sin vida, con la tristeza inagotable de una niña. Marco estaba fuera, con Sess en la pista, quería aprender con la práctica, había dicho, y Sess se había hecho cargo de él, y habían acampado en la pista de caza, con temperaturas que llegaban sin duda a los cuarenta grados bajo cero o incluso más bajas, de madrugada. Tampoco acampaban exactamente. Roy Sender había construido dos cabañas de madera y tierra en los puntos más estratégicos de la pista de caza de sesenta y tantos kilómetros, y aunque el suelo de las cabañas estaba sucio y no contaban con ninguna de las cosas prácticas que suelen utilizarse en una cabaña frecuentada, ni siquiera una ventana, entre otras cosas, sí que disponían de hornillos de chapa de metal y Sess los mantenía siempre a punto con un buen puñado de astillas y unos cuantos fardos compactos de madera de quemar. Además, Sess tenía los dos perros de reserva que quería, los perros de Howard Walpole, de carácter agrio como el vinagre, pero que tiraban como máquinas. Howard ya no necesitaba perros de aquellos, porque se dedicaba a la velocidad y quería poner a prueba su condición de corredor, solo por diversión, decía. (Star había oído el rumor de que se volvía a lanzar el torneo Iditarod y que habría premios en metálico. Pero todo el mundo sabía que nunca había levantado el culo del asiento de su moto de nieve, y menos para atar los perros a los arneses). Y así Sess podría avanzar kilómetros mucho más rápidamente y con más eficacia que el año anterior.

—Porque si es eso lo que te preocupa, cariño, olvídale. No tengas miedo, Sess ya sabe lo que se hace. Es el hombre más capaz del país, pregúntale a cualquiera.

Soltó una risita, imaginándose fuera, con la parka remendada que ella había ribeteado de piel de glotón (la mejor del mundo, porque no se congela nunca con el aliento), de pie, erguido sobre los patines traseros, los ojos entrecerrados contra el viento, con los tendones de los brazos en tensión y los músculos en movimiento.

—Por eso lo escogí a él, ya lo sabes. Y además, treinta y cinco, cuarenta grados bajo cero no es grave, la verdad. A los sesenta bajo cero empezaría a preocuparme. — Se rió de nuevo—. Pero solo un poco. Sess es muy hábil. Es capaz de capear cualquier cosa que ocurra por ahí fuera. Pero ¿y Marco? ¿No superó aquella congelación? ¿Cuándo fue, por cierto? ¿Hace ya un mes?

Junto a la mesa hacía frío. El viento siempre sabía cómo filtrarse por las ranuras y entre la madera astillada, como si buscarle los puntos flacos a la cabaña fuese su único objetivo. Pamela pensó en levantarse a ajustar el tiro de la estufa, tal vez a

añadir un poco más de leña, pero algo la mantuvo aferrada a la silla, algo a punto de desenmarañarse como un ovillo lleno de novedades, de historias de gente y problemas.

Star se encogió de hombros, como si no supiera hacer otro ademán.

—Supongo —dijo—. Sí, está bien. Se le ven dos rayas blancas, que parecen cicatrices o algo así, por encima de los pómulos, ¿te has fijado?, y los dedos de los pies también los tiene bien, los dos del pie derecho que se le pusieron negros, el pequeño y el de al lado. —Miró a través de la habitación con el ceño fruncido y deslizó los dedos, delgados y blancos, entre las puntas de su pelo, evocando la imagen. Solo se oían la tenue vibración y los leves suspiros de la estufa tragando aire—. Reba dijo que habría que cortárselos y Norm dijo que tal vez se le pudrirían y se le caerían, pero Reba dijo que él se confundía con las uñas de los pies, y que estábamos hablando de los dedos. Pero se le curaron. Milagrosamente. No le han quedado precisamente bonitos, y además perdió las uñas, pero no están infectados, y yo estaba aterrorizada porque quería que yo se los cortara con el hacha. ¿Me imaginas? ¿A mí? ¿Con un hacha?

Ambas se rieron de la horrible imagen y dieron una calada a sus cigarrillos, Pamela echó leña al fuego y las dos se desplazaron hasta la cama, donde se sentaron y entrelazaron sus pies en señal de apoyo mutuo. Al cabo de unos minutos, Star dijo:

—No estoy deprimida por eso. Sé que con Sess estará superbién.

—¡Superbién!, con esta temperatura...

Star esbozó una ligera sonrisa.

—Es Drop City —dijo—. Parece que todo está a punto de desmoronarse. ¿Te has enterado de que George el Raro, Erika y Geoffrey se han largado con la ropa que les cabía en la mochila?

No lo sabía. Sabía que el sobrino se había ido, y la chica con cara de pastelito y pestañas postizas, y que muchos de ellos no dejaban a Sess en paz, pagarían lo que fuese, lo que él pidiese, para que les acarrease con el trineo y los perros, a ellos, sus guitarras y alguna cosa más hasta Boynton. Y él estaba dispuesto, por qué no, era dinero contante y sonante, pero la pista era lo primordial porque una vez que las trampas estaban tendidas, estaba obligado, según toda fuerza moral que rigiera el universo, a ocuparse de ellas, aunque solo fuese para reducir el sufrimiento mortal de los seres vivos que le daban sustento, porque no se podía derrochar, nunca, derrochar era peor que el pecado; era la muerte.

—Es horrible —dijo.

Y lo creía de verdad. Se había acostumbrado a tener vecinos, Star, Merry, Maya, Reba, gente con la que poder hablar, mujeres, otras mujeres. El invierno pasado había estado en un piso de una ciudad trabajando en una oficina llena de gente. Había cine, tiendas, bares, restaurantes. Ahora tenía pieles, tenía a Sess. Era feliz, lo era, ella lo sabía, más feliz que nunca, pero las noches imborrables empezaban a acumularse en su memoria, noches neuróticas, aquellas noches que Sess no le bastaba, cuando nadie

le bastaba. Y también había algo más, algo más grande que todo aquello, su propia noticia, su secreto, y si no hubiera tenido a Star para contárselo, habría enloquecido.

La cara de Star flotaba junto a ella bajo la luz tenue de la lámpara, dulce y bonita, inmaculada, no más hippy que la suya propia.

—Ahora la gente come sola —dijo—. Y la comida, se pelean por la comida.

—Creí que habías dicho que había suficiente, de sobras, ¿no me dijiste que Norm había dejado lo básico para seis meses? Se gastó cientos de dólares, me dijiste.

—De momento no nos falta nada. Pero es algo así como un acaparamiento, diría yo. La gente asalta la despensa, coge lo que quiere, almendras, uvas, ya no quedan frutos secos. Y no hablemos de la leche en polvo. Ni del chocolate. —Hizo una mueca, levantó las manos y las dejó caer—. La harina está llena de motas negras. Al principio creí que era pimienta, que alguien había desparramado dentro el bote de pimienta al rebozar el pescado, pero después vi que eran cacas de ratón, miles y miles. Y Reba, que por lo visto se cree la responsable desde que Norm se desvinculó, se pasa el día convocando reuniones, Alfredo y ella, recalcando que «hay que tratar el asunto de la comida», pero nadie se presenta a esas reuniones.

—Todavía no ha llegado la Navidad —dijo Pamela. No sabía por qué lo había dicho, no quería ser negativa, pero aquellas personas, aquellos hippies tenían que entender por qué estaban allí y cómo se habían metido en aquel proyecto. Era como la fábula que su madre solía leerles a Pris y a ella de pequeñas, de Esopo, según creía, de la cigarra y la hormiga.

—Ya —susurró Star—. Ya lo sé.

Más tarde, después del segundo té y de los bocadillos de carne de alce con cebolla y salsa de rábano que Pamela preparó para las dos, Star le preguntó si podía quedarse a dormir allí, pues el viaje, el panorama del río helado, todo empezaba a ser demasiado para ella y no podía soportarlo, al menos aquella noche. ¿Podría ser? ¿Sería demasiado pedir? Por supuesto que no, le dijo Pamela, en absoluto. La acomodaría allí mismo, en la vieja cama de Sess, ¿podía creerse que había dormido allí, solo, en ese pequeño camastro, durante todo el invierno?

Le dejó uno de sus camisones de franela, la envolvió en el saco de dormir de pelo de ardilla de Sess y la sumergió entre unas pieles que escogió de su variada colección, pues tenían pieles para dar y tomar, de esas que las mujeres de tacones altos y trajes ceñidos de Nueva York y Chicago no habrían cambiado por nada del mundo. Y aquello le gustó, le trajo recuerdos. Era como ser niña otra vez, con Pris a su lado, con el techo de la tienda sobre sus cabezas y el tranquilizador ronquido de su madre, desde el catre del rincón. También era como tener una amiga en el barrio, que se quedaba a dormir en casa y acababan por no pegar ojo en toda la noche, y solo se dormían al llegar el alba. Pasaba la medianoche cuando apagó la luz y fue a acostarse a su cama, en la habitación contigua, relajada y serena, y cansada, invadida por un

plácido cansancio, pensando en la perfecta simetría de la situación: las chicas dentro, durmiendo bajo techo, y los hombres fuera, arrimados uno al otro, en el puño cerrado y frío de la noche.

Por la mañana se entretuvieron tomando café, pan recién hecho con revoltillo de huevos deshidratados, jamón, tomates y pimientos. Contemplaron el ascenso gradual de la luz atravesando las sombras hasta instalarse en una estela pálida, que en aquella estación del año era igual a la de la aurora, el crepúsculo y el mediodía. Oían la radio: *Historias de la tundra* en la KFAR y *La charla de los tramperos de la tundra* en la KJNP, y se enteraron de que Olive Swisstack mandaba todo su amor a Tommy, de Barrow, y que la ex suegra de Ivor Johnson le pedía que la llamase urgentemente, y que Jim Drudge se conectó por radio desde Fort Yukon para decir que estaba vivo y coleando como cualquier otro ser del planeta y muy contento de poder contarlo, y encendieron sus primeros cigarrillos del día y jugaron una tranquila partida de ajedrez.

—¿Sabes, Star? —dijo Pamela tras colocar el rey y anunciar un jaque mate de un modo suave y prosaico—, anoche quise decirte algo todo el rato, pero no sé, no sabía cómo, supongo.

Star levantó la vista del tablero y dejó de jugar con el alfil, que ya no le servía para nada. La taza medio vacía estaba a la altura de su codo. Un cigarrillo —¿era de Pamela o de Star?— se consumía lentamente en el cenicero.

Era agradable, muy agradable: el resplandor de luz que se filtraba por la ventana, la suave respiración de la estufa, el silencio. Se sentía llena de calma. Era como si siguiera durmiendo, o estuviera retozando sobre la toalla en una playa tropical, dando cabezadas sobre una novela de tapas brillantes descansando sobre su pecho.

—Estoy embarazada —dijo—. O creo que lo estoy. Todavía no se lo he dicho a Sess. —Desvió la mirada hacia la ventana y se fijó en las montañas, después volvió a mirar a su amiga directamente a los ojos—. Así que eres la primera en saberlo.

La luz de aquellos días apenas era un reflejo atenuado en el horizonte. De luz solo tenía el nombre, un brillo pálido, triste y mortecino del cielo del sur que solo estaba allí para recordarle a uno todas sus carencias. El sol brillaba en Miami Beach, en San Diego hacía un día resplandeciente y en la Patagonia o en McMurdo Sound no se podía hacer desaparecer la luz ni con todo el empeño del mundo. Era como poner el globo terráqueo boca abajo, agitarlo y comprobar que solo se desprendían de él unas cuantas sombras en la miserable noche del universo. Eso pensaba Pan al oír el tedioso y repetitivo mensaje del motor: «Todo va bien, todo va bien, todo va bien». Y los extremos de las alas absorbían un rayo de luz de algún lugar desconocido, las luces parpadeaban desincronizadas, y él entraba en trance, como si estuviera bailando bajo las luces de una discoteca, envuelto en una música tan estridente que no le dejara ni recordar su nombre.

Tenía frío. En realidad, se moría de frío. Fuera, en el suelo, la temperatura se acercaba a los cuarenta grados bajo cero, y allí, a dos mil metros de altura, el aire era más fino y más gélido. Joe había puesto la estufa a todo gas, pero apenas se notaba, por los aullidos del viento que se filtraba por todas las ranuras del marco de la puerta y alrededor de la ventana. ¿Por qué aquellos trastos no se fabricaban herméticos? ¿Por qué no podían aislarlos o inventar un radiador que sirviera realmente para algo? No sentía los dedos de los pies. Bajo la camisa, notaba el contacto de las cuentas del collar como pequeñas bolitas de hielo. Un líquido glacial y transparente que se le deslizaba por las fosas nasales le mojó el reverso de los guantes. Estrechó los brazos alrededor de sus hombros en un apretón desesperado, y se estremeció de tal modo que sintió como si se le saltaran los empastes de las muelas.

A su lado, Joe era una roca. Solo sus hombros ya llenaban la cabina de mando, y la masa de su cuerpo, envuelta en la parka forrada, le confería aún más volumen. Con un dedo enguantado sobre la palanca, miró a través del parabrisas y echó un vistazo despreocupado por los dos costados, mostrando la misma preocupación por la ráfaga huracanada del Ártico que azotaba su rostro que la que habría mostrado un oso polar repantigado sobre un témpano de hielo. No había pronunciado ni vociferado una sola palabra en los últimos quince minutos, pero Pan no esperaba entablar conversación, pues no se oía nada con el ruido del motor. Así que sufría en silencio, pensando solo en la cabaña, en el agradable susurro de los esquís sobre el hielo cubierto de nieve, en aterrizar y salir a trompicones de aquella caja de tortura, y en el fuego que iba a preparar para encender la estufa. Sintió un largo escalofrío por todo el cuerpo y se volvió para alcanzar su bolsa del asiento de atrás, de donde sacó la petaca de plata.

La petaca estaba llena de ron Hudson Bay, prácticamente la misma porquería que el Bacardi 151, lo que usaban para flambear en el Surf'N'Turf y que sabía a rayos, como el queroseno, pero cumplía su función. Te calentaba. Te quemaba el cuerpo de arriba abajo, desde el paladar hasta el recto, y todavía recordaba al señor Boscovich

encarado a la pizarra dibujando un diagrama del tracto digestivo humano: «Nueve metros de largo —declamaba casi cantando—, ¿alguien puede decirme cuánto mide en pies?». Pan se rió al recordarlo y desenroscó el tapón de la petaca. Se llevó el frasco a los labios en el momento en que el avión vibró y volvió a estabilizarse, el licor le goteaba por la barba y fue a caer sobre los vaqueros, decorándolos de perlas negras; pero consiguió su objetivo, quemó el interior de su pecho de tal forma que tuvo que frotárselo intensamente por temor a arrojar el trago de repente. Acto seguido le dio un golpecito a Joe en el brazo, ofreciéndole la petaca con un gesto.

—¿Quieres un trago?

Joe le respondió con una mirada larga y lenta, intentando ubicarlo, como si no hubieran vivido en la misma cabaña en los últimos tres meses, encerrados allá dentro la mayor parte del día. Hizo un movimiento pausado con la cabeza y una sonrisa triste emergió por el hueco de la barba.

—No, mientras vuelo, no —respondió a voz en grito.

—¿Ni un sorbo?

—No me tientes.

Volvían de Ambler, sobre el río Kobuk, desde donde habían despegado hasta una choza en una isla situada al oeste del pueblo y habían descargado ocho cajas de bourbon, de ron y vodka que habían comprado tres días antes en Fairbanks. La choza, ladeada hacia la izquierda y sostenida por unos pilotes inestables, tenía un aspecto triste y desolado, pero estaba abarrotada de gente que celebraba una fiesta, y aquello les sorprendió. Lo miraron con ojos esquivos, todos ellos, hombres y mujeres, intercambiando la misma expresión, la misma que Gengis Kan debía de mostrar tras haber conquistado un pueblo perdido, haber violado a todas las mujeres, haberse comido a los perros y haberse bebido la última gota de licor de arroz de toda la región. Pero había buen ambiente, porque todos llevaban el pelo largo y se dedicaban solo a colocarse con lo primero que les llegaba a las manos, y no habían oído hablar ni por casualidad de horarios, corbatas, Wall Street y Míster Jones. Todavía cazaban caribúes en otoño, cuando los rebaños cruzaban el río, aunque ahora la caza consistía en acercarse a los animales en una barca de fondo plano cuando se hallaban indefensos en el agua, y dispararles a quemarropa con una pistola, y todos tenían su moto de nieve y su motor fueraborda y se compraban la ropa por catálogo. Pero comían lengua de caribú y helado esquimal (grasa de caribú montada con media tonelada de azúcar y unas cuantas bayas ácidas por encima); Pan lo había probado.

—Helado, camarada, esto es helado —le había dicho Joe Bosky, animándolo, pero él lo escupió rápidamente sobre la palma de la mano y toda la habitación se deshizo en un estallido de risa desenfrenada, era la cosa más divertida del mundo, ¡el hombre blanco!

También comieron Cheerios y Fritos y bocadillos de Ho-Ho y mayonesa Hellmann's con pan Wonder, todo transportado en avión hasta el almacén esquimal por los pilotos, que para ellos representaban la conexión con el mundo.

Joe le dijo que los esquimales de la costa (los que vivían en iglú, como Nanuk) solían mear en un abrevadero en el que después se lavaban, se extraían la grasa de la piel para desanimar a los piojos. Pero aquella gente, los taponcitos tipo Gengis Kan, de dientes protuberantes y ojos hundidos, no llevaban las cosas tan lejos, o al menos, por lo que Pan había podido comprobar. Aunque apestaban, ¡santo cielo!, ¡cómo apestaban, cuerpo, aliento y pelo! Y sus perros eran de lo más zarrapastroso que había visto nunca, diez o doce animales atados en los patios, ni una caseta de perro, nada de nada. Una especie de cosas alargadas, feas y chillonas masticando cabezas de caribú y pezuñas de alce o porquerías como los restos de pescado que saca el gato Silvestre de los dibujos animados de las latas de la basura. En una palabra, patéticos.

Se quedaron tal vez una hora. Pan le vendió una bolsa de quince gramos de hierba a un tipo esquimal que le sonaba de la última ronda de whisky y tomó un par de cubatas de ron. Luego inspiró y percibió el hedor que flotaba en la sala y se apuntó a las risas burlonas que reinaban en el ambiente, y al cabo de un rato se hallaba de nuevo en el avión, con los controles duales (palanca del puente de mando y pedales del timón) balanceándose de un lado a otro como si una presencia invisible pesara sobre su regazo. Despegaron desde el río helado dejando atrás la choza y el pueblo. Los sauces desnudos y los abetos de aristas suaves menguaban hasta perderse en el paisaje, y quedaba el horizonte y la promesa de la luz del sur.

Pan había volado lo suficiente con Joe como para reconocer los indicadores del camino de vuelta a casa: el profundo agujero del lago Norutak, el pico de Indian Mountain, de mil cuatrocientos metros de altura, como un helado de cucurucho de Dairy Queen, y el río Koyukuk, un garabato desquiciado en pleno rostro de la noche creciente y, finalmente, las luces de Stevens Village y la gran palangana del Yukon. Allí, el río circulaba hacia el oeste pero viraba en Fort Yukon, donde se encaraba hacia el norte prácticamente todo el camino desde la frontera de Canadá, y en este caso, seguirlo habría sido una pérdida de tiempo. Joe cruzó el río por Stevens Village y atajó por el interior para después recuperarlo en Boynton, y Pan no se alarmó cuando dejaron el río detrás y las oscuras montañas surgieron de nuevo frente a sus ojos. Era la ruta más directa, el pasaje más barato hacia la estufa, el saco de dormir y el bocadillo de alce, o al panecillo descongelado con patatas fritas y repollo. Dentro de dos días, Joe y él volarían hasta Boynton para celebrar su fiesta de despedida en el Nougat, y después él se iría a casa, a Peterskill, antes de la Navidad. Y aquello no iba a ser moco de pavo, la de cosas que tendría que contar, no digamos el clima, hasta pensaba ponerse camiseta, chaleco y pantalones cortos («¿A esto le llamas frío, hermano?»). Y los conciertos, el Fillmore, el lugar nuevo de Portchester, John Mayall, B.B. King, Taj Mahal. A la mierda Star. A la mierda con Drop City. Que se fueran todos a tomar por culo. Estaba grogui, se estremecía, soñaba. Dio un trago a la petaca, por puro placer.

Pero después fue dándose cuenta poco a poco de que no iban directos a casa; pasaron por Woodchopper, o lo que él creía firmemente que era Woodchopper, y se

adentraron lentamente por encima del barrizal de riachuelos y las hendiduras de las montañas de la cuenca del Thirtymile. La luna se había alzado en pleno cielo, ahora llena, redonda y fría, y la nieve devolvía su luz confiriéndole el brillo más intenso del día. Por el contraste con la nieve, todo se distinguía con nitidez, los claros, las ciénagas, incluso los rastros de huellas de animales. Joe se ladeó y se mantuvo descendiendo a no más de cien metros de altura del suelo, con la mirada fija sobre las formas y las sombras del paisaje, buscando algo.

—¡Eh, Joe! —gritó Ronnie—. Eh, tío, ¿qué pasa? ¿Vamos a casa o no?

Joe volvió la cabeza lenta y pesadamente, como si sobre los hombros sostuviera un voluminoso balón, y lo miró; después, volvió la vista a la ventana.

—¿Me pasas el rifle? —dijo.

A pesar de sí mismo, a pesar del frío, de la desolación y de sus necesidades básicas, Pan se sorprendió riéndose.

—¿Vas a perseguir a algún lobo?

El motor les catapultaba hacia la noche, descendiendo en picado por encima de los árboles, de las abruptas colinas y de las profundas pendientes.

—¿Puedes revisarme el cerrojo? —le gritó Joe.

«Ni media queja», pensó Ronnie. «De acuerdo, ¿por qué no?», pensó. Los lobos estaban allí abajo, el dinero en las patas, o mejor dicho, en las garras, dólares verdes, por cortesía de la naturaleza, según Joe. Llevaban tres días, desde que habían vuelto de Fairbanks, empinando el codo: habían decidido volar directamente a Ambler, pero Joe vio rastros de lobos y se desvió del camino. Era una presa, un alce fuera de combate tumbado en la nieve sobre una mancha de bucles rojos, como las de los test de Rorschach, y unas huellas de pisadas en forma de espiral. Los lobos se abalanzaban sobre la presa, seis o siete de un color gris esteatita tirando a negro, ojos ávidos, y torcían las cabezas en un curioso ángulo para valorar la amenaza que se cernía arriba en el cielo, y de pronto echaban a correr y Joe los acechaba con su zumbido y se ladeaba planeando para seguirlos de nuevo. Cuando retomó el equilibrio y se posicionó, dejando atrás aquellas manchas oscuras de formas diversas esparcidas sobre la tierra, gritó:

—¡Coge la palanca!

Y Pan sostuvo los mandos mientras él se encaramaba por la ventana y apuntaba.

Allí donde erraba el tiro, la nieve estalló en capullos blancos y floreció sobre un lecho de sombras. Pan lo veía todo mientras seguía totalmente concentrado en mantener el equilibrio. ¡Crac! ¡Crac! ¡Crac! Los lobos circulaban como el agua. Pasó un largo minuto y ya los habían dejado atrás, hasta que Joe recuperó el control y planeó una y otra vez, no sin antes dejarle la palanca a Pan. En esa ocasión, cuando se asomó por la ventana, se pegó a la mirilla y disparó, una de las oscuras detonaciones se comprimió de golpe, como aplastada por un talón de acero. Y de pronto ya no era una detonación, sino un lobo, un lobo agonizando. Volaban persiguiendo la manada y dispararon sobre un segundo lobo a más de un kilómetro de distancia del primero,

dieron media vuelta en círculo y buscaron un lugar para aterrizar. La nieve llegaba a la altura de las rodillas. El primer lobo tenía el espinazo roto. Yacía allí, en la nieve, con la mirada de incompreensión fija en los dos hombres, nacido y criado en lugares ocultos, alimentado de alces, conejos, ratones de campo y caribúes, indefenso y absorto.

—Adelante —dijo Joe—, pero no marques la piel. Directo al ojo.

Pan se inclinó para ver lo que había atrapado Joe mientras este retiraba el rifle hacia atrás, un rifle comprado entre innumerables ejemplares expuestos en la armería Sporting Goods de Big Ray, en Fairbanks, con dólares esquimales, un Holland & Holland 375 con una mirilla Weaver de 4x4. Hizo retroceder el seguro antes de pasarle el arma. Se divisaban huellas en la nieve, pudo comprobarlo ahora desde arriba, probablemente la pista de todo un cónclave de lobos, que aparecía y desaparecía entre los bosquecillos de árboles, se perdía a ratos y después volvía a aparecer en dirección al sur, paralela a la orilla del río. La luna resplandecía más que nunca, en opinión de Pan, considerando que la había visto miles de veces clavada en mitad del cielo, en los callejones traseros de las discotecas, a través del parabrisas del coche, grande y luminosa, realzada por la variada farmacopea que iluminaba sus atentos ojos. Pero aquella noche les devolvía su fulgor tiñéndolo todo color plata, la parka de Joe, su rostro, las manos sobre los mandos, pero ¿y los lobos? ¿Dónde estaban los lobos?

Y de repente, bajo los árboles, salió un montón de ellos corriendo en formación, y Joe gritó:

—¡Coge el mando, cógelo!

Dentro de la cabina, el aire, que ya era gélido, se volvió letal cuando Joe abrió la ventana y la bocanada de aire helado les azotó en toda la cara. Pan pilotaba ahora, viró hacia la izquierda, Joe apuntaba, pero, un momento, aquello no eran lobos, ¿qué eran? No, no, no eran lobos, eran perros. Y después un trineo, y el contorno de dos figuras que quedaban al margen de la fluida caligrafía de la página de nieve, gente, hombres. ¿Qué estaba pensando Joe? ¿Acaso se había vuelto ciego?

—¡Joe! —gritó Ronnie—. ¡Joe! ¡No son lobos!

Daba igual. Porque Ronnie volaba en picado y Joe disparaba, una, dos, tres veces, y se inclinaba cada vez más, y Joe, desbocado, vociferaba:

—¡Mierda! ¡Mierda! ¡Me cago en la puta!

Ni tan solo uno de ellos se daba cuenta de la verticalidad con que se erigían las alas del aparato hasta que Joe dejó el arma, evitó entrar en barrena y despejó la masa de árboles que se extendía delante de ellos. El motor chirrió y se notó una fuerte sacudida, como un bofetón duro, mojado, piel contra piel, el extremo del ala derecha se plegó de repente y el avión se tambaleó con tanta fuerza que parecía que iba a partirse en mil pedazos.

Joe logró estabilizar el aparato. Conocía bien su oficio. No iba a estrellar un avión de veinticinco mil dólares solo porque el extremo del ala de aluminio se hubiera

doblado en dos como una lata de cerveza, oh, no, Joe no. Debieron de avanzar cuatro o cinco kilómetros, intentando recuperar la dirección del río, y ahora ¿a qué altura volaban?, ¿por qué no había hecho retroceder la palanca para despegarse de las copas de los árboles y hacerle ver a Ronnie que no iban a estrellarse? Había algo frente a ellos que no era el río, un claro entre los árboles, un pantano, montículos de hierba cubiertos de nieve como puños brotando de la tierra, y de pronto ya estaban abajo, el tren de aterrizaje listo, mientras el fuselaje del avión se inclinaba despiadadamente hacia la izquierda y penetraba en los imponentes troncos revestidos de corteza impermeable.

A nadie le gustaba mucho Joe Bosky. Seguramente era respetado, temido, pero no era la clase de tío que la gente distinguiera por su amabilidad, su carácter o sus maneras. Sin embargo, a Ronnie le gustaba. Con él tenía una relación de hermano pequeño. Si había algo que reconocerle a Joe, era su dominio del oficio, y si uno miraba, escuchaba y prestaba atención, se enteraba de todo lo que había que aprender de aquella región. De las armas. De volar. Ya le había dado unas cuantas lecciones a Pan y le había dejado llevar el mando a veces, cuando hacían el recorrido más básico del punto A al punto B, y aquello era de agradecer. Pan pensó que algún día podría volver a la tundra, algún verano, tal vez el próximo, y volar como piloto de la tundra, guiar a cazadores y pescadores, desafiando a los elementos, dejándose llevar por el viento, entrando y saliendo cuando quisiera. Otra característica de Bosky era que, pese a haber formado parte de la máquina de guerra en un momento dado, nada menos que como marino naval, se tomaba las cosas con mucha serenidad, no enarbolaba banderas ni era en absoluto fascista, nunca hablaba demasiado de las minas de Claymore, de los malditos asiáticos y cosas así.

—¿Cuál es tu objetivo en la vida? —le preguntó Pan una noche, sentados a la mesa con Sky y Dale, mientras apuraban la carne dulzona y negruzca de los huesos de una perdiz.

—Pasarlo bien. Emborracharme, follar, armar bulla, no dar explicaciones a nadie.

—¿Así que eres un hedonista? —dedujo Dale.

—Puedes jugarte el cuello a que sí —respondió Joe.

Y seguro que Joe habría sabido muy bien qué hacer en aquella situación, solo que, por alguna razón, había enmudecido. Había dicho algo cuando Pan, más o menos una hora antes, acababa de cortar el cinturón de seguridad con su navaja y lo había sacado arrastrando de la cabina abollada, y sus palabras habían sido: «Haz un fuego». Aquel problema se habría resuelto por sí solo, de todas maneras, porque cuando viraron hacia los árboles, el ala izquierda se plegó contra el fuselaje y se desprendió el depósito de gasolina, y aún tuvieron suerte de salir antes de que todo explotara. Y así ocurrió. Un segundo después de que Pan arrastrara a Joe hasta la nieve, se produjo un destello, un golpe sordo, y la garantía de su viaje de vuelta a casa se convirtió en una

fogata. Ya solo quedaba el olor del aire y el frío que volvía a calar hondo, y Joe no estaba para dar consejos.

Ronnie sentía cómo el corazón le latía a distintas velocidades dentro del pecho. Era obvio que estaban metidos en un lío, pero no podía pensar con mucha claridad, porque se había golpeado dos veces contra el puente de mando, que parecía lanzarse contra él, como si de repente hubiera tomado vida con el único objetivo de reventarle los sesos, y aquella costra llena de líquido helado que se agrietaba cuando hacía una mueca involuntaria, al advertir que la mancha encarnada de dolor sobre su hombro izquierdo, que le dejaba el brazo colgando del torso involuntariamente, como si no perteneciera más a su cuerpo, era sangre. Joe estaba inconsciente. Muerto no, todavía respiraba, aunque Ronnie no era médico, y aunque lo hubiera sido, tampoco podría haber hecho gran cosa allí fuera, sin medicinas ni más instrumentos que su navaja y el peso muerto de la pistola amarrada al muslo. Lo que sí hizo fue cortar un par de manojos de ramas de píceas y apilarlas en montones, de modo que Joe no perdiera el calor vital al entrar en contacto directo con el suelo, al tiempo que intentaba encender fuego. Recogió algunas ramitas, amarillentas y secas, las partió en la rodilla, construyó una pirámide inestable con ellas y después añadió unos palos más gruesos que había encontrado bajo los montículos de nieve. Tenía cerillas, e incluso unas bolas de papel arrugado al fondo de su mochila, lo único que había podido rescatar de su equipo de supervivencia del avión antes de que se incendiara.

La luna, poderosa e imponente, se erguía sobre él, cuando, agachado y en cuclillas, se quitó los guantes un segundo para encender una cerilla con sus manos rígidas y quemar la portada húmeda de un libro difícilmente inflamable — insoportable, aquella luna, apabullante—, pero aunque sus manos eran como unos guantes de béisbol, iba a superar no solo aquello, sino todas las fuerzas del mal que el entorno le pusiera por delante: la chispa prendió y el viento alentaba su respiración y el racimo de agujas de pino seco empezó a resplandecer y a crepitar y a mostrarse cada vez más ávido. Pan se puso los guantes. Arrancó ramas de su alrededor y las echó a la fogata, y las llamas ascendieron de repente y por fin el fuego se consolidó.

—Joe —dijo—, Joe, tenemos fuego.

Pero Joe no reaccionaba, Joe tenía frío, Joe estaba fuera de combate.

Pan se acuclilló junto al fuego y empezó a golpear una mano contra la otra. Allí nadie acudiría a rescatarlos. Quienesquiera que fuesen los del trineo no se hallaban muy lejos de allí, pero ¿por qué iban a preocuparse? Eran Sess Harder y su señora, no podían ser otros, a no ser que Bosky hubiera enloquecido por completo, y Sess habría pagado entradas, de platea si hacía falta, por ver a Bosky muerto. Así que todo estaba en sus manos, en manos de Pan. Esperaría a la mañana siguiente, a que la media luz y el primer resplandor asomara por las montañas del sur, para orientarse y poder seguir el camino del este hacia el río y después dirigirse al norte hasta Drop City. Él podía conseguirlo. Era fuerte. Y joven. Conocía aquellas montañas. Conocía el río. Tendría que alimentar el fuego para Joe y crear una buena hoguera, la única y la más grande

de todas las hogueras. Además de dejar allí un montón de madera para que cuando Joe volviera en sí, si es que volvía, pudiera mantenerse con vida hasta que Alfredo y Bill y los demás, Reba, fueran en su busca.

Aquel era el plan. Era un plan solitario, un plan arduo, pero todo iba a salir bien. El fuego venció a la noche. El frío empezó a remitir y a escaparse entre las sombras y aunque no sentía los pies, en los dedos sí sintió un cosquilleo: buena señal. Cuando la temperatura del cuerpo bajaba, la sangre alimentaba los órganos para que el sistema no dejase de funcionar, pero las extremidades se sacrificaban, sencillamente una adaptación más para la supervivencia, y ¿dónde estaba el oso al que le había cortado la oreja? Hibernando, como todos los topos y roedores de Drop City; aquella era otra manera de sobrevivir. Pero sentía los dedos y eso significaba que no se había hecho daño, o al menos nada grave. De todas formas, prefería estar muerto a pasearse como Billy Barto, un compañero del colegio, con dos muñones cauterizados en una mano y con tres dedos en la otra, porque había intentado construir una bomba en el sótano y acabó con unos guantes de golf color gris paloma para el resto de su vida, como un carnicero de novela inglesa. No, él estaba bien. Buen rollo.

En aquel momento pensó en la petaca. Había dejado la mochila apoyada sobre un tronco a salvo del fuego, no quería ver aquello en llamas, y se levantó para ir a buscarla. Un par de tragos, eso era lo que necesitaba. Calentarse. Serenarse. No tenía que ir a ninguna parte, por lo menos hasta la mañana siguiente, y la noche iba a ser larga, fría, insoportable, ¿por qué no colocarse un poco? Cogió la bolsa y se arrimó al fuego de nuevo. Pensó en Joe por un momento, tal vez debía forzarle a tragar algo, como en las películas, y ver si podría despejarse, pero antes tenía que ocuparse de sí mismo. Realmente, algo no iba bien con su hombro izquierdo, tal vez un desgarro muscular. El dolor le ascendía por el brazo hasta la articulación del hombro y después volvía a bajar mientras intentaba sujetar la petaca contra su pecho para desenroscar el tapón. La operación era muy complicada, especialmente con aquellos guantes puestos, pero lo logró (tenía que lograrlo, tenía que mantener la cabeza clara en aquel momento) y acto seguido el hueco de la petaca, frío y metalizado, con una emplomadura de plata, reposó sobre sus labios mientras daba un largo y reconfortante sorbo.

Se equivocó. Y supo que se equivocaba en aquel preciso momento. La garganta se le paralizó, su cuerpo se dobló en dos y sintió una punzante sacudida. Por dentro, Pan era todo hielo. El líquido se había helado en la petaca durante su descanso entre los árboles y ahora una muerte nueva descendía por su faringe, una muerte que quería expulsar de sus entrañas a cualquier precio. No había manera. De cuatro patas, ahora una arcada, ahora otra, tosía, y tenía náuseas, iluminado por el fuego burlón y, junto a él, Joe Bosky, desplomado en silencio en su trono de ramas de píceas. Siguió con náuseas hasta que toda la materia celular que constituía las paredes de su laringe y su esófago se abandonaron, y los músculos tensos de sus extremidades se aflojaron también, y llegó un momento en que ya no pudieron soportar su peso. Ronnie se

desplomó en el suelo.

La primera noche en la pista acamparon en una cabaña que parecía haber brotado de la tierra, no muy distinta de un macizo rocoso o de un bosquecillo de árboles. Tenía el tejado de un cobertizo, describía una pronunciada pendiente y de la tierra de los viejos tablones brotaban varas de abedul y de álamo y una enredadera enmarañada de tallos leñosos y ramas secas. En la parte delantera vio un depósito de víveres donde había medio cuerpo de alce envuelto en una arpillera, colgando de las patas traseras de un filamento metálico, muy rígido, que bajo el flujo de la luz de la luna parecía otra cosa totalmente distinta, algo mucho más negro y siniestro. Marco tuvo que mirar dos veces para convencerse bien de que era eso. Los perros, sin embargo, no tenían escrúpulos, pues salieron y se sentaron impacientes sobre sus huellas frente a la cabaña mientras la luna fotografiaba las formas que adquiría el vaho ascendiendo hacia el cielo por encima de sus siluetas encorvadas.

Vio las casetas de los perros, alineadas tras los árboles, como cajas rudimentarias montadas con troncos y cubiertas de techos idénticos, recubiertos de montículos de paja coronada de nieve. Por detrás de la cabaña se alzaba una colina, suavemente iluminada por la luna, y a sus pies yacía un riachuelo. Todo estaba en calma. Si uno no sabía que allí había una cabaña, podría haber pasado a menos de cien pasos y no enterarse de su existencia, excepto tal vez por los destellos del sol que rebotaban en los cristales de la única ventana, solo en la estación oportuna y a la hora oportuna del día.

Se habían ido turnando para montar en los patines o trotar junto al trineo, y él corrió durante los dos últimos kilómetros enfundado en su parka. Sudó mucho, y eso era malo, peligroso, porque el sudor podía congelarse en la piel y resultar fatídico si no se disponía de un fuego para recalentarse en el momento necesario.

—¿A qué temperatura crees que estamos? —le había preguntado a Sess una hora antes después de haber metido las últimas cinco martas heladas como piedras dentro del trineo y de haber sustituido el cebo de la trampa.

Y Sess, sonriendo y llevándose la mano envuelta en el mitón al bigote para desincrustarse los pedazos de hielo, respondió:

—Cuarenta bajo cero, supongo.

Había un termómetro colgado del marco de la puerta de la cabaña y tras ayudar a Sess a atar a los perros y tirarles un trozo de salmón seco, miró la temperatura a la pálida luz de la luna. El mercurio estaba fijo entre los cuarenta y cuarenta y dos grados bajo cero.

—Has acertado —dijo adentrándose en el hueco oscuro de la cabaña y sumiéndose en sus olores a cebo rancio, aceite de lámpara, píceo, pescado, interioridades intestinales de linco, marta, zorro, destilados por la mano del vacuo frío.

—¡Mierda! —dijo Sess—, acaba de bajar un grado más, vamos a encender un

buen fuego y a ponernos cómodos, ¿te parece?

—Buena idea. ¿Qué quieres que haga?

De pie en la oscuridad, en el aire frío de la noche, Sess encendió la lámpara y aquel espacio exiguo y atiborrado adquirió forma.

—Nada —dijo—. Siéntate y ponte cómodo.

Marco se sentó, ahora temblando, y miró cómo las ramas secas prendían en la cocina de metal al contacto de la llama de la cerilla. Sobre la lumbre vio aparecer el hervidor de agua congelado. Sess se inclinó para coger una olla negruzca del suelo embarrado y la llevó hasta la estufa con un movimiento fluido que culminó en un sonido agudo y resistente de metal contra metal.

—Cuanto más sencillo, mejor —dijo Sess—, ese es mi lema.

Se acercaron a la lumbre y las llamas se alzaron rugiendo en el aire y la habitación tomó vida en un instante. Los olores volvieron. El hervidor de agua saltaba y vibraba buscando equilibrio.

—¿Qué había en la olla? —quiso saber Marco, pues nunca se había sentido tan hambriento en su vida, con ganas de comer azúcar, grasa, manteca, bastones de mantequilla, la grasa elemental para sobrevivir, y no le extrañaba que los esquimales se alimentaran de grasa de foca; allí realmente había que ponerse el carburador a tono.

—Estofado de alce. —Sess iba buscando cuencos, cucharas, y tazas a tuestas sobre la estantería detrás de la estufa—. Me funcionó la última vez. Hay que cortar a tajos un pedazo sano del flanco del alce que hay ahí fuera, freírlo en grasa de oso con un poco de harina y cebolla, sal, pimienta, un poco de tabasco, las verduras que tengas a mano, guisantes secos o lentejas en este caso, y después llenar la olla de agua hasta arriba, ponerla a hervir y añadirle el arroz. Y *voilà*, ¡estofado de alce a la Harder! Y lo más maravilloso de todo esto es que dejas la olla en el suelo cuando te vas y en menos de una hora se congela como una roca —dijo, frotándose las manos y extendiéndolas sobre la lumbre—. Roy me enseñó la receta.

—Y ahora me la enseñas a mí.

—Exacto. Ahora yo te la enseño a ti.

Si antes había albergado sus dudas (acampar en la pista a cuarenta bajo cero), ahora el estofado le serenó y empezó a imaginarse en la piel de Sess, sintiéndose cómodo bajo las condiciones que fueran, aprovechando lo que la tierra le ofrecía, viviendo con lo mínimo, y a un millón de años luz de los suburbios con sus malezas compulsivamente recortadas, las praderas onduladas y los árboles decorativos. Porque quienquiera que hubiera diseñado el paisaje al otro lado de la ventana había hecho un trabajo alucinante, era innegable. El estofado le pareció delicioso. Se comió tres platos y los rebañó hasta la última gota con las galletas de marinero que Sess guardaba herméticamente en un bote de cristal sobre la estantería. Tomaron café con azúcar y leche condensada, y de postre, arándanos semiderretidos con un sirope espeso y tres chupitos de coñac E&J. Se sentaron apretujados a la mesita junto a la

ventana, rodeando las tazas con las manos, y contemplaron el recorrido de la luna y sus sinuosos movimientos entre los árboles. Hablaron de la caza, de trampas y cebos, de Drop City, de mujeres.

—Sinceramente, no me sorprende que el sobrino haya desplegado las alas —dijo Sess—, teniendo en cuenta la novia que tiene, porque es una chica urbana donde las haya.

—Volverá —dijo Marco, y nada más decirlo, en un lugar donde solo había una estufa improvisada y una pared de pino medio podrida, gracias a la cual no se había convertido en otra víctima de la tundra, en el fatídico final de otro cuento moral, él mismo dudó.

Cuando Norm se había marchado, todo Drop City había entrado en pánico, y después del pánico había llegado el duelo. Norm era la roca en que se cimentaba Drop City, el fundador, el gurú, los había metido a todos en la jungla, bajo el irreductible poder de su visión, de su dinero, de su energía, y ahora les había abandonado. Star había llorado tanto que Marco pensó que las costillas le iban a reventar. Reba se tragaba el Seconal a cucharadas. Jimmy quiso cortar de cuajo los esquís del avión de Bosky, esposar a Norm si hacía falta, cualquier cosa, secuestrar a Premstar. Bill le gritó a Norm en la cara durante más de un día y medio y su voz se oía como una sierra de motor a cada rato, y después se apagaba para volver de nuevo, hasta convertirse en la tonadilla inconfundible de Drop City, reconocible incluso en la cabaña más aislada del lugar. Y entonces llegó el avión, y Norm y Premstar se fueron, paz, hermanos y hermanas y jodeos todos...

—Sí —dijo Sess—, seguro que sí, si encuentra otra novia.

Marco se encogió de hombros. Habían apagado la lámpara para ahorrar combustible y contemplar mejor la noche desde la ventana.

—No sé —dijo Marco—, quizá no le necesitamos. Quizá su marcha forma parte del destino.

—¿El destino? ¿Te estás poniendo místico conmigo? Anda, tómate otro traguito de coñac. Te sentará bien.

—Me refiero a que hay gente que se toma esto en serio, y otros no. Alaska, vamos todos a Alaska, chicos, y bailaremos a la luz de la luna. ¿Entiendes lo que digo? Ya veremos cómo van las cosas ahora que estamos solos.

—Lydia —dijo Sess—. Es ella. Si tuviera que escoger, me quedaría con ella. Pero no se lo digas a Pamela —dijo mirando el interior de su copa—. Por cierto, solo una pregunta, ¿alguna vez has...?

Marco meneó la cabeza y dijo:

—No es mi tipo. Pero imagino que te enteraste de que nos trajo un regalito de Fairbanks, ¿no?

—¿Regalito?

—Sí —dijo Marco alzando la vista—. Ladillas.

Sess se apoyó sobre la mesa. Se reía.

—No lo dirás en serio, ¿verdad?

—Yo no las tengo —dijo Marco—. Y Star tampoco. Eso significa algo.

—Oh, estás pillado, colega, estás pillado. Se te acabaron las juergas, decidió ella. —Se llevó la copa a los labios y la dejó de nuevo sobre la mesa—. No, en serio, aquí necesitas una mujer. Si de verdad piensas quedarte aquí, quiero decir. Si no fuera por Pamela, yo estaría trepando a los árboles, buscando camorra en el Three Pup, tirado por los suelos, no estaría en buena forma como para acampar y tender las trampas y, hoy, acabar con el sufrimiento del lince a porrazos. Por cierto, debería traerlo hasta aquí y despellejarlo. —Se hizo un silencio—. Mantente conectado —añadió Sess al cabo un rato—, ese es mi consejo. Pero ten en cuenta que mañana será un día muy largo hasta llegar al próximo campamento cerca del No Name Creek, el arroyo sin nombre, y yo estoy a punto de desfallecer, ¿y tú?

Se levantaron con el primer rayo de luz, que llegó justo después de las nueve de la mañana, con la progresiva revelación de formas y sombras a través de la ventana. Para desayunar, estofado de alce. Los perros, abalanzándose con ojos salvajes sobre el salmón seco, rugían y se atragantaban engullendo el pescado, luchando por el mejor pedazo. El cielo estaba bajo y acorazado. La temperatura era de treinta y ocho bajo cero, y subía.

Marco ayudó a Sess a ordenar la habitación, recogiendo los restos de estofado de alce por el suelo, el agua del hervidor, amontonando ramaje y tallos secos de abedul y álamo en una caja rudimentaria que había en un rincón, y después les pusieron los arneses a los perros. Para Marco, los perros no eran gran cosa: de temperamento salvaje, de piel y color irregular, patas largas y angulosas, talle estrecho y espaldas anchas. En su hogar, en Connecticut, se hubieran podrido en la perrera durante las dos semanas de rigor, sin afecto, desgraciados, indignos de ser adoptados por nadie, y después los habrían aniquilado uno a uno, con una amable caricia en las orejas y el implacable pinchazo de la aguja a modo de colofón. Los dos perros más cercanos al trineo se llamaban Lester y Franklin, en alusión (y homenaje, según él) de Sess Harder a los marginados de Drop City que había visto cribando agua en un riachuelo sin oro un día espléndido de verano, y detrás de Lucius iba el perro conductor, que se llamaba Sky, para redondear la broma.

—No convirtamos esto en una historia de perros melenudos —le dijo Marco cuando empezaron las presentaciones, a la puerta de la cabaña en Thirtymile, y a Sess le hizo gracia.

—Debería de haberle puesto Norm a uno de ellos —dijo.

Pero ahora la temperatura era de treinta y ocho grados bajo cero y no estaban para bromas. Los perros corrían histéricos buscando el rastro y siguiendo la pista (difícilmente podías ralentizar el paso durante la primera hora) y Marco recibió dos mordiscos en la carne, a través de los guantes, cuando intentaba sujetar a Sky en el

arnés, ¿acaso no era eso un mal karma?

—¡Mierda! —exclamó para que se le oyera por encima del barullo de los perros—. ¿Siempre se portan así?

Sess se había interpuesto en una pelea a tres, recolocando las costillas caninas a golpe de mocasín y de puño cerrado sobre las grandes cabezas peludas de los animales.

—¡Aquí necesitamos perros con carácter! —dijo, y emprendieron la marcha.

Era vertiginoso, pura exaltación, bajo un aire tan frío que quemaba, con los pulmones en llamas, los brazos bombeando como los de los corredores de maratón, ora en los patines, ora por la nieve, invadidos por una fuerza incontenible que recorría el espinazo y las patas arremolinadas de los perros-lobo como una descarga eléctrica, hasta alcanzar la médula crepitante del propio cuerpo. Marco nunca había experimentado nada semejante. Se precipitaron velozmente por la pista, con tanta energía que no sentían el frío, hasta que alcanzaron la primera trampa, que los perros no tardaron en oler e intuir, y frenaron en seco.

El cebo ya no se encontraba allí, la trampa estaba desmontada, y sobre la nieve había huellas de lince, como signos mortales. Sess le enseñó a montar el cepo de nuevo, espolvoreó dos puñados de nieve sobre la trampa para ocultarla y colgó un ala podrida de oca empapada en aceite de ricino a un metro de altura del tronco de un árbol de detrás. ¿Y cuál era el mejor cebo? El que peor olía. Para las martas, Sess utilizaba entrañas y huevas de salmón que había cazado el año anterior, después de haber fermentado convenientemente al sol en un tarro durante dos semanas.

—No es tan difícil —le aseguró Sess—. Son pequeños trucos. Cualquiera los puede aprender.

Permanecieron allí de pie, contemplando la trampa, mientras los perros encrespaban el rabo olfateando la pista y una brisa ligera mecía las copas de los árboles.

—¿Incluso Joe Bosky? —preguntó Marco—. ¿Y Pan?

Sess no se molestó en responder, la pregunta era demasiado irritante. Marco se dio cuenta enseguida y hubiera deseado no haberle dicho nada. Hasta entonces, Sess y él se habían llevado de maravilla, siempre de acuerdo, y a medida que Sess veía que Marco mantenía el ritmo, que tenía una voluntad de hierro y que no parecía un turista, le iba cediendo más responsabilidades, como poner el arnés a los perros y alimentarlos, hacerlos correr y preparar el fuego para el café del mediodía.

Sess observaba las huellas dispersas por el suelo, con los brazos en jarras, enfundado en su parka, tan remendada que apenas se apreciaba su color. La expresión de su rostro era rígida, y la emoción contenida grabada en sus rasgos recordaba a la escultura de madera del jefe indio Joseph de la tribu de los nez percé. El forro de piel de glotón de su capucha se movía con la brisa y Marco observaba cómo su pelo largo y negro se agitaba y volvía a juntarse. De pronto empezó a pensar en las cabras y en la impotencia que había sentido frente a la implacable presencia que había surgido del

bosque. ¿Y qué iban a hacer si se encontraban algo parecido, un oso tal vez? Llevaban únicamente un arma del calibre 22, porque Sess no le había dejado coger el rifle, demasiado tarde para el alce, y además era un peso innecesario. Pero los osos ahora hibernaban. En cambio los lobos no. ¿Y qué se había hecho del legendario *cauchemar* del norte, el oso de invierno, el oso pardo que hibernaba demasiado pronto y se despertaba muerto de hambre y ansioso de carne y grasa para sobrevivir? ¿Qué podía hacer un calibre 22 contra algo así?

Estaba oscureciendo cuando llegaron a unos desniveles muy pronunciados y los perros ralentizaron la marcha y empezaron a mirar hacia atrás repetidas veces. Ante ellos había otro cepo, pero algo no iba bien. Algo había picado, algo demasiado grande como para ser una marta o un pekán, y no estaba muerto ni congelado como la manga de un abrigo de piel colgada en un almacén húmedo y frío, sino todo lo contrario. Era una criatura viva y de ojos amarillos, que daba sacudidas espasmódicas y tiraba de la rígida correa color pardo atada a su pata trasera derecha. Era un lobo, pensó Marco al principio, pero Sess soltó una palabrota en voz baja; no era un lobo, sino un coyote, cuya piel no valía ni un céntimo, sin olvidar que ni la más caprichosa burguesa de Park Avenue o de Lake Shore Drive se hubiera atrevido a entrar con aquella piel en un restaurante.

Los perros enloquecieron. Olieron la presa y soltaron un aullido furioso, incontrolable, expresando su frustración. Se sacudían y tiraban violentamente de las correas armando una bulla de mandíbulas mugientes y patas descolocadas. Sess amarró el trineo a un árbol, a unos treinta metros de distancia, y ambos se aproximaron al animal que embestía e intentaba morderles desde el radio en el que podía moverse, atado por la pata trasera. Había sangre en la nieve. El coyote había intentado roer su propio pelo, su piel, su cartílago y su hueso a fin de liberarse, pero ahora ya era demasiado tarde porque había perros, y hombres, teniendo en cuenta que uno de ellos llevaba un arma y el otro un palo.

—¡Mierda! Si pudiese, me metería ahí, lo dejaría inconsciente y lo liberaría —dijo Sess—. Pero todavía tiene mucha energía. No quiero arriesgarme.

El animal estaba allí sujeto, lisiado, con una mirada llena de terror, un terror inconsolable aunque se sacudía, gruñía, amenazaba. ¿Dónde estaba la paz y el amor en todo aquello?, ¿dónde el pacifismo y los principios vegetarianos? Tenía el color de un pastor alemán, más pequeño tal vez, pero era del mismo color pardo y poseía los pelos de puntas negras de un perro guardián. Marco sintió que se le encogía el estómago. ¿Era posible vivir en aquella región sin pasar por aquello? ¿Se podía vivir solo de pescado? ¿O de lo que ganaras en verano trabajando en un grupo de bomberos forestales? ¿De la seguridad social, del paro, de los macarrones con queso y atún? Exhaló humo. Sess le pasó el arma del 22.

—Adelante —dijo—. Acaba con su sufrimiento.

De pronto se hizo oscuro, o al menos eso pareció. El coyote dejó de debatirse entre la vida y la muerte. Se agachó, jadeando y cabizbajo, y sus ojos ya no

fulguraban. Marco ni siquiera se llevó el fusil al hombro.

—No puedo —dijo devolviéndoselo a Sess.

Se dio media vuelta y se dirigió hacia los perros, y un poco después, una detonación del rifle rompió el silencio.

Más tarde, cuando las nubes se disiparon y la luna se alzaba por encima del horizonte, llegaron hasta una pradera nevada junto al río, a no más de quince minutos de la cabaña del riachuelo No Name Creek, su destino de aquella noche. El coyote, congelado de arriba abajo y con las patas tías, iba amarrado sobre el trineo como un excedente de peso.

—Despelléjalo y llévaselo a tu novia —le había dicho Sess—. Cuélgalo de la pared y haz una alfombra con él. Dile que es tu primer trofeo de caza.

Los perros se habían rezagado, concretamente los que iban delante de Lester y Franklin. Se propulsaban hacia delante, después frenaban, movían crispadamente las caderas y pataleaban sin ton ni son. Marco iba sobre los patines y Sess corría a su lado. Entonces oyeron el avión, el débil zumbido de un traqueteo mecánico en el aire, un aire tan gélido donde no resonaba ni el más mínimo rumor.

Continuaron la marcha. Les esperaba otra cabaña, otro fuego y otro estofado de alce, o tal vez potaje de alce, o alce frito en manteca con patatas descongeladas y cebolla acompañado quizá de zanahorias. Un avión no era nada importante para ellos. Seguramente sería alguien de fuera de Eagle, de camino a Boynton o quizá a Fairbanks o a Delta. Marco olvidó el zumbido del avión. Se sentía como en un sueño, con los sentidos exacerbados, casi como bajo los efectos de un ácido, percibiendo las sombras que se les presentaban en el camino, los sabores y olores que encerraba el aire compacto, el susurro de las patas de los perros hundiéndose en la nieve, el maravilloso y formidable motor de su propia respiración y el inconquistable latido de su corazón, sólido como una roca. Aquel era su momento, su momento de máxima conexión interna, y lo sentía de pies a cabeza. Ni siquiera sentía el frío. En absoluto.

Pero aquel traqueteo discreto que en una inquieta noche de verano habría sido como un zumbido constante de un mosquito detrás de la oreja aumentó el volumen, afianzando así su presencia amenazadora, hasta que Marco no pudo obviarlo más. Se fijó en los lomos tensos de los perros, en la línea oscura que dibujaban los árboles en la distancia y después miró a Sess en el momento que el avión emergió de las copas de los árboles por detrás de ellos, a no más de sesenta metros de tierra, emitiendo un zumbido. Sess no dejó de correr ni un segundo. Gritó a los perros animándolos a seguir avanzando. Y después a Marco, formando una oleada de noche, nieve y viento que ellos mismos creaban en su vuelo nocturno, pues realmente eso era, un vuelo, y Sess dijo gritando:

—¡Bosky!

Ambos vieron el avión alejarse al final de la pradera nevada, girar y volver hacia ellos, y no podían hacer nada, ni tan solo pensar en el odio ni en la obstinación que le había llevado hasta allí, sin tiempo para razonar o hablar. Corrieron. Y Bosky llegó

hasta ellos. Hubo unos disparos, de eso Marco estaba seguro, la nieve le salpicó y uno de los perros aulló y tropezó sobre las pisadas, y los demás siguieron su camino en la oscura marea de la necesidad, y entonces se oyó un estruendo agudo, una explosión, de algo lanzado a toda velocidad que topó contra un objeto estático, un golpe único, seco, y se ocultaron bajo los árboles, y el avión siguió su ruta.

Lo primero que hizo Sess fue detener a los perros al abrigo de los árboles y atar el trineo. Después sacó el arma del 22 de la funda que había fabricado él mismo, bajo el manillar izquierdo, y disparó dos tiros inútiles en plena noche.

—¡Hijo de la gran puta! —gritó—. ¡Loco de mierda! ¡Cerdo! ¡Te voy a matar!

De pronto hacía frío. Mucho frío. Uno de esos fríos que penetra en el cuerpo aunque uno lleve mil capas de ropa encima. Marco estaba petrificado, totalmente petrificado. No se había enterado de casi nada, había salido de un sueño y entrado en el misterio de otro, pero por lo menos tuvo la lucidez de espíritu de acordarse del perro. Estaba herido. Oía sus gemidos, el más ínfimo y delicado de los sonidos, como las notas más agudas de un violín.

—Sess —dijo, en aquel misterioso y almidonado silencio—. Creo que uno de los perros está herido.

Era un pezuña o una pata, Marco no acababa de verlo bien a la luz de la luna, en su juego de sombras y contrastes. Se quedó allí, de pie, indefenso, mientras Sess se inclinaba sobre el perro, lo desataba, lo cargaba en brazos y lo llevaba hasta el trineo. Observó cómo Sess lo depositaba sobre el trineo junto a la carcasa del coyote de patas tiasas, ordenaba de nuevo a los perros, rodeado del denso vaho que exhalaban los animales y Sess, un vaho que describía dibujos en el aire. En medio de aquella secuencia de acciones, Marco no hubiera sabido decir exactamente en qué momento, oyó un sonido lejano acompañado de una llamarada, a unos tres o cuatro kilómetros de distancia.

—Perfecto —masculló Sess mientras trabajaba en el frío y cada pausa y cada sílaba resoplaba en la noche—, perfecto, hijo de puta. Bien. Espero que arda en llamas y desaparezca.

Al cabo de pocos minutos llegaron a la cabaña, y poco después repetían el mismo ritual que la noche anterior: sacar los arneses de los perros, atarlos, encender fuego, preparar el hervidor de agua y poner la olla en el hornillo, pero sin decir palabra. Parecían el equipo de relevo, metódico, insensible, procediendo con lógica y cumpliendo con las necesidades del momento. Sess metió al perro dentro, era Sky, un ojo azul con la mirada fija, el otro marrón oscuro con la mirada tranquila, y lo colocó en el suelo bajo la luz de la lámpara. El perro emitió unos débiles gemidos y Marco vio que le faltaba el pie izquierdo delantero, los dedos del pie, en todo caso. Sess atravesó la estancia a grandes zancadas, volvió con una camisa de franela fina y descolorida en las manos y la rompió a tiras.

—¿Puedo ayudarte? —preguntó Marco, y Sess le indicó que saliera a dar de comer a los perros, que podría ser útil.

Hasta que no acabaron de comer no digirieron el impacto de lo que había ocurrido, y solo entonces hablaron de ello. La calma reinaba en el ambiente. El perro estaba de nuevo fuera, con su pata hinchada envuelta en una venda y claramente mutilada; la cabaña (más vieja y rudimentaria que la del día anterior, construida por Roy Sender en la época en que los aviones aún no dominaban la región) retuvo por fin el calor de la estufa, del hervidor de agua salía vapor y ambos miraban fijamente el poso de café en el fondo de sus tazas. Marco se levantó y se calentó las manos en el hornillo.

—¿Crees que se han estrellado? —preguntó.

Sess levantó la vista.

—Sí —dijo.

—¿Crees que estarán muertos?

—Eso espero. Solo le pido a Dios que así sea. Porque si no, tendré que matarlos yo.

—Digo ellos —dijo Marco, que tuvo que usar uno de los guantes para retirar el hervidor de agua del fuego y verter el café caliente en su taza—, pero podía haber sido solo Bosky, ¿no?

Sess le alcanzó la taza.

—No se puede volar y disparar a la vez.

—Entonces, ¿sería Ronnie? ¿Crees que Ronnie iba con él?

—Hijo de puta —dijo Sess—. Hippie hijo de puta. A ese también me lo cargaría.

Al final, sin comentarlo realmente ni pararse a pensar, ambos se enfundaron de nuevo en sus prendas: dos camisetas, jersey, parka, la bufanda que Star le había bordado... Marco se abrochó las botas mientras Sess se calzaba sus botas muklucs y emprendieron de nuevo la marcha, adentrándose en la noche a cuarenta bajo cero y con la previsión de que la temperatura seguiría bajando. Los perros se agitaron y uno de ellos soltó un ladrido interrogativo antes de que los colocaran. Sess iba con el arma del 22 en la mano. Siguieron deslizándose sobre la nieve.

Recorrieron a buen ritmo la pista hasta la pradera nevada y giraron hacia el interior, siguiendo la ruta que había tomado el avión, y los rayos de luna iluminaban la pista filtrándose entre los árboles. Allí, fuera de pista, la vegetación era densa, pero la ansiedad les apremiaba a seguir sin pausa, como si atravesaran las puertas batientes de un largo pasillo de hotel. Marco se dejó llevar por sus pensamientos, recordando a Star, la Navidad que le esperaba y lo que podría ofrecerle, dados sus escasos recursos. Quizá podría fabricarle algo, pensó. Algo para el pelo, un pasador tallado en madera o en hueso, o pendientes de hueso, cosas de este tipo. Y luego pensó en Ronnie. Pan. Si Pan iba en ese avión, y no podía ser de otra manera, entonces estaba muerto, la primera víctima de Drop City, el primer post mórtem. Norm volvería. Incluso George el Raro, quizá, Verbie y algunos de los demás. Pero Pan no. Aquella idea le heló la sangre en las venas. O tal vez ya la tenía helada. Le deprimía, le forzaba a comprender lo extraño que era todo aquello, recorrer las montañas más remotas que

uno podía encontrar en la tierra junto a un hombre armado en la noche más profunda. ¿Y dónde estaría su padre en aquel momento? ¿Y la Junta de Reclutamiento y el general Hershey?

—Allá arriba —dijo Sess, y su voz sonó incorpórea, como si surgiera del propio paisaje, la ventriloquia de la noche—. ¿Lo ves? ¿Ves ese resplandor?

Ascendieron por la cadena de montañas desde donde contemplaron aquella luz que parecía tan fuera de lugar, un fuego, una hoguera que restallaba con fuerza en aquel territorio sobrenatural, color en un lugar incoloro. Había dos siluetas de cuerpos tumbados cerca del fuego, una sobre la nieve, la otra apoyada contra un árbol sobre un lecho de ramas de abeto y un poco más allá, la forma compacta del avión calcinado. Nada se movía, excepto el círculo del fuego, creciendo y menguando, salpicando chispas al cielo, flaqueando y llameando de nuevo.

Marco bajó la pendiente corriendo, debatiéndose entre los ventisqueros, rompiendo a pedazos las extremidades de los árboles y las garras del sauce enano, del aliso, del abedul y del casis, totalmente inconsciente, dominado por una urgencia que no sabía de dónde venía, y Sess Harder acechaba tras él, fusil en mano. Primero se dirigió hacia Ronnie, Pan, e intentó darle la vuelta, pero estaba completamente hundido en la tierra sobre un batiburrillo helado de sangre y mocos, y estaba rígido, muerto, muerto sin duda alguna, igual de tieso, muerto y congelado que el coyote atado al trineo. Pan no le gustaba. Nunca le había gustado. Pero no le habría deseado nunca algo así.

Alzó la vista al oír las pisadas de las botas mukluks caseras de piel de alce resquebrajando la nieve, el susurro suave de sus pasos. Sess estaba de pie junto a Joe Bosky, y los ojos de Joe Bosky, abiertos, intentaban decir algo. No sangraba, ni una gota, su parka blanca parecía pura e inmaculada como la nieve fresca recién caída sobre la corteza terrestre. Sus ojos brillaban a la luz del fuego y quería moverse, se notaba, quería levantarse, ponerse de pie y aceptar el reto, pero no era capaz. A Marco se le ocurrieron dos palabras, una expresión de los periódicos, de la sección de necrológicas: «Hemorragia interna».

Las heridas externas ya eran lo suficientemente difíciles de curar en aquellos parajes, pero las internas, lo que no podía verse, no ofrecía mucha esperanza. Tendrían que haber vuelto a por el trineo, cargar al hombre, conducirlo más allá de Drop City, más allá de la cabaña de Sess y de Woodchopper, y seguir hasta Boynton. Y alguien tendría que volar desde Boynton y llevarlo al hospital de Fairbanks, y todo aquello con hemorragia interna, los órganos desgarrados, la médula espinal partida, el fluir lento de la sangre oculta. Pero Sess tenía el fusil apuntándole al rostro, el cañón reposaba sobre el puente de su nariz, el beso frío del cañón marcaba el punto de encuentro entre sus dos cejas, y Joe Bosky intentaba decir algo, sus últimas palabras, y lo que dijo, a pesar de que Sess Harder levantó el arma y la apartó de Bosky reposándola sobre su hombro emblanquecido por el claro de luna, fue breve:

—Jódete.

Al principio no sabía qué decir, pensó en Che y Sunshine, en sus caras chillonas y sus pies pateando inconsolablemente, el ruido que hacían, lo sucios que estaban (siempre sucios, nacidos sucios) y desvió la mirada intentando recomponerse. Pasó un dedo por el borde de la taza de café y activó su sonrisa de un millón de kilovatios, y aunque quería decir «No, oh, no» (como si reaccionara ante la noticia de un cáncer, una ruptura amorosa o cualquier pena o aflicción), finalmente consiguió murmurar algo apropiado, o al menos complaciente. Y antes de pensarlo, soltó:

—Pero ¿alguna vez has...? Quiero decir, ¿tuviste que...?

Pamela la miró y estalló en risas; tuvo que dejar la copa sobre la mesa de tanto reírse. Sus ojos pasaron a ser dos hendiduras semicirculares y se llevó las manos a las sienes como para asegurarse de que mantenía la cabeza sobre los hombros.

—Por la cara que pones, parece que te haya dicho que el techo está ardiendo en llamas o algo así, de verdad Star, ¡tendrías que verte! —Soltó otra carcajada y dejó caer la palma de su mano abierta sobre la mesa—. Dios mío, ¡eres muy graciosa!

Star también se rió, distendida —claro, de acuerdo, se lo permitió—, pero cuando se reía, cuando las dos se rieron, ella pensaba en sí misma, en lo que haría si le ocurriera a ella. Ella se había abastecido de anticonceptivos —todas tenían provisiones, la gran idea de Reba, de hecho, su obsesión—, pero se le habían agotado hacía ya unas semanas. Ahora, cuando Marco y ella hacían el amor, lo hacían con cautela, un amor contenido y consciente de la amenaza de las repercusiones que acechaban en el ambiente, y él siempre se retiraba en el momento preciso —coitus interruptus— como si aquello fuera a impedir lo inevitable. ¿Cuántas chicas con las que había ido a la escuela católica iban ya por el segundo o tercer hijo con aquel mismo sistema? Ella se habría pegado un tiro. Habría abortado. Pero ¿dónde?, ¿cómo? Alguien le había dicho que la mujer india conocía un método, un té mezclado con una raíz, o tal vez la utilizaban como cataplasma, extrayendo el feto como se extrae el pus de una infección.

—Oye, ¿sabes que deberías felicitarme? Se supone que deberías dar gritos y saltos de alegría, las dos deberíamos gritar y brincar. Voy a tener un hijo. Eres la primera persona en saberlo y por lo que veo, parece que acabas de encontrarme flotando en un río dentro de un saco.

Ella tenía ganas de fumar. Ya se había fumado el primero del día y quería reducir el tabaco, no solo por el gasto y porque los hermanos y las hermanas gorreaban día y noche, sino porque era un vicio, y no quería engancharse a vicios, aparte del amor y la bondad. El paquete de Marlboro de Pamela estaba sobre la mesa que las separaba. Star sacó un cigarrillo del paquete, lo encendió y exhaló el humo.

—Lo siento —dijo—. No puedo siquiera imaginarlo, personalmente, me refiero. Quiero decir que tengo tanto por vivir, todavía.

Pero aquello sonaba mal, no era verdad. Intentó recomponerse, porque Pamela, su

amiga, su hermana, ya no se reía.

—¿Qué prefieres, niño o niña? —dijo por fin.

Pamela se relajó, todo parecía fluir, contenta consigo misma, radiante. Prefería una niña, no podía imaginar otra cosa, pero cuando ella y Sess habían hablado de la cuestión (en teoría, claro estaba), él se inclinaba por un niño, lo que, en el fondo, era natural. Él se lo tomaba con calma, pero le gustaba la idea de ver una nueva generación tomando el relevo, claro que quería, y a un niño podría enseñarle todo lo que él sabía sobre cómo vivir de la naturaleza, respetándola al mismo tiempo.

—Él querría un niño —dijo ella, sacando también un cigarrillo del paquete—. Pero a mi padre le pasaba lo mismo.

—Y tuvo dos niñas.

—Exacto.

Y las dos estallaron de nuevo en carcajadas.

Fumaron y se quedaron pensando cada una en lo suyo, tomaron café, jugaron una segunda partida de ajedrez, que ganó Star, y después la revancha, que fue para Pamela. Hicieron un buen caldo de pasta al huevo con verduras en conserva de la despensa de Harder y comieron juntas. Después se instalaron a leer junto a la estufa. Aunque no habían hablado de eso, el arreglo al que habían llegado telepáticamente la noche anterior fue que Star iba a quedarse allí hasta que los hombres regresaran de la pista. Star había lavado y secado los platos —insistió en ello— y ordenó y colocó las cosas en las estanterías mientras Pamela descansaba sentada junto a la ventana. Se sentía orgullosa de hacerlo, conocía aquel lugar tan bien como su propia casa. Cuando acabó, las cacerolas relucían como espejos.

Al cabo de un rato se levantó de la silla, fue hasta la cama y se tapó las piernas con una manta. Sentía la cafeína y la nicotina bombeando contra las paredes de sus venas, pero no estaba nerviosa ni sobreexcitada por el exceso de café sino lúcida, serena y despierta. El libro que estaba leyendo era de Richard Fariña, *Been Down So Long It Looks Like Up to Me*, lo más hippy del momento, recomendado por todo el mundo, tan trillado y requeteleído que debía de ser el volumen más cascado de toda la biblioteca de Drop City. No estaba mal, era divertido, loco. Pero la escena que ahora leía (universidad, droga, la constante burla del sistema), le resultaba totalmente ajena. O tal vez el término adecuado fuese «lejana». No tardó en quedarse dormida.

Se despertó con la luz de la lámpara y un dulce olor a masa horneándose. Pamela, con el pelo recogido en un moño e iluminada por la tenue y ondeante llama de la lámpara, trabajaba junto al hornillo. Por las ventanas no entraba ni un rayo de luz. Un hilo de voz lejano e incomprensible, que parecía surgir de las montañas, fue secundado por otro, y después por otro, a modo de eco.

—¿Qué hora es? —dijo Star, levantando la cabeza de la almohada. Tenía la sensación de despertar de un sueño eterno.

—Todavía es pronto. Las cuatro y cuarto.

—Nunca podré acostumbrarme a esto.

Pamela sacó algo del horno, un pastel en una sartén redonda, y se quedó parada con el mango en la mano. La tarta humeante endulzaba con su aroma cada rincón de la habitación. Miró a Star y le dijo:

—Ya verás como te acostumbrarás, créeme.

Comieron pastel (alimento celestial, todavía caliente, con un relleno de helado de chocolate) y de pronto advirtieron un pequeño cambio en mitad de la noche al oír un tintineo muy lejano de unas correas chocando contra los arneses, como si la tierra inspirara y seguidamente exhalara. Entonces se levantaron y se dirigieron rápidamente al descansillo de la entrada, desde donde escudriñaron la explanada iluminada por la luna. Los hombres estaban allí, Marco y Sess, y los perros pacientes en su fila, atados a los arneses, esperando a ser liberados, atados de nuevo y alimentados. Pamela se volvió y fue hacia el hornillo a preparar el hervidor de agua y Star la siguió para coger su parka y en cuanto salió fuera, a la luz de la luna, el impacto del aire helado cauterizó la nicotina de sus pulmones.

Un abrazo fugaz, un hombre, una mujer, y Pamela ya se había metido entre los perros. Los desató uno por uno y los llevó cada uno a su caseta y poste respectivos. Star se quedó de pie, helada, moviendo los pies de un lado a otro, intentando ayudar, pero no conocía a los perros ni sabía qué hacer con ellos, así que retrocedió y esperó. Uno de los perros estaba herido, de eso sí que se dio cuenta, e iba atado encima del trineo, que tenía aspecto de sobrecargado, ¿qué sería aquel exceso de peso?, y además, ¿dónde estaban las pieles? Había estado esperando las pieles con tanto deseo como la esposa de un minero espera a que el marido regrese con una tinaja llena de pepitas de oro solo para ella, extraído de debajo de las grietas ocultas de las montañas, sin pensar siquiera en la muerte de los animales, ni en el proceso de sufrimiento, porque en realidad no quería pensar en eso, no quería saber, ni tan solo imaginar. Las pieles, las pieles y nada más, eso era lo único que le interesaba. Su belleza y su valor, el visón, la nutria, el zorro, obtenidas de no sabía dónde, por arte de magia, como el salmón que rebosaba el río y como los patos que invadían el cielo. Pero ¿dónde estaban? ¿Qué era aquel bulto que sobresalía por el costado del trineo? ¿Unas botas? ¿Unas botas de recambio?

Estaba a punto de decir algo cuando Marco se apartó del reflejo azulado de la nieve, la cogió de la mano y cruzó el descansillo con ella hasta la habitación. Se le había helado la barba. Sus ojos se le habían agrietado, parecían partidos en dos pedazos. La punta alargada de su nariz tenía un color curioso.

—Ha pasado algo —dijo.

Fuera se oía barullo. Eran las voces de Sess y de Pamela, y los ladridos de los perros que reclamaban la comida.

—¿Qué ha pasado? —quiso saber, esforzándose por leer en sus ojos, incluso cuando le dio la espalda y tendió las manos hacia el fuego del hornillo. Se sintió repentinamente mal. Una sombra recorrió el suelo, toda la habitación, toda la cabaña, todo Drop City—. ¿Qué? ¿Qué ha pasado?

—Ronnie —respondió él.

—¿Ronnie?

Ella no le entendió. ¿Qué tenía que ver Ronnie con un perro herido y tres días fuera recorriendo las montañas y bajando por los barrancos a cuarenta grados bajo cero? ¿Ronnie el ladrón? ¿Ronnie el inoportuno? ¿A quién le importaba Ronnie? ¿A quién, francamente? Había ido al colegio con ella. Había sido su amante. Le había robado su dinero.

Marco no la miró a la cara, y aquello la asustó.

—¿Qué? —preguntó ansiosa—. ¿Qué ha pasado?

—Ronnie... lo han intentado, él y Bosky, desde el avión. Muerto. Está muerto.

Ella no acababa de entenderlo bien.

—¿Quién? ¿Joe Bosky?

—Los dos. El avión se estrelló.

Ella tuvo que sentarse. Pamela ya había entrado en la habitación y Sess la seguía. La puerta se cerró y la última ráfaga de aire helado se fundió en el calor de la estancia, en aquel espacio encerrado entre cuatro paredes, ahora más reducido por sus ocupantes; hombros, caras, piernas y brazos, tres personas enfundadas en parkas dando vueltas por la habitación evitándose entre ellos, como si fueran a perder el tren en la Estación Central a la hora punta. ¿Ronnie? ¿Muerto?

Al final —debía de haber pasado una hora o más—, Star salió a la explanada cogida de la mano de Marco en dirección al trineo, donde se hallaba el cuerpo de Ronnie, porque aún no podía creerlo. No podía creer que alguien joven pudiera morir, los viejos, los viejos tal vez morían, pero conocidos no, alguien como Ronnie no. No como Pan. Habían viajado juntos por todo el país. Él la había hecho reír. La había achuchado en el silencio de la habitación, en el asiento del coche, en las camas estériles, almidonadas y duras como el hierro de los moteles de ciudades anónimas, le había leído, cantado, alabado, la había amado. Y ahora yacía congelado sobre el trineo, una sombra, una masa inerte de nada pegada a la masa inerte de Joe Bosky. Y aquello, aquello era un par de botas que sobresalía del extremo del trineo, que calzaban los pies muertos y congelados de Bosky. Star se quedó de pie, frente a él, un largo rato, mirando el bulto sobre el trineo, mientras Sess y Pamela seguían enclaustrados en la cabaña, y Marco detrás de ella. Intentaba llorar, pero no podía.

—Quiero verlo —dijo, pero su voz la delató.

La respiración de Marco, viva y argentina, se escapó de sus labios.

—No quieres verlo. En realidad no quieres. Vamos, metámonos dentro. Pasaremos la noche aquí y mañana decidimos lo que hacemos. ¿De acuerdo?

Ella no estaba de acuerdo. Dio un paso adelante, mientras los perros sacudían las cadenas y las estrellas corrían raudas por encima de su cabeza y desaparecían. Incluso la noche parecía pedir a gritos la intercesión. Star levantó la manta y la luna le mostró lo que había debajo.

—Este no es Pan —dijo ella.

Y no lo era. Era algo contrahecho hasta lo inimaginable, lo más antinatural, nada que ella pudiera identificar, sin rostro siquiera, o tal vez algo vuelto y cubierto por una capucha congelada de modo que solo se apreciaba el sesgo de una cara, nada más, y podría haber sido cualquier persona del mundo.

—Vamos, Star —susurró Marco.

Entonces ella le vio el pelo suelto, que le caía desde la coronilla de su cabeza, muy largo, hip, muy hip, lo más hip que uno pudiera desear, y ella se quitó un guante para tocarlo y sentir su movimiento con los dedos desnudos.

La Nochebuena, cuando la última luz del día se había desvanecido, empezó a nevar. Marco y Jiminy habían talado un abeto y lo habían colocado en el rincón del fondo de la sala de reuniones y todo el mundo se congregó alrededor del ponche de huevo (ron con leche concentrada batida con nuez moscada, azúcar y huevo en polvo) para decorarlo con bolitas de hilo, trocitos de láminas de plata, collares de cuentas de cristal y guirnaldas de papel. La batería de doce voltios, recién cargada en Boynton, rescatada y transportada en la moto de nieve de Iron Steve, estaba enchufada al estéreo del apartamento, de donde procedía la música, y la gente hojeaba los álbumes buscando sus mejores instantáneas; una fiesta nada religiosa, sin himnos ni villancicos, con música mística tipo Ravi Shankar, Mahavishnu, John McLaughlin, Coltrane, Rollings y Dylan.

En Drop City había cuatro hornillos, uno en cada una de las tres cabañas terminadas, y además la cocina Great Majestic que habían transportado en barca por el río para usarla en comunidad en la sala de reuniones, y los cuatro se utilizaban. Estaban asando dos pavos y una oca que Sess Harder había traído congelados del almacén general de Boynton, y un par de perdices que Marco se había cargado debajo de un árbol, rellenas y en su salsa, y para los vegetarianos había brócoli al queso gratinado al horno, lasaña vegetal y puré de nabos. Y galletas de chocolate. Cientos de galletas de chocolate.

Star estaba en pleno meollo, manipulando platos sobre la cocina, rebanando, cortando, batiendo, y la música penetraba en los circuitos más insospechados de su cuerpo hasta que sintió un desdoblamiento, como si el segundo cuerpo funcionase con el primero, con el que había venido al mundo, ambos en perfecta simbiosis, y cuando alguien le pasaba un porro, se lo llevaba a la boca un instante y lo pasaba de nuevo. Cantaba para sí, tarareaba y se inventaba letras sobre la música que sonaba. La salsa se espesó, la nieve remitió. Lydia bailaba con Tom Krishna y Deuce, y Jiminy bailaba solo. Harmony y Alice repartían tazas con los nombres grabados a los dieciocho residentes que quedaban en Drop City (cada una con un retrato en relieve bastante fiel al rostro del destinatario), y Marco la sorprendió con unos pendientes, símbolos de la paz, que había tallado de un cuerno de caribú. Y cuando sentía que todo iba de maravilla y que la situación no podía ser mejor, apareció Pamela con dos

porciones de tarta de fruta y una botella de coñac bajo el brazo.

Las presentaciones se iban sucediendo, los platos ya estaban preparados sobre la humeante mesa cubierta con una tabla de contrachapado, el perro, Freak, mostraba un aire optimista, y Star cogió el abrigo de Pamela y lo lanzó hacia el altillo a Mendocino Bill. Allí se guardaban los abrigos, porque no había otro lugar. Pamela se quedó allí de pie, regalando su energía a quien se prestara, abrazando a todos, uno tras otro. Estaba guapa, tenía un aspecto saludable, buen color, y su larga melena, dividida en dos con raya en medio, le cubría el jersey tapándole el colgante, unos renos bailando envueltos en una mata de pelo color miel, y además llevaba puesta en la cabeza la cinta de perlas que le había regalado Star.

—¿Sabes qué pareces? —le dijo Star, pasándole el porro que había aparecido por arte de magia entre sus dedos.

—No, ¿qué?

—Una hippy.

—¿Una titi hippy?

Tardó un minuto en responder.

—¿Me estás tomando el pelo?

—¿Quién? ¿Yo? Nunca...

Vio cómo Pamela fingía tragarse el humo y recuperó el porro.

—¿Y Sess, dónde está? —preguntó.

Se encogió de hombros.

—En la pista. Ya llegará. Más le vale —dijo, sacudiendo la cabeza y aireándose el pelo—. Es nuestra primera Navidad juntos. Si no llega, lo mato.

La idea le hacía gracia, porque ¿a santo de qué Sess no iba a llegar? ¿Tendría alguna razón de peso para quedarse allí fuera? Según Star, por la ventana no se veía más que la noche, el frío y las montañas, que se plegaban unas sobre otras como un abanico. Dentro se concentraba la vida, el único lugar con vida en kilómetros y kilómetros. Dentro había comida, música, vino y cerveza. Y ponche de huevo, y galletas. Risas y amenidad. Dentro había personas. Hermanos y hermanas.

—Seguro que llega —dijo ella—, ya verás.

Más tarde, después de comer, llegaron Verbie y Iron Steve, celebrando la fiesta todo el camino desde Boynton, y bailaron, todos juntos, todo Drop City, incluso Che y Sunshine, y nada daba la nota, ni había nadie enfurruñado, ni nadie que mintiera o exagerara o hiciera trampas o robara o metiera la pata, ni uno solo. A media noche Bill bajó del altillo y apareció como Santa Claus con una barba de algodón y envuelto con todas las prendas de color rojo que pudo conseguir en Drop City. Anunció que tenía un regalo para todo el mundo, y que estaba al otro lado de la puerta. Hubo un revuelo entre el público, que al mismo tiempo se iba intercambiando miradas. ¿Fuera? Hubo gemidos, abucheos.

—¿Lo dices en serio? —preguntó Merry.

—Créeme —intentó convencerla Bill—, te va a gustar mucho.

Star flotaba, encajada en la litera entre Marco y Pamela junto a la estufa, saciada, calentita, dejándose llevar por la música. Llevaba una hora sin decir palabra. Se sentía mal por Pamela, porque Sess no había aparecido, y esa había sido la única mala noticia de la noche (el mal rollo, el palo de la noche), lo que no había ido bien. Pamela estaba preocupada, Star lo notaba, y a medida que las horas pasaban le decía lo primero que se le ocurría, las típicas tonterías, hasta que ya no supo qué añadir, y entonces se pasaron un porro, y una jarra de vino y se volvió a apoyar en Marco y se dejó llevar. Pero ahora Bill estaba en medio de la sala y la gente empezó a abrir los ojos, a despertar: era Navidad, les esperaba una sorpresa, un regalo. Para todos, había dicho.

Tardaron un poco en ponerse las chaquetas y las botas, buscaron los guantes y las bufandas por el altillo y cuando estuvieron a punto salieron todos por la puerta en fila india. Bill a la cabeza. Santa Claus se plantó allí en la explanada, frente a la sala de reuniones, con su pelo y barba falsos y los brazos bien abiertos. La nitidez del cielo, en aquel frío tan intenso, llegaba casi hasta las estrellas.

—¡Mirad! —gritó, y todos alzaron la vista al cielo y vieron una luz parpadeante, una luz cósmica, amarilla verdosa, azulada, con un toque de rojo, una luz infatigable, una luz que se elevaba desde el negro caparazón del horizonte y estallaba en mil añicos y volvía a renovarse una y otra vez.

Iba tan deprisa como podía, la tormenta había estallado y la luna turca, asomando entre retazos de nubes, le iluminaba el camino. El viento le daba en la cara y el frío le recorría los hombros como un autostopista. No se oía más que el susurro del patín de los trineos arrastrándose sobre el polvo de nieve y el débil repicar de los gélidos ganchos de los arneses de los perros erosionados por el viento. Llegaba tarde, muy tarde. Pensaba en Pamela, que le esperaba casi a veinte kilómetros de distancia en el campamento hippy, en las navidades y en el regalo que había dejado escondido en la caseta trasera del perro, antes de que ella se convirtiera en su esposa, cuando solo era una chispa de esperanza brillando en el horizonte. Ahora estaba en el trineo; lo había escondido dentro, envuelto en un papel coloreado centelleante, decorado con velitas, campanas, acebo y motivos parecidos, hacía tres mañanas, temprano, cuando ella todavía iba en zapatillas y la luz no había aparecido en el cielo. En aquel momento había colocado los arneses a los perros, la había besado bajo el umbral y se había alejado por la explanada hasta los árboles con una promesa: tres días, Navidad, el campamento hippy.

Los perros sabían que se dirigían a casa, seis de ellos, porque Sky ya no volvería a correr más; y avanzaban en equipo, tan fluidos y seguros como las ruedas perfectamente combinadas de una locomotora, serpenteando en la noche, apenas conscientes de que él iba con ellos. Avanzaban a toda máquina, a quince kilómetros por hora, calculaba él, así que no llegaría muy tarde, hacia medianoche, según vaticinaban las estrellas. No había fabricado ni comprado el regalo, no era nada que se pudiera encargarse por correo o encontrar en una tienda, sino un regalo de la naturaleza, como las pieles, el salmón o el alce, como el oro. Lo había encontrado, apuntando hacia la orilla del río, cuando la desintegración partió la tierra en dos para mostrarlo, un reflejo color amarillo hueso en contraste con el gris mate aluvial de la ribera de guijarros. Enseguida supo de qué se trataba (Charlie Jimmy, de Eagle, el pueblo indio, se lo había enseñado una vez), el colmillo curvado y veteado de un mastodonte, intacto, manchado de tierra tal vez, pero un objeto mágico, una bendición, un tótem que te disipa los miedos y te aguza la destreza hasta convertirte en alguien capaz de congelarse, derretirse y experimentar los ciclos de vidas que se extinguen y vuelven a nacer.

Entornó los ojos para mirar a través del viento e imaginó al animal, las columnas de sus piernas, el fuerte cuero rojo de más de mil metros de superficie, la vida invernal de los misteriosos rebaños que emergían lenta y torpemente como fantasmas de los arrecifes impactados y de las planicies assoladas por el viento, para desvanecerse de nuevo como si nunca hubieran estado allí. Pero ¿le gustaría a ella? No tenía ni la mínima idea. Podía grabarse algo en él, sin duda, convertirlo en una joya, una baratija, una pieza de ajedrez, pero para él sería una profanación. Podía llevárselo a la cama con ella, como amuleto de la fertilidad, pero ella no necesitaba

amuletos, Pamela no. Al pensarlo sonrió y se le quebró el hielo de las comisuras de la boca.

Llegaba tarde porque había tenido un accidente, una de esas cosas que ocurren una o dos veces en todo el invierno, por muy prudente que uno sea. Había abandonado la cabaña de No Name Creek con las pieles nuevas que había conseguido y las que había tenido que dejar la semana anterior para poder alojar los restos mortales de Bosky y Pan, dos hombres muertos, congelados y muertos. Y había calculado mal debido a un tramo duro del arroyo con desbordamiento de hielo. Había subido la temperatura durante unos días y después había vuelto a descender a cero y el arroyo había borboteado a través del hielo y luego se había vuelto a congelar en capas, de modo que a Sess se le habían hundido los pies hasta las pantorrillas antes de lograr ponerlos sobre los patines del trineo. No se había empapado por completo, gracias a los tres pares de calcetines y los dos forros de fieltro, pero, aun así, había tenido que pararse, atar el trineo, encender un fuego al abrigo de un saliente de roca y secar las prendas.

No era una crisis. Solo una de esas cosas que pasan. Y había aprovechado el momento para echar un vistazo a las pezuñas de los perros, comprobar si tenían hielo, rasguños o cortes y aplicarles pomada. Y luego hubo un momento en que se tumbó bajo su lona y contempló el fuego mientras las ramas de los árboles espolvoreaban copos de nieve sobre sus ojos, borrando el cielo de su vista. Le dio tiempo a pensar, porque la semana anterior había sido caótica, preguntas del sheriff y del ayudante del sheriff, una ronda en el Three Pup en recuerdo de los hombres muertos, más preguntas, formularios que rellenar, la vida en el pueblo, el funeral. Bosky había muerto congelado, igual que Pan, después de hacer algo tan descerebrado e insensato que ni siquiera los melenudos podían creerlo. O tal vez sí podían. Lo mismo le había ocurrido una vez a un oficial en maniobras fuera de Fort Wainwright, hacía tres o cuatro años, que creyó que podía saltarse las normas y permitirse un pequeño placer allá fuera, cuando estaba de guardia en la negra y gélida noche. Fue una lástima. Una pena. Pero allí arriba los aviones se estrellaban y la gente se congelaba. Así era.

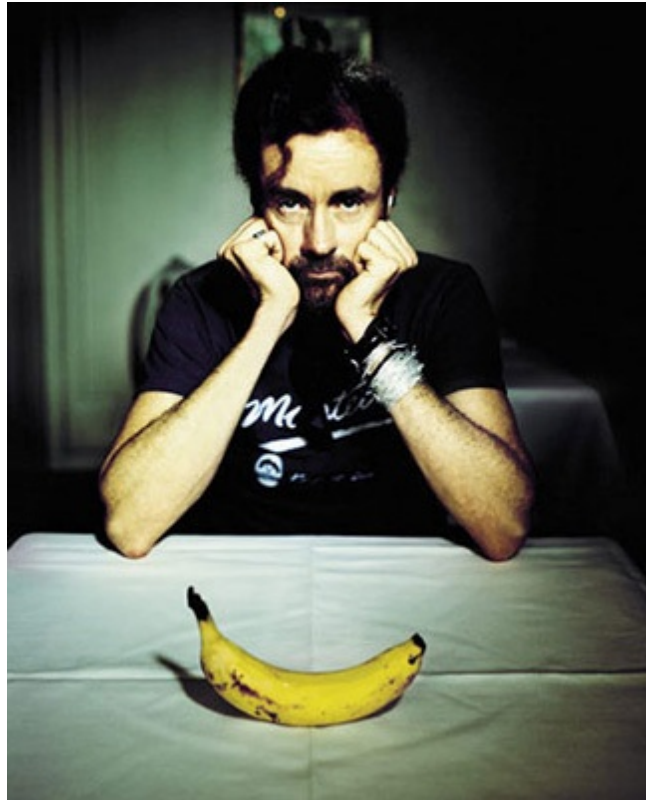
Lo que nadie sabía, excepto Marco y él, era que mientras el hippy, Pan, ya era cadáver cuando llegaron allí, Bosky estaba vivo y respiraba, y todavía era capaz de hilar dos palabras juntas. Fue un momento difícil. El momento que Sess había esperado durante dos años o más. Se había quedado con un pie encima de él y el arma del calibre 22, dispuesto a apretar el gatillo, impulsado por la rabia. Efectivamente, era eso, el odio y la rabia, pero también algo más, que podía llamarse compasión, o tal vez costumbre. Había encañonado el rifle para acabar con Bosky igual que habría acabado con cualquier criatura vertebrada precipitada en el vacío o atrapada en una trampa ideada para algo más grande, la muerte en un instante y no en una hora. Aquello era la caridad humana en un lugar donde no sobraba nada. Pero no lo hizo. Un agujero de bala habría requerido explicaciones y las explicaciones habrían abierto un reguero de decepciones y disimulos del que no quería formar parte. Y otra cosa

más: Bosky no merecía un balazo, más valía reservarlo para la mofeta rabiosa, el puercoespín, la rata de verano. Al fin, tras registrar debidamente la última palabra del hombre, lo que hizo fue darse media vuelta y no discutir de ello con Marco; no estaba para discusiones. Ni para democracias. Ambos se alejaron del fuego, de los restos, del cadáver de uno y del pedazo de carne solidificada del otro, y regresaron por la mañana, cargaron los cadáveres y los transportaron.

—No hay por qué hablar de esto —le dijo a Marco—. El avión se estrelló, eso es todo, y nos los llevamos.

Y aquel fue el final. Y aunque nunca se había regodeado con la muerte de ningún hombre —o de ninguna criatura—, tenía que reconocer que para él, por lo menos, la Navidad había llegado antes de tiempo. Alguien, algún padre encorvado y lloroso o alguna tía o familiar de ojos negros, llegaría en primavera y se llevaría las cosas de valor sentimental de la cabaña de Woodchopper Creek y entonces el lugar quedaría listo para cualquier otra persona que quisiera ocuparlo, aunque nadie lo iba a hacer. Con los años, los postes del techo se pudrirían, los cimientos cederían ante la presión de la tierra, las paredes se combarían y el parquet se hundiría. Los pajarillos anidarían en el conducto de la estufa y las ratas en los cajones del escritorio. En una noche cualquiera, en la calma invernal, un lobo se colaría en la explanada, intuyendo los últimos efluvios de las cenizas de Bosky, Pan y Sky Dog, y levantaría una pata para acabar con ellos.

Sess sabía valorar aquello, el orden natural, dejar que se desbaratara y se volviera a ordenar. El viento le daba en la cara. La aurora boreal barría las nubes. La nieve susurraba bajo sus pies, le hablaba, cantaba al ritmo de la noche. Se dirigía a casa, montado en los patines, respirando con calma, un hombre enfundado en unas pieles, a la cabeza de una manada de perros en un lugar salvaje, de vuelta a casa, para reunirse con su mujer.



THOMAS CORAGHESSAN BOYLE está considerado uno de los más importantes narradores americanos del momento. Nació en Peekskill, Nueva York, en 1948.

Se licenció en Inglés e Historia por la Universidad de Nueva York en Postdam, y se especializó en Literatura del siglo XIX en el Taller de Escritores de la Universidad de Iowa, donde terminó su primer libro de relatos, *Descent of Man* (1979). Más tarde publicaría *Greasy Lake* (1985), *If the River was Whiskey* (1989) y *Without a Hero* (1994). En 1999 recibió el premio Pen/Malamud por su volumen de relatos *T. C. Boyle Stories*. Entre sus novelas cabe destacar *Música acuática* (1981), que narra las aventuras del explorador escocés Mungo Park, descubridor del curso del río Níger; *El fin del mundo* (1987), que le valió el premio Pen/Faulkner; *El balneario de Battle Creek* (1993), exitosamente adaptada a la gran pantalla; *The Tortilla Curtain* (1997), galardonada con el Prix Médicis Étranger a la mejor novela publicada en Francia ese año; *Drop City* (2003); *Las mujeres* (2009), que narra la vida del arquitecto Frank Lloyd Wright a través del testimonio de cuatro de las mujeres que pasaron por su vida, o *El pequeño salvaje* (2010), *nouvelle* que recupera la historia del niño salvaje de Aveyron, que, conocedora de numerosas adaptaciones, puede considerarse un relato mítico de la narrativa moderna. Actualmente es profesor de literatura en la Universidad del Sur de California. Sus obras han sido traducidas a más de una decena de idiomas, y sus relatos han aparecido en las más prestigiosas publicaciones del género en lengua inglesa, como *The New Yorker*, *Harpers Bazaar*, *Esquire*, *The Atlantic Monthly*, *Playboy*, *The Paris Review*, *GQ*, *Antaeus*, *Granta* y *McSweeneys*. Actualmente vive cerca de Santa Bárbara con su mujer y sus tres hijos.